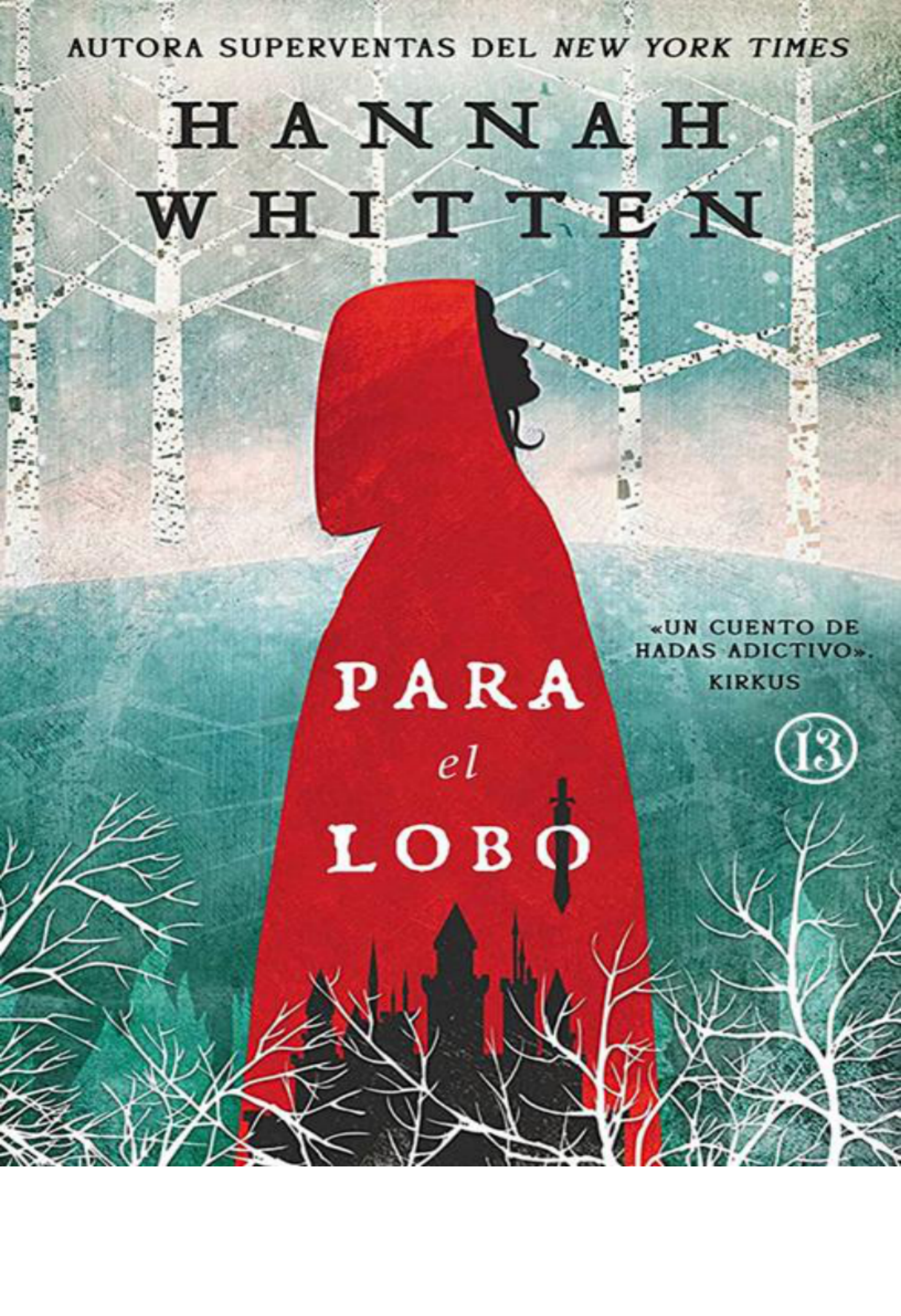

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES
HANNAH
WHITTEN
PARA
el
LOBO
«UN CUENTO DE
HADAS ADICTIVO».
KIRKUS
13

La primera hija, la primogénita, está destinada a heredar el trono. Y Redaris, como nació después de su hermana, está condenada: van a sacrificarla al lobo del bosque.

Pero en el fondo, Redaris casi está aliviada. Atormentada por un peligroso poder que no puede controlar, al menos sabe que en el Bosque Salvaje no podrá hacerles daño a sus seres queridos. Otra vez.

Sin embargo, las leyendas mienten. El lobo es un hombre, no un monstruo. Su magia es una oportunidad, no una maldición. Y si no aprende a usarla, los antiguos dioses devorarán no solo el Bosque Salvaje, sino el mundo entero.

Hanna Hwhitten

Para el lobo

Bosque salvaje
1



Título original: *For the Wolf*
Hanna Hwhitten, 2021
Traducción: Roberto Martínez González, 2023

-

Revisión: 1.0

08/03/2024

Red se quedó quieta y observó, esperando con una sensación de terror que le oprimía el pecho.

Su sangre tocó el tronco blanco y vaciló un instante. Luego el árbol la absorbió, como si fuera agua derramada en una tierra reseca.

Resbalando sobre las hojas, Red se alejó del árbol hasta que chocó con otro, también delgado y pálido, y también retorcido por aquella putrefacción negra. La maleza se enredó entre la falda de su vestido, y Red se apartó de allí, desgarrándola con un ruido que sonó demasiado alto en aquel bosque silencioso.

Otra vez aquel sonido, resonando desde el suelo del bosque. Hacía que las hojas crujieran, que las enredaderas crecieran y las ramitas chocaran entre ellas para formar algo parecido a una voz, algo que Red sentía, más que oía. Surgía de su interior, de la esquirla de magia que conseguía mantener amarrada con un esfuerzo colosal.

Por fin.

Llevaba demasiado tiempo siendo uno solo.

Para quienes llevan la rabia tan adentro que no la pueden soltar,
para quienes están tan al límite que se aferran a algo blando,
para quienes están hartos de cargar con el peso de los mundos.

Vas como claros corzos luminosos
y yo soy bosque
y soy oscuro.

RAINER MARÍA RILKE

Para escapar de la voluntad de los reyes, huyeron hacia lo más profundo del Bosque Salvaje. Juraron que si los árboles les ofrecían refugio, les entregarían todo cuanto tuvieran mientras su linaje perdurara, que dejarían que el bosque creciera dentro de sus huesos y que acudirían en su auxilio. Sellaron el juramento con su sangre, ofrecida voluntariamente, y este fue el sacrificio con el que crearon su vínculo.

El Bosque Salvaje aceptó el trato y se quedaron dentro de sus confines, para protegerlo y defenderlo de las cosas encadenadas bajo tierra. Y cada segunda hija y cada Lobo que los sucediera acataría este trato y aceptaría la llamada del bosque y su marca.

En el árbol sobre el que hicieron aquel juramento aparecieron estas palabras, y yo he guardado el tronco en el que están escritas:

La primera hija es para el trono.
La segunda hija es para el Lobo.
Y los Lobos pertenecen al Bosque Salvaje.

TIERNAN NIRYEA ANDRALINE, DE LA
DINASTÍA ANDRALINE, PRIMERA HIJA DE
VALLEYDA, AÑO UNO DESPUÉS DEL PACTO



CAPÍTULO UNO

Dos noches antes de que la enviaran con el Lobo, Red se puso un vestido del color de la sangre.

Le daba un tono carmesí a la cara de Neve cuando se agachó para alisar la cola del vestido de su melliza. La sonrisa que esbozó era tímida y débil.

—Estás preciosa, Red.

Red tenía los labios agrietados de tanto mordérselos, y cuando intentó devolverle la sonrisa, se le rasgaron. Notó el sabor intenso del cobre en la lengua.

Neve no se dio cuenta de que su hermana estaba sangrando. Iba vestida de blanco, como todos los demás aquella noche, y llevaba el pelo negro recogido con la cinta de plata que la identificaba como la primera hija. En su cara se reflejaban varias emociones mientras se peleaba con los pliegues del vestido de Red: temor, ira y una tristeza profunda. Red las percibió todas. Siempre lo hacía, cuando se trataba de Neve. Era una persona muy fácil de entender, lo había sido desde que estaban en el vientre que habían compartido.

Al final, Neve decidió mostrar una expresión agradable y vacía con la que pretendía ocultarlo todo. Cogió del suelo una botella de vino medio llena y la inclinó hacia su hermana.

—Acábatela si quieres.

Red bebió directamente de ella. El pintalabios carmesí le dejó una mancha en el dorso de la mano al limpiarse la boca.

—¿Está bueno? —Neve volvió a coger la botella. Su voz era animada incluso mientras la hacía girar entre sus manos de forma nerviosa—. Es

meduciano. Un regalo del padre de Raffe para el templo, un pequeño añadido al tributo religioso para asegurar un buen tiempo al navegar. Raffe la birló, dijo que le parecía que el pago normal sería más que suficiente para tener el mar en calma. —Se rio sin mucho ánimo, con una risa nerviosa y seca—. Dijo que si algo te podía ayudar a sobrevivir a esta noche, sería esto.

La falda de Red se arrugó cuando se sentó en una silla junto a la ventana y apoyó la cabeza contra uno de sus puños.

—No hay vino suficiente en el mundo para eso.

La máscara de falsa alegría de Neve se hizo pedazos y cayó. Se quedaron sentadas en silencio.

—Siempre podrías huir —susurró Neve, sin apenas mover los labios, con la mirada fija en la botella vacía—. Te ayudaríamos, Raffe y yo. Esta noche, mientras los demás…

—No puedo —respondió Red de forma cortante, dejando caer la mano contra el reposabrazos. Después de repetirlo tantas veces, su voz había perdido todo el refinamiento.

—Claro que puedes. —Neve apretó los dedos alrededor de la botella—. Ni siquiera tienes la marca todavía, y tu cumpleaños es pasado mañana.

Red acercó la mano a la manga escarlata del vestido, que ocultaba su piel pálida e inmaculada. Cada día desde que había cumplido los diecinueve se miraba los brazos en busca de la marca. La de Kaldenore había aparecido inmediatamente después de su cumpleaños; la de Sayetha, cuando ya había pasado la mitad de su decimonoveno año, y la de Merra, apenas unos días antes de cumplir veinte. La de Red todavía no había aparecido, pero era una segunda hija y estaba vinculada al Bosque Salvaje, vinculada al Lobo y a un antiguo pacto. Tuviera o no la marca, dos días después tendría que irse.

—¿Lo dices por las historias sobre monstruos? En serio, Red, solo son cuentos para asustar a los niños, da igual lo que diga la Orden. —Había un tono de crispación en la voz de Neve, que había pasado de intentar engatusarla a algo más descarado—. No tienen ningún sentido. Nadie los ha visto en casi doscientos años… No había monstruos cuando enviaron a Sayetha ni a Merra.

—Pero sí los había antes de que enviaran a Kaldenore. —La voz de Red no sonaba acalorada, pero tampoco fría. Era una voz completamente neutra y sin emoción. Estaba cansada de tener esa discusión.

—Sí, hace dos puñeteros siglos una oleada de monstruos salió del Bosque Salvaje y aterrorizaron a los territorios del norte durante diez años, hasta que Kaldenore entró allí y desaparecieron. Unos monstruos de los que no tenemos ningún registro histórico y que parecían tomar la forma que más le conviniera a la persona que contara el cuento. —Si la voz de Red había sido un otoño sereno, la de Neve era un invierno arrasador, fría y cortante—. E incluso aunque fuesen reales, no ha ocurrido nada desde entonces, Red. No hay ningún indicio de que haya salido nada del bosque, ni a por el resto de las

segundas hijas ni a por ti. —Hizo una pausa, intentando reunir las palabras ocultas en un lugar profundo donde ninguna de las dos se atrevía a buscar—. Si hubiera monstruos en los bosques, los habríamos visto cuando…

—Neve. —Red estaba quieta, con la mirada fija en sus nudillos, marcados con aquel llamativo carmín, pero su voz cortante atravesó la habitación.

Neve ignoró aquella súplica para dejar la conversación.

—Si vas con él, se acabó. No dejará que vuelvas. Nunca podrás salir del bosque, no será como… como la última vez.

—No quiero hablar de eso. —La neutralidad en la voz de Red empezó a flaquear, dando paso a algo más ronco y desesperado—. Por favor, Neve.

Por un momento, pensó que su hermana la iba a volver a ignorar, que iba a continuar con aquella conversación más allá de los estudiados límites que Red había aceptado. En lugar de eso, Neve suspiró, con un brillo en los ojos tan intenso como el de la plata que llevaba en el pelo.

—Por lo menos podrías fingir… —murmuró ella, girándose hacia la ventana—. Podrías fingir que te preocupa.

—Sí me preocupa. —Red tensó los dedos que tenía sobre las rodillas—. Pero eso no va a cambiar nada.

Red ya había gritado, se había enfadado y se había rebelado contra ello. Todo lo que Neve le pedía que hiciera ahora ya lo había hecho antes de cumplir los dieciséis. Cuatro años antes, cuando todo había cambiado. Cuando se había dado cuenta de que el Bosque Salvaje era el único lugar donde podría estar.

Volvió a notar aquella sensación en su interior: algo que florecía y que le subía por los huesos. Algo que se expandía.

En el alféizar de la ventana había un helecho, de un verde demasiado intenso para el paisaje cubierto de escarcha que había tras él. Sus hojas se estremecieron y los zarcillos se estiraron ligeramente hacia el hombro de Red, con un movimiento demasiado hábil y calculado como para deberse a una brisa pasajera. Bajo la manga del vestido, las venas de la muñeca de Red se tiñeron de verde y se marcaron sobre su piel pálida como si fueran ramas. Notó el sabor de la tierra en la boca.

«No». Red apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Poco a poco, aquella sensación de expansión se desvaneció, como si una enredadera se estuviera desenrollando para volver a su escondite. Aquel sabor a tierra abandonó su lengua, pero aun así volvió a coger la botella y se bebió los últimos posos.

—No son solo los monstruos —dijo ella cuando acabó el vino—. También tengo que dar la talla para convencer al Lobo de que libere a los reyes.

El alcohol hacia que se sintiera valiente, tanto como para no intentar ocultar el tono burlón en su voz. Si alguna vez había un sacrificio lo suficientemente digno como para aplacar al Lobo y obligarlo a liberar a los

cinco reyes de donde fuese que los tuviera escondidos durante los últimos siglos, estaba claro que no iba a ser ella.

Aunque, de todas formas, Red tampoco creía en nada de eso.

—Los reyes no van a volver —dijo Neve, dando voz a la falta de fe que sentían las dos—. La Orden ya ha enviado a tres segundas hijas con el Lobo, y él nunca los ha liberado. Tampoco va a hacerlo ahora. —Cruzó los brazos con fuerza por encima del vestido blanco y miró fijamente hacia el cristal de la ventana como si quisiera hacerle un agujero con la mirada—. Ni siquiera creo que los reyes puedan volver.

Red tampoco lo creía, pensaba que lo más probable era que sus dioses estuvieran muertos. Su compromiso con el destino que la llevaría al bosque no tenía nada que ver con creer en reyes, monstruos o cualquier otra cosa que pudiera salir de allí.

—Eso no importa. —Ya habían hablado de ello en demasiadas ocasiones. Red flexionó los dedos una y otra vez, ahora ya con las venas azules, marcando el ritmo de aquella conversación eterna que no llevaba a ninguna parte—. Voy a ir al Bosque Salvaje, Neve. Ya no hay vuelta atrás. Por favor…, deja que todo siga su camino.

La boca de Neve era una fina línea que reflejaba su determinación. Dio un paso adelante y se acercó a ella, haciendo susurrar a la seda al rozar el mármol. Red no la miró, agachó la cabeza y dejó que una cascada de pelo del color de la miel le ocultara la cara.

—Red —murmuró Neve. Red se estremeció al oír el tono de su voz, el mismo que utilizaría con un animal asustado—. Yo también quise ir, aquel día que fuimos al Bosque Salvaje. No fue culpa tuya que…

La puerta se abrió. Por primera vez en mucho tiempo, Red se alegró de ver a su madre.

El blanco y la plata le quedaban bien a Neve, pero hacían que la reina Isla pareciera hecha de hielo, tan fría como la escarcha del cristal de las ventanas. Unas cejas oscuras enmarcaban unos ojos aún más oscuros, el único rasgo que compartía con sus dos hijas. No la siguió ningún sirviente cuando entró en la habitación y cerró la pesada puerta de madera tras ella.

—Neveriah. —La reina inclinó la cabeza hacia Neve antes de dirigir aquella mirada oscura e inescrutable hacia Red—. Redarys.

Ninguna de las dos le devolvió el saludo. Durante un instante que pareció durar varias horas, las tres se quedaron atrapadas en aquel silencio.

Isla se giró hacia Neve.

—Los invitados están llegando. Sal a recibirlos, por favor.

Neve apretó los puños alrededor de su falda. Miró fijamente a Isla con el ceño fruncido y los ojos oscuros y amenazadores, ardientes de rabia. Pero no serviría de nada empezar una pelea, todas las personas de la habitación lo sabían. Mientras se dirigía a la puerta, Neve miró sobre su hombro, en

dirección a su hermana, dándole una orden con la mirada: «Sé valiente».

Valentía era lo que menos sentía Red en presencia de su madre.

No se molestó en levantarse mientras Isla la examinaba. Los rizos que tan cuidadosamente le habían hecho ya estaban perdiendo forma, y tenía el vestido arrugado. La mirada de Isla se detuvo un instante sobre la mancha de carmín que tenía en el dorso de la mano, pero ni siquiera eso bastó para provocar una respuesta. Aquello era más una prueba de su sacrificio que un baile formal, un acontecimiento al que acudirían dignatarios de todo el continente para ver a la mujer destinada al Lobo. Quizás fuese apropiado que pareciera medio salvaje.

—Ese color te queda bien. —La reina asintió, mirando la falda del vestido de su hija—. Red significa «rojo».

Era una broma, pero Red apretó los dientes con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlos. Neve solía decirle lo mismo cuando eran pequeñas, antes de que conocieran las implicaciones de aquel color. Cuando se enteraron, Red ya se había acostumbrado a su apodo, aunque tampoco se lo habría cambiado. Tenía cierta ferocidad, era una forma de afirmar quién y qué era.

—No escuchaba eso desde que era una niña —dijo Red, y vio cómo Isla apretaba los labios. Cada vez que le hablaba de su infancia, cada vez que le recordaba que en algún momento había sido una niña, que había sido su niña y que iba a enviar a su niña al bosque…, aquello siempre parecía incomodar a su madre.

Red hizo un gesto hacia su falda.

—El escarlata significa «sacrificio».

Hubo un momento de silencio, y luego Isla se aclaró la garganta.

—La delegación floriense ha llegado esta tarde, y también el emisario karseckano de Re. El consejero supremo de Meducia envía sus disculpas, pero otros de los consejeros acudirán. A lo largo del día han ido llegando sacerdotisas de la Orden desde todo el continente y han estado rezando por turnos en el santuario. —Todo esto lo dijo con una voz tranquila y remilgada, como si estuviera leyendo una lista bastante aburrida—. Los tres duques de Alpera y sus comitivas deberían llegar antes de la procesión…

—Ah, bien. —Red se miró las manos, blancas e inmóviles como las de un cadáver—. Seguro que no quieren perdérsela.

Los dedos de Isla se crisparon. Siguió hablando con una voz regia, aunque parecía cansada:

—La suma sacerdotisa tiene fe —dijo, dirigiendo la mirada hacia todas partes excepto hacia su hija—. Como ha pasado más tiempo entre tú y… las otras, cree que el Lobo por fin nos devolverá a los reyes.

—Pues claro que lo cree. Menuda vergüenza va a pasar cuando me meta en el bosque y no ocurra absolutamente nada.

—Guárdate tus blasfemias para ti —la reprendió Isla, pero no estaba

enfadada. Red nunca había conseguido arrancarle ninguna muestra de emoción a su madre. Lo había intentado cuando era más pequeña, llevándole regalos o cogiéndole flores. Cuando se había hecho mayor, había arrancado cortinas y se había presentado borracha a cenar, buscando al menos su ira, si no tenía nada más amable que ofrecerle. Incluso en aquellas ocasiones, lo único que había conseguido era que su madre suspirara o pusiera los ojos en blanco.

Tendría que ser una persona de verdad para que alguien pudiera sentir lástima por ella. Red nunca lo había sido para su madre, no había sido más que una reliquia.

—¿Y tú? ¿Crees que volverán? —Era una pregunta directa, una que jamás se habría atrevido a hacer si no hubiera tenido ya un pie en el Bosque Salvaje. Aun así, Red no consiguió que sonara sincera, no pudo ocultar la intención hiriente de sus palabras—. ¿Crees que si el Lobo considera que soy aceptable os devolverá a los reyes?

La habitación se quedó en un silencio más frío que el aire del exterior. Red no sentía nada parecido a la fe, pero necesitaba aquella respuesta como si fuese a servir de absolución. Para su madre. Para ella misma.

Isla le sostuvo la mirada durante un instante que se alargó y adquirió unas dimensiones extrañas. Aquel momento cargaba con el peso de muchos años y también de todas las cosas que no se habían dicho en todo ese tiempo. Pero cuando su madre habló, lo hizo apartando la mirada.

—No veo qué importancia tiene lo que yo crea.

Y eso fue todo.

Red se puso en pie, se echó hacia atrás la pesada cortina de pelo suelto y se limpió el carmín de la mano en la falda del vestido.

—Entonces, majestad, dejemos que todos vean que su sacrificio está bien atado y dispuesto.



Red hizo unos cálculos mentales rápidos mientras se dirigía al salón de baile. Tenía que hacer acto de presencia, porque todos aquellos dignatarios invitados no habían ido solo a bailar y a beber vino. Querían verla a ella, la prueba color escarlata de que en Valleyda estaban preparados para sacrificar a su segunda hija.

Las sacerdotisas de la Orden entraban por turnos al santuario para rezar a los fragmentos de los árboles blancos, supuestamente cortados del mismísimo Bosque Salvaje. Para aquellas que venían de fuera del país, era un viaje de peregrinación, una oportunidad única en varias generaciones, no solo de poder

rezar en el renombrado santuario de Valleyda, sino de ver cómo enviaban a una segunda hija con el Lobo.

Puede que estuvieran rezando, pero también la estarían vigilando. Comprobando si daba la talla, si podían estar de acuerdo con la opinión de la suma sacerdotisa de Valleyda. Si ellas también podían considerarla digna.

Un baile o dos, una copa de vino o cuatro. Se quedaría allí el tiempo suficiente para que todo el mundo pudiera juzgar el temple que tenía su sacrificio y luego se iría.

Técnicamente, todavía estaban a principios de verano, pero la temperatura en Valleyda apenas subía por encima del punto de congelación en ninguna estación. Había varias chimeneas a lo largo del salón de baile y lo iluminaban con su luz naranja y amarilla. Los cortesanos danzaban luciendo una gran variedad de estilos y atuendos de los distintos reinos del continente, todos ellos con una tela tan blanca como la luz de la luna. Cuando Red entró en el salón, una infinidad de miradas se clavaron en ella: era una gota de sangre en mitad de un banco de nieve.

Se quedó paralizada, como un conejo avistado por un zorro. Durante un instante todos se cruzaron las miradas, los fieles congregados y la ofrenda que habían preparado.

Red apretó la mandíbula y se agachó, exagerando una reverencia.

El ritmo del baile se alteró durante un instante. Luego los cortesanos siguieron bailando en círculos, evitando el contacto visual cuando pasaban junto a ella.

Pequeños favores.

Una figura familiar estaba de pie en una esquina, junto a una multitud de rosas de invernadero y barricas de vino. Raffe se pasó una mano por el pelo negro casi rapado. Sus dedos, del color de la caoba, destacaban contra su copa dorada. En aquel momento estaba solo, pero no sería por mucho tiempo. Era el hijo de un consejero meduciano y un bailarín bastante competente, pero Raffe nunca buscaba compañía en los bailes formales.

Red se deslizó a su lado, le quitó la copa y la vació con una eficiencia que demostraba cierta experiencia. Raffe levantó el labio en una sonrisa.

—Hola a ti también.

—Hay mucho más donde lo has cogido. —Red le devolvió la copa y cruzó los brazos, observando con determinación la pared, en lugar de a la multitud. Podía notar el pinchazo de sus miradas en la nuca.

—Cierto. —Raffe rellenó su copa—. Me sorprende que te hayas quedado, la verdad. La gente que tenía que verte sin duda ya lo ha hecho.

Red se mordisqueó la comisura del labio.

—Espero poder encontrarme con alguien. —Se lo estaba admitiendo a ella misma tanto como a Raffe. No debería querer ver a Arick. Debería olvidarse por completo de él, dejarlo ir sin más…

Pero, en el fondo, Red era una criatura egoísta.

Raffe asintió una vez y levantó las cejas en señal de comprensión. Le pasó la copa llena de vino y cogió otra para sí mismo.

Conocía a Raffe desde que ella tenía catorce años. Cuando el padre de él había aceptado el puesto de consejero, había tenido que cederle a su hijo su próspero negocio de comercio de vino, y no había opción mejor para aprender sobre rutas comerciales que con los tutores de Valleyda. Allí no crecía casi nada, era un país diminuto y frío en lo más alto del continente, donde lo único destacable eran el Bosque Salvaje en la frontera del norte y la ofrenda ocasional de segundas hijas. Valleyda dependía casi por completo de importaciones para poder alimentar a sus habitantes. De importaciones y de los tributos religiosos a su templo, donde se podían hacer las súplicas más poderosas a los reyes.

Se habían criado todos juntos durante los últimos seis años, un periodo en el que habían visto lo diferente que era Red de los demás, en el que se habían dado cuenta de que su tiempo se iba agotando rápidamente. Pero, desde que lo conocía, Raffe solo la había tratado como una amiga, nunca como una mártir, ni tampoco como una efigie a la que había que quemar.

Raffe relajó la mirada al ver algo detrás de la chica. Red echó un vistazo hacia allí y vio a Neve, que estaba sentada sola en el estrado que se alzaba en la parte delantera del salón, con los ojos ligeramente irritados. El asiento de Isla seguía vacío. Red no tenía ninguno.

Inclinó la copa de vino hacia su hermana melliza.

—Sácala a bailar, Raffe.

—No puedo —respondió él de forma rápida y cortante mientras se ocultaba tras su copa. La vació de un trago.

Red no insistió.

Un golpecito en el hombro hizo que se girara. El joven noble que había tras ella se apartó rápidamente, con los ojos abiertos de par en par y terror en la mirada.

—Eh, mi… mi señora… No, princesa…

Estaba claro que esperaba una respuesta cortante, pero Red estaba demasiado cansada para dársela. Era agotador mantener siempre esa actitud amenazadora.

—Redarys.

—Redarys —repitió él, y asintió nervioso. El rubor le subió desde el cuello, haciendo que destacaran aún más los granos de su cara—. ¿Querríais bailar conmigo?

Sin darse cuenta, Red se encogió de hombros. El vino meduciano hacía que se le mezclaran las ideas y las convertía en un calor agradable que no tenía una forma definida. Este no era el hombre con el que esperaba encontrarse, pero ¿por qué no iba a bailar con alguien lo suficientemente valiente como

para pedírselo? Todavía no estaba muerta.

El joven señor la guio durante un vals sin apenas rozar la curva de su cintura. Red se habría reído, de no haber tenido la garganta tan seca. Todos tenían demasiado miedo de tocar algo que le pertenecía al Lobo.

—Debéis encontraros con él en la habitación —susurró el chico con una voz temblorosa que estaba a punto de quebrarse—. Así lo ha ordenado la primera hija.

Red olvidó de repente aquella calidez que le ofrecía el vino y se quedó mirando la cara del joven noble, con los ojos entrecerrados. Le dio un vuelco el estómago, lleno de alcohol y rayos de esperanza.

—¿Encontrarme con quién?

—Con el consorte electo —balbuceó el joven—. Con el señor Arick.

Estaba allí. Había acudido.

Para cuando acabó el vals, Red y su extraña pareja de baile se habían colocado cerca de la habitación que había mencionado el chico. La cola de su vestido casi rozaba la cortina brocada.

—Gracias. —Red le hizo una reverencia al joven, ruborizado con un tono escarlata desde la coronilla hasta la nuca. El chico tartamudeó algo ininteligible y se fue de allí a toda prisa mientras sus pies luchaban por no echar a correr.

Red esperó un momento para que sus manos dejaran de temblar. Había sido cosa de Neve, y conocía lo suficiente a su hermana como para adivinar lo que pretendía. Ella no había conseguido convencerla para huir y pensaba que quizás Arick podría hacerlo.

Red iba a dejar que lo intentara.

Se deslizó a través de la cortina y Arick le rodeó la cintura con los brazos incluso antes de que pudiera perder de vista el baile.

—Red —susurró él, con la boca junto a su pelo. Llevó los labios hacia los de ella y la agarró con fuerza por la cadera para atraerla hacia su cuerpo—. Red, te he echado de menos.

Red tenía la boca demasiado ocupada como para responder, aunque le dejó claro que el sentimiento era mutuo. Las obligaciones de Arick como consorte electo y duque de Floriane lo mantenían alejado de la corte a menudo. En aquel momento estaba allí solo por Neve.

Su hermana se había sorprendido tanto como Red cuando habían anunciado que Arick sería su futuro marido, consolidando así el frágil acuerdo que había convertido a Floriane en una provincia de Valleyda. Neve sabía lo que había entre Arick y su hermana, pero nunca habían hablado de ello, eran incapaces de encontrar las palabras adecuadas para añadir una pequeña tragedia más. Arick era un filo que cortaba de dos formas distintas, y era mejor curar las heridas que provocaba en soledad.

Red se apartó y apoyó la frente sobre su hombro. Olía como siempre, a

menta y tabaco del caro. Aspiró aquel aroma hasta que le empezaron a arder los pulmones.

Arick la sostuvo así durante un instante, con las manos entre su pelo.

—Te quiero —le susurró al oído.

Siempre se lo decía. Y ella nunca le respondía. Al principio pensaba que le estaba haciendo un favor, negándoselo para que fuese más fácil para él cuando Red cumpliera veinte años y el bosque reclamara su sacrificio, pero no era del todo cierto. Nunca se lo decía porque no lo sentía. Quería a Arick a su manera, pero no del mismo modo en que él la quería a ella. Era más sencillo ignorar sus palabras y no hacer ningún comentario.

Hasta ese momento, a Arick no parecía haberle molestado nunca, pero aquella noche Red notaba cómo se le tensaban los músculos donde tenía apoyada la mejilla y oía el rechinar de sus dientes bajo su mandíbula.

—¿Ni siquiera ahora, Red? —Lo dijo de forma tranquila, como si ya supiera la respuesta.

Ella se quedó callada.

Un momento después, Arick le pasó un dedo pálido por debajo de la barbilla y se la levantó para poder contemplar su cara. No había velas encendidas en la habitación, pero la luz de la luna que entraba por la ventana se reflejaba en los ojos del chico, tan verdes como el helécho que había en el alféizar.

—Ya sabes por qué estoy aquí.

—Y tú sabes lo que voy a responder.

—Neve te estaba haciendo la pregunta equivocada —susurró él, con la voz adornada por la desesperación—. Quería que huyeras sin pararse a pensar en lo que ocurriría después. Yo sí lo he hecho. Es lo único en lo que puedo pensar. —Se detuvo y apretó con más fuerza la mano que tenía hundida en su pelo—. Huye conmigo, Red.

La muchacha abrió de repente los ojos, que había entrecerrado para disfrutar del beso y de la luz de luna. Se apartó de él tan rápido que entre los dedos de Arick se quedaron enredados algunos hilillos dorados.

—¿Qué?

Arick le cogió las manos y volvió a atraerla hacia él.

—Huye conmigo —repitió, rozando las palmas de Red con los pulgares—. Iremos al sur, a Karsecka o a Elkyrath, encontraremos algún pueblo apartado donde a nadie le importe la religión ni el regreso de los reyes, tan lejos del bosque que no nos preocuparán los monstruos. Encontraré trabajo haciendo…, no sé, algo, y luego…

—No podemos hacer eso. —Red dio un tirón para liberarse. El aturdimiento agradable que le había dejado el vino dio paso rápidamente a un dolor sordo. Se apretó las sienes mientras se daba la vuelta—. Tienes responsabilidades. Con Floriane, con Neve…

—No me importa nada de eso. —Colocó las manos alrededor de la cintura de Red—. No puedo dejar que vayas al Bosque Salvaje.

Red volvió a sentir cómo algo despertaba en sus venas. Los heléchos de la ventana se estremecieron.

Por un instante, pensó en contárselo.

En hablarle de la esquirla de magia que el Bosque Salvaje había dejado en su interior la noche en la que Neve y ella habían salido corriendo hacia el límite del bosque. En hablarle de la destrucción que había provocado, de toda la sangre y la violencia. En hablarle de cómo cada día se esforzaba por reprimirla, por contenerla, para asegurarse de que no volvía a hacerle daño a nadie.

Pero no le salían las palabras.

Red no iba a ir al Bosque Salvaje para traer de vuelta a los dioses. No iba a ir para servir como protección contra los monstruos. Desde su nacimiento, se había visto atrapada en una telaraña antigua y esotérica, pero sus motivos para no librarse de ella no tenían nada que ver con la devoción, ni tampoco con una religión en la que realmente nunca había creído.

Iba a ir al Bosque Salvaje para proteger a todos los que amaba, pero de ella misma.

—No tiene por qué ser así. —Arick la agarró por los hombros—. Podríamos tener una vida juntos, Red. Solo nosotros dos.

—Yo soy la segunda hija y tú el consorte electo. —Red sacudió la cabeza —. Eso es lo que somos.

Silencio.

—Podría obligarte a venir.

La joven entrecerró los ojos, entre confundida y alerta.

Arick dejó caer las manos de los hombros de Red y las colocó alrededor de sus muñecas.

—Podría llevarte a algún sitio donde no te pudiera encontrar. —Hizo una pausa cargada de dolor—. Y donde tú tampoco lo encontraras a él.

Arick la agarraba con tanta fuerza que estaba a punto de hacerle un moratón. Con un impulso de rabia, con la fuerza de unas hojas atrapadas en un ciclón, el fragmento de magia de Red liberó su poder.

Se abrió paso desde el interior de sus huesos, desenrollándose por el hueco entre sus costillas como hiedra trepando por unas ruinas. Los heléchos de la ventana se inclinaron hacia ella, atraídos por un magnetismo extraño, y Red sintió cómo despertaba la tierra que había bajo sus pies incluso a través del suelo de mármol, cómo unas raíces corrían hacia ella como los rápidos de un río, intentando alcanzarla…

Consiguió mantener aquel poder bajo control justo antes de que los heléchos tocaran el hombro de Arick, con unas hojas largas y dentadas que habían crecido en cuestión de segundos. Lo apartó de un empujón, con más

fuerza de lo que había pretendido. Él tropezó y los heléchos se retiraron hasta volver a su forma original.

—No puedes obligarme a hacer nada, Arick. —Le temblaban las manos y su voz era débil—. Y yo no puedo quedarme aquí.

—¿Por qué? —Era puro fuego, enfadado y cruel.

Red se giró y agarró el borde de la cortina brocada con una mano que esperaba que no estuviera temblando. Movió la boca, pero ninguna palabra parecía adecuada, así que el silencio se hizo cada vez más profundo y esa fue su respuesta.

—Es por lo que ocurrió con Neve, ¿verdad? —Era una acusación y se la lanzó como tal—. Cuando fuisteis al Bosque Salvaje.

El corazón de Red retumbaba en su pecho. Se agachó para colarse bajo la cortina y la dejó caer tras ella para amortiguar las palabras de Arick y ocultar su cara. Su vestido susurraba al deslizarse sobre el mármol del corredor, hacia las puertas dobles del balcón que daba al norte. Distraídamente, se preguntó qué opinarían las informantes de las sacerdotisas de su pelo revuelto y sus labios hinchados.

Bueno, si lo que querían era un sacrificio casto y puro, llegaban demasiado tarde.

Notó un frío intenso tras haber estado cerca de las chimeneas del salón, pero Red era de Valleyda, y la carne de gallina de sus brazos todavía la hacía pensar en el verano. El sudor se le había secado en el pelo. Ya había aceptado que se iba a quedar liso, tras haber perdido aquellos rizos hechos con cuidado por culpa del calor y de unas manos.

Red cogió aire y lo dejó salir, relajó los hombros temblorosos y parpadeó hasta que los ojos le dejaron de arder. Podía contar las personas que la querían con una sola mano, y todas ellas seguían suplicando para que les diera lo único que no les podía dar.

El aire de la noche le congeló las lágrimas en las pestañas antes de que pudieran caer. Había estado condenada desde el mismo momento de su nacimiento: era una segunda hija, por lo que estaba destinada al Lobo y al Bosque Salvaje, tal como estaba grabado en el tronco del santuario. Aun así, de vez en cuando se ponía a pensar. Se preguntaba si aquella condena sería culpa suya, por lo que había hecho cuatro años antes.

Después de aquel baile desastroso, habían sido tan irresponsables que se habían dejado llevar por un arrebato de valentía. Por un arrebato de valentía y por todo el vino que habían tomado. Habían robado unos caballos y cabalgado hacia el norte, eran dos chicas contra un monstruo y un bosque interminable, e iban armadas únicamente con piedras, unas cerillas y el amor feroz que sentían la una por la otra.

Aquel amor era tan intenso que daba la impresión de que el poder que había echado raíces dentro de Red era una burla intencionada por parte del

Bosque Salvaje, para demostrarle que él era todavía más fuerte. Que el vínculo que tenía con el bosque y con el Lobo que la esperaba siempre sería más fuerte.

Red tragó saliva con la garganta cerrada. Qué ironía tan cruel que, de no haber sido por aquella noche y por lo que había provocado, quizás habría hecho lo que quería Neve. Quizás habría huido.

Miró hacia el norte, entrecerrando los ojos por culpa del viento frío. En algún lugar más allá de la niebla y de las luces borrosas de la capital, estaba el Bosque Salvaje. El Lobo. Su larga espera ya casi había llegado a su fin.

—Ya voy —murmuró ella—. Malditos seáis, ya voy.

Se dio la vuelta, haciendo volar la falda carmesí, y volvió dentro.



CAPÍTULO DOS

Solo consiguió dormir a trompicones. Para cuando el amanecer tiñó el cielo de rojo, Red estaba junto a la ventana entrelazando los dedos y mirando hacia el santuario.

Su habitación daba a los jardines interiores, una extensión de árboles y flores bien cuidados, cultivados específicamente por su gran resistencia al frío. El santuario estaba situado en una esquina al fondo, apenas visible bajo un arco cubierto de flores. La luz del amanecer iluminó el borde del arco de piedra y lo bañó con una tenue luz dorada.

La Orden estaba dispersa entre la vegetación, era un océano de túnicas blancas y devoción que se amontonaban entre las flores. Estaban todas las sacerdotisas que tenían su hogar en Valleyda, además de las que habían viajado hasta allí: desde Rylt, al otro lado del mar, hasta Karsecka, en la parte más al sur del continente, pasando por todos los lugares que había en medio. Cada templo tenía un fragmento de madera blanca, una pequeña astilla del Bosque Salvaje a la que le podían rezar, pero era un gran honor poder viajar hasta el templo de Valleyda, donde había un pequeño bosque lleno de aquellos árboles. Era todo un privilegio poder rezar entre las ramas blancas que servían de prisión para sus reyes y suplicar su regreso.

Pero aquella mañana ninguna de las sacerdotisas entró al santuario. La única persona que tenía permitido rezar entre los árboles blancos aquel día era Red.

La ventana se empañó con su aliento. Distraída, pasó un dedo por la nube. Sus niñeras habían hecho lo mismo mucho tiempo atrás para ilustrar sus

cuentos en los cristales. Cuentos sobre el Bosque Salvaje, sobre cómo era antes de la creación de las Tierras Sombrías, cuando toda la magia del mundo se había concentrado allí para construir una prisión donde meter a aquellas criaturas todopoderosas que habían extendido su reinado de terror.

Antes de eso, el bosque había sido un lugar donde siempre era verano, un pequeño refugio en un mundo lleno de violencia. Según las niñeras, incluso había ofrecido bendiciones a aquellos que dejaban algún sacrificio dentro de sus confines: mechones de pelo, dientes caídos, papeles manchados de sangre… La magia era algo común en aquellos tiempos, al alcance de cualquiera que estuviera dispuesto a aprender a utilizarla.

Pero, cuando los cinco *reyes* hicieron un pacto con el bosque para encerrar a los dioses monstruosos, para crear las Tierras Sombrías y convertirlas en su prisión, toda aquella magia desapareció, absorbida por el Bosque Salvaje para cumplir aquella tarea monumental.

Pero, incluso después de aquello, el bosque todavía podía hacer tratos. Hizo uno con Ciaran y Gaya, el Lobo y la segunda hija originales. En el año uno después del Pacto, el mismo año en el que habían encerrado a los monstruos, acudieron al bosque en busca de asilo, huyendo del padre de Gaya, Valchior, y de su prometido, Solmir, dos de los legendarios cinco reyes. El Bosque Salvaje aceptó la petición de Gaya y Ciaran y les ofreció un lugar donde esconderse, un lugar donde podrían estar juntos para siempre. Los vinculó a sus tierras y los convirtió en algo más que simples humanos.

Y allí era donde se detenían las niñeras. Nunca hablaban de cómo los reyes habían vuelto a entrar en el Bosque Salvaje cincuenta años después del Pacto, ni de que nunca habían regresado a casa. No hablaban de cómo Ciaran había llevado el cuerpo sin vida de Gaya hasta el límite del bosque, un siglo y medio después de que los reyes hubieran desaparecido.

Pero Red conocía la historia. La había leído cientos de veces, tanto en los libros que se consideraban sagrados como en otros de menor importancia. Leía cada versión que se encontraba. Aunque algunos de los detalles cambiaban, los rasgos principales eran los mismos. Ciaran llevando a Gaya hasta el límite del Bosque Salvaje. Su cuerpo medio devorado por la putrefacción y cubierto de raíces y enredaderas, como si se hubiera fundido con el propio bosque. Las palabras de Ciaran a aquellos que lo habían encontrado, un puñado de aldeanos norteños insignificantes que habían acabado convirtiéndose en parte de la historia religiosa del mundo.

«Enviad a la siguiente».

Y así era como una historia de amor se había convertido en algo horrible, tan cierto como que aquel verano eterno había dado paso a un otoño marchito.

Red apartó la mano mientras los bordes de su lienzo empañado se desvanecían. El rastro que habían dejado sus dedos parecía la marca de unas garras.

Alguien llamó tímidamente a la puerta. Red apoyó la frente contra la ventana.

—Un momento.

Respiró aquel aire frío y pesado y se puso en pie. El camisón se le pegó al sudor helado en los omóplatos cuando intentó quitárselo de un tirón. Casi de forma inconsciente, dirigió la mirada hacia la piel que había encima de su codo. Todavía no había ninguna marca. Tuvo que esforzarse para evitar que la esperanza le clavara los dientes en el pecho.

No había ningún registro que dijera cómo se suponía que debía ser la marca, lo único que se sabía era que aparecía en el brazo de las segundas hijas durante su decimonoveno año y que ejercía sobre ellas una fuerza implacable que las arrastraba hacia el norte, hacia el Bosque Salvaje. Cada mañana desde que había cumplido los años, Red se inspeccionaba la piel con cuidado, fijándose en cada lunar y en cada peca.

Llamaron de nuevo. Lanzó una mirada asesina hacia la puerta, como si su rabia pudiese atravesar la madera.

—A no ser que queráis que vaya a rezar desnuda, vais a esperar un momento.

No volvieron a llamar.

Había un vestido arrugado tirado a sus pies. Red se lo puso y abrió la puerta sin molestarse antes en cepillarse el pelo.

Había tres sacerdotisas en el pasillo, en silencio. Sus caras le resultaban familiares, así que debían de ser del templo de Valleyda, no visitantes. Quizás habían ido ellas para que se sintiera más cómoda.

Si su aspecto desaliñado había sorprendido a las sacerdotisas, no dieron ninguna muestra de ello. Simplemente inclinaron sus cabezas y la guiaron a través del pasillo, con las manos ocultas dentro de sus amplias mangas blancas, hasta que salieron al aire frío del exterior.

Había una multitud de fieles en los jardines, todas inmóviles y con las cabezas agachadas, flanqueando la entrada cubierta de flores que llevaba al santuario. Cada vez que pasaba junto a una sacerdotisa, Red notaba cómo el corazón le iba subiendo más y más por la garganta. No miró a ninguna de ellas, mantuvo la mirada fija al frente y agachó la cabeza para adentrarse en las sombras que había bajo el arco, ella sola.

La primera sala del santuario era cuadrada y sencilla. Junto a la puerta había una mesa llena de velas de oración, y en el centro de la habitación se alzaba la estatua de Gaya, alta y orgullosa. A los pies de la estatua estaba el tronco del árbol blanco con aquella inscripción tallada, un pedazo del árbol junto al que Gaya y Ciaran habían hecho su pacto. La hermana de Gaya, Tiernan, los había ayudado a huir, y después había vuelto a casa con el tronco de aquel árbol como prueba de que Solmir no tenía ningún derecho a reclamar la mano de Gaya.

Red levantó la vista y frunció el ceño hacia su predecesora. Había sido una idea astuta conseguir que Gaya fuese venerada y el Lobo repudiado, rellenando con mucho cuidado las partes de la historia que desconocían. Los cinco reyes habían desaparecido en el territorio del Lobo, así que la culpa tenía que ser suya. Nadie sabía qué se suponía que conseguía encerrando a los reyes… ¿Más poder, quizás? A lo mejor simplemente actuaba como el resto de los monstruos y se había convertido en uno de ellos cuando el bosque al que estaba unido había empezado a retorcerse y a volverse más oscuro. La Orden decía que Gaya había sido asesinada al intentar rescatar a los reyes de donde fuera que Ciaran los tuviera encerrados, pero realmente no había forma de saber si aquello era cierto. Lo único que sabían era que los reyes habían desaparecido y que Gaya había muerto.

La luz titilante de las velas de oración color escarlata —«El escarlata significa "sacrificio", supongo que rezar también lo es»— era lo único que iluminaba la habitación, y no era suficiente para leer. Pero Red conocía las palabras de memoria.

«La primera hija es para el trono. La segunda hija es para el Lobo. Y los Lobos pertenecen al Bosque Salvaje».

La luz de las velas parpadeó y dejó ver las esculturas talladas en la pared. Había cinco figuras a su derecha, ligeramente masculinas: los cinco reyes. Valchior, Byriand, Malchrosite, Calryes y Solmir. En la pared del lado izquierdo había otras tres figuras, talladas con mucho más cuidado: las segundas hijas. Kaldenore, Sayetha y Merra.

Red pasó los dedos por el hueco vacío que había junto al perfil rugoso de Merra. Algún día, cuando ya no fuese más que un puñado de huesos perdidos en el bosque, tallarían allí su propia estatua.

Una brisa se coló a través de la puerta de piedra abierta e hizo ondear el fino velo negro transparente que colgaba tras la estatua de Gaya. La segunda sala del santuario. Red solo había estado allí una vez, un año antes, durante su decimonoveno cumpleaños. Se había arrodillado mientras las sacerdotisas de la Orden rezaban para que su marca apareciera pronto. Red no sentía la necesidad de perder el tiempo en lugares de oración.

Aun así, un año no había bastado para borrar el recuerdo de las ramas blancas que adornaban las paredes, esquejes de los árboles del Bosque Salvaje clavados en piedra para mantenerlos rectos. Aquellos brazos muertos y blanquecinos nunca se movían, pero Red recordaba la extraña sensación de que se estiraban hacia ella, como hacían los heléchos y las demás plantas cuando no conseguía reprimir del todo su pequeño fragmento de magia. Durante todo el tiempo que las sacerdotisas habían pasado rezando, ella había notado el sabor de la tierra en la boca.

Nerviosa, Red jugueteaba con la tela arrugada de su falda. Se suponía que debía entrar en la segunda sala y aprovechar ese tiempo preparándose para

entrar en el Bosque Salvaje, pero se le helaba la sangre al pensar en volver a estar rodeada de aquellas ramas.

—¿Red?

Una figura familiar estaba en la puerta que daba al jardín, iluminada por la luz de la mañana, que la hacía destacar en la penumbra del santuario. Neve corrió hacia ella mientras una vela de oración recién encendida se derretía sobre su mano.

La confusión se apoderó del pecho de Red, aunque iba acompañada de una buena dosis de alivio.

—¿Cómo has entrado? —Miró sobre el hombro de su hermana—. Las sacerdotisas…

—Les he dicho que no entraría en la segunda sala. No parecían demasiado entusiasmadas, pero me han dejado pasar. —Una lágrima cayó por las pestañas de Neve. Se la secó bruscamente—. Red, no puedes seguir con esto. ¡Por las sombras! No hay ningún motivo para que lo hagas, más allá de unas palabras escritas en una puñetera corteza.

Red pensó en la huida imprudente a caballo, con el pelo agitándose en mitad de la noche y su hermana a su lado. Pensó en las piedras que habían lanzado y en una rabia que había hecho que le doliera el pecho.

Y luego pensó en sangre. En violencia. En lo que yacía enredado bajo su piel, una semilla que esperaba el momento de germinar.

Ese era el motivo. No eran los monstruos ni tampoco las palabras escritas en la corteza. La única forma de mantener a salvo a su hermana era abandonándola.

No había palabras que pudieran consolar a Neve. En lugar de eso, Red acercó a su hermana hacia ella y dejó que apoyara la frente en su clavícula. Ninguna de las dos lloró, pero aquel silencio era casi peor, interrumpido únicamente por la respiración entrecortada de ambas.

—Tienes que confiar en mí —murmuró Red, con la boca junto al pelo de su hermana—. Sé lo que hago, y es así como tiene que ser.

—No. —Neve sacudió la cabeza, frotando su pelo negro sobre la mejilla de su melliza—. Ya sé… sé que te culpas por lo que ocurrió aquella noche, Red. Pero no podías saber que nos habían seguido…

—Para. —Red cerró los ojos con fuerza—. Por favor, para.

Neve tensó los hombros bajo el abrazo de su hermana, pero se quedó callada. Luego se apartó.

—Morirás. Si vas con el Lobo, morirás.

—Eso no lo sabes. —Red tragó saliva, intentando deshacer sin éxito el nudo que tenía en la garganta—. No sabemos lo que les pasó a las otras.

—Sabemos lo que le ocurrió a Gaya.

Red no tenía respuesta para eso.

—Está claro que ya has tomado la decisión de ir. —Neve intentó levantar

la barbilla, pero le temblaba demasiado—. Y también está claro que no puedo detenerte.

Dio media vuelta hacia la puerta y pasó junto a las estatuas de los cinco reyes y las segundas hijas, junto a las luces temblorosas de aquellas velas que representaban plegarias inútiles. Más de una se apagó a su paso.

Distraída, Red cogió una vela y una cerilla de la mesa pequeña. Soltó unas cuantas palabras malsonantes antes de conseguir encender la mecha, que le chamuscó los dedos. Casi agradecía aquel dolor, aquella pequeña sensación que había conseguido atravesar la coraza que había construido.

Red estrelló la vela contra la base de la estatua de Gaya. La cera cayó en un charco y se deslizó por el borde del tronco grabado.

—Que las sombras te lleven… —susurró ella. Era la única plegaria que iba a hacer en aquel lugar—. Que nos lleven a todos.



Horas más tarde, tras darse un baño, echarse perfume y ponerse un velo carmesí, Red fue oficialmente bendecida como sacrificio para el Lobo del Bosque Salvaje.

Los cortesanos estaban colocados en fila en aquella habitación cavernosa, todos vestidos de negro. Había más gente agrupada fuera. Los ciudadanos de la capital se codeaban con aldeanos que habían viajado desde muy lejos solo para tener ocasión de ver cómo la Orden consagraba a una segunda hija.

Desde el lugar privilegiado que ocupaba Red en el estrado que había al fondo de la sala, la audiencia parecía una masa informe de gente, algo formado solo por brazos, piernas y ojos que la miraban fijamente.

El estrado era redondo, y Red estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el altar de piedra negra que había en el centro, rodeada por un círculo de sacerdotisas, elegidas especialmente para aquel honor de entre todos los templos del continente. Todas llevaban las túnicas blancas tradicionales, además de unas capas blancas con las capuchas puestas para ensombrecerles la cara. Estaban de espaldas a Red. Las sacerdotisas que no habían sido elegidas como ayudantes también llevaban capas, había una hilera de ellas sentadas justo delante del estrado.

En cambio, Red llevaba un vestido escarlata similar al que se había puesto durante el baile, pero esta vez sin talle; en cualquier otra circunstancia, habría sido cómodo. Llevaba el pelo suelto bajo un velo color sangre, a juego con el vestido y lo suficientemente largo como para cubrirle todo el cuerpo y sobresalir por los bordes del altar.

El blanco simbolizaba la devoción; el negro, la ausencia; el escarlata, el

sacrificio.

En la hilera detrás de las sacerdotisas, Neve estaba sentada entre Arick y Raffe, colocada en el borde de su asiento. El velo de Red hacía que todos parecieran estar cubiertos de sangre.

La suma sacerdotisa de Valleyda, la máxima autoridad religiosa del continente, estaba de pie justo delante de Red. Su capa tenía una cola más larga que la del resto, y a Red le parecía que era de un blanco más brillante que las demás. Estaba de cara al altar, dándole la espalda a la corte, y la cola de su capa se extendía más allá del borde del estrado y caía en un charco de tela blanca.

Había una religiosidad desbordante. Una risa aguda estuvo a punto de escaparse de la garganta de Red, pero consiguió contenerla.

Con la mirada oculta entre las sombras profundas de su capucha, la suma sacerdotisa dio un paso adelante. Zophia ostentaba el cargo desde que Red tenía memoria. Su pelo ya había perdido todo rastro del color que hubiera tenido antes y su rostro curtido reflejaba una edad incalculable, por lo que solo podía decirse que era vieja. Sujetaba una rama blanca en las manos con la delicadeza de una madre acunando a su recién nacido y se la pasó a la sacerdotisa de su derecha con ese mismo cuidado.

Aunque se mantenían estoicas, casi todas las otras religiosas mostraban al menos algún rasgo de emoción en sus caras: alegría, sobre todo. Era un gesto muy sutil, pero estaba allí. No se podía decir lo mismo de la mujer que sujetaba el trozo de rama en aquel momento. Tenía una mirada fría y unos ojos de un azul brillante bajo una mata de pelo del color del fuego, y observaba a Red con una expresión que le recordaba a la forma en la que se observaba a un insecto. La sacerdotisa no le quitó la vista de encima cuando Zophia dio un paso adelante y le levantó el velo, sujetando entre sus manos los metros y metros de tela.

Aquel temor que había estado reprimiendo la invadió cuando le levantaron el velo, como si aquello hubiera sido su armadura. Red se agarró con fuerza al borde del altar y estuvo a punto de romperse las uñas contra la piedra.

—Honramos vuestro sacrificio, segunda hija —susurró Zophia. Dio un paso atrás y levantó los brazos hacia el techo. A su alrededor, la Orden imitó sus movimientos, empezando por las que estaban delante del altar y siguiendo hacia ambos lados, hasta llegar a la parte de atrás, trazando una ola con sus manos levantadas.

Durante un breve instante, Red pensó en salir corriendo, olvidarse del fragmento de magia que vivía dentro de su corazón y salvarse ella misma en lugar de a todos los demás. ¿Hasta dónde llegaría si saltaba desde el altar, envuelta en una fina tela carmesí? ¿La llevarían de vuelta a la fuerza? ¿La dejarían inconsciente? ¿Le importaría al Lobo si llegaba llena de moratones?

Volvió a clavar las uñas en la piedra. Sintió cómo una de ellas se rompía.

—Kaldenore, de la dinastía Andraline —anunció la suma sacerdotisa mirando al techo, comenzando así la letanía de las segundas hijas—. Enviada en el año doscientos diez después del Pacto.

Kaldenore, sin lazos de sangre, pero nacida en la misma dinastía que Gaya, era una niña cuando el Lobo había llevado el cuerpo de esta última hasta el límite del bosque y cuando los monstruos habían escapado del Bosque Salvaje un año después: un torrente de cosas sombrías, según los relatos de los testigos, trozos de oscuridad que cambiaban de forma y podían adoptar cualquier apariencia que desearan. Cuando apareció la marca de Kaldenore, los monstruos ya llevaban casi diez años atormentando a las aldeas del norte y había testimonios que los situaban incluso en Floriane y en Meducia.

Nadie sabía lo que significaba la marca, al menos no al principio. Pero una noche se encontraron a Kaldenore sonámbula, caminando descalza hacia el Bosque Salvaje como si se sintiera atraída por él.

Después de aquello, todo empezó a tener sentido, y por fin entendieron las palabras que había en el tronco del santuario y el significado de la muerte de Gaya. Enviaron a Kaldenore al Bosque Salvaje. Y los monstruos desaparecieron, desvaneciéndose como sombras.

—Sayetha, de la dinastía Thoriden. Enviada en el año doscientos cuarenta después del Pacto.

Otro nombre, otra tragedia. La familia de Sayetha acababa de llegar al poder y, erróneamente, habían creído que los sacrificios de las segundas hijas solo se exigirían al linaje de Gaya. Se habían equivocado. Valleyda estaba condenada a cumplir aquel pacto, independientemente de quién se sentara en el trono.

—Merra, de la dinastía Valedren. Enviada en el año trescientos después del Pacto.

Ella sí era una antepasada, de su misma sangre. Los Valedren tomaron el mando cuando la última reina Thoriden murió sin herederas. Merra nació cuarenta años después de que enviaran a Sayetha al Bosque Salvaje, mientras que Sayetha había nacido apenas diez años después de que Kaldenore se hubiera ido.

—Redarys, de la dinastía Valedren. Enviada en el año cuatrocientos después del Pacto. —La suma sacerdotisa pareció levantar aún más las manos mientras la rama que apretaba en el puño proyectaba sombras afiladas. Apartó la mirada de sus dedos estirados y la dirigió hacia Red—. Cuatrocientos años desde que nuestros dioses sellaran a los monstruos. Trescientos cincuenta desde que ellos mismos desaparecieran, traicionados por el Lobo. Mañana, cuando el sacrificio cumpla veinte años, la edad que tenía Gaya cuando se creó por primera vez el vínculo con el Lobo y el bosque, la enviaremos consagrada y vestida de blanco, negro y escarlata. Rezamos para que sea una ofrenda adecuada para nuestros dioses. Rezamos para que sea suficiente para mantener

a las sombras alejadas de nuestros hogares.

Red notaba el latido entrecortado de su corazón en los oídos. Estaba sentada, tan inmóvil como el altar de piedra, como la estatua del santuario. Como la efigie en la que querían que se convirtiera.

—No abandonéis vuestro deber. —La voz de Zophia era clara y potente, y resonaba de una forma agradable—. Enfrentaos a vuestro destino con dignidad.

Red intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

Zophia la miró con unos ojos fríos.

—Esperamos que vuestro sacrificio se considere apropiado.

Se hizo el silencio en la habitación.

La suma sacerdotisa bajó los brazos y cogió la rama blanca que tenía la devota del pelo rojo. Otra de ellas dio un paso adelante, con un pequeño cuenco lleno de ceniza en las manos. Con suavidad, Zophia introdujo uno de los extremos de la rama en el cuenco y luego lo pasó por la frente de Red, dejándole una marca negra entre las sienes.

La corteza estaba caliente. Red tensó todos los músculos de su cuerpo para evitar temblar.

—Sea esta la marca de vuestro vínculo —dijo en voz baja—. El Lobo y el Bosque Salvaje recibirán lo que se les debe.



CAPÍTULO TRES

La corte partió al amanecer, apiñada en unas carrozas brillantes que recorrían el trayecto corto que llevaba al Bosque Salvaje. La de Red iba guiando al resto. Salvo por el cochero, iba sola.

A sus pies había una bolsa de cuero desgastada, llena a rebosar de libros. Red no sabía exactamente por qué los había cogido, pero los llevaba apoyados contra ella como si fuesen el pilar que la mantenía unida a unos músculos doloridos y a un corazón que aún no había dejado de latir. Aparte de la ropa que llevaba puesta, la bolsa era lo único que había cogido para ir al Bosque Salvaje. Por lo menos estaría preparada en el caso improbable de que sobreviviera el tiempo suficiente como para ponerse a leer.

Se había colado en la biblioteca para llenar la bolsa nada más salir el sol. Había cogido sus novelas favoritas y unos libros de poesía de la estantería, y al hacerlo la manga del camisón se le había bajado por el brazo.

La marca era pequeña. Un hilillo en forma de raíz bajo la piel, con unos zarcillos finos que dibujaban un círculo justo por debajo de su codo. Al tocarla, las venas de sus dedos se habían vuelto verdes y los setos que se encontraban al otro lado de la ventana de la biblioteca se habían estirado hacia el cristal.

La llamada del bosque era sutil. Había comenzado en cuanto había visto la marca que serpenteaba por su brazo. Era suave pero inexorable, como si le hubieran clavado un gancho en lo más profundo del pecho y estuvieran tirando de ella hacia el norte con delicadeza. Arrastrándola hacia los árboles.

Red había cerrado los ojos con fuerza y había apretado los puños mientras cogía aire, sufriendo con cada bocanada. Cada una de ellas le había sabido

como la tierra de una tumba, y aquello era lo que finalmente había hecho que rompiera a llorar. Retorcida en el suelo, con pilas de libros a su alrededor como si fuesen una fortaleza, Red había llorado hasta que aquel sabor a tierra se había vuelto salado.

Ahora tenía la cara limpia y se había ocultado la marca con la manga del vestido blanco que llevaba bajo la capa.

Un vestido blanco, un fajín negro y una capa roja. Un grupo de sacerdotisas silenciosas se lo había llevado todo a la habitación la noche anterior. Red había tirado la pila de ropa en una esquina, pero, cuando se había despertado aquella mañana, Neve estaba allí, colocándolas con cuidado en la silla que había junto a la ventana y alisando las arrugas con la palma de su mano.

En silencio, Neve la había ayudado a vestirse: le había dado el vestido blanco para que se lo pusiera por encima de la cabeza y le había atado el fajín negro alrededor de la cintura. La capa fue lo último. Era pesada, abrigada y del color de la sangre. Después de colocar cada pieza de ropa en su sitio, se quedaron inmóviles y en silencio, observando sus reflejos en el espejo de Red.

Neve se fue sin decir palabra.

En la carroza, Red agarró los bordes de la capa y se envolvió en ella. No podía estar cerca de su hermana, pero podría conformarse con aquello.

Red veía pasar el mundo a través de la ventana. El norte de Valleyda estaba cubierto de colinas, valles y grandes praderas, como si el Bosque Salvaje no permitiera que hubiera más árboles que los suyos. Cuando ella y Neve habían robado los caballos para huir al norte la noche de su decimosexto cumpleaños, recordaba haberse quedado sorprendida al ver aquellos paisajes tan vacíos. Se había sentido como una estrella fugaz en una noche despejada, atravesando el cielo oscuro y frío.

De vez en cuando, se encontraban con algún aldeano que observaba en silencio el paso de la procesión. Probablemente esperaban que los saludara con la mano, pero Red iba con la mirada fija al frente, reduciendo su mundo a lo que había entre los bordes de su capucha escarlata. La marca le palpitaba en el brazo y la forma en que tiraba de ella hacía que se le revolvieran las entrañas.

La carretera terminó mucho antes de llegar al Bosque Salvaje. Solo la segunda hija podía entrar allí, y nadie más querría intentarlo, así que no tenía sentido hacer que el camino fuese fácil. La carroza dio una sacudida cuando sus ruedas pisaron la hierba cubierta de escarcha y se adentró en una tierra fronteriza que no pertenecía ni a Red ni al Lobo.

Los brazos y las piernas de Red se movían casi por voluntad propia. Se recogió las faldas, se echó la bolsa de libros al hombro y bajó con cuidado. No lloró.

El cochero hizo dar la vuelta a los caballos en cuanto Red salió de la carroza, sin pensárselo dos veces. Desde el límite del bosque llegaba un

zumbido extraño, desagradable y cautivador al mismo tiempo. La atraía hacia allí, pero advertía a los demás de que se mantuvieran alejados.

Tras ella, la hilera de carrozas recorría la carretera como las cuentas de un collar y llegaba casi hasta el pueblo. Todos los que habían viajado hasta allí para ver el sacrificio esperaban en silencio a que Red cumpliera su parte.

Más adelante se alzaba el Bosque Salvaje, proyectando sus sombras sobre la tierra cubierta de escarcha. Unas ramas desnudas se extendían hacia la niebla, tan altas que no podía ver sus extremos. Los troncos de los árboles estaban doblados y retorcidos como unos bailarines congelados, y los pedazos de cielo que se veían entre ellos parecían más oscuros de lo que deberían, como si estuvieran iluminados por la luz del crepúsculo. Los árboles crecían en una hilera perfectamente recta que servía como demarcación, uno al lado del siguiente, hasta donde alcanzaba la vista: una frontera perfecta entre aquí y allí.

No le habían dado instrucciones de lo que debía hacer a continuación, pero parecía bastante sencillo. Colarse entre los árboles. Desaparecer.

Red dio un paso adelante antes incluso de pensar en hacerlo. El bosque la arrastraba como si fuera una hoja movida por la corriente de un río. Respiró profundamente y plantó los pies en el suelo. El Bosque Salvaje se ocuparía de ella en unos segundos, pero que las sombras se la llevaran si no elegía ella misma los términos de su rendición.

—¡Red!

La voz de Neve rompió el silencio. Bajó de su carroza y estuvo a punto de tropezar con el dobladillo de su vestido negro. La luz del sol se reflejaba en los bordes de su diadema plateada mientras atravesaba el campo con determinación en el rostro.

Por primera vez desde que tenía memoria, Red se puso a rezar. A Gaya, a los cinco reyes o a quienquiera que la estuviera escuchando.

—Ayudadla —murmuró, con los labios entumecidos—. Ayudadla a seguir adelante.

Red pasaría lo que le quedara de vida al otro lado de los árboles, pero Neve continuaría con la suya en el exterior. Aquella idea era dolorosa y extraña: por primera vez desde que las habían concebido, tanto su hermana melliza como ella iban a estar solas.

Otra figura salió de la carroza que Neve había dejado atrás. El estómago de Red dio un vuelco al pensar que serían Arick o Raffe, los tres haciendo un último intento para cambiar lo que era imposible de cambiar. Pero, cuando aquella persona dio la vuelta lentamente alrededor de la carroza con la cabeza bien alta, no era Arick.

«Madre».

Red se parecía físicamente a ella. Tenían el mismo pelo dorado como la miel, los mismos pómulos afilados y unas caderas y pechos amplios, algo que

Neve, delgada como un palo, no había heredado. Ver a su madre cruzar el campo cubierto de escarcha era casi como mirarse en un espejo, como observar su propio sacrificio.

Red pensó que aquello debía de significar algo.

Neve la alcanzó antes de que lo hiciera su madre, con la respiración entrecortada y conteniendo el llanto a duras penas. Atrajo a Red hacia ella agarrándola por los hombros con sus manos delgadas.

—Te volveré a ver —susurró Neve—. Encontraré la forma de hacerlo, te lo prometo.

El tono en el que lo dijo esperaba una respuesta, pero Red no quería mentirle.

La sombra de su madre cayó sobre ellas, más oscura que las sombras de los árboles.

—Neveriah, vuelve a la carroza, por favor.

Neve no se giró para mirar a Isla.

—No.

Tras una pausa, la mujer inclinó la cabeza en señal de concesión.

—Entonces nos despediremos juntas.

Aquello iba a ser un hito, y Red lo sabía. La madre de Merra se había quedado tan afectada cuando habían enviado a su hija al Bosque Salvaje que había estado a punto de abdicar. A la madre de Sayetha habían tenido que adormecerla durante los días posteriores. A la de Kaldenore la habían dormido incluso antes de enviarla, porque había perdido la cordura cuando había aparecido la marca en el brazo de su hija, cuando habían descubierto que todas las segundas hijas nacidas de las reinas de Valleyda estaban vinculadas al pacto de Gaya con el bosque.

Pero las despedidas eran algo reservado para las personas que se conocían bien, y su madre nunca se había molestado en conocer a Red.

Los brazos de la reina temblaban bajo su capa.

—Sé que piensas que soy cruel. —El susurro brotó de su boca, débil como el de un fantasma—. Que las dos lo pensáis.

Neve no dijo nada. Dirigió la mirada hacia su hermana.

Años y años de silencio se agolpaban en la garganta de Red, años llenos de las emociones que se le habían negado.

—Ojalá hubieras sido cruel —respondió Red, consciente de que en aquel momento era ella quien podía hacer daño—. Al menos así habrías sido algo.

Isla se quedó paralizada.

—Nunca has sido mía, Redarys. —Un hilo dorado se escapó de la redecilla negra que sujetaba el pelo de la reina, tan largo que casi rozaba la mejilla de Red—. Desde el momento en que naciste, este fue siempre tu destino. Y nunca me permitieron olvidarlo.

La reina se dio la vuelta y empezó a caminar con pasos largos hacia la

carroza. No miró hacia atrás.

Lentamente, Red se puso frente a los árboles, siguiendo la llamada incesante de la marca. Las hojas crujían de forma apenas audible, aunque estaba tan lejos de ellas que no debería haber podido oírlas. En lo más profundo de su pecho, el fragmento de magia, aquel regalo envenenado del Bosque Salvaje, se abrió como una flor al ver el sol.

Neve se giró con ella y miró hacia el bosque con miedo, sin disimular su odio.

—No es justo.

Red no respondió. Apretó la mano de su hermana y luego echó a andar hacia el Bosque Salvaje.

—Te lo prometo —gritó Neve mientras ella se alejaba—. Nos volveremos a ver.

Red miró sobre su hombro. No iba a avivar las cenizas de algo que nunca iba a ocurrir, pero sí podía decirle una cosa que seguiría siendo cierta a pesar de ello.

—Te quiero.

Aquella respuesta fue el final. Unas lágrimas brotaron de los ojos de Neve.

—Te quiero.

Red echó un último vistazo a su hermana y se bajó la capucha escarlata, amortiguando así todos los ruidos excepto los latidos que palpitaban en sus oídos. Dio un paso adelante y los árboles la devoraron.



En el Bosque Salvaje hacía más frío.

La temperatura bajó de golpe, tanto que Red agradeció haber llevado la capa. Cuando cruzó la línea de los árboles siguiendo aquel zumbido infernal, sintió una presión desgarradora en la piel. Era tan fuerte que estuvo a punto de dejarse caer al suelo y ponerse a gritar.

Pero la presión y el zumbido desaparecieron en cuanto puso los dos pies más allá del límite del bosque y quedó rodeada de hojas y de un silencio profundo e imperturbable. Lo único que se movía era la niebla, que serpenteaba lentamente por el suelo.

Bajo la manga de su vestido y del carmesí de su pesada capa, la marca le provocó una última punzada de dolor. Entonces dejó de sentir aquella llamada sutil. Red se frotó la zona distraída.

Los árboles eran extraños. Algunos eran bajos y nudosos, mientras que otros eran altos y rectos, y sus cortezas eran anormalmente blancas hasta llegar al suelo del bosque. Allí se doblaban y se retorcían, y unos hilillos de

putrefacción oscura subían por ellas como si fueran venas corrompidas. Algunos de los árboles solo estaban podridos alrededor de las raíces, pero en otros la zona afectada se extendía hasta por encima de Red.

Los árboles blancos solo tenían ramas en las copas, y colgaban de allí con su elegante corteza pálida, exactamente iguales a los fragmentos del santuario.

Justo al otro lado de los límites del bosque había uno de aquellos árboles blancos. Tenía la mitad inferior podrida y negra. Incluso la tierra a su alrededor parecía oscura y, de alguna manera, olía a frío. Los árboles cercanos, con la corteza marrón y adornados con ramas irregulares, no tenían ninguna señal de putrefacción.

Excepto por aquellos árboles, Red estaba sola.

Respiró profundamente, de forma entrecortada, y pensó que el corazón se le iba a salir por la garganta. Aquella magia que nunca había deseado se abrió paso a través de sus costillas y empezó a extenderse con languidez, tiñendo sus venas de un ligero tono verde. Red esperaba que la magia se rebelara e intentara liberarse, así que apretó los dientes, preparada para que hasta el último árbol de aquel maldito bosque se estirara para alcanzarla.

Pero su poder se había vuelto dócil. Casi parecía que estuviera esperando algo.

Aun así, Red percibía una conciencia en aquel lugar. El bosque la había visto y la había marcado. Los árboles la conocían y se acordaban de ella, de su sangre sobre la tierra del bosque, de un terrible ajetreo y del poder que le habían regalado, algo que ella ni deseaba ni podía controlar.

Durante un instante, deseó tener una cerilla a mano, aunque no le habría servido de nada. La madre de Sayetha ya había intentado prenderle fuego al Bosque Salvaje, y también Neve. No había funcionado.

Apretó el dorso de la mano contra sus dientes y dejó escapar el aire por la nariz, irritada. No quería que el bosque la viera llorar.

Cuando pasó el peligro de que se le cayeran las lágrimas, Red agarró con más fuerza la bolsa de libros y miró hacia la oscuridad. No tenía sentido seguir alargando lo inevitable.

—¡Ya estoy aquí! —El grito de Red resonó, rebotó y se distorsionó, volviéndose más grave al extenderse por aquel espacio silencioso. Después, de su garganta escapó una carcajada muerta y enloquecida—. ¿Soy lo suficientemente digna?

No ocurrió nada. La niebla avanzaba en silencio, enroscándose alrededor de las ramas y las hojas muertas.

La frustración hizo que Red apretara los dientes; aquella desesperación que había sentido unos segundos antes se transformó en una rabia feroz. Notó cómo las raíces que había bajo sus pies se doblaban hacia ella, cómo las grandes ramas del color de los huesos se estiraban por encima de su cabeza. Su instinto le pedía que intentara reprimir su magia, pero ahora estaba en el

Bosque Salvaje y aquel poder le pertenecía. Aquel era su origen.

—¡Que las sombras te lleven! ¡Estoy aquí! —gritó Red hacia la oscuridad —. ¡Ven a por tu sacrificio, Lobo!

El Bosque Salvaje pareció inclinarse hacia ella. Emocionado. Como si ella tuviese algo que deseaba.

La temeridad de Red desapareció tan pronto como había llegado. Soltó un grito ahogado y unas manchas empezaron a dar vueltas en su visión. Apretó los puños, o más bien intentó hacerlo, porque tenía los dedos apresados en la tierra.

Frunció el ceño al ver sus manos. No recordaba haberse arrodillado, ni tampoco haberse apoyado en el suelo.

Antes de que pudiera levantarse, sus manos empezaron a hundirse.

Un instante después, la tierra le cubría los brazos hasta las muñecas y tenía los dedos enterrados, atrapados por unas raíces finas. Se frotaban contra sus manos como si estuvieran vivas y le golpeaban los nudillos y los pliegues de las palmas, buscando algo. Notó un pinchazo agudo en la parte interior de la uña cuando una raíz serpenteante se intentó colar dentro de su piel.

El corazón de Red se aceleró y el pánico le cerró la garganta mientras intentaba liberarse desesperadamente, tirando con fuerza de sus manos para sacarlas de la tierra y huir de aquella raíz que la palpaba. Las ramas le rozaban la cabeza y se enredaban en su pelo. La reclamaban.

La magia que había en su interior empezó a expandirse, lenta pero implacable, como una enredadera en un verano que contaba sus días utilizando los latidos acelerados de Red. Sentía como si estuviera intentando salir de su piel para reunirse con el bosque que la había creado.

«No».

Red apretó los dientes con fuerza y obligó a su poder a retirarse, tragando una saliva que sabía a tierra y apretando hasta que creyó que se iba a desmayar por el esfuerzo de cerrar y contener una parte de sí misma. Tenía la frente cubierta de sudor cuando por fin consiguió reprimir la magia, haciéndola retroceder hacia los lugares que había creado para ella. Sus muñecas ardían con el color verde de un poder que no iba a dejar libre.

Red sacó las manos del suelo del bosque de un tirón. Mientras se limpiaba las palmas en las rodillas, unas raíces finas y rotas se alejaron reptando de allí, como unas serpientes volviendo a su nido.

Había tres árboles blancos inclinados hacia ella. Todos ellos parecían estar más cerca que unos segundos antes. Sus ramas colgaban bajas y con cierta elegancia, como unas manos que se hubieran quedado congeladas justo antes de poder acariciarla.

Un sonido suave y agitado recorrió todo el bosque. Por un instante, casi sonó como una voz, como una palabra, pero se desvaneció antes de que Red pudiera encontrarle algún sentido, y tras él solo quedaron la brisa y el crujido

de las hojas.

Cuando todo se quedó en silencio, cayeron tres flores de la misma rama de un arbusto, uno de los muchos que cubrían el bosque. Las pequeñas flores blancas se volvieron marrones y marchitas incluso antes de tocar el suelo.

A Red le dio la inquietante impresión de que acababan de pagar un precio.

Tragó saliva con dificultad. Se puso en pie y se echó la bolsa al hombro.

—Supongo que tendré que ir yo a buscarte, entonces.

Echó a andar hacia el interior del bosque.

Red no sabía cuánto tiempo llevaba caminando cuando apareció ante ella el matorral, que crecía alrededor de uno de los árboles blancos. Unos arbustos bajos y cubiertos de maleza envolvían el tronco, y sus espinas apuntaban hacia fuera en unos ángulos peligrosos. Si miraba a través de la maleza, apenas podía distinguir la putrefacción negra que se extendía por el tronco, subiendo hacia las ramas que se apiñaban en la copa.

Una de las espinas se le enganchó en la capucha cuando intentó rodear el matorral, una que habría jurado que antes no estaba allí. La tela carmesí se le apartó de la cara. Otra espina afilada como un cuchillo le hizo un corte bajo el pómulo.

Red se llevó la mano a la herida, pero el daño ya estaba hecho. Una gota de sangre se deslizó lentamente por la espina, y cuando llegó al final de ella cayó sobre otra, cada vez más cerca del tronco devastado del árbol blanco.

Si intentaba meter la mano entre la maleza para limpiar la gota, solo conseguiría clavarse más espinas y derramar más sangre. Así que se quedó quieta y observó, esperando con una sensación de terror que le oprimía el pecho.

Su sangre tocó el tronco blanco y vaciló un instante. Luego el árbol la absorbió, como si fuera agua derramada en una tierra reseca.

Resbalando sobre las hojas, Red se alejó del árbol hasta que chocó con otro, también delgado y pálido, y también retorcido por aquella putrefacción negra. La maleza se enredó entre la falda de su vestido, y Red se apartó de allí, desgarrándola con un ruido que sonó demasiado alto en aquel bosque silencioso.

Otra vez aquel sonido, resonando desde el suelo del bosque. Hacía que las hojas crujieran, que las enredaderas crecieran y las ramitas chocaran entre ellas para formar algo parecido a una voz, algo que Red sentía, más que oía. Surgía de su interior, de la esquirla de magia que conseguía mantener amarrada con un esfuerzo colosal.

Por fin.

Llevaba demasiado tiempo siendo uno solo.

Una de las ramas se despegó del tronco y cayó al suelo. Se marchitó en un solo instante, como si hubieran pasado décadas en apenas unos segundos, y no quedó nada más que una corteza vacía y reseca.

Los dientes de Red rechinaron y se le erizó el vello del brazo. Las ramas se estiraban hacia ella y las raíces serpenteaban a sus pies, pero se quedó paralizada como un ciervo a punto de ser alcanzado por una flecha.

Esto era para lo que se había preparado en lo más profundo de su corazón, algo a lo que no había necesitado prestar demasiada atención. Se lo había negado a Neve, le había dicho que no se sabía lo que les había ocurrido a las segundas hijas que cruzaban la frontera, pero Red sabía que allí no podía haber nada más que muerte, y pensó que se había preparado para ello.

Ahora que estaba tan cerca, en forma de ramas afiladas y raíces retorcidas, se dio cuenta de que estar preparada no significaba estar de acuerdo. Toda la aceptación que había tenido que soportar durante aquellos veinte años explotó, salió de su interior y le hizo apretar los dientes, pero no por miedo, sino por rabia. Quería vivir, y pobre de quien le dijera que no debería hacerlo.

Así que Red echó a correr.

Las enredaderas se lanzaron a por ella y el suelo cubierto de hojas se hundió para hacerla tropezar. Los árboles blancos se encorvaron como si estuvieran luchando contra unas ataduras invisibles, intentando liberarse.

Como si el bosque fuese un animal desesperado por probar su sangre y algo lo estuviera reteniendo.

Red llegó a un claro. Estaba rodeado por unos árboles blancos que se estremecían, pero corrió hacia el centro, donde el suelo solo era tierra y musgo. Cayó de rodillas con la respiración entrecortada, la falda hecha jirones y el pelo lleno de ramitas.

Aquel instante de calma se vio interrumpido por un sonido de madera astillándose. Uno de los troncos blancos se empezó a romper lentamente, como si estuviera abriéndose una sonrisa de lado a lado.

El agujero del tronco se hizo más ancho y aparecieron unos colmillos brillantes que rezumaban savia. Una tras otra, empezaron a abrirse sonrisas en los demás árboles, sonrisas llenas de dientes que buscaban sangre.

Red se levantó con esfuerzo y con las piernas temblorosas, y echó a correr de nuevo. Tenía los pies entumecidos y sintió una punzada en el costado, pero no se detuvo.

Al final sus rodillas cedieron y su visión se redujo a un pequeño punto. Cayó sobre una pila de hojas, con la frente apoyada sobre el suelo.

Quizás esa era la forma de cumplir el pacto. Las historias sobre el cuerpo de Gaya, lleno de raíces y descompuesto… Quizás el Lobo no decidiría si era un sacrificio aceptable hasta que su Bosque Salvaje la consumiera, igual que había acabado por consumir a Gaya, esperando para decidir si liberaría a los reyes a cambio. A lo mejor había sido él quien había retenido al bosque mientras Red corría, abriéndole el apetito con aquella persecución para echárselo encima cuando estuviera agotada.

Red cerró los ojos, esperando que se le clavaran unos dientes en el cuello.

Pasó un minuto. Dos. No ocurrió nada. Con el pelo pegado a la cara por culpa del sudor, levantó la mirada.

Un portón de hierro se alzaba sobre la tierra. Era el doble de alto que ella y se extendía hacia ambos lados, curvándose antes de desaparecer en la oscuridad. A través de los espacios entre el metal se veían algunas partes de un castillo: una torre, una atalaya… Eran unas ruinas medio devoradas por el bosque que había a su alrededor, pero al menos eran algo.

Red se puso en pie, con las piernas temblorosas. Con cuidado, apoyó las manos sobre el portón.



CAPÍTULO CUATRO

No se abrió.
Red recorrió el portón de hierro con la mirada, nerviosa, mientras se limpiaba las manos en la falda desgarrada. Si había un cerrojo, era demasiado pequeño para verlo. Tampoco había bisagras, aquella puerta era una única pieza de hierro. Dos columnas en espiral se elevaban como si quisieran marcar la entrada, pero la barra que bajaba por el centro era tan maciza como el resto de la puerta.

—Me cago en los caballos de los reyes… —Red enseñó los dientes y golpeó el metal con las manos. Había atravesado un bosque lleno de colmillos, seguro que encontraba la forma de abrir aquella maldita puerta.

Oyó un crujido. Red miró sobre su hombro. En aquella oscuridad, solo podía ver dos de los árboles blancos, pero ambos parecían estar más cerca que antes.

Intentó levantar las manos para volver a golpear la puerta, pero no le obedecieron. Sus palmas se negaban a moverse, como si de alguna manera las hubieran injertado en el hierro.

Resbalando sobre las hojas, Red dio un tirón para intentar liberarse, pero el portón la tenía agarrada con fuerza. Su respiración trabajosa hacía demasiado ruido en mitad de aquella niebla silenciosa.

Notó la mirada de los árboles clavada con fuerza en sus hombros, lo que hizo que se le erizara el vello de la nuca. La observaban. Esperaban. Seguían hambrientos.

Algo se movió bajo su mano e interrumpió el círculo vicioso de aquel

pánico impreciso que la dominaba, dando paso a un miedo más definido y peligroso.

La superficie del portón se estaba moviendo, deslizándose como si hubiera colocado la mano sobre un hormiguero. El metal irregular se extendió por su piel, recorriendo las líneas de sus palmas y las huellas de sus dedos.

Tan repentinamente como había empezado, aquella sensación de que algo se arrastraba sobre ella se detuvo. La barra maciza de hierro se dividió con lentitud por la mitad, desde abajo hacia arriba, como un retoño floreciendo en la tierra. La puerta dio una sacudida silenciosa y se abrió.

Red esperó un momento y luego avanzó con torpeza. En cuanto cruzó, el portón se cerró tras ella. No le hizo falta mirar atrás para saber que volvía a ser una puerta maciza. Cuando echó un vistazo a la palma de su mano, estaba intacta, excepto por unas pequeñas manchas de óxido.

El castillo en ruinas se alzaba entre la niebla y las sombras, y era casi tan alto como los árboles que lo rodeaban. Quizás algún día hubiera sido imponente, pero en aquel momento las paredes parecían tener más musgo que piedra. Un pasillo largo se extendía a su izquierda y acababa en un montón de piedras destrozadas. Justo enfrente de ella, una torre se elevaba hacia el cielo, con una puerta de madera desgastada en el centro. En el lado derecho habían construido lo que parecía ser una gran habitación, y se encontraba en un estado considerablemente mejor que el pasillo. Por todas partes había piedras derruidas: los restos de las almenas derrumbadas y los torreones caídos.

No había árboles blancos más allá del portón.

El temblor de sus piernas se detuvo. Red no estaba segura de qué se podía considerar un sitio seguro en aquel lugar, pero de momento se conformaba con estar lejos de los árboles.

Todavía le escocía el corte de la mejilla. Gruñendo entre dientes, se tocó la herida con cuidado. Se le mancharon las puntas de los dedos con una sangre muy líquida. Delante de ella, se alzaba la puerta desgastada.

Él estaba por allí, cerca. Casi podía sentirlo, era una sensación de alerta que le provocaba pinchazos en la nuca y que hacía que le palpitase la piel donde llevaba la marca. El Lobo, guardián del Bosque Salvaje y supuesto carcelero de los dioses. Red no tenía ni idea de lo que haría con ella ahora que había llegado. A lo mejor había logrado escapar de su bosque solo para que él la volviera a soltar allí, para asegurarse de que aquellos árboles sedientos de sangre acabaran lo que fuese que hubieran empezado.

Pero la única alternativa era quedarse allí fuera, bajo un frío crepúsculo antinatural, esperando a ver si aquel portón de hierro era suficiente para mantener alejado al Bosque Salvaje.

Ya estaba harta de las leyendas. Ella era tan importante en aquellas historias como él, y si su caída era inminente, Red prefería ser la artífice, en lugar de una mera espectadora. Se echó la bolsa al hombro, dio un paso

adelante y abrió la puerta de un empujón.

Esperaba encontrarse oscuridad y putrefacción, ver el interior del castillo tan abandonado como el exterior. Y habría sido así, de no ser por las antorchas de la pared.

No, no eran exactamente antorchas… Lo que pensaba que eran los mangos era en realidad una enredadera hecha de madera, que serpenteaba a lo largo de las paredes casi circulares. Unas llamas ardían sobre ella cada cierta distancia, pero la propia enredadera no se consumía, ni tampoco el fuego se extendía más allá. Ni siquiera veía marcas de quemaduras, era como si las llamas estuvieran simplemente sujetas sobre la madera, amarradas con algún tipo de atadura invisible.

Por extraña que fuese aquella luz, iluminaba todo lo que había a su alrededor. Estaba en un vestíbulo cavernoso bajo un techo alto en forma de cúpula. Una ventana rota en el solario filtraba la luz del crepúsculo, que le bañaba los pies. El suelo estaba cubierto por un musgo verde esmeralda, adornado con varios montones de setas. Delante de Red había una escalera, con los primeros escalones cubiertos de musgo, que llevaba a un balcón que rodeaba la parte superior de la torre. Le costaba distinguir las enredaderas en la oscuridad; estaban enroscadas en la barandilla y colgaban hacia el suelo. El pasillo que había visto desde el exterior se extendía hacia la izquierda de la escalera y la habitación hundida quedaba a la derecha, con el arco de la entrada roto en la parte superior.

Todo aquello estaba vacío.

Las botas de Red susurraban al pasar por encima del musgo. Cuando miró con más detenimiento, descubrió señales de que aquel lugar estaba ocupado: había una capa oscura colgada en la barandilla de la escalera y tres pares de botas desgastadas bajo el arco de entrada a la otra habitación. Pero no se movía nada en aquellas ruinas, todo estaba rodeado de un silencio antinatural. Red frunció el ceño.

Tras ella, una luz se apagó. Lentamente, miró sobre su hombro.

Otra de las llamas que recorrían aquella extraña enredadera se extinguió.

Estuvo a punto de tropezar al apresurarse hacia la escalera, y, cuando puso el pie sobre el primer escalón, se dio cuenta de que no había ninguna luz encendida en la parte superior. Red dio marcha atrás y cambió de dirección, rodeando el hueco de la escalera. Más adelante veía la luz tenue de unas llamas que se alineaban a lo largo de otra escalera, una que se dirigía hacia abajo, en lugar de subir. Corrió hacia allí mientras la habitación en la que se encontraba quedaba bañada por la luz del crepúsculo.

La última de las llamas se apagó cuando llegó a las escaleras. Se detuvo, respirando con dificultad, y esperó para ver si las luces que tenía delante también se apagaban, pero siguieron brillando, con las llamas encendidas a lo largo de otra de aquellas enredaderas extrañas que no ardían.

Una capa de musgo cubría allí también los primeros escalones, pero pronto dio paso a unas raíces finas que se entrecruzaban sobre la piedra como si fueran venas. Red mantuvo la mirada fija en sus pies para no tropezar y llevó la cuenta de los pasos como mecanismo de defensa para no entrar en pánico.

Las escaleras acababan en un pequeño rellano donde no había nada más que una puerta de madera. Red la abrió de un empujón antes de convencerse a sí misma para no hacerlo.

La puerta no chirrió. Una luz cálida iluminó la entrada y entró en el rellano como un sol naciente. Red entró, tan silenciosa como fue capaz. Se quedó paralizada. La familiaridad de aquel sitio la cortó como un filo; después fue un bálsamo.

Era una biblioteca.

Cuando estaba en… —se detuvo antes de pensar en la palabra «casa», sería demasiado doloroso, y, de todas formas, tampoco parecía el término correcto— en Valleyda, la biblioteca era uno de los lugares donde pasaba la mayor parte del tiempo. Neve tenía clases casi todos los días. Debía aprender cosas más allá de la gramática y la aritmética básicas que le habían enseñado a Red, así que esta casi siempre se quedaba sola. Había leído casi todo lo que había en la biblioteca del palacio, algunas cosas dos veces. Era una de las formas que tenía de calmarse cuando su mente empezaba a dar vueltas y a desbordarse, cuando atrapaba sus miedos en unas telas de araña que era incapaz de destejer. El olor del papel, el orden que había en las palabras impresas y la sensación de los bordes de las páginas bajo sus dedos servían para convertir las olas dé sus pensamientos en serenidad.

La mayoría de las veces, al menos.

La presencia de libros era lo único que tenían en común la biblioteca del palacio y esta. Aquí había hileras de estanterías demasiado abarrotadas y unas mesas pequeñas llenas de libros colocados de cualquier manera. También había otra pila cerca de la puerta, en equilibrio precario y coronados por una taza medio llena de algo que olía a café. Unas velas extrañas con llamas inmóviles iluminaban la habitación con un tono dorado… Pero no, no eran velas. Eran trozos de madera que parecían no arder, igual que las enredaderas del piso de arriba.

Su bolsa cayó al suelo con un golpe seco. Red contuvo el aliento durante un instante, pero no se movió nada entre las pilas de libros. El sonido que hizo bien podría haber sido una carcajada, si hubiera tenido más fuerzas y menos miedo. ¿Una biblioteca en lo más profundo del Bosque Salvaje?

Avanzó con cautela mientras pasaba las manos por los lomos de los libros. El olor a polvo y a papel viejo le hizo cosquillas en la nariz, pero los ejemplares no tenían ni rastro de moho y daba la impresión de que estaban bien cuidados, incluso los que parecían increíblemente antiguos. Alguien se ocupaba de la biblioteca, entonces. Y la cuidaban mucho mejor que el resto del castillo.

Reconoció la mayor parte de los títulos. La biblioteca del palacio contaba con una colección de renombre, la segunda más importante después de la Gran Biblioteca de Karsecka, en el extremo sur del continente. *Monumentos de la edad perdida de la magia*, *Historia de las rutas comerciales ryltienses*, *Tratados sobre la democracia meduciana*.

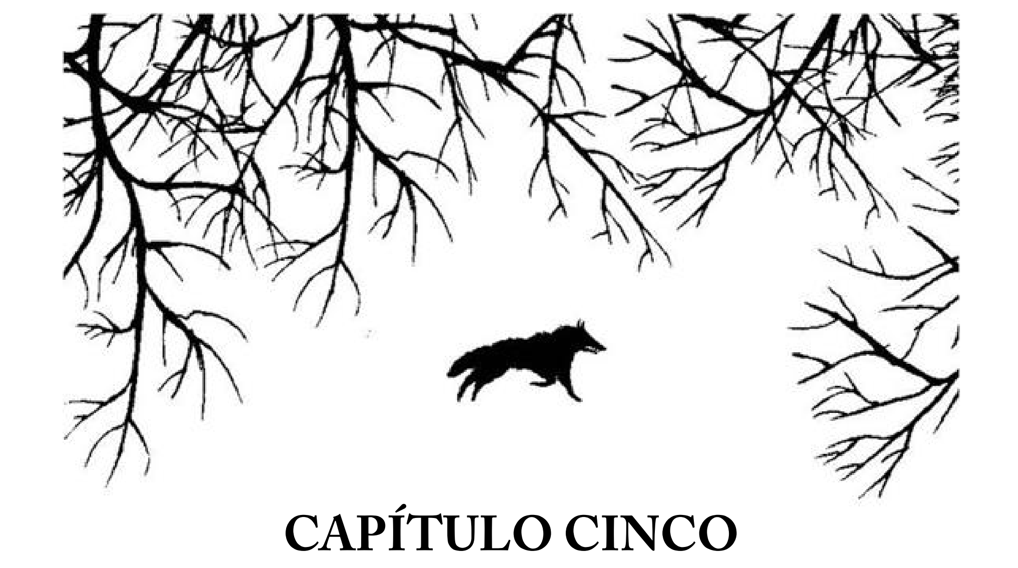
Red se paseó arriba y abajo por las hileras de estanterías y dejó que las vistas y los aromas familiares le hicieran olvidar que estaba en una situación muy complicada. Casi se había tranquilizado cuando llegó al final de la quinta fila.

Y entonces lo vio.

Red soltó un grito ahogado, rápido y doloroso, que rompió en dos el silencio. Se llevó la mano a la boca, como si así pudiera volver a guardar el sonido en su interior.

La figura que estaba sentada a la mesa no pareció inmutarse. Tenía la cabeza agachada delante de un libro abierto y movía la mano, deslizando una pluma sobre una hoja de papel. El contorno de sus hombros indicaba fuerza, pero la de un hombre, más que la de un monstruo, y los dedos que sujetaban la pluma eran largos y elegantes, no tenían forma de garra. Aun así, había algo sobrenatural en su figura, algo que lo hacía parecer un ser humano, pero sin llegar a serlo del todo.

—No tengo cuernos, si es lo que te estás preguntando. —Se había girado mientras Red le miraba las manos. El Lobo entrecerró los ojos—. Tú debes de ser la segunda hija.



CAPÍTULO CINCO

El Lobo no se puso en pie. Tenía los ojos clavados en Red, por encima de una nariz aguileña que le habían roto y remendado de cualquier manera, probablemente más de una vez. Soltó la pluma que tenía en la mano, grande y cubierta de cicatrices delgadas que contrastaban con su piel blanquecina, y se la pasó por el cabello negro y demasiado largo, que le caía en ondas irregulares por encima de las clavículas. Se había girado un poco en la silla para mirar a Red y la luz del farol iluminaba su perfil. Tenía la mandíbula prominente y marcas de cansancio alrededor de los ojos, pero no parecía ser mucho mayor que ella. Ya habría cumplido los veinte, pero no llegaba a la treintena.

No había nada en su forma que lo hiciera parecer un monstruo, pero daba una sensación intangible de… algo más, de tener una complexión humana que albergaba algo que no era del todo humano. Sus proporciones sobrepasaban ligeramente los límites de la normalidad: era demasiado alto, demasiado sólido y las sombras a su alrededor eran más oscuras de lo que deberían ser. Podría pasar por un hombre a primera vista, pero ese era un error que solo podrías cometer una vez. La marca del brazo de Red empezó a palpitar cuando sus miradas se cruzaron.

Red tragó saliva con la garganta seca. Movió la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

El Lobo levantó una ceja. Unos círculos oscuros marcaban la piel que había bajo sus ojos, entrecerrados y de color ámbar.

—Me tomaré tu silencio como un sí.

La mano llena de cicatrices que tenía apoyada en la rodilla le tembló

ligeramente cuando se dio la vuelta, cogió la pluma y siguió garabateando.

Red no se dio cuenta de que tenía la boca abierta hasta que la cerró de golpe, haciendo chasquear los dientes. La historia del Lobo llevando el cuerpo de Gaya hasta el límite del bosque solo detallaba cómo era ella, pero no hacía ninguna mención a la apariencia del Lobo. Todo el mundo sabía que el Bosque Salvaje lo había cambiado, que lo había convertido en algo que no era del todo humano, aunque nadie conocía los detalles. Pero la historia del Lobo hablaba de bestias legendarias, y después de contarla durante varios siglos, él también había acabado por convertirse en una.

Sus manos llenas de cicatrices, su pelo demasiado largo, su cara demasiado afilada como para considerarla bonita… Red pensaba que estaba preparada para todo, pero para aquello no lo estaba. Este Lobo era más hombre que monstruo, aunque la figura que tenía delante no encajaba del todo en ninguna de las dos categorías.

—Puedes quedarte en la biblioteca si quieres —dijo él, girándose de nuevo hacia Red, en un tono que no parecía darle la bienvenida—, pero preferiría que no merodearas por detrás de mí mientras trabajo.

Aquella sensación irreal de ver al Lobo y que este pareciera un hombre casi por completo hizo que se le soltara la lengua. Red se aferró a la única parte de todo aquello que aún podía encajar con lo que le habían contado.

—¿Dejarás que se vayan los reyes?

Aquello hizo que por fin el Lobo le prestara atención. Se fijó en su cabello lleno de hojas y en la falda hecha jirones. Se detuvo un momento en el corte que tenía en la mejilla y abrió ligeramente los ojos.

Red casi lo había olvidado. Estiró la mano y se tocó el corte. Las puntas de sus dedos estaban mojadas, todavía seguía sangrando.

En cuanto acabó de examinarla, el Lobo volvió a su tarea.

—Los reyes no están aquí.

Era la respuesta que había esperado, dado que no creía en aquella historia. Aun así, la golpeó como un puñetazo y Red dejó escapar un suspiro agitado.

Los hombros del Lobo se tensaron. La había oído. Ladeó la cabeza y la miró, con el rostro anguloso oculto por las sombras.

—¿Todavía siguen con eso? ¿La… Orden se llamaba?

—La Orden de los Cinco Reyes. —La respuesta le salió de forma automática. Red se sentía como si fuese el juguete de un niño al que le habían dado cuerda sin saber muy bien hacia dónde debía girar—. Y sí.

—Qué inteligentes. —Se pasó una mano llena de cicatrices por la cara—. Siento decepcionarte, segunda hija, pero los reyes ya no están. Tampoco querrías mandarlos de vuelta, de todas formas.

—Ah. —No consiguió decir nada más.

El Lobo suspiró.

—Bueno, ya has venido. Has cumplido tu parte del trato. —Hizo un gesto

hacia la puerta—. Por mi parte, estamos en paz. Llamaré a alguien para que te acompañe y podrás volver por donde has…

—No. No puedo. —Red se habría reído ante lo ridículo de la situación, de no haber notado la garganta como si se hubiera tragado las astillas de todos los árboles del bosque—. Me han enviado contigo, y no se nos permite volver cuando nos envían aquí. No tengo elección. Me tengo que quedar.

El hombre dejó la mano quieta; las duras facciones de su rostro reflejaban sorpresa.

—No tienes por qué —dijo en voz baja, con una pasión que habría sobresaltado a Red si todavía hubiese sido capaz de sobresaltarse por algo—. De verdad que no.

—Son las reglas. —Parecía que la boca de Red se movía por voluntad propia, exponiendo los hechos e ignorando el clamor en su cabeza—. Cuando nos mandan contigo, no podemos volver. El bosque no nos dejará salir.

El Lobo se agarró al respaldo de la silla, con tanta fuerza que Red pensó distraídamente que la iba a romper.

—Te dejará marchar si yo se lo ordeno. —Fue casi un rugido.

Red se aferró a los bordes deshilachados de su capa rota.

—Me quedo.

Los ojos del Lobo centellearon con algo que casi parecía miedo.

—Pues muy bien. —Volvió a darle la espalda y maldijo en voz baja—. Que las sombras me lleven…

—Esto no tiene sentido. —Red tragó saliva de nuevo, como si intentara que su garganta soltara alguna de las palabras del torbellino que tenía en la cabeza—. Si no quieres que esté aquí, si ibas a enviarme de vuelta, ¿para qué nos exiges que vengam…?

—Vale, voy a interrumpirte aquí. —El Lobo se puso en pie, levantándose de la silla con la pluma en la mano como si fuese una daga. Le sacaba una cabeza y media a Red, tenía los hombros anchos y la mirada afilada—. Yo no os he exigido nada.

—Claro que sí. Llevaste a Gaya al límite del bosque y les pediste que enviaran a la siguiente. Que…

—Yo no hice nada de eso. —Dio un paso adelante y habló con la misma intensidad que Red—. No sé lo que crees que sabes, pero es evidente que estás equivocada.

Escupió aquella última palabra mientras se acercaba a ella, y la sombra oscura del Lobo y el destello de sus dientes blancos bastaron por fin para que una punzada de terror disipara la nube que adormecía la mente de Red. Cruzó los brazos por delante del pecho y se encorvó sobre ellos, como si así pudiera hacerse más pequeña.

El Lobo se detuvo y dio un paso atrás con la mano medio levantada en señal de rendición. La rabia abandonó su rostro y dio paso a otra emoción.

Culpa.

—No… —Apartó la mirada y se pasó una mano por la cara, cansado. Suspiró—. Igual que tú, yo tampoco tuve nada que ver con este acuerdo, segunda hija.

La confusión invadió los pensamientos de Red, enredados como raíces en la tierra. Una vez más, decidió centrarse en las partes más sencillas, en las cosas que era capaz de entender y solucionar, en lugar de en todas las que no podía.

—No me llamo segunda hija. Mi nombre es Redarys.

—Redarys. —Era extraño oírlo de su boca. Delicado y frágil, de algún modo.

—Y tú eres Cia…

—Eammon. —Se giró y volvió a dejarse caer en la silla.

Red arrugó el ceño.

—¿Eammon?

El Lobo cogió la pluma con unos dedos llenos de cicatrices y habló en un tono cortante y serio. Toda aquella vulnerabilidad había desaparecido en un instante.

—Ciaran y Gaya eran mis padres.

Se hizo el silencio. Red sacudió la cabeza y pronunció unas palabras que se hacían pedazos antes de poder formar oraciones:

—Entonces tú… tú no…

—No —dijo sin ninguna emoción, aunque se le notaba la tensión en los hombros bajo la sencilla camisa oscura que llevaba puesta—. No fui yo quien llevó el cuerpo de mi madre hasta el límite del Bosque Salvaje, ni tampoco le pedí a nadie que enviara a la siguiente segunda hija. —Suspiró profundamente, de forma ruidosa—. Ninguno de los dos hemos podido elegir esto. Aunque tú te empeñas en quedarte aquí.

Su tono indicaba que le estaba pidiendo una explicación, pero Red no supo dársela. No respondió.

El Lobo se recolocó en la silla. Se quedó con las piernas estiradas bajo el escritorio, la espalda recostada en el respaldo de la silla y los brazos cruzados. Seguía sin mirar a Red.

—Ya veo que te enviaron con el atuendo habitual —dijo él, cambiando de tema con destreza—. Con la maldita capa roja.

Red se crispó al ver la tela, llena de barro y desgarrada.

—El escarlata significa sacrificio.

Aquel recuerdo hizo que el ambiente se tensara. Un instante después, el Lobo agitó la mano.

—Déjala en el vestíbulo y uno de nosotros la quemar…

—No. —La respuesta fue brusca, una sola palabra convertida en un arma.

Eammon la miró sobre su hombro, con una arruga entre las cejas oscuras y

pobladas.

Red se aferró con más fuerza a los bordes de la capa, como si todavía pudiera sentir a Neve dentro de ella. Neve ayudándola a vestirse. Dejándola marchar por fin.

—Quiero quedármela.

El Lobo frunció aún más el ceño, pero asintió. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono prudente y tranquilo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde… desde que vino la última?

—Un siglo. —Red cruzó los brazos al sentir un escalofrío repentino—. Ya hace un siglo desde que vino Merra.

Uno de los músculos de la espalda de Eammon dio un respingo. Se miró las manos cubiertas de cicatrices, que destacaban sobre su piel pálida, y apretó los puños lentamente.

—Maldita sea.

Red quería responder, pero no le salían las palabras. El entusiasmo los había abandonado. Ahora solo quedaba el extraño cansancio que compartían.

El Lobo, Eammon, sacudió la cabeza con firmeza.

—Si insistes en quedarte, no cruces el portón. El bosque no es un lugar seguro para ti. —Volvió a concentrarse en su trabajo y la ignoró por completo. Red entendió que aquella era su señal para irse.

Sin tener ni idea de qué hacer, volvió hacia las pilas de libros de la biblioteca.

Tenía la cabeza demasiado enmarañada como para organizar sus pensamientos. Se había imaginado muchas veces lo que pasaría al entrar al Bosque Salvaje, pero nunca había esperado que ocurriera… eso. Un Lobo que no era la criatura de las leyendas, sino su hijo. Un Lobo que no quería su sacrificio, que había intentado mandarla de vuelta. Qué cruel ironía que él y Neve estuvieran de acuerdo.

Pero era allí donde debía estar Red. La magia que hacía que notara el sabor de la tierra en la boca y que le volvía las venas de color verde se lo había dejado claro. Aquella magia podía causar una gran destrucción si no la mantenía bajo control, y Red ya estaba demasiado cansada de tener miedo.

«No fue culpa tuya», le había dicho Neve la noche del baile, así como un sinfín de veces antes de aquella. Pero, aunque había sido producto de la borrachera y de la rabia, había sido idea de Red robar los caballos y partir hacia el Bosque Salvaje para gritarles a los árboles y ver si les devolvían los gritos. Y cuando llegaron los ladrones con sus cuchillos y sus sonrisas afiladas, cuando todavía tenía las manos llenas de sangre y la esquirla de poder del Bosque Salvaje se le acababa de enroscar alrededor de los huesos, Red…

Apretó con fuerza los puños, dejándose unas marcas en forma de media luna en las palmas, hasta que el dolor enterró aquellos recuerdos e hizo que se desvanecieran como espectros. Red era peligrosa, aunque Neve no se acordara.

Y si quería mantener a salvo a su hermana, tenía que quedarse. No importaba que el Lobo la quisiera allí o no.

La agradable familiaridad de las estanterías hacía que mantuviera la calma y volviera a ser ella misma mientras caminaba entre ellas. Esperaba que hubiera novelas, algo más aparte de aquellos tomos resecos que había visto antes. Había un libro que parecía prometedor, con una inscripción dorada en el lomo que ponía *Leyendas*. Red no pensó en el corte que todavía sangraba en su mejilla cuando se estiró para cogerlo y sus dedos ensangrentados mancharon la portada.

—¡Ay, por los reyes!

Eammon giró la esquina con una pila de libros en la mano. Echó un vistazo a la sangre que había en el que sostenía Red y dirigió la mirada hacia el corte de su mejilla. Dedicó un instante a observarla detenidamente, como había hecho antes, y colocó sus libros en el suelo.

—¿Cómo te has hecho eso? —preguntó con cautela, como si hubiera una respuesta correcta y otra incorrecta.

—Con una espina —respondió ella—. No es un corte profundo, pero… Estaban alrededor de uno de esos árboles blancos…

El Lobo estaba agachado donde había dejado los libros y retorció las manos de forma que casi parecieron garras. Eso habría asustado a Red, de no haber visto el destello de alarma en sus ojos.

—¿Los árboles blancos? —Hablaba con voz calmada, pero tenía cierto tono de urgencia—. ¿Has derramado tu sangre sobre ellos?

—Más o menos, pero no lo he hecho a propósito. Tampoco es que pudiera evi…

—Necesito que me cuentes exactamente lo que ha ocurrido, Redarys.

—Solo es un arañazo. —Se limpió la sangre de los dedos en la capa, desconcertada por la preocupación y la seriedad de Eammon—. Una espina me ha cortado la mejilla y el árbol blanco… la ha absorbido, de alguna manera.

Todas las líneas del cuerpo del Lobo se tensaron.

—Y me ha perseguido hasta aquí. El Bosque Salvaje, quiero decir. —En voz alta sonaba ridículo. Las mejillas de Red se ruborizaron, lo que hizo que el corte volviera a sangrar.

El Lobo se puso en pie lentamente, cubriéndola con su sombra cuando se irguió con toda su altura. Cuando habló, lo hizo con un tono calculado, ocultando la preocupación que había en su mirada.

—¿Eso es todo?

—Sí. Lo único que ha hecho ha sido perseguirme. —La incredulidad hizo que su respuesta sonara más hiriente—. Si eso no debía ocurrir, quizás tendrías que controlar mejor a tus malditos árboles.

Eammon levantó las cejas, pero se notaba el alivio en sus hombros, que

había relajado de repente.

—Te pido disculpas. —Estiró la mano, haciendo un gesto vacilante hacia la mejilla de la chica—. Deja que te lo compense.

Red se fijó en su mano mientras se mordía el labio. Había algo que le parecía casi… familiar. El recuerdo estaba atrapado en el fondo de su mente, pero no conseguía que se materializara.

Asintió.

Eammon tenía la piel cálida. Notó el tacto áspero de las cicatrices que le cruzaban los dedos cuando le colocó el dedo índice con cuidado sobre el corte. El Lobo cerró los ojos.

Algo se removió en el aire que había entre ellos, una ráfaga caliente que olía a hojas y a tierra fértil. La visión de Red se tiñó de dorado y la marca volvió a palpitar en su brazo. En su interior, su pequeña esquirla de magia se abrió como una flor que sentía la llegada de la primavera tras un invierno duro.

Una fracción de segundo después, el corte dejó de escocer. Red no se dio cuenta de que había cerrado los ojos hasta que los volvió a abrir.

En la mejilla del Lobo había aparecido una herida idéntica a la de ella. Red se llevó los dedos a la cara, incrédula. Seguían pegajosos por la sangre, pero su piel estaba intacta.

El Lobo se arrodilló rápidamente y agachó la cabeza para recoger sus libros, pero no lo suficientemente rápido como para ocultar su mirada. Tenía el blanco de los ojos cubierto de hilillos verdes y había aparecido una corona esmeralda alrededor de sus iris ambarinos.

—Los beneficios de estar vinculado al Bosque Salvaje son escasos. —Con los libros en la mano, Eammon se levantó y se dio la vuelta para volver a grandes zancadas hacia las pilas de libros. Ahora parecía más alto, lo que era toda una proeza, teniendo en cuenta que antes ya tenía una altura considerable. También había algo extraño en su voz, una leve resonancia que le recordaba a las hojas arrastradas por el viento—. Este es uno de ellos.

Durante un momento, Red se quedó quieta, con los dedos apoyados sobre su piel intacta. Luego echó a andar tras él. Tenía unas palabras de agradecimiento atascadas en la garganta, pero algo en los hombros del Lobo le dijo que ni las necesitaba ni las quería.

—Las reglas de este lugar son sencillas. —Eammon colocó un libro en su lugar en la estantería—. La primera: no cruces el portón.

Aquella resonancia había desaparecido de su voz; ahora la voz del Lobo sonaba solo ronca y cansada, sin el eco de las hojas caídas.

—Será fácil de cumplir —murmuró Red—. Tu bosque no es nada acogedor.

Eammon frunció el ceño al oír aquello.

—Segunda regla. —Puso otro libro en su sitio de un golpe—. El Bosque Salvaje quiere sangre, sobre todo la tuya. No derrames tu sangre allí donde los

árboles puedan probarla o irán a por ti.

Red arqueó los dedos, que todavía guardaban el olor cobrizo de la sangre.

—¿Eso es lo que les ocurrió a Gaya y a las otras segundas hijas?

El Lobo se quedó paralizado a medio camino de guardar otro libro, con una expresión afligida en el rostro. La mente de Red tardó un momento en asimilar lo que había dicho, y cuando lo hizo, deseó que se la tragara la tierra. Le había recordado la muerte de su madre. Qué forma tan maravillosa de empezar la convivencia.

Pero Eammon se repuso sin hacer ningún comentario, aunque acabó de meter el libro en la estantería con quizás más fuerza de la necesaria.

—Más o menos, sí.

Ya sin nada en los brazos, Eammon se dirigió hacia la puerta de la biblioteca. Cuando llegó a ella, se giró y la miró sobre su hombro, levantando su nariz torcida.

—Tercera regla. —El nuevo corte en su cara rezumaba una sangre demasiado oscura, de un carmesí intenso en el que había un hilillo verde que parecía una raíz fina. Sus ojos volvían a ser de su color normal, sin aquel halo esmeralda—. Apártate de mi camino.

Red apretó los brazos sobre el pecho con más fuerza, como si aquello le sirviera de escudo.

—Entendido.

—Hay una habitación que puedes utilizar en el pasillo. —Eammon abrió la puerta de un empujón e hizo un gesto para que saliera—. Bienvenida a la Fortaleza Negra, Redarys.

La puerta se cerró tras ella y Red se quedó sola.

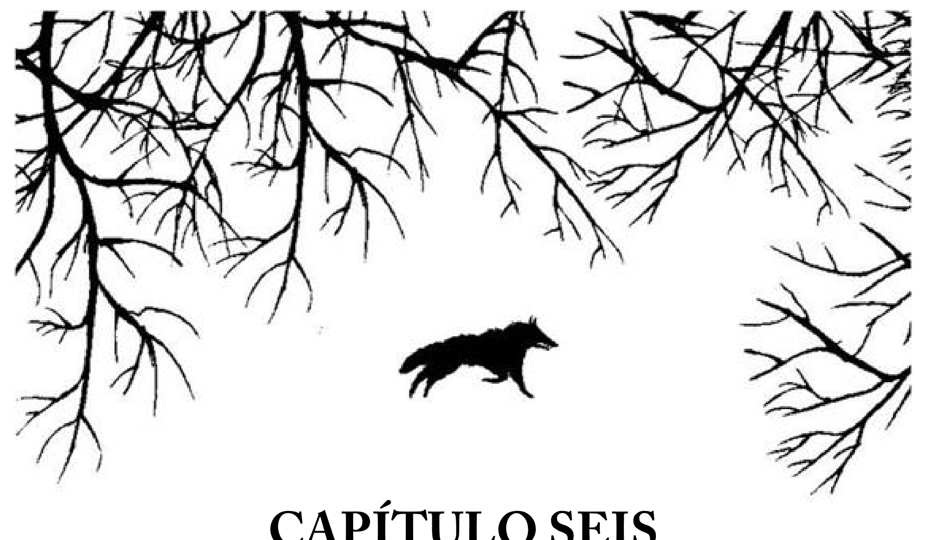
No fue hasta que se dejó caer en el primer escalón cuando se dio cuenta de dónde había visto sus manos antes, de por qué su forma y sus cicatrices le resultaban familiares.

La noche de su decimosexto cumpleaños, cuando se había cortado la mano con una piedra y había sangrado sin querer, cuando el Bosque Salvaje le había introducido un trocito de su magia maldita en el torrente sanguíneo a través del corte de su palma, Red había visto algo, dibujado en el lienzo de sus párpados cerrados. Una visión. Unas manos extrañas, grandes y llenas de cicatrices, enterradas en el suelo donde habían estado las suyas. La sensación de un terror cegador y apresurado que era idéntico al suyo, pero no era el suyo.

Solo había sido un destello de pánico, confuso e impreciso, envuelto en sombras con forma de ramas. Hasta aquel momento, Red pensaba que quizás se lo había imaginado. Pero ahora…

Ahora las había visto en carne y hueso. Ahora sabía a quién pertenecían esas manos, y así supo que nada de lo que había ocurrido aquella noche había sido producto de su imaginación.

Las manos que había visto eran las del Lobo.



CAPÍTULO SEIS

RRed, con la frente apoyada en las manos, se agarró con fuerza las raíces del pelo hasta que se le entumecieron los dedos. Aquella noche seguía grabada en su mente con una claridad cristalina, al menos hasta cierto punto. Después de que las hubieran atacado los ladrones que las habían seguido y de que comenzara el baño de sangre, había bloqueado ciertas partes.

Pero aquella visión que había tenido detrás de los párpados cerrados de algo que estaba ocurriendo en otra parte, de unas manos llenas de cicatrices y de un terror inminente… Ahora lo recordaba con tanto detalle que le costaba creer que en algún momento hubiera podido pensar que se lo había imaginado. Había tenido una conexión fugaz con alguien, y aquella persona era el Lobo.

De alguna forma, él había estado allí cuando la magia se había escapado del Bosque Salvaje, cuando se había metido en su interior a través de la herida de su mano y se había alojado en su pecho. ¿Había sido culpa de Eammon? ¿El bosque le había regalado una esquirla de su poder siguiendo sus órdenes?

Con cuidado, se pasó los dedos por la mejilla, todavía manchada de sangre por la herida que le había arrebatado. Si el Lobo le había dado aquel maldito poder a propósito, ¿por qué la quería mandar de vuelta a casa? ¿Por qué le había impuesto unas reglas que se suponía que la protegerían del bosque?

Red gruñó, con la boca apretada contra las palmas de las manos.

Tuvo la tentación de quedarse sentada en la escalera hasta que Eammon se dignara a salir de la biblioteca, para ver si podía sonsacarle alguna respuesta, pero estaba cansada y el suelo estaba frío. La idea de esperar por alguien que le

había dicho explícitamente que quería evitarla era agotadora.

Le había dicho que no saliera de la fortaleza, así que era lógico pensar que aquel era un lugar seguro. Y era su nuevo hogar. Por difícil que fuese asimilar aquello, podría aprovechar para explorar la zona.

Casi sin energía, Red se puso en pie y empezó a subir por la larga escalera decorada con raíces.

Había luz en lo alto, era como si alguien hubiera vuelto y hubiera encendido las llamas que adornaban la enredadera incombustible del vestíbulo. Red se detuvo en el rellano y observó aquella antorcha improvisada.

Las llamas estaban pegadas a la enredadera. Debería estar ardiendo, pero a través del fuego, que brillaba con un color entre blanco y amarillo, vio que no parecía tener ningún rastro de quemaduras.

Recordó los trozos de madera que había visto en la biblioteca, que al principio había pensado que eran velas: tampoco ardían, a pesar de que tenían una llama sobre ellos. Madera y enredadera, dos cosas vivas atrapadas en una extraña relación simbiótica. El trocito de poder en su interior parecía estar inquieto.

Red se alejó de allí y se dirigió al centro del vestíbulo en ruinas. Por encima de su cabeza, la luz de un cielo color lavanda entraba a través del cristal roto del solario, ni más brillante ni más oscura que cuando había bajado por las escaleras. No había luna ni estrellas, nada que le permitiera calcular cuánto tiempo había pasado. Solo un crepúsculo eterno.

Aunque eran tenues, la luz de las llamas de la enredadera y la que entraba por la ventana eran constantes. Red podía ver los restos de una alfombra sobre el suelo cubierto de musgo, jirones de algo que algún día habría sido impresionante. En las paredes colgaban los hilos de unos tapices a punto de pudrirse, cubiertos de enredaderas y raíces finas. La mayoría estaban demasiado llenos de barro como para imaginar cómo habían sido las imágenes, pero Red pudo distinguir unas formas imprecisas que parecían caras en uno de ellos.

La chica lo miró con el ceño fruncido y entrecerró los ojos para intentar hacerse una idea de los dibujos. Parecían un hombre y una mujer. Quizás cogiéndose de la mano. Ella tenía el pelo largo. Él, los ojos oscuros.

Gaya y Ciaran. Los padres de Eammon. Si necesitaba más pruebas de que era quien decía ser, las tenía delante. Aunque el tapiz estaba casi destrozado, Red podía distinguir que el hombre del dibujo no era el mismo que acababa de conocer en la biblioteca. El hombre del tapiz tenía las facciones del rostro más delicadas, una belleza más clásica. Levantaba la barbilla en un ángulo que retaba a quien lo viera a ponerlo a prueba, con una expresión que sabía nada más verla que no resultaría natural en la cara de Eammon.

Y Gaya… Había más suciedad que en el dibujo de Ciaran, y su silueta era más difícil de distinguir. Era bonita y tenía una expresión distante que aquel

tapiz manchado acentuaba, en lugar de ocultarla.

Aquello irritó profundamente a Red, una emoción tan compleja y enredada que era incapaz de desgranarla para analizar sus partes. Todas las segundas hijas eran iconos antes que personas individuales, definidas por lo que eran, en lugar de por quiénes eran.

Frunció el ceño hacia el tapiz un instante más y luego se dirigió al arco de piedra roto que había al otro lado de las escaleras.

La entrada llevaba a lo que parecía ser un comedor hundido, con un peldaño de piedra partido en el umbral. Una ventana grande daba al patio que había en el lado derecho y el cristal estaba cubierto por vegetación que trepaba por él y por unas finas grietas en forma de telaraña. En el centro de la habitación, había una mesa de madera desgastada, con tres sillas colocadas de cualquier forma en uno de los extremos. En la pared del fondo, otra puerta más pequeña con las bisagras oxidadas llevaba a lo que Red supuso que era la cocina. Salvo por eso, la habitación estaba vacía.

Tres sillas. Red frunció el ceño. Las historias no hablaban de que hubiera nadie más allí aparte del Lobo, pero, claro, tampoco decían nada de que hubiera más de un Lobo ni de que el actual fuese un hombre alto y joven con las manos llenas de cicatrices y un carácter amargo. Parecía que los cuentos no eran exactamente fiables. Realmente no tenía ni idea de quién —o qué— podría estar merodeando por la fortaleza.

«Uno de nosotros la quemará», había dicho el Lobo al ver su capa destrozada. Eso implicaba que había más de un habitante en aquellas ruinas.

Red oyó un gran estruendo a modo de respuesta, como si alguien hubiera dejado caer un montón de ollas y sartenes. Escuchó a alguien maldiciendo en voz baja al otro lado de la pequeña puerta que había al fondo de la habitación, y luego una risa de una voz distinta, más suave y melodiosa.

No tenía tanto valor como para ir a investigar. Red no podía dejar de pensar en muñecas retorcidas hechas de palos y espinas, creadas con la madera del Bosque Salvaje y convertidas en sirvientas por la misma magia que evitaba que aquellas enredaderas ardieran. Después de aquellos árboles con colmillos, ya nada le parecía imposible, por horrible que fuese.

Retrocedió, alejándose del arco de piedra roto, y no se detuvo hasta que la parte baja de su espalda chocó contra la barandilla de la escalera del vestíbulo principal. Su hombro tropezó con el abrigo oscuro que colgaba del poste de la barandilla, y le llegó un olor a hojas caídas y a posos de café.

Red se giró y miró hacia arriba. El rellano en lo alto de la escalera seguía oculto por las sombras, por la oscuridad que la había espantado antes. Ahora que se sentía un poco menos nerviosa, la parte de arriba le parecía más interesante que amenazadora.

A pesar de que estaban parcialmente cubiertas de musgo, las escaleras parecían lo bastante robustas. Colocó una bota llena de barro en el primer

escalón.

El musgo se movió bajo sus pies como si hubiera pisado a una serpiente y se deslizó hacia arriba por las escaleras, arrastrando setas y raíces finas a su paso. La vegetación se amontonó como si fuese un ejército y se convirtió en una pared sólida hecha de cosas vivas que le bloqueaban el camino.

Red se tambaleó hacia atrás y se sacudió las ramas de maleza que se enredaban alrededor de sus tobillos.

—Por los cinco reyes… —maldijo en voz baja—. Vale, entendido.

Levantó una mano manchada de tierra para apartarse el pelo de los ojos, lleno de sudor y de hojas. Necesitaba un baño con urgencia, aunque después tendría que volver a ponerse la ropa sucia. No había llevado nada más. Tampoco había pensado que lo fuese a necesitar.

Aquella idea se clavó en su mente como unos dientes serrados. La energía con la que había corrido para salvar su vida en el Bosque Salvaje había sido puro instinto, una fuerza primordial. Y ahora sufría las consecuencias: tenía una vida. Ya era unas cuantas horas más vieja de lo que había esperado.

No tenía ni idea de cómo asimilar eso.

Red apretó los dedos contra sus ojos hasta que desapareció el dolor. Cuando estuvo más calmada, sacudió la cabeza y se enderezó. El Lobo había dicho que su habitación estaba en un pasillo y solo veía uno, aunque acababa en una zona en ruinas.

La enredadera de luz extraña iluminaba también aquella zona, aunque las llamas eran más pequeñas y estaban más espaciadas. El suelo estaba cubierto de musgo, que crecía hasta la mitad de las paredes. Unas plantas que era incapaz de identificar crecían entre el amasijo de rocas que había en un extremo del corredor, era una mezcla de hojas, flores y piedras rotas.

Parecía como si el Bosque Salvaje hubiera irrumpido en la Fortaleza Negra más de una vez, dejándola prácticamente en ruinas. No era un pensamiento muy reconfortante.

Varias puertas se alineaban a lo largo del pasillo, pero solo había una que parecían haber utilizado recientemente. Una línea irregular de polvo y una mancha verde en la madera indicaban la zona de la que habían retirado la vegetación, dejando un semicírculo de tablas limpias en el suelo alrededor del umbral. El musgo ya había vuelto a trepar por allí, reconquistando el lugar al que había renunciado.

Red pasó con cuidado por encima del musgo y abrió la puerta.

La habitación que había al otro lado era pequeña y apenas tenía muebles. Estaba llena de polvo, pero al menos no había vegetación. Las paredes estaban desnudas. La hiedra trepaba por el exterior de una gran ventana que daba a otro patio, donde un muro de piedra se alzaba desde la fachada del pasillo y bajaba por una pequeña pendiente hasta llegar al portón de hierro. Había otra torre detrás de aquella por la que había entrado, lo suficientemente baja como

para quedar oculta desde la parte delantera. Unos árboles pequeños crecían alrededor de su base y el corazón de Red dio un vuelco en el instante que tardó en darse cuenta de que no eran de color hueso. Entre los árboles que se arremolinaban alrededor de la estructura y las enredaderas en flor que se entrelazaban entre ellos, la torre parecía ser parte de la vegetación, en lugar de un edificio.

En una esquina junto a la ventana estaba la cama, hecha con unas sábanas descoloridas pero limpias, y a sus pies había una chimenea incrustada en la pared, llena de leña bien ordenada. A la izquierda de la puerta estaba la entrada a una pequeña habitación donde había un orinal y una ancha bañera de hierro llena de agua. Habían colocado un armario en otra de las esquinas, junto a un espejo con manchas de óxido que colgaba en la pared. En el lateral del armario se veían las marcas de unas manos sobre el polvo. El tamaño encajaba con las de Eammon.

Le había dicho que podía marcharse, pero había preparado aquel lugar para que se quedara. Aquello hizo que Red se preguntara hasta qué punto su insistencia para que volviera a casa había sido planeada y hasta qué punto había sido un impulso, una reacción por puro reflejo a alguna emoción que Red desconocía.

Se acercó a la cama cautelosamente. Con la respiración acelerada, se agachó y miró bajo ella. No estaba segura de qué estaba buscando, pero sabía que no se iba a poder relajar hasta que comprobara que no había nada.

Solo había restos de musgo. Apretó los labios y se puso en pie para dirigirse a continuación al armario.

Abrió las puertas de golpe, preparando un gruñido por si salía algo desde el fondo, pero el gruñido se convirtió poco a poco en asombro.

Vestidos. Una hilera llena de ellos. De corte sencillo y colores apagados, en tonos oscuros que podrían fundirse con el bosque. Red cogió uno verde, con cuidado para que no tocara su capa sucia. Parecía que era de su talla.

Estiró el vestido sobre la cama y cerró el armario. Luego dio un paso atrás y se apretó los nudillos contra los dientes. Dejó escapar un sollozo, que era al mismo tiempo una muestra del miedo y del alivio que sentía, pero sobre todo de lo confundida que estaba.

Aquello era lo que había querido, ¿no? Encerrarse a sí misma y a su magia en el Bosque Salvaje. Asegurarse de que nunca pudiera volver a hacerle daño a Neve ni a nadie más que le importara, de que la destrucción que había provocado con su poder la primera vez fuese también la última.

Era exactamente lo que había deseado.

Y sentía una satisfacción vacía, siendo generosa.

Red tragó saliva y contuvo la respiración hasta que el dolor en los pulmones hizo desaparecer el que sentía en los ojos. Con cuidado, se quitó la capa de los hombros. Su huida a través del Bosque Salvaje la había dejado en

malas condiciones, llena de rasgones y de tierra, pero Red la sujetaba como si fuesen unas ropas elegantes de un valor incalculable.

Era ridículo. Tenía la mente lo bastante despejada como para saberlo. Era ridículo querer guardar aquello que la marcaba como un sacrificio. Pero el recuerdo que le traía era el de Neve ayudándola a vestirse y alisándole las arrugas como tantas veces había hecho. Aparte de las suyas propias, las manos de Neve habían sido las últimas en tocar aquella tela escarlata.

También tenía otros motivos más pasionales. Unos motivos que surgían de la parte de sí misma que estaba satisfecha de una forma salvaje por la cruel coincidencia de su apodo de la infancia. Aquella parte de sí misma que sostendría un legado afilado y sonreiría al ver brotar la sangre.

Red sujetó la capa durante un instante y pasó los dedos por las costuras. Luego, con el mismo cuidado que había tenido para quitársela, la dobló de forma que no se vieran los peores desgarrones y la colocó en el armario.



Interludio en Valleyda I

No había ninguna sacerdotisa en los jardines cuando Neve se dirigió al santuario. Había esperado tener que abrirse paso entre una multitud de mujeres evasivas vestidas con túnicas blancas, esperando para ver si el sacrificio había servido para traer de vuelta a sus dioses. La vigilia oficial por el regreso de los cinco reyes daba comienzo a medianoche y Neve lo sabía, pero aun así se sorprendió al ver el jardín tan vacío.

Tenía los dedos encogidos en forma de garras y se mordía el labio con tanta fuerza que estaba a punto de romper la piel. Probablemente fuese mejor que no hubiera nadie allí, o Neve podría hacer algo impropio de una primera hija.

Sus pies apenas hacían ruido al deslizarse sobre los adoquines mientras la tela oscura de su vestido se bañaba con la luz de la luna. Era diferente al que había llevado durante la procesión, menos adornado, pero seguía luciendo el color negro de la ausencia. No sabía cuándo podría reunir fuerzas para vestirse de otro color.

En realidad, Neve no sabía para qué se había molestado en ir allí. Nunca había encontrado consuelo en la oración, aunque en otra época lo había intentado. Cuando tenía dieciséis años, después de… de lo que había ocurrido con Red, se había volcado en la religión durante un par de semanas para ver si aquello apaciguaba su mente y conseguía que dejara de hacerse tanto daño con sus pensamientos. Su hermana era un peón, una pieza a la que controlar. La enviarían al Bosque Salvaje, y esta vez quizás volvieran los cinco reyes. Como mínimo, mantendría a raya a los monstruos de las leyendas. No había nada

que ninguna de las dos pudiera hacer para cambiarlo, y quizás podría encontrar cierto consuelo en aquello, si conseguía fingir una devoción que no sentía. Un bálsamo que le aliviara el dolor.

No lo encontró. El santuario no era más que una sala de piedra llena de velas y ramas. Allí no había consuelo, ni tampoco absolución.

Recordaba cómo la había mirado Red durante aquellas dos semanas que había intentado consagrarse a la religión. Como si estuviera viendo cómo cavaba su propia tumba.

Así que en aquel momento, mientras se dirigía al santuario vestida de luto, supo que sería inútil. Por mucho que dijera o por muchas velas que encendiera, nada podría llenar el espacio que había dejado su hermana melliza y que la carcomía por dentro. Pero su dolor era como llevar una piedrecita en la zapatilla, lo sentía con más fuerza cuando estaba parada.

En el santuario al menos tendría un lugar privado donde llorar.

Neve cruzó el arco cubierto de flores y se adentró en la oscuridad de la habitación de piedra. Entonces se detuvo con los ojos vidriosos y muy abiertos, y los sollozos que tanto deseaba soltar atrapados en su garganta.

El santuario no estaba vacío. Había tres sacerdotisas alrededor de la estatua de Gaya, sujetando unas velas rojas que se derretían sobre sus manos. Iban vestidas con las túnicas blancas de costumbre, pero no llevaban las capas. Solo se utilizaban en la ceremonia para bendecir a Red como sacrificio.

La sacerdotisa que estaba más cerca de la pared donde estaban talladas las segundas hijas fue la primera en ver a Neve. En su cara apareció un destello de alguna emoción silenciosa: era lástima, pero en un sentido más leve, como la que uno podría sentir por un niño que había perdido a su mascota.

Neve apretó los puños en sus costados.

Con cuidado, la sacerdotisa dejó su vela a los pies de Gaya, encajándola en la cera derretida por otras plegarias. Juntó las manos ante Neve al verla acercarse.

—Primera hija.

Tenía un acento suave y marcaba las erres más de lo normal. De Rylt, probablemente. Habría hecho todo el camino desde el otro lado del mar para tener el privilegio de rezar allí y ser partícipe del sacrificio histórico de una segunda hija. Neve no respondió, pero las uñas le estaban dejando unas marcas en forma de media luna en las palmas de las manos.

Las otras dos religiosas intercambiaron unas miradas y se volvieron hacia sus velas de oración. Chicas listas. Habían visto el deseo en el rostro de Neve, la esperanza de que alguna de ellas dijera algo que avivara el fuego que ardía en su pecho.

Si la sacerdotisa ryltiense se dio cuenta del error que había cometido, no dio ninguna muestra de ello. Aquella sutil lástima en su rostro se hizo más profunda e hizo descender las comisuras de sus labios.

—Es un gran honor, alteza —dijo en voz baja. Unas ascuas de fervor ardían en sus ojos verdes—. Que vuestra hermana haya ido al bosque sagrado para aplacar al Lobo y así mantenernos a salvo de sus monstruos. Albergamos grandes esperanzas de que sea ella quien lo obligue a liberar a los reyes. Y es un honor también para vos, que algún día gobernaréis la tierra que comparte frontera con el santo bosque. La reina de Valleyda es la reina más amada por nuestros dioses.

Ella no pudo evitar un resoplido, ruidoso e indigno en un lugar como aquel, rodeado de piedra y llamas en calma.

—¡Un honor! —repitió Neve, levantando las cejas con incredulidad—. Pues sí, menudo honor que mi hermana haya sido asesinada solo por la posibilidad de que vuelvan unos reyes que habéis decidido que son dioses. —El resoplido se convirtió en una carcajada seca y enloquecida, que surgió desde detrás de sus dientes apretados y estuvo a punto de dejarla sin aliento—. ¡Bendita sea yo, que reinaré en una tierra infértil y gélida, en el borde de un bosque maldito!

La sacerdotisa ryltiense pareció ser consciente por fin de su error. Tenía los ojos abiertos de par en par y su cara bonita estaba pálida y petrificada. Tras ella, las otras dos religiosas estaban tan inmóviles como la estatua a la que rezaban mientras la cera se derramaba por sus manos.

Neve no se dio cuenta de que había dado un paso hacia delante hasta que la sacerdotisa retrocedió tambaleándose, intentando mantener la distancia. Neve frunció los labios, dejando al descubierto sus dientes.

—Qué fácil es para vosotras —murmuró—. Para todas las sacerdotisas de la Orden que vivís lejos de aquí. A salvo dentro de vuestras fronteras, a kilómetros de vuestro bosque sagrado.

La sacerdotisa ryltiense estuvo a punto de perder el equilibrio cuando su pantorrilla tropezó contra los pies de piedra de Gaya. La cera carmesí le estropeó el dobladillo de la túnica, pero no apartó la mirada de Neve, a pesar de que tenía las mejillas del mismo color que su ropa.

—Es casi patético. —Neve inclinó la cabeza, con una leve sonrisa mordaz que no se veía reflejada en su mirada—. Vuestra religión no os exige nada. Enviáis a una chica vestida de blanco, negro y rojo al bosque cada pocos siglos, cuando aparece una segunda hija, pero vosotras no hacéis nada para traer de vuelta a los reyes. A lo mejor no quieren volver con unas penitentes tan cobardes que lo único que hacen es enviar sacrificios inútiles y encender velas igual de inútiles.

Las tres sacerdotisas la miraron en silencio, con los ojos abiertos de par en par, observándola fijamente. La cera que se derramaba por las velas debía de estar abrasándolas, pero no bastaba para que se movieran, no era suficiente para liberarlas del terrible hechizo de la tristeza de Neve y de la crueldad que había despertado en ella.

Neve se obligó a estirar los dedos y abrió los puños.

—Fuera de aquí.

Obedecieron sin rechistar, llevándose con ellas sus velas de oración.

En cuanto estuvo sola, Neve se dejó caer como si la rabia hubiera sido lo único que la mantenía en pie. Se enderezó justo antes de apoyarse contra la estatua de Gaya. Se negaba a buscar ningún tipo de consuelo allí.

En lugar de eso, atravesó la fina cortina de tela oscura que había tras la efigie de piedra y se adentró en la segunda sala del santuario.

Solo había estado allí una vez, cuando la habían nombrado oficialmente heredera al trono en su décimo cumpleaños. La habían envuelto en la capa de la coronación, bordada con los nombres de las anteriores reinas de Valleyda, y la habían llevado allí para rezar. A los ojos de la niña que era, las ramas blancas le habían parecido tan altas como los propios árboles, proyectando sus sombras afiladas sobre las paredes de piedra.

Eso era lo que esperaba cuando atravesó la cortina: un bosque como el que había devorado a su hermana. Pero solo era una sala normal. Una sala llena de ramas apoyadas en bases de mármol, y la mayoría ni siquiera les llegaban a los hombros. Un Bosque Salvaje en miniatura. No se parecía en nada a lo que había visto cuando Red y ella habían echado a correr hacia la frontera cuatro años antes. No se parecía en nada al sitio donde Red acababa de desaparecer.

Le ardía el pecho, lo sentía pesado y hueco al mismo tiempo. Al otro Bosque Salvaje no podía hacerle daño.

Pero sí podía hacérselo a ese.

Ya tenía un trozo de rama en la mano antes incluso de pensar en agarrarlo, antes de que su mente pudiera alcanzar a los movimientos de su cuerpo. Dio un tirón hacia un lado y la arrancó de la rama principal con el crujido de un hueso al desgarrarse.

Neve se detuvo apenas un instante. Luego, enseñando los dientes en un gruñido feroz, arrancó otra más, disfrutando el ruido que hizo al romperse y el tacto de la madera que cedía bajo sus manos.

No sabía cuántas ramas había destrozado cuando notó una presencia tras ella. Neve se giró con dos trozos de madera astillados agarrados en ambos puños como si fueran dagas mientras la fuerza de su respiración hacía que su pelo negro se agitara delante de su cara.

En la puerta había una sacerdotisa de pelo rojo y piel pálida, con el rostro impasible. Le parecía vagamente familiar, así que debía de ser del templo de Valleyda. Neve se preguntó si eso tenía alguna importancia. No estaba demasiado familiarizada con lo que se consideraba o no herejía, pero destrozar el santuario era algo que probablemente encajaba en aquella definición. ¿Cuál sería el castigo para una primera hija, destinada a heredar el trono? Neve intentó preocuparse, pero no encontró las fuerzas para hacerlo.

Y, aun así, la sacerdotisa no hizo nada. Se quedó allí parada, en silencio,

analizando el daño con sus ojos azules antes de dirigir la mirada a Neve.

Poco a poco, la respiración de la primera hija volvió a su ritmo normal. Abrió los puños y dejó caer los dos trozos de rama, que golpearon el suelo de piedra con estruendo.

Neve y la sacerdotisa del pelo rojo se miraron. Había algo parecido a un desafío en sus miradas, una forma de medir la entereza de la otra, aunque Neve no sabía por qué tenía que medirla.

Después, la sacerdotisa se adentró en la habitación y se puso a recoger con destreza las astillas de madera blanca.

—Ven —dijo en un tono brusco aunque no desagradable—. Si lo limpiamos, nadie se dará cuenta.

Neve tardó un instante en entender lo que le estaba diciendo, porque no era para nada lo que había esperado oír. Pero la mujer se agachó y se puso a recoger astillas blancas, y un momento después, Neve se unió a ella.

La sacerdotisa llevaba un pequeño colgante al cuello, que se movía en círculos como si fuera un péndulo. Parecía un fragmento de madera como los que había esparcidos por el suelo después del arrebato de Neve. La única diferencia era el color: mientras que aquellas ramas tenían un color blanco puro y brillante como el de un hueso descolorido, el colgante de la sacerdotisa estaba atravesado por unos hilillos negros.

Neve frunció el ceño al verlo. Era extraño que una religiosa llevara joyas. Técnicamente, no estaba prohibido, pero ninguna lo hacía: siempre iban ataviadas solo con sus túnicas blancas, sin más adornos.

La sacerdotisa vio que Neve la estaba mirando. Le dedicó una pequeña sonrisa, cogió el colgante y lo hizo girar entre sus dedos.

—Es otro pedazo del Bosque Salvaje —dijo, a modo de explicación—. Romperlo es mucho más fácil de lo que crees si le aplicas la presión adecuada. Con las herramientas adecuadas.

Neve arrugó la frente. La sacerdotisa la observó como si estuviera viendo la forma de las preguntas que quería hacerle y quisiera arrancárselas. Neve se las guardó para ella.

A pesar de toda la destrucción que había provocado, todo aquel desastre se podía recoger en sus cuatro manos. La sacerdotisa utilizó su larga falda blanca a modo de cuenco y colocó allí todos los fragmentos. Luego cerró la tela y se la guardó en el hueco de la mano como si fuese una bolsa.

—Me desharé de esto.

—¿Te refieres a que harás más joyas con ello? —Neve no podía ocultar la agresividad en su voz. Estaba demasiado cansada… Cansada de mantener la compostura, de fingir que todo aquello no le perforaba la piel y la arrasaba por dentro.

—Ah, no. —A pesar de la frivolidad de su respuesta, sus implacables ojos azules observaban a Neve con cautela—. No sirven para eso. Todavía no.

Una sensación de intranquilidad palpitaba bajo las costillas de Neve.

La sacerdotisa del pelo rojo estaba inmóvil, intentando mantener una postura regia a pesar de la forma incómoda en que sostenía su túnica para que no se cayeran los fragmentos de madera.

—¿Estás aquí por tu hermana?

—¿Por qué iba a estar si no? —Neve intentó que sus palabras sonaran feroces, pero su voz sonó baja y delicada. Ya había gastado toda su ferocidad—. No tengo ningún interés en rezar.

La sacerdotisa asintió, aceptando la blasfemia de Neve.

—¿Quieres saber lo que le ocurrió cuando se adentró en el Bosque Salvaje?

Neve se quedó sin palabras por un instante, al oír una pregunta tan importante hecha de un modo tan trivial.

—¿Lo…? ¿Lo sabes?

—Tú también lo sabes. —Se encogió de hombros como si estuvieran hablando de algo tan inocente como el tiempo—. Tu hermana está atrapada. Igual que lo estuvo Gaya, igual que todas las demás. Se fue con el Lobo y él la ha vinculado al bosque, de la misma forma que él mismo también está vinculado.

Neve conocía la historia. El Lobo había llevado hasta la frontera el cadáver de Gaya, destrozado por el bosque: un símbolo macabro del sacrificio que había exigido después. Tenía sentido que todas las segundas hijas tuvieran que aceptar el mismo vínculo. Que el Lobo, de alguna manera, entrelazara el Bosque Salvaje en sus huesos y las fundiera a ellas con sus raíces para asegurarse de que no pudieran escapar.

—Pero sigue viva. —Fue un sonido áspero y seco en aquel silencio, y Neve contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta.

La mujer asintió y se giró hacia la puerta.

—Sigue viva.

Con las piernas entumecidas, Neve caminó tras la sacerdotisa del pelo rojo y cruzaron el santuario para volver a los jardines, que estaban a oscuras. Siguió adelante y pasó junto a la otra mujer para coger aire, frío y vigorizante.

La medianoche estaba a punto de llegar. Pronto todas las sacerdotisas que habían venido para presenciar el sacrificio de Red se reunirían allí para pasar la noche rezando por que el Lobo la considerara digna y por fin liberara a los cinco reyes de su injusto encarcelamiento.

Cuando Neve cerró los ojos, todavía veía aquella capa escarlata perderse entre la oscuridad que había entre los árboles.

«Sigue viva».

—No vas a contar nada de todo esto. —Neve pretendía que fuese una orden, pero sonó más como una pregunta.

—Por supuesto. —Un silencio profundo—. Ha sido una buena idea, primera hija.

Eso fue suficiente para que Neve abriera los ojos, para que mirara sobre su propio hombro. La sacerdotisa estaba de pie tras ella, sosegada y con el rostro inexpresivo.

—El Bosque Salvaje no dejará que se vaya. —Su pelo rojo le cayó por encima del hombro cuando inclinó la cabeza, como si fuese un gesto en deferencia al dolor de Neve—. Se ha debilitado durante el último siglo, pero no lo suficiente. No podría huir de allí por mucho que lo intentara. —La luz de la luna iluminó sus ojos e hizo que centellearan—. Al menos, no por ahora.

Algo dentado y esperanzador se agitó dentro del pecho de Neve.

—¿Qué quieres decir?

La sacerdotisa tocó ligeramente aquel colgante extraño con el fragmento de madera.

—El bosque es tan poderoso como le permitamos serlo.

Neve frunció el ceño. El aire gélido de la noche le heló las cejas y las dejó inmóviles como una pintura viviente.

—Tus secretos están a salvo conmigo, Neveriah. —La sacerdotisa hizo una pequeña reverencia y se alejó de allí deslizando los pies mientras su túnica desaparecía en la oscuridad del jardín.

La brisa fría sobre sus brazos, el aroma estimulante de las flores de principios de verano… Neve se concentró en esas cosas para mantener los pies en la tierra. En su cabeza, una capa escarlata centelleaba en medio de un bosque muy muy oscuro.



CAPÍTULO SIETE

El agua de la bañera estaba lo suficientemente fría como para hacer que le castañearan los dientes cuando metió la mano, pero Red estaba demasiado sucia como para que le importara. Se quitó el vestido blanco hecho jirones y el fajín negro y los lanzó de una patada para formar una pila en el suelo; aquello podían quemarlo. Tiritando, se metió rápidamente en la bañera antes de que el frío la hiciera cambiar de opinión y se frotó el pelo hasta que la parte interior de las uñas se le puso azul, quitándose las ramitas una a una y dejándolas caer al suelo.

También tenía hojas en el pelo. Cuando se las quitó, Red vio que todas tenían un tono verdoso a lo largo de los nervios.

Frunció el ceño al mirar una de ellas y recorrió las líneas con la punta del dedo. Desconcertada por el miedo y la confusión del momento, sus recuerdos del Bosque Salvaje eran probablemente poco fiables, pero juraría que todas las hojas que había visto en el exterior, lejos de la protección del portón del Lobo, eran grises y marchitas, con los colores del otoño dando paso rápidamente al invierno.

Red dio un capirotazo a la hoja con sus dedos mojados, con más fuerza de la necesaria.

Una vez que se deshizo de la tierra que tenía bajo las uñas y del bosque que había entre su pelo, Red salió de la bañera con los dientes castañeando por el frío. Cruzó desnuda la habitación, sintiéndose extrañamente expuesta frente a la hiedra de la ventana, y cogió el vestido verde oscuro de la cama. Se lo puso sin esperar a secarse y la tela se le pegó a la piel mojada.

Cuando se colocó delante del espejo manchado de óxido e intentó desenredarse el pelo, su estómago rugió.

Había desayunado antes de que la procesión abandonara la capital de Valleyda, pero Red no había podido comer demasiado, y ni siquiera recordaba qué había sido. Desde entonces, se había topado con un bosque sediento de sangre y un Lobo huraño y había corrido un montón de kilómetros por pura adrenalina.

Red apretó los dientes. La habitación estaba limpia, aislada y era un lugar seguro. Lo último que le apetecía era ponerse a vagar por aquella fortaleza en ruinas solo por la remota posibilidad de que pudiera encontrar una tostada. Pero el estómago se le revolvió otra vez, con un gruñido más insistente.

Durante la exploración anterior, había visto aquella puerta pequeña con las bisagras oxidadas al fondo del comedor. Donde había escuchado a alguien maldecir y una risa. Red seguía sin sentirse con valor para enfrentarse a quien hubiera hecho esos ruidos… o a lo que fuese, pero estaba segura de que aquella habitación era una cocina. Y quizás aquellas cosas que había oído se habrían marchado a otro lugar.

Red se escabulló de la habitación como si fuese una ladrona. Hacía demasiado frío como para renunciar al calzado, un aire gélido y penetrante que aquellas paredes que casi parecían un bosque no podían cortar, pero sus botas estaban llenas de barro y la harían caminar con torpeza. Quería poder correr en caso de que fuese necesario.

El cielo que se veía a través de la cúpula de cristal rota que había sobre el vestíbulo estaba prácticamente igual. Quizás un poco más oscuro, si entrecerraba los ojos, pero seguía siendo el cielo del crepúsculo. El Bosque Salvaje parecía estar sumido en una puesta de sol eterna, atrapado en ese momento entre el día y el anochecer.

Un murmullo llegaba desde el otro lado del arco de piedra roto al fondo del pasillo. Sonaba demasiado amortiguado como para poder entender lo que decían, pero la cadencia y el tono grave le resultaban familiares. El Lobo.

Red se apretó contra la pared mientras se acercaba lentamente al arco. Sentir la piedra tras ella era tranquilizador de alguna manera, aunque estuviera cubierta de musgo. Era algo sólido a lo que podía aferrarse.

—¿Está aquí? —Era una voz distinta, respondiendo al murmullo ininteligible de Eammon. Por lo menos sonaba a humano, con un acento melodioso que le recordaba al de Raffe. ¿Sería la risa que había oído antes?—. Así que por eso el Bosque Salvaje parecía tan inquieto.

—Inquieto… Es una forma de decirlo —refunfuñó Eammon.

—Yo habría dicho desesperado. —Era una voz nueva, masculina y profunda, pero no tan áspera como la del Lobo. La voz que había oído tras la puerta, maldiciendo después del estruendo—. El Bosque Salvaje necesita a dos y ahora sabe que está aquí. Llevas demasiado tiempo cargando tú solo con ello.

Una pausa.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Eammon con un tono serio y cortante.

No hubo respuesta, aunque Red creyó oír un suspiro. Un instante después, la voz melodiosa volvió a hablar:

—Bueno, ¿y te ha encontrado?

—En la biblioteca —respondió él—. ¿Cómo narices sabía que tenía que ir allí?

—Tampoco es que haya muchos más sitios a los que ir, realmente. No puedes esconderte de ella, Eammon, igual que no pudiste esconderte de las otras. ¿Qué esperabas?

A modo de respuesta, Eammon refunfuñó una blasfemia muy larga y casi ininteligible, algo sobre los cinco reyes y lo que podían hacer con ciertas partes de su cuerpo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó la voz masculina—. ¿Tienes alguna idea? ¿O simplemente la has echado de la biblioteca y has confiado en que todo saliera bien?

—Le he dicho que se quedara a este lado del portón y que se alejara de los árboles —respondió Eammon. Red se dio cuenta de que se le había olvidado mencionar la tercera regla, la de apartarse de su camino. Parecía haberlo omitido a propósito.

La voz masculina lo regañó:

—¿Y crees que eso cambiará algo?

Hubo un silencio, tan tenso como la cuerda de un arco. Red se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Hay una brecha al este. —La voz melodiosa cambió de tema sutilmente —. Todavía no ha salido nada de las Tierras Sombrías, pero no *creo que* tarden demasiado. El árbol centinela estaba medio devorado por la plaga cuando lo he visto hace un rato, y se hundía rápidamente. He derramado sangre sobre él, pero no ha servido para mucho. —Dejó escapar un leve suspiro—. Últimamente hay más brechas de lo habitual.

Las Tierras Sombrías. Otro cuento de hadas que se volvía real. Era la prisión que había creado el Bosque Salvaje, un lugar donde atrapar a los monstruos. Red sintió una punzada de terror en la nuca.

—Muchísimas más —coincidió la voz profunda—. Hace días que no veo a ningún centinela libre de plagaoscura. Algunos todavía no están demasiado afectados, pero es cuestión de tiempo que aparezcan aquí. Con tantos agujeros, es bastante probable que termine escapando algo de ellos.

No había monstruos en el bosque cuando Red había entrado. Al menos, no del tipo que sé suponía que habían salido de allí cuando habían enviado a Kaldenore con el Lobo: cosas cambiantes hechas de sombras, formadas a partir de restos del bosque y huesos. Red no se había preocupado demasiado por ello, estaba demasiado ocupada huyendo de los árboles llenos de colmillos

que buscaban su sangre. Pero, al oír mencionar las Tierras Sombrías, una brecha y que algo podría escapar de allí…

—El Bosque Salvaje está débil —dijo Eammon con la voz cansada—. Pero puedo arreglarlo.

—No sin un cuchillo —dijo la voz melodiosa en un tono sombrío—. Sin un cuchillo o sin convertirte en…

—No importa cómo lo haga, mientras lo haga.

—Si está aquí, es porque la necesitamos, Eammon —dijo la voz más profunda, ahora en tono brusco—. Te guste o no.

—Involucrar a más personas en todo este lío nunca nos ha ayudado. Al menos no de forma duradera. —Red oyó el ruido de una silla arrastrándose por el suelo—. Lo sabes de sobra, Fife. Nunca ha funcionado y nunca lo hará.

Red notaba el latido de su corazón en el fondo de la garganta.

El Lobo dobló la esquina en el arco de entrada con los ojos de color ámbar encendidos y la mandíbula apretada. Red se apartó de la pared para ir a su encuentro, con los puños apretados a los costados. Detrás de Eammon, distinguió fugazmente a otras dos personas: una mujer pequeña de facciones delicadas y piel tostada y un hombre pálido y desgarbado con una mata de pelo rojizo. Pero toda la atención de Red estaba puesta en el Lobo y en las terribles consecuencias de lo que había escuchado, en lo que aquello podía significar.

—¿Quién ha abierto una brecha?

Eammon retrocedió al verla, levantando de nuevo las manos como si quisiera protegerse de algo. Torció las cejas hacia abajo.

—Escuchar a escondidas es de mala educación.

—No estás tú para dar lecciones sobre mala educación. —Red entrecerró los ojos, imitando su gesto—. Repito: ¿quién ha abierto una brecha?

Las manos de Eammon seguían en posición defensiva entre los dos. Las bajó despacio y observó fijamente a Red durante un minuto mientras se reflejaba un debate interno en su mirada. Luego siguió avanzando, moviendo los hombros para evitarla.

—No es algo que deba importarte.

Red se giró tras él.

—No estoy de acuerdo.

—Ya me lo imagino.

—¿Han sido los monstruos?

El Lobo se quedó paralizado, con la mano estirada hacia el abrigo colgado en la barandilla cubierta de musgo.

—¿Qué sabes de los monstruos?

—Sé que salieron del bosque antes de que llegara Kaldenore y que desaparecieron después. —Se sentía extraña al asegurar que lo sabía, después de tantos años pensando que no era nada más que un cuento para asustar a los

niños. Pero, en el día que había pasado allí, las viejas dudas habían desaparecido con la misma rapidez con la que habían aparecido otras nuevas —. Y sé que supuestamente los habrías vuelto a soltar por el mundo si yo no hubiera venido.

Eammon se puso pálido al oír el nombre de Kaldenore. Dejó caer aquellos dedos largos y llenos de cicatrices hacia sus muslos y se giró para enfrentarse a Red.

—Yo no envié a los monstruos. —Tragó saliva, con un espasmo visible en la garganta—. No fue… No fue a propósito.

Otra cosa más a la que no sabía cómo dar sentido: aquel hombre enorme y lleno de cicatrices parecía estar tan asustado de su bosque como lo estaba ella.

—¿Entonces esa historia es real?

—Lo es. —Se giró y se pasó la mano por el pelo, largo y oscuro—. Pero puedes estar tranquila, no volverá a ocurrir. Independientemente de que hayas venido o no, jamás liberaría nada de este puñetero bosque a propósito. De hecho, me esfuerzo bastante para que todo siga aquí encerrado.

No era mucho consuelo, sobre todo por aquel «a propósito».

—¿Adónde vas, entonces?

—A hacer cosas de Lobos. —Eammon cogió el abrigo y se lo pasó por los hombros en un solo movimiento, luego se giró hacia la puerta.

Red tomó una decisión en apenas un instante y abrió la boca antes de poder pararse a pensarlo.

—Voy contigo.

Eammon se dio la vuelta para enfrentarse a ella y sus dientes centellearon a la luz de las llamas que adornaban aquella enredadera incombustible.

—Ten por seguro que no vas a venir.

—Pues dame una respuesta mejor que «a hacer cosas de Lobos».

Él flexionó los dedos, con las manos tensas colgando a sus costados. Movió la boca como si estuviera buscando la mejor respuesta, pero si la encontró, se quedó dentro de su garganta.

—No estarías a salvo —dijo por fin—. Ya lo sabes.

—Me parece que «a salvo» es un concepto relativo en este lugar, siendo generosa. Y me gustaría asegurarme de que cumples tu parte del trato. Que ningún monstruo saldrá de los confines de tu bosque.

La luz tenue iluminó los ojos del Lobo y resaltó tanto su color como las sombras que habría tras ellos.

—Podrías fiarte de mí.

Red levantó la barbilla.

—Dame un motivo para hacerlo.

Se quedaron mirándose el uno al otro, Red y el Lobo. Podría haber sido una lucha de voluntades, de haber parecido algo que alguno de los dos pudiera ganar.

—Prometo no sangrar —dijo Red en voz baja—. Esa es la única forma de que vaya a por mí, ¿verdad?

Eammon no respondió. Tenía la mirada impenetrable clavada en ella. Levantó la barbilla hacia el pasillo.

—Vete a por tus botas. No puedes deambular por el Bosque Salvaje descalza.

Las botas llenas de barro estaban justo a la entrada de su habitación. Red quitó la mayor parte del fango y se las ató a toda prisa, casi segura de que el Lobo cambiaría de opinión si tardaba demasiado en volver. Pensó en coger la capa escarlata del armario, pero aquella tela ya había sufrido demasiadas humillaciones por un día.

Cuando volvió al vestíbulo, Eammon se había quitado el abrigo. Lo extendió hacia ella a modo de ofrenda, pero no le sostuvo la mirada.

—Hace frío.

Tras dudar un instante, Red aceptó la oferta y se pasó el abrigo por encima de los hombros. Le colgaba hasta las rodillas y olía a libros viejos y a café, con un toque de canela que recordaba a hojas caídas. Todavía guardaba el calor del cuerpo del Lobo tras haberlo llevado puesto.

Con el ceño fruncido, Eammon abrió la puerta y se adentró en la niebla.



CAPÍTULO OCHO

El cielo tenía ahora un color violeta más apagado y proyectaba las sombras del Bosque Salvaje a su alrededor en varios tonos de negro y azul oscuro. La luz amarilla del interior de la fortaleza solo se extendía unos centímetros hacia las tinieblas antes de ser devorada por las sombras, como si el bosque no permitiera que hubiera demasiada iluminación.

—No te quedes atrás. —Las zancadas de Eammon eran el doble de largas que las suyas, y no parecía tener intención de ir más despacio. La luz violeta se reflejó en el filo de una daga que llevaba a la cintura.

Red caminaba rápidamente e iba siguiéndolo de cerca. Las mangas de su abrigo eran tan largas que le ocultaban las manos por completo, así que hizo una bola con la tela desgastada y cerró las manos alrededor para apretujarse más. Hacía un frío espantoso aquella noche —o lo que en aquel lugar llamaban noche—, pero si Eammon también lo sentía, no dio ninguna señal de ello. Red supuso que ya estaría acostumbrado.

—No toques nada. —La niebla se arremolinaba sobre el portón que había delante de ellos y hacía más profundas las sombras alrededor de los hombros de Eammon—. Quédate cerca de mí en todo momento. —Se giró lo suficiente para mirar de reojo a Red—. Y recuerda, nada de sangrar.

—No pensaba hacerlo.

—Bien.

Eammon tocó el portón. Como había ocurrido al entrar Red, una grieta rasgó el metal subiendo desde la tierra y recorrió la puerta de hierro hasta que se abrió. El Lobo se adentró en la niebla densa que había más allá, haciendo

que se arremolinara alrededor de sus pies.

Los árboles parecían estar más cerca unos de otros cuando Red lo siguió hacia el bosque. Las ramas blancas se agitaban en la oscuridad sobre sus cabezas, eran como guadañas esperando una orden. Red las observó y redujo la distancia con Eammon. Iba tan cerca que podía notar su calor y ver cómo sus músculos se movían bajo su camisa.

—Estamos buscando una brecha de las Tierras Sombrías, ¿verdad?

Oyó un gruñido afirmativo.

—¿Y cómo son exactamente las brechas?

—Oscuridad. —Eammon apartó la rama de un árbol. Por el rabillo del ojo, a Red le pareció que las ramitas que sobresalían estaban retorcidas hacia dentro como unos dedos apretados en un puño—. Parece un charco de barro negro. Puede que esté sola o que aparezca alrededor de un árbol blanco, si llegamos lo suficientemente rápido. Es un lugar donde el Bosque Salvaje no tiene tanto poder y las Tierras Sombrías se han abierto paso.

—Creo que he visto una. —Aquel círculo de oscuridad que rodeaba el árbol blanco podrido que había visto al cruzar la frontera, el que estaba justo en el límite del Bosque Salvaje…, coincidía con la descripción de Eammon—. La he visto cuando… cuando he llegado.

—Es probable. —Fue una respuesta cortante—. Ya no es tan raro encontrarlas.

Red pasó con cuidado por encima de unas raíces enredadas, esquivó unas flores extrañas y unas espinas que se estiraban hacia ella mientras seguía al Lobo a través del Bosque Salvaje. Casi podía oír la respiración del propio bosque. La oía en el crujido de las ramas y en la hiedra que se deslizaba, y hacía que su piel hormigueara al sentir que la estaban observando. Aquel bosque estaba vivo y tenía conciencia propia.

Volvió a acercarse a la espalda de Eammon.

Su brazo estirado era invisible en aquella oscuridad y Red chocó contra él, una barra fuerte y cálida que la golpeó en el pecho. Sus pies resbalaron sobre la hojarasca y agarró la mano de Eammon para no perder el equilibrio. Notó el tacto áspero de las cicatrices de sus dedos antes de que se apartara de ella, mirándola con una expresión sombría que no podía comprender.

Delante de ellos, un árbol blanco se extendía hacia el cielo violeta, tan ancho que ni tres personas podrían rodearlo con las manos extendidas y coronado por unas ramas blanquecinas. Sus raíces atravesaban la tierra y estaban cubiertas por los hilillos negros de aquella putrefacción oscura. La infección subía por el tronco como el agua que se desbordaba en una riada. En un círculo perfecto alrededor de las raíces, la tierra era oscura y tenía una textura esponjosa, como la de un cuerpo muerto hacía mucho tiempo.

—Ya no tiene remedio —dijo Eammon en voz baja—, pero al menos hemos llegado antes de que el centinela apareciera en la fortaleza. —Avanzó

hacia el círculo de tierra infectada y llevó los dedos a la daga que tenía en el cinturón, como para asegurarse de que seguía allí—. Quédate ahí —le ordenó él mientras se agachaba junto al borde de aquella putrefacción oscura—. No te muevas.

Red asintió. Puede que no confiara en él, aún no, pero eso tampoco significaba que quisiera escaparse por el Bosque Salvaje ella sola.

El Lobo volvió a estirar la mano hacia la daga, pero esta vez le temblaron los dedos.

—Demasiada sangre por hoy —murmuró para sí mismo. Apartó la mano de la hoja con un suspiro, agachó la cabeza y cerró los ojos—. Tendrá que ser con magia. Maldita sea.

Eammon se levantó las mangas y, en aquella penumbra, Red creyó ver una marca verde recorriéndole las venas del antebrazo, más brillante cuando cogía aire y más apagada cuando lo soltaba. Poco a poco, el Lobo fue liberando la tensión que tenía en los hombros.

Ella no se había dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que se relajó. Parecía que hubiera estado llevando una carga muy pesada de la que ahora se había liberado.

No hubo ningún movimiento, pero Red sintió que el Bosque Salvaje se inclinaba hacia ella. Se cruzó de brazos y observó los árboles con cautela. Antes, cuando lo había atravesado a toda prisa, cegada por el miedo y ensangrentada, había tenido la impresión de que el bosque era algo encadenado, reprimido.

Ahora sentía que aquellas cadenas se habían aflojado.

Eammon colocó las manos en el borde de la brecha, con las yemas de los dedos a punto de rozar la tierra esponjosa y podrida. Inclinó la cabeza hacia delante, con toda su atención puesta en la tarea que tenía entre manos. Sus venas se volvieron a encender con aquel color verde, esta vez también en el cuello, además de en los antebrazos. Algo oscuro le asomó bajo la piel de las muñecas, justo encima del hueso. Casi parecía corteza.

Distraída por aquellos cambios, Red no vio la raíz que salió reptando de entre la maleza hasta que se enredó alrededor de su tobillo.

Lanzó un grito breve y ahogado al caer contra el suelo, raspándose las espinillas contra las piedras y las raíces levantadas. Unas enredaderas cubiertas de espinas la envolvieron con la rapidez de una víbora y la ataron al suelo. Dentro del pecho de Red, aquel fragmento de magia que le había dejado el bosque despertó y empezó a expandirse de forma implacable.

El Bosque Salvaje vaciló un instante. Todos aquellos árboles blancos se quedaron a la espera, preparados. Y luego se lanzaron a por ella.

Las espinas azotaron la piel de Red y se le clavaron con fuerza, haciéndole sangrar. Unas raíces blancas salieron de la tierra que había a su alrededor y se doblaron hacia las heridas que los pinchos le habían abierto en la piel. Red

gritó, y su dolor y su miedo se extendieron rápidamente por el bosque silencioso.

—¡Redarys!

Eammon se puso en pie tambaleándose, con las piernas temblorosas, como si lo que hubiese estado haciendo en el borde de aquel agujero de sombras lo hubiera dejado vacío como un cascarón. Había un destello de pánico en su mirada, y volvía a tener el blanco de los ojos teñido de verde. Las venas de sus dedos resplandecían de color esmeralda cuando se puso a buscar a tientas la daga de su cinturón.

—Aguanta, ya…

La voz del Bosque Salvaje ahogó sus palabras, un chillido triunfante pronunciado mediante el crujido de sus ramas. Las enredaderas que apresaban a Red florecieron, anchas y pálidas bajo aquel crepúsculo antinatural. Las hojas que había bajo su cuerpo pasaron de tener el color apagado del otoño a la viveza del verano. Sus venas se tiñeron de verde y notó el sabor de la tierra en la boca. La esquirla de magia de su interior creció y se extendió con ansia hacia aquellos hambrientos árboles blancos.

Pensó en Gaya, consumida y cubierta de raíces. Kaldenore, Sayetha, Merra… Otras tres a las que aquel bosque había devorado. Iba a coger lo que necesitara sin importarle lo que dejara tras él, a no ser que Red encontrara la forma de pararlo, de contenerlo, de romper aquel vínculo…

Con una fuerza interior nacida del terror más puro, Red atrapó la magia que intentaba liberarse dentro de ella y la hizo pedazos.

El bosque estalló con un estruendo que hizo que le retumbaran los huesos. Las raíces, las ramas y las espinas se alejaron deslizándose cuando Red consiguió contener su magia. Era una sensación dolorosa tener que negarse aquello y convertirse en una jaula en la que encerrar algo salvaje, pero aun así lo hizo y ocultó su poder en lo más profundo de su ser. Encadenado, apartado, mutilado como si su voluntad fuese la hoja de un cuchillo.

El sabor a tierra desapareció de su boca y las venas de su muñeca pasaron de ser verdes a azules. El Bosque Salvaje gritó un último lamento y luego quedó en silencio.

Red esperaba encontrar destrucción cuando abrió los ojos, pero no la había. Ninguna rama rota, ningún árbol caído. El Bosque Salvaje seguía en pie como un animal aturdido. Red se incorporó con las piernas temblorosas mientras la tierra caía de su falda destrozada y del abrigo prestado.

Eammon tenía los ojos abiertos de par en par y sujetaba sin fuerza una daga de la que ya se había olvidado.

—¿Qué narices ha sido eso?

—No hagas como que no lo sabes, no cuando acabo de ver cómo intentas utilizarlo. —Sus venas se habían vuelto verdes de manera idéntica a como lo hacían las de Red—. Poder. El poder de este bosque de mierda. Tú estabas allí

cuando lo conseguí. Estabas allí aquella noche cuando… eso se apoderó de mí. Te vi.

El pánico en la mirada de Eammon se convirtió poco a poco en puro terror.

—No —susurró, sacudiendo la cabeza—. Intenté… Quería evitarlo, pensé que había conseguido que…

Un estruendo lo interrumpió, el ruido de las raíces blancas abriéndose paso a través de aquella tierra podrida. Los dos se quedaron callados, con la mirada fija en el árbol.

—Mierda. —Eammon hizo girar la daga en su puño y apartó a Red tras él con la otra mano—. ¡Maldita sea!

No volvió al borde de la brecha ni intentó invocar lo que quiera que fuese aquella magia arcana del bosque que había utilizado antes. En lugar de eso, se hizo un corte en la palma de la mano, un momento de violencia tan inesperada y despreocupada que hizo que Red se estremeciera.

Pero no fue lo suficientemente rápido.

Los extremos de la brecha retrocedieron a una velocidad antinatural, como agua escapando de un cuenco con el fondo agujereado. La podredumbre se filtró en las raíces y las volvió totalmente negras; luego trepó por el tronco blanco hasta envolverlo casi por completo con aquella corrupción que no dejaba de agitarse.

Eammon arremetió contra el árbol con el puño ensangrentado por delante. Pero, antes de que pudiera alcanzarlo, la última gota de oscuridad se introdujo en las raíces y la tierra que había a su alrededor estalló. Ramitas afiladas y hojas salieron volando, todas teñidas de un color oscuro. Eammon salió disparado hacia atrás, lejos del tronco, mientras la podredumbre seguía subiendo hasta llegar casi a las ramas.

Red se agachó y se pasó los brazos por encima de la cabeza en posición defensiva. El árbol, ahora completamente podrido, empezó a hundirse en la tierra.

A su alrededor, el resto del Bosque Salvaje observaba, inmóvil y en silencio. Apenado, de alguna manera.

Con la misma rapidez antinatural y terrible, aquellos restos de hojarasca cubiertos de sombras se amontonaron para dar forma a un cuerpo nacido de la perdición. Unos huesos viejos se alzaron desde el suelo del bosque: algunos eran de animales, otros de humanos y otros tenían una forma demasiado extraña como para ser de ninguno de los dos. Todos ellos estaban corrompidos por los hilillos de sombra que surgían de las raíces del árbol que se hundía.

Allí estaba la prueba. Red lo supo en aquella parte tranquila de su mente que parecía flotar por encima de su miedo. Allí estaba el monstruo hecho de sombras del que hablaban los cuentos, enfrentándose a un hombre cambiado por el bosque. Era real. Todo era real.

Cuando aquel caos de huesos, oscuridad y vegetación dejó de agitarse, apareció una mujer en su lugar.

Tenía el pelo largo y oscuro, y los ojos de un ácido color esmeralda. Sonrió y unas setas brotaron entre sus dientes.

—¿Crees que esta vez va a ser distinto? —Aquella voz no parecía humana en absoluto. Era un ruido profundo y malintencionado que oscilaba en el aire, parecido al sonido que hacía la cuerda más grave de un arpa sin afinar—. Esta historia se repite una y otra vez. Es muy divertido observar desde abajo, pero al final siempre termina igual. No eres lo suficientemente fuerte, cachorrito. Igual que tu padre.

Eammon se encorvó hacia delante, apretando su mano empapada contra las costillas magulladas mientras en la otra sujetaba la daga manchada de sangre, apuntándola hacia la criatura. Respiraba con dificultad y sus dientes centelleaban a la luz de aquel crepúsculo inmutable.

La mujer hecha de bosque y sombras apartó el filo con un dedo, de forma casi amable y con cuidado de no tocar la sangre. Bajo las uñas le crecían líquenes.

—Cada vez te cuesta más mantenerte en pie, ¿a que sí? La magia te deja agotado, así que, en lugar de eso, te abres una vena. Pero no tienes sangre suficiente para retrasarlo eternamente. No tienes sangre suficiente para mantener cerrado el paso a las Tierras Sombrías ni para que todo se quede atrapado allí. —Aquella cosa dirigió la mirada hacia Red y le cayó tierra por la costra de musgo que tenía en las mejillas, como si fuesen lágrimas—. Vuestro final llegará entre raíces y huesos. El de todas vosotras. Siempre termináis entre raíces y huesos.

De repente, el espectro de la chica cambió. Un instante después estaba postrada en el suelo, sin rastro de aquellas piezas terribles que le habían dado forma. En lugar de eso, tenía la apariencia de un cadáver normal, el cuerpo muerto de una mujer joven.

Red la reconoció, aunque tardó un momento. Había visto su retrato en uno de los libros de la biblioteca.

Merra.

En un abrir y cerrar de ojos, el vientre de Merra se abrió en canal, con un ruido visceral que hizo que a Red se le revolviera el estómago. Las raíces de un árbol surgieron del agujero y empezaron a fluir desde aquella cavidad sangrienta, salpicándolo todo con sus entrañas.

El cadáver de Merra se quedó inmóvil durante un instante. Luego dejó escapar un sonido que podría haber sido una carcajada o un grito y se volvió a poner en pie, con las manos estiradas hacia Eammon en señal de rendición. Su piel se descompuso sobre el suelo del bosque y el musgo le devoró unos dedos hechos con los huesos equivocados.

Aquello hizo que Eammon se librara del horror que lo había paralizado.

Con la boca torcida, se lanzó hacia delante y atacó a la criatura, no con la daga, sino con su mano ensangrentada. Aquella cosa con forma de chica se rio de nuevo, esta vez en un tono agudo y aflautado, y se desmoronó al recibir el golpe. Eammon se giró y echó a correr hacia el árbol, pasando a toda prisa por encima de las raíces levantadas, como si estuviera cruzando un río saltando sobre piedras. Se hizo un nuevo corte en la palma de la mano con la daga.

Pero la criatura no había desaparecido, aún no: parecía que, mientras la brecha siguiera abierta, podía regenerarse. Se derritió y abandonó la forma de Merra, haciendo girar los huesos y las hojas para mezclarlos y formar otras caras, que se deshacían tan pronto las creaba. Una cara femenina en forma de corazón, con su dulzura convertida en algo terrible; otra con el mentón estrecho y unos labios carnosos, una mujer con los ojos ambarinos de Eammon, un hombre con su mandíbula afilada.

—¿Para qué te molestas? —Aquella criatura se giró para mirar a Eammon y asegurarse de que veía cada uno de los aspectos de su rostro cambiante—. Tienes un bosque en los huesos y un cementerio bajo tus pies. Aquí no hay héroes.

Eammon soltó un rugido, enseñando los dientes mientras la palma de su mano rezumaba la misma sangre oscura con hilillos verdes que Red había visto cuando había absorbido su herida en la biblioteca. Golpeó el tronco con la mano y apretó con fuerza hasta que la sangre cayó entre sus dedos y le manchó los nudillos. El árbol ya estaba medio hundido, las ramas casi le rozaban la parte de arriba de la cabeza.

Poco a poco, la putrefacción del tronco retrocedió hacia las raíces del árbol, como si la sangre de Eammon fuese algo delo que tenía que huir, y luego salió de las raíces hacia la tierra. El hundimiento del árbol dio marcha atrás en cuanto desapareció la podredumbre y empezó a erguirse de nuevo, cada vez más rápido. Eammon derramó más y más sangre. Se le cerraban los ojos y las rodillas empezaban a fallarle.

La criatura se retorció y se derritió cuando el árbol volvió a crecer, y sus facciones volvieron a ser las del bosque y las sombras.

—¿Sabes lo que les pasa a los héroes, cachorrito? —Aquella cosa se echó hacia atrás. Ya no intentaba formar caras humanas, solo era un trozo de oscuridad cubierto de huesos y ramas pequeñas—. Que mueren.

Eammon abrió los ojos cuando la criatura se lanzó hacia delante. Se giró y la golpeó con su mano ensangrentada.

La cosa se hundió en el suelo esponjoso y podrido. Eammon mantuvo la mano sobre ella mientras se encogía, apretando la mandíbula como si estuviera haciendo un esfuerzo monumental. La oscuridad del suelo desaparecía al mismo tiempo que el árbol blanco que había tras él volvía a nacer. La criatura desapareció bajo tierra y la mano de Eammon se quedó tocando únicamente el bosque. Los cortes de sus palmas no goteaban cuando levantó las manos de la

brecha ya sanada.

Todavía de rodillas, Eammon levantó la mirada y se cruzó con la de Red. Por un instante que pareció durar años, se observaron a través del abismo que había entre ellos, pero ninguno de los dos tenía las palabras necesarias para llenarlo.

Eammon se puso en pie con las piernas temblorosas. Pasó con cuidado al lado de Red, evitando tocarla, y siguió andando con paso decidido hacia el Bosque Salvaje.

Red se quedó con la boca abierta, mirando fijamente el árbol sanado. Ya no había putrefacción, la sangre de Eammon la había hecho retirarse, pero, cuando bajó la mirada hacia las raíces que atravesaban la tierra, le pareció ver unos hilillos minúsculos de oscuridad arrastrándose lentamente en dirección a la corteza blanca. Las Tierras Sombrías intentando abrirse paso de nuevo.

Se giró y echó a andar detrás del Lobo, hacia la oscuridad.

Eammon no hablaba, y el silencio era más frío cuanto más tiempo pasaban sin romperlo. Red se volvió a apretujar con el abrigo, oliendo el aroma de los libros, el café y las hojas.

—¿Quién era?

—Una criatura de sombras. La brecha se ha hecho tan grande que ha conseguido atravesarla. Diez minutos más y ese árbol centinela habría aparecido en la fortaleza, y entonces habríamos necesitado mucha más sangre para traerlo de vuelta a donde se supone que debe estar. Sanarlos antes de que se trasladen es mucho más fácil, si llegas a tiempo.

Estaba divagando, intentando ignorar su pregunta ofreciéndole demasiadas respuestas.

—Ya sabes a qué me refiero. —Red agarró el dobladillo de su abrigo—. He reconocido a Merra. ¿Quiénes eran los demás?

Hubo un largo silencio, tanto que Red se preguntó si le respondería siquiera. Cuando lo hizo, su voz era fuerte y clara, desprovista de toda emoción.

—Kaldenore —dijo al fin—. Luego, Sayetha. Después Gaya y, por último, Ciaran.

El desfile de la muerte. Red se mordió el labio.

—A las segundas hijas ya… a Gaya… El Bosque Salvaje las consumió.

Eammon asintió con un único movimiento de su barbilla.

—¿Y qué pasó con Ciaran? —Red utilizó sus nombres de pila. Eammon evitaba decir «madre» y «padre», así que pensó que sería mejor hacer lo mismo.

El Lobo apartó una rama del camino con tanta fuerza que estuvo a punto de romperse.

—También lo consumió el Bosque Salvaje.

El portón se alzó en mitad de la niebla. Eammon pasó los dedos entre los barrotes, casi apoyándose en ellos cuando apareció la abertura. Se detuvo un

momento cuando la puerta de hierro se abrió, como si necesitara reunir fuerzas para seguir adelante. «Demasiada sangre», había dicho antes, y su forma de andar lo demostraba.

Cuando el portón se cerró tras ellos, Eammon se dio la vuelta con los ojos encendidos.

—Antes… —dijo con cautela—, cuando el bosque te ha atacado, ¿cómo has conseguido que parara?

—De la misma forma que llevo haciéndolo los últimos cuatro años. —Red quería que sonara como una acusación, pero tenía la voz débil y hueca por culpa del aire frío. Evitó mirarlo a los ojos. En vez de eso, se fijó en el agujero que le había hecho una espina en la manga del abrigo.

—El Bosque Salvaje te había atrapado. No te alcancé a tiempo. —Red no sabía si era una confesión o una acusación—. Es terrible, porque debería haberte consumido en apenas un instante, pero no lo hizo porque tú lo detuviste. Vas a tener que contarme los detalles, Redarys.

—¡No tengo ni idea de los detalles! Desde que cumplí dieciséis años, cuando vine aquí y derramé mi sangre sobre el bosque, tengo… algo en mi interior, como si fuese un fragmento de poder que no debería tener, algo que hace que las plantas actúen de forma extraña cuando estoy cerca. A veces consigo contenerlo, pero otras veces no puedo. Y, cuando no puedo, ocurren cosas malas.

—Plantas. Cosas con raíces que están bajo la influencia del Bosque Salvaje. —Eammon tenía la cara pálida y murmuraba algo con una voz grave y el ceño arrugado, como si estuviera intentando resolver alguna ecuación complicada en voz alta. Pensativo, se pasó una mano por la mandíbula y levantó la vista para mirar de nuevo a Red—. Hoy, cuando has entrado al bosque por primera vez —dijo, colocando con destreza cada una de las palabras, como las cuentas de una pulsera—, has dicho que una espina te había cortado la mejilla. ¿Te referías a…?

—Cuando he cruzado la frontera, he acabado con las manos apoyadas sobre la tierra. No sé cómo, no recuerdo haberlo hecho, pero está claro que este poder ha tenido algo que ver. —Red sintió un escalofrío al decir aquello, al pensar en los movimientos que no había elegido hacer—. Pero he evitado lo que fuera que intentaba hacerme. No he liberado la magia. La he dejado encerrada y el bosque se ha detenido. También es lo único que he hecho esta vez. Mantenerla dentro de mí.

Un extraño pesar se reflejó en la mirada de Eammon, un remordimiento que Red no alcanzaba a entender del todo.

—No lo entiendo —murmuró—. Pensaba que…

—¿Que no lo entiendes? ¡Te vi la noche en que ocurrió! ¡Eres parte de todo esto! ¡Vi tus manos cuando todo se convirtió en una locura, justo antes de que se detuviera!

Aquello cambió a Eammon. Hizo que dejara de tensar la mandíbula y alteró el brillo afectado de sus ojos.

—Entonces se detuvo. —Como si aquellas palabras fuesen el andamio que lo mantenía en pie, el Lobo dejó caer los hombros de una forma que reflejaba su alivio—. Evité que ocurriera.

—¿Qué es lo que evitaste que ocurriera?

Eammon no respondió, se quedó mirando al suelo y cogió aire con fuerza.

—No conseguí mantenerlo alejado de ti del todo, pero evité lo más importante. No pudo… —Su voz se fue apagando hasta quedarse callado y se pasó una mano por la cara, dejando un rastro de sangre verde y escarlata sobre la mejilla—. Esta vez podría ser diferente.

Red apretó los dientes.

—¿A qué te refieres?

—Tu poder es un pedazo del Bosque Salvaje. Una parte de él que ha buscado refugio en tu interior.

—Eso ya lo había deducido.

—Entiendo que quieras reprimirlo, apartarlo de ti. Pero si aprendieras a usarlo, quizás el Bosque Salvaje no tendría que… arrebatarte nada más. —La esperanza en su voz era como un alambre afilado, algo que lo podía cortar—. Con eso podría bastar, si utilizas lo que ya tienes dentro.

—No lo entiendo. ¿El Bosque Salvaje quiere algo? —Tragó saliva, a pesar del nudo que tenía en la garganta—. ¿No se ha llevado ya bastante?

—No tienes que preocuparte por eso. —Su voz no había estado tan calmada desde que había luchado contra el monstruo junto al árbol. Casi bastaba para que Red lo creyera—. Lo único que debería importarte ahora es aprender a utilizar la magia que te ha dado el Bosque Salvaje.

—No puedo hacerlo. —Red soltó una carcajada y una voluta de vaho se perdió en el aire crepuscular—. A lo mejor tú sí puedes, pero yo no.

—Si ya controlas ese poder lo suficiente como para contenerlo, también puedes controlarlo para utilizarlo a voluntad. —El Lobo se frotó de nuevo la barbilla, pensativo—. Tendría que intentar comprender los detalles de…

—¿¡Cómo que intentar comprender!? ¿Ni siquiera sabes cómo funciona esto? Pero si acabas de…

—Esto es diferente. Tú eres diferente. Las demás… estaban conectadas al Bosque Salvaje, sí, pero no de esta forma. —De nuevo, notó aquella esperanza en su voz, tan afilada que casi dolía al escucharla—. Esto podría arreglarlo todo.

Debería haber sido un consuelo saber que era diferente a todas las segundas hijas que habían ido allí antes que ella.

Diferente de las tres mujeres que el Bosque Salvaje había consumido. Pero lo único en lo que podía pensar Red era en sangre, en ramas y en su hermana desplomándose, un recuerdo de hacía cuatro años que seguía tan reciente

como el mismo día que había ocurrido.

Todavía notaba el sabor a tierra en la boca, daba igual cuánta saliva tragara. Red sacudió la cabeza.

—Es peligroso —murmuró ella—. No es algo que se pueda utilizar.

—No tenemos muchas alternativas. —Eammon dejó de moverse de un lado a otro y la miró con severidad, levantando su nariz rota—. Haré lo que pueda para mantenerte a salvo del Bosque Salvaje, Redarys, pero vas a tener que ayudarme. No puedo hacerlo yo solo. Ya lo he intentado.

Oyó el eco de aquella voz horrible resonando entre la niebla: «No tienes sangre suficiente para retrasarlo eternamente».

Eammon la observó, de pie en aquel patio silencioso, bajo un cielo sin estrellas, y Red tuvo que apartar la mirada. Había una pena demasiado grande en sus ojos, un dolor y una carga que ella era incapaz de describir con palabras. Pensó que probablemente él tampoco podría.

Un momento después, el Lobo se giró y avanzó hacia la fortaleza. Sin decir ni una palabra, Red lo siguió.

Eammon se detuvo al cruzar la puerta. Tenía una expresión cuidadosamente neutra, pero sus ojos centelleaban.

—¿Ya estás satisfecha, entonces? —Las manos, llenas de cicatrices, le temblaron—. ¿Te he dado motivos suficientes para confiar en mí?

Red asintió.

El Lobo subió la escalera de piedra a grandes pasos. Tras él, el musgo y las ramitas se alzaron, bloqueando el paso. Dejándolo encerrado.



Interludio en Valleyda II

El libro no estaba donde debería haber estado.

Neve frunció el ceño y miró el papel que tenía en la mano, una referencia con el nombre del autor y el número de estantería. Estaba buscando un libro de poesía escrito por un comerciante que utilizaba un sistema mnemotécnico que servía para navegar por los ríos de Cian. No era un libro demasiado popular. De todas formas, estaba prohibido sacarlos de la biblioteca, aunque Red lo hacía todo el rato…

Se detuvo y se llevó una mano al vientre al sentir un dolor repentino. ¡Por los reyes! Tenía que dejar de hacer eso…, dejar de pensar en Red como si todavía estuviera allí. Solo hacía un día que se había ido, pero cada hora que pasaba dolía como una puñalada.

Las lágrimas le escocían en los ojos, demasiado afiladas como para derramarlas.

—¿Y si hoy no visitamos al venerable maestro Matheus? —Tras ella, Raffe hizo girar la silla vacía y se sentó a horcajadas, pasando los brazos musculosos por encima del respaldo ornamentado—. ¿Y si en lugar de eso hacemos… literalmente cualquier otra cosa?

Si hubiera sido otra persona, Neve le habría gritado que la dejara en paz. Sin embargo, a él le dedicó una sonrisa medio sincera, aunque el cansancio hizo que no pareciera demasiado alegre. Tras su desastrosa visita al santuario, no había dormido demasiado.

—Me imagino que con «no visitar» quieres decir que nos saltemos su clase sobre los patrones climáticos en el sur y su impacto en las importaciones.

Valleyda estaba en la parte más al norte del continente, rodeada de tierra por todas partes. Limitaba al norte con el Bosque Salvaje, al este con los páramos de Alpera y al oeste con Floriane, que le bloqueaba el acceso a la costa occidental. Aquello hacía que el comercio fuese una pesadilla, y por eso Valleyda era el mejor sitio para aprender sobre ello: allí planeaban con mucho detenimiento los negocios para adelantarse a cualquier problema que pudieran encontrarse, porque ya se los habían encontrado todos.

El único poder de Valleyda residía en la religión, en que lindaba con el Bosque Salvaje y formaba parte del ritual de las segundas hijas que protegía el mundo de los monstruos, pero al menos aquello hacía que la mayoría de los países estuvieran dispuestos a ofrecerles unos precios justos. Nadie quería provocar la ira de sus dioses engañando al reino que algún día entregaría el sacrificio necesario para su regreso, y además podrían echar a perder las oraciones por las que habían pagado al templo.

Aun así, la escasez de cultivos siempre era un peligro, sobre todo cuando los pasos montañosos que separaban Valleyda de Meducia y Alpera se congelaban durante los primeros meses del año. El matrimonio entre Neve y Arick serviría principalmente para establecer una ruta comercial por mar, al convertir Floriane en una provincia valleydana y obtener así acceso libre a su costa.

A Neve empezó a costar le un poco más mantener su sonrisa cansada.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —respondió Raffe—. Creo que el tema del comercio no me entusiasma ni lo más mínimo en estos momentos. —La luz de la tarde entraba por la ventana y lanzaba reflejos dorados a lo largo de sus dedos, largos y elegantes.

Neve apretó los labios. Llevaba demasiado tiempo observando las manos de Raffe.

—Es verano —continuó él—, o lo más parecido al verano que tenemos por aquí. Evitarnos una diatriba monótona no va a acabar con los negocios de mi padre. Y si lo hace…, bueno. —Se encogió de hombros—. No es algo que me preocupe demasiado.

Neve se dejó caer en la silla enfrente de la suya.

—¿Y si no tuvieras que preocuparte por ello nunca más? —Cogió el papel arrugado con la referencia y lo hizo pedazos hasta convertirlo en un montón de nieve diminuto—. ¿Y si no tuvieras negocios que atender o rutas comerciales que estudiar? ¿Y si pudieras hacer cualquier otra cosa?

La sonrisa juguetona de Raffe desapareció por un instante y sus bonitas facciones adoptaron una postura introspectiva.

—Vaya, menuda pregunta. —Dirigió la mirada hacia las manos de Neve, apoyadas sobre la mesa.

La muchacha sintió cómo el calor le encendía las mejillas. No podía negar que se sentía atraída por Raffe… No creía que nadie pudiera. El hombre era

tan guapo como un príncipe sacado de un cuento de hadas, y también igual de amable y encantador, pero nunca podría haber nada entre ellos porque su compromiso ya estaba sellado. Aun así, eso no impedía que Neve lo deseara, ni tampoco le podía arrebatar el pequeño placer de saber que aquel deseo era correspondido.

Él apoyó la barbilla sobre los brazos y la miró con curiosidad, dirigiendo sus ojos oscuros desde las manos de Neve hacia su cara.

—¿Y tú? Si pudieras ir a cualquier parte, ¿dónde irías?

Neve respondió al instante, y sus palabras alejaron todo el calor que le había provocado la mirada de Raffe, reemplazándolo por un dolor indescriptible.

—A buscar a mi hermana.

Una arruga apareció en el ceño del hombre. Cuando habló, lo hizo tras un suspiro:

—Hiciste todo lo que pudiste por ella, Neve.

Era cierto, pero aun así no había sido suficiente.

—No es culpa tuya.

¿De quién era, entonces? El destino era perverso, y Neve había nacido primero. Nada de aquello era justo, nada era correcto, y ella debería haberse esforzado más para cambiarlo. Tendría que haber hecho algo más que suplicarle a Red que huyera, cuando ella ya le había dejado claro que no iba a hacerlo.

Raffe estiró la mano. La dejó suspendida sobre la de Neve, dudando un instante antes de rodearle la muñeca con los dedos. Neve sintió su calor, casi tan intenso como para sacarla de aquel lugar frío en su interior en el que se había encerrado, donde podía alejarse de todo y de todos. Últimamente pasaba demasiado tiempo allí. Sentirse vacía e impasible era mejor que aquel dolor que la dejaba en carne viva.

—Tienes que dejar de culparte, Neve. Tomó una decisión, y lo mínimo que podemos hacer es respetarla. —Se detuvo y tragó saliva—. Honrar su recuerdo.

«Recuerdo». Aquella palabra fue como una cuchillada.

—No está muerta, Raffe.

Neve pensó en lo que le había dicho la sacerdotisa del pelo rojo en el santuario, lo que le había ocurrido a Red cuando se había adentrado en el Bosque Salvaje. Estaba allí enredada, vinculada al bosque. Neve llevaba todo el día con aquella imagen en la cabeza: su hermana rodeada de hiedra, un festín para un bosque hambriento.

Pero viva.

¿Acaso una parte de ella no lo había sabido? Lo habría notado si Red hubiera muerto. Habría notado… algo, una ausencia, y Neve todavía se sentía terriblemente completa.

Raffe no se lo discutió. Aun así, en su mirada no había nada parecido a la fe, y el esfuerzo de intentar explicárselo, de convertir todo aquello en palabras, era agotador.

Así que Neve inspiró profundamente, intentando controlar su respiración para que no temblara.

—Los jardines —dijo, forzando una sonrisa—. No es un plan muy emocionante, pero es un buen sitio para ir.

—Es mejor que las clases. —Raffe se puso en pie y le ofreció el brazo con un gesto cortés—. ¿Arick vendrá también?

Lo dijo en broma, pero había preocupación en su voz. Neve borró su sonrisa impostada.

—No. —Enlazó su brazo con el de Raffe—. Si te soy sincera, no estoy segura de dónde está. —No lo había visto desde que habían vuelto del Bosque Salvaje, los tres apretujados en una carroza negra, cada uno perdido en un silencio diferente. Neve recordó haber pensado que aquello era lo único que podía salvar de todo el día, o más bien de todo el año. Si tenían que perder a Red, al menos podrían sentarse juntos a llorar su pérdida y encontrar una forma de mantenerse unidos.

Pero entonces Arick se había esfumado para lamerse él solo las heridas.

Raffe suspiró.

—Yo tampoco.

Neve le apretó el brazo y no hizo falta poner en palabras lo cómoda que se sentía. Entonces los dos cruzaron las puertas de la biblioteca y salieron a un pasillo iluminado por el sol.

Neve no estaba segura de por qué había sugerido ir a los jardines. Entre la sacerdotisa del pelo rojo y ella habían limpiado el desastre que había provocado, y la mujer le había asegurado a Neve que nadie se daría cuenta. Aun así, probablemente sería buena idea mantenerse alejada del santuario, al menos durante unos días. Pero había algo que la atraía hacia allí, como si estuviera palpándose una herida para ver cuánto le dolía.

Cuando doblaron la esquina, las puertas dobles de cristal que daban al jardín se abrieron para dejar salir a una procesión de sacerdotisas de la Orden vestidas con túnicas blancas.

La mayoría de ellas ya se habían ido. Después de la vigilia de medianoche, cuando quedó claro que los reyes no iban a regresar, las sacerdotisas que habían viajado para contemplar el sacrificio de Red volvieron a sus templos menos venerados. Aquella mañana, cuando se despertó de un sueño escaso e intermitente, Neve las había visto salir en fila del santuario, sujetando entre las manos los restos de sus velas escarlata mientras el sol hacía que el cielo se sonrojara.

La vigilia había acabado con la salida del sol y ya había pasado bastante tiempo desde el mediodía, pero aquel grupo de sacerdotisas tenían las

manchas oscuras alrededor de los ojos de quien acababa de salir de rezar. No eran muchas, algo menos de veinte, y estaban colocadas en dos filas. Delante de ellas iba una mujer alta y delgada con el pelo del color de las ascuas.

Era la sacerdotisa de la noche anterior. Neve no vio aquel colgante extraño hecho con un trozo de rama.

No reconoció todas las caras que la acompañaban: algunas de ellas no eran de Valleyda, debían de haberse quedado atrás cuando el resto de las devotas se habían ido. Aquel hecho hizo que algo se le revolviera dentro del pecho, una inquietud que no podía definir del todo.

La sacerdotisa del pelo rojo posó la mirada sobre Neve, pero no hizo ningún gesto de haberla reconocido. En lugar de eso, se giró y se puso a hablar con una de las hermanas que iban tras ella, en una voz demasiado baja como para que Neve entendiera lo que decían, y luego se alejaron por otro pasillo.

Neve se sintió aliviada, pero se le encogió el estómago, aunque no estaba segura de por qué. Aun así, frunció el ceño al ver a la pelirroja alejarse. Por aquel pasillo solo se llegaba a otra puerta que daba a los jardines. ¿No acababa de salir de allí?

El resto de las sacerdotisas pasaron a su lado caminando lentamente y Neve se movió por puro instinto. Agarró el brazo de la que tenía más cerca, con fuerza suficiente para hacerle un moratón.

—Neve —susurró Raffe.

Por suerte, la sacerdotisa no mostró ninguna emoción más allá del asombro en sus ojos.

—¿Alteza?

—¿Qué estáis haciendo ahí fuera? —Neve no tenía paciencia para aguantar adulaciones, aquel día no—. La vigilia ya ha terminado. Está claro que los reyes no van a regresar.

Estaba rozando la blasfemia, pero esta vez tampoco obtuvo ninguna reacción, aparte de una sorpresa un poco mayor en su mirada.

—La vigilia oficial ha acabado, es cierto —reconoció la mujer—, pero un pequeño grupo de sacerdotisas hemos seguido rezando.

—¿Para qué? —dijo ella casi gruñendo—. ¿Por qué os quedáis rezando a algo que no os escucha? Vuestros dioses no van a volver.

Eso había sido una herejía, sin lugar a dudas, pero a Neve no le importaba. Junto a ella, Raffe estaba inmóvil como una piedra.

La sacerdotisa sonrió levemente, como si la primera hija de Valleyda no estuviera a punto de rodearle la garganta con las manos.

—Es posible. El Bosque Salvaje los tiene aprisionados. —Hizo una pausa —. Puede que necesiten ayuda para liberarse.

Las palabras de la noche anterior se arrastraban por la mente de Neve como retazos de un sueño. «El Bosque Salvaje es tan poderoso como le permitamos serlo».

La confusión aplacó su rabia y le hizo aflojar los dedos.

Sin inmutarse, la sacerdotisa inclinó la cabeza, y las que iban detrás imitaron el movimiento. Luego se alejaron de allí.

—Vaya… Eso que acabas de hacer no va a acabar bien. —Raffe se pasó una mano nerviosa por delante de la boca—. Se lo contará a la suma sacerdotisa…

—No lo hará. —Neve estaba segura de ello. Igual que sabía que la sacerdotisa pelirroja no iba a contarle a nadie que había destrozado el santuario. Había algo en aquel colgante hecho con un trozo de rama y en la forma en la que había hablado del Bosque Salvaje, casi como un enemigo, en vez de como un lugar sagrado… Algo que le decía que nada de aquello llegaría jamás a oídos de Zophia.

Él la miró entrecerrando los ojos, pero se quedó callado.

Con suavidad, Neve separó su brazo del de Raffe y echó a andar hacia las puertas dobles de cristal que daban al jardín. No se dio la vuelta para ver si la estaba siguiendo, pero oyó el ruido de sus botas y cómo cerraba la puerta tras ella.

Cuando salieron, Raffe respiró hondo y se pasó una mano por el pelo casi rapado.

—Escucha, sé que estás enfadada…

—La han sacrificado. —Neve se giró, con la barbilla levantada. Raffe estaba más cerca de lo que había supuesto, tenía sus labios carnosos a apenas unos centímetros de ella. Neve notó cómo su propia respiración se convertía en una cuchilla—. La han sacrificado para nada.

—Puede que no haya sido en vano, aunque los reyes no hayan regresado. —Lo dijo con cautela, intentando dibujar un lado positivo en todo aquello con la hoja de un cuchillo—. La historia de los monstruos, antes de que Kaldenore…

—Es una estupidez, Raffe. Si los monstruos fuesen reales, los habríamos visto aquella noche.

No era necesario especificar cuál. La noche de las piedras y las cerillas, de un Bosque Salvaje que era inmune a ambas cosas. La noche de los hombres que las habían seguido y que habían sido asesinados de una forma horrible por… por algo.

Neve no recordaba la mayor parte de lo que había pasado después de que llegaran los ladrones. Se había desmayado cuando uno de ellos la había golpeado en la sien con la empuñadura de una daga y no había despertado hasta que ya estaban de vuelta en la capital bajo la protección de la guardia.

Pero Red sí se acordaba. Y pensaba que había sido culpa suya.

El remordimiento hizo que Neve sintiera un escalofrío en la espalda. Eso y una fría certeza: lo que fuera que hubiese pasado, lo que fuera que no podía recordar, era uno de los motivos por los que su hermana se había ido al

Bosque Salvaje.

—Sí que ha sido en vano —repitió en voz baja.

Esta vez Raffe no respondió.

Neve echó a andar por el camino, pasando los dedos por los setos en flor y dejando que las hojas afiladas le cortaran la piel. Una de ellas se le clavó con tanta fuerza que hizo brotar una gota de sangre en la punta de su dedo.

A su espalda, oyó un suspiro. Los pasos de Raffe resonaron sobre la piedra al alejarse.

Neve cerró los ojos al mirar hacia el sol de principios de verano. Su luz le iluminó las venas y los capilares, cubriendo su visión con un velo de sangre.

—¿Podríamos hacer una ofrenda? —La voz era tranquila y ronca, como si aquella persona llevara una semana entera sin dormir en condiciones. Había algo familiar en ella, pero hablaba demasiado bajo como para estar segura.

Provenía de un lugar cercano, oculto por un arco cubierto de grandes flores rosas. Estaba claro que se trataba de una conversación que no debía escuchar.

Pero Neve no se movió.

—Imposible. —La segunda voz era más brusca y pronunciaba las vocales de una forma más corta y precisa de lo habitual. También le resultaba conocida—. El Bosque Salvaje se ha corrompido y su poder se ha debilitado. Ya no aceptará ofrendas insignificantes como dientes o uñas. Ni siquiera sangre, si no es de una herida abierta.

Había algo malintencionado en el tono de su voz. Como si sus palabras ocultaran el verdadero significado, algo que estaba implícito, pero que no llegaba a articular.

Aquel tono hizo que Neve identificara la voz familiar. La sacerdotisa del pelo rojo.

—No —continuó—. Un sacrificio muerto ya no bastará. Exigirán algo más que eso. Si existe alguna posibilidad de lograrlo, el precio debe ser más alto, tanto en la ofrenda como en sus consecuencias. —Hizo una pausa y luego continuó, convirtiendo sus palabras en una letanía—: La sangre utilizada para pactar con lo que yace bajo tierra es también sangre capaz de abrir puertas.

Neve frunció el ceño. La otra voz sonaba demasiado consternada como para tratar de descifrar aquel enigma sin sentido.

—Tiene que haber alguna forma…

—Si la hay, querido —murmuró la sacerdotisa—, tendrás que estar dispuesto a entregar todo lo que tengas. —Otra pausa—. Los reyes exigen demasiado, pero la recompensa es grande. Poder servirlos te brinda una oportunidad única. Lo sé.

Se escuchó un susurro cuando alguien se levantó del banco oculto entre las flores. Maldiciendo en silencio, Neve se dio la vuelta e intentó fingir que estaba absorta observando una jardinera con flores al otro lado del camino.

Por el rabillo del ojo, vio algo blanco moverse.

—Vuelve si tienes alguna pregunta más —dijo la sacerdotisa—. Las oraciones de esta mañana, después de que se fueran nuestras hermanas menos comprometidas, han resultado ser de lo más… esclarecedoras.

Un chico con aspecto desaliñado salió de detrás de la mujer.

—Lo haré. Gracias, Kiri.

Neve se quedó paralizada, con los dedos sobre una gran flor amarilla.

Arick.

La sacerdotisa —Kiri, por fin sabía cómo se llamaba— miró a Neve. Con una sonrisa fría, la saludó agachando la cabeza y echó a andar hacia el castillo.

Si Arick estaba sorprendido por su presencia, no dio muestras de ello. Se pasó una mano por el pelo, que parecía que no se lo había peinado en una semana.

—Neve.

—Arick. —Un segundo de silencio, pesado como una roca—. Estábamos preocupados por ti.

Parecía que la preocupación estaba más que justificada. Tenía la cara pálida y demacrada, y la piel hundida bajo sus ojos verdes. El chico señaló con la cabeza hacia los árboles en flor y desapareció.

Neve echó un vistazo alrededor antes de agacharse para pasar bajo las ramas, aunque era ridículo tener miedo a que la sorprendieran. Después de todo, Arick iba a ser su consorte. Para consolidar aquella ruta comercial para Valleyda a través de Floriane.

Notó un dolor sordo en las sienes.

Neve apartó unas flores de color rosa y vio a Arick sentado en el banco que había bajo el arco cubierto de flores. El aspecto demacrado de su cara, su piel cerosa y sus ojos hundidos parecían incompatibles con todas aquellas flores que tenía a su alrededor.

No dijo nada cuando Neve se sentó a su lado, aunque el banco era tan pequeño que esta no pudo evitar que sus piernas se tocaran. Habían sido buenos amigos desde antes de cumplir dieciséis años y comprometerse, y también después, cuando Red todavía estaba por allí actuando como barrera entre ellos y su futuro inevitable. Ahora Neve no sabía cómo debía comportarse.

Cambió de postura en el banco.

—¿Cómo estás?

—No muy bien.

—Yo tampoco.

El silencio los envolvió. Nada de lo que dijeran sería apropiado. Lo único que Arick y ella tenían en común era el dolor. ¿Cómo podían mantener una conversación en torno a eso? ¿Cómo podían construir una vida entera?

—Lo intenté. —Arick se inclinó hacia delante y se pasó las dos manos por el pelo alborotado—. La noche del baile. Intenté convencerla para que huyera.

—Todos lo intentamos. No nos quiso escuchar.

—Tiene que haber alguna forma de traerla de vuelta.

Neve se mordisqueó el labio y recordó la conversación que había escuchado a escondidas. Recordó quién había estado hablando con él y pensó en santuarios destrozados y en fragmentos de corteza.

—Arick —dijo con cautela—, no quiero que hagas ninguna estupidez.

—¿Algo tan estúpido como ir corriendo hasta el Bosque Salvaje a tirarles piedras a los árboles? —Había un rastro de frivolidad en su voz.

Neve sonrió al oírlo, aunque fue una sonrisa cansada y débil.

—Supongo que no soy la más indicada para hablar. —Por más motivos de los que él pensaba.

Arick dejó caer los hombros. Aquel alivio momentáneo desapareció tan pronto como había llegado.

—Voy a encontrar el modo de traerla a casa.

Neve lo miró de soslayo. Sabía que amaba a Red, pero también sabía que Red no lo amaba a él y que nunca lo había hecho. Se preocupaba por él, claro, pero su hermana no había querido destrozar más vidas de las necesarias cuando se había adentrado en el bosque. Y, aunque los sentimientos de Arick eran más profundos que los de ella, él parecía haberlo entendido. Neve había supuesto que tendría un periodo de duelo, pero también había supuesto que sería rápido. Arick era una persona resiliente.

—Sé que pensabas que lo superaría —dijo él, como si los pensamientos de Neve estuvieran flotando por encima de su cabeza.

—Eso hace que parezca cruel —murmuró ella.

—No lo digo en ese sentido. Quiero decir que… —Suspiró—. Siempre he tenido una vida fácil, Neve. Sobre todo porque me la he buscado. Nunca he luchado por nada ni he tomado decisiones que exigieran demasiado esfuerzo, porque quería que las cosas fuesen fáciles. —Sus dientes rechinaron al pronunciar la última palabra—. Pero esto no lo puedo dejar pasar. Si hay algo por lo que merece la pena luchar, es por ella. Y no solo porque la amo, sino porque… porque no es justo. Red también tiene derecho a tener una vida.

El rayo de esperanza que había en el corazón de Neve era diminuto, cruel y terriblemente brillante, y transformaba su dolor en una hoja afilada. No sabía cómo convertir aquello en palabras, había demasiadas complicaciones añadidas: ella misma, Arick y Raffe y los hilos enredados que los unían a los tres; sacerdotisas con colgantes extraños, árboles blancos destrozados en una habitación de piedra…

—Vale —respondió ella, porque fue lo más parecido a aquella esperanza cruel que consiguió articular.

Arick la miró, casi sorprendido, y luego el alivio hizo que relajara los tendones de su cuello. Como si hubiera estado esperando su bendición.

—Estaré fuera una temporada —dijo él—. No quería que te preocuparas.

—¿Vuelves a Floriane?

No respondió. Un momento después, él se puso en pie. Le ofreció su mano.

Neve la cogió y dejó que la ayudara a levantarse, aunque siguió con el ceño fruncido. Los ojos verdes de Arick buscaban los suyos. Luego torció los labios y le dio un beso rápido en la frente.

—Volveré pronto —susurró—. Encontraré la forma de salvarla, Neve. —Arick se alejó en silencio de la zona de los árboles en flor.

Neve se quedó un buen rato bajo las ramas, con un hormigueo en la piel allí donde la habían rozado sus labios.

Un pensamiento torpe e impreciso le provocó una sensación de culpa que le apretaba la garganta y la ahogaba, como si de alguna forma hubiera condenado a alguien sin saberlo.

Pero Red estaba viva. Y tenían que averiguar cómo salvarla.



CAPÍTULO NUEVE

La luz inmutable hacía que fuese imposible saber cuánto tiempo había pasado cuando Red se despertó, aturdida y con dolor de cabeza. Por un momento, no recordaba dónde estaba. Cuando se acordó, el dolor se hizo más intenso.

Se incorporó, con el estómago encogido. Con todo el caos de la noche anterior, se le había olvidado por completo preguntar por la comida. Ahora el hambre le carcomía las entrañas.

El abrigo de Eammon colgaba de un gancho en el interior de la puerta, lleno de rasgones por las espinas y de barro. Red lo observó mientras se mordía el labio y luego miró con recelo la hiedra que se apretaba contra la ventana. No se movía, al menos de momento.

El agua de la bañera estaba limpia, pero seguía helada. Se lavó rápidamente, se puso un vestido, esta vez de color azul medianoche, y se quedó de pie en el centro de la habitación sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Aquella era su nueva vida, tan inmensa, oscura y monótona como el bosque que la rodeaba.

No. Red sacudió la cabeza. No podía desanimarse, no cuando había sobrevivido, contra todas las expectativas. Quizás su nueva vida fuese extraña, pero era suya, y aquello ya era un milagro en sí mismo.

No había huido, a pesar de todo lo que le había suplicado Neve. Y aun así había sobrevivido. Tenía que aprovechar aquella nueva oportunidad, se lo debía a su hermana.

Un nuevo rugido de su estómago hizo que se olvidara de los planes sin definir para un día que nunca había esperado vivir.

—Comida —anunció. Con la determinación reflejada en su ceño fruncido, Red abrió la puerta.

Había una bandeja sobre el suelo lleno de musgo, más allá del umbral. La tostada estaba quemada y untada con una cantidad excesiva de mantequilla, y junto a ella había una taza de café solo. Las dos cosas seguían calientes, pero la persona —o la cosa— que las había llevado hacía tiempo que se había ido. No había ningún movimiento en el pasillo principal, más allá del polvo que flotaba a la, deriva, y las hojas que había al fondo del corredor no se movían.

Red estaba demasiado hambrienta como pará que le importara de dónde había venido el desayuno. Se sentó con la espalda apoyada en la pared musgosa y se comió la tostada de tres bocados. Aquella corteza, que era prácticamente ceniza, le supo mejor que cualquier cosa que hubiera comido jamás en Valleyda.

El café era fuerte y Red lo bebió a pequeños sorbos, preguntándose si volvería quien le había llevado la comida. Probablemente fuese una de las otras voces que había oído hablar con Eammon la noche anterior. Le costaba imaginarse al Lobo cocinando.

Los escombros del final del pasillo parecían diferentes. El día anterior solo había arbustos en flor y musgo, piedras rotas y raíces. Ahora se alzaba allí un pequeño árbol, liso y delgado, que surgía de aquellas ruinas y llegaba casi hasta el techo.

El café se derramó por el borde de la taza cuando Red se puso en pie y le quemó los dedos. El retoño se erguía, orgulloso e inmóvil, sin rastro de aquella corrupción oscura en la corteza. No era como el árbol de la noche anterior, podrido y torcido sobre un charco de tierra ensombrecida y esponjosa.

¿Qué había dicho Eammon? ¿Algo sobre que si uno de los árboles blancos del bosque —árboles centinela, ahora se acordaba, así los había llamado— se infectaba lo suficiente con aquella putrefacción, se iría de allí y aparecería en la fortaleza?

No se oía ningún ruido alrededor del centinela, delgado y pálido como un espectro en la oscuridad. No estaba donde debería haber estado, pero tampoco era una amenaza inmediata. Aun así, todavía tenía fresco el recuerdo de aquellos árboles abriendo sus troncos para enseñarle unos dientes hechos de madera, así que Red no lo perdió de vista mientras retrocedía por el pasillo haciendo girar la taza entre sus manos, ya sin café.

El vestíbulo estaba vacío y lleno de ecos. Las motas de polvo danzaban entre los hilillos del crepúsculo que entraban por la ventana rota, pero, salvo por el polvo, Red estaba sola.

Entonces se abrió la puerta.

Red se agachó como si quisiera esconderse entre los restos de musgo de la

alfombra cuando abrieron la puerta de madera desgastada y la tenue luz de color lavanda iluminó una silueta delgada y femenina, con una nube de rizos y una hoja curva en la mano. Algo goteaba por el borde afilado, una mezcla de savia y lo que parecía ser sangre.

La mujer se detuvo y entrecerró sus ojos oscuros, que coronaban una cara morena de rasgos delicados.

—¿Redarys?

Era la voz melodiosa de la noche anterior, la que había oído hablando con Eammon. Parecía que procedía de una garganta humana. Red se enderezó con timidez y sus mejillas se sonrojaron.

—Eh… Sí… —tartamudeó, agitando las manos sin ningún motivo. Estuvo a punto de hacer una reverencia, pero se dio cuenta de que probablemente parecería ridícula—. Sí, soy yo.

La otra mujer resopló, pero en la comisura de sus labios apareció una sonrisa radiante.

—Supongo que no era difícil acertar. Yo soy Lyra. —Se adentró en el vestíbulo, sacó un trozo de tela de la bolsita de cuero que llevaba a la cintura y la utilizó para limpiar la hoja ensangrentada. La puerta se cerró tras ella. Sin aquella luz, la sangre que manchaba su ropa era evidente: tenía la camisa blanca y las mallas negras cubiertas casi por completo de un líquido de color cobrizo, de hilillos de putrefacción oscura y de una savia que parecía alquitrán.

Red hizo un ruido involuntario al tragar saliva.

—¿Estás bien? ¡Por los reyes! ¿Cómo puedes mantenerte en pie?

Lyra pareció estar confundida por un instante, luego siguió la mirada de Red.

—Ah, eso. No te preocupes, Eammon es el único que se corta ahí fuera. Es el Lobo y está enredado con el Bosque Salvaje, así que prefiere cogerle la sangre directamente de las venas. No es tan quisquilloso con los demás. —Lyra sacó un vial pequeño del bolsillo. Un líquido escarlata oscuro se movió en el interior cuando lo agitó en el aire—. He usado por lo menos cinco de estos —dijo, como si aquello fuese una explicación—. Hoy había demasiadas criaturas de sombras, he tenido que volver a reponer suministros. —Hizo una mueca y se dirigió al arco de piedra roto y a la sala hundida que había más allá —. Probablemente también me cambie de ropa.

La inquietud de Red dio paso a la confusión. Frunció el ceño y siguió a Lyra hacia la habitación.

—¿Esa sangre es tuya?

—Claro. —Lyra se encogió de hombros—. Bueno, puede que sea de Fife, no lo sé. Los dos tenemos la marca, así que la sangre de cualquiera de nosotros funciona con las criaturas de sombras. —Abrió la puerta pequeña que había al fondo de la sala y tras ella apareció una cocina diminuta—. Nuestra sangre puede retener a los retoños un día o dos, y también ayuda con los centinelas,

pero si hay una brecha, no sirve para una mierda.

Unos armarios de aspecto desgastado adornaban la pared del fondo, y en una esquina había una cocina de leña y una mesa llena de arañazos. Lyra se dirigió al armario más cercano y lo abrió. Dentro había hileras e hileras de viales de cristal llenos de sangre. Era de un color escarlata intenso, sin rastro de verde, no como la sangre de Eammon.

Red se dejó caer en una de las sillas que había junto a la mesa, atrapada en sus pensamientos, enredados como un ovillo viejo. La noche anterior, cuando Eammon había luchado contra aquel cadáver hecho de bosque y huesos —criaturas de sombras, monstruos de leyenda… ¡Por los reyes! Era todo real—, había utilizado su sangre para derrotarlo. Aparentemente, Lyra y Fife —fuera quien fuese aquella persona, Red suponía que era la otra voz que había escuchado— también podían utilizar su sangre para luchar contra las criaturas de sombras.

Pero, cuando Red habría sangrado en el Bosque Salvaje, este la había atacado. Aquellos árboles blancos se habían convertido en depredadores. ¿Quizás se debía a que ella era una segunda hija? ¿A que había algo en su sangre y en el pacto que se había firmado con ella que hacía que el bosque la tratara de forma distinta?

¿Y quién narices eran Lyra y Fife? Las leyendas no mencionaban que hubiera nadie más viviendo en el Bosque Salvaje.

—¿Has dicho que tenéis una marca? —Su pregunta interrumpió el tintineo de los viales mientras Lyra los guardaba a puñados en la bolsa.

—Todos los que han hecho un pacto con el Bosque Salvaje la tienen. —Lyra dejó de guardar los frascos y se levantó la manga. Allí, justo en el mismo sitio donde la tenía Red, había un diminuto círculo hecho de raíces, justo por debajo de su piel. La de Lyra era más pequeña que la suya y los zarcillos no se extendían tanto, pero no cabía duda de que era la misma.

Volvió a bajarse la manga.

—Es un pedazo diminuto del Bosque Salvaje. Por eso mi sangre y la de Fife funcionan contra las criaturas de sombras, el poder del bosque anula el poder de las Tierras Sombrías.

—¿Y la sangre del Lobo también?

—Sobre todo la suya. —Soltó una carcajada triste. Lyra cogió otro vial, cerró el armario y se enganchó la bolsa en el cinturón antes de echar a andar hacia la puerta—. Aunque su pedazo del Bosque Salvaje no es precisamente diminuto.

Por rara que le pareciera la idea de derramar sangre en un frasco, había cierto alivio en ello. Eammon quería que aprendiera a utilizar la magia que le había regalado el bosque porque creía que aquello mantendría a raya a los centinelas. Pero estaba claro que no era la única solución, cuando sangrar también era una opción sensata en aquel sitio. La primera regla de Eammon

era no derramar su sangre donde los árboles pudieran probarla, pero quizás fuese diferente si provenía de un vial, en lugar de sus venas.

Y Red preferiría llenar copas enteras con su sangre antes que intentar utilizar aquella magia maldita.

—Entonces, ¿tenéis algún cuchillo por aquí? —preguntó Red—. O algo que pueda utilizar para cortarme y…

—No. —Lyra se apartó de la puerta y entrecerró sus ojos oscuros—. O sea, no… No sé si… —Se detuvo y suspiró—. Pregúntale a Eammon. Él te dirá algo. —Se soltó la camisa de la cintura e hizo una mueca—. En serio, tengo que ir a cambiarme. Ya nos veremos.

Red vio cómo se alejaba, desplomada sobre la mesa llena de arañazos. De nuevo, la invadió aquella sensación de estar desconectada de la realidad, de no estar segura de qué hacer o dónde ir.

«Libros». Aquel pensamiento fue como un faro, algo a lo que podía aferrarse. «He traído libros».

Era una pena que se los hubiera dejado en la biblioteca. Red no conocía los horarios de Eammon, y aquel crepúsculo eterno hacía que el día y la noche fuesen algo confuso, pero estaba casi segura de que estaría allí.

«Pregúntale a Eammon», había dicho Lyra. Pero él solo querría hablar de utilizar la magia, de manejar a voluntad el trozo de bosque que tenía enredado en los huesos.

Respiró hondo y cuadró los hombros. Si Eammon le preguntaba, le diría que todavía no se había decidido. Cogería sus libros y regresaría a la habitación para intentar despejar la mente durante unas horas antes de tener que volver a pensar en ello.

Todas aquellas velas hechas de madera de la biblioteca estaban encendidas con sus extrañas llamas inmóviles e iluminaban las pilas de libros en un juego estroboscópico de luces y sombras. Red cerró la puerta tras ella, intentando hacer el menor ruido posible. Cerca de la entrada estaba la misma pila de libros que había visto antes, con la misma taza colocada en lo alto, pero esta vez estaba vacía. La observó durante un instante, luego dejó de juguetear con su falda y echó a andar a grandes zancadas entre las estanterías.

No había rastro del Lobo, pero había dejado tras él todo su desorden. Había un libro abierto en mitad de un mar de papeles y plumas, y otro montón junto a la mesa, donde no llegaba la luz de la vela de madera.

Red se deslizó hacia el escritorio con cautela. A Eammon no le gustaría que hurgara entre sus notas, pero la curiosidad era más fuerte que sus nervios. Echó un vistazo a los papeles garabateados.

Parecía… ¿una lista de la compra? Había apuntado cosas como «pan» o «queso», con una caligrafía inclinada y difícil de entender, y algunas de ellas estaban tachadas. «Preguntar a Asheyla por las botas» estaba escrito casi al final y, con la tinta todavía húmeda, «abrigo nuevo».

Red hizo una mueca. Dirigió la mirada hacia el libro abierto.

La página que estaba a la vista era un índice. No aparecía el título, pero Red reconoció algunos de los nombres de los capítulos: «La gran peste», «Taxonomía de las bestias menores», «Ritos de los Antiguos». Red estuvo tentada de sentarse a hojearlo, pero daba la impresión de que Eammon había salido con prisa. Podría volver en cualquier momento.

La chica se giró para continuar su búsqueda, pero le llamó la atención la pila de libros que había junto al escritorio. Había algo extraño en ellos, como si tuvieran unas dimensiones equivocadas. Dio un paso hacia allí y luego retrocedió.

El libro que había en lo alto era *Leyendas*, el que había manchado el día anterior con su sangre. Y el Bosque Salvaje casi lo había devorado.

Unas raíces finas se habían abierto paso serpenteando a través de unas grietas en la pared de piedra y se habían estirado para intentar atrapar la gota de sangre que había sobre el libro. Se extendían por la portada y a través de las páginas y atravesaban el resto de la pila como si fuese la tierra sobre la que se habían plantado.

Red maldijo con voz ronca y se alejó de allí tambaleándose. Pero las raíces estaban inmóviles, como si en aquel instante estuvieran saciadas, y su corazón volvió a colocarse lentamente en su sitio, al fondo de sus costillas.

Los libros. Para eso había ido. Los suyos, no el que había manchado de sangre sin querer… Otra cosa más que se había perdido a manos de aquel maldito bosque invasor.

La bolsa de cuero estaba al otro lado del escritorio, escondida tras el círculo de luz fija que proyectaban las velas. Red se echó la correa al hombro y se apresuró a volver hacia la puerta.

Se agachó antes de abrirla para rebuscar en la bolsa. Después de todo lo que había corrido en su vigésimo cumpleaños, no estaba segura de si todos sus libros habrían sobrevivido. Quería asegurarse de que uno en concreto no se había perdido.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando sus dedos rozaron la encuadernación familiar de cuero. Red lo sacó de la bolsa y pasó la palma de la mano por la cubierta de oro desconchada. Era un libro de poesía. El único regalo que recordaba haber recibido de su madre.

Tenía diez años y ya devoraba los libros. Unos días después de su cumpleaños, Isla había entrado en su habitación, sola, sin que la acompañara su séquito.

—Toma. —No lo había envuelto. Su madre ni siquiera la había mirado a los ojos—. Me pareció que podría gustarte.

No le había gustado. Al menos no al principio. Pero cuando Isla se había ido de allí, casi inmediatamente después de que ella pusiera las manos sobre el libro, Red se había sentado junto a la ventana y lo había leído entero dos veces

seguidas.

Los poemas eran muy infantiles y se los había aprendido de memoria. No había abierto el libro para leerlo desde hacía años, pero le gustaba tenerlo cerca. Era la prueba de que había recibido alguna muestra de afecto.

Metió los libros en la bolsa y comenzó a subir las escaleras.

Frenó en seco al ver una figura en el pasillo.

Su rasgo más característico era una mata de pelo rojizo que le resultaba ligeramente familiar. Estaba arrodillado delante del retoño que había visto Red aquella mañana, observando sus raíces. Tenía una mano pálida colocada cerca de la cintura, marcada por unas cicatrices terribles.

Aquel debía de ser Fife.

El hombre maldijo en voz baja y sacó algo de su bolsillo. Otro vial de sangre. Se estiró hacia el árbol.

—¡Cuidado! —Ver su piel tan cerca de algo que le había enseñado los dientes hizo saltar las alarmas de Red antes de que pudiera contenerse. Aquel hombre vivía en el Bosque Salvaje, evidentemente ya sabía que debía tener cuidado.

La figura se quedó paralizada. Luego giró la cabeza, con el brazo aún estirado. Levantó una ceja pelirroja.

Red cambió de postura.

—Lo siento, es que… a veces muerden.

El hombre levantó aún más la ceja.

—Solo te muerden a ti, segunda hija.

Si quería sonar tranquilizador, había fracasado estrepitosamente.

Alrededor del árbol ya había empezado a crecer maleza: había hiedra y unos arbustos en flor. Fife los retiró con cuidado y echó un vistazo al pie del retoño que había debajo.

—Por los reyes… —Se sentó sobre los talones—. Es el segundo que llega a la fortaleza en los últimos dos días. —Con un gesto experto, Fife quitó el tapón del vial con una mano mientras mantenía cerca de la cintura la que estaba atrofiada y llena de cicatrices. A continuación, derramó la sangre por encima de las raíces del árbol. No hubo ningún cambio, al menos nada que Red pudiera apreciar, pero el hombre no hizo nada más. Le lanzó una mirada a Red—. ¿Le has hecho algo esta mañana?

—¿A quién? ¿Al árbol?

—Sí, al árbol. ¿Te dijo Eammon que hicieras algo?

—No. —La incredulidad hizo que la palabra sonara con más brusquedad de lo que había pretendido—. Me dijo que me alejara de él. De todos ellos, de los árboles blancos.

Fife apretó los labios y la observó con una expresión inescrutable durante un instante, antes de volverse hacia el retoño.

—Bueno, con eso debería bastar hasta que Eammon se pueda ocupar de él.

—Se puso en pie apoyándose con las manos—. Ya que parece que quiere hacerlo todo él solo…

Red frunció el ceño y pasó la mirada de la espalda de Fife, que empezaba a alejarse, al retoño del centinela. Torció la boca y se giró para seguirlo a lo largo del pasillo.

—Me llamo Redarys. Pero ya lo sabías.

—Correcto.

—Y tú eres Fife.

—Dos de dos.

—Entonces vuestra sangre no sirve solo para matar a las criaturas de sombras. ¿También les hace algo a los árboles? —Lyra había mencionado algo en la cocina sobre retener a los retoños.

Aquella pregunta hizo que Fife detuviera por fin su avance por el pasillo. La miró de soslayo.

—Los mantiene estables —respondió tras un instante de reflexión—. Retrasa la mayor parte de la plagaoscura hasta que Eammon pueda enviarlos al lugar donde deben estar. —Continuó caminando hacia el vestíbulo.

Red lo siguió, aunque, a juzgar por el vistazo que le echó Fife, el hombre habría preferido que no lo hubiera hecho.

—Gracias por el desayuno —se arriesgó a decir Red, dejando caer la bolsa de libros en una esquina.

—Soy el mejor cocinero de la fortaleza. —Fife se dirigió hacia una puerta que había tras aquella escalera, que en otro tiempo habría sido magnífica—. Aunque tampoco es decir mucho. Eammon piensa que con pan y queso puedes solucionar cualquier comida, y las habilidades culinarias de Lyra se limitan únicamente al té.

Estiró la mano para abrir la puerta. Al hacerlo, la manga se le deslizó hacia abajo. Tenía otra marca, idéntica a la de Lyra.

Fife vio cómo la miraba.

—Aquí todos tenemos una. Gaya y Ciaran no fueron los únicos tan idiotas como para hacer un pacto.

Red se pasó la mano por su propia marca, escondida bajo la manga de su vestido azul marino.

—Yo no hice ningún pacto.

—Tampoco Eammon. —Abrió la puerta de un empujón—. Pero el Lobo y la segunda hija originales están muertos, así que el Bosque Salvaje tiene que apañárselas con lo más parecido que encuentre.

Cruzaron la puerta y salieron al patio trasero, donde vio un muro de piedra que se caía a pedazos y aquella torre extraña rodeada de bosque. Fife giró hacia la izquierda y siguió el camino que iba junto al corredor en ruinas donde estaba la habitación de Red. Había otros tres retoños entre los escombros del fondo, alzándose hacia la niebla.

La joven esperó mientras Fife se acercaba a ellos.

—Imagino que estos tampoco tendrían que estar aquí.

—Aprendes rápido, ¿eh? —El hombre miró de cerca las raíces del árbol. La putrefacción negra se agitaba sobre ellas, aunque la tierra que había alrededor todavía parecía sólida, nada parecido a la esponjosidad podrida que había visto la noche anterior—. Tendrá que sanar estos primero —murmuró mientras quitaba el corcho de otro de los viales y derramaba el contenido sobre la tierra. La infección retrocedió poco a poco, tan lentamente que Red no lo habría notado, de no haber estado mirando—. Ya se están debilitando. El que está dentro puede esperar, todavía no está afectado por la plagaoscura.

—¿Plagaoscura?

Fife levantó de nuevo las cejas, como si sus preguntas lo irritaran, pero señaló a través de la niebla hacia el bosque que había más allá del portón.

—¿Ves aquello?

Justo en la línea de los árboles había una mancha negra en la tierra: era la misma superficie húmeda que había creado a aquella criatura la noche anterior. Red asintió.

—Pues eso —dijo Fife— es el hueco donde debería estar uno de estos centinelas. El árbol sintió que las Tierras Sombrías intentaban abrirse paso, así que se liberó del bosque y volvió a crecer aquí, más cerca de Eammon, para que pudiera sanarlo. Solo los más fuertes consiguen hacer eso. Los demás simplemente se pudren y aparecen brechas en su lugar, que luego tenemos que encontrar y cerrar.

—Como el de anoche. Estaba pudriéndose cuando lo encontramos, pero Eammon dijo que si hubiéramos tardado diez minutos más, habría aparecido en la fortaleza.

Fife clavó sus ojos de color avellana en los de Red.

—¿Te dejó ir con él?

Había una incredulidad en su voz, tan intensa que Red se preguntó si debería haberse callado. Se encogió de hombros.

—No estaba demasiado entusiasmado, pero sí.

—Hmm. —El hombre la examinó otra vez con el ceño fruncido, y luego volvió a mirar hacia el bosque—. Entonces debía de tener muchas ganas de convencerte de que era de fiar.

Red cambió de postura.

Fife hizo un gesto hacia los hilillos de putrefacción que había en el tronco del retoño.

—Una vez que llegan aquí, cuanto más devore la plagaoscura a los árboles, más difícil es enviarlos de vuelta. Los centinelas son como los ladrillos de un muro, colocados de forma estratégica. Si mueves uno de ellos, todo se debilita.

—¿Todo el qué?

—El Bosque Salvaje.

Red apretó los brazos sobre el pecho y echó un vistazo nervioso a los árboles blancos, que seguían inmóviles. Los centinelas. Parecían fragmentos de hueso incrustados en la tierra.

—Entonces, ¿son… buenos?

—Los centinelas no son buenos. —Lo dijo como si aquella idea fuese ridícula—. Pero tampoco son malos. El Bosque Salvaje tiene una misión y hará todo lo que sea necesario para cumplirla.

—Y lo que necesita es absorber sangre.

Fife le lanzó una mirada furtiva.

—En estos momentos, sí —dijo él con cautela.

—¿Por qué acepta la sangre de todo el mundo? Parece que la del Lobo es la única que realmente hace algo útil.

Otra pausa, otra expresión inescrutable.

—Eammon es el que tiene la conexión más fuerte con el bosque —dijo, tras meditar sus palabras durante un segundo—. Solo su sangre puede sanar las brechas. Su sangre o la magia, lo que sea más prudente utilizar en cada momento.

Red pensó en la noche anterior, en cómo Eammon había colocado las manos en la tierra antes de recurrir a la daga, en cómo la corteza había asomado por debajo de su piel y las venas se le habían teñido de verde. Era magia y lo había cambiado, había inclinado la balanza de su cuerpo más hacia el bosque que hacia la humanidad.

Sintió una punzada de terror en el estómago, aunque no estaba segura de por qué.

—Lyra y yo estamos vinculados al bosque gracias a esta maldita cosa —Fife señaló con la barbilla hacia su marca—, pero nuestra conexión es más débil. Podemos ralentizar a las criaturas de sombras o matarlas si están demasiado débiles, y también estabilizar a los centinelas hasta que llegue Eammon. Pero él es el único que realmente puede arreglar las cosas. —Parpadeó rápidamente—. El… y tú también.

Red tragó saliva. Había una tensión en el aire, tan palpable como la niebla que se arremolinaba a sus pies.

Se giró y miró hacia la torre y la fortaleza.

—¿Y dónde está Eammon? —Había esperado encontrarse con él en algún momento, tampoco había tantos sitios donde esconderse en aquellas ruinas que se caían a pedazos. El hecho de que ni siquiera se hubiera preocupado por él hizo que se sintiera irritada consigo misma, sobre todo después de lo que había visto la noche anterior.

—Ha salido a sanar otra brecha que se ha encontrado Lyra esta mañana.

Si Eammon ya estaba cerrando brechas de nuevo, debía de estar en buen estado. Aquella débil punzada de preocupación se suavizó, aunque no desapareció del todo.

Llegaron a la entrada de la fortaleza que había en lo alto de la pendiente. La puerta chirrió cuando Fife la abrió de un empujón.

—Voy a buscar algo para comer. —Casi a regañadientes, añadió—: ¿Quieres venir?

Red tomó la decisión en un abrir y cerrar de ojos y sacudió la cabeza.

Fife la miró durante un instante, con el ceño fruncido.

—Quédate a este lado del portón —le advirtió, antes de cerrar la puerta de golpe.

Probablemente debería haberlo seguido. Pero, ahora que había salido, la idea de volver a meterse entre aquellas paredes en ruinas era asfixiante. Red se giró y avanzó hacia el patio.

El aire en el Bosque Salvaje era muy frío, y la niebla se retorcía justo por encima del suelo y trepaba por su falda. El cielo era una inmensidad de color lavanda desprovista de luna, estrellas o nubes. Era bonito de una forma extraña. Red lanzó una mirada cautelosa a los retoños que había al pie de la pendiente y caminó en la dirección opuesta. Saltó el pequeño muro de piedra para dar la vuelta por aquel lado de la fortaleza. Unos montones de piedras se alzaban por encima de la niebla como gigantes dormidos.

Algo llamó su atención al otro lado del portón. Una forma surgió entre la neblina y se volvió a ocultar antes de que Red pudiera encontrarle el sentido a lo que había visto. Se detuvo y entrecerró los ojos.

Aquella figura volvió a emerger, como si se hubiera obligado a ponerse en pie después de haber tropezado. Con cautela, Red dio un paso adelante, caminando sin hacer ruido sobre la tierra cubierta de musgo.

La silueta se alzó de nuevo, esta vez lo suficientemente cerca como para que Red pudiera distinguir su cara. Tenía los pómulos prominentes y la nariz aguileña. Y unos ojos verdes como el verano.

El aliento se le congeló en los pulmones y el corazón se le detuvo. No podía ser. Nadie salvo la segunda hija podía entrar al Bosque Salvaje, solo ella podía cruzar. Era imposible, pero…

La niebla se arremolinaba alrededor de una figura que conocía.

Red tenía el autocontrol suficiente como para no echar a correr, pero nada más. Atravesó la niebla y cruzó por encima de las piedras caídas de la fortaleza como si estuviera en un trance, sin apenas atreverse a respirar hasta que estuvo al alcance de la mano de aquella persona. Bajó la mirada hacia una cabeza con el pelo oscuro que le resultaba familiar, hacia unos hombros que le resultaban familiares y hacia unos ojos verdes, también familiares, en una cara ensangrentada y llena de arañazos. Parecía estar agotado y malherido, tenía unos círculos oscuros alrededor de los ojos y la ropa hecha jirones tras haber huido atravesando un bosque hostil.

—Red —susurró Arick.



CAPÍTULO DIEZ

—¿Arick? —La emoción le afectó a la voz e hizo que sonara áspera y temblorosa—. ¿Cómo has…? ¿Por qué estás…?

—Abre el portón. —Las lágrimas le caían por las mejillas, manchadas de tierra—. Déjame entrar y te lo contaré todo.

—No deberías estar aquí. Arick, no sé cómo has cruzado la frontera, pero…

El grito de Arick la interrumpió, grave y parecido al de un animal. Se llevó una mano al costado, de donde brotaba sangre a través de su camisa.

—He venido a salvarte. —Levantó la mirada y Red vio sus ojos verdes, que tenían un brillo extraño y astuto. Su voz se volvió más fuerte—. Déjame pasar, Redarys Valedren.

—No sé cómo hacerlo. Hay algún tipo de encantamiento en la puerta, no creo que se abra…

—Yo sí sé cómo. —Arick seguía agachado, pero estaba quieto, como si su cuerpo fuese algo frágil que se fuera a desmoronar si se movía—. Ven con nosotros, segunda hija, y te lo mostraremos. —Le dedicó una sonrisa radiante y afilada mientras le extendía la mano. Había algo raro en ella, una oscuridad que le recorría las líneas de la palma—. Si tienes que formar parte de todo esto, las sombras acabarán contigo de una forma más limpia.

Red se quedó paralizada, era como una presa en el instante eterno antes de que la trampa se cerrara sobre ella. Aquello no estaba bien… Algo iba espantosamente mal.

Frustrado, Arick hizo rechinar los dientes y se lanzó contra el portón.

Sus manos se convirtieron en garras y empezó a arañar el metal mientras sus uñas se volvían más largas y oscuras. Las venas de su cuello eran negras, en lugar de azules, y también el blanco de sus ojos, donde la oscuridad crecía más y más hasta desbordarse.

—¿No es lo que deseas? —gruñó con una voz que no era la suya, una voz que resonaba como un montón de gritos superpuestos pronunciados en pasillos olvidados—. De una forma u otra, esto llegará a su fin. Lo único que puedes hacer es elegir con qué bando quieres enredarte, segunda hija.

El pánico sacudió el fragmento de magia que había en su interior. La boca de Red se llenó con el sabor de la tierra y sus muñecas centellearon con un color verde mientras intentaba al mismo tiempo contener su poder y retroceder a toda prisa.

La criatura que llevaba puesta la cara de Arick volvió a lanzarse hacia delante. Una garra negra atravesó el portón y agarró el tobillo de Red.

—El Bosque Salvaje está débil y desesperado, mientras que los reyes que encierra se vuelven cada vez más fuertes. Este lugar nunca dejará de buscar la forma de meterse en tu interior, Redarys Valedren, y cuando lo consiga, te dejará seca como un pellejo de vino; lo único que quedará de ti serán tus preciosos huesitos.

El terror hizo que por fin perdiera el poco control que le quedaba. Red gritó mientras las venas verdes de sus muñecas trepaban por sus antebrazos, en dirección al corazón. Su fragmento de magia estalló e hizo surgir de la tierra unas enredaderas que atraparon la garra de aquella criatura.

La cosa lanzó un aullido y se apartó del portón tambaleándose, pero aquel grito de dolor se convirtió en una carcajada que parecía un rebuzno.

—La magia es débil —se burló—. Escuece, pero no te servirá para mucho, segunda hija, a menos que le abras tu piel y dejes que te posea. Raíces y ramas, huesos y sangre.

—Aquí tienes la sangre —dijo una voz detrás de ella.

El Lobo colocó la mano sobre el hombro de Red y tiró de ella hacia atrás para apartarla del portón, sin dejar de correr hacia allí. La puerta se abrió en cuanto la tocó. Eammon tenía cortes nuevos en las palmas, ya sin sangre, como si ya hubieran dado todo lo que podían ofrecer. Aun así, sin detenerse, echó mano de la daga e hizo una mueca anticipándose al dolor.

Aquella cosa hecha de sombras se irguió. Había dejado de divertirse utilizando formas humanas y ahora tenía el mismo aspecto que lo que había surgido de la brecha la noche anterior: solo era oscuridad y pedazos de cosas muertas.

—¿Todavía te queda algo, cachorrito? —Soltó una risotada, y Red sintió como si le estuvieran clavando agujas en los oídos—. ¿Qué pasará cuando te desangres por completo? ¿Cuándo el bosque te absorba y te consuma, como hizo con tu padre?

Aquella palabra hizo que el Lobo se detuviera, como si le hubieran tirado una red por encima. Eammon se quedó paralizado un instante, agarrando con fuerza la daga. El ruido sordo de su corazón era lo único que se oía. Luego enseñó los dientes, le dio la vuelta a la mano y no clavó la daga en el dorso.

Soltó un bufido de dolor cuando el acero le atravesó la piel, y siguió empujando hasta que su sangre manchada de verde empezó a gotear por la hoja. A Red, que seguía aturdida, le pareció que los hilillos que salían por el borde de la herida estaban cubiertos de hojas diminutas.

Eammon se arrancó la daga de un tirón. La sangre le manchaba los surcos de los nudillos y coloreaba sus cicatrices. Con un gruñido, golpeó a la criatura de sombras con el dorso de la mano.

Aquella cosa se hizo añicos. Los huesos se desperdigaron por todas partes y los pedazos del monstruo se convirtieron en humo antes de tocar el suelo del bosque. Aun así, su risa todavía resonaba y hacía que los árboles se estremecieran. Volvió a hablar con una voz siseante que se iba apagando mientras sus restos se disolvían:

—Solo es cuestión de tiempo.

Entonces la criatura de sombras desapareció. La única huella que dejó fue una zona quemada en la *tierra*.

El Lobo se quedó inmóvil durante un instante, mirando al suelo. Unos mechones de pelo empapados en sudor se habían soltado y se le habían pegado a un lado del cuello. Los cortes de sus manos parecían haberse inflamado. Las dejó caer a los costados con cuidado mientras avanzaba tambaleándose hacia el portón. Una entrada se abrió para él en cuanto tocó el metal.

—¿Sangrar es la única forma de matarlas? —Red hizo la pregunta con una voz temblorosa a juego con sus piernas—. Porque Lyra me dijo que… ¿Qué estás haciendo?

Eammon se arrodilló y le agarró el tobillo, girándolo de un lado a otro en busca de heridas.

—Podría preguntarte lo mismo. —La soltó, aparentemente satisfecho, como si tocar su piel hubiera sido tan agradable como cortarse la mano, una molestia necesaria—. ¿Qué parte de lo que ocurrió anoche te hizo pensar que sería buena idea acercarte a algo del otro lado de la puerta?

—He pensado que esta vez era distinto. No he oído ninguna brecha…

—Claro que no, a no ser que estuvieras allí cuando se ha abierto. —Eammon señaló sobre su propio hombro con el pulgar, hacia el portón. La sangre le caía lentamente por la muñeca—. En este bosque no hay ningún sitio seguro, sobre todo para ti. Creía que eso lo tenías lo suficientemente claro.

Red se frotó el tobillo, alejando así el último rastro de su contacto.

—Se parecía a… —Ahora le sonaba ridículo, pero no tenía ninguna intención de decírselo—. Se parecía a alguien que conozco.

—¿Has pensado que alguien que conoces estaba deambulando por el Bosque Salvaje y que ha conseguido llegar hasta la puerta de mi casa? En serio, es increíble que…

—¡Parecía humano! Mucho más que la criatura de anoche. —Red se puso en pie y lo miró, enfurecida. Eammon se había soltado el pelo y le caía de forma desordenada por encima de los hombros, ocultando sus ojos irritados—. Ya sé que ha sido una estupidez, pero era igual que él.

—Él —respondió en voz baja, serio.

Red tragó saliva.

—Él.

Hubo un silencio. Después Eammon suspiró, con las manos colgando junto a sus caderas y la cabeza inclinada hacia el suelo.

—Era bastante convincente —aceptó el Lobo—. Esa criatura de sombras ha tenido tiempo de sobra para crear una máscara decente antes de acercarse a la fortaleza. No… No te culpo por haberte dejado engañar.

Vaya. Aquello no se lo esperaba. Red cruzó los brazos y se ocupó de un hilo suelto que tenía en la manga.

—¿Habría desaparecido si hubiera derramado mi sangre sobre ella, como hacéis Lyra, Fife y tú?

—Creía que había dejado claro lo de sangrar.

—Responde a mi pregunta.

Eammon movió la mandíbula y luego se pasó una mano por delante de la boca y apartó la mirada.

—No.

No era cierto. Al menos no era toda la verdad, si tenía en cuenta la pregunta que le había hecho Fife en el pasillo y la mirada esquiva de Eammon. Solo lo conocía desde hacía dos días, pero al Lobo se le daba fatal mentir.

—El Bosque Salvaje no aguantará mucho más a este ritmo. —Eammon levantó la mano y se puso a recogerse el pelo de nuevo—. Los centinelas se arrancan las raíces y viajan a la fortaleza en manadas, demasiado rápido como para que me dé tiempo a sanarlos todos antes de que la putrefacción los invada. Las brechas están abiertas durante días. Antes era capaz de mantenerlas a raya, pero ya no. —Hizo una pausa tensa, un hilo a punto de romperse—. No puedo hacerlo yo solo.

El estómago de Red dio un vuelco.

Eammon acabó de recogerse el pelo y dejó caer las manos. Mantuvo la mirada alejada de ella, hacia el portón.

—Si usaras tu magia…

—¡No puedo hacerlo! —Cada vez que pensaba en ello, los recuerdos se estrellaban con fuerza en la orilla de su mente. Ramas, sangre, Neve. Una violencia que había estado a punto de matar a su hermana. Y había sido todo culpa suya—. Preferiría sangrar. Tiene que haber una forma de…

—No la hay. —Red sintió el calor y el olor a biblioteca de Eammon cuando este dio un paso adelante. Habló con una voz extrañamente arrepentida cuando la miró a los ojos, haciendo un esfuerzo evidente—: Créeme, Redarys, la magia es la forma más sencilla.

Ella cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza.

—¿Por qué insistes tanto en que eres incapaz? —La voz de Eammon se quebró al pronunciar la última palabra, como si fuese algo que pudiera golpear—. No te puedes permitir el lujo de…

—¿En serio? ¿De verdad crees que esto es un lujo?

—Lo que es un lujo es poder ignorarlo —replicó él, enfadado—. Decidir fingir que no existe y condenar a todos los demás.

—¡Yo diría que estamos condenados de todas formas!

La expresión de Eammon cambió, con una mezcla de tantas emociones que Red no fue capaz de interpretarlas. Sintió el latido de su corazón en la garganta. Se quedaron como estaban, tensos como la cuerda de un arco. Ninguno de los dos quería ser el primero en apartar la mirada.

Él acabó por rendirse y cerró los ojos mientras se giraba.

—Tienes razón. —Empezó a andar hacia el portón, estoico, en silencio—. Tengo que ir a cerrar la brecha antes de que esa cosa se recomponga. —Lo tocó con la mano y apareció una abertura en el hierro. La puerta se abrió desplazando la niebla y el Lobo se adentró a grandes zancadas en el Bosque Salvaje.

Red frunció el ceño mientras veía cómo se perdía entre los árboles. Era incapaz de mover las piernas y los brazos, estaba paralizada por el miedo y el arrepentimiento.

Lo que quería Eammon era imposible. Incluso aunque pudiera utilizar su poder, estaba demasiado aterrorizada como para que su mente se lo permitiera. Cada vez que la magia se liberaba, lo único que veía Red eran sus recuerdos de la masacre, y aquello la paralizaba y la ahogaba, la obligaba a concentrar todos sus esfuerzos en reprimirlo.

Pero el Bosque Salvaje se estaba volviendo más oscuro. Se deterioraba. Red había visto solo una parte insignificante de las cosas que había encerradas en él, y aquello había bastado para que sintiera un terror profundo al pensar en el resto de las cosas que podría esconder.

Si el bosque fracasaba y las Tierras Sombrías acababan por abrirse paso, si los monstruos merodeaban por el mundo como lo habían hecho en otro tiempo…, ¿qué sería de ellos?

¿Qué sería de Neve?

—Por los reyes y las sombras, he llegado tarde.

Lyra salió de entre la niebla. Frunció el ceño al ver la quemadura que había dejado en el suelo la criatura de sombras mientras jugueteaba con el vial que tenía en la mano.

—Hay una brecha hacia el sur, justo en la frontera con Valleyda. Me he mantenido lo suficientemente alejada como para estar a salvo, pero aun así he conseguido llenarla de sangre. He visto que se había escapado algo, pero pensaba que llegaría aquí antes que la criatura.

—Eammon se ha ocupado de ella. —Red sintió un hormigueo en el tobillo, el recuerdo de su tacto, absurdamente *delicado en* comparación con su mal humor. Señaló hacia el portón—. Se ha ido por allí, para cerrar la brecha.

—Hmm. —Lyra encogió los hombros delgados y se adentró en los remolinos de niebla, en dirección a la fortaleza—. Bueno, entonces no necesitará que lo guíe.

La hoja curva que llevaba a la espalda resplandecía como una luna creciente. Antes, Red había estado demasiado desconcertada como para fijarse bien, pero aquella forma le resultaba familiar. La examinó mientras seguía a Lyra de vuelta al castillo, sobre todo para dejar de pensar en la cara de Arick con unos huesos equivocados o en Eammon adentrándose en el bosque con una mano llena de cortes que ya apenas sangraban.

Tras observarla un instante más, la palabra que estaba buscando le vino a la mente.

—¿Eso es un tor? —Raffe tenía uno y se lo ponía a la espalda en las ceremonias de estado. Según la tradición, los hijos mayores de los consejeros meducianos debían entrenar con ellos durante un año tras la investidura de sus padres, para simbolizar que el compromiso de los consejeros era servir a su país con todo lo que tenían.

—Exactamente —respondió en un tono casi divertido.

—Pensaba que eran armas ceremoniales.

—Técnicamente sí. —Lyra no sacó el arma, pero cerró los dedos alrededor de la empuñadura como si fuese un amuleto—. Pero están tan afilados como cualquier daga que puedas encontrar en el mercado negro.

Dieron la vuelta por un lado de la fortaleza y se acercaron al muro del corredor en ruinas donde estaba la habitación de Red. Lyra descendió por la pendiente en dirección a los retoños blancos que había entre los escombros. Red se quedó atrás.

Había raíces y enredaderas atravesando las piedras del fondo del pasillo y unos grupos de flores del color de la luna que se retorcían hacia aquel crepúsculo misterioso. Había cierta belleza en todo aquello, en la forma en la que la fortaleza y el bosque se entrelazaban, como si se alimentaran mutuamente. Era un tipo de belleza que hacía que Red se estremeciera, un encanto salvaje, agresivo y terrorífico.

Estaba segura de que había visto hojas en la herida de Eammon, adornando los bordes del corte. Hojas diminutas en una sangre con hilillos verdes. Pensó en los cambios que había visto en su cuerpo cuando utilizaba aquella magia extraña: la corteza que le salía de las muñecas y una voz que

sonaba como ramas agitándose. El Lobo y el Bosque Salvaje estaban vinculados de formas que Red no se podía ni imaginar, y la línea que los separaba se desdibujaba constantemente.

Cuando llegó junto a los retoños, Lyra sacudió la cabeza.

—Fife tenía razón —gritó mientras subía la pendiente con esfuerzo—. Han llegado más. Por los reyes… —Resopló con tanta fuerza que hizo que se le apartara un rizo de la frente—. Eammon se pasará días sangrando.

Red apretó los labios.

Tras ellos, la puerta de la fortaleza se abrió de golpe. El pelo de Fife resplandecía como el sol que no podían ver. Miró a Lyra con la boca torcida en una sonrisa. Era el primer rastro amable que Red había visto en su cara.

—Has vuelto pronto.

—Tenía hambre. —Los dos parecieron relajarse. Verse el uno al otro había hecho que se calmaran sus nervios—. ¿Eammon ha traído más provisiones? Ha dicho que iría hacia allí esta mañana, después de cerrar la primera brecha.

—Sí, aunque me temo que su pasión por el queso sigue siendo cuestionable. La próxima vez iré yo, porque parece que es incapaz de leer una lista. —Fife frunció el ceño al ver los retoños al fondo de la pendiente—. Le he dicho que tenía que ocuparse de esos antes de mover el otro.

Lyra levantó una ceja.

—¿El otro?

—Hay uno en el pasillo —respondió Fife en tono sombrío—. Ha aparecido esta mañana.

Hubo un silencio. Lyra dirigió la mirada hacia Red y torció los labios de forma nerviosa, con una expresión que Red no podía distinguir.

—¿Lo habías visto? —preguntó Lyra.

No parecía que la estuviera acusando exactamente, pero había un tono de sorpresa en su voz, como si Red hubiera tenido que hacer algo al respecto en caso de haber visto el retoño. Era lo mismo que había dado a entender Fife aquella mañana.

—Sí —respondió Red con cautela—. ¿Tendría que haber ido a buscar a Eammon para avisarlo?

El desconcierto hizo que Lyra levantara aún más la ceja.

—Supongo que podrías haberlo hecho, pero ¿por qué no…?

—Eammon le dijo que se mantuviera alejada —la interrumpió Fife.

Lyra lo miró, con la boca torcida en un gesto de lástima y resignación al mismo tiempo. Fife sacudió la cabeza ligeramente. Estaban manteniendo una conversación sin utilizar palabras.

Red cambió de postura, incómoda.

Un momento después, Lyra forzó una sonrisa y la miró.

—Seguro que Eammon tiene un plan. —Volvió a dirigir su mirada

sombría hacia Fife, casi como si intentara tranquilizarlo—. Siempre lo tiene.

—Siempre lo tiene —repitió él en voz baja.

Red intentó devolverle a Lyra una sonrisa tímida, pero su mente era un caos: el Bosque Salvaje atacándola, colmillos en los árboles, pozos hechos de sombras, las manos ensangrentadas de Eammon…

Cerró los ojos y sacudió la cabeza ligeramente. Fife y Lyra caminaban delante de ella, hablando en voz baja. Daban una sensación de comodidad que era de algún modo reconfortante para Red, a pesar de las trampas que le ponía su propia mente. Se concentró en la cadencia de sus voces, en lugar de en el bosque y la niebla. Los siguió hacia la fortaleza.



Interludio en Valleyda III

La silla vacía que había en el extremo de la mesa parecía estar al otro lado de un abismo.

Había sido más fácil ignorarla cuando Arick comía con ellas, las pocas veces que había ocurrido antes de que Red se fuera. Por incómodas que fuesen las cenas cuando solo estaba acompañada por él y por la reina Isla, Arick había actuado como barrera cuando interpretaba al responsable consorte electo, era un muro que separaba la tierra de Neve del océano helado de su madre. Pero ahora se había ido, había huido con su dolor y un deseo repentino de convertirse en un héroe, así que el comedor era una tumba en la que solo había dos ocupantes.

La verdad era que las cenas con la reina nunca habían sido agradables. Neve y Red apenas comían con su madre, pero, cuando lo hacían, se sentaban cada una en un extremo, con Isla en el medio. Y, aunque cenaban casi en completo silencio, por lo menos Neve no había estado del todo aislada porque Red le servía de apoyo.

Ahora, Neve miraba su plato vacío, consciente de que cada bocado sería pesado como el plomo, de que cada hora que pasara allí le parecería un día entero. Desde que Red se había ido —desde que la habían sacrificado—, pasar tiempo con su madre era como una penitencia. Sobre todo porque parecía que a Isla no le había afectado en absoluto. Si sentía el mismo dolor que Neve, lo ocultaba demasiado bien.

La puerta se abrió y entraron los sirvientes con un único carrito lleno de platos. Hasta el olor de la comida hacía que Neve arrugara la nariz.

Con una reverencia, uno de los sirvientes encendió tres velas en el centro de la mesa: una blanca, una roja y otra negra. Isla inclinó la cabeza. Un instante después, ella la imitó a regañadientes.

La reina dirigió la mirada hacia su hija, expectante. Neve apretó los labios.

Con un suspiro, Isla cerró los ojos.

—Damos gracias a los cinco reyes —recitó la reina— por su protección y por estos alimentos. En la piedad, en el sacrificio y en la ausencia.

Apagaron las velas. Los criados les llenaron los platos, les sirvieron vino y se fueron de allí, rápidamente y en silencio. Neve no tocó el tenedor, pero cogió la copa y dio un trago abundante.

—El rito de agradecimiento son solo dos frases, Neveriah. —Isla dio un bocado a un trozo diminuto de comida—. No creo que te haga daño fingir un poco de devoción de vez en cuando.

—Preferiría no hacerlo, muchas gracias. —Neve vació la copa. Por el rabillo del ojo, vio cómo la mano de su madre se tensaba sobre el mantel.

Isla bebió un sorbo de vino. Cuando dejó la copa encima de la mesa, con más fuerza de la necesaria, hubo un pequeño estallido cristalino.

—Permití que os criarais juntas —dijo en una voz tan baja que su boca apenas se movió—. Debería haberlo impedido cuando aún erais pequeñas. Tendría que haberte protegido…

—No soy yo la que necesitaba que la protegieran.

La reina se estremeció.

Aquella parte de Neve que había querido ser una hija responsable sintió una punzada de dolor al verlo. Pero esa parte de ella también deseaba tener algo a lo que aferrarse, un trozo de tierra firme en mitad de aquel océano de culpa e incertidumbre que la rodeaba. Y eso era lo que debería ser una madre, ¿no? Su tierra firme, incluso aunque ya no fuese una niña. Pero el papel que había tenido Isla en todo aquello era algo que Neve no podía ignorar: su complicidad le había hecho perder a la hija de la capa roja y había provocado toda aquella violencia, que Isla había aceptado sin rechistar como un daño colateral.

Neve quería a su madre, pero su madre se merecía estremecerse.

Sentía la garganta como si le hubieran dado una cuchillada y tenía los dedos doblados como garras sobre las rodillas, bajo la mesa. El silencio se hizo más largo y Neve deseó sin palabras que su madre lo llenara con algo. Con lo que fuese.

Cuando Isla se movió por fin, fue un movimiento minúsculo: dejó caer los hombros al suspirar. Por un momento, su máscara desapareció y la reina de hielo pareció de repente cansada y vacía. Pero luego levantó la mirada hacia Neve y recuperó la compostura.

—Esto me recuerda… —dijo, como si estuvieran teniendo una conversación normal—. Deberíamos empezar con los preparativos de la boda.

Neve se quedó con la boca abierta, el cambio de tema había sido tan abrupto que su mente tuvo que reorganizarse. Cuando lo hizo, la rabia y la rebelión hicieron que su respuesta fuese sincera, sin preámbulos ni buenos modales.

—No quiero casarme con Arick, ya lo sabes.

—Y tú sabes que eso no importa. —Isla se enderezó, con la luz de las velas reflejada en sus ojos—. ¿Crees que yo quería casarme con tu padre? ¿Un hombre que me doblaba la edad, que solo se quedaba en la corte el tiempo suficiente como para darme una heredera y que murió antes de saber que me había dado dos? El matrimonio de una primera hija siempre es político. Hay precedentes, y tú no eres una excepción. —Se bebió el resto del vino—. Ninguna de las dos podíais ser una excepción.

—Arick está enamorado de Red. —Neve quería lanzarle un desafío, pero su voz sonó demasiado temblorosa como para utilizarla como arma.

Aun así, logró tocarle alguna fibra sensible a su madre, atravesando la coraza de su indiferencia. Isla cerró los ojos y relajó las manos sobre el mantel. Cogió aliento, casi sin fuerzas.

Entonces abrió los ojos e hizo un gesto hacia el aire.

—Pues es más estúpido de lo que pensaba. —Se puso en pie lentamente, como si cada movimiento que hacía fuese un gran esfuerzo—. Eso puede ser bueno para ti, Neveriah. Los hombres estúpidos son fáciles de dominar.

La reina se fue y cruzó la puerta con elegancia, deslizando la falda de su vestido azul claro por el suelo de mármol. Se movía con rigidez, pero solo Neve se podría haber dado cuenta. A ella también la habían enseñado a caminar de aquella manera, con una elegancia que demostrara su poder, así que podía ver las fisuras en los movimientos de su madre.

Había una botella de vino llena en el centro de la mesa, descorchada y lista para servirse. Neve no se molestó en hacerlo y bebió directamente de ella.

Cuando solo quedaron los posos, se puso en pie con las piernas temblorosas. La habitación le daba vueltas, pero nadie le ofreció un brazo al que agarrarse de forma refinada. El comedor estaba vacío y no había ningún sirviente en la puerta para atender sus regias necesidades. Debía de haberlos espantado a todos con sus modales indignos para una reina y su conversación grosera.

En aquel estado de embriaguez, era casi gracioso.

Neve salió lentamente hacia el pasillo. Iba con la mano tensa, preparada para sujetarse en alguna pared si era necesario. No sabía qué hora era, solo que era tarde. Los cristales de las ventanas tenían un color oscuro aterciopelado y estaban salpicados de estrellas.

Las ventanas daban al norte, hacia el Bosque Salvaje. Con un gesto demasiado torpe por culpa del vino, Neve escupió en el suelo, enfrente del cristal.

Algo llamó su atención y desapareció al doblar una esquina. Un destello de algo rojo y blanco que le resultaba familiar por algún motivo y que probablemente habría sido evidente si no hubiera estado borracha. Con el ceño fruncido, Neve avanzó y dio la vuelta a la esquina por donde había desaparecido lo que quiera que fuese aquello.

Sacerdotisas. Quizás dos docenas, alguna más de las que había visto cuando había discutido con Raffe el día anterior. Cada una de ellas llevaba una vela, algo que no era raro en sí mismo: las sacerdotisas de la Orden solían llevar consigo velas de color escarlata. Al principio, Neve pensó que las que llevaban en las manos eran negras, como si se hubiera tropezado con una procesión funeraria nocturna o con algún rito de despedida.

Entrecerró los ojos. No, no eran negras del todo. Aquellas velas tenían un tono más claro que el carbón. Eran del mismo gris que las sombras.

El grupo se deslizaba en silencio por el pasillo, en dirección a los jardines. Liderándolas iba la sacerdotisa del pelo rojo. Kiri.

Por supuesto.

—¡Tú!

Al principio, Neve apenas reconoció la voz como suya. Incluso aquella exclamación había sonado arrastrada, algo que habría sido vergonzoso si hubiera tenido fuerzas para sentir vergüenza.

Los hombros de todas las sacerdotisas se tensaron al mismo tiempo, como si fueran niños a los que hubiera descubierto robando terrones de azúcar. Miraron a Kiri en busca de instrucciones, pero esta no parecía estar preocupada. Se dio la vuelta lentamente, con un movimiento que a Neve le pareció torpe por los efectos del vino. Llevaba al cuello el pequeño colgante hecho de madera, los hilillos de oscuridad apenas visibles sobre el tronco blanco.

Se miraron durante un instante. Luego Kiri echó un vistazo a una de las otras y asintió. Una sonrisa débil y afilada apareció en la comisura de su boca.

Volvió a dirigir sus fríos ojos azules hacia Neve mientras el resto de las sacerdotisas continuaban su camino pasillo abajo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

La rabia fugaz de Neve había desaparecido, apaciguada por lo extraño de aquella situación: las sacerdotisas en mitad de la noche, su silencio y las velas que portaban, del color de las sombras.

—Te vi ayer —murmuró Neve, más con curiosidad que con enfado—. Estabas hablando con Arick.

—Así es. —La luz titilante retorcía las facciones del rostro de Kiri.

—¿Qué quería?

La cara de la sacerdotisa no mostró ninguna expresión, en sus ojos se reflejaba la llama de su vela gris sombra.

—Lo mismo que querías tú aquella noche en el santuario.

Un escalofrío recorrió los hombros de Neve.

—Le dijiste cómo salvarla.

No hubo respuesta. Solo silencio y unas sombras que se agitaban en la pared, creadas por la vela gris de Kiri.

—Pero ¿cómo lo sabes? —Apenas le salió un hilo de voz, demasiado débil entre aquella oscuridad—. ¿Cómo sabes lo que le ocurrió a Red y cómo traerla de vuelta? —Tragó saliva, nerviosa—. ¿Y por qué no me lo dijiste a mí primero?

Kiri cerró su mano alrededor del colgante de madera con respeto.

—Desde que era una niña —respondió en voz baja—, desde mucho antes de que me uniera a la Orden, he servido a los reyes. Me han guiado para buscar la claridad y entender la verdadera naturaleza de las cosas. La verdad no se le puede confiar a todo el mundo. Es algo volátil, algo peligroso. —Apretó con más fuerza el colgante—. La precaución es la clave, y también actuar con discreción para más adelante no tener que escondernos.

—Puedes confiar en mí. —Neve asintió una sola vez, aunque estaba segura de que aquel movimiento le iba a provocar un dolor de cabeza—. Quiero que me cuentes la verdad, Kiri.

Silencio, la luz vacilante de las velas y unos ojos azules que la observaban y la medían. La mano con la que Kiri sujetaba el colgante volvió a crisparse. Sobre la yema de uno de sus dedos tenía una mancha oscura que despedía un olor cobrizo. La apretó contra la madera y cerró los ojos, como si estuviera escuchando algo.

Soltó el colgante al mismo tiempo que volvía a abrirlos.

—Ven. —La sacerdotisa continuó deslizándose lentamente por el pasillo y se llevó la única fuente de luz que quedaba en la habitación, dejando a Neve a oscuras. ¿Qué hora era? ¿Por qué no estaba encendida ninguna de las antorchas?

Neve se quedó mirando a Kiri mientras esta se alejaba.

—¿Adónde vas? —No era una acusación, sino verdadera curiosidad.

La llama vacilante iluminó el contorno de una pequeña sonrisa reservada cuando Kiri miró sobre su hombro.

—Ven —repitió, y se giró hacia la puerta que daba a los jardines.

Hacia el santuario.

Las sacerdotisas se unieron a ella cuando salió, ahuecando las manos alrededor de las llamas de sus velas para protegerlas de la brisa de la noche. Neve se balanceó adelante y atrás, inquieta.

—¡Me cago en los caballos de los reyes! —Salió tras ellas sin hacer ruido, hacia la oscuridad.

Ninguna de las sacerdotisas la miró mientras caminaban en silencio por los senderos del jardín, deslizándose como una marea de fantasmas. Había luna nueva y la oscuridad de la noche hacía que las siluetas de los setos se

transformaran en bestias, convertía cada arco de piedra en un monstruo que acechaba.

Se adentraron en el santuario y se dirigieron hacia la fina cortina oscura del fondo. Kiri se agachó para cruzarla, pero no la mantuvo abierta, obligando a cada sacerdotisa a entrar por separado para que no se pudiera ver nada de la sala que había detrás.

Neve sabía lo que había allí, pero aun así se le puso la carne de gallina.

La última de las sacerdotisas desapareció tras la cortina. Neve respiró hondo y se agachó para cruzar.

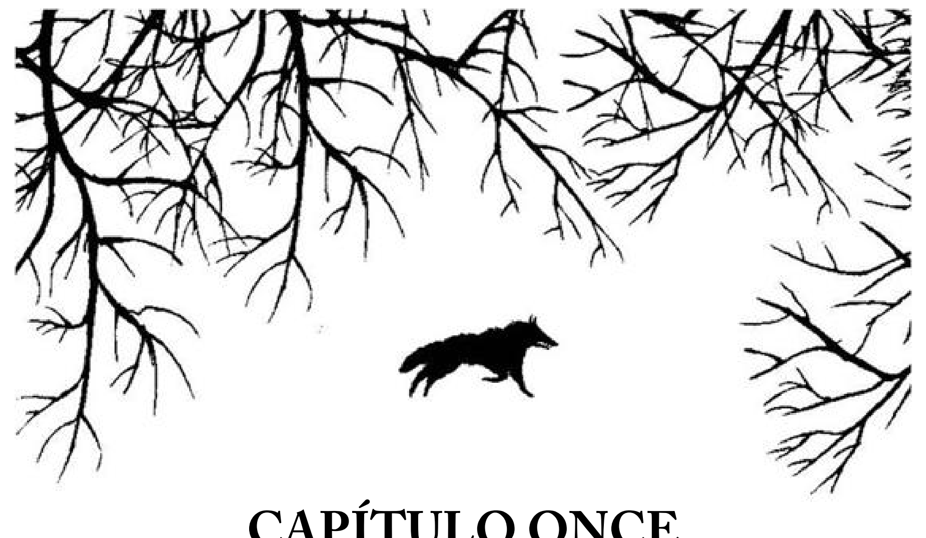
El Bosque Salvaje en miniatura. Las sacerdotisas habían hecho un círculo a su alrededor, sujetando aquellas extrañas velas grises. Pero había algo diferente. Los fragmentos de madera estaban marcados con algo oscuro. ¿Sangre? No, el color no era el correcto… Aquellas manchas escarlata estaban atravesadas por unos hilillos negros. Por los dioses, cómo le dolía la cabeza.

—¿Neve?

Se dio la vuelta. Arick estaba de pie tras ella. Tenía un vendaje alrededor de la mano, manchado de carmesí. En el centro de la palma, un punto negro destacaba sobre la tela blanca como un sol en miniatura.

En su rostro afligido apareció una sonrisa sincera.

—He encontrado una manera.



CAPÍTULO ONCE

Red tardó casi cuatro días, o al menos lo que le pareció que fueron cuatro días en aquel crepúsculo perpetuo del Bosque Salvaje, en trazar un plan. Pasó la mayor parte del tiempo en su habitación, rodeada de libros, utilizando aquellos pasajes familiares como una distracción. Se le daba bien distraerse.

Por extraños y nebulosos que se sintiesen los días, al menos había algo que le servía para marcar una especie de ritmo. Hacía tres comidas diarias en la cocina diminuta que había tras el comedor que apenas utilizaban, algunas veces con Fife o Lyra; otras veces, ella sola. El armario estaba lleno de alimentos básicos, y aunque sus habilidades culinarias eran casi inexistentes, no iba a morirse de hambre. Fife estaba callado la mayor parte del tiempo y Lyra era amable, aunque distante.

Y cuando el cielo se oscurecía y se volvía más violeta, si se encontraba cerca del vestíbulo, veía a Eammon.

La primera vez había sido por accidente, el día después de que la salvara de la criatura de sombras que se parecía a Arick. Ya había leído casi todos los libros que había llevado, así que Red había ido a la biblioteca a buscar más. La aventura había dado sus frutos: una de las estanterías en la esquina del fondo estaba llena de novelas y libros de poesía, todos ellos con las portadas desgastadas y dobleces en las esquinas, señales de que habían tenido bastante uso.

Subía con cuidado las escaleras, cargada con su botín, cuando lo vio.

Eammon estaba de pie junto a la puerta abierta, con su silueta marcada por una luz tenue. El Lobo inclinó la cabeza hacia delante. Tenía los hombros

hundidos por el cansancio y el pelo suelto le oscurecía los ojos. En una mano sujetaba la daga, y la otra estaba llena de cortes que rezumaban sangre espesa, pero, sobre todo, también una savia verdosa. La piel justo por encima de las muñecas estaba cubierta de corteza. Aunque estaba doblado, Red notó que era más alto que antes. La magia se enroscaba a su alrededor como una corona de flores.

Red se quedó en silencio, pero Eammon clavó su mirada en ella, como si la atmósfera del lugar hubiera cambiado con su mera presencia. El Lobo se enderezó y se apretó la cintura con la mano cortada, enseñando los dientes en una mueca de dolor mientras enfundaba la daga. Sus ojos centellearon. Tenían unos círculos oscuros a su alrededor y la parte blanca estaba teñida de esmeralda. Parecía estar a punto de desmayarse allí mismo, como si evitar parecer débil delante de Red fuese lo único que lo mantenía en pie.

Quizás debería haber dicho algo, pero no se le ocurrían las palabras adecuadas. ¿Qué se suponía que tenía que hacer, preguntarle cómo le había ido la tarde?

Se miraron a los ojos y unas emociones indescifrables cruzaron los dos rostros. Entonces Eammon levantó la barbilla, en un gesto que servía como saludo y despedida al mismo tiempo, y empezó a subir por las escaleras hacia el segundo piso de la fortaleza.

A la mañana siguiente habían aparecido tres nuevos retoños de árbol centinela en el pasillo. Aquello era señal de que se habían abierto otras tres brechas en el Bosque Salvaje, tres nuevas oportunidades para que los monstruos escaparan. Y otros tres sitios en los que Eammon tendría que derramar su sangre para intentar mantener cerradas todas las partes destrozadas del bosque.

Aquel fue el momento en que Red empezó a dar forma a su plan.

Ahora, en lo que parecía ser la primera hora de la mañana, estaba junto a la puerta que daba al patio trasero, con la mano apoyada sobre la madera, pero sin empujarla. Había pensado en hacer ese experimento con uno de los retoños que había dentro de la fortaleza, pero allí podrían haberla visto.

Y Eammon había insistido mucho en que no debía sangrar.

Se le revolvió el estómago cuando salió por fin hacia los remolinos de niebla, en dirección a las ruinas que había al fondo del corredor, donde los retoños estiraban sus ramas blanquecinas hacia el pálido cielo color lavanda. El vial de cristal que había robado del armario se le resbalaba de la mano. En el fondo, tan rojas como la capa de su armario, había tres gotas de sangre.

No era gran cosa. No había armas en su habitación, así que Red se había arrancado un padrastro y se había apretado el dedo para recoger aquellas escasas gotas de sangre en el vial.

Sería suficiente para ver si surtía efecto, para ver si contaba con más recursos aparte de aquella magia que casi había estado a punto de matar a su

hermana.

El recuerdo del Bosque Salvaje persiguiéndola después de hacerle un corte en la mejilla todavía hacía que el corazón le latiera con fuerza. Pero se dijo a sí misma que aquella vez la sangre había salido directamente de la vena, y esa era la única forma en la que el Bosque Salvaje aceptaba la sangre del Lobo, según le había dicho Lyra. Eammon era parte del bosque, estaba vinculado a él… Quizás haber ofrecido su sangre de la misma forma en la que lo hacía el Lobo era lo que había hecho que el Bosque Salvaje la atacara e intentara colarse bajo su piel. Si derramaba primero la sangre en el vial, no habría ninguna herida por la que el bosque pudiera entrar.

Y tenía que hacer algo, lo que fuese. Estaba claro que Eammon estaba en la cuerda floja, y la idea de que las criaturas de sombras consiguieran salir del bosque era inadmisible.

Su magia no era algo que pudiera utilizar, eso lo tenía claro. El terror la invadía, le clavaba sus garras en el corazón. La magia no era una opción, pero seguro que había algo más que pudiera hacer. Tenía que haberlo.

Red se detuvo delante del centinela más alejado del portón. Alrededor de sus raíces había piedras cubiertas de musgo y la niebla envolvía como una cinta los delgados extremos de sus ramas. Red no lo tocó, pero se acercó más de lo que se había acercado a cualquier otro árbol blanco de los que había visto, y al estar tan cerca sintió que algo cambiaba en el ambiente. El aire parecía susurrar al rozarle la piel. Era una sensación extraña pero no desagradable, y cuando parpadeó, vio una luz dorada detrás de sus párpados.

Respiró hondo. Enderezó la espalda. Le costó un par de intentos quitar el corcho del vial, y cuando por fin lo consiguió, el olor cobrizo de la sangre era más intenso de lo que tenía derecho a ser. Con una mano temblorosa, Red lo sujetó sobre las raíces del retoño.

—¿Qué estás haciendo?

Era una voz suave. Red miró sobre su hombro.

Eammon estaba de pie justo detrás de ella. La niebla se arremolinaba entre sus botas y en aquel pelo demasiado largo, que llevaba suelto. Su rostro no reflejaba ninguna emoción, tenía la mirada sombría e inescrutable y la boca ligeramente abierta.

Ella sostuvo el vial en alto, pero no derramó el contenido.

—Creo que antes me has mentido —dijo Red—. Que mi sangre sí que puede matar a las criaturas de sombras y sanar a los centinelas. Si la de Fife, la de Lyra y la tuya pueden hacerlo gracias a la marca, entonces la mía también, no importa lo… lo distinta que sea de las otras segundas hijas.

Esperaba que Eammon se lo negara otra vez, que se mantuviera firme en su mentira. Pero el Lobo no se movió, más allá del espasmo de su garganta al tragar saliva.

—No es tan sencillo, pero tienes razón. Tu sangre puede hacer esas cosas.

—Su voz seguía siendo suave, Eammon estaba calmado y era tan estoico como los árboles que los rodeaban—. Pero el precio que tendrías que pagar es mucho mayor de lo que estoy dispuesto a permitir, Redarys. Si le das tu sangre al Bosque Salvaje, no se conformará con eso. No puede hacerlo.

La criatura de sombras se había transformado en el cadáver de Merra, y le habían salido raíces del estómago desgarrado. Gaya había muerto fundida con el bosque. Las otras segundas hijas habían desaparecido entre los árboles, atraídas por la oscuridad. Todas ellas estaban vinculadas al Bosque Salvaje, pero de una forma diferente a como lo estaba Red. Y Eammon no quería explicarle aquella diferencia, lo único que le decía era que tenía que ver con aquel poder terrible y destructivo que se extendía por su sangre como una enredadera.

«Vuestro final llegará entre raíces y huesos».

Red le lanzó una mirada asesina mientras la mano con la que sujetaba el vial le empezaba a temblar ligeramente.

—¡A lo mejor yo sí estoy dispuesta a pagarlo! Preferiría derramar mi sangre sobre tus árboles y enfrentarme a las consecuencias que intentar utilizar esta puñetera magia.

—¿Tanto miedo te tienes? —En la voz de Eammon había incredulidad, pero también una nota de tristeza que hacía que el estómago de Red se revolviera y que la mano le temblara aún más.

—Tú estabas allí. —Fue casi un susurro—. Viste las cosas espantosas que me obligó a hacer.

—Solo vi una parte. Estaba concentrado en… otras cosas. Pero sé que este poder es inestable, sobre todo al principio. Pasara lo que pasara, seguro que no fue tan horrible. —Vacilando, dio un paso adelante y estiró hacia ella la mano llena de cicatrices—. Tú no eres horrible.

Se miraron a través de la tierra cubierta de niebla y musgo. Después, Red dejó caer hacia un lado la mano con la que sostenía el vial. Luego se estiró y lo colocó en la palma de la mano de Eammon. Red tenía los ojos irritados y respiraba con dificultad, pero él fue lo suficientemente amable como para fingir que no se daba cuenta.

El Lobo le rozó los dedos con los suyos al coger el vial y Red notó el tacto áspero de sus cicatrices contra su piel.

—¿Por eso insistías tanto en quedarte aquí? ¿Por lo que ocurrió aquella noche?

Red asintió, no confiaba en ser capaz de llenar el espacio entre ellos con palabras.

Eammon suspiró, se guardó el vial con la sangre de Red en el bolsillo y se pasó una mano por el pelo.

—He estado intentando pensar en alternativas. Ver qué más podríamos hacer, algo que también…

Vinculada.

La maleza susurró, las ramas se agitaron con gran estruendo para formar una palabra. Sobre una de las piedras que había cerca del pie de Red, el musgo se volvió marrón y se marchitó.

Debe estar vinculada. Debe haber dos. Como antes.

Más musgo muerto, retorcido hasta convertirse en una maraña quebradiza. Era el precio que pagaba el Bosque Salvaje por tener voz.

Dos. Gaya y Ciaran. Un Lobo y una segunda hija, unidos.

La magia es más fuerte cuando hay dos.

Esta vez sonó más débil, como si el bosque estuviera cansado. La hierba murió bajo los pies de Red, reseca y frágil. Se apartó rápidamente de allí y estuvo a punto de chocar con Eammon.

El Lobo apoyó una mano firme y cálida sobre el hombro de Red, surcada por cortes que todavía no se habían curado del todo. Red dio un paso atrás con torpeza y cruzó los brazos para mantener a raya un escalofrío.

Eammon la miró con los ojos ensombrecidos por su pelo y los labios apretados en una fina línea. Dejó la mano en el aire durante un instante, donde había estado el hombro de Red, y luego la dejó caer, haciendo que la niebla se arremolinara a su alrededor. El Lobo recorrió su cara con la mirada, como si la respuesta a algún acertijo secreto estuviera escrita sobre su piel.

Luego se giró y se adentró en la neblina a grandes zancadas, dejándola allí sola.



Red solo diferenciaba la noche por el cansancio y porque el cielo pasaba de un tono lavanda a uno color ciruela un poco más oscuro, aunque parecía que ella era la única que intentaba calcular el tiempo en aquella fortaleza sin sol. Lyra volvía a estar de patrulla, con el tor a la espalda y los viales de sangre en los bolsillos. Fife estaba en la cocina, ocupándose de limpiar después de la cena.

No sabía dónde estaba Eammon, pero iba a averiguarlo pronto. En cuanto encontrara fuerzas para hacerlo.

Red paseaba de un lado a otro delante de la chimenea mientras se mordisqueaba la uña del pulgar. Todavía llevaba el vestido que se había puesto antes de ir a cenar con Fife y Lyra, de color vino y hasta el momento libre de manchas de tierra o sangre. Fife seguía siendo poco amigable, pero Lyra se ocupaba de que estuvieran todos juntos, unidos en una camaradería frágil pero agradable. Era evidente que ella y Fife se conocían desde hacía muchísimo tiempo, y los años y las circunstancias habían servido para que forjaran un

vínculo fuerte. Red se sentía fuera de lugar cuando estaba con ellos, como una intrusa, y se preguntó si las otras segundas hijas que habían estado allí antes que ella habrían sentido lo mismo.

Ninguno de los dos las mencionaba, ni tampoco a los centinelas ni la magia que se mezclaba con la sangre. Nunca hablaban de ello. Aun así, todo aquello carcomía por dentro a Red, incluso cuando Fife y Lyra hablaban de cosas menos serias.

«¿Tanto miedo te tienes?».

Lo tenía. Durante los últimos cuatro años, Red había sufrido una ansiedad leve pero constante, que se agitaba en el fondo de su mente y le hacía revivir una y otra vez los fragmentos de aquella noche en cuanto se distraía demasiado. Veía cómo su magia, recién salida del Bosque Salvaje, había hecho pedazos a aquella gente y había bañado las hojas del bosque en un mar de sangre. Red no había sido capaz de controlarla.

Había estado a punto de matar a Neve.

Pero ahora… tal vez no tuviera por qué ser así. Eammon le había dicho que aquel poder era inestable al principio, así que, después de tantos años en su interior, quizás ahora sería más fácil de controlar. De canalizarlo. Y él estaría ahí para ayudarla.

Era lo más cerca que iba a estar de un experto en la magia del Bosque Salvaje.

Y el recuerdo de Eammon entrando en la fortaleza, encorvado y manchado de sangre mientras el bosque se abría paso desde su interior…, aquello se había quedado grabado en su mente. El Lobo derramaba su sangre por el Bosque Salvaje y al mismo tiempo dejaba que este creciera dentro de él. Hacía todo lo que podía para contenerlo sin ayuda. No la presionaba. Le estaba dando tiempo, a pesar de que aquella espera lo estaba consumiendo. Ya hacía una semana que había llegado y Red todavía no había ayudado en nada a Eammon ni al bosque.

Le debía intentarlo, al menos. También se lo debía a Neve. Al fin y al cabo, ¿no era aquello un paso más para mantener a salvo a su hermana? ¿Asegurarse de que los monstruos, que ahora sabía que eran reales, no escaparan de las Tierras Sombrías? Ya estaba metida en todo aquello, no tenía sentido echarse atrás ahora.

Dejó de ir de un lado a otro y respiró hondo. Se alejó de la chimenea y echó a andar con aire decidido hacia la salida.

Alguien llamó a la puerta. Red se quedó paralizada.

Maldijeron en voz baja y volvieron a llamar, esta vez con más fuerza.

Red intentó buscar su voz, perdida en el fondo de la garganta.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar? —El Lobo había intentado darle un tono amable a su rugido, pero no sonaba natural.

—Es tu fortaleza.
—Y tu habitación.
Red vaciló un instante, sorprendida. Luego abrió la puerta.
Eammon tuvo que agacharse para pasar por debajo del dintel. Se había recogido el pelo desde que lo había visto aquella mañana: se había hecho un nudo de cualquier manera en la zona de la nuca, pero todavía llevaba algunos mechones sueltos sobre las clavículas. Tiraba de los bordes de sus mangas, inquieto, con los dedos manchados de tinta, pero no había ningún rastro de nerviosismo en su cara, tan afilada y tosca como siempre. Unos vendajes blancos le cubrían las dos manos.
Red le hizo un gesto para que entrara. Eammon cruzó agachándose y se detuvo justo al pasar el umbral. La habitación parecía más pequeña cuando él estaba dentro.
Se quedaron en un silencio que se volvía más tenso cuanto más tiempo pasaban sin hablar. Red hizo un gesto hacia sus manos.
—¿Se curarán?
Eammon frunció el ceño como si no supiera a qué se refería, luego bajó la mirada y dejó escapar un sonido triste desde el fondo de su garganta.
—Tanto como siempre.
—Me alegro de que hayas venido, de hecho. —Red tragó saliva—. Estaba a punto de ir a…
Pero entonces el Lobo giró una de sus manos vendadas y la luz de la chimenea lanzó un destello plateado en algo que llevaba agarrado. Una daga.
Red se tambaleó hacia atrás, con los ojos muy abiertos y la cabeza hecha un lío. Quizás Eammon se había cansado de sus evasivas y había decidido que acabar con ella le iba a ser más útil que su magia. ¿Cuántos viales podría llenar si le sacaba hasta la última gota de sangre…?
Eammon la miró como si Red hubiera enloquecido y luego siguió su mirada hacia el arma. Levantó las manos en un gesto de rendición.
—¡No voy a apuñalarte!
—¿Para qué otra cosa sirve una daga?
Las mejillas de Eammon se encendieron.
—De eso quería hablarte.
La tensión que había preparado a Red para la violencia se desvaneció. Su pulso volvió a un ritmo adecuado, aunque había algo en los ojos del Lobo que hacía que cada uno de sus latidos resonase como un martillazo.
Eammon se pasó una mano vendada por el pelo y se puso a mirar el fuego de la chimenea, en vez de a ella.
—¿Sabes…? —Se detuvo, suspiró y volvió a hablar, tan acelerado que las palabras se atropellaban unas a otras—. ¿Sabes lo que es un rito de enlace?
Red tardó un instante en organizar aquellas palabras en su mente para que tuvieran algún significado, porque la pregunta había sido muy inesperada.

—Creo que sí. Es una ceremonia, una especie de matrimonio que se celebraba en los pueblos. No hacen falta testigos ni la bendición de una sacerdotisa.

—Exacto. —Su voz sonaba entrecortada. No apartó la mirada del fuego—. Cada persona ofrece algo de sí misma a la otra, aunque lo habitual suele ser utilizar pelo, y luego unen las partes alrededor de un trozo de su nuevo hogar compartido. —Rebuscó en su bolsillo con la mano con la que no sujetaba la daga y sacó un fragmento de madera blanca. Corteza de un centinela.

«Vinculada», había dicho el Bosque Salvaje. «Debe estar vinculada. Deben ser dos».

Cuando comprendió lo que significaba aquello, Red notó un calor cada vez más grande en el pecho.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Eammon no respondió, volvió a apartarse el pelo de la cara. Tenía las puntas de las orejas coloradas.

—El Bosque Salvaje está intentando recrear lo que tuvo en otro tiempo con Gaya y Ciaran. Eso no podemos dárselo, no exactamente, pero podemos ofrecerle algo bastante parecido. —Hizo girar la daga nerviosamente entre los dedos—. Un matrimonio como el que tenían ellos sería un buen comienzo. Y creo que podría servir para que pudieras… controlar mejor tu magia.

Red movió la boca, pero no sabía cómo convertir en palabras el nudo que *tenía en* el *estómago*.

—Ah. —Eso fue lo único que fue capaz de decir.

Hubo otro silencio, más tenso que el anterior, y durante esos segundos, la vida de Red hasta aquel momento pasó por su cabeza a la velocidad del rayo. Recordó cuando Neve había sangrado por primera vez y su madre le había hablado de compromisos y alianzas; cuando le había llegado el turno a Red, unas semanas después, no habían tenido lugar ese tipo de conversaciones. Su destino estaba sellado desde que había exhalado su primer aliento, así que nunca habría pretendientes que quisieran conquistarla. Recordó las primeras veces con Arick, desesperada, cuando pensaba que aquello sería lo más parecido al amor que podría tener. Toda su vida había sido un castillo de naipes, un montón de piezas colocadas una sobre otra en un equilibrio muy delicado, elegidas más por lo fácil que era apilarlas que por una decisión consciente. ¿Acaso no eran ya las cosas lo suficientemente difíciles sin que ella las complicara aún más?

Pero allí estaba Eammon. No se parecía en nada al monstruo que le habían dicho que sería, ni tampoco a nada que hubiera podido imaginarse. Eammon le estaba ofreciendo poder elegir.

La necesitaba. Red no creía que fuese a oír jamás aquellas palabras salir de su boca, pero estaba claro con todo lo que había ocurrido desde que había cruzado la frontera del bosque, y también por las palabras que había

pronunciado el Bosque Salvaje mientras se miraban a través de la niebla. Tenían que ser dos, pero él no la iba a obligar a estar a su lado. No la obligaría a hacer nada que ella no deseara con toda su alma.

Red sentía el latido de su corazón en la garganta.

Eammon observó su cara y todas las emociones incomprensibles que pasaban por ella. Luego, sacudió la cabeza.

—Olvídalo. Ni siquiera sé si…

—Es una buena idea.

El Lobo apretó los dientes.

—Merece la pena intentarlo, al menos. —Red vaciló y dio un paso adelante. Se pasó la trenza por encima del hombro y soltó el trozo de cordel que la sujetaba. Todavía tenía el pelo húmedo y ondulado, porque se lo había trenzado antes de secarlo. Se lo soltó y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos—. Si me estás pidiendo matrimonio —dijo en voz baja—, mi respuesta es sí.

Él tragó saliva con un chasquido en la garganta. Sus ojos tenían aquel brillo indescifrable. Luego asintió.

El espacio que había entre los dos parecía un abismo. Eammon fue el primero en moverse, con cautela. Le tendió la daga a Red por la empuñadura.

—Tú primero. —La comisura de su boca tembló—. Considéralo una prueba de confianza.

—Tendrás que sentarte en algún sitio. —Red levantó la mano hacia su cabeza y la agitó. La altura de aquel hombre era ridícula—. No llego.

Hubo un silencio. El único sitio para sentarse era la cama y ambos parecieron darse cuenta al mismo tiempo, a juzgar por la forma en la que abrieron los ojos de par en par. Después, Eammon se arrodilló.

—¿Mejor así?

Red asintió una vez. Había algo en su postura, allí arrodillado como un penitente, que hacía que algo se removiera en su estómago.

Tenía el pelo más suave de lo que esperaba y olía a café y a libros viejos.

—¿Hiciste esto con las demás? —Red forzó una carcajada, que sonó tan nerviosa como estaba ella realmente. Sentía cómo se le hacía un nudo en las entrañas—. ¿Cuántas esposas has tenido?

Eammon seguía a merced de la mano de Red. Respondió en voz baja:

—Solo tú.

Así que no se había casado con las otras segundas hijas. Por algún motivo que no entendía, aquello hizo que sintiera que el estómago se le enredaba entre las vértebras.

—¿Por qué no, si el Bosque Salvaje quiere recrear lo que tenía antes?

—No hizo falta. —Eammon movió las rodillas para cambiar de postura—. El bosque lo recreó de otra forma.

Aquello no ayudó a que sus intestinos volvieran a su lugar habitual, pero sí

hizo que sus mejillas se sonrojaran, una llamarada de vergüenza irracional que agradecía que Eammon no pudiera ver.

—Qué suerte tenemos.

Respondió con un gruñido.

Red cogió un mechón de pelo de detrás de la oreja del Lobo y consiguió cortarlo sin derramar sangre.

—Ya está.

Eammon se puso en pie sin ninguna elegancia. El pelo suelto le caía por delante de la frente mientras estiraba la mano para recoger la daga.

Red se dio la vuelta. Respiró con dificultad cuando el Lobo le rozó el cuello. Notaba el calor y el tacto áspero de sus dedos llenos de cicatrices. Le cogió un tirabuzón del mismo sitio de donde lo había cortado ella y le pasó el resto del pelo por encima del hombro del lado opuesto. Red oyó el sonido de unas tijeras y vio un largo mechón dorado brillando sobre la mano de Eammon.

—¿Importa cómo lo atemos?

—Tenemos que hacerlo juntos, pero nada más. O eso creo. —La miró a los ojos, con una sonrisa tímida en los labios—. Es mi primer matrimonio, ¿recuerdas?

El nudo del estómago de Red se enredó aún más.

Tras vacilar un instante, Eammon sacó la corteza blanca de su bolsillo. Enrollaron los mechones con torpeza alrededor del fragmento del árbol centinela. Sus manos chocaron una y otra vez.

Ocurrió algo más mientras enredaban su pelo alrededor de la corteza. Red… se relajó. Hasta entonces había sentido un nudo en el pecho, como si sus costillas estuvieran hechas con una cuerda enmarañada. En ese momento, notó que el nudo se deshacía, una reacción inversa a lo que Eammon y ella estaban haciendo con el pelo. La esquirla de magia que tenía en su interior le pareció más ligera. Dejó de sentirla como algo que esperaba el momento de causar estragos y empezó a parecerle una herramienta que podría utilizar si fuese necesario.

Eammon le había dicho que el matrimonio haría que su poder fuese más fácil de manejar. Parecía que tenía razón. Enlazarse con él y con el Bosque Salvaje que gobernaba había hecho que el fragmento de poder que llevaba dentro se convirtiera en una parte más de sí misma, en lugar de ser algo que necesitaba mantener encerrado.

Cuando acabaron, la corteza pálida estaba prácticamente cubierta de dorado y negro. Red miró hacia el bosque a través de la ventana, sin saber muy bien lo que esperaba ver allí.

—Entonces, ¿esto hará que el Bosque Salvaje mejore?

—Debería. —Eammon se guardó en el bolsillo el trozo de madera. Flexionó las manos una vez, como si estuviera intentando ver si había

cambiado algo en el ambiente—. Los centinelas quieren… tenerte cerca.

—Al casarme contigo ya estoy más cerca de ellos, sin duda.

Las mejillas de Eammon volvieron a llenarse de color.

—Esa es la idea.

—Y son ellos los que mantienen a raya a las criaturas de sombras —dijo Red, evitando hacer ningún comentario sobre sus mejillas sonrojadas—. Los centinelas.

—Has estado estudiando, ¿eh?

—Fife me lo explicó. A regañadientes.

Otro silencio expectante. Red no conseguía dar forma a lo que quería decir ni a cómo quería decirlo. Empezar con una disculpa ya no le parecía correcto, después de tener el pelo enredado entre sus dedos. Después de que se hubiera convertido en su marido.

Así que cuando habló lo hizo de forma directa:

—¿Sigues queriendo que intente utilizar la magia?

Él la miró a los ojos.

—Porque lo haré. —Las sombras danzaban por las paredes. Red dirigió su mirada hacia allí, en vez de hacia Eammon—. Me da miedo, y nunca ha salido nada bueno de hacerlo, pero creo que nosotros… que lo que acabamos de hacer hará que sea más fácil. Y si sirve para ayudarte…, para ayudar al bosque, lo intentaré.

Eammon no dijo nada, pero arqueó la mano hacia el fragmento de madera de su bolsillo, la prueba de su vínculo.

—No tienes por qué hacerlo —murmuró—. No quiero que te sientas obligada a hacer nada que no desees. Jamás querría eso. Es algo que tienes que decidir tú sola.

—Y lo he hecho. —Ya era demasiado tarde para echarse atrás—. Si puedes enseñarme a utilizar la magia del Bosque Salvaje, quiero aprender a hacerlo.

La luz de la chimenea tallaba surcos en su cara angulosa y hacía que sus ojos se volvieran del color de la miel. No había nada verde en ellos, y aquello tranquilizó a Red mucho más de lo que alcanzaba a entender.

—Reúnete conmigo en la torre del patio cuando te despiertes. —Hizo una pausa y sus siguientes palabras fueron en voz baja—: Me aseguraré de que no te haga daño. Ni a nadie más. Te lo prometo, no tienes nada que temer.

Red asintió. El aire que había entre ellos parecía algo sólido que se podía apartar de un manotazo.

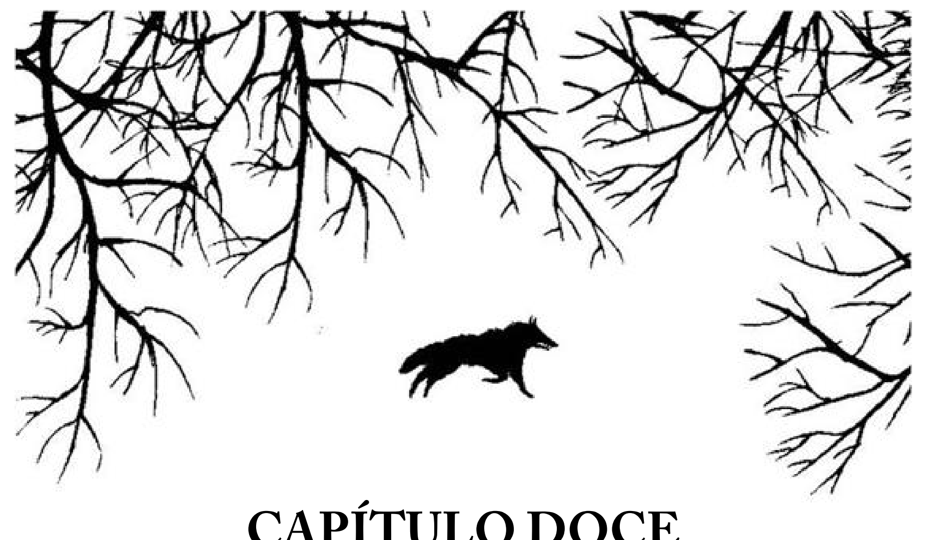
Eammon abrió la puerta que daba al pasillo, iluminado con los colores del crepúsculo. Cuando cruzó el umbral, señaló hacia la chimenea.

—No tienes que preocuparte de apagarla antes de irte a dormir. La madera no se consumirá, y las llamas tampoco quemarán nada más.

—¿Cómo has conseguido hacer eso?

Él le dedicó una sonrisa burlona.

—Puede que esa sea nuestra lección de mañana. —Su nuevo marido se giró y se adentró en la oscuridad del corredor, dejándola sola en su habitación —. Buenas noches, Redarys.



CAPÍTULO DOCE

El aliento de Red era una nube más en el patio cubierto de niebla, y subía desde sus labios hacia el aire helado. Giró la cabeza hacia arriba mientras caminaba junto al muro, hasta llegar a la torre. Desde aquel ángulo, las ventanas de la parte superior se alineaban perfectamente y dejaban ver unos pedazos del cielo a través de la piedra.

La puerta cubierta de musgo emitió un ligero chirrido al empujarla, con un ruido sorprendentemente fuerte en medio del silencio del Bosque Salvaje. Al otro lado, una escalera subía hacia la oscuridad. La vegetación recorría las paredes, unas hojas y unas flores pálidas que empapelaban la piedra gris con sus tonos blancos y verdes. Al contrario que en la fortaleza, aquí no parecía algo siniestro: era parte de la estructura, en lugar de un invasor. Aun así, Red tuvo cuidado de no tocarla.

La escalera en espiral era tan larga que Red se quedó sin aliento antes de llegar a la parte de arriba, que acababa justo en el centro de una habitación circular. Allí no había vegetación, pero sí cuatro ventanas equidistantes en la pared curvada, con unos alféizares de madera en los que habían tallado una imitación de flores y enredaderas. Entre dos de ellas, una chimenea chisporroteaba alegremente, cargada de leña que no se quemaba. También había una mesa de madera pequeña flanqueada por dos sillas, colocadas lo suficientemente cerca de la chimenea como para sentir el calor desde ellas. El techo de color azul medianoche se alzaba por encima de las escaleras centrales, y allí colgaba un sol de papel hecho con capas amarillas y doradas.

Unas constelaciones pintadas en plata se extendían alrededor de aquel sol,

detalladas con un gusto exquisito: las Hermanas, con sus manos extendidas de norte a sur, unidas en el centro; el Leviatán, que atravesaba el cielo de poniente; las Estrellas de la Peste, agrupadas por encima de la silueta irregular de un barco. Según la leyenda, habían aparecido para guiar el navío que llevaba a los comerciantes infectados con la gran peste de vuelta a tierra firme. Las estrellas se habían apagado en el mismo instante en que los afectados se habían curado milagrosamente.

—Es precioso —murmuró Red, girando sobre sí misma con la mirada fija en el techo.

Un leve resoplido llamó su atención. Eammon estaba apoyado sobre el alféizar que había tras ella, con una mano en el bolsillo y la otra sujetando una taza humeante. Tenía el pelo recogido hacia atrás, y por detrás de la oreja le sobresalía el pequeño mechón que había recortado Red para el rito de enlace.

—Es obra del Bosque Salvaje. La torre y la fortaleza se crearon cuando Gaya y Ciaran hicieron su pacto, completamente amuebladas. —Bebió un sorbo de su taza—. Un regalo de bienvenida. Ciaran construyó el resto a su alrededor.

Ciaran. Gaya. Nunca hablaba de ellos como sus padres, solo los llamaba por sus nombres o sus títulos. Así los convertía en unos extraños que no necesitaban cariño.

Red sabía lo que era aquello.

Se acercó a la chimenea y se frotó las manos. Las ventanas no tenían cristales y aquella habitación estaba tan fría como el bosque que había fuera.

—Entonces, ¿el Bosque Salvaje hizo eso? —Señaló hacia las pinturas del techo.

—No. —Eammon se acercó hacia la mesa que había en el centro de la sala, cogió un hervidor y se sirvió más café. Había otra taza a su lado. Miró a Red, preguntándole con la mirada. Cuando asintió, llenó también la segunda taza—. Esas las pintó Gaya.

Red volvió a mirar las constelaciones y sintió una carga pesada y extraña dentro del pecho.

—¿Querías reunirte aquí por algo en particular? —Red cogió la taza que le había llenado Eammon y colocó las manos alrededor para entrar en calor—. No es por nada, pero parece que este sitio no te gusta demasiado.

El Lobo dejó escapar un sonido ronco que podría haber sido una carcajada. Se dejó caer en una de las sillas y la reclinó hacia atrás, dejándola con dos patas en el aire.

—Porque este lugar lo creó el Bosque Salvaje, así que su magia es más fuerte aquí.

El nudo que apresaba la magia de Red seguía estando más suelto aquella mañana, más desenredado. Sabía que era el resultado de su matrimonio apresurado mediante el rito de enlace, pero si se paraba a pensarlo, parte de

aquel alivio también procedía de la torre, iba creciendo junto a las flores de las paredes a medida que subía las escaleras.

Aun así, la idea de tener que utilizar la magia le hacía sentir un vacío en el estómago.

El café era fuerte, tan amargo que Red hizo una mueca al probarlo.

—¿La magia del Bosque Salvaje podría hacer aparecer un poco de nata?

—Me temo que no. Lo apuntaré en la lista de suministros. —Eammon le dio un trago largo a su café—. A pesar de todo el poder que tiene el bosque, su alcance es bastante limitado. Puede afectar a las plantas o a cualquier cosa que esté conectada a él, pero nada más.

—También puede curar heridas.

—Solo si la persona está vinculada al Bosque Salvaje.

Red apretó la taza con más fuerza para evitar tocarse lacara, la mejilla donde se le había clavado una espina una semana antes.

—Pero realmente no me la curaste —dijo ella—. Simplemente… te la quedaste tú. Apareció en tu cara.

—El dolor tiene que ir a alguna parte. —Las patas de la silla chirriaron cuando Eammon se reclinó—. Siempre debe haber un equilibrio. La enredadera que alumbra la fortaleza puede sostener las llamas sin arder, pero nunca crecerá. Tampoco las ramas de las que sacamos la leña. Las heridas no pueden desaparecer, solo se transmiten.

No se miraron, pero tampoco les hacía falta para entenderse. Red tomó otro sorbo de su café amargo.

—Tu poder debe de funcionar de forma similar al mío —dijo Eammon, mirando al techo—, ya que son lo mismo. Más o menos.

Red frunció el ceño.

—Pero, cuando no logro contenerlo, no… A mí no me pasa… —Su voz se fue apagando. No sabía cómo decirlo de forma delicada.

—No te transformas como yo. —Lo dijo con tranquilidad, señalando un hecho.

—Exacto —murmuró.

La garganta de Eammon se movió al tragar saliva.

—Mi vínculo con el Bosque Salvaje es más fuerte que el tuyo —dijo él—. Y cuando uso su poder…, se lleva una parte de mí. Normalmente los cambios desaparecen, pero aun así es desagradable. Y algunas cosas no se van. —Se encogió de hombros de una forma poco natural—. Por eso a veces utilizo mi sangre. Funciona del mismo modo que la magia, pero no me arriesgo a tantas alteraciones.

La última palabra la dijo con resentimiento. Sin dejar de mirar al techo, Eammon se frotó el punto por encima de la muñeca por el que Red había visto la corteza atravesándole la piel.

La chica asintió y pasó su mirada de la silueta de Eammon a su propio

reflejo borroso en la taza.

—Entonces yo no cambiaré porque mi magia no es tan fuerte como la tuya.

—Exactamente. No es tan fuerte, pero es más caótica.

—Por decirlo suavemente.

—Deberíamos centrarnos en mejorar tu control. Canalizar solo una pequeña parte de tu poder cada vez y utilizarla para completar alguna tarea específica.

Red se puso nerviosa y se puso a buscar alguna distracción que retrasara lo inevitable. Se dejó caer en la silla que había enfrente de la de Eammon, con la taza bien sujeta entre las manos.

—¿Por qué afecta la magia a las plantas?

—Cuando Ciaran y Gaya hicieron su pacto, los centinelas echaron raíces en su interior. Se convirtieron en parte de ellos. —Las patas maltrechas de la silla chirriaron cuando Eammon se reclinó para contarle la historia al sol de papel. Estaba dispuesto a pasar por alto el cambio de tema si sus respuestas servían para que se sintiera más cómoda—. Y así el Lobo y la segunda hija aprendieron a controlar las cosas que nacen de la tierra.

Todo lo que tenga raíces está bajo la influencia de los centinelas y, por tanto, también de la nuestra.

La mente de Red se agitó al recordar todas las veces que había tenido que esforzarse para reprimir aquella semilla de magia, aun estando a kilómetros y kilómetros del Bosque Salvaje.

—Aunque afecte solo a ciertas cosas, la influencia de los centinelas parece extenderse muy lejos.

—No lo sé. Han pasado siglos desde la última vez que pude salir de este maldito bosque. —Las cuatro patas de la silla chocaron contra el suelo—. Encierra a los Guardianes mucho mejor que a las criaturas de sombras.

—¿Guardianes?

—Las palabras «guardián» y «lobo» son sorprendentemente parecidas en la mayoría de las lenguas antiguas del continente.

—No puede ser solo por eso…

—Ciaran era cazador. —Eammon se puso en pie y se acercó a grandes zancadas a una de las ventanas con enredaderas talladas. Allí había una pequeña maceta de cerámica, con hiedra verde asomando por el borde. La cogió, la llevó a la mesa y colocó sus manos a ambos lados—. Antes de que huyera con Gaya, la hazaña de la que estaba más orgulloso era haber derrotado a un lobo monstruoso que merodeaba a las afueras de su pueblo. Era la cría de una de las criaturas atrapadas en las Tierras Sombrías, cuando todavía no habían desaparecido todas. Ya lo llamaban el Lobo antes de venir al bosque, y la palabra «guardián» era demasiado parecida como para cambiarle el nombre después de aquello. —Le dedicó una sonrisa burlona y deslizó la hiedra hacia

ella—. Si te soy sincero, yo prefiero Lobo.

—A lo mejor la gente no pensaría que eres un monstruo si te llamaran Guardián.

—A lo mejor no me importa que lo piensen.

Había intentado que sonara feroz, y más o menos lo había conseguido. Pero había algo en la convicción de Eammon que tocó una fibra sensible en el corazón de Red. Enrolló con cuidado uno de los zarcillos de hiedra alrededor de su dedo.

Él se sentó bien esta vez, sin reclinar la silla de manera inestable.

—Será sencillo. —Hizo un gesto hacia la hiedra—. Vas a hacer que crezca.

Red apartó hacia un lado la taza de café medio vacía, esperando que Eammon no viese cómo le temblaban las manos cuando las colocó sobre la maceta.

—¿Y cómo hago esto sin provocar una desgracia, exactamente? Hemos conseguido que la magia sea más fácil de controlar, pero sigo sin fiarme demasiado.

Aquella mención a su matrimonio, por indirecta que fuese, hizo que los dos apartaran la mirada.

—Concéntrate en lo que quieres hacer —dijo Eammon, después de un instante de tensión—. En cuanto fijes el objetivo en tu mente, ábrete al poder del bosque. Es algo… intuitivo. —Levantó la mirada de sus nudillos llenos de cicatrices y miró a Red—. Es parte de ti.

«Parte de ti». Red pensó en las transformaciones que le había provocado a él la magia, en la corteza y en sus ojos verdes, en su altura y aquella voz resonante. Era una balanza que se inclinaba de un lado a otro: de hombre a bosque, de hueso a rama.

La magia floreció en su interior y se extendió hacia arriba. Era algo de lo que podría hacer uso si era lo suficientemente valiente. Si podía dejar a un lado los recuerdos de las otras veces que…

Red cerró los ojos y sacudió la cabeza, como si aquellas imágenes fuesen algo que podía alejar físicamente.

—Estoy lista.

—Yo estaré aquí.

Aquella confianza sirvió para aliviar parte de la ansiedad de Red, así como la tensión de sus piernas y sus brazos. Dejó escapar el aire lentamente e intentó calmar los pensamientos acelerados de su cabeza, concentrarse en su objetivo. Tenía que hacerla crecer; pensó en las raíces adentrándose en la tierra y en las hojas de la hiedra expandiéndose.

Cuando lo tuvo claro, Red fue en busca de su poder. Lo hizo con cuidado, pero su magia se abrió como una flor al más mínimo roce.

Y, por un breve instante resplandeciente, pensó que podría hacerlo.

Pero su mente era un torrente de recuerdos, y al tocar su poder de forma

consciente, se vio arrastrada y empezó a ahogarse, presa del pánico. Todo volvió a pasar por delante de sus ojos como si estuviera ocurriendo de nuevo: un estallido de ramas, de raíces y espinas; la sangre que lo salpicaba todo, costillas destrozadas por troncos afilados, Neve cayendo al suelo…

—¡Red! —Lo oyó desde el otro lado de una neblina. Era un ruido lejano, como si le estuvieran gritando a través de un ciclón. Lo único que veía era un bosque negro y un cielo del mismo color; los únicos sabores que notaba en la boca eran los de la tierra y la sangre. Distraídamente, sintió cómo las vértebras se le paralizaban, cómo su tráquea intentaba sin éxito conseguir aire, cómo todo su cuerpo dejaba de funcionar como último recurso para mantener encerrada la magia.

Notó cómo la agarraban con fuerza por los hombros y la hacían girar hacia unos ojos de color ámbar abiertos de par en par. Sintió el calor y las cicatrices de las manos del Lobo sobre su mejilla.

—¡Red, para!

Su voz y sus ojos la liberaron de la prisión de sus recuerdos. Red soltó un grito ahogado y dejó que entrara el aire en unos pulmones que volvían a funcionar.

Eammon la soltó casi de inmediato, como si su piel lo abrasara.

—¡Por todas las sombras! ¿Qué ha sido eso?

El borde de la mesa se le clavaba en la espalda con una firmeza que contrastaba con los latidos salvajes de su corazón.

—No puedo hacerlo. Pensaba que podría, después del rito de enlace…, pero no puedo.

—Lo has hecho antes. Hace una semana.

—¡Aquel día no pude controlar nada! ¡Apenas conseguí contenerlo! —Red movió la mano hacia la ventana de forma agresiva—. ¿Quieres volver a arrojarme al Bosque Salvaje, a ver si eso me obliga a aprender a controlarlo?

Eammon dio un paso atrás y levantó las manos en señal de rendición. La luz de la chimenea iluminaba las cicatrices de sus palmas.

La puerta del piso de abajo se abrió con un gran estruendo y rompió aquel silencio tenso. Unos pasos subían a toda prisa. El pelo rojizo de Fife apareció en el hueco de la escalera, con unos mechones de pelo pegados a la frente por el sudor.

—Ha llegado un mensaje desde Confín —jadeó—. Tenemos una brecha al oeste, pero ha habido una complicación.

—¿Qué tipo de complicación? —Eammon seguía con la mirada fija en Red, con una expresión entre enfadada y dolida.

Fife apretó la mandíbula.

—Estaban buscando algún agujero en la frontera, como siempre. En lugar de eso, han encontrado una brecha. Y alguien… ha caído dentro.

Eso bastó para llamar la atención de Eammon. Asintió con un

movimiento de cabeza.

—Cierra la fortaleza y refugiaos aquí, es más seguro.

—Debería ir contigo.

—Es demasiado peligroso. Si alguien ha caído en una brecha formada por completo, intentará arrastrar a otros hacia ella. Serás más útil aquí. —Eammon pasó la mirada hacia Red de forma casi imperceptible y luego volvió a mirar a Fife.

El otro hombre frunció el ceño. Luego asintió.

En cuanto Fife bajó las escaleras, Eammon se dirigió hacia la chimenea. Sobre la repisa centelleaba un cuchillo largo, así como la daga que había llevado antes.

—Quédate aquí. —El Lobo miró a Red sobre su hombro, con seriedad—. Ni se te ocurra salir de la torre.

A Red se le pasaron por la cabeza varias preguntas y quejas, pero, cuando abrió la boca, lo único que le dijo fue:

—Ten cuidado.



CAPÍTULO TRECE

Red estaba sentada junto a la ventana, con la uña del pulgar entre los dientes. Fife le había llevado una cesta con unas manzanas un poco arrugadas a la hora de la comida, pero tenía el estómago demasiado revuelto por los nervios como para comer. Era ridículo preocuparse por el Lobo, que había salido a hacer cosas de Lobos.

Y aun así…

No estaba segura de si podía considerar a Eammon su amigo. Ni siquiera sabía si le caía bien, a pesar de aquella extraña relación familiar en la que se habían visto atrapados. Pero la había salvado dos veces, y aunque hubiera sido más porque la necesitaba que por motivos personales, debía tenerlo en cuenta. El Lobo todavía no se había ganado su amistad, pero sí su confianza, y saber que aquel era el único lazo que compartían hacía que el sentimiento fuese más fuerte.

Y si le pasaba algo a Eammon, ¿qué ocurriría con el Bosque Salvaje? ¿Tendría que asumir ella sola toda la carga de ocuparse de los centinelas debilitados, la plagaoscura y los monstruos que reclamaban su libertad? Red no creía que pudiera aguantar sin ayuda, al menos no durante mucho tiempo. Ni siquiera Eammon había podido. ¿Qué les pasaría a Neve y a todos los que había más allá del Bosque Salvaje cuando fracasara inevitablemente?

Así que se preocupaba. Tenía el estómago revuelto, le picaban las palmas de las manos por los nervios y no apartaba la vista del bosque para no perderse su regreso.

Fife la observaba desde la silla que Eammon había dejado vacía, a la que le

había dado la vuelta para poder apoyar su mano buena en el respaldo. Había estado callado desde que había vuelto a la torre. Aquel silencio habría molestado a Red en cualquier otra situación, pero en aquel momento estaba demasiado nerviosa como para darse cuenta hasta que le habló.

—Estará bien. —Fife golpeó con un nudillo el respaldo de la silla—. Estas cosas pasan a menudo por aquí. Bueno, excepto lo de que se caiga alguien en una brecha, pero Eammon puede ocuparse de ello mejor que cualquiera de nosotros. Los habitantes del pueblo se pasan la vida revisando la frontera.

Su voz hizo que Red se sobresaltara, pero no le molestaba. Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con revisar la frontera? ¿Y qué pueblo?

—Confín, más allá del límite norte del Bosque Salvaje.

Allí viven los descendientes de los exploradores que intentaron descubrir lo que había al otro lado, hace mucho tiempo. Como el bosque cerró sus fronteras antes de que pudieran volver a casa, se quedaron atrapados allí. Ahora no los deja cruzar, pero eso no impide que sigan buscando algún punto débil. Creen que tiene que haber algún lugar por el que poder salir de allí. —Fife se encogió de hombros—. Es una tontería. Si estás encerrado aquí, lo estás para siempre.

Red nunca había oído hablar de Confín ni de que hubiera nada más allá del Bosque Salvaje, pero no parecía que Fife fuese la persona más indicada a quien pedirle información. No cuando el resentimiento en su voz era más que evidente.

De todas formas, estaba demasiado consumida por la ansiedad como para sentir curiosidad.

—Es solo que parece estar… —la voz de Red se fue apagando, pues no estaba segura de cómo definir los círculos oscuros alrededor de los ojos de Eammon o la tensión de su mandíbula— cansado.

—Todos lo estamos. —Fife cogió una manzana con su mano buena, y Red se volvió a fijar en las finas raíces que le rodeaban el brazo. Sintió cómo le picaba la piel que cubría su propia manga. Llevaba la marca tapada desde el momento en que había aparecido, excepto cuando se la había enseñado a Eammon el primer día en la biblioteca.

—¿Crees que se habrá llevado algunos viales? —preguntó ella, recordando que lo que brotaba de las heridas de sus manos era casi todo savia y que Eammon necesitaba sangrar para evitar que el bosque lo transformara—. Por si… se queda sin sangre y necesita más.

—No. Mi sangre y la de Lyra son prácticamente inútiles en comparación con la suya.

—¿Y por qué seguís usándola, entonces?

—Son las condiciones del pacto. —Fife se tocó la marca—. Cuando negocias para salvar una vida, tu parte del trato no se cumple hasta que hayas

derramado cierta cantidad de sangre al servicio del Bosque Salvaje. Y parece que yo todavía no he dado suficiente.

Ahí estaba otra vez el rencor, agitándose bajo la superficie de su voz como la corriente peligrosa de un río. Red se estiró para coger una manzana, principalmente para tener algo que hacer con las manos.

—¿Qué pacto hiciste tú, Fife?

La tensión en el aire le hizo pensar que no le iba a responder. Entonces la miró a los ojos con cautela.

—¿Cuánto sabes sobre hacer tratos con el Bosque Salvaje?

—Probablemente menos de lo que debería.

Fife levantó una ceja, incrédulo, y luego se encogió de hombros.

—Cada pacto conlleva un precio. Ya sabes cómo son los más sencillos: dientes caídos y mechones de pelo. Pero negociar para salvar una vida es distinto. El Bosque Salvaje te marca y debes acudir a su llamada si te lo pide, pero antes nadie sabía para qué. Hice mi pacto, conseguí la marca y no supe lo que haría conmigo hasta que el bosque me llamó. Tiró de mí como si fuese un puñetero pez al que acababa de pescar y me desangró igual que a uno. —Arrojó el corazón de la manzana a la chimenea. Red oyó el sonido siseante de aquella madera incombustible—. Lyra y yo fuimos los únicos idiotas que intentaron negociar a cambio de una vida.

—O los únicos valientes.

—Ella, quizás. Yo no. —Fife se reclinó con la mano herida apoyada sobre el vientre y se quedó callado. Red no lo presionó—. Había una chica —dijo un instante después, casi para sí mismo—. Tuvo un accidente. Una piedra de molino le aplastó la pierna. La herida supuraba y le subió la fiebre. Su muerte era inevitable, así que hice un pacto. Mi vida por la suya. —El pelo rojizo le cubrió la frente llena de pecas al cambiar de postura en la silla—. Se casó con otra persona, pero probablemente fuera lo mejor. El Bosque Salvaje cerró sus fronteras solo dos años después, y antes de eso ya nos había llamado a Lyra y a mí, dos idiotas con las marcas del pacto y una deuda con el bosque. La habría dejado viuda.

Red retorció el tallo de su manzana, prácticamente intacta.

—¿Fue eso lo que le pasó a tu mano? ¿Es parte del pacto?

El rostro de Fife se contrajo y sacudió la mano como si fuese a intentar esconderla. Pero luego suspiró y bajó la mirada hacia aquella masa de tejido muerto. Unas cicatrices espeluznantes la recorrían desde los nudillos hacia arriba, concentradas sobre todo alrededor de las venas de la muñeca.

—No. Esto ocurrió cuando intenté pagar mi deuda de golpe y derramar toda la sangre que quería el puñetero bosque. No funcionó, evidentemente. Lo único que hice fue cortarme los tendones y pasar tres días inconsciente. —Se encogió de hombros—. Nunca había visto a Lyra tan enfadada ni a Eammon tan callado. Las cosas tardaron un buen rato en volver a la normalidad.

Aquellas cicatrices enormes, concentradas en su muñeca… La pena invadió el corazón de Red, pero intentó que su rostro no lo reflejara, porque sabía que era lo último que querría ver.

—Lo siento mucho, Fife.

—No lo sientas. —Sonaba arisco, pero no enfadado—. Si no hubiera hecho aquel pacto, no habría conocido a Lyra.

El tallo de la manzana de Red se rompió.

—¿Estáis…?

—No —respondió rápidamente—. Bueno, al menos no en ese sentido… Es complicado. —Fife tamborileó con los dedos de la mano buena sobre el respaldo de la silla, buscando las palabras adecuadas—. Lyra no está hecha para el romance, nunca ha sido lo suyo. Pero es la persona más importante que tengo en mi vida, lleva siéndolo desde hace siglos. Con eso es suficiente.

Red asintió y supuso que no debía seguir insistiendo. Fife había hablado más con ella en los últimos cinco minutos que en todo el tiempo que llevaba en la fortaleza.

—¿A cambio de qué hizo Lyra su pacto?

—Esa historia no me corresponde a mí contarla. —El hombre se estiró para coger otra manzana—. Es más larga y honorable que la mía.

Se quedaron en un silencio que seguía siendo frío, pero más agradable que antes. Red levantó la manzana para darle un bocado, pero, antes de que se la pudiera llevar a la boca, su visión se volvió borrosa. Vio un destello de sombras verdes que parecían tener forma de hojas y ramas.

Red se acordó de aquella noche, cuando el Bosque Salvaje la había atacado como si la herida de su palma fuese algo por donde podía entrar. Cuando había visto por primera vez las manos de Eammon y se había formado la conexión entre ellos, nacida de las ramas y la sangre.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza. No había tenido una visión como aquella desde hacía cuatro años, no había motivos para pensar que pudiera tener otra en aquel momento. Al otro lado de la mesa, Fife no se había dado cuenta de nada y seguía masticando la manzana mientras miraba hacia el vacío, perdido en sus pensamientos.

Red apretó los labios con fuerza hasta formar una línea blanca.

Cuando regresó aquella extraña sensación de mareo, no fue tan sutil como las sombras del bosque. Esta vez vio un relámpago detrás de los ojos que hizo desaparecer por completo la torre y le mostró algo totalmente distinto. La hiedra de la maceta estiró hacia ella unos dedos verdes y las manzanas arrugadas rejuvenecieron y recuperaron su color escarlata.

Fife maldijo y se levantó de un salto, pero Red no lo oyó. Ya no veía la torre ni nada de lo que había allí. En lugar de eso, como había ocurrido la noche de su decimosexto cumpleaños, vio unas manos.

Estaban llenas de cicatrices y sostenían una daga. Una sangre con hilillos

verdes caía por las palmas.

Y más allá había una criatura, un monstruo. Tenía una forma vagamente humana, pero parecía como si hubieran atado a un hombre con unas cuerdas hechas de sombra, lo hubieran retorcido en unos ángulos imposibles y luego lo hubieran bañado en un líquido negro. Tenía los ojos lechosos y la boca abierta; estaba aullando. Tras él, la niebla envolvía un árbol blanco mientras aquella putrefacción oscura trepaba por el tronco.

La criatura soltó una carcajada grave que sonaba como una nota discordante. Levantó los dedos en forma de garras antes de lanzar una cuchillada hacia abajo.

Hubo otro movimiento rápido de hojas y ramas, y después de eso, Red solo pudo ver la torre. Abrió y cerró la boca con un sonido ahogado mientras se agarraba el vientre, convencida de que vería cómo se le salían las entrañas, calientes y resbaladizas.

Pero no era ella la que se estaba enfrentando al monstruo. Era Eammon. Lo había visto de forma más nítida que la otra vez.

El rito de enlace había hecho que su magia fuese más fácil de controlar…, al menos en teoría, si no se quedaba paralizada al revivir sus recuerdos sangrientos. Aparentemente, también les había dado otras habilidades. Había creado un vínculo tan fuerte que ahora podía ver a través de los ojos del Lobo.

Podía ver que algo iba terriblemente mal.

—¿Te encuentras bien? —Fife levantó una ceja.

—He… —No sabía cómo articular lo que había visto. ¿Era el pasado o el presente? ¿O el futuro? Desconocía por completo los detalles de aquel nuevo vínculo entre los dos—. He visto a Eammon. Algo le estaba haciendo daño. Algo… oscuro…

Fife abrió los ojos de par en par con una expresión preocupada.

—¿Cómo que lo has visto?

—Ya me había pasado antes. —No sabía muy bien cómo explicarlo, así que no lo intentó. Se puso en pie rápidamente y la silla estuvo a punto de caer a su espalda—. Tengo que irme.

—De ninguna manera. —Fife sacudió la cabeza con tanta fuerza que el pelo se le alborotó—. Eammon dijo que…

—¡No puedo abandonarlo! —Todavía veía por el rabillo del ojo aquel bosque ensombrecido, las ramas afiladas y las enredaderas que trepaban. Notó cómo el poder se agitaba en el interior de su pecho, intentando extenderse y abrirse paso. La hiedra de la mesa, que ya había crecido demasiado, se estremeció—. Era real, Fife, igual que lo fue la última vez. Tengo que hacer algo.

El hombre frunció el ceño con una emoción que Red no pudo identificar. Después suspiró y se puso en pie.

—Muy bien. —Se giró con intención de bajar trotando las escaleras—.

Pero, cuando Eammon nos pregunte de quién fue la idea, no esperes que te salve el culo.



El Bosque Salvaje estaba extrañamente silencioso cuando Red y Fife se adentraron en los árboles, como si estuviera distraído con otra cosa. La niebla extendía sus dedos siniestros hacia el cielo color lavanda, ascendiendo entre las ramas casi desnudas.

—Hacia el noroeste, ya que venían desde Confín —murmuró Fife, siguiendo la brújula que tenía en su cabeza—. Y probablemente cerca de aquí. —Enseñó los dientes—. Me cago en el imbécil de Valdrek…

Red apenas lo oyó. Avanzaba atravesando la maleza, apartando espinas y montones de hojas, con un único objetivo en mente: encontrar a Eammon.

En cuanto a lo que iba a hacer una vez que lo encontrara… eso todavía no lo tenía claro.

Había árboles centinelas desperdigados por el camino, altos y pálidos. Todos estaban infectados por la plagaoscura, algunos de ellos solo en las raíces, mientras que en otros llegaba por encima de las rodillas de Red. Podía notar su olor cuando pasaba cerca de ellos: olían a vacío y a frío, a ozono. La tierra alrededor de los árboles era sólida, de momento, pero Red no podía evitar preguntarse cuánto tiempo más podría aguantar así. Cuánto tardarían en liberarse de la magia que los mantenía en su sitio y aparecer en la fortaleza, una señal silenciosa para que Eammon derramara más sangre o se arriesgara a perder el equilibrio de la balanza en favor del bosque.

Oyeron un sonido que rompió el silencio. Un rugido.

Fife la miró. Los dos echaron a correr al mismo tiempo.

Las ramas pasaban a toda velocidad y Red apenas conseguía evitar los extremos puntiagudos, pero todavía recordaba la regla que le había puesto Eammon, la única que parecía seguir insistiendo en que cumpliera: no derramar su sangre donde los árboles pudieran probarla. Su respiración agitada sonaba como si tuviera un fuelle molesto en la garganta y el golpeteo de los pies de Fife sobre la maleza marcaba el ritmo de su avance como un metrónomo. «No sangres, no sangres, no sangres…».

Oyó unas voces más adelante, protestas que llegaban con un sonido etéreo a causa de todas las capas de niebla. Varias posibilidades cruzaron a toda velocidad por la cabeza de Red e hicieron que acelerara el paso: Eammon herido, Eammon destripado, Eammon tirado en un charco de sangre salpicado de hojas…

Pero, cuando llegó donde se encontraba, estaba intacto. Intacto y

gruñendo.

Estaba de pie, de espaldas a ellos, con los brazos estirados y unos cortes precisos en las palmas, de los que brotaba una sangre verde y escarlata que se le derramaba por las muñecas. Delante de él había un centinela inclinado hacia un lado, cubierto por la plagaoscura y a punto de colapsar. Sus raíces atravesaban la tierra podrida y el círculo de oscuridad a su alrededor se extendía lentamente como una herida supurante. Había unas huellas de manos ensangrentadas en el suelo, en una zona donde la infección se había retirado un poco. El pequeño trozo del bosque que Eammon había conseguido sanar estaba empezando a pudrirse de nuevo.

Por puro instinto, Red dio un paso atrás y tropezó con una figura. Al principio pensó que era Fife, pero el brazo que iba unido a la mano que le tapaba la boca estaba cubierto hasta la muñeca por un brazal de cuero gris.

—Silencio —le susurró al oído una voz desconocida.

Red no necesitaba que le dieran instrucciones, aquella criatura que se movía de un lado a otro sobre las raíces podridas del centinela como si las estuviera custodiando la había dejado sin palabras.

—Gruñidos de lobo, gruñidos de bobo, ni a plantas espantas. —Aquella cosa parecía haber sido un hombre en algún momento, y eso hacía que fuese peor aún. La forma en que se movía no estaba bien; caminaba agachado y encorvado hacia delante, y tenía las rodillas dobladas hacia atrás. Llevaba la camisa colgando y tenía un brazo descubierto. En el bíceps tenía un corte largo y oscuro, por donde salía reptando una sombra que se le extendía por la piel y la pudría con la misma facilidad con la que pudría la tierra—. He visto las sombras —canturreó, balanceándose adelante y atrás—. He visto las sombras y las cosas que esconden las sombras, y las cosas en las sombras tienen dientes.

Los dedos ensangrentados de Eammon se crisparon, intentando convocar a las ramas y las espinas. El blanco de sus ojos se volvió verde, al igual que las venas de su cuello, pero, salvo por un leve movimiento en la maleza, el Bosque Salvaje no respondió.

Sangre y magia. El Lobo se estaba quedando sin ninguna de las dos.

Hubo un breve instante en el que su rostro mostró lo indefenso que estaba. Entonces, con un gruñido, Eammon volvió a cortarse la palma.

—¿Por qué no lo estáis ayudando? —Red intentó moverse hacia delante y su susurro atravesó el aire, pero quien la había agarrado la sujetaba con mano de hierro—. ¡Ayudadlo!

—¿Qué quieres que hagamos, chica? —susurró la voz detrás de ella—. Nuestra sangre no sirve para una mierda en el Bosque Salvaje y no queremos que nadie más se infecte con las sombras.

Red miró alrededor, buscando a Fife. Estaba de pie un poco por detrás de ella, entre otras personas vestidas de verde y gris, camufladas entre los colores

del bosque agonizante. Debían de ser los habitantes del pueblo de los que le había hablado.

Red captó la atención de Fife y señaló con la barbilla hacia el centinela inclinado sobre el charco de oscuridad, pero Fife negó con la cabeza y la miró aterrorizado, y entonces Red recordó lo que había dicho Eammon en la torre: que era demasiado peligroso que Fife lo acompañara.

Que alguien que ya había caído intentaría arrastrar a los demás.

—¿Cuánto más podrás aguantar? —Aquella cosa avanzó hacia Eammon con las piernas retorcidas. Una de ellas se rompió, debilitada por la sombra que se calcificaba a su alrededor. Se dejó caer de rodillas y siguió avanzando, arrastrándose por la tierra podrida—. No mucho más mientras estés solo. Sobre todo ahora que el Bosque Salvaje huele sangre fresca.

Unos círculos oscuros rodeaban los ojos de Eammon cuando se arrodilló y apretó de nuevo la mano contra la tierra. Esta vez, la putrefacción no retrocedió. Siguió extendiéndose sin parar, y las hojas que tocaba en el suelo del bosque se arrugaban y se marchitaban.

No podía pararlo él solo.

El cuerpo de Red había tomado la decisión antes de que su mente pudiera detenerla. Se inclinó hacia delante y se liberó del brazo que la sujetaba. La otra persona se sorprendió lo suficiente como para dejar que se escapara. Red resbaló con las hojas que cubrían el suelo al dar marcha atrás para evitar la ola de tierra podrida que avanzaba hacia ella.

Eammon la miró y la frustración que había en sus ojos se convirtió en una llamarada de miedo. Sacudió la cabeza con fuerza, pero Red lo ignoró. Se movió en silencio alrededor del pozo de sombras, abriendo y cerrando las manos mientras la magia del bosque despertaba en su interior. Tiraba de ella hacia el Lobo, el vínculo que compartían hacía que aquel poder fuese más fácil de manejar, más fácil de canalizar. El espectro de sus recuerdos oscuros intentó manifestarse desde lo más profundo de su mente, pero el miedo que sentía por Eammon lo eclipsó y no le dejó espacio. La magia resonaba en el interior de sus venas y las teñía de verde.

El Bosque Salvaje todavía parecía estar exhausto y a punto de llegar a su límite, pero, cuando Red dobló los dedos, sus ramas se estremecieron.

Eammon enseñó los dientes. Cortó el aire con un movimiento de su mano —«Vete»—, pero Red sacudió la cabeza. Dio otro paso hacia él. Sus poderes se empezaban a unir…

Y entonces pisó una ramita.

A juzgar por el ruido que hizo, bien podría haber sido una columna vertebral. Red se quedó paralizada, con una mano estirada hacia Eammon. Por primera vez desde que lo conocía, el Lobo estaba aterrorizado.

La criatura levantó la nariz, olisqueando el viento.

—¡Ah, aquí está! —Aquella cabeza hinchada por las sombras se giró para

enfrentarse a Red—. ¡Sangre fresca!

Sus palabras sonaron como una embestida. Los segundos parecían durar demasiado, los mismos segundos que utilizaba para contar los latidos de su corazón. Tic y la criatura se lanzó hacia ella, tac y levantó una mano oscura y podrida, tic y aquellas uñas que en algún momento habían sido humanas se convirtieron en garras.

Tac y Eammon se colocó delante de ella de un salto. Las garras lo atravesaron a él en su lugar, cortando tela y carne.

La magia se arremolinó en el interior de Red. Ver la sangre de Eammon hizo que volvieran a su sitio los recuerdos de todas las cosas que podían salir mal. Aquel poder se estremeció entre sus manos, y todo el alivio que le había proporcionado su matrimonio se desvaneció cuando Eammon se desplomó delante de ella. Red vio el destello de su cuchillo al desprenderse de su mano y caer al suelo, y recordó que la magia no era la única manera de cerrar aquella brecha, sobre todo ahora que su poder era cada vez más incontrolable.

A la mierda sus reglas. Red cogió la daga y se hizo un corte en la palma.

Golpeó la tierra con ella y dejó que la sangre se derramara sobre el suelo del bosque. Manifestó su intención con un grito que salió desde el fondo de su garganta y resonó por todo su cuerpo, con un objetivo tan claro que era imposible de ignorar:

—¡Detente!

El pozo de sombras obedeció.

Esta vez no fue algo lento. Los bordes de la tierra podrida retrocedieron en dirección a las raíces del centinela y desaparecieron bajo ellas. El árbol se enderezó con un gran estallido y unas sacudidas hicieron temblar el suelo del bosque. Distraída, Red vio cómo aquellas personas que se mantenían alejadas de allí caían de espaldas, incapaces de mantener el equilibrio en aquel suelo inestable.

Hubo un momento de silencio, todo se quedó en calma. La criatura la miró con los ojos abiertos de par en par. Todavía seguía envuelta en sombras. Eammon apartó la mirada de la daga y miró horrorizado la mano que Red había introducido en la tierra.

Y algo dentro de ella… cambió. El curso de su magia se invirtió y empezó a retraerse, en lugar de expandirse.

Lo absorbía todo hacia su interior y arrastraba también al Bosque Salvaje.

Algo se deslizó sobre la mano que apoyaba en la tierra. Una raíz delgada que intentaba abrirse paso a través de su piel. El bosque reclamaba lo que era suyo. Ya la había probado y ahora quería más.

«Si le das tu sangre al Bosque Salvaje, no se conformará con eso».

El dolor dibujó una mueca en la boca de Red, pero el sonido que recorrió el claro no había salido de su garganta, sino de Eammon.

Este se levantó tambaleándose, agarró a la chica por los hombros con las

manos ensangrentadas y llenas de cicatrices y tiró de ella con fuerza para separarla de la tierra. Red sintió cómo las raíces reptaban sobre su herida con más ansia, pero la soltaron en cuanto despegó las manos del suelo.

Eammon se agachó y golpeó la tierra con la mano, allí donde todavía había restos de la sangre de Red. No se había hecho cortes nuevos en la piel. En lugar de eso, se transformó, igual que el día que le había sanado a Red la herida de la mejilla en la biblioteca: una corteza le rodeó los antebrazos como si formara unos brazales y las venas que tenía en el cuello y debajo de los ojos se volvieron verdes. Un círculo esmeralda creció alrededor de sus iris ambarinos hasta que no quedó nada de blanco.

—¡Suéltala! —gruñó Eammon al centinela sanado, a todo el Bosque Salvaje que los rodeaba. Su voz tenía un sonido polifónico y resonante, sonaba como un eco a través de las hojas—. Esta no te pertenece.

El Bosque Salvaje se estremeció y dejó escapar un ruido que recordaba a un suspiro.

Con la respiración entrecortada, Eammon se dejó caer de rodillas junto a Red. En su pecho brotaron tres rayas de verde y carmesí, y la sangre siguió manando mientras desgarraba un trozo de tela del borde de su camisa y se lo ataba a Red alrededor de la mano de manera descuidada.

Luego se quedó quieto, buscándola con la mirada, con el verde de sus ojos desapareciendo poco a poco. Estaba aterrorizado y exhausto.

Un quejido rompió aquel momento de silencio. Eammon se encogió de miedo.

La criatura que estaba sobre las raíces del centinela se estremeció. Algunas partes de ella se encogieron: las garras que habían destrozado el torso de Eammon volvieron a tener forma humana, y sus ojos, lechosos y enormes como platillos, empezaron a menguar y se tiñeron de azul. La altura monstruosa de aquel ser se redujo a la mitad y sus piernas volvieron a su sitio cuando los huesos rotos se juntaron de nuevo, haciendo que soltara un alarido. La sombra escapó siseando de la herida de su brazo.

Aquella cosa, mitad hombre y mitad monstruo, cayó sobre las ramas, retorciéndose y llorando. Había sanado la brecha, pero no a él. No del todo.

Red se dio la vuelta.

—Nosotros nos ocuparemos. —El hombre que la había atrapado cuando ella y Fife habían echado a correr hacia el claro salió de su escondite entre los árboles. Tenía el pelo rubio, casi blanco, y lo llevaba trenzado de forma elaborada por encima de los hombros, mezclado con una barba larga más blanca incluso que su piel. A lo largo de su cabello brillaban unos anillos plateados. Era un estilo que Red solo había visto en los libros de historia. Los demás salieron de las sombras, todos vestidos con los mismos atuendos grises y verdes.

El hombre miró a Red con una expresión inescrutable.

—Gracias.

Red solo fue capaz de asentir con la cabeza. Ahora que no estaba distraída con el bosque que la atacaba ni con tener que salvar a Eammon, ver a otros humanos allí fue suficiente para dejarla sin palabras.

La brecha estaba cerrada, así que Fife se unió a los demás para recoger palos de entre los árboles para atarlos y construir una camilla rudimentaria. Uno de ellos sacó un rollo de vendas de su bolsa.

—Tened cuidado, no le toquéis la herida —advirtió Fife—. Tenemos que cubrirla.

Eammon se levantó con las piernas temblorosas.

—Yo lo haré.

Fife levantó una ceja al ver sus heridas, pero le ofreció las vendas. Despacio, como si cada paso fuese una punzada de dolor, el Lobo se acercó al hombre que estaba sobre las raíces. Tragó saliva con dificultad y se arrodilló para envolverle el brazo infectado por las sombras.

Cuando acabaron con la camilla, Fife volvió junto a Red, que seguía sentada en el suelo. La sangre rezumaba a través del trozo de la camisa de Eammon que le envolvía la mano. «No dejo de destrozarle la ropa», pensó ella, distraída.

—¿Estos son los habitantes del pueblo? —dijo Red con voz ronca, poniéndose en pie. Tenía las piernas entumecidas—. ¿Los de Confín?

Fife asintió, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados.

—Y son los descendientes de los exploradores que fueron más allá del Bosque Salvaje. Antes de que cerrara sus fronteras y no dejara cruzar a nadie que no fuese una segunda hija. —Red sacudió la cabeza—. Los registros oficiales dicen que todos los exploradores murieron, nunca llegaron noticias suyas.

—No pudieron enviarlas. —Fife se encogió de hombros—. Cuando el Bosque Salvaje se cerró, quedaron atrapados al otro lado, sin forma de regresar ni de contactar con el mundo exterior. Envejecieron y tuvieron hijos, que a su vez también envejecieron y tuvieron más hijos. Ahora llenan todo un país al otro lado y son totalmente autosuficientes.

Red observó a la gente que rodeaba el claro, todos mirando a Eammon con inquietud y vestidos como si hubieran salido del pasado.

—¿Y dices que estaban buscando un punto débil? ¿Qué quiere decir eso?

—Un sitio por donde el Bosque Salvaje les dejara cruzar.

Red resopló ligeramente.

—Pues parece que lo han encontrado.

—Suelen hacerlo —dijo Fife—. Al Bosque Salvaje no le preocupa tanto la frontera norte. Hay menos enemigos de los que defenderse, supongo. Eammon, Lyra y yo podemos salir del bosque por allí, aunque no podemos ir demasiado lejos, y no es una experiencia demasiado agradable para nosotros.

—Apretó la mandíbula—. Pero la frontera con Valleyda está sellada, y esa es la que importa.

Los habitantes del pueblo cargaron al hombre en la camilla. Soltó un quejido débil, todavía a medio camino entre humano y monstruo. Eammon le echó un largo vistazo antes de girarse hacia el hombre con los anillos en el cabello, que parecía ser el líder.

—Enviad un mensaje en cuanto podáis. —A pesar de las heridas en el torso de Eammon, su voz sonaba calmada—. ¿Tenéis algún sitio donde dejarlo?

—El sótano de la taberna nos ha servido otras veces. Tiene cimientos fuertes. —El hombre sacudió la cabeza e hizo tintinear los anillos plateados—. Bormain ayudó a construirlo. Maldita sea, él mismo estuvo bebiendo allí hace dos días.

—¿Fue una expedición planeada? —La pregunta de Eammon era directa.

El hombre se frotó la boca con una mano y apartó la mirada del Lobo. Suspiró y asintió una vez.

—No servirá de nada, Valdrek. —Había rabia en el tono de Eammon, pero no demasiada, como si no tuviera fuerzas para ello—. Aunque os deje cruzar la frontera norte, no podréis salir por el otro lado.

—¿Por qué está tan debilitado el bosque? Debería estar haciéndose más fuerte y empezando a abrir sus fronteras, no cerrándolas aún más por miedo a que los monstruos sacudan los barrotes de su jaula. —Valdrek movió la cabeza en dirección a Red—. ¿No se supone que para eso has traído savia nueva?

—Es la Loba. —La mirada de Eammon podía matar—. No savia nueva.

Silencio absoluto.

—Ya veo. —Valdrek pasó la mirada de Eammon a Red—. Es toda una novedad… Enhorabuena, Lobo.

Junto a ella, Fife frunció el ceño. Luego levantó las cejas.

—¡Oh!

Las mejillas de Red se sonrojaron. No se había parado a pensar en que aquel matrimonio incluía un nuevo título.

Eammon se acercó a ellos, alto y erguido, pero Red se fijó en la línea blanca de su boca, apretada por el esfuerzo, y en cómo le temblaba la mano que colgaba en su costado.

—Eso no tiene buena pinta —observó Fife.

—Parece peor de lo que es. —Estaba claro que mentía, pero el tono de Eammon no invitaba a discutir. Cuando Red miró a Fife, este sacudió la cabeza ligeramente a modo de respuesta. Insistir no le serviría para nada.

—Entonces me voy. Avisaré a Lyra de que todo está bajo control. —Fife se dirigió hacia la línea de los árboles trotando y murmurando algo ininteligible, aunque Red pudo entender la frase «maldito mártir».

El rostro de Eammon reflejaba su dolor. El dobladillo destrozado de su

camisa dejaba al descubierto una tira de piel manchada de sangre. Abrió la boca y la volvió a cerrar, tenía la garganta seca. Red, que no tenía nada que comentar para romper aquel silencio, simplemente apretó los labios.

Tras ellos, el hombre infectado de sombras murmuraba cosas sin sentido. Red miró sobre su hombro y los ojos ciegos y lechosos de la criatura los miraron fijamente.

—Solmir te manda recuerdos, Lobo —murmuró Bormain.



CAPÍTULO CATORCE

Eammon se quedó paralizado, con los ojos abiertos de par en par, mirando hacia el otro lado del claro salpicado de tierra revuelta y de restos del bosque, con una expresión a medio camino entre el terror y la rabia. Agarró a Red con fuerza por el codo y la guio hacia los árboles, tan rápido que estuvo a punto de hacerla tropezar.

Solmir. Red tardó un instante en ubicar aquel nombre, en averiguar lo que significaba y por qué le evocaba unas imágenes con velas y piedra. Cuando lo consiguió, sus pasos se volvieron más torpes.

Valchior, Byriand, Malchrosite, Calryes, Solmir. Los cinco reyes.

Por todas las sombras… Abrió la boca para preguntarle a Eammon por qué había mencionado Bormain a uno de los cinco reyes, pero su grito ahogado de dolor hizo que la pregunta quedara eclipsada. Sintió que le ardía la mano debajo de aquel vendaje improvisado que Eammon había hecho con su camisa, y al apretarla contra al pecho, le fallaron las rodillas.

Oyó un susurro tranquilizador y unas manos cálidas le quitaron el vendaje de la mano. El corte que se había hecho era una línea de un color rojo amoratado, como si se hubiera estado infectando durante un mes entero en apenas unos segundos. El dolor palpitaba al ritmo de sus latidos, un eco que resonaba también por debajo de su codo, alrededor del círculo de su marca del vínculo.

Un pensamiento pasó por su cabeza, fugaz pero nítido: «El Bosque Salvaje no está contento conmigo». Red había evitado que algo ocurriera, algo que él quería. Lo mismo que había querido también cuatro años antes, cuando su

sangre se había derramado sobre el bosque por primera vez.

Eammon lo había evitado en aquella ocasión, y ahora lo había vuelto a hacer. El Bosque Salvaje cada vez tenía menos paciencia.

Aquellas manos cálidas cubrieron las suyas. Unos segundos después aquel dolor punzante desapareció, tanto de su mano como de la marca. Otro corte se abrió en la mano lacerada de Eammon, idéntico al que se había hecho Red en la suya, y le transformaba las líneas de la palma que representaban el amor y la vida en una encrucijada enmarañada. Eammon maldijo y apretó los dientes. Se llevó la mano ilesa al antebrazo, donde tenía su propia marca del vínculo oculta bajo una manga destrozada y llena de sangre.

Había vuelto a adueñarse de su dolor. Otra vez estaba sufriendo por ella.

—No tenías por qué hacerlo —murmuró Red, avergonzada. Se apoyó con las manos para ponerse en pie, aunque seguía con las piernas temblorosas. Giró la palma y vio que tenía la piel intacta. Había unas manchas de sangre seca sobre sus muñecas.

—Yo iba a decirte lo mismo. —Eammon se alejó de ella. Parecía que ya era capaz de soportar el dolor que le había arrebatado. Tenía una mano apoyada en el hueso de la cadera y con la otra se alborotaba el pelo. Se le había soltado y le caía por la espalda como la tinta derramada de un tintero—. Por todas las sombras… ¿Qué parte no has entendido de quedarte en la torre, Redarys?

Red se cruzó de brazos. La piel que Eammon le había curado estaba suave y, de alguna manera, más sensible.

—Te he visto.

—¿Qué quieres decir con que me has visto?

—He tenido… una visión, supongo.

Eammon levantó una ceja, incrédulo.

—Una visión…

—Ha sido como la primera vez. Como la noche que me corté la mano y derramé mi sangre en el bosque, pero en esta ocasión ha sido más intenso. Más nítido. Como si nuestra conexión fuera… —Su voz se fue apagando y giró la cara. De repente tenía las mejillas ardiendo. Empezó a juguetear con la tela de la manga que le cubría la marca—. Como si fuera más fuerte ahora, después del rito de enlace.

Suponía que llamarlo rito de enlace en lugar de matrimonio haría que se sintiera menos incómoda, aunque el significado era el mismo. Aun así, su lengua estuvo a punto de trabarse al decirlo. Era algo delicado que se suponía que nunca debería haber tenido.

El silencio pareció hacerse eterno en mitad de aquel aire frío. Por fin, Eammon suspiró y se pasó una mano por la cara.

—Vaya —murmuró él—. Qué interesante…

Red torció la boca.

—Entonces esto… —Eammon agitó la mano hacia los dos— hace que podamos vernos el uno al otro. —Resopló—. Cuando estemos en peligro.

—Eso parece.

—Maravilloso. —Eammon se volvió a frotar los ojos—. ¿Y qué has visto, exactamente?

—Tus manos. —Red se quitó una hoja del pelo, agradecida por poder mirar algo que no fuese el Lobo—. Igual que la última vez. Pero también he visto a Bormain y el centinela. —Hizo una pausa—. Por eso sabía que necesitabas ayuda. He visto cómo te cortabas, y también he visto que no estaba funcionando.

La hoja que Red se había sacado del pelo se retorció y cayó al suelo, quebradiza y marrón, con algunas manchas verdes. Cuando tocó la tierra, el color que le quedaba se apagó lentamente.

—Entonces deberíamos intentar no ponernos demasiado en peligro —dijo Eammon, mirando la hoja.

—No parece nada fácil en este lugar.

—Es lo único que puedo hacer ahora mismo. —Eammon se giró y el movimiento le retorció las heridas del torso. Maldijo entre dientes mientras la sangre y la savia empapaban la tela de su camisa. Se recostó contra un árbol, como si se hubiera quedado sin fuerzas para mantenerse en pie.

—Eso tiene un aspecto terrible, Eammon.

Levantó la mirada al oír aquello y se sonrojó. Red se dio cuenta de que era la primera vez que lo llamaba por su nombre, aunque ya hacía una semana que se conocían.

Bueno, ahora era su marido. No podía seguir llamándolo Lobo para siempre.

—¿Puedes curarlas? —preguntó ella apresuradamente, para alejar de allí el eco de su nombre—. ¿Igual que hiciste con mi mano?

—No me puedo sanar a mí mismo. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el tronco—. Tiene que haber un equilibrio, ¿recuerdas? El dolor tiene que ir a algún sitio.

Red dio un paso adelante, con miedo. Luego estiró la mano, con más miedo aún.

—Podría…

—No. —Eammon abrió los ojos de golpe—. Nada de «podría». Ya has hecho suficiente por hoy, Redarys, no voy a dejar que también me retuerzas las entrañas.

Eso le dolió más de lo que estaba dispuesta a admitir. Red apartó la mano que había estirado.

—¿Prefieres que te deje solo para que te las retuerzas tú mismo?

—¿No se te ha ocurrido pensar que no tendría que hacerlo si no te hubiera tenido que proteger?

—¡Me necesitabas!

Aquellas palabras lo golpearon como el hacha de un verdugo. Eammon apartó la mirada.

—Supongo que sí.

Red levantó una ceja con una expresión sarcástica, aunque notaba el latido de un corazón un poco más fuerte de lo normal.

—¿Ves? ¿A que no era tan difícil?

La risa triste de Eammon se convirtió en una mueca de dolor. Apretó la mano contra el abdomen y Red observó, preocupada, cómo la sangre le manchaba los dedos.

—¿Estás…?

—Estoy bien.

Con los labios apretados, Red prestó atención a su propia herida, dado que Eammon parecía decidido a ignorar la suya.

—No me ha dolido cuando me he cortado —murmuró, doblando los dedos—, solo me ha dolido más tarde. —Hizo una pausa—. Ya me había pasado antes.

La noche en la que había intentado desafiar al Bosque Salvaje, aquella noche con Neve, la sangre y una visión que no entendía. Cuando las habían puesto a salvo, después de la carnicería, había sentido la mano como si estuviera envuelta en llamas, un dolor agudo y penetrante que no podía provenir del pequeño corte en la palma. Los médicos estaban desconcertados y no habían sabido qué hacer, aparte de darle vino aguado hasta que se le pasara el dolor. Y se le había pasado, pero había tardado dos días.

Eammon cambió de postura, todavía reclinado contra el árbol.

—Es por el Bosque Salvaje —dijo por fin—. Tiene algo que ver con vincularse a él a través de la sangre. —Parecía una respuesta a medias, como si tuviera que añadir algo después de aquello, pero el Lobo no dijo nada más. Giró ligeramente la cabeza y Red ya solo pudo ver la silueta de su perfil.

La joven frunció el ceño y se frotó una mancha de sangre seca que tenía en la muñeca.

—Probablemente también tenga que ver con que está enfadado. —Estaba intentando provocarlo, pero la única señal de que Eammon podría morder el anzuelo fue el movimiento de su garganta al tragar saliva—. No parece que el Bosque Salvaje esté muy contento con el hecho de que no le hayamos permitido hacer… lo que sea que quisiera hacer.

El Lobo seguía sin mirarla.

—Sí, eso también.

Red ya tenía las manos casi limpias, así que se cruzó de brazos y levantó una ceja.

—¿Siempre es tan doloroso?

—Antes sí lo era. —Con una mueca, Eammon se apartó del tronco del

árbol y dio un paso adelante—. Vamos.

Red lo empezó a seguir y, por un instante, el único sonido que había era el golpeteo irregular de sus botas.

—Bormain ha mencionado el nombre de uno de los cinco reyes —dijo ella por fin, porque no sabía cómo transformar su confusión en preguntas sutiles —. Solmir. El que se iba a casar con Gaya. ¿Por qué?

Delante de ella, Eammon se dio la vuelta y le clavó uno de sus ojos ambarinos. Dejó escapar un suspiro largo y giró sobre sí mismo para seguir avanzando entre la maleza.

—¿Qué sabes de lo que hay en las Tierras Sombrías?

—Nada. Como de todo lo demás, solo sé lo que cuentan las puñeteras leyendas, y, por lo que he visto hasta ahora, casi todo son chorradas.

—Tienen algunas pinceladas de verdad, pero sí, la mayor parte son chorradas. Las Tierras Sombrías sirven como prisión para las criaturas de sombras, las bestias legendarias y los Antiguos, aquellos que eran más dioses que monstruos. —Hablaba de los monstruos con tranquilidad, claro que él era el Lobo. Apartó las ramas para abrirse camino a través del bosque oscuro—. Y también están allí los cinco reyes.

A Red le fallaron las piernas y se detuvo. Abrió la boca, sorprendida.

—Creía que habías dicho que los reyes no estaban aquí.

—Y no están aquí, están en las Tierras Sombrías. Y, a pesar de lo que sigue diciendo la religión, yo no tengo ninguna forma de liberarlos. A no ser que quieras que todo lo que está encerrado allí salga junto a ellos y se destruya el Bosque Salvaje. Y te aseguro que no quieres que pase eso. —Eammon levantó una rama y la apartó del camino para que pudieran pasar—. Puede que el bosque y yo no estemos de acuerdo en los métodos, pero sí en las ideas.

Red pensó en el fragmento de Bosque Salvaje que había en su interior y en el que tenía él, aún más grande. Pensó en el tira y afloja de tener que luchar contra algo que era parte de ti, pero al mismo tiempo era algo separado.

—¿Cómo acabaron allí?

—Hicieron un pacto. Esa parte ya la conoces. Lo hicieron para crear las Tierras Sombrías, para tener un lugar donde encerrar a los monstruos. El Bosque Salvaje aceptó, pero para lograr aquella hazaña necesitaba una cantidad de poder inmensa. —Eammon dijo todo aquello con una voz que casi no parecía cansada, pero sus hombros eran dos líneas rígidas y apretaba la mano contra el torso mientras caminaba, como si se le fuese a salir algo del interior si no lo mantenía bien sujeto—. Antes de eso, la magia era parte del mundo. Simplemente… estaba ahí. Cualquiera podía utilizarla si aprendía cómo hacerlo. Para crear las Tierras Sombrías, el Bosque Salvaje absorbió toda aquella magia y la encerró dentro de sí mismo. Creó a los centinelas y también las Tierras Sombrías bajo ellos.

—Y a los Guardianes.

—También, sí. El Bosque Salvaje necesitaba ayuda para mantener su nueva prisión. Ciaran y Gaya llegaron en el momento menos oportuno. —Apretó el puño con la mano que no llevaba apoyada contra el estómago ensangrentado—. Cincuenta años después de que hicieran su pacto, los reyes decidieron que querían recuperar la magia. Intentaron deshacer todo aquello talando el árbol junto al que habían hecho el pacto. En lugar de eso, el Bosque Salvaje abrió un agujero hacia las Tierras Sombrías y los encerró allí, junto con los monstruos que habían desterrado. El bosque se toma muy en serio sus tratos. En ese momento fue cuando cerró sus fronteras: no quería que nadie más intentara deshacer sus pactos ni tampoco hacer alguno nuevo. —Eammon se encogió de hombros, con un gesto forzado y doloroso—. Hay una moraleja en esta historia. A la gente que tiene el poder le molesta perderlo, pero tener demasiado poder durante demasiado tiempo puede convertir a cualquiera en un villano.

Red empezó a notar en las sienes los primeros pinchazos —de un dolor de cabeza.

—Pero eso no explica por qué Bormain ha mencionado a Solmir. Si todos los reyes están ahí dentro, ¿por qué ha hablado de él en concreto?

Al oír aquel nombre, los músculos de la espalda de Eammon se tensaron, pero siguió hablando con una voz tranquila.

—¿Quién sabe? Bormain cayó por una brecha y acabó en las Tierras Sombrías, no podemos saber qué cosas terribles habrá visto allí. —Más adelante, el portón de hierro de la fortaleza se alzaba sobre la niebla—. No le des más vueltas. Las sombras te infectan la mente tanto como el cuerpo.

Red entrecerró los ojos, pero no dijo nada.

Eammon tocó la puerta.

—Quédate en la fortaleza el resto del día —dijo mientras se abría el portón. La miró con seriedad sobre su hombro—. Lo digo en serio, Red. El Bosque Salvaje está… inquieto desde que llegaste, y cada vez que prueba tu sangre parece empeorar. —Esbozó una débil sonrisa cansada—. Te he salvado y tú me has salvado a mí, ya estamos en paz. No te metas en más líos en los que haya que ir a salvarte, al menos durante un par de días.

—Lo mismo te digo.

—Haré lo que pueda. —Eammon atravesó la puerta tambaleándose. Tropezó con una piedra y perdió el equilibrio ligeramente. Se agarró el vientre —. Me cago en los reyes…

—¿Estás seguro de que no quieres que…?

—Segurísimo.

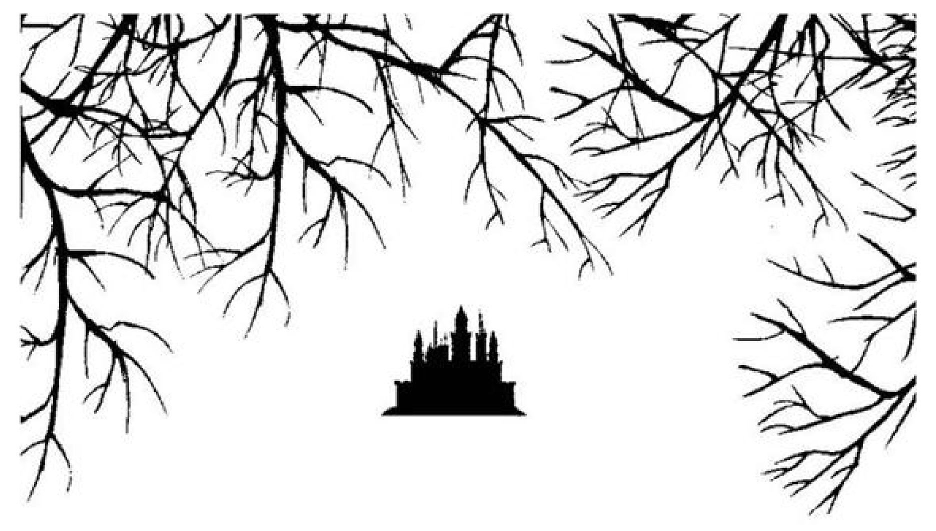
La puerta de la fortaleza se abrió de golpe y apareció la figura delgada y con el pelo rizado de Lyra.

—¿Cuándo narices pensabais contarnos que os habíais casado?

Red se detuvo en el centro del patio.

—Eh…

—Genial —murmuró Eammon, subiendo la colina a trompicones mientras la sangre le pegaba la camisa a la piel—. Voy a matar a Fife.



Interludio en Valleyda IV

—Ninguna cantidad de dinero va a conseguir que la expedición avance. Belvedere, el asesor de comercio, era un hombre remilgado y espiritual, con el pelo rapado y oscuro, un poco canoso en las sienes. Tenía una nariz prominente y una belleza que apreciaban tanto los hombres como las mujeres. Su apariencia era solo parte de su encanto, también tenía una voz dulce y potente que era agradable escuchar incluso cuando traía malas noticias.

Y, como era el asesor de comercio, era algo que ocurría bastante a menudo.

—El paso de Alpera está mucho más cubierto por la nieve de lo normal en esta época del año —continuó—. Todavía se puede cruzar, pero no tardarán en cerrarlo. La expedición no quiere arriesgarse a quedarse atrapada allí sin una vía de escape.

—Inaceptable. —La palabra era brusca, pero la voz de Isla no lo fue. Desde su lugar privilegiado al otro lado de la gran mesa, Neve vio que su madre estaba tan pálida como el rayo de luz que entraba por la ventana. El pelo dorado que la rodeaba como un halo estaba lacio y tenía unos círculos oscuros alrededor de los ojos. Hacía cuatro días que no tenía buen aspecto, desde la noche en que ella y Neve habían cenado juntas, y aunque nadie lo comentaba en voz alta, la gente estaba empezando a darse cuenta.

Eso hacía que Neve estuviera nerviosa.

Junto a ella, Kiri estaba sentada en silencio con la suma sacerdotisa, con la cara totalmente inexpresiva. Tealia, otra de las sacerdotisas de la Orden, estaba sentada al otro lado, haciendo todo un espectáculo mientras escuchaba la conversación, en contraste con la tranquilidad de Kiri. Según decía ella, Tealia

estaba desesperada por ser la sucesora de Zophia y sabía que la mejor forma de conseguirlo era conseguir que Isla la encontrara apropiada para el puesto. Habría una ceremonia para votar, pero la elección de la sucesora dependía casi por completo de la suma sacerdotisa y de la reina, y todo el mundo lo sabía.

Como si pudiera oír sus pensamientos, Kiri la miró con sus fríos ojos azules y luego desvió la mirada.

—El cargamento de cereal de Alpera es el más grande de los que recibimos en todo el año y sirve para alimentar a más gente que todas las demás importaciones juntas. —Isla sacudió la cabeza, pero sin demasiada fuerza, como si el movimiento la hiciera sentirse indispuesta—. ¿Queréis que solo tengamos aceite de oliva y té para ofrecer al pueblo cuando llegue el otoño? Habrá una revolución.

Belvedere levantó las manos.

—Eso les he dicho. Les hemos ofrecido una suma extraordinaria a los duques. El segundo estaba dispuesto a aceptarla y a obligar a la expedición a avanzar, pero el primero y el tercero votaron en contra. Les propuse que cruzaran hasta Meducia para transportarlo desde allí, pero parece que es época de desprendimientos de rocas en las montañas de Cevelden y tendrían que viajar por mar, así que también se opusieron a ello.

Neve podría haberle dicho todo aquello. Meducia hacía sus envíos hacia el norte por mar en todas las estaciones excepto en primavera, cuando el crecimiento de los árboles en las montañas de Cevelden anclaba la tierra y reducía al mínimo los desprendimientos. Era el único paso por tierra que había entre Meducia y Valleyda, así que en aquel momento, en verano, el viaje por mar era indispensable, y sería un coste demasiado alto, tanto en tiempo como en dinero. Valleyda estaba rodeada de tierra por todas partes, por lo que el cereal tendría que viajar desde Alpera atravesando toda Meducia hasta el mar, luego llegar a la costa floriense y cruzar todo el país hasta llegar a Valleyda. Y, de todas formas, con la agitación que había en aquel momento en Floriane, era improbable que el cargamento pudiera llegar a su destino.

Parecía que a Belvedere no le iría mal asistir a un par de clases con el maestro Matheus.

—Por la costa floriense, entonces —dijo Zophia, y todo el mundo se enderezó mientras hablaba, incluso Neve, aunque se odió un poco a sí misma por ello—. Parece que es nuestra única opción, les guste o no a los duques. Reunid todo ese dinero que les habéis ofrecido y ordenadles que lo utilicen para enviar el cereal a través de Meducia hasta el mar, y desde allí, al puerto de Floriane.

—Hay insurgentes, santidad. —Había que concederle a Belvedere que no había permitido que su voz dulce sonara irritada, aunque se notaba la rabia en sus ojos. Quizás Neve debería tener más en cuenta a aquel hombre—. Aquellos que se oponen a nuestra anexión se apoderarán de cualquier cosa que

enviemos al puerto de Floriane.

—Matadlos, entonces. —Tealia asintió ante su propia idea. Tenía los ojos muy abiertos y una mirada de interés fingido—. Robar a Valleyda es un crimen sagrado. Ya deberían saberlo, sobre todo ahora que acabamos de enviar al bosque a una segunda hija. Nadie nos culpará si les enseñamos una lección.

Era una idea terrible, y lo que la hacía aún más terrible era que era cierto. Todo el poder de Valleyda dependía de la religión. Las sacerdotisas de allí, gracias a su cercanía al Bosque Salvaje, tenían un poder de oración mayor que en cualquier otro país. La gente viajaba desde todas partes para presentar sus súplicas en el santuario valleydano, y los demás reinos pagaban una fortuna en tributos religiosos a cambio de cualquier cosa, desde tener buen tiempo hasta el nacimiento de un heredero. Con eso bastaba para que el resto del continente siguiera sus reglas, pero había que tener en cuenta el reciente sacrificio de una segunda hija, así que la devoción era aún mayor. La gente recordaba perfectamente las historias de los monstruos que habían salido del Bosque Salvaje un año después de la muerte de Gaya, que no habían desaparecido hasta que Kaldenore había entrado en el bosque. El sacrificio de Red no habría hecho regresar a los reyes, pero los monstruos tampoco habían vuelto. Incluso aquellos que no creían del todo en las viejas historias estaban de acuerdo en que la vida de una chica era un precio justo para asegurarse de que no se repitieran. En cuanto a poder político, Valleyda estaba en aquel momento en lo más alto.

Neve hizo chirriar los dientes y apretó los puños bajo la mesa, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—No permitiré que se utilice la fuerza contra los florienses.

Cinco pares de ojos se clavaron en ella, todos con una expresión de sorpresa, excepto los de Kiri. Isla, desde el otro lado de la mesa, miró con los ojos abiertos de par en par a la única hija que le quedaba.

Belvedere se aclaró la garganta y recuperó la compostura antes que los demás.

—La primera hija tiene razón —dijo—. Queremos que los florienses sean nuestros aliados. Aunque no estén emocionados por ser parte de Valleyda, esperamos que al menos estén dispuestos a aceptarlo. Matar a civiles solo serviría para que la opinión pública se posicionase aún más en nuestra contra.

Tealia parecía acobardada, pero Zophia simplemente agitó una mano, como si el asesinato de los insurgentes florienses no le importara demasiado.

—Entonces casaremos a Neveriah con Arick. Así le otorgaremos a Floriane el estatus oficial de provincia y el puerto pasará a ser nuestro. El pueblo adoraba a los padres de Arick antes de que fallecieran, así que es posible que cambien de opinión si se une al linaje de los Valedren. Y si no es así, al menos estarán distraídos con un buen espectáculo. —Volvió sus ojos legañosos hacia Neve—. Esta misma semana.

Neve tenía la boca demasiado seca como para responder, ya fuese para acceder a su petición, para rechazarla o para cualquier otra cosa. Había logrado posponer su matrimonio durante cuatro años, mucho más de lo que deberían haberle permitido, pero, con el sacrificio inminente de su hermana al Bosque Salvaje, nadie se había preocupado demasiado de organizar su boda. Le parecía una cosa abstracta y lejana, algo de lo que ocuparse más adelante, siempre en otro momento.

Ese momento ya había llegado, y lo único que quería Neve era salir corriendo de aquella habitación y no detenerse jamás.

—No hay por qué apresurarse. —Kiri habló en voz baja, pero sus palabras resonaron contra las paredes. Había juntado las manos, ocultas por sus amplias mangas blancas, y estaba sentada con la cabeza inclinada hacia la suma sacerdotisa en señal de respeto—. Entiendo vuestra argumentación, santidad, y en otras circunstancias estaría de acuerdo con vos. Pero Tealia tiene razón, al menos en una cosa.

Las demás sacerdotisas se sonrojaron.

—En estos momentos la devoción es mayor que nunca —continuó Kiri—. Ha nacido una segunda hija y la hemos enviado al Bosque Salvaje, como estaba planeado. ¡Y mirad! —Extendió sus manos pálidas—. Ni rastro de los monstruos. Una vez más, hemos mantenido a salvo el continente. —Volvió a juntar las manos y sus ojos centellearon—. Quizás el sacrificio no haya hecho que regresaran los reyes…

Neve recordó el santuario, recordó las ramas y la sangre y el colgante hecho de corteza que escondía en un cajón de su escritorio.

—Pero, aun así, su nacimiento fue una señal de que nos escuchan. De que anhelan la libertad y de que nos siguen enviando sacrificios, esperando que alguno de ellos baste para aplacar al Lobo. Y de que han confiado a Valleyda y a nosotras mismas esa misión sagrada. —Eran unas palabras apasionadas, pero las había pronunciado sin emoción. Kiri dirigió una vez más su mirada fría hacia Neve—. Si les recordamos todo eso con firmeza, Alpera hará lo que le ordenemos. Y también todos los demás países.

Se hizo el silencio mientras sopesaban las palabras de Kiri. La suma sacerdotisa cambió de postura en el asiento.

—No te falta razón, Kiri —concedió ella—. Pero ¿cómo propones que se lo recordemos?

Durante un minuto terrible que pareció durar más de lo que debía, Neve se imaginó todas las posibilidades, todas las cosas que sabía que se podían hacer con aquel poder extraño que había descubierto en sus visitas al santuario. Magia. Una magia que Kiri aseguraba que provenía de las mismísimas Tierras Sombrías.

A Neve todavía le costaba asimilarlo. A pesar de que había visto las pruebas con sus propios ojos, era difícil dejar atrás tantos años de

agnosticismo. Pero no había otra explicación posible y los resultados eran innegables. Los pequeños experimentos que había visto habían bastado para convencerla. Con aquel poder se podían marchitar los árboles, arrasar los campos y convertir las tierras fértiles en un páramo frío y oscuro.

Kiri esbozó una sonrisa satisfecha.

—Mediante la oración, por supuesto.

La presión en el pecho de Neve se aligeró, pero solo un poco.

—Desde su regreso, la devoción de Arick ha sido mucho mayor —continuó Kiri—. Pasa muchas noches en el santuario, meditando para hallar la forma más adecuada de ayudar a nuestros países. Estoy segura de que estaría encantado de ayudarnos, incluso antes de su matrimonio con Neveriah.

La tensión la envolvió de nuevo.

—Propongo que Arick nos acompañe a mí y un pequeño grupo destacado hasta la costa floriense —dijo—. Allí rezaremos todos juntos para que el puerto quede despejado.

Todos la miraron con los ojos muy abiertos. El puerto de Floriane estaba situado en una zona peculiar, y la boca de la bahía solía llenarse de algas en verano, tanto que a veces se bloqueaba el tráfico. Cuando ocurría, los estibadores tenían que sumergirse para eliminarlas con las manos. Al principio de cada verano, la Orden rezaba para que el agua se mantuviera despejada, para que, de alguna forma, los reyes evitaran que las algas crecieran y bloquearan el paso de los barcos. Algunos veranos la vegetación era un problema y otros no. Neve creía que las oraciones tenían poco que ver con el resultado.

Zophia levantó una ceja canosa.

—Las oraciones tienen más poder cuando se hacen en los santuarios, Kiri, no en los puertos. Y hace semanas ya rezamos para que tuvieran una buena temporada en el mar, Floriane ya nos ha enviado el tributo por ello.

Kiri agachó la cabeza.

—Cierto. Pero confío en que los reyes verán la necesidad de un milagro en estos tiempos tumultuosos y nos lo concederán. Escuchad mis palabras: cuando ofrezcamos nuestra plegaria en el puerto, la boca de la bahía quedará completamente limpia y no habrá ninguna duda de que será debido a nuestras oraciones.

Hubo otra pausa, más larga que las anteriores. Zophia frunció los labios, con el rostro inescrutable.

—Tienes mucha fe —murmuró.

—Es una buena idea, pero poco realista. —Tealia no sacó la lengua para burlarse, pero su tono surtía el mismo efecto. Pasó la mirada de la suma sacerdotisa hacia Kiri—. Incluso aunque los reyes accedieran a vuestra petición, ¿quién te dice que los insurgentes florienses no os matarán antes de que podáis ofrecer vuestras plegarias? Confías mucho en su devoción.

—Al contrario. —La sonrisa de Kiri podría cortar el cristal—. Confío mucho en los cinco reyes. ¿O no crees que sean capaces de protegernos de un puñado de rebeldes descontentos, Tealia?

Las otras sacerdotisas se quedaron calladas, con las mejillas sonrosadas. Zophia las observó a las dos, y luego, frunciendo el ceño, dirigió su atención hacia la reina.

En el otro extremo de la mesa, Isla estaba inmóvil, con la mirada perdida. El miedo apresó el corazón de Neve como un puño.

—Tu fe es admirable —dijo por fin la suma sacerdotisa, cuando fue evidente que Isla no iba a responder. Se giró hacia Kiri—. Y pienso que merece la pena intentarlo, aunque estoy segura de que la reina estará de acuerdo conmigo en que también deberían acompañaros algunos guardias.

—Uno o dos, quizás. —La sonrisa cristalina de Kiri no se reflejaba en su mirada—. No creo que hagan falta más.

Zophia no parecía muy convencida, pero no siguió insistiendo.

—Tenéis mi bendición, pero debemos movernos con rapidez. Enviar el cargamento a través de Floriane hará que se demore varios días. Si tras la vigilia la situación no parece demasiado segura, siempre podremos recurrir al matrimonio.

—No entiendo por qué no lo hacemos, de todas formas. —Belvedere volvió a meterse en la conversación después de estar varios minutos escuchando en silencio—. No perderíamos nada.

Estaba mirando a Neve y esperaba su respuesta, pero la primera en hablar fue Kiri:

—Claro que no —dijo con delicadeza—, pero un matrimonio real debe ser un acontecimiento alegre y festivo. Si fuera posible, Neveriah debería tener tiempo suficiente para planear su boda como considere apropiado.

El alivio quería invadir el pecho de Neve, pero la preocupación iba tras él. Observó a la sacerdotisa, con la mandíbula apretada. Había algo en todo aquello que le hacía sentir que estaba haciendo un trato, que cualquier ayuda que le prestara Kiri iba acompañada de las expectativas de que se la devolviera.

La pregunta era cómo.

Ultimaron los detalles, marcaron una fecha y eligieron a los guardias. Kiri, Arick y sus sacerdotisas, elegidas por la propia Kiri para ahorrarle el esfuerzo a la suma sacerdotisa, partirían en dos días, en cuanto enviaran aviso a la capital de Floriane. Los tres duques de Alpera seguían de visita, todavía no habían vuelto a casa después de despedir a Red, así que Belvedere podría transmitirles la propuesta antes del anochecer.

Neve se quedó allí cuando Belvedere y las sacerdotisas abandonaron la habitación, no sin antes hacerles una reverencia a Isla y luego a ella. Kiri le sostuvo la mirada mientras se agachaba, todavía con aquella pequeña sonrisa fría.

—Espero poder veros esta tarde, primera hija. Mi intención es ir a rezar. —Luego abandonó la habitación deslizando los pies.

Lentamente, Neve se puso en pie y echó a andar desde su extremo de la enorme mesa hasta donde se encontraba la reina. Cuando se acercó, vio una fina película de sudor en la frente de Isla y se fijó en que sus manos no paraban de temblar mientras sujetaba los dobleces de su vestido.

—¿Madre? —preguntó, vacilante—. ¿Quieres que te ayude a ir a tu habitación?

Hubo un instante de silencio, como si no la hubiera oído. Luego Isla sacudió la cabeza y se puso en pie con las piernas temblorosas.

—No. Puede que esté enferma, pero no soy una inútil.

—Creo que necesitas descansar.

Neve esperaba otra respuesta hiriente, pero, en lugar de eso, su madre suspiró.

—Sí. Descansar… —Abrió la puerta y empezó a caminar por el pasillo, tan lentamente que parecía que estuviera dando un paseo, en lugar de ser una forma de evitar perder el equilibrio.

Neve vio cómo se alejaba y se mordió el labio con tanta fuerza que estuvo a punto de romper la piel. Luego se dirigió a los jardines con el ceño fruncido.

A pesar del tiempo agradable que hacía —para los estándares de Valleyda —, no había mucha gente entre los setos. Los pocos que estaban allí no le hicieron más caso a Neve que para saludarla inclinando la cabeza mientras se dirigía al santuario con un único objetivo.

Kiri la estaba esperando con las manos metidas en las mangas. Algo se marcaba bajo la tela que le cubría las clavículas.

El colgante hecho con un fragmento de madera. Lo llevaba puesto, pero oculto.

Seguía luciendo la misma sonrisa afilada mientras veía cómo Neve se acercaba.

—Me alegro de verte por aquí.

—Déjate de juegos. —Neve utilizó una voz grave e hizo un esfuerzo por abrir los puños, por si acaso había alguien observándolas—. El plan de Floriane es una tontería. Los alperanos seguramente nos estén presionando para obtener mejores precios, si Belvedere sigue insistiendo…

—Tu primer error ha sido pensar que todo esto es solo por el cereal —la interrumpió Kiri—. Sí, el problema es que los alperanos son codiciosos. Y sí, Belvedere podría utilizar su encanto para llegar a un acuerdo con ellos en apenas un día. Pero esta es una oportunidad de oro, Neveriah. Una que sería estúpido que dejáramos pasar.

Aquel uso del plural tenía cierta carga sutil. Neve se cruzó de brazos. El latido de su corazón marcaba los segundos al retumbar contra sus costillas.

—Zophia es vieja —continuó Kiri—. Pronto llegará su hora. Tealia… —

levantó los labios en una mueca— será elegida como su sucesora. No exagero si digo que esa decisión sería desastrosa para nuestros… experimentos.

Dentro del santuario, apenas a unos metros de allí, las ramas ensangrentadas del Bosque Salvaje las esperaban. Neve cambió de postura.

—Viajar con Arick a Floriane tiene tres objetivos, todos ellos necesarios para que podamos seguir debilitando la influencia del Bosque Salvaje sobre tu hermana. —Sus manos reaparecieron desde el interior de las mangas y empezó a contar con los dedos—. Reforzará nuestro poder religioso y será un recordatorio para Floriane y para el resto de que somos los elegidos, de que la palabra del templo valleydano es la ley. También conseguiremos el cereal. Y, cuando logremos el objetivo, ayudará a que la reina se replantee la elección de la heredera de Zophia.

Allí estaba, esa era la compensación que Kiri buscaba por haber liberado momentáneamente a Neve de su matrimonio.

—¿La reina? ¿Y por qué no la propia Zophia?

—Ella ya lo tiene decidido. —Kiri agitó una mano con desdén—. Y, entre nosotras, la mayoría de las tardes está más preocupada por el vino que por su devoción. Ya ha tomado una decisión, y solo la palabra de la reina conseguirá que la cambie, únicamente porque de otro modo sería un inconveniente.

—Entonces quieres que intente convencer a mi madre para que te proponga como heredera —dijo Neve, resumiéndolo de forma directa— mientras Arick y tú fortalecéis nuestro poder religioso al limpiar el puerto. —Entrecerró los ojos—. Y pareces demasiado convencida de que podéis hacerlo.

—Claro que puedo. —Kiri levantó una mano y rozó una de las hojas del seto que había junto al santuario. Las venas de su muñeca se volvieron oscuras, como si tuviera sombras en lugar de sangre. Un olor helado a ozono impregnó el aire: parecía el ambiente justo antes de una tormenta eléctrica, pero más frío, de alguna forma. Era a lo que debía de oler el vacío.

La hoja que Kiri había tocado se volvió marrón, marchita. Luego cayó.

Aquello era lo que habían conseguido al retorcer los árboles del santuario, una segunda recompensa por debilitar al Bosque Salvaje. Habían ganado la posibilidad de desgastar su poder lo suficiente para que Red escapara y, además, aquel poder de… de muerte, de putrefacción.

Ver lo que podía hacer aquella magia era suficiente para conseguir que cualquiera cooperara.

Neve se mordisqueó el labio. Todavía no estaba dispuesta a darse por vencida.

—Convertirte en suma sacerdotisa es una compensación bastante generosa solo por retrasar un matrimonio que ninguno de los dos queremos.

—¿Por qué iba solo a retrasarlo, Neveriah? Cuando sea suma sacerdotisa, tendré bastante influencia sobre tu madre. A lo mejor la suficiente como para convencerla de que anule el matrimonio con Arick. —Kiri hizo una pausa—.

Quizás incluso pueda presionarla para elegir a otra persona para que sea tu prometido.

Algo parecido a la esperanza envolvió el corazón de Neve. Tragó saliva.

—Ese sería un desenlace agradable.

—Mucho. —Kiri se estiró y volvió a tocar el seto, en esta ocasión casi sin darse cuenta. Una vez más, aparecieron las venas de sombras, una vez más aquel aroma frío y una hoja muerta.

Una brisa ligera empujó la hoja reseca hacia el pie de Neve. Se apartó hacia un lado, no estaba dispuesta a dejar que aquello la tocara.

—Ven conmigo, primera hija. —Kiri volvió a guardar las manos en las mangas. Sus venas ya no estaban oscuras—. No tengas miedo. Tú también podrías hacerlo si quisieras. Todos los que ofrecen su sangre pueden hacerlo.

—No, gracias —dijo con voz remilgada, aunque el metrónomo de sus latidos se aceleró—. El poder no me importa. Lo único que quiero es debilitar la influencia del Bosque Salvaje sobre mi hermana para que pueda escapar.

La sacerdotisa parpadeó, como si en cualquier otra circunstancia hubiera puesto los ojos en blanco.

—Claro. Bueno, puedes estar tranquila, el Bosque Salvaje se está marchitando, y eso debería disminuir el vínculo con tu hermana. Las dos conseguiremos lo que queremos.

Sobre los adoquines, la hoja muerta se sacudió. La brisa se levantó y la movió un poco más allá.

—En cualquier caso —dijo Kiri—, esto será lo suficientemente convincente como para conseguir el cereal. —Sus dientes brillaron a la tenue luz del sol—. Tampoco me extrañaría que pudiéramos subir los tributos en cuanto empiecen a correr los rumores. Todos conseguiremos lo que queremos, tal como me prometieron.

Un escalofrío recorrió la columna de Neve. Su religión se basaba en los contrastes, era una mezcla de pruebas materiales y una fe ciega: el Bosque Salvaje y las segundas hijas, bosque y carne, en oposición al miedo a los monstruos de sombras y a la convicción de que los reyes estaban atrapados y necesitaban que alguien los liberara. ¿Por qué si no habrían desaparecido? ¿Qué otro motivo habrían tenido para volver al Bosque Salvaje cincuenta años después del Pacto, sino alguna traición que los mantenía alejados del mundo que habían salvado? La gente se había inventado historias para rellenar los huecos que desconocían, y la religión había surgido de allí como la putrefacción alrededor de un árbol caído.

Cuatrocientos años habían sido suficientes para que incluyeran aspectos tanto reales como de la fe, pruebas concretas y leyendas que se habían convertido en dogmas. Pero aquel poder, aquella forma de retorcer uno de los pilares de la fe para escurrir su magia y volverla real…, cogía esas dos fuerzas opuestas y las fusionaba de una forma que aterrorizaba a Neve y la

entusiasmaba al mismo tiempo.

Era extraño haber encontrado la fe en la blasfemia.

Neve asintió, agachando la barbilla con fuerza.

—Pues parece que tenemos un plan. —Giró sobre sus talones y se alejó de allí a grandes zancadas, de vuelta al palacio.

Tras ella, el viento atrapó por fin la hoja muerta del seto y la hizo girar en el aire.



CAPÍTULO QUINCE

El ruido en la puerta no sonaba como si alguien estuviera llamando. Red levantó la mirada de su libro y frunció el ceño. Ya hacía un rato que había anochecido… o eso creía, al menos. Había cenado con Fife y Lyra unas horas antes: manzanas, unos trozos de queso y pan de centeno. Cuando volvieron a la fortaleza, Eammon se había ido escaleras arriba, probablemente a su habitación, y no lo había vuelto a ver desde entonces.

Le había contado a Lyra lo de sus heridas, pero la mujer no parecía estar demasiado preocupada.

—Eammon está acostumbrado a sangrar —le había dicho mientras cortaba una manzana—. Sabe cómo cuidar de sí mismo.

—¿Podríais curarlo, si hiciera falta?

—No de la forma que estás pensando. Fife y yo no tenemos una conexión tan fuerte con el bosque como para eso. —Levantó una ceja con delicadeza—. Lo de la curación es solo cosa vuestra.

Aquello hizo que Red se quedara en silencio durante el resto de la cena. No había comido mucho. Cuando volvió a su habitación, no paraba de levantar la mano para tocarse la mejilla que le había curado el Lobo.

En aquel momento, horas después de la cena, volvió a oír un ruido en la puerta. Seguía sin sonar como si alguien llamara, parecía como si algo se estuviera arrastrando por la madera, como un arañazo lento.

Cuando Neve y ella eran pequeñas, jugaban a intentar asustarse la una a la otra. Red solía esconderse detrás de las cortinas para salir de un salto y darle un susto a su hermana, pero Neve prefería ser más sutil. Una vez se había

pasado una hora entera rascando con las uñas la pata de la cama. Red había pasado tanto miedo que se había puesto a gritar para llamar a la niñera. Así era como sonaba aquel ruido, como alguien rascando.

Pensar en Neve hizo que se le encogiera el corazón. Deslizó un dedo por las páginas del libro.

—¿Hola? —llamó ella.

No hubo respuesta. Pensó vagamente en Eammon, se lo imaginó desplomado contra la puerta con la camisa llena de sangre, dispuesto por fin a dejar que lo curara.

Era improbable. Aun así, Red maldijo y se levantó para abrir la puerta de un golpe.

El pasillo estaba vacío. La luz que atravesaba a lo lejos las ventanas del solario solo iluminaba los bordes de las hojas y de las espinas. Aquel corredor era inquietante incluso cuando el cielo era de color lavanda, pero con aquel tono violeta oscuro que adquiría el bosque por las noches casi le provocaba ansiedad.

Red tragó saliva y retrocedió hacia el umbral. Estiró el brazo hacia atrás, dispuesta a volver a la habitación, pero, en lugar de encontrar el hueco de la puerta, su mano rozó una superficie lisa y extraña que había junto a él. Lentamente, Red miró sobre su hombro.

Una corteza blanca que levantaba sus dedos larguiruchos hacia la oscuridad. Un centinela.

Había más, desperdigados por el pasillo en ruinas. Era más fácil localizarlos ahora que había visto el primero, todos altos y blanquecinos como unos huesos limpios. No estaban allí cuando había vuelto después de la cena. Eran retoños nuevos, heraldos de nuevas brechas hacia las Tierras Sombrías. ¿Cuántas se habrían abierto en las pocas horas que habían pasado desde entonces?

No era malvado, o eso le habían asegurado, ni tampoco peligroso por sí mismo, pero ansiaba probar su sangre, y aquello tendría unas consecuencias que Eammon se negaba a revelarle. Era algo inhumano y salvaje, ni bueno ni malo, y existía más allá de los conceptos binarios que Red lograba entender. La advertencia que le había hecho Eammon resonó en su cabeza: «El Bosque Salvaje está inquieto, y cada vez que prueba tu sangre parece empeorar».

Aquel día ya había probado su sangre, había bebido un buen trago de ella. Y había intentado hacerlo de nuevo antes de que el Lobo lo detuviera. Lo que Red le había dicho después, que el bosque estaba enfadado con ellos, parecía aún más cierto en aquel momento, bajo la atenta mirada de los retoños que había en el pasillo.

Red se apartó del árbol blanco como si fuese un animal salvaje, de forma hábil y cuidadosa. Pero los centinelas no eran lo único que había crecido en la fortaleza: dio dos pasos más y el talón se le enredó en una maraña de espinas

recién brotadas. Un dolor lacerante hizo que apretara los dientes mientras una de ellas trazaba una línea sangrienta por encima de su tobillo.

Hubo un instante en el que nada se movió, un silencio expectante.

—Oh, por los reyes…

Entonces el bosque estalló.

La ventana de su habitación se llenó de grietas y estalló en pedazos cuando las enredaderas atravesaron el cristal roto. Cubrieron las paredes en cuestión de segundos, rompieron los postes de la cama y rodearon por completo el armario. Las espinas se lanzaron hacia ella desde el suelo y las hojas se estiraron como dedos agarrotados. Los sonidos de la vegetación en movimiento y de la destrucción que provocaba se unieron y se convirtieron en un único grito, y entonces el Bosque Salvaje arremetió contra ella.

El musgo se hinchó para hacerla tropezar y la hiedra intentó amarrarle los pies. Un arbusto surgió del suelo lleno de ramas afiladas y una de ellas le hizo un corte en el brazo. Allí donde caía su sangre, el bosque la absorbía como si fuera agua cayendo sobre tierra reseca.

Su primer instinto fue echar a correr pasillo abajo, pero Red se acordó de su capa, que estaba en el armario rodeado por las enredaderas. La capa hecha jirones, la que Neve le había pasado por los hombros. Un símbolo del sacrificio al que, de alguna manera, había conseguido sobrevivir.

No iba a dejar que el puñetero Bosque Salvaje se la arrebatara.

Enseñó los dientes y atravesó la puerta corriendo, esquivando las ramas y las hojas que se lanzaban a por ella. Agarró las enredaderas con las manos desnudas y las arrancó. El Bosque Salvaje soltó un chillido débil y terrible. Red abrió de un tirón el armario, deformado y roto, y cogió la capa carmesí con la tela todavía manchada. La apretó contra su pecho y cruzó el umbral de la puerta de un salto, justo antes de que el dintel se viniera abajo y la habitación se derrumbara tras ella.

El Bosque Salvaje aulló mientras Red doblaba la esquina a toda prisa. Sintió aquel grito en los huesos, además de en los oídos, amplificado por el fragmento de magia que llevaba enroscado en su interior.

¡Empiezas una y otra vez, pero nunca terminas nada!

Uno de los arbustos que había en la esquina se marchitó al instante. Todas sus hojas cayeron a la vez cuando las ramas se doblaron hacia dentro en una agonía letal. El Bosque Salvaje había pagado el precio por tener voz.

Empezaron a llover piedras desde el techo del pasillo, que se apilaban en el suelo mientras las enredaderas y las raíces se abrían paso a través de él. Red se cubrió la cabeza con los brazos y pegó un salto. Aterrizó hecha un ovillo bajo la luz del solario y la capa cayó al suelo, junto a ella.

—¡Red!

Las escaleras temblaron cuando Eammon bajó retumbando a toda prisa, con el pecho descubierto y el pelo suelto. Miró con furia hacia el bosque que

avanzaba y gruñó. Tenía las manos dobladas en forma de garras y los tendones del cuello rígidos.

El aullido del Bosque Salvaje era ensordecedor. Un torrente de retoños y espinas se lanzaban a por Red desde el suelo. Eammon bajó el resto de las escaleras de un salto. Estuvo a punto de perder el equilibrio, pero aterrizó delante de ella, agachado y con el pelo alborotado. Se incorporó sobre una rodilla y estiró las manos, tensando todos los músculos de su cuerpo.

El miedo le dio a Red una extraña sensación de claridad e hizo que dirigiera la mirada hacia el brazo desnudo de Eammon, hacia lo que sabía que encontraría allí. La marca de su vínculo, más grande y elaborada que la de ella. Unos zarcillos se alejaban del círculo de raíces y se adentraban en su piel en forma de espiral, trazando unos dibujos finos que se extendían desde el centro de su antebrazo hasta por encima de su codo.

Eammon ya había invocado la magia y los cambios no tardaron en aparecer: sus venas se tiñeron de verde, pero no solo las de las muñecas, sino también las del cuello, que bajaban recorriendo las curvas de sus hombros. Unas bandas hechas de corteza surgieron bajo la piel de sus antebrazos y le cubrieron desde la muñeca hasta el lugar donde llegaban los zarcillos de su marca. Eammon se volvió más alto y su pelo también creció, y Red pudo vislumbrar unas hojas de hiedra cuando se lo echó por detrás de los hombros.

El Lobo y el Bosque Salvaje enredados, desdibujados y luchando por el control. Detener el avance del bosque era una batalla demasiado personal para ganarla con sangre.

Eammon levantó las manos hacia el pasillo, con las venas teñidas de verde. Apretó los puños como si estuviera agarrando algo y luego abrió las manos con fuerza.

Hubo un estallido, como si se hubiera comprimido el aire. Aquello le recordó a Red la primera noche en aquel lugar, cuando había contenido todo el poder que había en su interior y luego lo había soltado, solo que a una escala mayor. Eammon había absorbido al Bosque Salvaje, había dejado que la balanza que tenía dentro se inclinara hacia un lado y luego había liberado todo aquel poder. El bosque no tenía más remedio que obedecer.

Soltó un último aullido, que fue desvaneciéndose poco a poco hasta transformarse en los sonidos habituales de un bosque. Los tallos crujieron al romperse, las ramas se extendieron y luego todo quedó en silencio. Eammon se estremeció y se dejó caer, apoyándose en los codos y las rodillas. Poco a poco, muy lentamente, sus venas pasaron de un verde brillante al azul. La corteza de sus antebrazos se escondió bajo la piel, aunque un círculo tosco permaneció alrededor de su muñeca, como un brazalete. Su respiración lenta y cansada hacía que su espalda se moviera al mismo ritmo que se iban acumulando en el suelo las hojas mecidas por el viento.

Cuando la miró por fin, con el pelo pegado a la frente por el sudor, el

blanco de sus ojos parecía estar cubierto por una tela de araña verde y también tenía un halo esmeralda alrededor de los iris.

Aquel bosque invasor quedó cercenado justo donde se dividía el pasillo, parecía que lo hubieran cortado con una guadaña gigante. Las raíces amputadas se sacudían débilmente sobre el musgo como escarabajos moribundos, con unos movimientos sincronizados con la respiración de Eammon. Había cinco centinelas en el extremo del corredor, una barrera hecha de árboles blanquecinos.

Red y el Lobo se quedaron agachados un instante, dos pares de hombros agitándose, dos pares de ojos desorbitados que observaban un pasillo conquistado por el bosque. Eammon bajó la mirada hacia la capa tirada junto a las rodillas de Red y frunció el ceño, desconcertado, cuando la volvió a mirar a la cara.

Fife salió resbalando desde el comedor, todavía vestido. Abrió los ojos de par en par y empezó a soltar una retahila de blasfemias.

—Por los reyes… ¡Que las sombras nos lleven!

Lyra cruzó corriendo el arco roto, frenó en seco y se llevó la mano a la boca. Movió la mandíbula, oculta por la palma, pero lo único que dijo fue:

—Oh.

Eammon recuperó la compostura antes que Red y se puso en pie con las piernas temblorosas. Red se dio cuenta de que no había perdido toda la altura que le había dado la magia, esta vez no, aunque los demás cambios iban desapareciendo poco a poco. Sus ojos perdieron todo el verde y los últimos restos delos brazales de corteza desaparecieron bajo su piel mientras se apartaba el pelo de la frente.

—¿Qué ha pasado? —Fife pasó la mirada desde el bosque hacia Eammon, y al ver que ahora era ligeramente más alto, su única reacción fue tragar saliva, preocupado, y mirar de reojo a Lyra—. Esta mañana he comprobado el que había en el pasillo. No tenía plagaoscura.

—No creo que esto haya tenido nada que ver con la plagaoscura. —Había un ligero eco en la voz de Eammon, pero se desvaneció antes de que terminara de hablar. Unos vendajes le cubrían las heridas del vientre, y la sangre con hilillos verdes volvía a rezumar lentamente a través de la tela. Miró a Red y luego apartó la mirada, para después frotarse con el pulgar y el índice el espacio entre los ojos, que volvían a ser color ámbar—. Está empeorando —murmuró—. Nunca había estado así.

Lyra miró a Fife, con la inquietud reflejada en sus labios apretados. Ninguno de los dos dijo nada.

Red dejó que Fife la ayudara a levantarse con su mano buena.

—¿Estás herida? —preguntó él, bruscamente.

Sacudió la cabeza.

La preocupación desfiguraba los rasgos delicados de la cara de Lyra.

Frunció los labios y dirigió su mirada hacia Eammon. Contener la magia del Bosque Salvaje había hecho que creciera solo un par de centímetros, pero el efecto no había desaparecido y aquello parecía ponerla nerviosa.

—Hay un armario con ropa de cama en algún lugar —dijo por fin, girándose hacia Red—. Podemos preparar un jergón en mi habitación…

—Ninguno de vosotros va a dormir en el suelo. —Eammon seguía mirando hacia el pasillo, hacia la ruina en que lo había convertido el bosque. Su mano empezó a temblar y la cerró en un puño.

—Somos cuatro y tenemos tres camas, alguien tendrá que hacerlo.

—Y seré yo. —Eammon no miró a nadie a los ojos y se giró hacia las escaleras—. Ella puede quedarse en mi cama, yo dormiré en el pasillo.

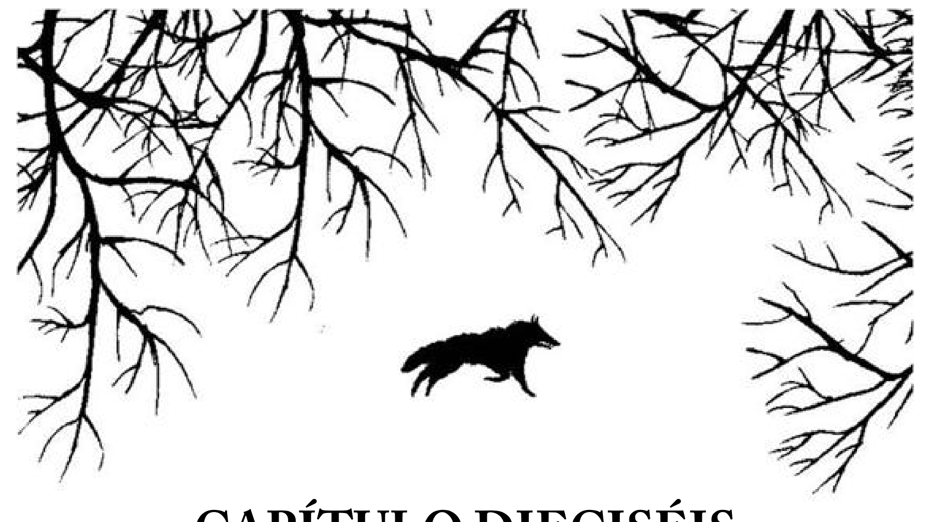
Su tono no admitía discusión. Lyra esbozó una sonrisa y pasó la mirada de la espalda de Eammon a la cara de Fife, manteniendo con él una conversación sin utilizar palabras.

—Que tengas dulces sueños, entonces —dijo ella.

—Eres demasiado optimista —murmuró Fife, pero se calló de repente al recibir un codazo de Lyra en las costillas.

Eammon ya había subido la mitad de las escaleras y no había mirado atrás ni una sola vez. Red respiró hondo y colocó el pie en el primer escalón. El musgo que había formado una barrera para mantenerla alejada de allí se apartó, dándole la bienvenida.

Apretando los labios con determinación, Red hizo una bola con la capa, se la colocó bajo el brazo y siguió al Lobo.



CAPÍTULO DIECISÉIS

La vegetación era más escasa en la parte superior de las escaleras, los últimos restos de hierba bajo sus pies dieron paso a la piedra desnuda. Se sentía extraña, después de más de una semana de estar pisando musgo, y el suelo estaba tan frío que le entumecía los dedos de los pies.

Cuando llegaron al balcón, Eammon giró a la derecha y abrió una puerta de madera, tras la que había otro tramo de escaleras más pequeño. Una luz cálida parpadeaba en lo alto mientras subía, ligeramente encorvado por los cortes que tenía en el vientre. La marca de su vínculo parecía estar más oscura que antes, el color verde contrastaba con su piel como si fuera tinta.

La habitación del Lobo estaba en lo más alto de la torre, era redonda y estaba cubierta por un techo abovedado en el que se entrecruzaban unas vigas de madera. Junto a la escalera había un armario abierto, pero la ropa estaba tirada por el suelo en varios montones desordenados. Eammon la empujó con el pie debajo del armario.

—Por los reyes… —maldijo, apretándose el estómago con una mano.

Enfrente de las escaleras había una chimenea de piedra encajada en la pared, de donde provenían el calor y la luz titilante. Junto a ella, habían arrastrado una cama en el hueco entre dos ventanas, grandes y sin cristales. Las sábanas estaban hechas un lío, y la colcha medio arrastrada por el suelo. Alrededor de la cama había montones de libros y tazas vacías, y el escritorio que había en la pared junto al armario estaba lleno de papeles garabateados, además de un tintero abierto y una pluma que goteaba.

Eammon se acercó a la mesa a trompicones e intentó ordenar aquel

desorden con una mano mientras se sujetaba el vientre con la otra.

—No hace falta que hagas eso.

No hubo respuesta, pero Eammon dejó aquella tarea inútil y se giró hacia Red con una expresión inescrutable. Dirigió su mirada hacia la capa, que todavía llevaba en la mano hecha una bola.

—¿Habías vuelto a por eso?

Red asintió.

Una arruga apareció en la frente de Eammon.

—No te puedo decir que entienda por qué…

—Es… —Pero Red no estaba segura de cómo continuar, de cómo expresarlo con palabras—. Es mía.

No le pidió más explicaciones. Se quedaron quietos, mirándose a los ojos sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Eammon fue el primero en moverse y pasó la mirada por su habitación desordenada. Suspiró y se acercó para recoger la colcha del suelo.

—Dormiré en la parte de abajo de las escaleras. Si necesitas… ¡Mierda!

Dejó caer la manta y se apretó el torso con fuerza. La sangre brotó a través del vendaje, más verde que carmesí, y goteó por su pálido vientre plano y lleno de cicatrices.

Red dio un paso hacia delante, colocó las manos sobre los hombros de Eammon y lo ayudó a sentarse contra la pared.

—Se te ha vuelto a abrir la herida.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Tienes más vendas?

—En el cajón de arriba.

Red cruzó el cuarto hacia el escritorio y rebuscó en el cajón que le había dicho. Estaba lleno de trozos de papel y plumas rotas.

—Las vendas son más efectivas cuando están limpias.

—Hasta ahora me han funcionado bien. —Eammon cambió de postura y maldijo—. Por si no te has dado cuenta, suelo cortarme bastante a menudo.

Red se acordó de lo que le había dicho Lyra: «Eammon está acostumbrado a sangrar». Apretó los labios y siguió buscando entre aquel lío de cosas con una determinación renovada.

Por fin las encontró, enterradas bajo una libreta llena de garabatos y una capa de virutas de afilar un lápiz. Con el puño lleno de gasa, Red volvió y se agachó junto a él. Le retiró el vendaje empapado mientras Eammon maldecía entre dientes. Tres heridas profundas le cruzaban la piel desde el pecho hasta el estómago. Unos pequeños zarcillos verdes surgían de los bordes, casi demasiado pequeños para distinguirlos, y estaban decorados con unas hojas delicadas.

Red apartó la mirada de aquella carnicería y miró a los ojos a Eammon. Algo la preocupaba de repente.

—No está infectada por la plagaoscura, ¿verdad?

—Imposible. —Eammon apretó la mandíbula—. Tengo demasiado Bosque Salvaje en mi interior como para que pueda entrar nada más.

Tenía demasiado, sin duda. Su altura no había disminuido desde que había utilizado la magia cuando se había derrumbado el pasillo. Apenas eran un par de centímetros, pero a Red le parecía algo portentoso y hacía que sintiera un cosquilleo nervioso en la nuca.

Eammon tenía una pequeña cicatriz en la mejilla. Una en la que Red no se había fijado hasta entonces, demasiado descolorida para poder verla desde lejos. Era una pequeña línea blanca que le cruzaba el pómulo, en el mismo sitio donde había tenido Red el corte que le había arrebatado Eammon aquel primer día en la biblioteca.

Una cicatriz que se había hecho por ella.

Estar tan cerca de él hizo que despertara el poder en el interior de Red, igual que había pasado en el claro, y pudo percibir con total claridad toda la vegetación que crecía en la fortaleza bajo sus pies, y también en el patio exterior. La magia floreció y se extendió hacia la punta de sus dedos, como si algo hubiera tirado de ella al ver la herida de Eammon y sentir el vínculo que había entre los dos.

—Tienes que dejar que intente curarte.

Eammon recostó la cabeza contra la pared.

—No es buena idea. —Su voz era cada vez más débil y tenía que forzar las palabras, apenas tenía fuerzas para hablar—. Es demasiado.

Demasiado dolor, y tendría que ir a alguna parte. Red pasó las manos dobladas por encima de la piel de Eammon y habló con una voz llena de convicción:

—Puedo hacerlo.

—¿Por qué? —El pelo oscuro ensombrecía los ojos del Lobo, y allí Red podía leer todo lo que no decían sus palabras. ¿Por qué estaba tan decidida a intentar curarlo, cuando antes se resistía tanto a utilizar su poder?

Red no estaba segura de cómo responder a eso. Lo único que sabía con certeza, en lo que se refería a Eammon, era que quería que estuviera a salvo. Se preocupaba por él. Su forma de preocuparse era complicada y tenía muchos matices, pero era la única forma de hacerlo que conocía.

—Porque tengo cierto interés personal en que no te mueras. —Después, añadió en un tono más suave—: Y porque te lo debo.

Eammon buscó sus ojos con la mirada. Luego asintió e hizo una mueca mientras se recolocaba en la pared. Con la voz entrecortada, le dio unas instrucciones directas:

—Concéntrate en tu objetivo. Conéctate al poder del bosque que llevas dentro. Toca la herida. Absórbela. —Entonces apretó los labios con rabia y frunció el ceño, y cuando volvió a hablar lo hizo con una voz fuerte y clara—:

No te lo quedes todo, Redarys. Prométemelo.

Red tragó saliva con la garganta seca. Asintió. Luego, luchando por mantener las manos firmes, las colocó sobre su piel.

Eammon siempre desprendía cierto calor, pero aquello era un ardor febril, enfermizo. Su sangre verde y escarlata, salpicada de hojas, manchaba los dedos de Red. Tuvo que cerrar los ojos para concentrarse, para protegerse del miedo que crecía cada vez más en su mente al ver la gravedad de sus heridas.

Pero incluso el miedo tenía un propósito. Había algo en él, en saber que sentía aquel miedo por Eammon, que hacía que su poder fuese más fácil de manejar, más fácil de moldear. Su preocupación, amplificada por el fragmento de magia que compartían y por el matrimonio que habían contraído, daba forma a aquel poder caótico para convertirlo en algo que podía utilizar.

Todavía se sentía atemorizada por lo inexplicable que era todo aquello, la conexión entre ellos que habían forjado por medio del bosque. Antes, cuando había intentado hacer crecerla hiedra, Red había pensado en Neve y en violencia, en la masacre que no había sido capaz de evitar. Pero entonces había tenido la visión, una prueba de que el enlace entre ella y Eammon la había hecho más fuerte. Y ahora, cuando la tarea que tenía delante era importante, cuando deseaba que él estuviera a salvo, tanto por aquella preocupación extraña que sentía como por el miedo a lo que les ocurriría a todos si no lo lograba…, ahora podía utilizar su magia como una herramienta, en lugar de ser solo algo que debía contener.

Tenía el objetivo claro, así que Red se aferró a su poder y se abrió a él. Y no se ahogó.

La magia empezó a fluir con una fuerza verde y arrebatadora. Era un pequeño zarcillo que atravesaba músculo y hueso, serpenteando como una raíz en busca de la luz del sol, y estaba esperando para obedecer su voluntad.

Las heridas ardían bajo las manos de Red. Lentamente y con cuidado, empezó a absorberlas.

Si tenía que haber dolor, Red no lo sintió. El poder fluía de forma constante y tranquila, al mismo ritmo que los latidos de su corazón. Por primera vez, parecía que aquello era lo correcto, y aquella sensación era embriagadora. Absorbió un poco, y luego un poco más, obligándose a…

—¡Red, para!

Sus manos estaban vacías. Red abrió los ojos. Tenía la cara empapada en sudor y la respiración agitada.

La mano de Eammon estaba colocada por encima de la mejilla de la muchacha. Se apartó de ella cuando abrió los ojos y el aire frío ocupó el lugar que había dejado su calor.

—Has cogido demasiado —dijo él. Sus ojos no habían estado tan blancos desde la brecha—. Maldita sea, Red…

Ella bajó la mirada. Una mancha carmesí brotó en su abdomen, apenas

visible a través de la fina tela de su camisón. La herida no era tan espantosa como la que había tenido Eammon: Red solo se había quedado con una parte, no con toda. Aun así, como si al ver aquello sus nervios se hubieran puesto a trabajar, sintió un dolor abrasador en los cortes que la hizo gruñir entre dientes.

—Mierda. —Se reclinó con la mano apoyada en el vientre—. ¿Llevas todo el día aguantando esto? ¿O algo peor aún?

Eammon se apartó de la pared con el ceño fruncido y las piernas temblorosas.

—Has hecho demasiado —repitió él, diciéndolo casi para sí mismo.

—Pero ha funcionado. —En cuanto hubo pasado aquella primera sensación de ardor, las heridas no eran tan terribles. El dolor tenía que ir a alguna parte, sí, pero parecía haber llegado todo al mismo tiempo en un único estallido. Con cautela, Red apartó la mano de su vientre y se fijó en que sus venas estaban teñidas de un color esmeralda brillante, no solo las de sus muñecas, sino las de todo el brazo. El color se desvaneció casi al instante y volvieron a ser azules—. Estás… Bueno, no como nuevo, pero mejor que antes. Ya no tienes las entrañas retorcidas.

Eammon dejó caer las manos sobre las caderas y la miró con el ceño fruncido. Tenía tres marcas rojas descoloridas y unas cicatrices blancas en el centro que le cruzaban el pecho y el abdomen.

—Un poco menos retorcidas. —Luego, en voz baja añadió—: Gracias.

Se hizo el silencio, aquella frágil camaradería se vio eclipsada por la incomodidad de la situación. Eammon descolgó un atizador del gancho que había sobre la chimenea y removió las ascuas sin entusiasmo, para alejar el frío que entraba por las ventanas abiertas.

—Puedes guardar la capa en el armario —dijo, mirando al fuego—. Si quieres.

La tela hecha jirones yacía en el suelo donde la había dejado caer, distraída al ver la sangre de Eammon. La recogió y cruzó lentamente la habitación. Había mucho espacio libre en el armario, ya que la mayoría de la ropa de Eammon parecía pasarse la vida en el suelo. Lo que sobrevivía en su interior eran prendas de colores oscuros que olían a hojas. Red dobló la capa y la colocó al lado de una pila de camisas.

Volvió junto a la chimenea, se sentó en el suelo y se rodeó las rodillas con los brazos.

—Eres más alto —dijo en voz baja, un momento después—. Quiero decir que te ha hecho crecer, pero el efecto no ha desaparecido.

Eammon se tensó y dejó de atizar el fuego durante un instante. Bajó la mirada, como si se estuviera examinando. Luego concluyó:

—Eso parece.

—¿Te había pasado antes? —Mantuvo los brazos alrededor de las rodillas,

y seguía utilizando un tono de voz familiar, aunque notaba una punzada de preocupación en el estómago—. ¿Has tenido algún cambio que se quedara para siempre?

Él siguió agitando las ascuas, lanzando al aire una espiral de chispas.

—No —respondió bruscamente mientras dejaba el atizador sobre la repisa de la chimenea.

La preocupación de Red creció y le clavó con fuerza sus dientes afilados.

—He utilizado mucho poder —dijo Eammon en voz baja, como si quisiera decírselo también a sí mismo—. Más de lo que había usado nunca para curar a un centinela. Probablemente ese sea el motivo. He absorbido más de lo habitual, he dejado que entrara demasiada magia en mi interior. —Se frotó los ojos—. Debería haberlo intentado con la sangre, aunque no habría sido suficiente.

—Supongo que no había ninguna opción agradable.

El Lobo le devolvió un gruñido afirmativo.

Red lo observó por el rabillo del ojo. Vio cómo la tensión de sus hombros iba desapareciendo hasta ocupar únicamente el mismo ancho que sus caderas, cómo el cabello del color de la medianoche le caía por la frente. La cicatriz de su vientre era un reflejo de la que tenía Red, igual que la marca del vínculo. Aquello le daba cierta sensación de intimidad, una que volvía aún más peligrosa aquella mezcla de preocupación y culpa que la destrozaba por dentro.

Su marido, el Lobo. Llevaba las cicatrices que se había hecho por ella y por todos los demás, atrapado en una lucha constante contra un bosque que era parte de sí mismo.

—Cuando estábamos abajo —se atrevió a decir Red, volviendo la mirada hacia las llamas para que no la atrapara mirándolo—, has dicho que el bosque nunca había estado tan mal.

Eammon no respondió. Un momento después, suspiró.

—Es verdad.

—¿Es culpa mía?

—No, Red. —A pesar de su reticencia a hablar del tema, su respuesta fue inmediata—. Nada de esto es culpa tuya.

—Pero si solo ha empeorado desde que estoy aquí…

—Tu situación es especial. Tu vínculo con el Bosque Salvaje… Nunca había visto nada igual. —Su sombra se movió por el suelo cuando se acercó para colocarse junto a ella. Eammon movía los labios mientras mantenía aquella mirada inescrutable, como si pudiera encontrar las palabras exactas entre las llamas si las miraba con atención—. Las otras estaban unidas al bosque, pero no de esta forma.

Red se acurrucó un poco más entre sus rodillas.

—Estaban unidas de una forma que las acabó matando.

Era difícil saberlo en aquella penumbra, pero Red creyó que la cara de

Eammon había palidecido.

—Sí —admitió él en voz baja—. Pero tú no lo estás. Y no vas a morir. Y sí, como tu vínculo es tan diferente, ha sido una situación… difícil de controlar. Pero te prometo que averiguaremos cómo hacerlo.

«Juntos». No lo había dicho, pero el fantasma de aquella palabra flotaba en el aire. «Juntos averiguaremos cómo hacerlo».

Eammon se giró e hizo una mueca casi imperceptible al agacharse para recoger la colcha.

—Dormiré abajo. Si necesitas…

—Allí hace muchísimo frío.

—Por eso me llevo la manta.

—No seas ridículo.

Se encogió de hombros y echó a andar hacia las escaleras.

—Sabes que compartir habitación no es algo inaudito entre la gente casada, ¿verdad?

Eammon se quedó paralizado, mirándola. Red se calló y se mordió el labio para evitar decir más tonterías. Notó cómo el latido de su corazón palpitaba en las heridas que compartían.

Se puso en pie y se cruzó de brazos. De repente se sentía vulnerable bajo el escrutinio de aquellos ojos ambarinos.

—¿Roncas?

—Solía hacerlo. —Eammon devolvió su atención a la manta que tenía en las manos—. Hace bastante tiempo que no hay nadie que me pueda decir si el problema persiste.

—Bueno —respondió Red, apoyándose en una confianza en sí misma que no tenía—, pues te lo haré saber.

Eammon levantó la comisura de la boca durante un instante y luego volvió a bajarla. Después se dirigió al otro extremo de la habitación y estiró la manta en el suelo, junto a la pared. Se tumbó de espaldas y soltó un bufido entre dientes cuando su hombro golpeó la madera.

Red se sentó en la cama, nerviosa, y colocó las sábanas. Olían a él: a papel y café. El cansancio hizo que los párpados le pesaran demasiado cuando se metió bajo ellas, pero saber que Eammon estaba al otro lado de la habitación hacía que no pudiera quedarse dormida.

No compartía habitación desde que ella y Neve eran pequeñas, cuando se quedaban despiertas hasta tarde contándose cuentos, discutiendo o jugando a disfrazarse con la ropa de los armarios. Sentía como si una barra de hierro le oprimiera el pecho.

—¿Quién te dijo que roncabas?

Eammon dejó de moverse durante un instante.

—Alguien con quien solía compartir habitación —respondió por fin.

Antes de aquel día, antes de mancharse las manos con su sangre, Red no

habría insistido más. Pero después de todo lo que había pasado…

—¿En serio?

Red no podía verlo con aquella luz tenue, pero podía imaginárselo: el cuadrado blanco de los vendajes sobre su vientre, las manos detrás de su cabeza despeinada.

—Se llamaba Thera —dijo por fin, en voz baja.

«Thera».

—¿No era otra segunda hija?

—No. —La respuesta fue rápida y cortante—. Las segundas hijas y yo… Nunca hubo nada parecido con ninguna de ellas.

Red se colocó las manos sobre el vientre, sobre sus nuevas heridas.

—¿Quién era, entonces?

—Una chica de uno de los pueblos que hay más allá de la frontera —murmuró Eammon—. Fue antes de que los reyes hirieran al Bosque Salvaje, antes de que se cerrara. Gaya y Ciaran todavía estaban vivos y yo todavía no era el Lobo, solo alguien joven y estúpido.

—Todavía pareces bastante joven, la verdad, aunque no voy a hacer ningún comentario sobre lo de ser estúpido.

—Otra ventaja del Bosque Salvaje. Supongo que envejezco al mismo ritmo que los árboles.

—Eres un poco más guapo que un árbol. Pero no mucho más.

Eammon soltó una carcajada ronca, casi sin aliento. Red esbozó una pequeña sonrisa en la oscuridad.

—En general —continuó Eammon—, mi vida era bastante normal antes de convertirme en el Lobo, dejando a un lado lo de que mis padres fuesen personajes de un cuento. Podía salir de aquí.

Antes podía irse, eso casi hacía que todo aquello fuese aún peor.

—¿Qué ocurrió?

—Estaba viviendo en casa de Thera, en el pueblo. Nos peleamos porque ella quería que nos casáramos y yo no quería…

El estómago de Red dio un vuelco.

—Así que volví para pasar aquí la noche. —Red oyó cómo cambiaba de postura en el suelo de madera—. Y justo aquella noche fue cuando los reyes hirieron al Bosque Salvaje, cuando intentaron talar el centinela junto al que habían hecho el pacto y quedaron atrapados en las Tierras Sombrías. Las fronteras se cerraron. Yo ya no pude salir y ella no pudo entrar. —Hizo una pausa—. Supongo que heredé la capacidad de mi padre para elegir siempre el peor momento.

—Es terrible —murmuró Red.

—Fue hace siglos. —Pero todavía notaba la sombra de aquel dolor en su voz, una vieja herida que ya estaba curada, pero que aún no había olvidado—. No he estado con nadie desde entonces.

—¿Por qué no?

—¿Aparte de lo evidente, que estoy encerrado en un bosque? —Resopló sin fuerzas y volvió a cambiar de postura—. Es difícil mantener a raya al Bosque Salvaje. Requiere una concentración casi constante, sobre todo cuando tengo que evitar que haga… cosas que no quiero que haga. —Hizo una pausa y siguió hablando en voz más baja—: No me queda mucho que pueda ofrecer a otra persona.

Red jugueteaba con la uña del pulgar sobre la tela de las sábanas.

—¿Y tú? —Fue un susurro, pero había una curiosidad real en su voz—. Sin duda habrá habido alguien en los veinte años antes de que vinieras aquí.

Cuando Red cerró los ojos e intentó recordar la cara de Arick, lo único que vio fue aquella cosa retorcida del portón, hecha de oscuridad y malicia.

—Uno.

Un silencio tenso.

—Si no tuvieras que estar aquí —comenzó Eammon, en voz baja—, si pudieras hacer cualquier cosa que desearas, ¿qué harías?

La pregunta parecía más complicada de lo que debería ser. Red había pasado toda su vida a la sombra del Bosque Salvaje. Plantearse cualquier otra cosa dolía demasiado, así que nunca lo había hecho. Y ahora que tenía opciones, que se abría ante ella una nueva vida unida al hombre que estaba al otro lado de la habitación, ni siquiera estaba segura de lo que significaba desear algo.

—Si pudiera hacer cualquier cosa —respondió ella—, le haría saber a mi hermana que estoy bien.

Eammon dejó escapar un suspiro, con la respiración entrecortada.

—Lo siento, Red.

Red se recostó apoyándose en el codo y aprovechó la luz de las ascuas para mirar hacia donde se encontraba Eammon. Se estaba echando el pelo hacia atrás con una mano y tenía la otra apoyada en el pecho. La luz tenue solo dejaba ver su silueta: los hombros anchos, la nariz torcida. Eammon se giró y sus miradas se encontraron.

—Yo también lo siento —susurró ella.

Eammon relajó la arruga imborrable de su frente. Asintió sin decir nada.

Red se recostó y se giró hacia un lado. Un momento después, oyó cómo él hacía lo mismo y cómo su respiración se volvía más lenta y regular.

Un rato después, la de Red también lo hizo.



Interludio en Valleyda V

Los funerales de la Orden eran ceremonias macabras. Y como este era el de la suma sacerdotisa, era incluso más sombrío de lo habitual.

El velo negro de Neve ensombrecía todo a su alrededor, hacía que la pira funeraria y las sacerdotisas que se reunían a su alrededor parecieran estar rodeadas de una niebla densa. Los nervios hacían que se le revolviera el estómago. Había ocurrido demasiado rápido, no le había dado tiempo a acabar de trazar sus planes. Sentía como si tuviera que sujetar las riendas de un caballo desbocado.

El cuerpo de Zophia yacía boca abajo en la pira, envuelto hasta la barbilla en la capa negra que les ponían a los cadáveres antes de prenderles fuego. La tela oscura estaba cubierta de obsequios de todos los lugares del continente, que representaban la unidad de la Orden: cada país tenía su propio templo, y cada templo, su propia suma sacerdotisa.

El valor de las ofrendas que habían enviado los otros templos para la cremación era asombroso. Aceite de oliva de Karsecka, montones de flores aromáticas de Cian, botellas de un licor oscuro con motas doradas enviadas desde Rylt… Había demasiadas cosas para colocarlas todas en la pira, así que habían empaquetado la mayor parte y las habían enviado a los almacenes del templo, junto con los tributos. Había sido una feliz coincidencia: la suma que Belvedere había pagado a Alpera para desviar el envío del cereal había sido realmente astronómica, y con algunas de las riquezas que habían llegado para el funeral podrían compensar el gasto.

Aunque el coste había sido alto, el cereal había llegado sin problemas. La

historia de cómo las oraciones de Kiri y Arick habían limpiado la boca de la bahía era apenas un murmullo, un rumor susurrado que nadie comentaba en voz alta. Al principio, aquello había desconcertado a Neve, pero parecía que Kiri prefería que fuera así. Que se creara la leyenda de que había ocurrido un milagro, le había dicho la sacerdotisa; acabaría siendo más ventajoso que cualquier cosa que proclamara el templo. Era mejor conseguir apoyo entre el pueblo que buscarlo desde el poder. Había sujetado la astilla de su colgante mientras se lo decía, con el rostro totalmente inexpresivo, como si estuviera repitiendo algo que había oído, en lugar de expresar sus propios pensamientos. Aquello hizo que Neve sintiera una punzada en el estómago, y se alegró de no haberse puesto nunca el colgante que le había dado Kiri, pero asintió.

Kiri la miró desde su posición detrás de la pira, junto a las otras candidatas a reemplazar a la suma sacerdotisa. Sus ojos azules brillaban como el hielo. Esbozó una ligera sonrisa fría y luego apartó la mirada.

Le había pasado el testigo a Neve. Ahora empezaba su parte del plan.

Las posibles sucesoras de Zophia caminaron en círculo alrededor de la pira, y al acabar la séptima vuelta se colocaron en una hilera tras ella. Todas se giraron al mismo tiempo hacia Neve e Isla. La reina y la primera hija tenían la primera fila solo para ellas.

Isla tenía peor aspecto. Se había ido deteriorando poco a poco a lo largo de la última semana, desde la reunión sobre el comercio. Ese día los cosméticos hacían que sus mejillas parecieran menos pálidas y su mirada menos apática, pero era imposible disimular su delgadez y la caída de sus hombros. Su salud había sido uno de los motivos por los que Neve había pospuesto el momento de convencerla para cambiar de idea sobre quién sería la heredera de la suma sacerdotisa. Había ido a visitar a su madre todos los días, pero el silencio de su habitación era demasiado tenso y, de todas formas, Isla pasaba dormida la mayor parte del tiempo.

Luego Zophia había muerto, y Tealia seguía siendo la elegida para sustituirla. Pero había un resquicio en las normas, uno que Neve iba a aprovechar en cuanto comenzara aquella votación inútil y puramente ceremonial.

Murmuró para sus adentros una pequeña oración, con la pizca de fe que había encontrado de forma inesperada en la herejía. «Haz que te escuche».

Una mano cálida tocó el hombro de Neve y se retiró al instante. El corazón estuvo a punto de salírsele por la boca. Echó un vistazo rápido hacia atrás: era Raffe, que le dedicó una sonrisa breve y le apretó el hombro una vez más.

Debería haber sido reconfortante. En lugar de eso, a Neve se le aceleró el pulso.

El pétalo de rosa roja que había en la palma de su mano estaba blando y arrugado, húmedo por el sudor. Los demás cortesanos de la habitación hacían

todo un espectáculo al pasar la mirada de sus pétalos a las sacerdotisas allí reunidas, como si su voto sirviera para algo.

Junto a Raffe, Arick frunció el ceño e hizo girar su pétalo entre los dedos. Unos círculos oscuros marcaban la piel bajo sus ojos. La reunión en el santuario la noche anterior había acabado tarde. Tenía un vendaje nuevo en la mano, sin rastro de sangre, aunque había una pequeña mancha negra en el centro de la palma. Neve se había preocupado la primera vez que lo había visto sangrar, pero a nadie más parecía importarle, así que no dijo nada.

Según Kiri, estaba funcionando. El Bosque Salvaje se estaba debilitando y estaba disminuyendo su vínculo con Red. Eso era lo único que importaba. Del resto podrían ocuparse más tarde.

Lanzó otra mirada a Raffe. La luz del sol que entraba a través de las ventanas hacía que sus ojos brillaran con el color de la miel y lanzaba destellos dorados en las comisuras de su boca. No le había contado nada. No porque no quisiera hacerlo, pues Neve estaba en una lucha interna constante para evitar que se le escapara algo, sino porque no lo entendería. Las ideas extrañas y oscuras de Kiri y sus seguidoras podrían espantarlo.

También asustaban un poco a Neve, aunque pensaba que la mayor parte eran cosas sin sentido. Rozaban la línea entre la herejía y la devoción, lo factible y el fanatismo. Era una interpretación de los cinco reyes que los hacía ser más y menos humanos al mismo tiempo.

Y allí estaban todas, compañeras en aquella blasfemia a medias, y Neve estaba a punto de dar el último paso.

Isla se levantó y toda la corte la imitó. Las sacerdotisas se pusieron en pie detrás de la pira, con las espaldas totalmente rectas, las manos metidas en las anchas mangas blancas y la mirada fija al frente. El pelo de Kiri brillaba casi con el mismo color del pétalo rojo que tenía Neve en la mano.

—Una nos ha abandonado y otra ocupará su lugar. —Las palabras de Isla eran calmadas y solemnes. Sostuvo su pétalo en alto—. Tealia, en nombre de nuestros reyes perdidos y de la magia de tiempos pasados, os pido que aceptéis esta tarea.

Tealia no era tan astuta como para fingir sorpresa. Inclinó la cabeza con una sonrisa satisfecha.

—Haré como me pedís.

Según aquella ceremonia, era el momento de escuchar otras nominaciones. Neve respiró hondo y esperó.

Pero Isla se giró hacia la asamblea, dando por concluido el asunto.

—Por nuestros…

—Yo tengo una nominación.

Neve había esperado que su voz sonara débil y tranquila, para contrastar con sus dedos temblorosos. En lugar de eso, se oyó con total claridad mientras levantaba su pétalo. Dio un paso adelante con la mirada clavada en Kiri, no en

su madre.

—Kiri, os pido que aceptéis esta tarea.

Kiri no fingió sorpresa. Asintió, mirando al frente con solemnidad.

—Haré como me pedís.

La cara de Isla palideció, pero no dejó caer su pétalo.

—¿Qué significa todo esto, Neveriah?

Era una acusación, no una pregunta. Neve había contado con ello, y no había podido volver a dormir desde que había entendido que este era el rumbo que tendría que tomar. Necesitaba una respuesta que su madre pudiera considerar aceptable, algo lo suficientemente serio como para darle algo en lo que pensar.

Red habría sabido qué decir. Siempre sabía cómo pelearse con su madre, cómo convertir las palabras en afiladas dagas arrojadizas o cómo utilizar el silencio en sí mismo como un cuchillo.

Lo único que tenía Neve era su pena, simple y dolorosa, y esperaba que también compartida.

—Las cosas pueden cambiar. —Neve consiguió que no se le quebrara la voz, aunque estuvo a punto—. Solo porque algo haya sido de una forma no significa que tenga que ser así siempre. Red puede…

—Ya basta. —Pero la voz de Isla sonaba vacía, tenía la mirada perdida por algo más que por su enfermedad. Por fin su pena salía a la luz, desde aquel pozo profundo en el que la había enterrado la reina de Valleyda.

Así que *Neve siguió presionándola*.

—Madre, podemos traerla a casa.

Hubo un silencio absoluto. Raffe miró a Neve con la boca abierta. Arick le dedicó una débil sonrisa triste. Kiri no hizo nada.

El pétalo que había entre los dedos de Isla temblaba. Cerró sus ojos oscuros y su pecho se hinchó cuando respiró hondo.

Neve aguantó la respiración.

Había un silencio frágil como el vidrio. Luego, la reina se giró.

—Por nuestros reyes…

—¡No! —El pétalo de Neve cayó al suelo, pero su réplica tajante resonó por todo el salón. Según la tradición, el nombramiento debía ser unánime. Si no lo era, la asamblea debía recluirse para recibir a las candidatas en audiencia hasta tomar una decisión—. Si hay más de una…

—¡Neveriah! —La voz de Isla interrumpió a su hija con firmeza, a pesar de lo débil que parecía estar—. Ya está decidido.

El asombro dibujaba la cara de Raffe, que tenía el pétalo blando en la mano. Neve le lanzó una mirada de súplica, aunque no tenía ni idea de qué le estaba pidiendo. Abrió y cerró las manos sobre su falda, incapaz de hacer nada más. Isla estaba demasiado arraigada a las tradiciones, obstinada en hacer las cosas como siempre se habían hecho… A Neve no se le había ocurrido que su

madre no fuera a aceptar las reglas de la Orden. Ni tampoco que la Orden se lo permitiría.

Quizás Kiri no iba tan desencaminada, después de todo. Quizás lo importante siempre había sido el poder, y las definiciones de lo que era sagrado iban cambiando según les convenía.

Raffe se movió hacia delante, pero Arick le colocó la mano en el hombro y lo detuvo. Neve no comprendía lo que había en la mirada de ninguno de los dos hombres.

Las sacerdotisas, tan tranquilas como siempre, mantenían la mirada fija hacia delante. Incluso Tealia, visiblemente afectada, había entrenado su cara para que pareciera serena. Hubo un aleteo de mangas blancas cuando las candidatas colocaron sus velas negras en la pira e hicieron que aquellas fortunas con las que les habían obsequiado acabaran envueltas en llamas.

En la cara pálida de Kiri había una emoción indescifrable. Miró a Neve y a Arick durante un instante tenso que pareció eterno, y luego apartó la mirada.

Cuando Isla pronunció la confirmación, no miró a Neve.

—Por nuestros reyes perdidos y por la magia de tiempos pasados…

Levantaron los pétalos, la pira ardió y los planes de Neve se convirtieron en polvo.



El ruido que oyó en la puerta fue rápido e inesperado, casi furtivo. Neve dejó de pasear de un lado a otro y frunció el ceño. Ya se habían llevado la bandeja con la cena, que apenas había probado, y le había dicho a la doncella que no se molestara en volver para ayudarla a desvestirse.

Otro golpe rápido.

—Neve, abre la puerta.

Raffe.

Tiró de él y lo metió en la habitación, con las mejillas sonrojadas. Que Arick y ella estuvieran solos en su dormitorio haría que corrieran los rumores, que lo estuvieran ella y Raffe sería un escándalo.

—¿Tienes idea del lío en el que te puedes meter por venir aquí sin un acompañante?

—Probablemente en el mismo que tú con ese disparate de la confirmación. —Levantó una ceja—. ¿Qué pretendías hacer?

Neve se hundió en la silla que había junto al escritorio. No tenía fuerzas para poner excusas.

—Sabes bien lo que quería hacer.

No lo sabía todo, no, pero la conocía lo suficiente como para saber que

aquello tenía algo que ver con Red.

Raffe maldijo y se pasó una mano por el pelo rapado.

—Tienes que dejarla ir, Neveriah. Te está devorando por dentro y no… —Dejó que su voz se apagara y suspiró. En un único movimiento fluido, Raffe se agachó frente a ella y le cogió las manos. Neve sabía que debía recordarle que aquello era una falta de decoro y que la gente murmuraría, pero sus manos eran demasiado cálidas—. Neve —dijo su nombre como si fuese un punto de referencia al que pudiera regresar más adelante—. Red se ha ido.

—Sigue viva —susurró ella, mirando las manos entrelazadas de ambos.

—Aunque lo estuviera, pertenece al Bosque Salvaje. La hemos perdido.

Estaba bastante cerca de la verdad, pero las leyendas y los hechos danzaban juntos en un baile habilidoso.

Raffe la agarró con más fuerza.

—Tienes que dejar de intentar perderte tú también.

Neve ya estaba perdida. Su mente era un bosque lleno de sombras oscuras y enredaderas que la hacían tropezar, un laberinto hecho de remordimientos. Y ahora que su plan había fracasado, que ella misma había fracasado… Neve no fue consciente de que estaba llorando hasta que probó el sabor salado de sus lágrimas.

Raffe recogió una lágrima con su pulgar y le acarició la mejilla.

—¿Qué querrías que hiciera Red? Si ella hubiera nacido primero y te hubieran enviado a ti con el Lobo, ¿qué querrías que hiciera?

—Si me fueran a enviar con el Lobo —susurró Neve en tono violento—, yo habría peleado. O habría huido. Si tuviera que rendirme a un bosque mágico, no sería a cambio de nada.

—Pero ella no huyó. —Raffe le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Eligió ir al bosque, y tienes que encontrar la forma de vivir con ello.

Neve apretó los labios hasta que se quedaron blancos y cerró los ojos mientras apoyaba su frente contra la de él.

—Se está bien aquí —dijo una voz desde la entrada.

Neve abrió los ojos de golpe. Raffe le soltó las manos y se puso en pie, alisándose el abrigo.

Arick estaba apoyado contra el marco de la puerta con una ceja levantada y una botella de vino en la mano. Entró contoneándose y se la ofreció a Raffe, pero dio un ligero traspié con el borde de la alfombra. Él la rechazó con un gesto de la mano y una sonrisa tensa, pero le lanzó a Neve una mirada cargada de temor.

—No quería interrumpir. —Arick se dejó caer en la silla que había enfrente de la muchacha. Tenía el pelo negro alborotado por encima de la frente y los ojos inyectados en sangre y amoratados. Sostenía la mano vendada cerca del pecho—. Las cosas se han puesto interesantes esta tarde, ¿eh?

—A lo mejor tú consigues convencerla —dijo Raffe, cruzando los brazos

—. Dile que tiene que pasar página.

—Quizás podría, sí. —Arick bebió un trago largo—. Después de todo, soy su prometido.

Raffe apretó la mandíbula.

—O quizás —continuó, agitando lo que le quedaba del vino— podría apoyar cualquier decisión que tome Neve.

Raffe enseñó los dientes de una forma demasiado brusca como para ser una sonrisa.

—¿Incluso cuando esas decisiones son peligrosas?

—¿Qué es la vida sin un poco de peligro, Raffe?

—Estás borracho…

—Imagino que vosotros dos os lo pasaríais mejor si tú también lo estuvieras.

—Me lo pasaría mejor si dejarais de hablar de mí como si no estuviera delante. —Neve se apretó las sienes, intentando aliviar el estruendo que había en su cabeza. Creía que Arick había ido para idear un plan alternativo, pero parecía estar centrado únicamente en beber para olvidar. Neve sintió cómo la rabia despertaba en lo más profundo de su pecho, aquel tipo de rabia tranquila que podía ser peligrosa.

La que la hacía pensar en venas cubiertas de sombras y en una magia que podía invocar, en cómo sería tan sencillo utilizarla…

Raffe suspiró.

—Neve…

—Marchaos, por favor. —Respiró hondo y levantó la cabeza—. Estoy cansada.

Raffe movió la boca como si fuese a responder, pero lanzó una mirada a Arick y se quedó callado.

Con las piernas temblorosas, Arick se puso en pie y le dio una palmada amistosa en el hombro a Raffe.

—Ya has oído a la señora.

Con el cuerpo rígido, Raífe se dirigió hacia la puerta. Arick lo siguió, pero, cuando llegó al umbral, miró sobre su hombro y levantó la barbilla hacia la botella que había dejado sobre la mesa.

—Quizás te ayude a dormir. —El vendaje de su mano destacaba contra las sombras—. A mí me ha ayudado.

Neve frunció el ceño.

—¿Has tenido problemas para dormir?

Arick no sonrió, aunque su boca tembló como si lo hubiera intentado.

—Podría decirse que sí. —Salió a trompicones—. No te preocupes, Neve —murmuró, arrastrando las palabras, pero en un tono sincero—. Todavía no está todo perdido.

Ella frunció el ceño y vio cómo se adentraba en el pasillo tambaleándose,

dejando la puerta entreabierta tras él.

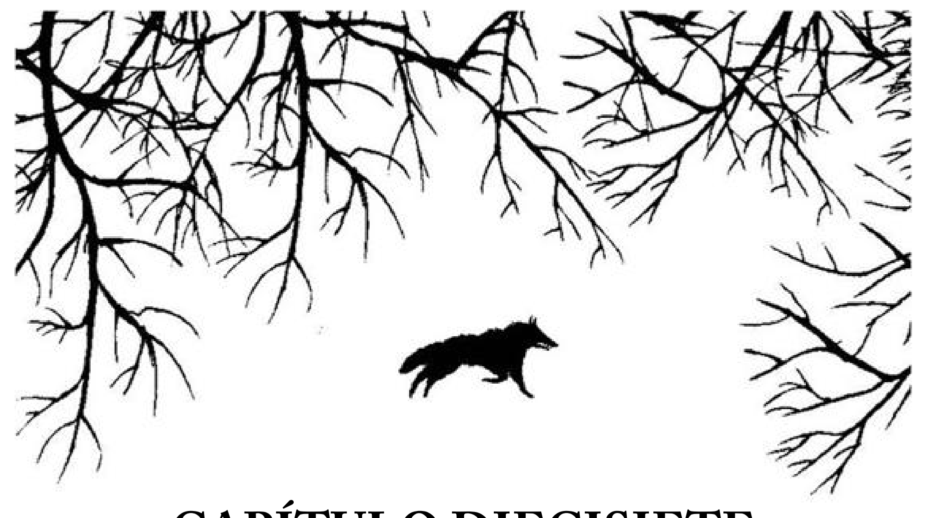
Cogió la botella por el cuello y dio un trago largo. El vino era tan fuerte que se sintió mareada con el primer sorbo, pero aquello era mejor que sentir el aplastante peso de su fracaso. Bebió otro trago y se limpió la boca con el dorso de la mano.

En apenas unos minutos, había acabado la botella. Ahora notaba sus pensamientos más borrosos, aunque de una forma agradable, y pudo olvidarse por un instante de todo lo que había salido mal aquel día, disfrutar de aquella sensación tranquila y placentera.

Vio un destello blanco en el pasillo a través de la puerta, que seguía abierta. Se puso en pie con el equilibrio de un cervatillo y puso los ojos en blanco. Si era alguna doncella coqueteando con un cortesano, no quería oírlos. Se acercó a la puerta, aunque tuvo que hacer varios intentos hasta conseguir agarrar el pomo, y se asomó hacia el pasillo.

Una túnica blanca que le resultaba familiar desapareció al doblar la esquina, con un pelo rojo del color de las ascuas que también le resultaba familiar. «¿Kiri?».

Quienquiera que fuese, ya se había ido cuando Neve salió al pasillo. Cerró la puerta y se quitó el vestido con torpeza. Luego, se quedó dormida por fin.



CAPÍTULO DIECISIETE

El armario olía a polvo. No era un aroma extraño en la fortaleza, donde el bosque estaba tan cerca como tu propio aliento, pero normalmente aparecía acompañado de otros olores, como el de la vegetación o la tierra. Aquello era solo polvo. Era el olor de algo abandonado durante tanto tiempo que todas sus otras características habían desaparecido.

Red agitó la mano para evitar que las motas que flotaban le entraran en los ojos.

—Parece que hayan pasado más de cien años desde la última vez que se abrió este armario.

—Habíalo con Fife —fue la respuesta de Lyra—. Aunque en su defensa diré que se hizo mucho más difícil limpiar la fortaleza cuando el bosque empezó a irrumpir en ella.

El cinturón que Red le había robado a Eammon se deslizó hacia sus caderas. Refunfuñando, se lo volvió a subir.

—Cualquier cosa será una mejora, supongo.

Cuando se había derrumbado el pasillo, se había llevado con él toda la ropa de Red. En las semanas posteriores, había tenido que arreglárselas con el camisón que había llevado puesto en aquel momento y con alguna camisa de Eammon. Le llegaban por las rodillas, pero si le robaba un cinturón, podía utilizarlas. Fife apenas se había fijado en ella, pero la primera vez que Eammon la había visto con aquel vestido improvisado, se le habían puesto rojas las puntas de las orejas.

Compartir habitación era la única cláusula de su matrimonio que

cumplían, e incluso aquello era solo un tecnicismo. Red se acostaba sola y se despertaba sola. Las únicas señales de que Eammon había estado allí eran sus sábanas arrugadas en una esquina y su costumbre de dejar los armarios abiertos. Red siempre los cerraba.

A veces, ni siquiera lo veía en todo el día. Eammon pasaba el tiempo en la biblioteca o saliendo al Bosque Salvaje. Su horario nunca coincidía con el de ella, ni tampoco el de los demás, y algunas mañanas al despertar Red se encontraba su nido de sábanas completamente intacto.

De vez en cuando aparecía una nota en la mesa, escrita con la caligrafía torcida y difícil de entender de Eammon, indicándole que se dirigiera a la torre. La magia que conseguía invocar con su ayuda era algo pequeño, nunca hacían nada tan peligroso como absorber una herida. Había logrado hacer crecer la hiedra de la maceta, y también había conseguido que los brotes de una rama se convirtieran en hojas, aunque con un éxito moderado. Aquel poder no era tan fácil de canalizar como había sido la noche en que lo había curado, pero podía llegar a controlarlo. Si mantenía sus pensamientos a raya y pensaba en Eammon, *conseguía que* los vínculos de su matrimonio y del bosque calmaran su magia hasta que se convertía en algo fácil de manejar. Estar cerca de Eammon físicamente también parecía ayudar, pero, al pensar en decírselo, Red se sentía vulnerable de una forma en la que no quería profundizar demasiado, así que se guardó esa información.

Red sintió un escalofrío y se le erizó la piel desnuda de los gemelos. Además de ser escandalosas, las camisas de Eammon rio servían demasiado para protegerla del frío constante del Bosque Salvaje. Había sido idea de Lyra ir en busca de ropa vieja, y habían registrado todos los armarios que quedaban en pie en la fortaleza antes de encontrarla.

—Podría prestarte algo —dijo Lyra, apoyada contra el muro. Se limpió las uñas con una daga, fingiendo indiferencia—. Si quieres.

Desde que había llegado a la fortaleza, Lyra había sido mucho más amable que Fife, pero aun así era algo distante a su manera. En la última semana, más o menos, había estado más receptiva a tener una amistad: le había hablado a Red de las criaturas de sombras que había visto en el bosque y le había contado historias sobre la extraña vida que llevaban ella, Fife y Eammon en el Bosque Salvaje. La anécdota favorita de Red hasta el momento era la de la vez que Eammon había decidido que iba a aprender a cocinar y había enviado a Fife a Confín con una lista de ingredientes tan larga como su brazo. Aparentemente, había estado a punto de prenderle fuego a la cocina. Fife se ocupó de los suministros a partir de aquel momento.

Aquello hacía que Red se preguntase cosas sobre las otras segundas hijas, sobre cómo habría sido el tiempo que habían pasado allí antes de que el Bosque Salvaje las matara, antes de que las consumiera. Red suponía que era un voto de confianza que Lyra intentara acercarse a ella. Significaba que

pensaba que se quedaría allí una buena temporada.

Red se apoyó en la puerta abierta del armario y levantó intencionadamente una ceja al mirar el cuerpo de Lyra, mucho más delgado que el suyo.

—Ponerme tu ropa puede ser más escandaloso que llevar la de Eammon.

Lyra se encogió de hombros.

—Como quieras.

Los vestidos estaban doblados en el estante de abajo. Red rebuscó con cuidado entre la suave seda y los lujosos vestidos brocados, con miedo a que se deshicieran entre sus manos. Los había de todos los tamaños, en estilos que Red solo había visto en los libros de historia. El peso de los siglos que arrastraban aquellas telas hacía que pareciesen más pesados de lo que deberían.

Lyra asomó la cabeza por la puerta con las cejas levantadas. El armario estaba bajo el hueco de la escalera, y la luz tenue que entraba por la ventana del solario que había encima de ella hacía que sus rizos apretados parecieran estar atravesados por hilos de cobre.

—¿Y bien?

El vestido que había cogido Red era de un color verde bosque, bordado con unas enredaderas doradas alrededor de las mangas y el dobladillo.

—Este tiene buena pinta.

Fife y Eammon no estaban por allí, así que Red se cambió bajo la escalera. El vestido le apretaba en el pecho y las caderas, pero era más o menos de su talla. Estiró los brazos hacia los lados.

—¿Me queda bien?

—De maravilla. —Había un brillo extraño en los ojos de Lyra, una incomodidad que su sonrisa no conseguía borrar del todo.

Red se puso a toquetear el bordado.

—¿Sabes de quién era?

—Creo que de Merra.

Merra. La segunda hija que había ido antes que Red. Aquella tela se sentía extraña sobre su piel.

Lyra sé ajustó la correa que sujetaba el tor y comprobó que la bolsa que llevaba a la cintura estuviera cargada de sangre.

—Voy a patrullar. Deséame un paseo sin monstruos. —Cruzó la puerta y salió al crepúsculo.

La falda verde de Merra se deslizaba por las piernas desnudas de Red y las mangas hacían que le picaran los brazos. Se giró y se dirigió a la escalera que bajaba a la biblioteca. Si tenía el día para ella sola, pensaba pasarlo leyendo.

Echó un vistazo rápido al pasillo, un gesto vigilante que se había convertido en parte de su rutina. Los centinelas no se habían movido desde la noche en que el Bosque Salvaje había ido a por ella. Los días que practicaban utilizando magia, Eammon comprobaba con mucho cuidado sus manos para asegurarse de que no tuviera ninguna herida antes de tocar nada, una vez

incluso la había obligado a vendarse un corte que se había hecho con un papel. De todas formas, Red seguía observando los árboles con recelo, por si acaso.

Pasó la mirada lentamente por aquel revoltijo de raíces y enredaderas. Aun así, tardó un instante en darse cuenta de lo que estaba mal, del agujero en aquel paisaje maldito al que ya se había acostumbrado.

Los centinelas no estaban.

El pánico le congeló las piernas y los brazos. Red giró sobre sí misma mientras buscaba entre las sombras, convencida de que los árboles se habrían adentrado más en la fortaleza, quizás preparándose para atacarla de nuevo. Lo único que se movía allí era el polvo.

Poco a poco, Red se acercó hasta la línea donde Eammon había cortado el bosque con precisión. El suelo estaba cubierto de hojas marchitas y raíces finas, pero todo estaba tranquilo y en silencio.

Había una mancha de sangre en una de las hojas muertas. Carmesí, con hilillos verdes. Cuando la vio, no le costó fijarse en que había más manchas de sangre en el musgo y en las ramas.

Fife examinaba a los centinelas a diario y los estabilizaba con su propia sangre hasta donde era capaz de hacerlo. Hasta entonces habían estado libres de plagaoscura, lo suficientemente sanos como para dejarlos así hasta que Eammon tuviera fuerzas para moverlos. Pero si había necesitado derramar su sangre sobre todos ellos al mismo tiempo…

Entonces estaba empeorando. Seguía yendo a peor, a pesar de que Red estaba utilizando la magia del bosque, a pesar de su rito de enlace. Seguía adueñándose de Eammon, ya fuese quedándose con lo que le ofrecía desde sus venas o transformando su cuerpo.

Red se mordisqueó el labio, tomó una decisión en un abrir y cerrar de ojos y se dirigió hacia la puerta.

En el patio, la niebla se arremolinaba por encima del suelo. Se despejó un instante y dejó al descubierto una figura que no debería estar allí, luego volvió a ocultarla. Era algo alto y recto que se encontraba más allá de la torre, junto al portón.

Otro centinela.

Y junto a él, de rodillas, estaba Eammon. La hoja afilada de su daga se iluminó con aquella tenue luz color lavanda.

—¡Espera! —Red se recogió la falda del vestido de Merra y echó a correr descalza por encima del musgo. Su corazón latía con fuerza al recordar la sangre que había visto en el suelo—. ¡Eammon, para!

Levantó la cabeza de golpe y enderezó los hombros como si lo hubiera atrapado haciendo algo prohibido. Dejó la hoja apuntando hacia la palma de su mano durante un instante más y luego la apartó. Cuando se puso en pie lo hizo lentamente, como si sus huesos fuesen demasiado pesados como para poder levantarlos con sus músculos.

Red se detuvo cuando llegó junto a él, jadeando. El retoño del centinela estaba junto a la puerta de hierro, por el lado interior. Se alzaba medio cuerpo por encima de Eammon y en la copa blanca tenía los extremos nudosos de unas ramas que empezaban a brotar.

—Efe visto el pasillo —dijo ella, casi sin aliento—. ¿Por qué los has movido todos a la vez?

—Efe tenido que hacerlo. —Eammon dobló los dedos hacia dentro, como si quisiera ocultar los cortes en sus palmas, de los que brotaba savia—. Fife los ha examinado esta mañana. Tenían los troncos infectados de plagaoscura hasta la mitad. —Se pasó una mano cansada por la cara y se dejó una mancha verde y escarlata en la frente—. Si no los hubiera devuelto a su sitio, ya no habría podido hacerlo nunca. Se habrían podrido allí mismo. Y no puedo… El Bosque Salvaje no puede permitirse tener tantos puntos débiles.

El centinela infectado por las sombras, delgado y pálido bajo aquel crepúsculo antinatural, se extendía hacia el cielo sin estrellas como si pudiera escapar de la tierra.

—No lo entiendo. Estoy utilizando la magia. ¡Hasta nos hemos casado! —Red apretó los puños como si quisiera golpear la corteza blanquecina—. ¿Por qué no es suficiente?

Eammon recorrió su cara con la mirada, con un brillo triste en los ojos. No respondió.

Red apretó los dientes y dio un paso vacilante hacia delante, recorriendo entre la niebla la distancia que los separaba. Cogió la daga que tenía el Lobo en la mano.

Eammon se la arrebató de nuevo.

—¡No!

—¿Qué quieres que haga, entonces? ¡Mi sangre es lo único que ha servido para algo hasta ahora!

Los ojos de Eammon centellearon y apretó la empuñadura con más fuerza.

—No —repitió él, utilizando aquella palabra como un escudo.

—Tiene que haber alguna otra cosa que podamos intentar. Algo que no necesite sangre. —Se mordió el labio y levantó la mirada hacia él—. ¿Y si usamos la magia?

Eammon apartó la mirada, ligeramente sobresaltado. Tenía los hombros encorvados, como si de repente fuera demasiado consciente de aquellos centímetros que había crecido y que nunca habían desaparecido.

Los cambios lo asustaban. Y se sentía avergonzado, pero Red no estaba segura de si era por las transformaciones que le había hecho el Bosque Salvaje o por el hecho de tenerles miedo.

—Puede que esta vez los cambios no sean permanentes… —murmuró Red.

—La última vez lo fueron. —Por los reyes, su voz sonaba demasiado

cansada.

—Entonces estabas haciéndolo tú solo. Eso no volverá a ocurrir.

Aquello lo cogió por sorpresa e hizo que tragara saliva. Pasó la mirada del centinela a Red, como si estuviera calculando la distancia entre ellos con aquellos ojos ambarinos.

—No me gusta que estés cerca de ellos, Red —dijo en voz baja—. Incluso aunque no tengas ninguna herida por la que puedan entrar, aunque no estés sangrando. Sé lo que quieren hacerte.

—Y yo sé que no se lo vas a permitir. —Se cruzó de brazos y rozó con los dedos el bordado de las mangas de su vestido—. Estamos casados, y eso ha hecho que fuese más fácil utilizar la magia, pero está claro que hacer crecer la hiedra en una maceta no te va a ayudar. Así que intentemos hacer esto.

A Eammon no le gustaba la idea. Era evidente en cada arruga de su cara, en sus labios carnosos, apretados en una fina línea; en su ceño fruncido.

—Confío en ti. —Red intentó parecer desenfadada, pero las palabras que salieron de su boca sonaron demasiado serias—: Y tú también deberías confiar en ti mismo.

Hubo un silencio. Luego Eammon suspiró. Se volvió a pasar la mano por la cara, y cuando la volvió a mirar, por fin se fijó en su vestido y abrió los ojos de par en par.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo hemos encontrado Lyra y yo. Ya estaba cansada de ponerme tu ropa.

Las mejillas de Eammon se tiñeron de rojo.

—Me parece bien.

Unas pequeñas estrías de plagaoscura trepaban por el tronco del retoño y se extendían hasta más arriba de donde habían estado unos minutos antes. Red se giró hacia allí, como si estuviera observando la llegada de un ejército.

—Dime qué tengo que hacer.

Un instante después, Eammon guardó por fin la daga.

—Muéstrame tus manos.

Red las estiró, con las palmas hacia arriba. Eammon las cogió entre las suyas, rozando la piel de la chica con el tejido áspero de sus cicatrices, y las examinó en busca de alguna herida. Satisfecho, las soltó y el aire frío ocupó el lugar que había dejado su calor.

—El lugar donde se colocan los centinelas es importante.

—Son como los ladrillos en un muro.

—Exacto, como los ladrillos en un muro —repitió él. Eammon se estiró y colocó la mano sobre el tronco blanco—. Para evitar que las Tierras Sombrías se abran paso, para que el muro siga siendo robusto, tenemos que devolver a los centinelas al sitio donde se supone que deben estar. Cuando los sanamos, vuelven a su lugar.

—¿Y cómo los sanamos?

—Canalizando la magia para hacer retroceder la plaga.

—Imagino que tengo que usar las manos. —Red no supo por qué lo dijo en un tono tan grave e impertinente.

Los hombros de Eammon se tensaron y su respuesta también sonó hostil:

—Sí.

Las viejas cicatrices de sus manos estaban blancas, del mismo color que la corteza del centinela que había bajo ellas. Instintivamente, Red se estiró y cubrió la mano de Eammon con la suya.

—El árbol, Red —murmuró él.

Levantó la mano, sonrojada. Después de un instante de vacilación, tocó el centinela.

Sintió que una corriente la invadía en cuanto su mano rozó el tronco. Atravesaba sus brazos y piernas y le trepaba por la espalda. El poder que había en su interior se desplegó y se expandió hacia fuera, haciendo presión sobre la palma de su mano. Su magia era la aguja de una brújula, y aquel centinela, la estrella que señalaba el norte. Por un instante, sentía su piel como una barrera molesta que impedía que se uniera algo que se había roto hacía mucho tiempo. Red bufó entre dientes.

—¿Qué? —La voz quebrada de Eammon reflejaba su ansiedad, tenía todo el cuerpo retorcido por la tensión acumulada.

—La sensación es distinta a lo que me esperaba. —Le dedicó una pequeña sonrisa—. ¿Y ahora qué?

Red creyó que iba a cancelar todo el plan, a juzgar por el tiempo que pasó entre la pregunta y su respuesta. Eammon movía la mandíbula y no paraba de observar la mano de ella y su cara. Red apretó los labios.

Luego el Lobo suspiró.

—Si los centinelas son los ladrillos de un muro, nosotros somos el cemento. —Eammon dirigió la mirada hacia el árbol blanco—. Nuestra magia es parte del Bosque Salvaje, y también lo es el centinela. Para sanarlo, debemos dejar que nuestro poder entre en su interior y canalizarlo de vuelta al origen. El bosque se fortalece y él nos fortalece a nosotros al mismo tiempo. Es como la lluvia que alimenta a un río, que luego se evapora para volver a convertirse en lluvia.

—Un ciclo. —Había cierta sincronía en todo aquello. Ciclos de Lobos, ciclos de segundas hijas, ciclos de dolor.

—Exacto —dijo Eammon con voz dulce—. Solo tienes que dejar que la magia fluya a través de ti, liberarla.

El centinela zumbaba allí bajo la palma de su mano. Algo se estaba agrupando debajo de la corteza, una energía que se sentía atraída por Red y luchaba por salir de allí. Notaba cómo la expectación y el miedo se unían y se retorcían en su vientre.

Debía de notársele en la cara. Eammon sacudió la cabeza.

—No tienes que…

—No. Puedo hacerlo. —Red se concentró en el torrente que le corría por las venas y en el calor de la corteza bajo su mano. Hizo que su respiración se relajara y luego escuchó el metrónomo de su corazón hasta que los latidos igualaron el ritmo. Eammon estaba a su lado. Necesitaba su ayuda. Cuando cerró los ojos, el océano de caos de su magia se transformó en unas aguas en calma.

Una sustancia verde se derramó por su mente y cambió el color de la oscuridad que veía detrás de sus párpados. Pintó sus pensamientos en tonos de esmeralda y espuma de mar, iluminados desde el mismísimo centro por un tenue brillo dorado.

Cuanto más se concentraba, más claro lo veía. Aquel brillo era el retoño, una silueta brillante en un mar de siluetas brillantes. Vio una red dorada formada por árboles altos y rectos con raíces profundas, con unas luces deslumbrantes que proyectaban tantas sombras que podrían cubrir el mundo entero.

La luz de algunos centinelas era más tenue que la de otros: aquellos más debilitados apenas brillaban con la luz de una vela, mientras que los que aún estaban sanos tenían la fuerza de una hoguera ardiente. Sus raíces eran una maraña de nudos, de líneas de oro dentadas. Pero todas las raíces se dirigían hacia una forma que le resultaba familiar, aquella enorme red se unía dentro de un cuerpo que conocía.

Eammon. Era tan parte del Bosque Salvaje como cualquier centinela, las raíces lo atravesaban como si estuviese hecho de tierra. El hombre, entrelazado de forma indisoluble con el bosque, rama y hueso a partes iguales. Estaba medio fundido con el Bosque Salvaje, pero no lo había consumido, como había hecho con su madre, su padre y el resto de las segundas hijas. Cargaba con todo ello con una fuerza que Red era incapaz de comprender, con una determinación que la asombraba y la aterrorizaba al mismo tiempo.

No era humano. Eso ya lo sabía, había visto las pruebas una y otra vez. Era algo distinto, tan misterioso como el bosque donde vivía. El bosque que vivía en su interior.

Era la primera vez que aquella certeza hacía que sintiera un dolor en el pecho.

—¿Red? —preguntó él, vacilante.

Red apretó los dedos contra el tronco como si Eammon pudiera sentir su presión reconfortante.

—Estoy bien. —Hizo una pausa mientras lo contemplaba con el ojo de su mente; era la semilla desde la que crecía el resto del Bosque Salvaje—. Es precioso.

Silencio. El bosque parecía estar conteniendo la respiración.

—Haz lo mismo que yo —dijo Eammon por fin. Entonces su silueta

dorada brilló con más fuerza dentro de la mente de Red. Una luz líquida empezó a derramarse desde su cuerpo y recorrió la red brillante a la que estaba conectado hasta llegar al centinela.

Con delicadeza, como una flor que se abre al ver el sol, Red dejó que su poder creciera. Fluyó a través de su pecho y se desbordó por las palmas de sus manos, tranquilamente y con un objetivo claro gracias a la cercanía de Eammon. La luz que emanaba de ella no era tan brillante como la suya, pero no por ello era menos bienvenida.

La luz del centinela que tenían delante se fue haciendo poco a poco más intensa, aquella pequeña llama recuperó su fuerza cuando la luz de Red y Eammon ahogó a la sombra.

Red se quedó con las manos apoyadas contra el árbol blanco y dejó que el ciclo de la magia siguiera su curso, que la lluvia alimentara al río. Cuando la tenue figura del centinela se iluminó dentro de su mente, Red sintió que el poder dorado también fluía hacia su propio cuerpo. Al principio aquello hizo que se sobresaltara y notó cómo una punzada de miedo le recorría los omóplatos. Pero el Bosque Salvaje, al menos en aquel momento, no estaba interesado en la conquista. Ella era solo una parte de aquel ciclo, un engranaje más. El hilillo de magia brillante que le había entregado el árbol resplandecía y serpenteaba lánguidamente alrededor de sus huesos.

Se sentía… bien. Parecía algo bueno, y esa fue la primera vez que Red se lo creyó de verdad, a pesar de la insistencia de Eammon y Fife en que los centinelas no eran malvados, por mucho que la intentaran atrapar. Parecía un concepto demasiado simple para describir algo tan complejo, pero el Bosque Salvaje y ella estaban en el mismo bando, al menos para lo más básico. Querían las mismas cosas. El objetivo del bosque era su propia supervivencia, satisfacer su necesidad.

Red recordó la carrera a través de los árboles el día de su cumpleaños, el profundo deseo de sobrevivir que había sentido en sus entrañas. Eso mismo era lo que había notado en el centinela y en el Bosque Salvaje al que estaba unido: una imprudente e intensa determinación de seguir viviendo.

Cuando el centinela desapareció y la palma de su mano tocó la de Eammon en lugar de la corteza, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado.

Abrió los ojos y vio al hombre, en lugar de aquella red brillante que formaba el Bosque Salvaje. Eammon la miraba con el ceño fruncido, la boca ligeramente abierta y el pelo negro cayéndole sobre la frente. El blanco de sus ojos estaba atravesado por unos trazos de color esmeralda; la sombra que proyectaba en el suelo era más larga que antes y parecía tener los bordes adornados con hojas. Tenía las mangas largas levantadas y la corteza volvía a cubrirle los antebrazos.

Eammon no intentó ocultar los cambios que había hecho la magia en su

cuerpo. Se quedó allí de pie y dejó que lo mirara.

Red apretó las muñecas contra las de él. Las líneas de sus venas estaban teñidas de verde y sintió el impulso de ocultarlas, pero dejó las manos quietas. Si él no las ocultaba, ella tampoco lo haría. Lo que acababan de conseguir —sanar al Bosque Salvaje, aunque solo fuese una pequeña parte de él, juntos y sin derramar sangre— había forjado una confianza entre los dos.

Poco a poco, el verde de los ojos de Eammon se desvaneció. La corteza se retiró y dejó a la vista su piel llena de cicatrices. Su altura disminuyó y los bordes de la sombra que proyectaba en el suelo se volvieron más definidos. No había cambios permanentes, esta vez no, aunque seguía manteniendo aquella altura extra. Solo era otra cicatriz, otra marca hecha en nombre del bosque.

Eammon la observó un instante más, con el rostro serio e inescrutable, mientras las venas que recorrían el brazo de Red volvían a su color azul. Entonces el Lobo apartó su mano de la de ella y se dio la vuelta.

Red se apoyó la mano en el muslo y alejó así la calidez de su tacto. A sus pies, donde había estado el centinela, ya solo quedaba una capa intacta de musgo.

—Parece que ha funcionado.

Eammon asintió con un gruñido. Red siguió su mirada: justo al otro lado del portón, entre la línea de los otros árboles, el retoño volvió a crecer.

Solo que ya no era un retoño. Era un árbol maduro con el tronco ancho. Unas hojas de un verde brillante crecieron en las ramas blancas que se agrupaban en su copa.

—Eso parece. —Algo similar al asombro transformaba las duras facciones de Eammon, iluminadas por el bosque y por la niebla que tenía detrás.

Red sintió una punzada de dolor en su marca del vínculo, oculta bajo la manga. Apretó la mano rápidamente contra ella y se obligó a apartar la mirada de Eammon y dirigirla hacia el centinela.

Sus hojas ya habían perdido el brillo. Una de ellas se soltó de la rama y cayó hacia el suelo del bosque.

Eammon bufó entre dientes. Red había visto cómo tenía el bosque entretejido en su interior, enraizado en sus huesos. El fracaso de los árboles también le dolía a él.

—No vas a volver a sangrar por él —dijo Red en un tono suave que hacía que aquellas palabras sonaran más feroces—. Este puñetero bosque no te va a arrebatar nada más mientras yo esté aquí.

El brillo en los ojos de Eammon reflejaba que quería negarse, pero, cuando miró a Red, aquella luz desapareció y se convirtió en algo frágil e indescifrable.

Red seguía notando un cosquilleo en la palma de la mano, allí donde había tocado la corteza. La sacudió para intentar alejar aquel picor.

—¿Hay alguno más? Podemos…

—No vamos a hacer nada hasta que te pongas unos zapatos. —Eammon

lanzó una mirada penetrante a sus pies descalzos.

Red dobló los dedos de los pies entre el musgo.

—El Bosque Salvaje se comió mis botas, ¿recuerdas? —No había tenido problemas para ir descalza hasta entonces: si lo único que tenía hacer era cruzar el patio para ir a la torre o quedarse en la fortaleza, no era para tanto, y le había robado unos calcetines a Eammon cuando los había necesitado—. Ninguna de las segundas hijas dejó otras de repuesto.

Eammon movió el brazo y, por un instante, Red pensó que iba a cogerla en brazos para que no tuviera que pisar el suelo frío.

Pero aquel instante pasó y Eammon se giró hacia la torre.

—He rebuscado en los almacenes y he encontrado un par de botas viejas que te puedes quedar. Las he dejado junto a la chimenea. —Echó un vistazo sobre su hombro con las cejas levantadas y volvió a mirar hacia la torre—. No son de tu talla, pero eso no te importaba mucho con las camisas.

—Hacía demasiado frío para ir por ahí desnuda.

Eammon no se giró, pero la mano que le colgaba a un costado dio un espasmo y el Lobo dejó escapar un sonido ahogado. Tras él, Red sonrió.

Había un ligero temblor en los hombros de Eammon cuando abrió la puerta de un empujón, aunque subió las escaleras con paso firme. Nunca había sido capaz de ocultarle del todo su agotamiento, y después de ver hasta qué punto el Bosque Salvaje se enredaba en su cuerpo, Red pudo entender por qué.

Incluso en aquel momento, Eammon intentaba ocultarlo. Como si fuese algo vergonzoso, algo que había decidido que debía soportar él solo. Aquello hacía que Red quisiera golpear con su magia a todos los árboles en aquel maldito bosque, para sanarlos y para castigarlos a partes iguales.

—Hay algo que quiero enseñarte. —La luz de las llamas iluminaba las constelaciones plateadas del techo. Eammon miró sobre su hombro—. Bueno, dos cosas.

Se dirigió hacia la mesa solitaria y se echó el pelo hacia atrás, nervioso.

—No están igual que cuando eran nuevos —dijo con evasivas—, pero al menos podrás volver a leerlos.

Red se acercó lentamente a su lado. Había un montón de libros desordenados sobre la mesa, junto a una bolsa de tela que le resultaba familiar.

Sus libros.

La muchacha soltó una pequeña carcajada, sin aliento, y estiró la mano para pasar un dedo por los bordes polvorientos. Unas líneas de suciedad recorrían las cubiertas y había manchas verdes allí donde la vegetación había emborronado la tinta.

—Creía que los había perdido cuando se derrumbó el pasillo.

—Por poco. Bien saben las sombras lo que me ha costado sacarlos de debajo del musgo.

La visión de Red se volvió borrosa.

—Gracias. —El libro de poemas que le había regalado su madre estaba en lo alto de la pila. El derrumbamiento había borrado el baño de oro de la cubierta. Red lo cogió y lo acunó contra el pecho—. Gracias, Eammon.

—De nada. —Cambió de postura, como si no estuviera seguro de cómo sostenerse en pie. Flexionó una mano junto a su costado.

Un momento después, Eammon se apartó y señaló hacia la chimenea.

—Las botas están allí —dijo, de forma innecesaria—. Luego te enseñaré otra cosa.

Red metió los pies en ellas. Le quedaban demasiado grandes, pero eran calientes. Después volvió dando pisotones para reunirse con Eammon junto a una de las ventanas con enredaderas talladas. Había algo apoyado contra la pared, cubierto con una tela gris.

—Puede que no funcione. —La miró con seriedad, disimulando cuidadosamente todo el nerviosismo que tenía antes—. Pero no me parecía bien ocultártelo.

—Qué inquietante.

Eammon retiró la tela de un tirón. Bajo ella había un espejo, o al menos algo que tenía forma de espejo. El cristal no era reflectante, sino que tenía un deslucido color gris. El tono de su interior iba cambiando, era como mirar un tarro lleno de humo.

—¿Qué es?

—Mi madre lo creó utilizando la magia del Bosque Salvaje. —Eammon le lanzó una mirada inescrutable—. Para poder ver a su hermana, Tiernan.

La comprensión golpeó a Red como la resaca en el mar. Dejó caer sus manos a los costados. Se apartó de Eammon y se giró hacia el espejo, dejando que la añoranza la hiciera olvidarse de la prudencia. Durante las últimas semanas, Red se había convertido en una experta en apartar los pensamientos sobre Neve, pero, solo con oír la palabra «hermana», el corazón se le hinchó tanto que de repente ya no le cabía en el pecho.

—Ah.

—Es viejo —le advirtió Eammon—. Nadie lo ha intentado utilizar desde hace siglos, y tal y como está el Bosque Salvaje ahora mismo, podría ser totalmente inútil, pero… —Dejó que su voz se apagara y cogió aire—. Dijiste que si pudieras hacer cualquier cosa, le harías saber a tu hermana que estabas bien. Con esto no podrás hablar con ella, pero, con suerte, al menos te dejará verla.

Llamar gratitud al alivio repentino que sintió en el pecho era quedarse corta, era como si hubiera desaparecido un peso con el que no sabía que estaba cargando.

—Eammon… —Se detuvo y tragó saliva—. Esto es…

—Lo siento —dijo él en voz baja—. Siento que esto sea todo lo que te

puedo ofrecer.

—Es suficiente. —Su respuesta fue inmediata, por puro instinto. A la luz de la chimenea, los ojos de Eammon parecían estar hechos de miel.

Red dio un paso adelante y estiró la mano hacia el espejo, pero sin llegar a tocarlo.

—¿Cómo funciona?

—Con un sacrificio. —Eammon resopló—. Por supuesto. —¿Sangre?

—No —respondió de forma cortante—. Es decir, podría funcionar, pero de momento vamos a olvidarnos de la sangre.

La trenza desigual de Red le caía por encima del hombro. Cogió un mechón que tenía las puntas abiertas y lo sostuvo en alto.

—¿Y esto?

Eammon asintió, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

—Me quedaré aquí —dijo, volviendo al tono serio—. Si notas algo extraño, lo que sea, te sacaré de allí.

Red, distraída, hizo un ruido de asentimiento: toda su atención estaba puesta en la superficie deslucida del espejo. Con cuidado, enrolló el largo mechón de su pelo en las espirales del marco. Luego dio un paso atrás, miró hacia la oscuridad del cristal y esperó.

Cinco latidos. Seis. Nada. La decepción le dejó un sabor amargo en el fondo de la garganta, y estaba a punto de girarse cuando algo brilló en lo más profundo del espejo.

La luz atrapó a Red y tiró de ella, una mota de plata en mitad de aquel gris. Cuanto más la miraba, más grande y brillante se hacía. Una nube de humo fluía a lo largo de aquella luz, que creció cada vez más hasta ocupar todo el espacio de su visión.

Hubo un fogonazo silencioso, como la explosión de una estrella, mientras el humo se arremolinaba para crear un cosmos oscuro.

Y cuando el humo se disipó, apareció Neve.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Era como mirar a través de una ventana. No, no era exactamente eso; era más bien como estar atrapada dentro de una ventana, ser parte del cristal. Red intentó moverse y no lo consiguió, no podía sentir las piernas ni los brazos. Su propia conciencia se había estirado hasta casi desaparecer, difuminada y refractada en la luz de aquel espejo.

Neve estaba de pie en el santuario, tras la estatua de Gaya. Su figura era borrosa, pero aun así Red pudo ver que estaba más delgada que antes y que sus mejillas estaban más demacradas. Un vendaje le cubría la mano izquierda.

Intentó llamarla a gritos. Se había olvidado de que no serviría de nada: aquel espejo solo funcionaba en una dirección y solo podía mirar. A lo lejos, vio cómo se movían las cuerdas vocales de su hermana, pero no oyó ningún sonido. Nada.

Aun así, fue como si su grito hubiera despertado algo, como si su deseo hubiera amplificado la magia que había creado el espejo. Poco a poco, la imagen de Neve se fue haciendo más nítida, más sólida.

—Llevamos haciendo esto un mes y todavía no ha regresado. —Su hermana estaba girada hacia un lado, con el ceño fruncido y los ojos oscuros entrecerrados. Tenía el labio apretado entre los dientes, un gesto que hacían las dos cuando estaban nerviosas—. ¿Por qué no ha escapado?

Red no podía distinguir a la persona con la que hablaba Neve, estaba borrosa y oculta por las sombras. Aquel espejo había sido creado para mostrar a la primera hija, y eso era lo único que hacía.

—Llevará su tiempo. —La voz llegaba amortiguada, apenas se podía

entender lo que decía—. Como suele ocurrir con lo que es importante. Paciencia, Neveriah.

—¿No hay ninguna manera de acelerar las cosas? —Neve cruzó los brazos por encima de su pecho delgado. Cuando inclinó la cabeza, la luz del fuego iluminó la diadema de plata que llevaba en la cabeza. Era más elaborada que la que solía ponerse. A Red le resultaba familiar por algún motivo perdido en el fondo de su mente, que intentaba salir a la superficie para decirle que algo no iba bien.

—Quizás.

—Dime lo que necesitamos, Kiri. —No era la primera vez que Neve utilizaba aquel tono autoritario, pero ahora parecía tener una fuerza renovada. Era la voz de alguien que no tenía ninguna duda de que la iban a obedecer—. Dímelo y me aseguraré de conseguirlo.

La pausa fue tan larga que se hizo incómoda. La mandíbula de Neve se estremeció una sola vez. Levantó la mano y tocó la diadema para recolocársela sobre la frente.

—Supongo que ya no hay nada que te impida hacerlo, ¿verdad? —Había algo malicioso en aquella voz amortiguada. Algo que hacía que Red sintiera una punzada de dolor a lo largo de su columna—. Ahora que Isla está muerta… Ahora que eres la reina.

«Reina».

Incluso en aquel extraño estado en el que su propia conciencia no formaba parte de ella, notó cómo el aire abandonaba sus pulmones y sintió el grito ahogado que intentaba trepar por su garganta.

En el espejo, Neve se estremeció de forma casi imperceptible.

Red notó las manos de Eammon sobre sus hombros. Sabía que la había oído y que se había dado cuenta de que algo iba mal. Cuando la tocó, aquella visión desapareció. El humo y una luz plateada ocultaron la imagen de Neve, pero no antes de que Red oyera por última vez aquella voz amortiguada:

—Siempre podrías ofrecer más sangre.

Entonces Red sintió el golpe contra el suelo al caer de rodillas y el aroma a papel y café de Eammon cuando se agachó hacia ella.

—¿Red? —Su voz era tranquila, pero ocultaba un terror que le estaba costando contener—. Red, ¿qué ha ocurrido?

—Mi madre ha muerto —murmuró, con los ojos abiertos de par en par—. Mi madre ha muerto.



El vapor ascendía desde la taza de té, que se enfriaba rápidamente sobre la

mesa. Red era incapaz de reunir fuerzas para estirarse a por ella. Estaba sentada sobre la cama, con los brazos alrededor de las rodillas, y miraba cómo las volutas de humo subían girando en silencio. El libro de poemas estaba junto a la taza. No se había dado cuenta de que se lo había llevado al salir de la torre hasta que Eammon se lo cogió de las manos con delicadeza y lo dejó a un lado.

El crepitar de las llamas en la rejilla apenas conseguía ocultar los murmullos que provenían del pie de la escalera.

—¿Estamos seguros de que era real? —preguntó Lyra—. Ese espejo es una antigualla.

—Ha visto a su hermana. —Era la voz de Eammon—. Para eso lo construyeron.

—Pero su poder proviene del Bosque Salvaje. —Este era Fife, receloso—. Y últimamente las cosas no van demasiado bien con él. ¿Cómo puedes estar seguro de que le ha mostrado la verdad?

—Lo sé y ya está, Fife. —Red casi podía ver a Eammon frotándose los ojos, rodeados de círculos oscuros. Luego oyó una risa fuerte y quebrada—. Su madre ha muerto, su hermana se ha quedado sola y ella está en este maldito bosque, cuando no tiene ningún motivo para seguir aquí.

—Ningún motivo aparte de ayudarte —dijo Fife.

Eammon guardó silencio.

Cuando habló Lyra, lo hizo en voz baja:

—Eammon, ¿no estarás pensando en…?

—Si me lo pidiera —dijo él—, no le diría que no. —Hubo un silencio profundo, solo durante un momento. Luego añadió en voz baja—: Debería haberla obligado a irse en cuanto llegó. El Bosque Salvaje no la tiene bajo su control, no lo suficiente como para retenerla aquí. No tanto como a las demás.

No hubo ninguna sorpresa en el silencio que vino a continuación. Fife y Lyra ya sabían que había algo diferente en Red, lo habían sabido desde el primer día.

—Entonces, que se quede aquí no cambia mucho las cosas —murmuró Fife.

Eammon suspiró, con un sonido grave y áspero.

—No.

Red cerró los ojos con fuerza.

Oyó pasos en la escalera. Apareció Eammon con el pelo enredado sobre los hombros. Frunció el ceño.

—Sigues despierta.

—No puedo dormir. —Red se estiró hacia la mesa y cogió la taza, ya templada. El té olía bien, a especias y clavo, y cuando tomó un sorbo notó su calor dentro del pecho.

Eammon tenía una copa en la mano, medio llena de un vino oscuro. La

dejó donde había estado la taza.

—Por si necesitas algo más fuerte que el té. —Una pequeña sonrisa apareció en la comisura de su boca—. Lyra me ha dicho que te advirtiera que no es meduciano. Valdrek hace su propio vino en Confín, y estoy casi convencido de que lo mezcla con agua antes de vendérmelo.

Red intentó devolverle la sonrisa, pero apenas fue capaz de levantar los labios.

Con cautela, Eammon se sentó en la silla que había junto al escritorio y se apoyó las manos sobre las rodillas. Había un silencio profundo en el ambiente, interrumpido únicamente por el crepitar de las llamas, pero era un silencio agradable.

Red bebió el té y se quedó mirando los posos.

—Ahora ya sabemos que el espejo funciona. Supongo que eso es bueno.

—Lo siento mucho, Red. —Lo dijo mirando al suelo, como si no creyera que el contacto visual fuese apropiado—. ¿Tu hermana estaba…? ¿La has visto…?

—Parecía cansada. Cansada y… triste. —Red intentó encogerse de hombros, pero el movimiento pareció forzado—. No sé si Neve está preparada para ser reina, para ocupar el lugar de nuestra madre.

—No creo que nadie esté preparado para hacerse cargo del legado de sus padres. —Eammon se miró las manos agarrotadas—. Casi nunca encajamos bien en el vacío que nos dejan.

Los nudillos blancos del Lobo contradecían su despreocupación y traducían sus palabras a un idioma que los dos entendían. Los padres de Eammon proyectaban una sombra oscura y alargada: el legado de un Lobo y de una segunda hija que ninguno de los dos había elegido.

—Estoy más preocupada por Neve que triste por mi madre. —Era una confesión que arrastraba su vergüenza—. ¿No te parece terrible?

—En absoluto. El dolor es una cosa extraña.

La relación de Red con Isla había sido tensa y con muchos matices, no era algo fácil de explicar. Pero su ausencia, el hueco que le había dejado, hacía que quisiera intentarlo. Era la única absolución que le podía ofrecer.

—Mi madre y yo… nunca estuvimos muy unidas.

Los nudillos de Eammon palidecieron aún más. Todavía se estaba sujetando las rodillas.

—¿Era porque…? —Apartó una mano y señaló hacia el espacio que había entre ellos.

—No solo por eso. —Red sacudió la cabeza—. Tampoco tenía demasiada relación con Neve, aunque yo creo que le habría gustado. —Se fijó en los hilos sueltos de la manta. Los dos se esforzaban en mantener la mirada apartada del otro—. Necesitaba una heredera. En lugar de eso, consiguió dos hijas, y a una de ellas no se la podía quedar. Para ella era más fácil fingir que yo no existía.

Sobre todo después de que… —Su voz se apagó, pero realmente no hacía falta que acabara la frase. El fragmento de magia del Bosque Salvaje que llevaba dentro creció y subió por su interior hasta dejarle un ligero sabor a tierra en la boca.

Eammon dejó caer los hombros, como si la culpa con la que cargaba fuese algo físico. Red se moría de ganas de colocarle los dedos sobre ellos, de acariciárselos hasta que se le volvieran a enderezar. De pasárselos por el pelo y hacer que los dos pensaran en otras cosas.

En lugar de eso, Red agarró la taza. Conocía muy bien la culpa, y sabía que hacía falta algo más que unas manos calientes o incluso unas bocas para conseguir que desapareciera.

La culpa. Al final, todo tenía que ver con eso.

—Ya sé que no viste todo lo que sucedió aquella noche. —Red cambió de postura en la cama—. Pero ¿me viste a mí?

—No vi nada más que tus manos. Simplemente… te sentí. —El pelo oscuro le cayó por encima de los ojos; se lo apartó con un nudillo lleno de cicatrices—. Noté que el Bosque Salvaje se abalanzaba sobre algo, aunque no sabía qué era, al menos al principio. Pero, en cuanto te tocó, sentí tu dolor. Tu pánico. Era tan fuerte que ahogaba todo lo demás.

Red apretó los labios, sin llegar a hacerse sangre.

—Intenté detenerlo. —Eammon apoyó los antebrazos sobre sus muslos—. Está claro que no tuve tanto éxito como debería haber tenido. No pude evitar que te alcanzara. Pero, aunque el Bosque Salvaje te dio un fragmento de su poder, creí que podría evitar que te convocara. Que si conseguía que el bosque mantuviera su fuerza, quizás tu marca nunca aparecería. Que el ciclo podría romperse. —Tragó saliva—. Eso tampoco lo conseguí.

Eammon llevaba años intentando salvarla, la había mantenido alejada de allí hasta que no había podido más. Hasta que el Bosque Salvaje había decidido cobrarse su deuda, sin importarle cuánto había sacrificado el Lobo.

Red respiró hondo y se irguió, recolocando las rodillas para sentarse con las piernas cruzadas sobre la colcha harapienta. Nunca le había contado a nadie la historia completa de lo que había ocurrido la noche en que ella y Neve se habían adentrado en el Bosque Salvaje. Sus atacantes habían muerto y Neve no recordaba lo que había pasado. Aquel recuerdo era una herida, y Red se la había tapado sin dejar que respirara, sin dejar que sanara.

Hasta entonces no se le había ocurrido pensar que aquel recuerdo no era solo suyo, que una parte de él también pertenecía a Eammon. Otro dolor compartido, otra marca idéntica. Una carga que podría ser más ligera si la llevaban juntos.

—Era nuestro decimosexto cumpleaños. —Red hablaba mirando hacia el colchón, aunque era plenamente consciente de que Eammon la miraba desconcertado. Si le devolvía la mirada, podría romperse aquel hechizo, la

cadencia que convertía aquello en un cuento y hacía que fuese más sencillo de relatar—. Había un baile.

Eammon se mantuvo en silencio, como si sintiera que era lo que Red necesitaba. Se quedó sentado, inmóvil, esperando a que continuara mientras la luz de la chimenea jugueteaba con los ángulos de su cara.

—Fue… desagradable. Aquella fue la primera noche en la que realmente me di cuenta de lo distintas que éramos Neve y yo. Lo diferentes que serían nuestras vidas. —Hizo una pausa—. Mi madre apenas me habló.

Eammon apretó los puños entre sus rodillas.

—Más tarde, Neve me encontró llorando. Me preguntó qué podía hacer. Le dije que nada, a no ser que supiera cómo deshacernos del Bosque Salvaje. Y eso fue lo que intentamos. —Red resopló—. Todo el mundo estaba medio borracho, así que robar unos caballos fue más fácil de lo que debería haber sido. Cabalgamos hasta la frontera.

Los caballos no habían tardado en quedar exhaustos, resollando en aquella noche fría. Red recordaba haber pensado que su huida hacia el norte había sido demasiado corta. Quería seguir corriendo bajo el cielo estrellado junto a su hermana para siempre.

—Las cerillas que trajo Neve no funcionaron —continuó en voz baja—. El Bosque Salvaje no puede arder. Siempre lo habíamos oído, pero ninguna de los dos se lo creía hasta ese momento. Creo que se asustó al verlo con sus propios ojos. Al ver que el bosque no era solo un bosque, sino algo más. Neve probablemente se habría marchado después de eso y allí habría acabado todo. Pero encontré una piedra.

Red la había cogido y la había lanzado con fuerza contra los árboles. El sonido que había hecho no le había parecido demasiado ruidoso, solo había sido un golpe sordo amortiguado por la maleza. Así que Red gritó, y en cuanto empezó ya no pudo parar. Cogió una piedra tras otra y las lanzó a ciegas, acercándose cada vez más al límite de los árboles. Recordaba cómo aquel zumbido se había apretado contra su piel y había hecho que le vibraran los huesos. El bosque había dejado que se acercara a él, algo que no le permitía a nadie más.

Neve había encontrado su propia piedra y la había lanzado contra el Bosque Salvaje, acercándose todo lo posible. Sus gritos se habían unido a los de Red: eran dos chicas perdidas en los confines del mundo que conocían, chillando y lanzando piedras porque no había nada más que pudieran hacer, pero tenían que hacer algo, lo que fuese.

—Una de las rocas me hizo un corte en la mano —dijo Red, visualizando aquel momento con los ojos cerrados, como si fuera un espectáculo de sombras —. Y tropecé al lanzarla. Intenté parar la caída con la mano que me había cortado y caí justo a este lado de la frontera.

—Y el Bosque Salvaje fue a por ti. —La voz de Eammon era áspera y

calmada, como si llevara horas callado, en lugar de unos minutos.

—Y tú lo detuviste —añadió Red con suavidad. No abrió los ojos; sabía que si lo hacía, perdería los nervios. Pero notó que Eammon la observaba, sintió el peso de su mirada como si le hubiera colocado un brazo sobre el hombro.

Hizo una pausa antes de continuar con su historia.

—Aquellos gritos llamaron la atención, y también dos chicas que habían llegado en unos caballos magníficos y estaban destrozando la carretera. No sé cuánto tiempo estuvieron esperando escondidos, observándonos, pero atraparon a Neve cuando estaba arrastrándome por la pierna para sacarme del bosque. Le pusieron un cuchillo en la garganta. Y entonces… —apretó los ojos con más fuerza— lo liberé.

Después había habido un momento de silencio, recordó Red. Un instante en el que aquella magia fragmentada que habían dejado en su interior se había detenido, casi paralizada, como si unas enredaderas se hubieran estirado hasta quedar demasiado tirantes y luego se hubieran roto. Las venas de su muñeca se habían vuelto de un verde intenso y se habían extendido por sus brazos, atravesándole el pecho en dirección al corazón. Había visto una explosión de luz dorada detrás de sus párpados.

Y su fragmento de poder había estallado.

Un tronco surgió bruscamente de la tierra y empaló a uno de los ladrones. Le atravesó la boca y salió cubierto de sangre y vísceras, extendiendo sus ramas a través de los huesos rotos. Unas enredaderas salieron reptando del suelo y atraparon a otro, enroscándose alrededor de su cuello hasta que su cara se hinchó, se volvió púrpura y estalló como una burbuja pinchada.

El hombre que sujetaba a Neve retrocedió tambaleándose y la dejó caer al suelo, sin conocimiento. Una raíz se levantó tras él e hizo que tropezase. En apenas un instante, creció un matorral de espino y le atravesó la piel como si estuviese hecha de papel, saliendo de golpe por su boca y sus ojos.

Pero lo peor de todo había sido Neve. Se había quedado allí tumbada y unas espinas habían brotado de la tierra a su alrededor; solo era un cuerpo más atrapado en aquel torbellino que había creado Red. Una cosa más a la que podría matar con aquella magia caótica del bosque.

Aquella había sido la primera vez que Red había conseguido detener su poder. Había sido doloroso, como si se hubiera arrancado la columna vertebral de un tirón. Tras lograrlo, se había dejado caer de rodillas y había gritado y gritado y gritado.

—Los maté. —Red hablaba con una voz monótona y apresurada, sus palabras se atropellaban al intentar salir con demasiada prisa—. Los maté a todos. Y estuve a punto de matar también a Neve, pero conseguí detenerlo a tiempo.

—Por eso decías que tenías que quedarte —dijo Eammon, atando cabos

—. Cuando intenté que te marcharas de aquí.

Red asintió. No podía hablar de eso ni tampoco pensar demasiado en ello si no quería que el dolor y la culpa le cerraran la garganta.

—Cuando hice que se detuviera, el bosque… se retiró. Las enredaderas, los árboles y las espinas volvieron a esconderse bajo tierra y allí solo quedaron los cuerpos. —Los cuerpos, tirados en charcos de sangre, tanta carne muerta… Incluso ahora Red estaba a punto de gritar—. Neve se desmayó antes de poder ver nada de aquello. No recuerda lo que hice. Y cuando por fin llegaron los guardias, después de lo que parecieron varias horas, les dije que los ladrones se habían matado unos a otros. Pero fui yo, yo hice todo aquello.

Su voz se fue apagando cada vez más, hasta que acabó por convertirse en un susurro. No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que probó la sal de sus lágrimas, ni tampoco de que Eammon se había sentado a su lado hasta que notó que sus manos ásperas le sujetaban la cara.

El Lobo le acarició las mejillas con los pulgares para borrar el rastro de su llanto. Los temblores de Red fueron desapareciendo poco a poco hasta que se tranquilizó. Cuando Eammon apartó las manos, ella tuvo que luchar para no volver a cogérselas.

—La salvaste. —Eammon hablaba en voz baja, pero en un tono sincero—. Nada de aquello fue culpa tuya.

—Ya ni siquiera me paro a pensar en culpas. —Red se encorvó sobre sus brazos cruzados—. Es algo que ocurrió, y tengo que vivir con ello. —Dirigió la mirada hacia él—. Y, antes de que me enseñaras cómo controlar este poder y cómo utilizarlo, tenía que vivir con el miedo de que volviera a pasar.

La expresión de Eammon era inescrutable.

—¿Vas a volver, entonces? —Lo dijo en voz baja, como si tuviera miedo de que lo oyera—. Ahora que sabes cómo controlarlo…

—Claro que no. —La respuesta de Red fue casi cortante, le costaba creer que le hubiera preguntado eso—. Me necesitas aquí.

Eammon abrió un poco más los ojos, un movimiento muy leve que bastó para que Red deseara que sus palabras fuesen algo físico que pudiera tragarse.

Pero el Lobo no se lo discutió.

La chica suspiró y se apartó el pelo de la cara.

—Así que no me entristece la muerte de mi madre y además soy una asesina. —Le dedicó un intento de sonrisa temblorosa que se quebró antes de poder formarse del todo—. Dos confesiones terribles en una sola noche.

—No hay nada terrible en ti —murmuró Eammon—. Ya te lo he dicho. Deberías creerlo.

Aquel instante pareció alargarse mientras estaban los dos sentados en la misma cama, el uno cerca del otro y en actitud cordial. Entonces Eammon se puso en pie sin ninguna elegancia y se pasó una mano por el pelo. Cogió la copa de vino de la mesa y le dio un sorbo antes de pasársela a Red.

—Fife está intentando preparar sopa. ¿Quieres un poco?

—Creo que lo único que quiero es dormir.

Él asintió y se dirigió hacia la escalera.

—Buenas noches, entonces.

—Tú también tienes que dormir.

Se detuvo y la miró sobre su hombro con una ceja levantada.

Red tomó un trago de vino.

—Se acabó lo de pasarte toda la noche despierto —dijo con firmeza—. Estás agotado, Eammon.

—Te prometo que dormiré.

—Aquí. Y con una manta de verdad. Nada de quedarte tirado encima de una mesa de la biblioteca.

Eammon levantó aún más la ceja e hizo lo mismo con la comisura de su boca.

—¿Alguna orden más, Loba?

Las mejillas de Red se sonrojaron. Levantó la barbilla.

—Por ahora no, Guardián.

Eammon inclinó la cabeza, fingiendo respeto. Luego desapareció escaleras abajo.

Aunque no era meduciano y era cierto que estaba aguado, Red se acabó el vino de todas formas. Se metió en la cama. Cada movimiento que hacía le traía un aroma a libros viejos y hojas caídas.

Pero, cuando cerró los ojos, pensó en Arick.

Arick, que ahora era el consorte electo de la reina, no solo de la primera hija. Arick, apasionado y descarado, cuyo cerebro era el último órgano que utilizaba para tomar decisiones.

No sentía ningún tipo de celos, ya no. Realmente nunca los había sentido… Su relación se basaba en la amistad, en la conveniencia y en una soledad dolorosa, y sabía que aquello no podía durar. Los sentimientos complejos que tenía por él eran como las estrellas en el cielo soleado del mediodía: unos recuerdos ahogados por una luz nueva.

Pero si Arick era una sombra que se desvanecía, lo que sentía por Eammon era una habitación a oscuras que no se había atrevido a explorar. La puerta estaba rota, pero si no te acercabas demasiado a mirar, no tenías que pensar en lo que había dentro.

Poco a poco, el crepitar del fuego hizo que se quedara dormida mientras pensaba en sombras y puertas agrietadas.



Interludio en Valleyda VI

La capa le quedaba demasiado grande y Neve se sentía como una niña con ella puesta, midiendo sus pasos mientras caminaba hacia el trono plateado. Su vestido también era de plata, al igual que la daga que llevaba atada al cinturón, todo ello piezas pesadas que formaban parte de la ceremonia. Tras ella, dos sacerdotisas sujetaban el borde de terciopelo negro de la capa, inclinándolo para que la luz iluminara los nombres de las anteriores reinas, bordados en plata a lo largo del dobladillo. Los hilos de su propio nombre estaban aún sueltos, los habían cosido a toda prisa.

Todo aquello se había hecho demasiado deprisa.

La coronación era una mera formalidad —según las leyes matrilineales de sucesión de Valleyda, Neve era reina desde el mismo momento en que Isla había exhalado su último aliento—, pero aun así parecía un mal presagio, algo demasiado profundo. El corazón le palpitaba como si hubiera corrido varios kilómetros, incluso mientras avanzaba con pasos pequeños y calculados, cada vez más cerca del trono.

A la mañana siguiente a la confirmación de Tealia como suma sacerdotisa, la salud de Isla había empeorado notablemente. Los cosméticos ya no bastaban para ocultarlo, así que se había quedado en cama y solo se movía para tomar algún sorbo de caldo de vez en cuando. Una semana después, había muerto.

En una semana, Neve había pasado de ser la primera hija a la reina.

Ese pensamiento estaba siempre presente en su mente, dando vueltas como los engranajes de un reloj. «Mi madre está muerta». Aquello resonaba en

su cabeza mientras comía, cuando se reunía con Kiri, Arick y los demás en el santuario… Incluso en aquel momento reverberaba entre sus oídos mientras se acercaba bajo la mirada cautelosa de Tealia, flanqueada por velas blancas y escarlata. «Mi madre está muerta, mi madre está muerta».

Y aquella resonancia tenía una capa más, que había enterrado tan profundamente como había sido capaz: «Mi madre está muerta y no estoy triste».

Las emociones de Neve eran todo un océano de historia y sentimientos, y la tristeza era tan solo la espuma. Recordó por milésima vez la última cena que habían compartido, las señales casi imperceptibles en la forma en que su madre cogía el vino, cómo se quedaba con la mirada perdida… Aquello también había afectado a Isla, de una forma que Neve no podía ni imaginarse. Si algo hubiera sido distinto, algún pequeño detalle que no podía precisar, quizás podrían haber unido fuerzas para acabar con los sacrificios de las segundas hijas y traer de vuelta a Red.

Neve no podía pensar en aquello durante mucho tiempo, era demasiado doloroso.

La extraña y terrible sincronía de todo lo que había ocurrido todavía la sorprendía. La suma sacerdotisa y luego la reina habían enfermado y habían muerto, permitiendo así que Neve pudiera continuar con sus planes, incluso cuando pensaba que ya se habían torcido. Neve era el ojo de una tormenta de muerte que giraba a su alrededor como la cola de un vestido.

Sintió una punzada de culpabilidad en la garganta cuando Tealia le colocó la corona plateada en la frente, apartando los dedos para no tocarle la piel. Aunque las muertes habían sido naturales, Neve todavía sentía su peso alrededor del cuello, como si fueran rocas a la espera de un mar donde poder ahogarla. Se obligaba a sí misma a ser fría porque era lo único que podía hacer, la única forma de cargar con aquel peso.

Solo había llorado por Isla una vez. La primera noche, cuando estaba sola en su habitación. Había agarrado el colgante con el fragmento de madera oscurecida que le había dado Kiri hasta que le había hecho un corte en la mano, uno más de los que ya tenía.

Durante un instante extraño, se había sentido en calma. Un escalofrío le había recorrido los hombros, como si hubiera notado que alguien la observaba a través de una ventana envuelta en niebla. Le había parecido oír un susurro, pero creyó que solo lo había escuchado en su cabeza, como una palabra que no era capaz de articular.

Limpió la sangre del trozo de rama y se colocó un vendaje en la mano. En cuanto terminó de limpiar el colgante, aquella sensación extraña desapareció. Aun así, no había vuelto a tocar aquella cosa desde entonces, y miraba el cajón donde la guardaba como alguien miraría la jaula de una serpiente.

Ahora que llevaba todas aquellas joyas de plata en lugar de la de madera,

sentía cómo el calor de centenares de velas le volvía las mejillas rosadas. La mitad de ellas eran blancas para simbolizar su pureza; la otra mitad, rojas, como símbolo de los sacrificios que tendría que hacer para gobernar.

Nadie tenía ni idea de hasta qué punto era cierto.

Neve se puso en pie y se giró para quedarse de cara a la corte. Raffe estaba en primera fila, con los brazos cruzados y los labios apretados. Intentó sonreírle cuando se cruzaron sus miradas y el frío corazón de Neve dio un vuelco.

Últimamente se había mantenido alejada de Raffe, tanto por falta de tiempo como por aquel miedo profundo e ilógico a que, de alguna forma, la muerte se hubiera aferrado a ella y se quitase de en medio a quien fuese necesario. No tenía ningún sentido y sabía que no era cierto. Neve no había matado a nadie, ni ordenándolo ni por su propia mano.

Pero no podía arriesgarse. Con Raffe no.

Ya tendrían tiempo. Cuando todo aquello acabara, ella y Raffe tendrían todo el tiempo del mundo. Y ya no tendría que preocuparse por ponerlo en peligro ni por condenarlo a morir para ayudarla de alguna manera.

—Neveriah Keyoreth Valedren. —La voz de Tealia era fuerte y sonaba entrecortada, una ola de sonido que recorría aquel inmenso salón—. Sexta reina de su dinastía.

Hubo un aplauso de cortesía entre la gente allí reunida. La habitación no estaba demasiado llena, solo los escasos nobles valleydanos y un puñado de los de Floriane y el norte de Meducia habían viajado hasta allí para su coronación apresurada. El resto de los países del continente ya habían cumplido con su deber asistiendo a la despedida de Red; no querrían volver a sufrir el frío de Valleyda hasta que llegara el momento de volver a pagar sus tributos religiosos.

Arick subió al estrado con la frente adornada por una fina diadema de plata. Todavía tenía un vendaje en la mano, pero estaba limpio, no había rastro de manchas negras ni escarlata. Con una sonrisa tranquilizadora, le ofreció el brazo a Neve y bajó caminando por el pasillo junto a ella. Arick flexionó los músculos bajo la mano de la joven y colocó la suya por encima.

Raffe los observó mientras pasaban a su lado y Neve mantuvo la mirada fija al frente.

Las cosas entre ella y Arick habían cambiado desde que él había regresado. Ahora tenían una confianza extraña que había surgido a raíz de compartir los mismos secretos sobre el santuario y lo que hacían allí. Había algo diferente en él, algo que Neve no era capaz de precisar. Aunque Arick había sido un buen amigo, siempre había tenido cierta tendencia a preocuparse solo por sí mismo. No lo hacía con mala intención, ni siquiera parecía hacerlo a propósito, pero siempre miraba únicamente por su propio bien, y las cosas que no le afectaban directamente no parecían preocuparlo.

Últimamente no era así. Había sido muy atento con ella desde la muerte de Isla. A la mañana siguiente, había aparecido en su puerta con café y una bandeja de pastas.

—Lo siento mucho, Neveriah.

Ese había sido el primer suceso extraño. Hasta entonces, nunca la había llamado por su nombre completo. Normalmente aquello habría molestado a Neve, pero viniendo de él sonaba diferente a como lo decían los cortesanos. Lo había dicho con solemnidad, para demostrarle que estaba hablando en serio.

Neve había apretado los labios hasta que su boca se había convertido en una línea blanca. Tras asentir, había cogido aire y le había dicho lo que llevaba toda la noche molestándola, la parte más dolorosa de una pena que no llegaba a sentir del todo:

—Puede que ahora las cosas sean más fáciles.

La primera luz de la mañana que entraba por la ventana había borrado muchos de los detalles de la cara de Arick, convirtiéndolo en un borrón soleado sin sombra, pero, aun así, Neve había visto cómo levantaba una ceja.

Había tragado saliva y se había puesto firme.

—Hacemos lo que tenemos que hacer.

Una pausa. Luego Arick había asentido mientras le pasaba la bandeja y la taza.

—Hacemos lo que tenemos que hacer —había repetido él.

Neve sabía lo que pensarían los demás sobre esa nueva confianza que tenían. Pero Raffe los conocía mucho mejor que el resto de la gente, lo suficiente como para saber que ninguno de los dos podría olvidar a Red tan fácilmente. Aun así, había cierta tristeza en la expresión de su boca mientras observaba cómo Arick la guiaba por el pasillo, y aquello hizo que a Neve se le revolviera el estómago.

Quería contárselo. Tenía tantas ganas de hacerlo que sentía cómo las palabras se le quedaban atrapadas físicamente en la garganta. Pero Kiri y Arick insistían en mantenerlo totalmente en secreto. Kiri, porque las ideas que tenía aquella segunda Orden más pequeña eran técnicamente un sacrilegio hasta que ella y Neve consiguieran introducirlas en los dogmas religiosos gracias a su poder político. Arick porque… No estaba segura del todo.

Las puertas se cerraron tras ellos. Neve apartó la mano del brazo de Arick.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Arick miró su brazo, en el lugar donde ella lo había tocado. Fue una mirada rápida, con una expresión que Neve fue incapaz de descifrar.

—No hay prisa. Deja que Tealia disfrute un poco más siendo la suma sacerdotisa.

Estaban solos, pero, aun así, Neve enderezó la espalda. Giró la cabeza hacia el pasillo para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Tranquila, Neveriah —murmuró Arick—. Todo saldrá bien.

Neve cruzó los brazos con fuerza por encima del pecho, pero las palabras tranquilizadoras de Arick sirvieron para aflojarle un poco el nudo en el estómago.

—Tealia tardará al menos diez minutos en volver al templo. —Arick apoyó un pie sobre la pared que tenía detrás, sin preocuparse por las manchas que dejarían sus botas—. Kiri ya debería de haber reunido a las demás en el interior.

Neve empezó a caminar arriba y abajo, en línea recta.

—¿Te has asegurado de que le den un cargo en el templo de Rylt?

—La esperan allí cuando acabe la semana. El clima de Rylt es aún peor que el de Valleyda, así que no hay muchas hermanas dispuestas a quedarse a vivir allí. Estaban contentos de poder acoger a Tealia y a todas las que rechacen unirse a la Orden de las Cinco Sombras. —Arick apretó los dientes —. Sigo pensando que ese nombre es ridículo.

Neve sintió cómo el nudo de su estómago se aflojaba un poco más. Las sacerdotisas que no quisieran unirse a ellos se irían de allí, lejos de Valleyda, al otro lado del mar. No sería necesario que su extraña tormenta de muerte tocara a nadie más.

Arick la observó con la mirada inquieta mientras Neve iba de un lado a otro, pero no dijo nada. Su postura tampoco parecía indicar que estuviera nervioso. De hecho, tenía una actitud despreocupada, apoyado contra la pared con los brazos cruzados mientras un rizo oscuro rebelde le caía sobre la frente.

Pasaron los diez minutos. Arick apoyó la mano con suavidad sobre el brazo de Neve para hacer que se detuviera. Esbozó una pequeña sonrisa e hizo un gesto con la mano hacia delante.

—Mi reina.

Aquello hizo que se quedara paralizada un instante. Pero Neve se recompuso, le devolvió media sonrisa temblorosa y dejó que la guiara hacia el templo.

Estaba construido en forma de anfiteatro y solo había dos corredores que llevaban hacia la cámara principal, situada más abajo: uno que iba desde los jardines del palacio y otro, mucho más largo y vigilado, que llegaba desde las calles de la ciudad. Los dos estaban completamente vacíos. Oyeron unos susurros al acercarse a la puerta. Arick la soltó y le apretó el hombro para tranquilizarla.

Neve cerró los ojos y se sujetó las manos para evitar que temblaran. Luego abrió la puerta de un empujón.

Tealia tenía una expresión calmada y las manos metidas dentro de las mangas, de pie en el estrado que había en la parte baja, pero sus ojos centellearon con algo que casi parecía pánico. Kiri y sus seguidoras de la Orden de las Cinco Sombras se abrieron en abanico tras ella. Las demás

sacerdotisas estaban sentadas en silencio en las gradas. El miedo que se respiraba en el ambiente era tan sofocante como el humo de las velas.

La suma sacerdotisa hizo una reverencia apresurada cuando Neve empezó a bajar hacia el estrado.

—Majestad, ¿a qué debemos este honor? De haber sabido que queríais verme, habría buscado el momento de solicitar una audiencia. —El miedo la había vuelto descarada, y su mirada estaba llena de rabia, a pesar de que su tono seguía siendo servicial—. Hay protocolos para asuntos como este. Y, si no recuerdo mal, ninguno de ellos habla de que otras sacerdotisas aparte de mí misma puedan convocar una reunión.

Detrás de la suma sacerdotisa, el rostro de Kiri era totalmente inexpresivo, pero había malicia en su mirada. Neve no dijo nada y continuó deslizándose con cuidado por las escaleras, canalizando aquella elegancia fría que había aprendido de su madre. Dentro de su pecho, su corazón latía acelerado como el de un colibrí.

Tealia soltó una carcajada aguda.

—No me cabe duda de que el tema que vamos a tratar no implicará a todas las sacerdotisas de la capital.

—De hecho, sí —respondió Neve.

Tealia cerró la boca de golpe.

Neve llegó por fin al estrado. No había ensayado lo que iba a decir, y no tenía fuerzas para que aquel asunto se alargara eternamente. Levantó una mano y la colocó sobre el hombro de la suma sacerdotisa.

—Os agradezco vuestro servicio. Y así os relevo de él.

Bajo la palma de Neve, Tealia empezó a temblar. Neve tuvo que contenerse para no limpiarse la mano en la falda cuando la apartó del hombro de la mujer.

—Nos hemos asegurado de que tengas un cargo en Rylt —concluyó, tuteando a Tealia y casi trabándose con las palabras para acabar con aquello cuanto antes—. Saldrás dentro de una hora. El consorte electo te escoltará.

Arick cruzó la puerta que había en lo alto de las escaleras, con las manos unidas en la espalda. Tenía una expresión severa.

Unas lágrimas de furia aparecieron en los ojos de Tealia e hizo una mueca llena de rabia.

—Es cierto, entonces —dijo en tono áspero—. Te has convertido en una hereje. ¿Crees que no sé lo que hacéis en el santuario? ¿Que Kiri, ese fulano floriense que compartías con tu hermana y tú estabais tramando algo? —Levantó la voz y se giró hacia las sacerdotisas allí reunidas—. ¿Vais a seguir a los que profanan el bosque sagrado? Reina o no, un sacrilegio así solo puede ser castigado con la pira…

La daga era ceremonial. En realidad, Neve ni siquiera sabía si estaba afilada. Se la habían atado a la cintura mientras los sirvientes la vestían a toda

prisa, de forma tan acelerada como todo lo que tenía que ver con aquella maldita coronación, mientras le decían algunas palabras sobre la fuerza de la nación.

Pero la sacó del cinturón sin pensar y la colocó en la garganta de la suma sacerdotisa.

—Tu bosque sagrado —dijo Neve, sin alterarse— es el motivo por el que nuestros reyes no han regresado.

Silencio. Kiri esbozó una sonrisa fría. En lo alto del anfiteatro, los ojos de Arick centellearon con un brillo ardiente.

Tealia miró a Neve a través de unas lágrimas justificadas; su corazón latía contra el filo de la daga.

—Blasfema —susurró Tealia—. Estos pecados volverán a por ti multiplicados por diez, Neveriah Keyoreth. Nadie le hace daño al Bosque Salvaje y sale indemne.

Neve sostuvo la daga con fuerza y se encogió de hombros.

La suma sacerdotisa, ya depuesta de su cargo, dejó escapar un suspiro entrecortado y cerró los ojos. Cuando los abrió, su mirada era tranquila, así que Neve apartó la daga. Tenía que concederle una cosa: cuando Tealia se fue de allí, lo hizo con la cabeza bien alta y sin intentar ocultar sus lágrimas.

Neve echó un vistazo a las sacerdotisas, un mar de túnicas blancas y miradas estupefactas. Sentía los dedos entumecidos alrededor de la empuñadura de la daga. Cuando la envainó, la hoja le rozó el pulgar y le hizo un pequeño corte doloroso.

Sí que estaba afilada. Las rodillas le flaquearon, pero Neve se mantuvo con la espalda recta. Después de todo lo que había ocurrido para que pudiera estar allí en aquel momento, amenazar a alguien con una daga afilada no debería ser algo escandaloso.

—Hay espacio suficiente en el barco para todas las que deseen seguir a Tealia. —Neve hizo un gesto hacia la puerta—. Ya la habéis escuchado. Sabéis en lo que creemos y lo que hacemos.

Su voz resonaba con sinceridad, aunque todavía tenía aquel hililllo de duda enroscado en el corazón. «Es por Red. Todo esto lo hacemos por Red».

Se giró hacia las sacerdotisas que estaban tras ella.

—Kiri. En nombre de nuestros reyes perdidos y de la magia de tiempos pasados, os pido que aceptéis la tarea de guiar a vuestras hermanas.

El grito ahogado colectivo no hizo ningún ruido, pero estaba presente. Estaba en el parpadeo de los ojos de Kiri y también en el aire, que de repente parecía estar más cargado.

La sacerdotisa inclinó la cabeza.

—Haré como me pedís.

Neve contuvo el aliento mientras se giraba hacia la asamblea. El resto de las sacerdotisas tenían los ojos abiertos de par en par, pero ninguna se puso en

pie para mostrar su desacuerdo. Neve sintió cómo el valor crecía en su interior.

—El sacrificio de una segunda hija es una práctica inútil —dijo ella, haciendo resonar su voz en el anfiteatro en silencio—. Enviarlas para saciar la sed de sangre del Lobo no sirve para nada. Los monstruos a los que esclavizó murieron hace mucho tiempo, si es que alguna vez llegaron a ser algo más que una leyenda. Y nunca liberará a los reyes, no importa la calidad del sacrificio que le enviemos. —Hizo una mueca al decir aquello. Tenía que dirigirse a las sacerdotisas con los mismos términos que ellas utilizaban, pero aquello le dejaba un sabor amargo—. Los reyes están atrapados en la prisión que ellos mismos ayudaron a construir, retenidos por el Bosque Salvaje. Existe un poder que puede ayudar a debilitarlo. Y cuando liberemos a los reyes, nuestra recompensa será aún mayor.

Las sacerdotisas de la Orden escucharon en silencio como si fuesen una única criatura, una mancha borrosa y blanca como sus túnicas. Arick se había colocado detrás de ellas tras haber entregado a Tealia a los guardias. Tenía la mandíbula apretada y una mirada inescrutable.

—El proceso ya ha comenzado. Si arrancamos del Bosque Salvaje las raíces suficientes, los reyes podrán volver a casa. —Neve tragó saliva—. Redarys podrá volver a casa.

Kiri giró la cabeza hacia ella con el brillo del fuego en la mirada, pero la nueva suma sacerdotisa no dijo nada.

—El barco hacia Rylt sale en media hora. —Neve avanzó hacia las escaleras que la llevarían hasta la puerta. Dijo las últimas palabras mirando sobre su hombro y dejó que resonaran contra el mármol—: Podéis uniros a nosotras o marcharos.



CAPÍTULO DIECINUEVE

La despertó un susurro, el roce de una tela sobre la madera.

Red entreabrió los ojos y vio la luz color lavanda. En el otro extremo de la habitación, Eammon se incorporó y se pasó una mano por la cara. Dobló los músculos de su espalda al recogerse el pelo sobre la nuca para atárselo con un nudo descuidado.

Hacía dos semanas que lo veía levantarse a diario, desde que le había dicho que tenía que empezar a dormir más. Y cada mañana, Red se sonrojaba al ver su piel desnuda a la luz de la chimenea.

Eammon se puso en pie, hizo girar su cuello y sacudió los hombros, tensos tras pasar otra noche en el suelo. Ya conocía su rutina: se quedaría un momento delante del fuego mientras se despejaba y luego se pondría una camisa de aquella pila que nunca llegaba a entrar en el armario. Miraría hacia la cama con una expresión inescrutable y luego bajaría las escaleras con cuidado para no despertarla.

Pero ese día parecía ser diferente. Eammon se calzó las botas, se dirigió hacia el armario y sacó una camisa negra y un abrigo. El cajón de arriba chirrió al abrirlo, así que Eammon maldijo en voz baja y lanzó una mirada hacia la cama.

Red dejó de hacerse la dormida, aunque se quedó enroscada alrededor de la almohada.

—¿Adónde vas?

Tiró del cajón para acabar de abrirlo.

—No pretendía despertarte.

—Es lo que tienen los cajones que chirrían.

Él resopló y se estiró hacia el cajón para sacar una daga enfundada. Se la enganchó a la cadera.

—Necesitamos suministros. Voy a ir a Confín.

Red no había salido de la fortaleza desde la muerte de Isla. Deambulaba entre su habitación y la biblioteca, y algunas veces también por la torre, mientras esperaba una llamada de Eammon que nunca llegaba. Se sentía perdida e insustancial, y ahora que tenía la oportunidad de poder hacer algo, cualquier cosa, sentía que aquel deseo la agarraba por el cuello.

—Llévame contigo.

Eammon se detuvo. La intención de negarse se veía en su mirada y ya había inclinado la cabeza, preparado para sacudirla.

Red se incorporó y dejó caer las sábanas alrededor de su cintura.

—Por favor, Eammon.

Debía de notarse la desesperación en su voz. Eammon suspiró y levantó la vista al techo.

—Está bien. —Apuntó hacia el armario con la barbilla—. Vístete. Nos veremos abajo.

Red se acercó al guardarropa y cogió una de las camisas de Eammon y unos pantalones que había encontrado por sorpresa en el fondo del armario donde estaba el vestido de Merra. Eammon había conseguido recuperar sus botas de la vieja habitación, ya que las que le había dado eran demasiado grandes. El cuero estaba lleno de arañazos y no había forma de arreglarlo, pero todavía podría utilizarlas. Red cogió su capa.

Eammon la observó con los labios apretados.

—Hay una costurera en Confín —dijo con cautela, como si esperara que Red lo hiciera callar tras cada palabra—. Si quieres… Si quieres arreglarla, ella podría hacerlo.

Red la había lavado por fin, le había quitado la suciedad de su primera carrera a través del Bosque Salvaje. Pero la tela estaba destrozada por culpa de las espinas y había hilos sueltos a lo largo del dobladillo. Red pasó los dedos por las costuras irregulares.

—Me encantaría.

Eammon asintió.

—Busca una daga que te guste —gritó mientras empezaba a bajar las escaleras—. Y necesitarás una funda.



La vaina que eligió Red estaba pensada para llevarla en el muslo, atada

alrededor de la pierna como un grillete de cuero. Elegir dagas y las fundas donde guardarlas no era algo en lo que tuviera mucha experiencia, y aquella se frotaba contra su pierna de una forma incómoda mientras atravesaban el Bosque Salvaje. El único sonido que rompía el silencio era el de sus botas al pisar las hojas.

—Puedes ponértela en el brazo, si quieres. —Eammon solo era una silueta oscura entre la niebla que había delante de ella—. No será tan fácil de desenfundar, pero al menos no irás caminando con las piernas torcidas.

—¿Voy a tener que desenfundarla?

—Lo dudo, pero es mejor estar preparados.

Red cerró la mano alrededor de aquella empuñadura a la que no estaba acostumbrada.

—Me sorprende que me dejes llevarla siquiera —dijo ella—, teniendo en cuenta el riesgo de que me haga sangrar.

Eammon se detuvo y la miró sobre su hombro.

—Confío en que tendrás cuidado —dijo en un tono en el que no había ni rastro de broma.

Red soltó el mango.

Cruzaban el bosque en un silencio bastante cómodo. Había un pequeño rastro de tensión, producida por el distanciamiento. Red apenas había visto a Eammon desde la muerte de su madre, había sido poco más que un fantasma. Habían cruzado algunas palabras cuando se habían encontrado, pero nada comparado con las revelaciones que habían compartido el día que habían sanado el centinela, cuando él le había enseñado el espejo. El terreno que los separaba había cambiado: lo que antes habían sido montañas ahora eran valles, y la ausencia de Eammon implicaba que Red no tenía forma de aprender a orientarse.

Quizás no debería haberle dolido, pero lo hizo. Él se mantenía apartado a conciencia, como si estuviera midiendo la distancia que tenía que haber entre ellos, y aquello hacía que Red sintiera un dolor agudo y una rabia a partes iguales.

—¿Por eso te ausentabas todos los días? —preguntó ella—. ¿Para ir a Confín?

La forma de moverse de Eammon era un lenguaje en sí misma. La tensión de sus hombros significaba preocupación; que los inclinara hacia dentro, resignación.

—Sé que no estabais unidas, pero era tu madre. —Aquella dulzura era su respuesta a las palabras afiladas de Red—. Ya te he complicado demasiado las cosas. Pensé que necesitarías tiempo.

—¿Para estar sola? —Lo dijo en voz baja, pero el silencio del Bosque Salvaje hizo que se oyera sin problema.

Eammon agachó la cabeza. Su aliento formaba nubes en el aire.

—No sabía si querrías que estuviera cerca —murmuró—. Porque fue culpa mía que… que hubiera esa distancia entre vosotras.

Red le había sujetado los dedos antes de pensar siquiera en hacerlo, y el contacto lo asustó a él casi tanto como a ella. Eammon pasó la mirada de sus manos entrelazadas a la cara de Red, con la boca abierta por la sorpresa.

—Eso —dijo Red en voz baja, en un tono feroz— es ridículo. Lo que había entre mi madre y yo… era complicado. Y sí, tenía que ver con el Bosque Salvaje. Pero no fue culpa tuya. —Red bajó la mirada porque Eammon la observaba con mucha atención y era más fácil mirarle las manos y leer sus cicatrices—. Deja de buscar motivos para culparte.

Él tragó saliva.

—Es uno de mis fallos, según me han comentado.

Red levantó la mirada y torció la comisura de la boca en una sonrisa. Eammon se la devolvió. Y cuando reanudó la marcha, dejó que la chica siguiera cogiéndole la mano.

Aquella charla sobre el dolor hizo que algo se revolviera en el pecho de Red, como el polvo que nunca llegaba a posarse del todo. La pena que sentía por Isla era algo extraño y distante. Su muerte no había hecho que tuviera una mejor imagen de ella, simplemente había fijado su recuerdo en su memoria, una línea finita, con un principio y un final, que nunca podría llegar a ser nada más de lo que había sido.

—No creo que pueda llorar su muerte —murmuró.

Eammon le lanzó una mirada con el ceño fruncido y la muchacha continuó hablando:

—Puede que lamente haber perdido la idea que tenía de ella. El espacio que había entre lo que debía ser una madre y lo que era ella. —Parpadeó con fuerza para aliviar la irritación de sus ojos y sacudió la cabeza—. Probablemente no tenga ningún sentido.

—Sí lo tiene. A veces no nos lamentamos por haber perdido a las personas, sino por lo que podrían haber sido. —Eammon apretó su mano y Red le devolvió el gesto, agradecida por aquella réplica. Él fingió no enterarse cuando se frotó los ojos con el dorso de la muñeca.

Una rama colgaba en mitad del camino y Eammon soltó a Red para poder levantarla, luego le hizo un gesto para que pasara por debajo. Su cuerpo irradiaba calor como una almenara en mitad de una nevada. Un mechón del pelo de Eammon se había soltado de su coleta y le colgaba sobre la frente; tenía la cabeza tan agachada que estuvo a punto de rozar la mejilla de Red.

Se quedó allí parada más tiempo del necesario, atrapada por el destello de sus ojos y su olor a biblioteca.

Entonces Eammon bajó el brazo y la rama baja rozó el suelo del bosque. Se apresuró para seguir adelante, con una zancada que era el doble de amplia que la de ella, y no volvió a cogerle la mano.

Las mejillas de Red estaban ardiendo.

Por el rabillo del ojo, vio cómo la rama que Eammon había dejado caer se retorcía y unas pequeñas ramitas cubiertas de espinas avanzaban hacia su tobillo. Red, con el orgullo herido, aceleró hasta alcanzarlo de nuevo.

Más adelante, un centinela se alzaba entre la niebla. La oscuridad le cubría las raíces y unos hilos de sombras subían por el tronco blanco, casi hasta la altura de la cintura de Red.

Eammon se detuvo, alternando la mirada entre ella y el árbol. Red vaciló y le cogió la mano, manteniendo una conversación sin palabras.

Al principio estaba tenso, pero el objetivo de aquel contacto no era solo tranquilizarse, y los músculos de Eammon se relajaron poco a poco al tocarla. Dio un paso hacia el árbol, como si tuviera que demostrar algo, y golpeó el tronco con la mano libre, casi con demasiada fuerza, mientras Red le agarraba la otra.

El zumbido de la corteza bajo la palma de Red era casi agradable. No había vuelto a hacer aquello desde el día en que el espejo le había enseñado a Neve, pero su cuerpo se acordaba: el ciclo de poder, la red dorada de los centinelas, la forma en que todo aquello se fusionaba con Eammon.

Pero había algo diferente. Había unos huecos oscuros en la luz que veía tras los párpados, unos agujeros allí donde deberían estar los centinelas. No eran unas llamas débiles como las de una vela, como las que tenían cuando se liberaban de sus amarres para reaparecer en la fortaleza… Era como si hubieran desaparecido.

Red tensó los dedos, pero Eammon le pasó el pulgar con suavidad por la muñeca, pidiéndole sin palabras que esperara para hacer preguntas.

Cuando el brillo del centinela que tenían ante ellos dejó de flaquear y la plagaoscura hubo desaparecido, Red abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Todavía podía ver aquel mapa dorado como si fuera una imagen remanente, además de los agujeros donde deberían estar los árboles—. Los centinelas han desaparecido. ¿Están en algún lugar de la fortaleza?

—No. —La voz de Eammon resonó en mitad del silencio, con aquella extraña resonancia polifónica que aparecía cuando utilizaba la magia del bosque. Se frotó los ojos cubiertos de hilillos verdes; las sombras que tenía bajo ellos estaban muy marcadas—. No, no están en la fortaleza.

—¿Entonces dónde están?

—No lo sé. —Hizo una mueca apenas perceptible, como si estuviera ocultando algo—. Solo han desaparecido tres. Mientras los demás sigan en su sitio, nos las podremos apañar.

—¿Cuándo ha ocurrido esto? ¿Y cómo?

—Hace unos días. Respecto al cómo…, no estoy seguro. —Aquellos cambios extraños en su cuerpo, producto de la magia, iban desapareciendo

poco a poco: sus ojos volvían a ser de color ámbar y su voz iba perdiendo el eco. Red lo observó con cautela para asegurarse de que todos desaparecían por completo, de que el Bosque Salvaje abandonaba su cuerpo en la medida de lo posible sin dejarle más marcas permanentes—. Nunca había ocurrido nada parecido.

—¿Cómo lo arreglamos? ¿Cómo los podemos sanar si no están aquí?

—No podemos. —Eammon le soltó la mano y se dio la vuelta para seguir avanzando a grandes zancadas entre los árboles. El énfasis había sido claro: lo que fuese que hubiera planeado no incluía a Red.

—Pero si…

—Sanaremos a los que podamos. Los enviaremos de vuelta a donde se supone que deben estar. —Sus palabras se perdieron en el silencio como el primer ladrillo que se coloca en un muro—. Es lo único que se puede hacer, Red. Los agujeros del Bosque Salvaje no se arreglan colocando una mano sobre la corteza.

—Entonces dime qué más puedo hacer.

—Nada. —Se giró al pronunciar aquella palabra, con el abrigo ondeando al viento, y la miró con los ojos encendidos—. Por los reyes, mujer… No puedes hacer nada para arreglar esto. Confía en mí.

Red se acordó de la primera noche, cuando le había pedido que confiara en él y Red le había respondido que le diera motivos para hacerlo. Y se los había dado, una y otra vez.

Aun así, esta ocasión parecía diferente. Pero la expresión en su rostro, feroz y casi atemorizada, le dijo a Red que insistir no serviría de nada.

Le devolvió una mirada fulminante.

—Muy bien.

Un segundo después, Eammon asintió.

—Muy bien —repitió él. Las ramitas crujieron bajo sus botas cuando se giró y se adentró aún más en la niebla.

—Deberías habérmelo contado —murmuró Red—. Aunque no haya nada que pueda hacer, deberías habérmelo contado.

Los hombros de Eammon se tensaron, pero no respondió.

No se cruzaron con más centinelas. La niebla se empezó a disipar. Los árboles estaban cada vez más separados entre sí y crecían doblados y retorcidos. Más adelante, vieron unos destellos a través de las ramas.

Era la luz del sol. ¿Cuánto hacía desde la última vez que había visto un día completo, no solo el crepúsculo?

Eammon le lanzó una mirada, como si pudiera ver en su cara lo que estaba pensando. Levantó la comisura de la boca para esbozar una sonrisa, pero había algo que hizo que pareciera una mueca triste.

—El final del bosque está más adelante.

Todavía le resultaba extraño pensar que el Bosque Salvaje era algo que

tenía un final. Era una anomalía geográfica. Nadie había podido registrar dónde acababa, así que simplemente suponían que no lo hacía. Los exploradores habían intentado dibujar un mapa cabalgando a lo largo de la frontera oriental, donde Valleyda limitaba con los extensos páramos helados de Alpera, y también navegando a lo largo de la frontera occidental, donde el bosque se encontraba con el mar. Ninguno había regresado.

Ahora Red sabía por qué. Los reyes habían desaparecido y el Bosque Salvaje se había cerrado, así que todos los que lo habían cruzado, por el mar o por los páramos, habían quedado atrapados dentro. Se acordó de Bormain y Valdrek, y también de la gente que iba vestida de verde y gris. Eran los descendientes de aquellos aventureros, apartados del resto del mundo durante generaciones.

—Tienen cielo —dijo en voz baja, levantando la vista—. Un cielo normal, quiero decir. Con sol.

Otra media sonrisa, otra mirada con una leve angustia en los ojos.

—Sí. —Eammon siguió avanzando mientras unos rayos dorados atravesaban la niebla y hacían brillar su pelo. La luz del sol le sentaba bien—. El crepúsculo eterno, por suerte, es algo que solo afecta al Bosque Salvaje.

Red siguió a Eammon hasta la línea de los árboles, cruzó entre los troncos y salió al claro soleado que había más allá. No se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y esperando algún tipo de dolor hasta que vio que no llegaba. Hubo un ligero estallido, un cambio de presión, como si una burbuja de jabón se hubiera estrellado contra su piel, pero nada parecido al dolor aplastante que había sentido cuando había entrado en el Bosque Salvaje por primera vez, aquel extraño zumbido que le golpeaba los huesos. Se acordó de lo que le había dicho Fife el día que habían visto a Bormain: que, en la frontera de la parte norte, el Bosque Salvaje no oponía tanta resistencia. Parecía que solo necesitaba ese tipo de protección contra el resto del continente.

Aun así, Eammon se detuvo junto a ella y tragó saliva. Tenía los músculos de la mandíbula tensos; el dolor le marcaba las arrugas junto a la boca y le agarrotaba los hombros. Las raíces que se enredaban alrededor de su columna lo apretaron con más fuerza, tirando de él de vuelta hacia la oscuridad de su bosque. Le permitiría salir por la frontera norte, pero no iba a dejar que olvidara cuál era su sitio.

Red se mordió el labio.

Unos metros más allá se alzaba una gran muralla de madera tallada con espirales y arabescos, donde había una enorme puerta doble. Desde el interior les llegaban los ruidos lejanos de una ciudad: risas y gritos, vendedores ambulantes y ganado. Unas volutas de humo se alzaban hacia un cielo que pasaba del color lavanda a un azul brillante. A lo lejos, unos kilómetros hacia el oeste, una línea de niebla cubría el horizonte. Parecía una tormenta que se

dirigía hacia allí, pero no se movió mientras Red la observaba.

Eammon siguió su mirada.

—Por ahí está el mar —dijo—. La niebla es tan densa que no puedes ver nada que esté a más de cinco centímetros. Dicen que todos los que se adentran en ella acaban perdidos, navegando en círculos.

—¿Alguien lo ha intentado?

—Hace muchos años que no. —Señaló con un dedo por encima del hombro en la dirección opuesta—. Ocurre lo mismo en el este, solo que está demasiado lejos para poder verlo. Una niebla sin fin.

—¿Y tampoco puedes cruzar por allí?

Eammon sacudió la cabeza.

—El Bosque Salvaje fue muy concienzudo cuando los reyes lo hirieron. Todos los que tienen la mala suerte de estar aquí atrapados no tienen ninguna forma de escapar. —Se apoyó la mano en el costado y apretó los labios mientras se giraba para dirigirse a la muralla de la ciudad a grandes zancadas —. Vamos. Tenemos que ser rápidos.

Red vio cómo se alejaba con el ceño fruncido: su forma de caminar era demasiado rígida, nada que ver con su elegancia habitual. Tenía los huesos envueltos por las enredaderas, una atadura que tiraba de él hacia el bosque. Otro recordatorio de que, por mucho que pareciese humano, no lo era.

Aun así, la mano de Red todavía guardaba el calor allí donde él la había sujetado.

Eammon golpeó la puerta de madera. Red se estremeció, acostumbrada al silencio devastador del Bosque Salvaje, pero, con todo el ruido de fondo del pueblo, la llamada de Eammon apenas se había oído.

La puerta chirrió al abrirse, aunque solo fue una pequeña rendija. Un ojo azul se asomó, fisgoneando.

—¿Nombre?

—¿Quién crees que soy, Lear? —Eammon puso los ojos en blanco, pero con una sonrisa—. He traído a una invitada.

El guarda abrió los ojos de par en par y la rendija de la puerta se hizo más grande. Al otro lado, Red pudo ver un pueblo animado y lleno de gente, no muy distinto de la capital de Valleyda.

—Mi señora. —El hombre tenía el pelo del color cobrizo oscuro de las hojas del otoño y una cara bonita y bien afeitada. Red lo reconoció: había estado en el bosque el día que había tenido la visión y había ido a buscar a Eammon.

Lear abrió la puerta por completo de un empujón.

—Bienvenidos, Lobos.



CAPÍTULO VEINTE

La cacofonía era ensordecedora, después de haber pasado varias semanas en el silencio casi absoluto del Bosque Salvaje. Los niños corrían y gritaban, los burros rebuznaban y las ovejas balaban. Unos caminos de tierra se separaban de la carretera principal, hecha de piedras, y se dirigían a unas cabañas de barro con techos de paja. Los dinteles de las puertas estaban tallados con los mismos arabescos elegantes que había en la entrada. Lo llamaban pueblo, pero era una ciudad, casi tan grande como la capital de Valleyda. Habían pasado siglos en los que los descendientes de los exploradores habían intentado construir su propio mundo, ya que no podían volver al que había más allá del Bosque Salvaje.

Más allá de la carretera, Red podía ver a lo lejos unos campos de cultivo y unos animales pastando. El terreno frío y yermo que hacía difícil labrar la tierra en Valleyda no parecía suponer un problema allí. Se preguntó si sería fruto de la magia, si el Bosque Salvaje habría hecho que las tierras fuesen fértiles para compensar el haberlos dejado allí atrapados sin posibilidad de comerciar, dependiendo únicamente de lo que pudieran cosechar.

A nadie pareció sorprenderle la presencia de Eammon, pero Red llamaba la atención. Las mujeres susurraban a su paso tapándose la boca con la mano y los niños dejaban de jugar para mirarla con los ojos abiertos de par en par. Todos llevaban ropa anticuada con colores que recordaban a la niebla, al bosque y a la tierra.

—Me están mirando como si tuviera tres cabezas —murmuró Red.

—Eres la primera persona del otro lado del Bosque Salvaje que ven desde

hace un siglo —respondió Eammon—. Algo con tres cabezas sería menos llamativo.

«La primera desde hace un siglo», había dicho. No «la primera».

—¿Habías traído a las otras aquí?

Eammon se puso un poco más tenso.

—Merra vino una vez.

—¿Solo una vez?

—No le dio tiempo a más. —Eammon aceleró el paso, y Red casi tuvo que correr para alcanzarlo. Lo miró entrecerrando los ojos.

El camino se abría hacia una plaza grande donde habían instalado un mercado: los puestos estaban rodeados por unas estructuras más grandes, hechas de madera y piedra. Unos músicos se reunían alrededor de un árbol esculpido en piedra en el centro de la plaza, tan realista que Red casi esperaba que sus hojas se movieran. Una niña bonita con una melena rubia plateada que le llegaba por las rodillas danzaba con elegancia, haciendo círculos al ritmo del tambor. Le guiñó un ojo a Eammon, pero, cuando posó la mirada sobre Red, estuvo a punto de perder el equilibrio en mitad de un giro. Recobró la compostura rápidamente y le guiñó un ojo también a ella.

La plaza estaba llena de ruido y gente. Los mercaderes ambulantes vendían cualquier cosa, desde ganado a productos agrícolas, joyas o muebles. Red intentó no quedarse mirando hacia allí, pero no lo consiguió.

—¿Confín es la única ciudad?

Eammon le agarró el brazo y la apartó del camino de un carro cargado de cosas. No la soltó después de que hubiera pasado, y Red tampoco hizo ningún movimiento para liberarse.

—Hay otras más lejos del Bosque Salvaje —dijo él—. Pero no son demasiadas. —Levantó la vista un instante, como si estuviera calculando mentalmente—. Todo el territorio es más o menos del tamaño de Floriane, creo.

Un país entero, oculto bajo la niebla y congelado en el tiempo. Red levantó una ceja.

—¿Cómo sabes lo grande que es Floriane?

—He visto mapas, Redarys.

—Ninguno reciente, imagino. La geografía ha cambiado en los últimos quinientos años, Lobo.

—Entonces quizás puedas enseñarme.

—Quizás. Parece que te gusta estudiar.

—Es uno de mis muchos encantos.

—Qué atrevido por tu parte pensar que te lo decía como un cumplido. —Pero Red sonrió mientras lo decía, y él también lo hizo, pellizcándole el brazo con suavidad.

Eammon los guio a través de la carretera y se detuvo delante de un edificio

de piedra que tenía delante un puesto muy colorido. Unas campanas colgaban a los lados y el tejado del puesto estaba hecho con unas tiras de tela. Había ropa doblada encima de una mesa y colgada de las vigas, un ejército ondeante de vestidos de los colores del bosque, tejidos con diseños sacados del pasado.

Una mujer con el pelo del color de la plata oscura, trenzado de forma elaborada alrededor de la cabeza, sonrió al ver a Eammon. Otra chica más joven estaba sentada junto a ella; tenía el cabello rubio fresa y lo llevaba suelto y adornado con flores.

Eammon saludó a la mujer mayor asintiendo con la cabeza.

—Asheyla.

—Lobo. —La mujer dirigió sus ojos azules hacia Red, examinándola con fascinación—. Y esta debe de ser tu esposa. Había oído que por fin le habías otorgado el título a alguien. —Inclinó la cabeza—. Mi enhorabuena y mis bendiciones para vuestro matrimonio, Loba.

Aquel título hizo que la espalda de Red se enderezara.

—Puedes llamarme Red.

—Hay una cosa más que quiero añadir a mi cuenta —dijo Eammon, haciendo un gesto hacia la capa de Red—. ¿Puedes arreglarla?

—Puedo arreglar cualquier cosa, chico, incluso una capa tan destrozada que parece un puñado de hilos sueltos. —Asheyla miró a Red de arriba abajo, analizándola—. Creo que todo lo demás que encargaste para ella le servirá. Aunque alguien —miró fugazmente a Eammon— no me diera las medidas exactas. —Se giró con elegancia hacia el edificio y lanzó un grito a la otra chica sobre su hombro—. Vuelvo en un momento, Loreth.

La tienda estaba vacía y las paredes de madera amortiguaban los sonidos del mercado del exterior. En las esquinas había unos maniquíes de madera que llevaban vestidos enganchados con alfileres. Unos telares con tejidos a medio hacer estaban colocados a lo largo de la pared del fondo, y sobre el mostrador había suelas de botas y tiras de cuero.

Cuando entraron, Asheyla echó otro vistazo a la capa de Red, arrugando las cejas canosas.

—¿Estás segura de que no quieres una capa nueva? —preguntó ella—. Tiene tantos agujeros que para arreglarla necesitaré casi la misma cantidad de tela.

—Remiéndala —dijo Eammon desde detrás de Red, tan cerca de ella que su aliento le agitaba el pelo. Hizo una breve pausa—. Te mandaré a Fife con más instrucciones.

Asheyla alzó una ceja, pero no discutió. Red se quitó la capa y pasó las manos por la tela destrozada antes de entregársela a la tendera. Su reticencia a separarse de ella debía de reflejarse en su cara, porque el rostro de la mujer se relajó. Cuando dobló la capa en sus brazos, lo hizo con un cuidado evidente.

—La dejaré como si fuese nueva —dijo Asheyla con dulzura.

Red tragó saliva.

—Gracias.

La mujer asintió con amabilidad.

—Las botas todavía no están listas —comentó sobre su propio hombro mientras se dirigía al mostrador, donde había un montón de ropa atada con un cordel.

—Fife las recogerá —dijo Eammon.

Asheyla soltó una carcajada.

—Dile que encontraré una botella de vino que Valdrek no haya aguado. Es…

Un rugido amortiguado la interrumpió y los tres se quedaron paralizados. Volvió a sonar, una mezcla de horror, locura y dolor, y esta vez lo acompañó el ruido de algo que arañaba la piedra. Resonaba desde algún lugar bajo sus pies, bajo la tarima del suelo. Red no se dio cuenta de que había agarrado el brazo de Eammon hasta que este soltó un débil quejido de protesta cuando lo apretó con más fuerza.

Oyeron otra vez aquel sonido de arañazos y un gruñido más, que fue apagándose hasta acabar por convertirse casi en un lloriqueo.

Eammon miró a Red como si pensara que iba a apartarse en cuanto cesara el ruido. Como no lo hizo, puso su mano sobre la que le agarraba el brazo, grande y lleno de cicatrices.

—¿Está muy mal? —Lo preguntó en voz baja, como si temiera que alguien más lo escuchara.

—Aguantó dos semanas en la taberna. —Asheyla utilizó el mismo tono que Eammon, casi un susurro, mientras metía la ropa que había sobre la mesa en una bolsa de lona áspera con un cordón ajustable en la parte superior—. Se dedicó a lanzar patadas contra las columnas del sótano una y otra vez hasta que consiguió romper una. Lleva aquí desde entonces, pero… —Su voz se fue apagando y parpadeó para evitar que el brillo que tenía en los ojos se derramara.

Bormain. Estaban hablando de él. La última vez que lo había visto estaba infectado por las sombras y llorando. Ahora parecía que había empeorado.

Red tragó saliva con la garganta seca. Una parte de ella seguía pensando que había sido culpa suya. Había sanado la brecha, pero no al hombre. Había dejado el trabajo a medias.

«Empiezas una y otra vez, pero nunca terminas nada», eso era lo que le había gritado el Bosque Salvaje la noche que se había derrumbado el pasillo. Tenía razón.

Eammon suspiró y apartó su mano de la de Red para frotarse la sien.

—¿Por qué no se ha ocupado Valdrek de él? —Habría sonado cruel si no hubiera habido tanto dolor en su voz—. Si todavía no ha mejorado, Ash, solo irá a…

—Es su yerno —dijo Asheyla con severidad—. Su familia. Valdrek no se va a… a ocupar de ello, a no ser que no tenga ni la más mínima posibilidad de recuperarse. Elia nunca se lo perdonaría. —La mujer mantenía la mirada fija en sus manos mientras ataba los paquetes con cordel, pero tenía toda su atención puesta en el Lobo y calculó bien sus palabras—: Antes curabas a los infectados por las sombras, hace tiempo. —Levantó la mirada—. Tu vida es larga, Lobo, pero nuestras historias se remontan aún más atrás.

La línea de la mandíbula de Eammon se tensó.

—Lo haría si pudiera —dijo en voz baja—. Pero no puedo.

Ya no.

Asheyla miró alternativamente a Eammon y Red con los labios apretados, pero no dijo nada.

Eammon se giró hacia la puerta.

—Deberíamos irnos. Fife me ha dado una lista muy larga. —Atravesó el umbral y salió a la luz del sol.

Asheyla lo siguió con la mirada, todavía perpleja, pero cuando se giró hacia Red le dedicó una sonrisa cansada. Le ofreció la bolsa de tela llena de ropa nueva.

—Vuelve si algo no te queda bien.

Red se echó la bolsa al hombro. Pesaba más de lo que parecía. Se movió y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, con una pregunta en la punta de la lengua que era incapaz de articular.

—Antes… —comenzó, titubeando—, cuando Eammon curaba a la gente…, ¿cómo lo hacía?

—Yo no había nacido —respondió la mujer de forma evasiva, jugueteando con un rollo de cordel—. Mi madre me contó la historia. Según ella, podía hacerlo con solo tocarte. —Suspiró y agitó ligeramente la cabeza—. Pero el Bosque Salvaje no estaba tan débil en aquella época.

Red pensó en los centinelas, en la putrefacción negra y en unas manos que tocaban los troncos y enviaban su luz para conquistar las sombras. Asintió, le dedicó una sonrisa a Asheyla y salió detrás del Lobo.

En el exterior, la luz del sol la hizo parpadear. Sus ojos todavía no se habían acostumbrado a aquel brillo. Eammon estaba en el porche, apoyado sobre un poste con los brazos cruzados, pero, cuando Red salió, se apartó de allí.

—Fife dice que necesitamos…

—Tenemos que ayudar a Bormain.

Él se quedó callado. Un suspiro silencioso hizo que levantara los hombros y los dejara caer.

Red bajó por los pequeños peldaños de la tienda de Asheyla y se detuvo en el que estaba más abajo del de Eammon. La escalera hacía que la diferencia de alturas fuese aún mayor, pero Red se colocó con la espalda recta.

—Puedo ayudarte a curarlo —dijo con firmeza—. Igual que hice con el centinela. El concepto es el mismo, ¿no?

—Es mucho más complicado que eso, Redarys. —La mirada de Eammon era severa—. Sacar la plagaoscura de una persona es peligroso. Requiere más poder del que me queda…

—Pero no lo vas a hacer tú solo. —Red sacudió la cabeza—. Ya no tienes que hacerlo todo solo, Eammon.

El Lobo tenía la boca apretada en una fina línea y el pelo le ensombrecía los ojos. Había una sensación de expectación en el espacio que los separaba, algo inmenso y aterrador que se podía resumir en la necesidad que sentía Red de acariciarle la mandíbula con los dedos; en la certeza de que la palma de su mano nunca volvería a estar bien si no le podía apartar el pelo de la frente.

Red bajó la mirada. De repente, los ojos de Eammon eran demasiado para ella.

—Déjame ayudarte y juntos podremos ayudar a Bormain. Podríamos al menos comentárselo a Valdrek.

Eammon la miró con los labios ligeramente separados, como si estuviera buscando en su cara algo que estuviese ansioso por encontrar y al mismo tiempo le aterrorizara hacerlo. Luego se giró rápidamente y se dirigió al otro lado de la plaza.

—Como desees, Loba.

Había un edificio de madera justo enfrente del árbol de piedra. Oyeron la música y las risas estridentes incluso antes de subirlas escaleras de la entrada, y cuando abrieron la puerta, les llegaron los aromas del sudor y la cerveza.

—Valdrek suele estar aquí. —Eammon le lanzó una mirada de advertencia —. No te alejes.

Había una taberna al otro lado de la puerta, llena de gente bebiendo, riendo y jugando a las cartas. En la parte del suelo que estaba cerca de los músicos no había mesas ni sillas, y los bailarines danzaban en círculos al ritmo de la música, unos con más elegancia que otros. La imponente figura de Eammon se abrió paso a través de la multitud.

La parte de atrás del local era más tranquila, ocupada por los que tenían más intención de beber que de bailar. Valdrek estaba sentado de espaldas a ellos, con las cartas en la mano y un buen montón de dinero antiguo a su lado. Red abrió los ojos de par en par. Nunca había visto monedas como aquellas en ningún sitio, salvo en los libros de historia. Todavía mostraban la efigie del último krahl de Elkyrath, de antes de que el país se dividiera en ciudades-Estado.

—Lobo —saludó Valdrek mientras elegía una carta. Luego, como si hubiera sentido la presencia de Red, se giró y levantó una ceja—. Lobos.

Red no reconoció a ninguno de los otros hombres que había en la mesa; las expresiones de sus rostros iban desde el interés hasta la cautela. Eammon

señaló con la cabeza hacia una esquina y se giró hacia allí sin pararse a mirar si Valdrek lo seguía. Ella no supo hacia dónde ir, desconcertada por aquella relación extraña.

El hombre mayor suspiró con fuerza y dejó las cartas.

—Discúlpenme, caballeros. Hay un Lobo al que debo atender.

Eammon se sentó en la esquina del fondo y se pasó una mano cansada por la cara. Red se dispuso a seguirlo, y Valdrek fue tras ella.

—Parece que lo has dejado agotado, Loba. —Podría haber sonado lascivo, pero la voz de Valdrek solo transmitía curiosidad. Le echó un buen vistazo a Red cuando pasó a su lado y luego se sentó en una silla enfrente de Eammon. Con el ceño fruncido, Red se colocó entre los dos.

Valdrek había llevado su jarra. Tomó un buen trago antes de dejarla sobre la mesa.

—¿Queréis beber algo? —Le lanzó una mirada picara a Eammon—. Puede que te mejore el humor.

—Siento haberte hecho dejar las cartas. —Eammon se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos sobre las rodillas—. No estaba seguro de si tus compañeros de juego estaban al tanto de… la situación.

No hacía falta aclarar a qué situación se refería. La fanfarronería de Valdrek desapareció al instante y hundió los hombros.

—Lo hemos mantenido más o menos en secreto. —Se encogió de hombros, pero el movimiento parecía hacerle sufrir—. Tuvimos que arreglar el sótano después de que se pusiera… nervioso, pero le dijimos a la gente que los daños se debían a una pelea que se les había ido de las manos. La tienda de Ash está hecha de piedra y debería poder resistir más tiempo. —Apretó los labios. Tenía un brillo de determinación en la mirada—. Hasta que se mejore.

Eammon no hizo ningún comentario, pero apretó las manos con más fuerza entre sus rodillas.

—Vamos a intentar curarlo. —Red hizo que su voz sonara lo más segura posible—. Eammon y yo.

Valdrek no ocultó su sorpresa. Se reclinó en su asiento y levantó las cejas.

—¿Eres capaz de hacer algo así en estos momentos, Lobo? —Había un pequeño rayo de esperanza en su voz—. No te lo iba a pedir, estando el Bosque Salvaje tan débil como está, pero si tienes la fuerza suficiente con la ayuda de la Loba…

—Podemos intentarlo —respondió Eammon, cortante.

Valdrek observó a los dos detenidamente y luego bebió el resto de su cerveza.

—Menuda diferencia. —Resopló—. El matrimonio cambia a los hombres.

Eammon tensó la mandíbula. Se levantó con prisa y colocó la silla en su sitio.

—Acabemos con esto cuanto antes.



En el exterior de la tienda, Valdrek le contó el plan a Asheyla en voz baja.

—Si fuera tú, esperaría allí —le dijo, señalando hacia la taberna—. Por si acaso. Si quieres vino, avisa a Ari y dile que te dé el que no está aguado.

Detrás de Red, Eammon estaba tan inmóvil como el árbol de piedra. Le había dado la lista de Fife a Loreth, la empleada de la tienda de Asheyla, junto con instrucciones para que le dejara los suministros a Lear en la puerta de entrada.

—Curar a alguien infectado por las sombras es diferente a sanar un centinela. —Eammon usó la misma voz baja y el mismo tono que utilizaba en sus clases, aunque cada línea de su cuerpo estaba tensa como la cuerda de un arco—. Tienes que canalizar tu poder únicamente hacia las partes afectadas, en lugar de liberarlo de golpe.

—Los humanos son un poco más complejos que los árboles —respondió Red. Estiró la palma para que pudiera examinarla en busca de heridas, una rutina que ya le era familiar.

Eammon cogió la mano que le ofrecía, pero no la inspeccionó. En lugar de eso, frunció el ceño y le lanzó una mirada severa.

—No lo toques.

Red arrugó la frente.

—¿Y entonces cómo voy a…?

—Me tocas a mí y yo lo toco a él. —Sus cicatrices rozaron los nudillos de Red al apretarle suavemente la mano extendida—. Ya te lo he dicho: es un trabajo muy preciso y puede ser peligroso. Extiende tu poder hacia mí y yo lo canalizaré hacia él.

Red hizo una mueca, pero un instante después asintió. Eammon volvió a apretarle la mano y la soltó mientras se giraba para seguir a Valdrek hacia la puerta del sótano.

Tenía tres cerrojos y una tabla atrancándola para mayor seguridad. La apartaron entre los dos y Valdrek sacó un llavero del bolsillo.

—¿Está atado? —preguntó Eammon.

—De brazos y piernas, y también el torso. —Valdrek lo dijo como si aquello le doliera, era el recordatorio desgarrador de que estaban hablando de alguien de su familia. Red pensó en el nombre que había mencionado Asheyla, Elia. Debía de ser la hija de Valdrek, la esposa de Bormain. Le lanzó una mirada a Eammon, todavía inmóvil y estoico junto a ella, y sintió una punzada de lástima en el corazón.

Abrieron el último de los cerrojos. Valdrek suspiró.

—No es algo bonito, preparaos.

La habitación estaba en penumbra. Unas pequeñas rendijas en la parte superior de las paredes dejaban que entrara la única luz y las motas de polvo danzaban en el aire. Un olor penetrante golpeó a Red nada más cruzar el umbral detrás de Eammon y Valdrek. Era ácido y frío, y tan intenso que tuvo que taparse la nariz con el brazo. La habitación era pequeña, apenas lo suficientemente grande como para que entraran los tres hombro con hombro, y el techo bajo casi rozaba la cabeza de Eammon.

Delante de ella, el Lobo se puso tenso y se movió hacia un lado, como si quisiera ocultarla tras su sombra. Red le dio un empujón en el hombro. Tras un instante de resistencia, Eammon se apartó lo suficiente para dejarla ver lo que había detrás.

Habían intentado que fuese lo más cómodo posible, y aquello hacía que fuese todavía peor. Bormain yacía sobre una cama cubierta por mantas gruesas y rodeada de almohadas. Había tantas que casi conseguían ocultar las cadenas que iban desde la parte de abajo de la cama hasta unas argollas en el suelo de piedra. Había una para cada brazo y cada pierna, y otra que parecía enrollarse alrededor de su vientre, enganchada al armazón de la cama y a unos aros de metal que colgaban de la pared. A pesar de los amarres, había unas huellas en el suelo allí donde Bormain había conseguido arrastrar la cama de un lado a otro. Red recordó los ruidos que habían oído desde arriba, en la tienda de Asheyla, y se estremeció.

Bormain no se movió. Tenía los ojos cerrados y unas venas negras e hinchadas le salían de los párpados y se extendían hacia abajo, a lo largo de su cara. El brazo infectado por las sombras sobresalía por debajo de las mantas. Tenía el doble de su tamaño normal, y su piel, débil como la de una fruta podrida, dejaba un rastro de oscuridad y humedad en las sábanas. Las uñas de sus manos estaban torcidas, más largas de lo que deberían, y los huesos de la cara se le marcaban demasiado.

La plagaoscura no solo lo estaba enfermando. Lo estaba… rehaciendo.

Oyeron cómo Valdrek apretaba los dientes.

—Hace una semana que no dejo que baje Elia, desde que empezó a… —No terminó la frase.

La expresión de Eammon era inescrutable. Alargó una mano y se movió para colocar a Red con suavidad detrás de sus hombros.

Esta vez le permitió que lo hiciera. Red se inclinó hacia delante y se puso tras él, utilizándolo como un escudo.

—¿Está dormido?

—No duermo. —La voz sonaba como si hubiera salido de una garganta cortada, era débil y cansada—. Las sombras me han robado el sueño.

Lentamente, Bormain levantó la cabeza. El ángulo en que la tenía debía de ser doloroso por culpa de las cadenas, pero no parecía estar incómodo. Su sonrisa era demasiado amplia, casi de oreja a oreja, y cerró los ojos ciegos y

lechosos para inspirar hondo, de una forma exagerada.

—Huele de maravilla. A tierra infértil, tierra sin raíces. —Abrió los ojos y se giró hacia Red con una velocidad antinatural—. Hay sangre en el bosque, segunda hija sin raíces. Sangre para abrir y sangre para cerrar, para despertar a las cosas antiguas. La recompensa a eones de paciencia.

Red tuvo que contenerse para no apretar la cara contra el hombro de Eammon, para no bloquear aquella escena con su calor y su olor a biblioteca. En lugar de eso, buscó a tientas su mano.

—Hemos venido a ayudarte —dijo ella, y sus palabras fueron claras, a pesar de que habló en voz baja.

—¿Ayudarme? —Bormain echó la cabeza hacia atrás y se puso a chillar mirando al techo. Aquellas venas oscuras e hinchadas palpitaban en su garganta—. Dulces Lobos, pobrecitos Lobos…, no soy yo quien necesita que lo salven. ¡Él os espera! ¡Todos os esperan! Y todos tendrán su oportunidad. —Su cabeza, todavía en aquel ángulo antinatural, empezó a agitarse adelante y atrás mientras canturreaba en voz baja—: Aguardan y tejen, tejen tanto las pesadillas nuevas como las viejas, dan nuevas formas a las sombras y dejan que las sombras les den nuevas formas a ellos…

Eammon bajó la vista hacia Red con una pregunta en la mirada y una expresión fácil de entender: si había cambiado de idea, la sacaría de allí en el mismo instante en que se lo pidiera.

Red se mordió el labio. Volvía a sentir aquella culpa en la garganta. «Empiezas una y otra vez, pero nunca terminas nada».

Asintió con seguridad.

Con la mirada ardiente, Eammon dio un paso adelante, moviéndose casi sin hacer ruido sobre el suelo de piedra.

La canción de Bormain se convirtió en un tarareo desentonado. Cerró los ojos y siguió moviendo la cabeza suavemente adelante y atrás, como si ya hubiera perdido el interés. Red inspiró profundamente aquel aire apestoso y tiró del poder que se enroscaba en su interior. Creció hacia arriba, hacia sus dedos y hacia Eammon, que los sostenía. Las venas se le volvieron verdes y notó el sabor de la tierra en la boca. Avanzaron con cautela, haciendo el menor ruido posible. Eammon iba inclinado hacia delante, como un resorte a punto de saltar.

Con los ojos todavía cerrados, Bormain dejó de tararear.

—Los nudos de tu soga se están deshilachando, cachorrito —dijo con una voz clara y precisa—. Ahora tienen ayuda. Van a volver a casa, Solmir y todos los demás.

Aquel nombre hizo que los dos se quedaran paralizados, Eammon con la mano medio estirada hacia delante. Bormain soltó una carcajada rota y espantosa.

—Hay demasiados finales, cachorrito, y tú los has visto todos…

El Lobo interrumpió su discurso dándole un manotazo en una de las pocas partes de su cuerpo que no estaban cubiertas de sombras: la boca.

Se le marcaron los tendones del cuello mientras Bormain intentaba revolverse bajo su mano.

—Ahora —dijo Eammon entre dientes—. ¡Red, si vas a hacerlo, hazlo ya!

Red apretó los dientes y dejó que la magia del bosque fluyera a través de ella, hacia Eammon.

Como había ocurrido antes, cuando habían trabajado juntos para sanar el centinela, pudo contemplar dentro de su mente lo que no podía ver físicamente con los ojos. El poder de Red era débil comparado con el de él, apenas un hilillo que le recorría el cuerpo, serpenteando alrededor de sus huesos y sus órganos. Pero el de Eammon era una vorágine de luz dorada en forma de raíces retorcidas que le atravesaban el cuerpo, crecían y se extendían por su interior.

Red estuvo a punto de detenerse al ver lo enraizada que estaba la magia dentro del Lobo. Estuvo a punto de cortar el hilo delgado de su propio poder cuando recordó cómo había transformado a Eammon, cómo lo había dejado hecho pedazos. El miedo la invadió, un miedo a que de alguna forma se lo arrebatasen, porque sería culpa suya, por haberlo obligado a hacer aquello, por haber alimentado las raíces que crecían bajo su piel. Abrió los ojos y soltó un grito ahogado al ver que la estaba mirando. La figura de Bormain, infectada por las sombras, se retorcía en la cama bajo las venas verdes de la mano de Eammon.

—No pares. —Hablaba de forma entrecortada, concentrado, pero había algo en su voz que reflejaba sorpresa y también una especie de añoranza. El blanco de sus ojos estaba totalmente cubierto de esmeralda—. Estaré bien. No pares.

Red respiró hondo y dejó que el aroma de Eammon, aquel olor a hojas caídas, a café y a papel, neutralizara el hedor de la habitación. Luego cerró los ojos y le agarró la mano como si su vida dependiera de ello, dejando que el poder que crecía dentro de ella alimentara el suyo.

Tras los párpados de Red, Bormain era como ver un vacío. Una ausencia completa de cualquier cosa, un agujero que recordaba ligeramente a un hombre en mitad de aquel brillo dorado. Al principio parecía devorar la magia que fluía desde el cuerpo de Eammon. Cada hilo de luz se movía de forma hábil y deliberada, como si Eammon estuviera cosiendo algo, remendando un calcetín, en lugar de a un ser humano. Después de un tiempo, la luz empezó a dominar a la sombra, la consumía y la neutralizaba. Red notó cómo Eammon se tambaleaba y oyó el grito ahogado de dolor de Bormain cuando la luz empezó a eclipsar lentamente a la oscuridad.

Cuando Eammon le soltó por fin la mano, Red abrió los ojos.

El hombre que había en la cama tenía un aspecto ceroso parecido al de un

cadáver, pero su piel ya no estaba cubierta por hilos de oscuridad. Las uñas de sus manos eran cortas y pálidas y ya no tenían forma de garras, y los huesos de su cráneo volvían a tener las proporciones correctas. Su pecho subía y bajaba, con una respiración superficial pero regular.

Eammon se inclinó sobre el armazón de la cama. Tenía corteza en los antebrazos, se notaba en las arrugas de sus mangas, y volvía a ser más alto por culpa de la magia que había invocado. Tenía las venas verdes en las muñecas, en el cuello y en la piel amoratada bajo los ojos, pero también estaban atravesadas por la oscuridad, por unas sombras que parpadeaban al ritmo de los latidos de su corazón.

—¿Eammon? —El miedo de Red hizo que su voz sonara con claridad.

El Lobo sacudió la cabeza una vez e hizo rechinar los dientes. Poco a poco, la oscuridad dejó de palpitar en sus venas.

Se volvieron verdes y luego perdieron el color hasta ser azules de nuevo. Los cambios y las sombras lo abandonaron como la sangre que salía por una herida. Eammon se estremeció y echó los labios hacia atrás en una mueca, enseñando los dientes.

«El dolor tiene que ir a otro sitio». Eammon había absorbido la plagaoscura, había dejado que recorriera su cuerpo y luego la había ahogado en la magia del Bosque Salvaje.

Las rodillas de Red flaquearon de repente, y el cansancio y el alivio la golpearon como si le hubieran dado un puñetazo en la sien. Se dejó caer hacia un lado y Eammon pasó un brazo a su alrededor. Ahora tenía las venas del color que debería tenerlas un ser humano, pero sus ojos todavía tenían algún rastro verde.

—Estoy bien —susurró él, con la boca cerca de su pelo—. Estoy bien.

—Lo habéis logrado. —Las lágrimas corrían por las mejillas de Valdrek y tenía una expresión de admiración en el rostro—. Por todos los reyes y las sombras, lo habéis logrado.

Pero Red no lo escuchó porque se había desplomado, inconsciente.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Red se despertó con el olor a biblioteca y el tejido áspero de una tela sobre su mejilla. Se sobresaltó y empezó a sacudirse entre los brazos de Eammon hasta que le golpeó la barbilla con la cabeza.

—Por los reyes… —murmuró el Lobo. La dejó en el suelo con un solo brazo y levantó el otro para frotarse la mandíbula. La mayoría de los vestigios de magia habían desaparecido, salvo aquellos centímetros de altura que había crecido la noche en la que el Bosque Salvaje había derribado el pasillo. Pero las venas alrededor de sus iris ambarinos todavía tenían un débil tono verdoso.

—Lo siento. —Las mejillas de Red ardían mientras se recomponía, entrecerrando los ojos para protegerse de la luz del sol y de la neblina que seguía teniendo dentro de la cabeza. Se quedaron parados en mitad de la carretera principal de Confín, con el cielo oscureciéndose sobre ellos—. ¿Dónde está Valdrek?

—Sigue en la tienda de Asheyla, con Bormain. Han decidido que era mejor no intentar moverlo hasta que estuviera despierto.

A pesar del dolor de cabeza y de las piernas débiles, Red levantó los labios en una sonrisa esperanzada.

—¿Se despertará, entonces? ¿Lo hemos conseguido?

Eammon apretó los labios. Aquellos ojos de un color extraño escondían alguna emoción que Red fue incapaz de interpretar.

—Lo hemos conseguido —respondió él en voz baja mientras continuaba caminando hacia la puerta.

Red iba tras él, rezagada y todavía sonriendo. Había ayudado. Entre ella y

Eammon habían curado a Bormain, le habían quitado la plagaoscura. Quizás eso significaba que podrían sanar todo el Bosque Salvaje.

Pero su sonrisa se desvanecía a medida que recordaba fragmentos de las cosas que había dicho Bormain cuando estaba invadido por la oscuridad. Un nombre en particular.

Solmir.

La primera vez que Bormain había mencionado al más joven de los cinco reyes, Eammon había intentado convencerla de que solo habían sido delirios. Red no había insistido, aunque aquello la había inquietado.

Pero que ese hombre hubiera mencionado dos veces a Solmir hacía que pareciera algo más que un simple delirio.

Lear los observó detenidamente cuando llegaron a la puerta. Loreth estaba con él, con una bolsa de tela llena en las manos. Se la pasó a Eammon a toda prisa y luego se mezcló entre la multitud, tras lanzarle a Lear una mirada cómplice.

El Lobo suspiró.

—Supongo que ya te has enterado.

—No se lo tengas en cuenta. —Lear tiró de la palanca que abría la puerta de madera. El chirrido de las bisagras casi no se oía con el ruido del ajetreo en la ciudad—. Intentar curar a alguien de la plagaoscura es algo muy difícil de mantener en secreto. ¿Cuál es el veredicto?

—Ha funcionado. —La voz de Eammon sonaba como si tuviera la garganta seca.

La única señal de que Lear se había sorprendido fue que sus ojos azul claro se abrieron aún más.

—¡Vaya! Que las sombras me lleven… —Soltó una carcajada mientras pasaba la mirada de Eammon a Red—. ¡Larga vida a los Lobos!

Eammon no respondió. Se echó al hombro la bolsa de tela, llena de los suministros que había encargado Fife.

—Ya sabes que siempre puedes acudir a nosotros, Lobo —dijo Lear en un tono que había perdido todo el humor—. Si es que en algún momento necesitas ayuda.

—Te lo agradezco —respondió él, cruzando la puerta—, pero creo que a estas alturas ya nadie puede ayudarnos.

Lear adoptó una expresión pensativa cuando Eammon salió.

—Cuida de él, Loba —le murmuró a Red—. El Lobo y el Bosque Salvaje están entrelazados, así que la debilidad de uno es también la debilidad del otro. Parece que el tuyo se ha ido desgastando hasta quedar hecho una ruina.

—Suele hacerlo. —Red miró al Lobo, una figura ancha que se resaltaba contra el bosque distante.

Al otro lado de la puerta, Eammon estaba rígido, mirando hacia el horizonte septentrional, lejos del Bosque Salvaje. Cada línea de su cuerpo

parecía proyectarse hacia delante, como si quisiera echar a correr en dirección opuesta a los árboles. Pero no podía hacerlo. Las raíces que le rodeaban los huesos eran sus propios grilletes.

Red le dedicó a Lear una sonrisa con los labios apretados con firmeza. El hombre asintió y tiró de la palanca para cerrar la puerta, amortiguando así los sonidos de Confín.

Se acercó lentamente a Eammon. No la miró, seguía con la mirada fija en las colinas que había al norte, que desaparecían entre la niebla y la luz del atardecer. Un momento después se giró hacia el bosque. Sobre sus cabezas, los colores del cielo iban cambiando a los del crepúsculo para ir a juego con el horizonte del Bosque Salvaje: por una parte se desteñía una tonalidad azul, y por la otra una color lavanda, para encontrarse en un violeta intermedio.

Red lo siguió caminando por encima del musgo mientras jugueteaba con la empuñadura de la daga que llevaba en el muslo. Todavía no se había acostumbrado a aquella forma.

—Ha vuelto a mencionar a Solmir.

—Lo sé.

—Ya van dos veces. —Hizo una pausa, esperando, pero Eammon no se ofreció a llenar aquel silencio—. Parece que es algo más que una coincidencia.

—¿Tú crees?

El veneno de aquellas palabras la cogió desprevenida. Red se detuvo, a varios metros de las fauces oscuras del Bosque Salvaje.

—Significa algo. Lo sabes de sobra, y yo también.

Eammon dejó de caminar, pero se quedó callado. La brisa le alborotó el pelo.

—No sé si estás intentando protegerme o si simplemente no quieres contármelo. —Red dobló los dedos y los volvió a estirar, sin llegar a apretar los puños—. Pero solo puedo ayudarte si me dejas hacerlo, Eammon.

Se había girado a medias mientras Red hablaba, la silueta de su perfil estaba ensombrecida contra los árboles y el borde del crepúsculo, que estaba cada vez más cerca. Tenía la mandíbula rígida y un mechón de pelo suelto le caía por la frente. Red quería darle una paliza y un abrazo al mismo tiempo, pero se conformó con cruzar los brazos por encima del pecho.

—Las viejas historias cuentan que Solmir debería haberse casado con tu madre. —Lo dijo en voz baja, como si pudiera tejer aquella historia con unos hilos desiguales—. Pero ella huyó hacia el Bosque Salvaje con Ciaran, y Solmir acabó atrapado en las Tierras Sombrías junto a los otros reyes. Aunque hay algo más, ¿verdad?

El suspiro de Eammon pareció resonar, como si hubiera rebotado con los árboles de la frontera del Bosque Salvaje. La batalla interna que estaba teniendo era evidente, no sabía si hablar o quedarse callado, pero, tras un momento de tensión, aflojó los puños que colgaban a sus costados, como si de

repente mantenerlos apretados fuese una tarea que requería demasiado esfuerzo. Respiró hondo, y cuando las palabras salieron de su boca, lo hicieron con un hilillo de voz:

—Solmir mató a mis padres.

Ya habían tenido muchas conversaciones sobre el dolor, esta era una más. Red colocó una mano sobre el hombro de Eammon incluso antes de pensar en hacerlo, antes de darse cuenta de que había dado un paso hacia delante. Esperaba que se apartara, pero Eammon relajó los hombros en cuanto ella lo tocó.

Habló más rápido, como el agua de una presa derribada que corría en busca del río.

—Mi madre siempre se sintió culpable por que Solmir tuviera el mismo destino que el resto de los reyes. Pensaba que no se lo merecía, decía que se había visto atrapado en sus planes y no había tenido posibilidad de huir. Parece que habían sido amigos antes de estar prometidos. —Eammon apretó los dientes al decir «amigos»—. Oí a Gaya y Ciaran hablar de ello alguna vez, cuando pensaban que no estaba escuchando. —Sacudió la cabeza—. Estuvieron casi un siglo y medio con la misma discusión que no llevaba a ninguna parte.

Hablaba de los siglos de una forma despreocupada. Su vida era mucho más larga que la de Red, era como un retoño que tardaba cientos de años en convertirse en un árbol maduro. Tenía sentido, había nacido de unos padres que lo habían tenido poco después de vincularse a un bosque. Red nunca había pensado en Eammon como algo distinto al hombre que había conocido en la biblioteca: no del todo humano, congelado en el tiempo por su extraña relación con el Bosque Salvaje. Pero ahora, pincelado por aquel crepúsculo, podía imaginarse cómo sería una versión más joven de él, con los ojos menos cansados, los hombros menos rígidos y ajenos a la carga que tendrían que soportar.

—Ciaran no quería liberar a Solmir —continuó Eammon—. Gaya aseguraba que se había visto atrapado en las maquinaciones de su padre en contra de su voluntad, pero Ciaran no se lo creía. Y, de todas formas, como los reyes habían hecho el pacto unidos, no pensaba que fuese posible liberar de las Tierras Sombrías solo a uno de ellos.

Se había producido un cambio sutil desde que había decidido contarle la historia: había pasado de «mis padres» a «Gaya y Ciaran», una distancia artificial de la que tal vez Eammon no era consciente. Como si quisiera separarse de ellos, como si quisiera un abismo. Como si tenerlos cerca fuese demasiado doloroso.

Red lo entendía.

Mantuvo la mano apoyada en el hombro de Eammon, pero echó un vistazo hacia la frontera del Bosque Salvaje. Se alzaba alto e insondable; era un

lugar hecho para las pérdidas.

Eammon se pasó una mano cansada por la cara.

—Gaya decidió intentarlo, de todas formas. Abrió una brecha y Ciaran sintió que lo había hecho, así que fue tras ella. —Hizo una pausa y cogió aire—. Cuando llegó allí, ya estaba muerta. Consumida por el Bosque Salvaje para evitar que le hiciera más daño.

La historia era fácil de seguir desde allí. El Lobo había cargado con el cuerpo de la segunda hija, invadido por el bosque, hasta el límite de los árboles. Eran unos personajes envueltos en aquellas leyendas que los habían hecho parecer menos reales.

Pero también eran los padres del hombre que tenía delante en aquel momento. Y él había visto cómo ocurría todo.

—Vi cómo cargaba con su cuerpo. —Lo dijo en voz baja, sin ninguna expresión. Eammon se había girado hacia el bosque, que lo atraía de forma inexorable hacia su oscuridad—. Lo seguí hasta la frontera. Oí lo que dijo, pero no entendí lo que significaba. Maldita sea, tardé demasiado en entenderlo.

Su voz se quebró, pero, en lugar de encogerse de hombros, mantuvo hasta el último de sus músculos inmóvil como una estatua, como si quisiera hacerse menos humano para que las emociones no pudieran golpearlo. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un murmullo:

—Ciaran duró un año más después de aquello. Un año por su cuenta, mientras el Bosque Salvaje lo iba devorando. Le arrebató todo lo que hacía que fuese algo parecido a un ser humano. Se abrieron brechas. El bosque estaba lleno de criaturas de sombras, pero las fronteras seguían cerradas y no permitió que salieran de allí, como… como cuando algo está a punto de morir y se aferra a la vida con más fuerza.

—No fue culpa tuya. —Red habló en una voz tan baja como la de él, un susurro que se enfrentaba a aquel cielo que se oscurecía y al bosque hambriento que los esperaba—. Nada de aquello fue culpa tuya.

Eammon no respondió, perdido en la cadencia de su propia historia de terror.

—Y entonces Ciaran murió —dijo, como si todavía le pareciese un final sorprendente para la historia, después de todos aquellos siglos—. Murió, y en aquel momento se abrieron las fronteras, como si aquella mano moribunda por fin se hubiera rendido. Las criaturas de sombras escaparon. —Hizo una pausa, con la respiración agitada—. Después de aquello, todo sucedió por instinto. Me corté la mano y la apoyé sobre la tierra. El Bosque Salvaje… resucitó, supongo. Empezó a crecer en mi interior. Dolía. —Dobló la mano sobre el pecho, afligido, al recordar aquello—. Siempre me he preguntado si el bosque me hizo más daño a mí que a Ciaran. Nunca he tenido la respuesta, pero él se pudrió bajo su tierra y yo sigo aquí.

La última parte la dijo en un susurro. Allí estaban los dos, un hombre y una mujer al borde de la oscuridad, encorvados y ensombrecidos bajo el peso de una historia terrible.

—Luego me convertí en el Lobo —dijo Eammon en voz baja—. Y, hasta que llegaron Fife y Lyra, estuve solo.

Red no sabía qué decir. Aquella historia la había perseguido toda la vida, pero él la había vivido, había tenido que existir bajo la sombra de aquellos sucesos y del hueco que habían dejado atrás. Red quería consolarlo, pero cada línea del cuerpo de Eammon decía que no quería que lo consolaran.

—El bosque estaba en tan mal estado que ni siquiera al conseguir un nuevo Lobo se cerraron todas las brechas. —Había vuelto a utilizar un tono normal, alejándose de las emociones y enterrándolas—. Así que algunas de las criaturas de sombras que se habían escapado durante la breve muerte del Bosque Salvaje se quedaron en el exterior.

—Hasta que llegó Kaldenore —dijo Red, atando cabos—. Y el Bosque Salvaje la consumió para curarse lo mejor que pudo. —No era bueno ni malo, pero tenía hambre y estaba desesperado.

Un suspiro entrecortado.

—Aquí los finales nunca son felices, Red.

Eammon le apartó la mano y se dirigió hacia el Bosque Salvaje. Red dobló los dedos en el aire mientras veía cómo se alejaba a grandes zancadas hacia los árboles.

Solo. Había decidido que debía estar siempre solo, incluso cuando ella estaba a su lado.

Un momento después, Red lo siguió. Notó una ligera presión en la piel cuando cruzó la frontera. Atravesaron la niebla en silencio.

En medio de aquella oscuridad, Eammon estiró la mano para agarrarle el brazo y Red soltó un grito de sorpresa. Sus botas resbalaron sobre las hojas y Red vio de qué la había apartado: un círculo perfecto de tierra infectada por la plagaoscura, casi oculta en la penumbra. Parecía como si hubieran derramado pintura sobre el lienzo del bosque, pero no había ningún árbol torcido en el centro de aquel círculo.

Habían perdido un centinela. Otro agujero.

Eammon apretó los labios y la mano que sujetaba el brazo de Red tembló.

La magia de Red brotó en sus dedos, lista para ser utilizada.

—¿Qué hacemos?

—Ya te lo he dicho. —Eammon sacudió la cabeza—. No hay nada que puedas hacer, Red.

—¡Tiene que haber algo! ¿O es que ya has decidido dejarme de lado?

Eammon se quedó paralizado, y eso fue respuesta suficiente.

Red desenfundó la daga. Eammon le soltó el codo para agarrarla por la muñeca a la velocidad del rayo y la atrajo hacia sí hasta que su nariz estuvo a

punto de clavársele en el esternón. Ella no intentó liberarse, pero tampoco soltó la empuñadura, sujetándola de forma que la parte plana de la hoja separara el pecho de ambos.

—No —dijo él, casi un rugido—. La tuya no.

—Una vez funcionó…

—Y el Bosque Salvaje estuvo a punto de atraparte. —Su voz era áspera y tenía los ojos encendidos, invadidos por el verde allí donde deberían ser blancos—. No dejaré que vuelva a ocurrir.

—Entonces, ¿se supone que tengo que dejar que te desangres? ¿Que te entregues al Bosque Salvaje por completo, cuando no te queda sangre suficiente para satisfacerlo?

Sus manos entrelazadas se sacudieron. Red no sabía cuál de los dos había sido el que había temblado.

—Si es lo que hace falta, sí.

El sonido fue muy débil. De no haber estado atrapados en su propio silencio tenso, no lo habrían oído. Era un arañazo débil, como si estuvieran desgarrando algo de metal. Red apretó los dientes y notó cómo una extraña inquietud le subía por los pies y le atravesaba los huesos.

La cara de Eammon palideció. Colocó la mano alrededor de la empuñadura de su propia daga mientras mantenía la otra en la muñeca de Red. Dirigió la mirada hacia el agujero de tierra podrida y se alejó lentamente de ella, moviéndose como una presa en la línea de visión de un depredador.

Volvieron a oír el sonido, esta vez más fuerte. La superficie del agujero se onduló y algo pareció agitarse bajo él.

—Red. —Fue casi un susurro, Eammon tenía los ojos abiertos de par en par—. Corre.

El agujero estalló antes de que ella tuviera ocasión de hacerlo.

La oscuridad se volvió sólida y salió disparada hacia arriba. No fue como la primera noche, no era una cosa deforme construyendo un cuerpo falso a partir de huesos y sombras. Esta vez sí tenía un cuerpo propio: uno terrible e inapropiado, un tubo de escamas negras del que colgaba la putrefacción. El ruido de rasgar metal provenía de una boca abierta, tan ancha como alto era Eammon, con hileras e hileras de dientes cubiertos de carroña. Aquella cosa se alzaba en el aire, agitando la cabeza de un lado a otro y haciendo rechinar los dientes de su mandíbula circular hacia el cielo del crepúsculo.

El estallido lanzó a Red hacia atrás. Los bordes de su visión se oscurecieron y se volvieron borrosos. Red no volvió en sí del todo hasta que sintió a Eammon a su lado, arrebatándole la daga de las manos, aunque no supo si lo había hecho para usarla él mismo o para mantenerla alejada de ella.

—¡Vete! —Eammon se puso en pie de un salto y se colocó delante de ella, girándose mientras enseñaba los dientes para enfrentarse a aquella cosa que había salido de la brecha. No era una criatura de sombras, era algo más

sólido… ¿Sería uno de los otros monstruos que estaban encerrados en las Tierras Sombrías?

Ahora parecía más alto, como si hubiera sacado otra parte de sí mismo del agujero. Eammon sostenía las dos dagas en una sola mano e hizo un movimiento rápido hacia la otra. Dos cortes idénticos atravesaron una de las líneas de la palma, cubierta por una costra de tierra seca.

—¡Red, vete de aquí!

Red retrocedió arrastrándose por el suelo. Los talones de sus botas golpeaban las piedras y las raíces. Un grito estaba a punto de escapar de su garganta, pero no estaba dispuesta a permitirlo, y no podía apartar la vista de Eammon. Su poder empezó a arremolinarse en su interior y a crecer como una enredadera. Era algo casi sólido, algo que casi podría utilizar como un arma.

Eammon golpeó el trozo de tierra donde se agitaban las sombras con su mano cortada. Los dientes afilados del monstruo descendieron y Eammon lo golpeó con el dorso de la mano, un movimiento desesperado que hizo que salieran volando unas gotas de sangre. En el lugar donde caían, la oscuridad en la tierra se sanaba durante un instante, pero era como la lluvia sobre una casa en llamas: demasiado débil e insuficiente. La criatura rugió.

Red se detuvo con el pelo enredado entre las ramas, apretando los dientes y con un dolor ardiente en el pecho. El latido fuerte de su corazón ya no se debía al miedo, sino a la rabia: rabia por ver cómo Eammon se desangraba, rabia por el hecho de que tuviese que hacerlo.

El poder le recorrió las venas como si fuese hiedra afilada.

Cada movimiento lo hacía por puro instinto, sin pensar. Red se puso en pie, dobló los dedos y el Bosque Salvaje se dobló con ella, sincronizado con sus movimientos. Con un gruñido, lanzó las manos hacia delante. Notaba el sabor a tierra en la boca, y sus venas se habían teñido de verde al reunir hasta la última pizca de poder que había podido coger del delgado hilo mágico que atravesaba su cuerpo.

El bosque siguió su ejemplo.

Aquel chillido que sonaba a metal rasgándose se hizo más fuerte cuando las enredaderas envolvieron a la bestia en toda su longitud y apretaron hasta que le arrancaron los costados cubiertos de sangre. La criatura se sacudió de lado a lado, atrapada entre las ramas que se estiraban hacia ella, cortándose con las espinas, largas y afiladas como una espada, hasta que cayó con un gran estrépito que resonó como un trueno. Chocó contra el suelo mientras se le desprendían varios pedazos que apestaban a podrido. Los trozos que cayeron en el pozo de sombras se hundieron lentamente; los que cayeron fuera de aquel círculo de oscuridad quedaron tirados en el suelo como unos simples pedazos de carne. Al estar separados de la criatura, la putrefacción no tardó en aparecer, devorándolos como ácido.

Un último chillido, una última sacudida y el monstruo desapareció.

Poco a poco, Red estiró los dedos y, al hacerlo, el Bosque Salvaje también enfundó sus armas. Las espinas se encogieron, las ramas se doblaron hacia atrás y las enredaderas se escondieron entre la maleza. El bosque, ya calmado, quedó en silencio.

El pozo de sombras seguía descomponiendo la tierra, pero no había nada agitándose debajo. Eammon se dejó caer de rodillas junto al borde, con los ojos abiertos de par en par. Luego miró a Red, se incorporó y echó a andar hacia ella por el bosque como si él fuese la aguja de una brújula y ella la estrella que señalaba el norte.

Red tenía todo el cuerpo entumecido. Estuvo a punto de dejarse caer hacia el calor del cuerpo de Eammon, pero se contuvo.

—¿Qué narices era eso? —preguntó ella.

—Te he dicho que salieras corriendo. —Eammon levantó la mano ensangrentada como si fuese a tocarla, pero la dejó caer—. No sabes lo que podría haber pasado, podrías haber…

Red le agarró la mano cortada y tiró de ella hacia sí para que Eammon también se acercara.

—¿Y dejarte solo? No paras de pedirme que lo haga, Eammon, y no lo haré.

El Lobo miró la boca de Red y dobló la mano limpia para acariciarle la mejilla, como si su cuerpo fuera incapaz de hacer caso a sus palabras.

—Es por tu propio bien.

—No lo haré —repitió en un susurro. El espacio entre los dos era tan pequeño que Red apenas tuvo que moverse para apretar sus labios contra los de él.

Hubo un instante de sorpresa y ambos se quedaron paralizados. Luego se fundieron en uno solo con la facilidad con laque un manantial bajaba por una colina mientras llenaban de aire unos pulmones hambrientos.

Una de las manos de Eammon agarró la cadera de la chica, al tiempo que la otra subía para rodearle la nuca. Red le mordió el labio inferior para reclamarlo como suyo y Eammon soltó un gemido ronco mientras la rodeaba por la cintura y la atraía hacia él, hasta tenerla tan cerca que ni siquiera había espacio entre ellos para que pasara la luz. Red metió los dedos en el pelo del Lobo y se lo soltó, rozándolo con suavidad con sus muñecas. Cuando sus uñas le rozaron la cabeza, Eammon jadeó.

Red se apretó contra su cuerpo todo lo que pudo, atendiendo a la llamada de algo profundo y desesperado. Ya había besado y había hecho más que eso, pero nunca con aquel deseo: eran como dos piezas que estaban hechas para encajar, como si los bordes de ella estuvieran hechos para los huecos de él. Eammon hundió los dedos en su cadera. El suelo desapareció y le apoyó la espalda contra la corteza de un árbol. Los únicos pensamientos lúcidos que tuvo Red fueron una profunda decepción cuando él apartaba brevemente la

boca de la suya y una satisfacción salvaje cuando volvía a besarla.

Entonces notó la respiración entrecortada de Eammon sobre la clavícula cuando este se enderezó.

—No.

La confusión atravesó la maraña ardiente de pensamientos de Red. Volvía a estar con los pies apoyados en el suelo y no recordaba cómo había ocurrido. Tenía los labios hinchados y la sangre de Eammon en su pelo. A su alrededor, la vegetación del bosque parecía inclinarse en su dirección y los extremos de los heléchos y las hojas se volvían más verdes.

La chaqueta de Eammon estaba tirada en el suelo. Se agachó para recogerla, de espaldas a ella. Su mano colgaba a su costado con la palma todavía cortada, pero doblaba y estiraba los dedos como si quisiera alejar el recuerdo de la piel de Red.

—¿Por qué? —Tenía la garganta cerrada y solo fue capaz de articular esas dos palabras.

Eammon miró hacia atrás con un brillo de culpa y de algo más en los ojos.

—Confía en mí.

Se echó la chaqueta por los hombros, se pasó una mano por el pelo alborotado y se giró para adentrarse en el Bosque Salvaje. Con las mejillas ardiendo, Red lo siguió. Caminaron a una distancia prudencial, en silencio.



Más tarde, Red se encontraba delante de la puerta de la torre, mirando con el ceño fruncido hacia las ventanas abiertas.

Ni ella ni Eammon habían dicho nada al llegar a la fortaleza, aunque se habían parado un momento en el vestíbulo, observando en silencio. Eammon había sido el primero en alejarse hacia la biblioteca, y Red se había quedado mirándolo hasta que había desaparecido el último rastro de su sombra.

Había subido a la habitación la bolsa con su nueva ropa. Había dos vestidos, un puñado de camisas y unas mallas gruesas, y mientras lo metía todo en el cajón, había tomado una decisión.

Ahora, frente a la puerta de la torre, todavía llevaba puesta la camisa de Eammon.

No podía quitarse de la cabeza aquella primera vez que el espejo le había mostrado a Neve y la conversación extraña que había escuchado: algo sobre escapar, sobre debilitar. No podía dejar de pensar que tenía algo que ver con el Bosque Salvaje.

Con los hombros rígidos, Red abrió la puerta de un empujón.

Las escaleras estaban oscuras y frías, y la habitación de arriba, más fría aún.

El aliento de Red llenaba el aire de vaho conforme se acercaba al espejo apoyado en la pared, con su superficie gris y deslucida.

Se arrancó un cabello de la trenza que le había hecho Eammon, manchada de tierra tras la batalla. Lo enredó alrededor de las espirales del marco, se sentó sobre sus rodillas y esperó.

Durante un instante, nada. Luego volvió a ver el destello plateado y el remolino de humo, y tuvo aquella sensación de estar aplastada contra una ventana. El espejo le mostró una figura nítida en mitad de un paisaje borroso.

Neve.

Su hermana melliza estaba sentada en un banco, mirando algo que tenía en la mano. Una flor tan grande como un plato. Hizo un movimiento y la flor se marchitó. Los pétalos se arrugaron mientras el color marrón de la putrefacción se extendía por ellos.

Neve dejó caer la flor y se quedó mirándose la palma de la mano. Tenía unos cristales de escarcha en las puntas de los dedos; a lo largo de la mano, un corte que todavía no se había curado le atravesaba las líneas de la vida y el amor. Las venas de su muñeca se volvieron más oscuras durante un instante, pero volvieron a aclararse tan rápido que casi podría haber sido una ilusión óptica.

Incluso en aquel estado inmaterial que tenía dentro del espejo, el estómago de Red dio un vuelco. Había algo en la mano de Neve —el frío, el corte sangrante— que le recordaba a su propia magia. Era lo opuesto, un reflejo oscuro.

—Cuantos más árboles saquemos del Bosque Salvaje, más magia podremos extraer de las Tierras Sombrías. Y el agarre del bosque será más débil. —La voz estaba tan distorsionada como la figura de la que provenía, Red apenas conseguía entender las palabras. Solo podía distinguir un destello blanco y una mancha rojiza.

—¿Y así podría escapar? —Neve lanzó una mirada a su acompañante—. El santuario está lleno de estos experimentos, Kiri, y mi hermana todavía no ha vuelto.

—Ese no es nuestro único objetivo, Neveriah. —Parecía irritada, como si ya le hubiera repetido aquello una y otra vez—. Y deberíamos proceder con cautela. Si regresa…

—Cuando regrese.

No hubo respuesta.

Más humo, y entonces el espejo volvió a ser liso y gris.

Red cogió aire y le abrasó los pulmones, como si hubiera estado corriendo, en lugar de estar sentada. Cuando se levantó, las rodillas le crujieron por el frío.

El nudo de ansiedad que se retorcía en sus entrañas no se había equivocado: Neve era la causa de que desaparecieran los centinelas. No estaba

segura de cómo funcionaba la mecánica de todo aquello, pero había visto lo suficiente como para saber que era cierto.

Su hermana seguía intentando llevarla a casa. Y estaba matando al Bosque Salvaje para conseguirlo.

Red bajó tambaleándose de la torre con las piernas doloridas. Abrió la puerta de la fortaleza y se quedó mirando al frente con la mirada perdida mientras su mente se atropellaba trazando planes que se venían abajo en cuanto parecía darles forma.

«Neve».

Lyra salió a grandes zancadas por el arco roto de piedra que daba al comedor, con un cuenco humeante y un mendrugo de pan en las manos. Levantó una ceja fina.

—Parece que hayas visto a un fantasma.

Así era como se sentía.

—¿Dónde está Eammon?

—En vuestra habitación, creo. —Lyra le dio un bocado al pan—. Gracias de parte de Fife por traer pan dulce en lugar del de siempre. Según sus propias palabras, sabe más a comida y menos a ladrillo.

—Debería agradecérselo a Loreth. —Red esbozó una pequeña sonrisa antes de subir las escaleras, conteniéndose para no echar a correr.

En su habitación, Eammon estaba inclinado sobre un libro en el escritorio, con el ceño fruncido y los dedos manchados de tinta. Levantó la vista cuando Red llegó a lo alto de las escaleras. Tenía unos círculos oscuros bajo los ojos.

Nada más verlo, sus pensamientos volvieron a desordenarse. Aquel beso que había guardado en lo más profundo de su mente reapareció a toda prisa, el recuerdo de, unas manos y de una boca, de un aliento cálido y una respiración entrecortada. Eammon agarraba la pluma del mismo modo que le había agarrado a ella el pelo y tenía el cuerpo inclinado sobre la mesa igual que se había inclinado sobre ella.

Aquello hacía que le costara más decirle que tenía que marcharse.

Red se aclaró la garganta.

—¿Esto es lo que haces todo el rato en la biblioteca?

—Casi siempre. —Dejó la pluma sobre la mesa y se apartó el pelo, dejando una mancha de tinta en la frente—. Estoy traduciendo del meduciano antiguo.

—¿Y eso te parece divertido?

—Cada uno se divierte a su manera, Redarys.

Red empezó a esbozar una sonrisa al oír aquello, pero no fue capaz de acabar de formarla.

—¿Por qué lo has subido aquí?

Eammon le clavó la mirada y la dejó paralizada.

—Casi nunca vas a la biblioteca si estoy allí.

Red notó un calor que se extendía por su vientre.

Eammon respiró hondo y se inclinó hacia delante como si fuese a levantarse.

—Red, no… —Se interrumpió e hizo una mueca al pasar la mano despreocupadamente por el escritorio, dejando un rastro de aquella sangre líquida que parecía savia.

La preocupación eclipsó el calor de Red. La preocupación y el recuerdo del espejo. Sus palabras fueron directas, pero las dijo balbuceando:

—Tengo que volver a casa.

Eammon se quedó paralizado. Luego cerró los ojos con fuerza y se hundió en la silla, con la mandíbula tensa por la resignación.

—Lo entiendo. Deberías…

—No, no lo entiendes. —Su voz sonaba cascada y sin ninguna elegancia. Quería decirle que no tenía nada que ver con el beso, pero no era del todo cierto. Sí que tenía que ver, aunque no de la forma en que él pensaba. No sentía nada remotamente parecido al arrepentimiento—. ¿Crees que no me habría ido antes si hubiera querido? ¿Crees que no habría intentado huir?

—Viniste aquí porque no tenías otra opción. —Lo dijo mirando hacia el escritorio, al papel que había arrugado y que tenía en la mano—. Porque te obligaron a hacerlo. Debería haberte echado de aquí en cuanto…

—Vine porque creía que tenía que salvar de mí misma a la gente a la que quería. Vine porque pensé que el poder que tenía era malvado, pero tú me has enseñado que no es así: que no es algo bueno ni malo, que simplemente es. —Tragó saliva—. Supe desde el principio que no me ibas a detener. Cada momento que he pasado aquí, ha sido porque he elegido hacerlo.

Eammon no respondió, pero apretó más el puño, como si tuviera que contenerse para no estirarse hacia ella.

Red se dejó caer en el borde de la cama.

—He mirado por el espejo. —Cambió de tema, dejando en el aire todos los motivos que había tenido para quedarse o irse, todas sus elecciones—. Ha sido solo una corazonada, para ver si Neve tenía algo que ver con… con lo que está ocurriendo.

Eammon frunció el ceño.

—Tenía razón. Ha sido cosa suya. Los centinelas desaparecidos… No sé cómo, pero ha sido ella.

—Es imposible.

—El espejo me mostró la verdad la otra vez y ahora también. Tengo que averiguar lo que está haciendo e intentar detenerla. Y quizás si me ve, si ve que estoy bien, pueda revertir el daño de alguna forma. —Enredó los dedos en el dobladillo de la camisa de Eammon que llevaba puesta—. Tengo que intentarlo, sobre todo si no puedo hacer nada más… Si tú no me dejas hacer nada más. Lo último que quiero es dejarte solo, pero…

—He estado solo mucho tiempo. —Lo dijo en voz baja y ronca. Casi era una súplica.

Red se mordió la comisura del labio como si todavía pudiera saborear al Lobo.

—Pero no tienes por qué estarlo.

El siguiente instante fue pesado como el hierro y frágil como el cristal. Luego Eammon apartó la mirada y rompió en pedazos el silencio, convirtiéndolo en algo un poco menos radiante.

—¿Cuándo te irás?

—En unos días. Me gustaría practicar un poco más antes de irme, asegurarme de que tengo el poder bajo control. —Tragó saliva—. Casarnos sirvió de ayuda, pero parece que solo soy capaz de conseguir que haga lo que yo quiero cuando… cuando estoy cerca de ti.

Una expresión sin nombre brilló en los ojos de Eammon.

—¿Ah, sí?

—Según he observado, sí.

Había un desafío en las miradas que cruzaron, cada uno retaba al otro a hablar de aquello. A intentar ponerle nombre a aquel ardor que compartían.

—Practicaremos mañana, entonces. —El Lobo señaló hacia la cama con la barbilla—. Pero primero, a dormir.

Eammon rompió el contacto visual y se giró hacia la manta arrugada que tenía junto a la pared. Incluso con el fuego encendido, el aire era frío y un escalofrío recorrió sus hombros.

—No tienes por qué dormir tan lejos.

La espalda de Eammon se puso rígida.

Red no había querido decir en voz alta lo que pensaba. Parpadeó con fuerza y cerró las manos alrededor de las sábanas. Era demasiado tarde para retirarlo, y él cada vez tenía los hombros más tensos, con la intención de huir de allí marcada en cada línea de su cuerpo.

—Quiero decir —añadió rápidamente— que si quieres poner la manta más cerca del fuego, puedes hacerlo. Hace frío, no tiene sentido que te congeles.

Red maldijo en voz baja, convencida de que había echado a perder todo lo que habían construido, fuese lo que fuese aquello, por culpa de su estúpido deseo. Después de que Eammon hubiera detenido aquel beso y después de que hubiera mantenido las distancias de una forma tan calculada, Red ya no estaba segura de cómo estaban las cosas entre ellos.

«No me queda mucho que pueda ofrecer a otra persona», le había dicho. Después de lo que había ocurrido aquel día, no estaba segura de cómo decirle que se conformaría con lo que pudiera darle. No sabía exactamente cuándo se había dado cuenta, pero había sido en algún momento entre su matrimonio, las lecciones de magia y andar de aquí para allá salvándose el uno al otro.

Si pudiera volver con Neve… Si pudiera averiguar lo que estaba haciendo su hermana, cómo detenerla y cómo volver a coser la deshilachada relación fraternal que tenían…, entonces, quizás Eammon y ella podrían intentar entender qué era aquello. O qué podría llegar a ser.

Eammon giró la cabeza de aquella forma en que solía hacerlo, solo lo justo como para mirar a Red de reojo e inmovilizarla. Luego agarró el borde de la manta.

La colocó entre la cama y la chimenea, más cerca de la segunda que de la primera. Red se mantuvo ocupada metiéndose entre las sábanas, atenta a todos sus movimientos: cómo cambiaba de postura para poner la cabeza en un ángulo cómodo; cómo colocaba sus dedos, largos y llenos de cicatrices, sobre su propio pecho.

—Volveré —dijo Red mirando al techo, porque era el único lugar donde podía encajar aquel lío que eran sus sentimientos—. No quiero quedarme en Valleyda.

Eammon no respondió. Poco a poco, Red se dejó llevar y sus ojos se cerraron mientras el tiempo se dilataba lánguidamente.

—Quizás deberías —murmuró él en la oscuridad.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Eammon ya se había ido cuando Red despertó. La manta estaba arrugada y había una nota encima del escritorio, escrita con su caligrafía difícil de entender. «Torre».

Red se vistió a toda prisa —sus mallas y la camisa de Eammon, porque no era fácil abandonar las malas costumbres— y se pasó los dedos por el pelo para quitarse los nudos, pero se lo dejó suelto. Bajó las escaleras con cuidado, concentrada para no resbalar en los peldaños llenos de musgo. Una luz de color lavanda bañaba el caos de ramas y piedras donde había estado el pasillo y hacía que fuese algo casi bonito.

Cuando llegó a la torre, tiritando por el frío de la mañana, Eammon estaba apoyado contra uno de los alféizares tallados, con una taza en una mano y un libro en la otra. No reaccionó al verla más allá de levantar la mirada del libro, pero sujetó la taza con más fuerza.

Le había preparado un café a ella también, incluso le había añadido nata. Red se lo llevó a los labios mientras se dejaba caer en la silla. Había una rama solitaria en el centro de la mesa con unas ramitas más pequeñas que salían de ella, torcidas como si fueran garras. Eammon había pintado apresuradamente unas franjas plateadas en los puntos donde comenzaban las ramitas.

—¿Es un proyecto artístico?

Eammon cerró el libro de golpe y se lo colocó bajo el brazo.

—No exactamente. —Cuando se llevó la taza a la boca, se le levantó la camisa y dejó a la vista un trozo de piel pálida y llena de cicatrices.

Red bebió un trago de café demasiado rápido y se quemó la garganta.

El Lobo dejó su taza vacía junto a la rama y señaló con el pulgar hacia las franjas plateadas.

—La pintura sirve para que podamos ver cuánto crece la rama. Para tener un punto de referencia de tu progreso.

—Eso no va a crecer. —Red bebió otro sorbo, esta vez con más cuidado—. Está muerta.

—También lo estaba el arbusto de espinos de ayer —replicó Eammon.

Al decir la palabra «ayer», los dos apartaron la mirada.

Red había pensado que podrían ignorarlo. Que si hacían como que no había ocurrido, quedaría en un segundo plano, sería solo un momento de debilidad que acabarían por olvidar.

Qué tonta había sido.

—Vi el matorral —dijo Eammon con voz tranquila, aunque tenía las puntas de las orejas rojas. Se dirigió a la repisa de la chimenea y guardó el libro, dándole la espalda a Red—. Pasamos junto a él justo antes de ver que había desaparecido el centinela. Estaba muerto, reseco, y aun así te obedeció. —Los músculos de sus hombros se movieron cuando se cruzó de brazos—. Incluso después de la muerte, las cosas permanecen unidas al Bosque Salvaje.

Hablaba en voz baja, en un tono áspero, a causa de alguna emoción que Red no podía averiguar sin verle la cara. Red tocó la rama con indecisión, casi esperando que cruzara la mesa arrastrándose como una araña, pero siguió inmóvil.

El silencio la agobiaba, hasta que levantó los ojos entrecerrados hacia la espalda del Lobo.

—No me iría mal que me dieras algunas instrucciones, Eammon.

No había sido su intención llamarlo por su nombre. Incluso estando enfadada sentía que le llenaba demasiado la boca, que era algo demasiado íntimo después de lo que habían compartido y de cómo él se había alejado de todo aquello.

Por los reyes, quería volver a besarlo…

Eammon se giró por fin. Tenía un brillo ardiente en la mirada, algo a medio camino entre la rabia y un calor febril.

—Ayer lo hiciste bastante bien tú sola.

Tenía que dejar de hablar de ayer, maldita sea. Se lo había dicho en un tono desafiante.

Red se reclinó en la silla con los brazos cruzados.

—Ya te lo he dicho. Funciona mejor cuando estamos cerca.

—¿Y cómo de cerca necesitas que esté exactamente, Redarys?

Al oír aquello se quedó paralizada, con la boca abierta. Las posibles respuestas ardían en su mente como una llama recién avivada. Se conformó con:

—Más cerca de lo que estás.

Se miraron a través de la habitación; el aire que los separaba era cálido y expectante. Con un suspiro cansado, Eammon se acercó hasta quedar casi a su alcance.

—¿Mejor así?

Quería decirle que no. Recordó el día anterior en el bosque, cuando la había besado con el ansia de quien busca calor en el invierno, para luego rechazarla. Por todos los reyes y las sombras, aquella era la distancia a la que lo quería tener.

Pero asintió y se giró hacia el trozo de árbol.

Su poder no la estaba ayudando. Intentar agarrarlo era como intentar darle la mano al agua. Red no conseguía hacerlo florecer, no podía hacer nada más que perseguirlo, sin ningún éxito. Con un gruñido de frustración, abrió los ojos y vio la rama, todavía muerta, mientras doblaba los dedos sobre la madera de la mesa.

—No puedo.

—Antes pudiste perfectamente.

—Antes estabas más cerca.

Red apretó los dientes nada más decirlo, pero sus palabras quedaron suspendidas en el aire como un desafío y ya no podía retirarlas. Eammon no dijo nada, aunque Red podía oír su respiración, el traqueteo del aire al entrar y salir de sus pulmones cubiertos de raíces.

—¿Es algo emocional? —Intentó decirlo de forma brusca, pero fracasó. Solo consiguió que su voz sonara más ronca, lo que hizo avivar el calor que sentía Red en el vientre—. La cercanía que necesitas, quiero decir. ¿O es… algo físico?

—Ambas. —Red cerró los ojos, consciente de que estaba cediendo a la tentación y de que no le importaba—. Las dos cosas me ayudan.

Siguió con los ojos cerrados, pero el ambiente a su alrededor cambió cuando Eammon avanzó hacia ella, desprendiendo calor y tensión, como el aire justo antes de una tormenta. Eammon vaciló un instante. Luego apartó el pelo suelto de Red y le colocó una mano cálida sobre la nuca.

—Yo no voy a estar allí. —Lo dijo como una disculpa—. No puedo estar siempre ahí, Red.

Ya lo sabía. Estaba atado al puñetero bosque, enredado allí. Los centinelas lo atrapaban tanto como a cualquier criatura de sombras o a cualquier rey maldito, y Eammon no iba a estar en Valleyda para calmar el caos de Red estando cerca de ella. Cuanto más practicara para controlarlo, más fácil sería recrear aquello sin tenerlo a su lado, pero ahora mismo no se trataba de eso, y ambos lo sabían.

Se trataba de ganar tiempo. De aprovechar aquella cercanía todo lo que pudieran.

—Con que estés aquí ahora me basta —murmuró Red.

Eammon dobló las puntas de los dedos para acariciarle las raíces del pelo.

El poder en el interior de Red se acumuló y quedó en calma, como si aquello fuese lo que había querido desde el principio. Ahora podía agarrarlo fácilmente y dominarlo a voluntad.

La rama de la mesa tenía un tenue brillo dorado cuando Red abrió su mente al Bosque Salvaje, era como ver una estrella tapada por una nube. Era suficiente para que el fragmento de Red, aquel hilo delgado que la atravesaba, se conectara a ella y la controlara. Cuando dobló los dedos, Red vio cómo crecía y las ramitas se estiraban más allá de la pintura que marcaba su nacimiento.

Cuando abrió los ojos, la rama parecía mayor que antes, aunque no demasiado. Quizás había un par de centímetros más entre las franjas plateadas y la rama principal.

Eammon se apartó de allí de repente y alejó los dedos del cuello de Red. Se acercó a la ventana y se pasó una mano por el pelo suelto antes de meterse ambas en los bolsillos.

—Ya está —dijo, casi atropellado—. Lo has conseguido.

Red se mordió el labio mientras en su mente revoloteaban unos pensamientos ardientes: la boca de Eammon sobre su cuello, las manos hundidas en su pelo, la corteza de un árbol contra su espalda mientras el Lobo se apretaba contra su vientre…

Eammon pensaba que había sido un error, pero ella no, y ahora tenía que marcharse. Y aunque iba a volver —por supuesto que iba a volver—, había notado aquel tono de conclusión en su voz la noche anterior. En lo que había murmurado cuando pensaba que estaba dormida.

«Quizás deberías».

A Red le enfadaba ver que Eammon tenía dudas, que llegara a plantearse la posibilidad de que ella quisiera estar en cualquier sitio que no estuviera lo bastante cerca de él como para poder ver aquella cicatriz descolorida en su mejilla. Que llegara a pensar que seguían siendo las mismas personas que se habían encontrado en una biblioteca en su vigésimo cumpleaños, algo que parecía haber ocurrido en otra vida. Que pudiera creer que lo que los separaba no había cambiado para siempre de manera irreversible.

Red se puso en pie y arrastró la silla hacia atrás.

—Puedo hacer algo más.

Eammon se puso tenso.

—Soy capaz de hacer mucho más que eso, y lo sabes. —Apoyó las caderas sobre el borde de la mesa y dobló los dedos para agarrarse a la madera. Sus siguientes palabras fueron una súplica, una invitación y un desafío al mismo tiempo, un sonido ronco dominado por el deseo—: Ayúdame a hacer más.

Eammon se dio la vuelta con un movimiento que pareció durar una eternidad. Descruzó los brazos y los dejó caer a los costados, con los dedos

doblados como si estuviera sujetando algo. Dio el primer paso con cautela y luego cruzó la habitación a grandes zancadas con determinación en la mirada, como si estuviera marchando hacia una batalla. Colocó las manos en la mesa a ambos lados de las caderas de Red, tan rígidas que podría recorrerle los tendones.

—¿Estás segura? —Su voz sonaba tensa, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para dominarla. Le suplicaba una respuesta.

—Ayer funcionó, ¿no?

—Ya habías invocado al Bosque Salvaje antes de que te besara.

Red le rozó el pómulo con los dedos, recorriendo con las uñas aquella delgada línea blanca. La primera marca que le había hecho.

—Pero no antes de desear que lo hicieras.

Eammon esbozó una pequeña sonrisa triste, pero su mirada era pura voracidad. Deslizó los dedos por la parte baja de la espalda de Red, bajo la tela de su propia camisa, que aún llevaba puesta. Ella recorrió el lóbulo de la oreja de Eammon con los dedos, así como su mandíbula, notando el tacto áspero de su barba incipiente. El Lobo utilizó la mano que no tenía en la espalda de la joven para sostenerle la cara; le acarició la mejilla con el pulgar en un movimiento de media luna mientras apretaba contra su garganta la palma llena de cicatrices.

—¿Estoy lo suficientemente cerca? —La distancia entre su boca y el pulso de Red era insignificante.

Ella le tiró del pelo e inclinó la cabeza hasta casi rozar los labios del Lobo con los suyos.

—Todavía no.

El beso del día anterior había sido un beso nacido del miedo, de la desesperación y el alivio. Olvidarlo no sería fácil, pero podría hacerlo: un descuido momentáneo, un error de juicio… Sería fácil de justificar.

Esto era diferente. Era intencionado. Desharía para siempre los lazos que habían creado por pura necesidad para transformarlos en algo completamente nuevo. La mirada de Eammon se grabó a fuego en su mente, buscando su bendición.

Cuando Red tiró de él hacia abajo, él abrió la boca y suspiró.

El Lobo le pasó la lengua por el labio, lentamente, saboreándola. Red soltó un gemido de impotencia desde lo más profundo de su garganta y se apretó con más fuerza contra su pecho. Le clavó los dedos en la espalda y tiró de él para acercarlo cuanto pudo, buscando algún lugar vacío que pudiera llenar mientras la mano llena de cicatrices de Eammon se deslizaba por su pecho y por su cadera. Con la otra mano le sostenía un lado del cuello, como si fuese algo demasiado frágil como para soltarlo, algo que tenía miedo de perder.

Eammon tiró del labio inferior de Red con el pulgar, abriéndole la boca para darle otro beso aún más intenso.

—¿Y ahora?

—Todavía no. —Se inclinó hacia él mientras las tazas de café caían al suelo, ansiosa por seguir tocándolo, molesta por la tela que se interponía entre ellos—. Acércate más.

Eammon soltó una carcajada ronca que resonó en la garganta de Red.

—Inténtalo primero. —Su conversación se había reducido a frases cortas, sus bocas estaban demasiado ocupadas con otras cosas.

Red volvió a adueñarse de sus labios y dobló los dedos más o menos en la dirección en la que se encontraba la rama. Hubo un fogonazo de luz dorada detrás de sus ojos, un destello en el que ambos se veían como si fuesen dos raíces entrelazadas: la de él, brillante como un faro; la de ella, la pequeña luz de una vela, avivada por la cercanía de Eammon.

Oyeron un susurro a su lado y ninguno de los dos se giró para mirar. Red enredó los dedos en el pelo de Eammon y tiró de él para volver a atraer su boca hacia sí.

Su poder se redirigió por sí solo cuando Eammon presionó su cuerpo contra el de ella, cuando la pasión aumentó y sus respiraciones se volvieron entrecortadas. Red podía sentir el Bosque Salvaje a su alrededor, dentro de ellos, creciendo hacia arriba. Notó cómo se extendían las raíces que había bajo el suelo de la torre, cómo las ramas se estiraban hacia las ventanas abiertas, cómo estaba atrayendo al bosque con la misma fuerza con la que Eammon la atraía a ella. Las ataduras estaban desapareciendo. Lo que fuera que tuviese sometido al Bosque Salvaje se desvanecía y sus cadenas se soltaban cada vez más, permitiendo que se arrastrara hacia ella…

Eammon se quedó paralizado con las manos sobre la piel desnuda de la cintura de Red, bajo la camisa. Le clavó los dedos y la volvió a besar una vez más, de forma salvaje. Entonces la soltó como si estuviese tocando unas brasas ardientes y se apartó de ella, respirando con dificultad.

Red se estiró hacia él, solo durante un segundo. Pero Eammon se había girado y le daba la espalda, así que dejó caer las manos vacías.

—¿Eammon?

—Un minuto. —Se pasó la mano por el pelo y lo dejó alborotado en unos ángulos extraños—. Solo necesito… Dame un minuto.

Poco a poco, la magia de Red retrocedió y se volvió a esconder en su interior. Mientras su pulso atronador se relajaba, se fijó en las ventanas.

La vegetación que crecía en el exterior de la torre había florecido como si fuese una primavera desenfrenada y anacrónica. Una hiedra ancha y leñosa cubría casi por completo los agujeros en la piedra, bloqueando la luz color lavanda del Bosque Salvaje con unas enormes flores blancas y unas hojas verdes. Unas raíces sobresalían por encima del alféizar y se extendían hacia la mesa donde estaba Red, adornadas con unas flores diminutas.

Mientras Red observaba aquello y Eammon estaba de espaldas a ella, con

los hombros moviéndose al ritmo de su respiración, la nueva vegetación empezó a retirarse lentamente. Las raíces retrocedieron y salieron por la ventana, alejándose de ella; las flores blancas se cerraron, las hojas se separaron de la hiedra cuando esta desapareció de vuelta a su lugar habitual, dejando atrás los huecos por los que se podía ver el cielo. Sus movimientos eran rítmicos y acompañaban la respiración de Eammon.

Le había dicho que contener al Bosque Salvaje requería toda su concentración. Y ahora, al besarla, se había distraído del único objetivo que tenía. Se había descuidado y la magia había escapado de la jaula donde la tenía encerrada.

—Lo siento. —El susurro de Eammon era como una cuchillada—. Pensé que podría… Da igual lo que pensara. Esto ha sido un error.

Red se cruzó de brazos y agachó la cabeza entre ellos como si pudiera esconderse allí, hacerse más pequeña. Las tres cicatrices que llevaba en el vientre, aquella herida de Eammon que le había arrebatado y curado hacía tanto tiempo, volvieron a dolerle por primera vez en semanas. Por algún motivo, «lo siento» le dolía más que «error».

Algo le rozó el brazo. Red miró hacia el otro extremo de la mesa. La rama hacia la que había dirigido su poder era enorme, las franjas plateadas estaban casi a medio metro de la rama central. Unas hojas habían brotado en los extremos de las ramitas y tenían el color verde del verano.

Debía de haber hecho algún ruido, porque Eammon se giró ligeramente, con preocupación en la mirada, como si pensara que se la iba a encontrar llorando. Abrió los ojos de par en par cuando vio la rama.

—Te he dicho que podría hacer algo más. —Las palabras de Red sonaban huecas. Las lágrimas que él había esperado encontrarse se acumulaban en su garganta y eran cada vez más dolorosas.

El Lobo inclinó la cabeza, con el pelo oscuro adornándole los hombros. Se pasó una mano llena de cicatrices por la cara.

—Ojalá las cosas fueran distintas, pero no… Esto no puede ser. No puedo mantenerlo alejado de ti si… —Su voz se fue apagando hasta quedar en silencio. Cogió aire—. Tengo que entregarme por completo para evitar que el Bosque Salvaje vaya a por ti —dijo con la voz entrecortada, eligiendo las palabras con cuidado—. Dedicarle toda mi concentración, toda mi fuerza. Todo. Ya no me queda nada. Y está tan enraizado en mí, tan cerca de la superficie… —Hizo un gesto breve y brusco hacia la vegetación que los rodeaba—. Cuando me acerco a ti, el bosque también lo hace. Y no pienso dejar que te atrape aquí, Red. De ninguna manera.

«No me queda mucho que pueda ofrecer a otra persona».

«No me queda mucho».

El día anterior, Eammon le había dicho que confiara en él tras haber interrumpido el beso y haber seguido ocupándose de sus cosas como si no

hubiera pasado nada. Pero en vez de eso habían insistido, rompiendo las finas barreras que habían levantado entre ellos. Sus piezas estaban demasiado destrozadas como para volver a unirlas.

Lo que fuese que acababan de hacer pedazos era lo único que habrían podido tener.

Red se apartó de la mesa.

—A mí también me habría gustado que las cosas fuesen distintas.

Se agachó y bajó las escaleras para que Eammon no viera cómo brotaban sus lágrimas.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Red cerró la puerta de la fortaleza con más fuerza de la necesaria y apoyó la espalda contra ella a modo de barricada. Las lágrimas le habían durado poco, por suerte. Era una de las ventajas de haber vivido una vida en la que apenas tema ocasión de derramarlas. Aun así, tenía la cara manchada y sentía los ojos pesados.

La puerta principal se abrió y Fife y Lyra entraron a trompicones. Ella iba riéndose y se apretaba el vientre con una mano, mientras que él agitaba las manos en el aire, contando alguna historia. Nunca lo había visto tan animado. Red se quedó parada, observándolos. Las cosas entre ellos eran complicadas, según había dicho Fife, pero estaba claro que se querían el uno al otro de una forma especial. Sencilla.

Aquello hizo que sintiera un dolor en el pecho.

El hombre llevaba una bolsa de lona similar a la que habían traído de la tienda de Asheyla el día anterior. Llevaba el cordel que la cerraba desatado y de allí sobresalía un trozo de algo escarlata. Cuando Lyra vio a Red, cogió la tela a toda prisa y la metió en la bolsa.

—¡Red!

Forzó una sonrisa, se frotó los ojos y rezó para que la penumbra ocultara los rastros de sus lágrimas.

—¿Venís de Confín?

—De recoger los últimos suministros. —Lyra abrió la bolsa de tela y sacó una botella de vino, que agitó en el aire—. Valdrek dice que este no está aguado. Me inclino a creer que es cierto, ya que Eammon y tú salvasteis a su

yerno. —Lo dijo de forma despreocupada, pero las delicadas facciones de su cara reflejaban su curiosidad: miraba a Red como si pudiera ver todo lo que intentaba ocultar bajo una sonrisa falsa y unos ojos que había secado a toda prisa.

Ella apartó la mirada.

—¿Qué hay en la otra bolsa?

Fife le lanzó una mirada a Lyra, manteniendo una conversación en silencio.

—Bueno, no está aquí para dársela… —dijo Fife por fin. Le ofreció la bolsa a Red—. Tu capa.

Se estaban comportando de forma extraña para no ser nada más que una capa remendada, pero Red no tenía fuerzas suficientes para pensar demasiado en ello. Cogió la bolsa y se la echó al hombro sin mirar lo que había dentro.

—Gracias.

Otra mirada sin palabras entre Fife y Lyra.

—¿Está Eammon por ahí? —preguntó él mientras se giraba hacia el comedor y desaparecía bajo el arco.

—Luego lo buscamos. Probablemente esté otra vez traduciendo hasta quedarse bizco. —Lyra le lanzó una mirada amable a Red, una que le ofrecía su confianza en caso de que la necesitara—. Puedes venir con nosotros, si quieres. Voy a prepararle un té a Fife.

Red hizo una mueca que se asemejaba a una sonrisa, pero sacudió la cabeza.

—Gracias de todas formas. —Las mallas de Lyra estaban manchadas de tierra y sangre, y parecía que había limpiado el filo de su tor apresuradamente —. ¿Os habéis encontrado con algo?

—Alguna criatura de sombras. —Lyra soltó una carcajada, pero sin muchas fuerzas—. Menos mal que Fife estaba allí. Ha visto a una de ellas antes que yo y ha conseguido lanzarle un vial antes de que pudiera construirse un cuerpo.

—No sabía que él también iba de patrulla.

—No es exactamente patrullar, supongo. —La mujer se encogió de hombros y un brillo triste iluminó sus ojos oscuros—. Simplemente quiere ver si puede encontrar algún punto débil.

Como los habitantes de Confín, que intentaban huir de allí. Había demasiada gente atrapada en las redes del Bosque Salvaje, demasiada gente que quería escapar.

Red se mordisqueó la comisura del labio, pensando en la conversación que había escuchado sin querer el día del espejo, tras enterarse de la muerte de Isla. Eammon había dicho que Red podría marcharse si quería, pero que él, Fife y Lyra estaban demasiado vinculados al Bosque Salvaje como para que eso fuese una opción.

—¿Hay algún punto débil? ¿En serio?

Los viales de sangre que llevaba Lyra en la bolsa tintinearon cuando se movió para cambiar el peso de su cuerpo.

—¿La verdad? No lo creo. Al menos no en la frontera con Valleyda, y no lo suficientemente débiles como para dejarnos salir. El Bosque Salvaje nos tiene bien pillados. —Hizo una pausa—. No creo que Fife piense de verdad que va a encontrar algo. Pero ya sabes… La esperanza es como unas botas a las que no te llegas a acostumbrar: duele caminar con ellas, pero duele más aún ir descalza.

Red conocía bien la esperanza y el dolor que provocaba, igual que conocía el aroma del pelo de Neve o los dibujos de las cicatrices de Eammon.

—¿De verdad queréis encontrar un punto débil, si es que hay alguno? ¿Os iríais de aquí?

Había sonado engañosamente simple, teniendo en cuenta todos los matices que tenía aquella pregunta. Lyra parpadeó y sus largas pestañas le acariciaron las mejillas mientras suspiraba.

—No lo sé. El mundo… Ha pasado mucho tiempo desde que estuve allí, y sería todo muy diferente. ¿Quién sabe lo que nos ocurriría si salimos del bosque? Y no… No lo sé. —Se frotó el antebrazo—. La marca es lo que nos ata aquí, no las fronteras, así que incluso aunque encontráramos un punto débil, probablemente no serviría de nada. Pero si lo hiciéramos y el bosque nos dejara marchar… —Dejó caer la mano—. Si Fife se va, yo me iría con él. Seguiremos juntos, los dos.

El dolor en el pecho de Red se hizo más agudo.

La mujer esbozó otra sonrisa diminuta.

—La invitación para el té sigue en pie —dijo Lyra, girándose hacia el comedor para reunirse con Fife—. Avísame y obligaré a Fife a hornear algo también.

Red le dedicó una sonrisa poco entusiasta y se dirigió a las escaleras. Sus voces eran apenas un susurro mientras subía hacia la habitación, suya y de Eammon, cargando con la bolsa que contenía la capa remendada.

La cama estaba deshecha, tal como la había dejado. Se sentó en ella con un suspiro, dejó caer la bolsa y hundió la cara entre sus manos.

Debería marcharse. Ese era el plan, ¿no? Volver a Valleyda, detener a Neve y hacer lo poco que pudiera para que el Bosque Salvaje mantuviera su fuerza. Aun así, la idea de dejar solo a Eammon no le parecía bien. Puede que estuviera herida y enfadada —y triste, avergonzada y un montón de emociones más a las que no les podía ni poner nombre—, pero abandonarlo no parecía lo correcto, hacía que sintiera algo extraño y desgarrador dentro del pecho. No solo por lo que sentía por él, sino por el poder y la conexión que compartían, los lazos que los unían al bosque y al uno con el otro. Ella había nacido para estar en el Bosque Salvaje, y abandonarlo era como si la desgarraran, casi

físicamente.

Eammon no impediría que ninguno de ellos se marchara. Red lo sabía. Si ella pudiera ir a Valleyda y quedarse allí o si Lyra y Fife encontraran un punto débil en las defensas del bosque por el que pudieran escapar, Eammon los echaría de allí. Haría que se fueran todos mientras él se marchitaba en las sombras.

Estaba decidido a sufrir en soledad.

Red sacudió la cabeza y aflojó el cordel que cerraba la bolsa de Fife. Un destello dorado brilló entre la tela escarlata. Frunció el ceño y sacó la capa remendada de la bolsa, conteniendo la respiración.

La capa no estaba arreglada, la habían vuelto a hacer completamente.

Un bosque cambiante se extendía desde un hombro carmesí hasta el otro, bordado en hilo dorado: el verano a la izquierda, con los árboles frondosos; otoño e invierno en el centro, con las hojas cayendo, y una primavera floreciente en la parte derecha. Los árboles estaban tejidos en unos bucles complejos que iban desde las ramas hasta las raíces, donde se transformaban en la imagen de un lobo saltando hacia el dobladillo.

Red se apretó la boca con los nudillos hasta que pudo sentir los dientes que había detrás. Era una capa nupcial.

Era una antigua tradición de las bodas en Valleyda, una de la que nunca había pensado que formaría parte. La novia se ponía una capa bordada con imágenes de las tierras y propiedades de su esposo, un símbolo del nuevo hogar que construirían juntos. Por lo general, las capas nupciales eran blancas con el bordado en plata, pero la suya seguía siendo de color escarlata y el hilo era de oro, raro y valioso.

El símbolo de su sacrificio, convertido en algo que representaba la nueva vida que había construido. Un futuro cosido a partir de los jirones que le habían dejado.

Todavía sentía la boca hinchada por el beso de Eammon.

Se quitó la ropa y se envolvió con la capa. Sin preocuparse por el tiempo, por si era el anochecer, de día o medianoche, Red dejó que el calor de su capa nupcial y el aroma de las hojas y la biblioteca la arrullaran hasta que se quedó dormida.



Se despertó sola.

Adormilada, Red apartó la manta y la capa y se echó hacia atrás el pelo alborotado. Alguien había encendido el fuego, que ardía alegremente, pero la manta de Eammon seguía doblada entre la cama y la chimenea. Entrecerró los

ojos.

Si pensaba que podía evitar la despedida, estaba equivocado. Red no se iba a marchar en silencio. Le daban igual sus motivos, no podía besarla así —¡dos veces!— y esperar que se fuera sin hacer ruido.

Su ropa estaba tirada en un montón en el suelo. Se lo puso todo, y también las botas. Un instante después se pasó su nueva capa nupcial por encima de los hombros.

Había llegado a la mitad de las escaleras cuando las piernas le fallaron.

Una visión de hojas y espinas en la oscuridad la asaltó inmediatamente; esta vez la intrusión del bosque hizo que cayera de rodillas. Red soltó un grito ahogado y se apretó las sienes con los dedos mientras una magia de un verde intenso brotaba de su pecho y le recorría las venas.

La conexión entre ella y Eammon cobró vida con un destello, con más fuerza incluso que el día que había visto a Bormain.

Unas manos, otra vez. Ásperas y llenas de cicatrices, hundidas en la tierra. Las venas eran de color esmeralda y había corteza allí donde debería estar la piel. El bosque que había entre sus huesos se extendía hacia el que había en el exterior, porque aquel cuerpo ya había dado todo lo que tenía y la barrera entre hombre y bosque casi había desaparecido.

Su garganta —la garganta de Eammon— se atragantó con la tierra. Los centinelas crecían a su alrededor en un círculo perfecto, blancos y libres de putrefacción. Uno de ellos era más alto y tenía una extraña cicatriz rectangular a lo largo de su corteza, como si hubieran arrancado algo de allí. Y alrededor de sus raíces brillaba un revoltijo de…

La visión desapareció y Red volvió a ser consciente de su propio cuerpo. Sintió cómo el corazón le atravesaba las costillas.

Eammon había hecho… algo. Se había desangrado hasta que lo único que le quedaba era la magia.

Y el Bosque Salvaje estaba tomando el control.

Bajó resbalando por las escaleras sin pensar en buscar a Fife y Lyra. No había tiempo, no cuando Eammon estaba… deshaciéndose, desenredándose. Red abrió de un empujón la puerta de la fortaleza, corrió hacia el portón y apretó la mano contra el hierro. Se abrió nada más tocarla, como si ahora la reconociera.

No conocía el camino, pero sus pies parecían ir hacia Eammon, así que confió en su instinto. Red corrió a través del Bosque Salvaje, y tanto el latido de sus venas como la plegaria en su boca decían: «Aguanta, aguanta, aguanta».

Lo oyó antes de verlo. El bosque hacía resonar la respiración dificultosa de Eammon; los dos jadeaban en sincronía. Un círculo de árboles blancos apareció ante ella en un claro, con el Lobo en el centro. La luz violeta iluminó su espalda, azotada y ensangrentada. Era como si el mundo tuviera un moratón en forma de hombre.

—¡Eammon! —Su nombre salió de la boca de Red como un latigazo, pero él no pareció oírlo. Tenía la cabeza tan inclinada hacia delante que el pelo rozaba la tierra y sus brazos estaban hundidos en el suelo hasta el codo; el brillo de su sudor se reflejaba a la luz del crepúsculo. Los centinelas se encorvaban hacia él, buscándolo, necesitándolo. Lo veneraban, pero al mismo tiempo era su sacrificio.

Red se dejó caer de rodillas junto a él y le pasó las manos por el pelo con una ternura que contradecía su corazón acelerado y su respiración angustiada. No se molestó en pedirle una explicación. Lo tenía claro nada más ver sus venas de color esmeralda, los círculos de corteza que le cubrían los brazos y el blanco de los ojos, ahora completamente verde, alrededor de sus iris ambarinos. Los escasos vestigios de humanidad que había logrado mantener a lo largo de los siglos estaban desapareciendo mientras el bosque se adueñaba de Eammon, porque él era el único que podía controlarlo, y con uno solo ya no era suficiente.

«Debe haber dos». Aquel recuerdo resonó en su interior, pero parecía provenir de su fragmento de magia, más que de su propia mente.

—¿Qué puedo hacer? —El gruñido de Eammon anunció que iba a darle su respuesta habitual, pero, cuando Red le habló, lo hizo en un tono de súplica —. Y no me digas que nada.

—Es la única manera. —Unos trozos de sedimento cayeron del pelo de Eammon cuando sacudió la cabeza. Su voz resonó, grave y polifónica—. Es la única forma de contenerlo, si no quiero que te atrape.

Red le apretó los dedos contra las sienes y lo obligó a mirarla.

—No lo es. No voy a dejar que te aleje de mí, Eammon.

Una imagen dorada del Bosque Salvaje apareció en su campo de visión al tocar al Lobo, parecía que lo estuviera viendo todo dos veces. Eammon le había entregado todo lo que tenía, magia y sangre, pero el bosque necesitaba más. Estaba arrebatándole más.

Las venas verdes sobresalían en el cuello de Eammon y sus tendones parecían raíces rugosas.

—Tiene que ser así. —Su voz estaba más distorsionada, sonaba como el susurro de las hojas en el viento del otoño, y nunca la había oído con tanta fuerza—. O acaba conmigo o lo hará contigo.

—No estoy dispuesta a pagar ese precio. —Red le agarró la mandíbula y obligó a aquellos ojos envueltos en un halo verde a mirarla—. No pienso abandonarte aquí. No me abandones tú a mí tampoco, Eammon. ¡No te atrevas!

Él apretó los labios carnosos. Le sostuvo la mirada mientras aparecían unas hojas diminutas en los ángulos de sus ojos.

«Debe haber dos». Aquel recuerdo de nuevo. Un impulso.

Red colocó las manos alrededor de los hombros de Eammon, una extraña

evocación de su abrazo en la torre. Intentó atraer la magia que se enrollaba en su propio cuerpo, pero se escapó a su control. Lo que tenía dentro era un pequeño fragmento del Bosque Salvaje, y el Bosque Salvaje no quería obedecer.

A pesar de todas las partes de sí mismo que le había dado Eammon y de toda la sangre que había derramado…, aun así, no estaba satisfecho.

—No. —Red no se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que lo oyó salir de su boca, con los dientes apretados—. ¡No puedes llevártelo todo, por las sombras! ¿Primero las segundas hijas y ahora él? ¡Ellas no te pertenecían, y él tampoco! ¡Ninguno de nosotros eligió esto!

La voz de Red se había hecho cada vez más fuerte, hasta convertirse en un grito que resonó entre los árboles, fiero como el aullido de una bestia preparada para cazar. Y, en cuanto salió de su garganta, el Bosque Salvaje… paró. Algo inmenso y misterioso, una conciencia que apenas podía definirse como tal y que no obedecía a ningún código moral que Red conociera, se detuvo, se dirigió hacia ella y la observó.

Elección.

El Bosque Salvaje había hablado en una voz más baja que las otras veces que lo había oído Red, de forma más contemplativa. Cayeron un montón de hojas desde una rama que acababa de morir y bajaron ondeando hasta el suelo.

Red no tenía tiempo de pararse a analizar aquello, ni tampoco de ponerse a discutir con un bosque esperando que la entendiera. La magia de su interior se extendió hacia Eammon. El pequeño hilillo del poder de Red quería ir con él, reunirse con el resto del Bosque Salvaje que fluía hacia el interior del Lobo y lo reconstruía.

El bosque estaba volviendo a su origen. Se llevaría a Eammon y solo quedaría él en su lugar. Borraría la línea que separaba al hombre del bosque hasta que fuesen uno.

Pero para conseguirlo necesitaría reunir todas las partes de sí mismo, incluida la que vivía dentro de ella.

Red se aferró a su magia con todas las fuerzas que fue capaz de reunir, a aquel pedazo del Bosque Salvaje que había encontrado un nuevo hogar en su interior.

Y lo rompió.

Le dolió. Aquel poder le desgarró las venas como si se las hubiera atravesado con una espina, como si hubiera cogido un tallo y lo hubiera partido por la mitad. Y al Bosque Salvaje también le dolió: Red podía oírlo, un aullido con una voz hecha de hojas y ramas que vibraba en el interior de sus huesos. Sintió una punzada de culpabilidad en el estómago, una sensación amarga al haber dañado aquello que se suponía que debían salvar.

Por los reyes y las sombras, al final todo tenía que ver con la culpa.

Pero funcionó. Red tiró del fragmento de magia como si estuviera

intentando arrancar de raíz una mala hierba y canalizó el flujo de poder para evitar que llegara hasta Eammon. Era muy poco, pero con eso bastaba para que el bosque dejara de meterse dentro de él, para que siguiera siendo lo más humano posible.

El bosque luchaba contra ella. El dolor hacía que Red estuviera a punto de llorar, que sintiera que unas brasas le recorrían todas las venas del cuerpo. Pero aguantó y se negó a soltarlo, encerró aquel pedacito de bosque en su interior, igual que había hecho Eammon con el suyo durante todos aquellos años.

Y entonces se detuvo. Todo quedó en silencio durante un instante que parecía interminable.

El ambiente cambió. Incluso el propio bosque cambió: las raíces bajo sus pies se agitaron y las hojas empezaron a brillar.

Era el resultado de una comprensión inhumana. Algo que, por fin, había sido comprendido.

El pequeño fragmento del Bosque Salvaje en el interior de Red dejó de intentar escapar de allí y se acomodó en el hueco que había creado para él. No volvió a hablar, pero Red tenía una sensación extraña, como si se hubiera decidido algo.

Y, fuese lo que fuese, significaba que iba a dejar en paz a Eammon. Por ahora.

Poco a poco, el Lobo y el Bosque Salvaje dejaron de estar enredados, tanto como les era posible. Unas raíces salieron del interior de sus brazos y volvieron a la tierra, dejando tras ellas unos cortes sangrientos. Eammon se estremeció y empezó a toser tierra sobre las rodillas de Red. Los dos círculos de corteza que le rodeaban los brazos no dieron muestras de desaparecer: otro cambio permanente que le había dejado el bosque, como aquel par de centímetros de altura extra, como los hilillos verdes en el blanco de sus ojos.

Pero volvía a ser su Eammon.

Red se dejó caer a su lado y apoyó la frente contra la de él.

Un momento después, Eammon se apartó para cambiar de postura, aunque sus movimientos eran pesados y reticentes.

—¿Cómo me has encontrado?

—Una visión. —Las manos le temblaban, sin la piel del Lobo para calmarlas—. ¿Cómo ha ocurrido esto?

Eammon se puso en pie con las rodillas temblorosas.

—Los he sanado a todos.

Red tardó un instante en comprender lo que significaba aquello. Cuando lo hizo, abrió los ojos de par en par y apartó la mirada de su cara para fijarse en los cortes sin sangre y teñidos de verde que tenía en las palmas de las manos, en los brazos y en el pecho.

Todos los agujeros donde debían estar los centinelas habían desaparecido. Y cuando se había quedado sin sangre, había llamado al bosque, había

invocado su magia hasta que este había estado a punto de ocupar su lugar.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz ronca—. ¿Por qué narices has hecho eso?

Eammon no la miró.

—Para que cuando regreses a Valleyda no tengas ningún motivo para volver aquí.

El peso de la capa de Red le hundía los hombros como si estuviera llena de piedras.

—No —dijo ella, porque fue lo único que consiguió articular—. No, eso no tiene sentido. Tengo que volver, me nec…

—No te necesito. —Habría sonado frío si no le hubiera temblado la voz —. Estuve un siglo entero ocupándome del Bosque Salvaje yo solo y puedo volver a hacerlo. Puedo soportarlo sin rendirme. Puedo ser más fuerte.

Más fuerte que Ciaran. Más fuerte que el hombre que había empezado aquella cadena de muerte, raíces y putrefacción, al que el bosque había consumido cuando se había quedado solo.

—Le he dado lo que necesitaba. Me he cortado lo suficiente, más de lo que creía que podría soportar. Me basto yo solo. —Eammon dobló las manos. Los cortes no sangraban, únicamente rezumaban savia y sus bordes estaban teñidos de verde—. Esto demuestra que estaba siendo débil.

—¿Y qué pasará cuando vuelva a necesitar algo así? Eammon, ha estado a punto de atraparte, de absorberte, de convertirte en… —No sabía en qué había estado a punto de convertirlo. En algo que no era humano, aunque realmente nunca lo había sido, ¿verdad?

En un monstruo, quizás.

—Se las llevó —dijo él—. A todas las segundas hijas. A mí solo me perdonó porque sabía que necesitaba a alguien vivo. —Levantó la mano y dobló los dedos cubiertos de sangre y savia—. Sobreviviré, da igual lo que me haga.

—Para ya. No puedes…

—¡Aquí no hay nada para ti, Red! —Eammon se alzaba sobre ella como los árboles que los rodeaban, oculto por las sombras y con la mirada seria—. Tu hermana está llevándoselos centinelas para que puedas escapar, ¿no? Pues hazlo. Escapa. —Hizo un gesto cortando el aire mientras se daba la vuelta—. Líbrate de mí con la conciencia tranquila.

—¿Qué me libre de ti? ¿Eso es lo que crees que quiero? —Tragó saliva y luego tiró del borde de su capa, haciéndola girar para que la luz del crepúsculo iluminara el bordado en oro—. ¿O es lo que quieres tú?

Un músculo de la espalda de Eammon tembló bajo toda aquella tierra y la sangre que parecía savia. Miró la capa con un brillo profundo e indescifrable en los ojos y luego apartó la cara.

—Lo que yo quiera no importa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Red con la voz rota. Parecía una súplica, pero ya no tenía fuerzas para más.

«Aquí no hay nada para ti».

Eammon seguía mirando hacia los árboles, como si observarlos le ayudara a reafirmarse en su decisión.

—Estoy intentando —respondió él, como si fuese casi una plegaria— hacer lo que sea mejor para ti.

—Y una mierda. —Unas lágrimas de frustración le nublaban la vista. Red se las secó violentamente—. ¡Y una mierda! Tú no vas a decidir lo que es mejor para mí, Eammon.

El Lobo se estremeció.

—¿Por qué? —La voz de Red temblaba. Era una pregunta que llevaba semanas haciéndose—. ¿Por qué insistes en estar solo cuando me tienes aquí mismo?

Él respondió en voz baja:

—Estar solo es más seguro para los dos.

—No puedes…

—¡Fui yo quien las mató!

Lo había dicho rugiendo mientras le enseñaba unos dientes que parecían de lobo. Se había girado como un depredador. Por instinto, Red dio un paso atrás.

—El Bosque Salvaje consumió a las demás porque no conseguí retenerlo. —Cada línea de su cuerpo reflejaba su ferocidad, pero no podía esconder sus ojos: tenía la mirada perdida y vacía, y había cierto alivio en ella al ver que Red se había apartado—. Me permití ser débil. Compartí mi carga y eso las mató. Que las sombras me lleven si permito que te ocurra lo mismo.

Red sacudió la cabeza lentamente de un lado para otro, afligida.

Eammon llevó la mano hacia una masa blanca que brillaba al pie del centinela alto con la corteza rota. Era lo que Red había visto en la visión cuando había mirado a través de sus ojos, aquello que había tenido demasiado miedo de examinar de cerca. Ahora siguió con la vista la mano de Eammon y fue imposible no reconocer las formas.

Huesos. Eran huesos metidos entre las raíces y las enredaderas. Tres cajas torácicas, tres calaveras y un montón desordenado de otros huesos que no sabía cómo se llamaban.

Era lo único que quedaba de las segundas hijas.

Eammon habló con una voz ronca:

—¿Seguro que no quieres escapar, Red?



CAPÍTULO VEINTICUATRO

El aire se le escapaba, era demasiado insustancial como para mantenerlo en los pulmones. Red abría y cerraba las manos, agarrando la capa. Eammon le había contado lo que le había ocurrido a las demás, a Kaldenore, a Sayetha y a Merra, pero al verlo con sus propios ojos sintió un escalofrío, una punzada de miedo que le recorría las sienes y le bajaba por la espalda.

Eammon se giró, sus hombros eran como montañas encorvadas.

—Vete. —Se pasó una mano cansada por la cara y se la manchó de sangre—. Por favor, vete.

—No. —Red cogió la mano de Eammon y entrelazó con fuerza sus dedos con los de él, juntando sus palmas y desafiándolo a apartarse de ella—. Cuéntame lo que les ocurrió. Con detalle, nada de respuestas a medias. —Le clavó las uñas en la piel y pensó en las leyendas, en cómo servían para convertir historias terribles en algo más fácil de soportar—. Cuéntame su historia, Eammon.

Eso hizo que se tensara aún más. Apretó la mandíbula y apartó la mirada hacia el Bosque Salvaje, que lo esperaba al otro lado del claro.

—Ya te lo advertí. Ninguno de estos cuentos tiene un final feliz.

—No me importan los finales felices, me importas tú.

La respiración de Eammon traqueteaba cada vez que cogía y soltaba el aire. Red pensó que se apartaría, pero, en vez de eso, relajó la mano sobre la suya, como si no tuviera fuerzas para resistirse. Cuando habló por fin, sus palabras formaban nubes de vaho y tenían la cadencia lenta y calculada de un relato contado de memoria.

—Ya llevaba diez años siendo el Lobo cuando llegó Kaldenore. Para entonces ya había averiguado cómo utilizar la sangre para mantener al bosque más o menos tranquilo cuando… cuando quería más de lo que yo estaba dispuesto a darle. Fife y Lyra me dieron la idea. —Miró hacia la línea de los árboles, lejos de Red, pero el recuerdo de la terrible muerte de Ciaran todavía hacía que se le tensaran los hombros—. No sabía qué hacer, al menos al principio. Luego recordé lo que le había oído decir a Ciaran, y Kaldenore me enseñó su marca y me dijo que la había atraído hacia el norte. —La vergüenza hizo que bajara la voz y que inclinara aún más la cabeza, dejando que el pelo negro le tapara la cara—. Debería haberla enviado de vuelta, pero el Bosque Salvaje… ya la había atrapado. Se había enredado en su interior en cuanto cruzó la frontera.

La espina que se había clavado en su mejilla, la gota de sangre, los centinelas con colmillos que la perseguían a través de la niebla…

—Lo mismo que intentó hacerme a mí.

Eammon asintió con la cabeza.

—Entonces no sabía cómo detenerlo.

Con ella sí lo había conseguido. Había encadenado al bosque con un gran esfuerzo que requería toda su concentración para poder mantener a aquella cosa amarrada.

Oyeron el crujido de las hojas a su alrededor, casi parecía un suspiro.

—Kaldenore no duró demasiado —dijo con voz ronca, apenas un murmullo en el aire helado—. El Bosque Salvaje estaba desesperado. La consumió rápidamente.

—Y cuando lo hizo —murmuró Red—, volviste a quedarte solo con él.

—Volví a quedarme solo con él —repitió. La amargura teñía su voz. Amargura, vergüenza y cansancio—. Todavía no entendía del todo lo que había ocurrido, realmente. Pero entonces empecé a atar cabos: el pacto, cómo habían elegido las palabras para que siempre hubiera un Guardián, incluso aunque Ciaran y Gaya hubieran muerto. Para que continuara el legado.

Pronunció sus nombres rápidamente, pero lo hizo a propósito. Era mejor eso que permitir que se le quebrara la voz.

—Después de aquello, empecé a experimentar. A darle más sangre al bosque, a utilizar más su magia. Intenté ocuparme yo solo. Pero entonces llegó Sayetha.

Los dedos de Red se estremecieron, una punzada de compasión irreal por una mujer a la que no había conocido. La hermana enfermiza de Kaldenore solo había reinado durante un año antes de morir sin descendencia, y Aida Thoriden, la hija mayor de la siguiente dinastía en la línea de sucesión, ya tenía una hija cuando había ascendido al trono. La reina Aida se había enterado de que estaba embarazada de Sayetha unas semanas después de su coronación.

—Intenté evitar que le ocurriera lo mismo que a Kaldenore. —La voz de Eammon era apenas un susurro, solo se podía escuchar gracias al silencio del bosque a su alrededor—. Pero no fui lo suficientemente fuerte. El Bosque Salvaje acabó por consumirla a ella también.

Una segunda caja torácica, una segunda calavera. Red notó un sabor cobrizo; se había mordido el labio con demasiada fuerza.

Eammon seguía de cara a los árboles, seguía sin mirarla. La tierra manchaba la piel ensangrentada de sus brazos, casi delicada bajo aquella luz tenue.

—Después de Sayetha, hice todo lo que estuvo en mi mano y estudié todo lo que pude para intentar evitar que el bosque llamara a más segundas hijas, o al menos para evitar que las matara cuando llegaran. Más adelante vino Merra, pero conseguí mantener al bosque alejado de ella. Durante un tiempo.

La muerte se amontonaba alrededor del Lobo, los cadáveres de aquellas a las que no había podido salvar. Aquellas a las que había destrozado un Bosque Salvaje desesperado y concentrado únicamente en su propia supervivencia, en la misión que tenía ante él y en la fuerza que necesitaba para llevarla a cabo.

Red quería gritarle al bosque. Quería darles patadas a los centinelas hasta dejarlos llenos de sangre; quería prenderles fuego hasta acabar con todos ellos.

—Fue culpa mía, me confié demasiado. —Eammon sacudió la cabeza y una nube de polvo se esparció sobre sus hombros desnudos y llenos de sudor—. Dejé de concentrarme cuando Merra ya llevaba un tiempo aquí. Ella vivía su vida y yo la mía, teníamos una relación amistosa pero distante. Pensé que con eso bastaría. Que quizás el Bosque Salvaje se contentaría solo con su presencia y mi sangre. Pero no lo hizo. —Su voz sonaba como un gruñido—. Solo estaba esperando a que me descuidara.

Cuando se habían besado en la torre, apretando sus cuerpos de aquella forma tan desesperada, el Bosque Salvaje había visto una oportunidad. Se había colado por las ventanas, acercándose lentamente a ella. Y Eammon se había dado cuenta y se había apartado de Red, sabiendo que, por mucho que se desearan, nunca podrían hacer nada al respecto. Porque sería una distracción y lo apartaría de su tarea incesante de mantener encadenado al Bosque Salvaje. Porque acercarse a ella también significaba que ella estaría más cerca de aquel bosque hambriento.

Todo lo que tenía Eammon se lo entregaba a aquel lugar. Su propia existencia, hasta sus huesos y su sangre. Cada parte de su vida estaba enfocada a asegurarse de que no volvería a descuidarse.

Enfocada a mantener a Red a salvo de aquello que tanto le había arrebatado.

—Fue a por Merra y ella no pudo soportarlo. —Seguía hablando con la cadencia de un cuento, como si así pudiera mantenerse a cierta distancia de su propia historia—. Intentó… arrancárselo. Murió antes de que yo pudiera

detenerla.

La tercera calavera. La tercera caja torácica. El tercer montón de huesos del que se alimentaban las enredaderas y los árboles blancos.

—¿Arrancárselo? —La pregunta de Red fue apenas un susurro, en voz baja y temblorosa.

Aquello hizo que Eammon se girara por fin. La miró con ferocidad, con aquellos ojos verdes y ambarinos y la cara manchada.

—A ti no te pasará lo mismo. No se lo permitiré.

Pero Red no podía dejar las cosas así. No mientras veía aquellos huesos por el rabillo del ojo, mientras notaba la sangre pegajosa de Eammon en sus dedos. No podía hacerlo después de que le hubiera tocado una fibra sensible en el corazón y la hubiera hecho vibrar a una frecuencia que casi le resultaba familiar.

—Cuéntame lo que les hace —susurró Red, aunque ya sabía la respuesta. Un hombre moribundo y un cuerpo cubierto de raíces: aquella era la leyenda que pendía sobre sus cabezas—. Por favor.

Eammon soltó con suavidad la mano que sujetaba Red y se la pasó por la cara, apartando la mirada como si estuviera buscando respuestas en aquel cielo sin estrellas.

—No es algo inmediato. El Bosque Salvaje no pretende matarte.

Alrededor del claro, los centinelas blancos se alzaban inmóviles, en silencio. Escuchando. Aquella decisión tomada por una mente inhumana e incomprensible estaba tomando forma.

—El bosque necesita un pilar. —Eammon cruzó los brazos, ocultando los nuevos brazaletes de corteza que tenía en las muñecas—. Eso es lo que busca.

Un pilar. Una semilla viva, un punto de origen desde el que poder brotar. Eammon soportando todo aquello él solo.

«Debe haber dos».

Las palmas de las manos de Red anhelaban volver a tocarlo, encontrarse con la fricción de su piel.

—Un pilar —repitió ella—, eso es lo que eres para él. Pero el bosque necesita algo más. Y tú también necesitas…

—Para, Red. —Sus palabras atravesaron el aire, frías y cortantes como el filo de un cuchillo—. Déjalo. Esto no es para ti. —Soltó un suspiro cansado. Volvió a pasarse la mano ensangrentada por la cara—. Nada de esto debería ser para ti.

—¿Por qué no? —Su voz temblaba, llena de rabia, de desconcierto, de algo más—. ¿Quieres que te deje aquí, sin más? ¿Que vuelva a Valleyda y me olvide de todo esto? ¿Que te abandone para que puedas desangrarte aquí, hasta que ya no quede nada de ti y te conviertas en… lo que sea que quiere convertirte el bosque? ¿Y qué pasará después, si ya no puedes mantener cerradas las Tierras Sombrías cuando te lo arrebate todo? ¿Cómo crees que acabará esto,

Eammon?

—No lo sé —dijo en voz baja. Su delicadeza siempre contrastaba con las palabras afiladas de Red—. No sé cómo acabará todo, y ya casi ni me importa. Pero así al menos sabré que he intentado mantenerte a salvo. Sabré que he hecho todo lo posible para evitar que te hundieras conmigo.

—Actúas como si esto fuese un castigo. Tú no elegiste nada de esto, y yo tampoco. No es culpa tuya.

—Es culpa mía que tú estés aquí. Es culpa mía que murieran. No fui lo suficientemente fuerte, así que el Bosque Salvaje siguió llamando a las segundas hijas. Siguió devorándolas. —Lo dijo sin alterarse, como si estuviera recitando unos hechos objetivos, pero seguía teniendo un brillo ardiente en la mirada y no paraba de apretar los puños, como si quisiera ocultar las cicatrices de sus palmas.

Así que Red le cogió las manos. Entrelazó sus dedos con los de él y los sujetó con fuerza hasta que se le pusieron blancos los nudillos, hasta que pudo sentir las cicatrices de Eammon apretándose contra su piel como el patrón de un encaje.

—No me va a matar —le susurró—. Y tampoco dejaré que te mate a ti.

Aquella declaración estuvo a punto de ponerle nombre a lo que había entre ellos. Pero ese nombre era demasiado grande y frágil, era algo que podría destrozarlos si lo admitían en aquel momento.

—Estoy intentando protegerte —murmuró Eammon—. Red, dejaría arder el mundo entero antes que hacerte daño.

—Lo que me haría daño es abandonarte aquí. —Era una plegaria y una confesión—. Me haría daño dejarte solo.

Eammon suspiró, agitado. Red tiró de sus manos, llenas de sangre y cicatrices.

—Vámonos a casa.



Volvieron caminando en silencio con las manos firmemente entrelazadas, casi selladas por la savia y la sangre. El Bosque Salvaje se mantuvo en silencio; se había quedado inmóvil de un modo que no parecía natural. Red todavía tenía la sensación de que había una conciencia lenta y misteriosa revolviéndose en lo más profundo del bosque, pensando en lo que había oído, en lo que había visto.

Elección.

Red creyó oír la palabra otra vez, susurrada desde los matorrales y las enramadas, pero no cayó ninguna hoja ni tampoco se marchitó el musgo. Era

como si el Bosque Salvaje se lo hubiera susurrado al hilillo de magia que llevaba dentro para que solo ella pudiera oírlo.

Cuando llegaron a la fortaleza, Red subió las escaleras hacia su habitación mientras Eammon la rodeaba con el brazo. Le ofrecía el poco apoyo que podía, teniendo en cuenta que su cabeza le llegaba a él por los hombros. Lo guio hacia la cama, a pesar de sus quejidos de protesta.

—La necesitas tú más que yo.

Eammon la miró con los ojos tapados por el flequillo y una mueca difícil de interpretar en su boca.

Red quería apartarle la mirada con un beso. No lo hizo.

Se echó la capa por encima cuando se estiró en el suelo. Pasó los dedos por el bordado, por los lobos dorados enredados en las raíces de los árboles cerca del dobladillo.

—Es preciosa.

Eammon permaneció callado tanto tiempo que Red se preguntó si ya se habría quedado dormido.

—Espero que no te importe —dijo por fin—. Si quieres volver a tener la capa sin adornos, Asheyla puede…

—No —dijo, feroz e indiscutible—. Es perfecta.

Hubo otra pausa.

—Te mereces tener una capa nupcial de verdad —murmuró Eammon en la penumbra iluminada por las brasas—. Aunque lo nuestro solo sea un rito de enlace.

Red notó cómo el calor le subía por los dedos y se acurrucaba en su vientre.

—Es tan válido como un matrimonio, según me dijiste.

Había una pregunta en sus palabras, una que recordaba bocas, manos y otras formas de sellar un matrimonio. Cosas que él nunca dejaría que ocurrieran, porque lo distraerían de su misión de mantener a raya al Bosque Salvaje, y aquello sería el fin para los dos.

Eammon respiró hondo. Había entendido lo que quería decir. Quizás había sido cruel al decírselo, al dejar que la pasión impregnara su voz. Pero Eammon había tenido dudas sobre si Red iba a regresar; necesitaba que supiera que lo haría. Que no importaba si podía o no corresponder a su deseo, ella siempre volvería.

—Es igual de válido. —Eammon tenía la voz cansada.

Red no estaba segura de cuánto tiempo pasaron tumbados mirando al techo, dolorosamente conscientes del cuerpo del otro. Cuando por fin se quedó dormida, tuvo unos sueños apasionados.



Interludio en Valleyda VII

La luz del sol de los jardines le hacía daño en los ojos, después de haber pasado tanto tiempo en el santuario. Sin pensar, Neve levantó una mano para taparse la cara. Tenía una mancha de sangre en la mejilla; el último corte que se había hecho le dolía, aunque era un dolor soportable.

Maldijo y se limpió la sangre, luego se miró la palma de la mano. Había tenido cuidado de cortarse en zonas diferentes cada vez, unos cortes finos y precisos hechos con la daga de Kiri. Nunca parecían curarse del todo.

Robar pedazos del Bosque Salvaje era un trabajo sucio. Derramar su sangre sobre las ramas atraía hacia allí el resto del árbol de donde habían sido cortadas, hacía que desaparecieran del bosque para aparecer en su lugar en la caverna del santuario. Aparecían invertidos de una forma extraña, como si se resistieran, pero acababan llegando. Ya había por lo menos una docena, un bosque antinatural, encerrado en la cueva, que crecía sobre la piedra y al que había que regar con sangre.

Y quien la ofrecía recibía a cambio la magia, fría y afilada como unas dagas de hielo. Magia de las Tierras Sombrías que dejaba escarcha en los dedos y oscurecía las venas. Se sentía como si el invierno se arrastrara entre tus huesos.

Una magia que Neve había dejado de negarse.

Se había resistido durante un tiempo. Aquel poder extraño nunca había sido su objetivo, a Neve solo le importaba debilitar la prisión de su hermana y encontrar una forma de que regresara. Pero, cuanta más sangre derramaba, más le atraía aquel poder, sombrío y tentador. Le prometía poder tener el control, aunque solo fuese sobre aquello.

Después de todo, no había logrado que Red huyera, y ahora tampoco podía liberarla del Bosque Salvaje, pero al menos podía obtener cierto poder de él. Era algo que estaba en su mano, y cuanto más tiempo pasaba, más estúpido le parecía no aprovecharlo.

Con solo tocarla, Neve podía marchitar una flor. Con un capirotazo podía hacer que una hoja verde pasara a ser marrón, y algunas veces las sombras parecían alargarse cuando se acercaba a ellas, como si estuvieran esperando sus órdenes. El rastro sutil de oscuridad en sus venas tardaba más en desaparecer cada vez que utilizaba la magia.

Y Red seguía desaparecida.

Neve había apostado a unos guardias en el pueblo más cercano a la frontera para que aguardaran su regreso. Kiri había dicho que tenían que ser prudentes, que, incluso aunque el vínculo que mantenía a Red unida al Bosque Salvaje se debilitara lo suficiente como para dejarla escapar, era posible que no le permitiera liberarse por completo, y que no habría forma de saber los cambios que le habría producido. Pero no había aparecido nadie en la frontera de los árboles.

Frunciendo el ceño, Neve hizo un gesto hacia un arbusto verde que había en el camino. Sintió frío en la punta de los dedos, y sus venas corrían negras como la tinta. Una hoja se arrugó, marrón y quebradiza, antes de caer en el camino.

Kiri salió de las sombras del santuario con un brillo ansioso en sus ojos azules mientras se envolvía con habilidad su mano sangrante. Siempre se hacía cortes profundos y entregaba más sangre de la necesaria. Neve no creía que obtuviera más magia que los demás; simplemente pensaba que a Kiri le gustaba cortarse las venas.

Otras sacerdotisas salieron poco a poco al jardín tras Kiri, vendándose sus propias heridas. Alrededor del cuello, cada una llevaba un colgante con un fragmento de corteza blanca manchada por una sombra sutil.

La nueva suma sacerdotisa estiró los dedos manchados de un color cobrizo y rozó el colgante a juego que llevaba al cuello. Cerró los ojos un instante, un breve momento de calma antes de volver a abrirlos. Una sonrisa débil se dibujó en su cara; no había rastro de dolor, era una de esas sonrisas que solo mostraba cuando derramaba sangre fresca.

El colgante de Neve seguía guardado en el cajón de su escritorio. No lo había vuelto a tocar desde el día que lo había manchado accidentalmente con su sangre, cuando había tenido aquella sensación abrumadora de que alguien la estaba observando. Al principio Kiri parecía haberse enfadado por aquella rebeldía silenciosa, pero no había insistido. Arick, quien, por algún motivo que Neve desconocía, nunca había recibido uno de aquellos colgantes extraños, parecía casi… aliviado.

Pero las otras sacerdotisas todavía llevaban puestos los suyos, todos ellos

fabricados por Kiri tras la primera ofrenda de sangre de cada una, cuando habían utilizado la magia de las Tierras Sombrías por primera vez. Neve no sabía de dónde sacaba la madera, pero no era de ninguno de los árboles que ahora llenaban el santuario. No se lo preguntó.

Las noticias sobre los cambios en la Orden se habían extendido poco a poco por el continente. No los detalles concretos, sino que estaban haciendo algo más para liberar a los reyes, aparte de enviar a las segundas hijas, que las velas del santuario habían pasado de ser de un color escarlata a un gris sombrío. Neve se había preparado para las críticas, pero Kiri había estado en lo cierto: en los demás templos habrían obedecido cualquier cosa que decidieran en Valleyda, sobre todo tras extenderse los rumores de lo que habían hecho en el puerto de Floriane.

En ninguno de ellos conocían el alcance de lo que estaban haciendo allí —Neve ni siquiera sabía cómo podría empezar a explicarlo—, pero algunas sacerdotisas de otros países habían tenido la curiosidad suficiente como para viajar hasta Valleyda para ser parte de aquel movimiento. La Orden todavía era más pequeña de lo que lo había sido antes de desterrar a Rylt a las disidentes, pero iba creciendo a un ritmo lento y constante.

Una de las sacerdotisas que salieron del santuario llevaba una copa manchada de sangre: la contribución diaria de Arick. Neve nunca había pensado que fuese aprensivo, pero últimamente o bien enviaba su ofrenda mediante una sacerdotisa, o bien llevaba la copa él mismo, en lugar de ofrecer su sacrificio directamente desde sus venas. Aun así, funcionaba. La sangre era sangre, y la de Arick era la que había despertado aquellos fragmentos de ramas en primer lugar, la que les había permitido sacar a los árboles blancos del bosque.

—El consorte electo llegará pronto para recibir a las nuevas visitantes —dijo Kiri cuando llegó a la altura de Neve—. ¿Tienes pensado quedarte?

No. Se dirigía a la guarnición, donde preguntaría a Noruscan, el capitán de su guardia, si había recibido noticias del Bosque Salvaje. Kiri ya lo sabía. Aun así, le había preguntado, como si estuviera desafiando a Neve a darle una respuesta distinta.

—Voy a retirarme por hoy. —Neve se giró y avanzó por el camino—. Dile a Arick que se reúna conmigo en mis aposentos cuando acabéis.

Necesitaba hablar con él. Arick también estaba siendo cauteloso con el asunto de Red de una manera inusual: había advertido a Neve de que la mujer que volviera podría no ser la misma que habían perdido, de que los vínculos con el Bosque Salvaje eran difíciles de desentrañar. La forma en la que hablaba de ella era casi fría. Hacía que Neve se preguntara por qué hacía todo aquello… A veces, cuando tenía fuerzas suficientes para preguntarse esas cosas. Pero Red y Arick siempre habían tenido una relación complicada. Los hilos que los unían a todos ellos estaban tejidos con unos nudos difíciles de

deshacer.

Ya había llegado a la mitad del camino cuando Kiri volvió a hablar:

—Te hemos hecho reina por varios motivos, Neveriah. Parece que solo piensas en uno de ellos.

Neve vaciló; luego se detuvo.

—No ha sido solo para traer de vuelta a Redarys. —La voz de Kiri sonó más brusca cuando pronunció el nombre de Red—. Tampoco para vengarnos del Lobo, sino para recuperar a nuestros dioses. Empieza a preocuparme que puedas flaquear a la hora de cumplir tu misión si tu hermana reaparece.

¿Lo haría? Neve no lo sabía. Pero la fría magia que se retorcía en las palmas de sus manos le ofrecía consuelo, y también seguridad y control, y sería difícil renunciar a aquello.

—Eso no ocurrirá.

—De verdad que espero que así sea. —Hizo una pausa y luego bajó la voz —. Quizás nos apresuramos demasiado a la hora de preparar tu reinado. De crearte a ti.

Aquellas palabras le hicieron recordar una idea que ya había tenido antes, la de algo oscuro en una habitación oscura que Neve se esforzaba por mantener cerrada. La acechaba desde lo más profundo de su mente cuando no podía dormir, era la sombra de un pensamiento que no la dejaba tranquila.

Así que Neve no pensó. En lugar de eso, se acercó a la sacerdotisa a grandes zancadas. Tocó el brazo de Kiri y liberó todo aquel poder extraño y oscuro.

La primera vez había sido un accidente. Había tocado el dorso de la mano de Arick para pedirle que le pasara el vino. Un chispazo frío había estallado entre ellos al reconocerse como iguales. Había sido suficiente para hacerle gritar.

Neve había intentado pedirle perdón. Arick había sacudido la cabeza.

—No hay nada que perdonar. —Sus dedos se habían estremecido alrededor del pie de su copa de vino—. Te has adaptado a esto de una forma que no me habría imaginado, Neveriah.

Inexplicablemente, sus mejillas se habían sonrojado. Neve se había girado hacia su propia copa, pero había notado la mirada de Arick sobre ella, sus ojos brillando con una emoción que no podía interpretar.

Esta vez había liberado la magia con intención de hacer daño. Y el bufido entre dientes de Kiri le dijo que lo había conseguido.

—Tú no me has creado. —Neve dobló los dedos como si fueran garras. La escarcha le cubría las palmas de las manos y tenía las venas negras como la tinta—. No me importa todo lo demás que hayas hecho, a mí no me has creado.

Kiri entrecerró sus ojos azules.

—Fui yo quien te dio el poder, Neveriah. Que no se te olvide.

—Solo me enseñaste dónde estaba, lo cogí yo misma. —Neve apretó con más fuerza—. A mí nadie me ha regalado nada, lo he tenido que coger todo por mi cuenta.

Soltó el brazo de la sacerdotisa. Dejó tras ella la huella azulada de una mano que parecía una herida por congelación.

Kiri se tapó la marca con la otra mano.

—No te arriesgues a coger demasiado…, majestad —murmuró—. Esto es más importante que tú. Más importante que tu hermana. E incluso aunque consiga regresar, estará unida al Bosque Salvaje de formas que no eres capaz de comprender. Si quieres que vuelva por completo, me necesitas.

La reina sintió un escalofrío en la espalda, sabía que Kiri tenía razón.

—Ya lo veremos. —Neve giró bruscamente sobre sus talones, se puso la capucha de su capa negra y dejó atrás a la suma sacerdotisa.

La guarnición estaba casi vacía. La mitad de sus soldados estaban en Floriane, protegiéndola de la eterna amenaza de una revuelta, y otros estaban en la frontera con el Bosque Salvaje, buscando cualquier señal del regreso de Red. Probablemente fuese una estupidez dejar la capital tan desprotegida.

Neve flexionó las manos. La hierba que crecía en las grietas entre los adoquines se marchitó mientras la escarcha cubría sus dedos. Quizás no estuviera tan desprotegida, después de todo.

Noruscan la esperaba cerca de la puerta, como siempre. Neve levantó la vista hacia él desde debajo de la capucha. No se había esforzado mucho en ocultarse, pero era suficiente para un viaje tan corto.

—¿Hay noticias?

—Hoy no, majestad. —Había un deje de alivio en su voz, y eso hizo que Neve apretara los dientes. Los soldados siempre habían temido a Red, la veían más como una reliquia que como a una chica, era la prueba de que el mundo era más amplio y terrorífico de lo que les gustaría. Y ahora era Neve a quien temían, por el mismo motivo.

A una parte de ella le gustaba.

—Cuando vuelva —dijo la reina, un eco de lo que siempre respondía—, llevadla conmigo.

El comandante asintió, como hacía siempre.

Ya había completado su tarea, así que Neve se dirigió a sus aposentos. No se había mudado cuando la habían nombrado reina; dormir en el sitio donde había muerto su madre no le parecía apropiado. La cena la estaba esperando en un carrito delante de su escritorio. Las pocas veces que comía, lo hacía allí.

Había alguien más esperándola. Tenía los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada.

Raffe.

El pulso de Neve se aceleró. No recordaba cuándo lo había visto por última vez. Los últimos días eran una mezcla borrosa de sangre y

planificación, de poca comida y aún menos horas de sueño. Se llevó las manos al pelo y a los hoyuelos de sus mejillas. Últimamente no pasaba demasiado tiempo mirándose en el espejo, pero sabía que no tenía buen aspecto. No se había preocupado por ello hasta ahora.

—Perdona que haya entrado sin avisar —dijo Raffe, todavía mirándose las manos.

—Puedes entrar cuando quieras. —Apretó la espalda contra la puerta y se enderezó al sentir la oleada de emociones que le había provocado verlo: pena, excitación, vergüenza.

Se quedaron así, paralizados en esquinas opuestas. Ninguno de los dos sabía cómo recorrer el espacio que había entre ellos.

Raffe se puso en pie y soltó un suspiro tan profundo que alguien podría haberse ahogado en él. Se fijó en la palma cortada de Neve y luego apartó la mirada.

—¿Has vuelto a pasar el rato en el santuario?

Neve cerró la mano en un puño. Los bordes del corte le ardían.

—Asuntos de la Orden.

Raffe respondió con un gruñido leve. Con cautela, como si pensara que iba a rechazarlo, dio un paso hacia ella. Cuando vio que no se oponía, se acercó más y la cogió de la mano.

Le inclinó la palma a un lado y a otro, aunque los dos sabían que no podía ver nada en aquella penumbra. Era solo una excusa para tocarla.

—Estoy preocupado por ti —murmuró él.

Y Neve no lo ponía en duda. No podía pedirle que no lo hiciera, ni tampoco fingir que no había nada por lo que preocuparse.

Así que, en lugar de eso, lo besó. Porque, por los reyes y las sombras, quizás así algo podría salir como ella quería, aunque fuese solo durante un instante.

Raffe nunca hacía nada a medias, y besar no era una excepción. Para cuando se apartó de ella, dejando que volvieran los miedos y las dudas, Neve estaba sin aliento, con el pelo alborotado y los labios hinchados.

Raffe apoyó su frente contra la de ella.

—Sea lo que sea lo que has hecho —susurró—, no es demasiado tarde para deshacerlo.

—No puedo. —¿Había pensado en deshacerlo? Quizás en mitad de la noche, cuando la oscuridad de los pensamientos indeseados era demasiado grande como para poder ignorarla—. Raffe, tengo que hacer esto. Si puedo liberar a Red…

—Red ya no está aquí. —Aquel susurro había sonado violento. Neve apretó su frente con más fuerza, como si así pudiera ahogar el sonido—. No puedes traerla de vuelta. Se ha ido.

La muchacha clavó los dedos en la espalda de Raffe y lo volvió a besar sin

delicadeza. Un beso para poder soportar todo aquello. Por un instante, él dejó que lo hiciera, pero luego se apartó mientras le pasaba los dedos por el pelo.

—Neve. —Se separó lo suficiente como para poder mirarla a los ojos—. No hay nada que puedas hacer para que deje de amarte, da igual lo terrible que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Aquella palabra le golpeó el corazón con un ruido sordo, pesado y liviano al mismo tiempo. Era la primera vez que se lo decía, y lo hacía en mitad de aquella tragedia.

Recordó las palabras que le había dicho Kiri en el jardín: «Quizás nos apresuramos demasiado al dar forma a tu reinado».

Cuando Neve habló, fue un sonido casi imperceptible:

—¿Qué crees que he hecho, Raffe?

—Siempre elijo el peor momento, ¿verdad?

Raffe la soltó y se apartó de ella como si fuese una brasa que podía quemarlo. Neve se giró como un torbellino, con un nudo en el estómago por los nervios y por una culpa inexplicable.

Arick estaba en la puerta, sonriendo sin ninguna amabilidad.

Lo que había en sus ojos no era exactamente rabia, pero tenían un brillo extraño cuando pasó la mirada de Neve a Raffe.

—Me alegro de encontrarte aquí, Raffe. Tenía ganas de hablar contigo.

—Hace tiempo que no nos vemos. —Levantó la barbilla—. Has estado ocupado.

—Los dos lo hemos estado. —Arick inclinó la cabeza hacia Neve, indicando quién era la otra mitad de «los dos»—. Muy amable por tu parte que hayas ayudado a tu reina a relajarse.

La luz de la luna se reflejaba en los dientes descubiertos de Raffe, pero fue Neve quien dio un paso adelante.

—Arick. Para.

Arick se detuvo a mitad de una zancada y en su cara apareció un destello fugaz de sorpresa. El brillo de la luna bañaba sus ojos con un extraño tono azul.

—Mis disculpas.

Hubo un silencio tenso. ¿Desde cuándo era todo de aquella manera entre ellos tres, furtivo, secreto y hostil, cuando antes había sido tan sencillo?

Neve tragó saliva como si tuviera la garganta llena de cuchillas.

—Has dicho que querías hablar conmigo —dijo Raffe por fin—. Pues habla.

La sonrisa de Arick era despreocupada, pero tenía una mirada astuta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Un segundo de sorpresa, luego Raffe suspiró.

—Mira, entiendo que Neve y tú…

—No me refiero a eso. —No sonaba del todo cierto, como si hubiera

algún sentimiento reprimido que tuviera que ver con el beso que acababa de interrumpir, pero Arick no iba a abordar ese tema—. ¿Qué haces en Valleyda, Raffe?

Raffe entrecerró los ojos.

—Ya hace años que sabes todo lo que hay que saber sobre rutas comerciales. Tu familia está deseando que vuelvas a casa. —Arick se encogió de hombros—. ¿No quieres verlos?

Al principio no hubo respuesta, Raffe paseó la mirada entre Arick y Neve.

—Claro que quiero —respondió en voz baja—. Pero quería estar aquí para Neve, después de… de todo.

—Desde luego, has estado ahí. —Arick estaba muy cambiado últimamente, pero los tres se conocían desde hacía lo suficiente como para que Neve reconociera su dolor al oír aquello.

Neve le lanzó una mirada desconcertada. La luz de la luna bañaba a Arick y no dejaba ver su sombra; parecía estar casi tan sorprendido por aquel dolor como ella.

Raffe miró a Neve y tragó saliva con dificultad.

—Hablaremos más tarde. Recuerda lo que te he dicho, Neve. —Le dedicó una última mirada a Arick y se fue. La puerta se cerró tras él.

Neve se dejó caer en la silla del escritorio y apoyó la frente en la palma de su mano.

Había cierta inseguridad en el comportamiento de Arick, se había quedado parado en el centro de la habitación. Aquella inquietud no encajaba con él, que por lo general era tranquilo y despreocupado.

—Deberías comer.

—No tengo hambre.

Arick no insistió. Por el rabillo del ojo, Neve vio cómo cruzaba los brazos.

—¿Qué es lo que te pedía que recordaras? —Había un tono extraño en su voz, como si quisiera que le respondiera y que no lo hiciera al mismo tiempo.

No lo hizo. En vez de eso, Neve le hizo otra pregunta, poniendo en palabras aquella cosa oscura que tenía en la cabeza, las suposiciones que no la dejaban dormir.

—Arick, ¿qué le ocurrió a mi madre?

Hubo un instante de silencio, pesado como el plomo.

—¿Por qué me preguntas eso?

Y aquello era respuesta suficiente.

Neve agachó aún más la cabeza. Dejó escapar un quejido ronco entre los dientes. Debería haberlo sabido. La enfermedad de Isla, lo rápido que había sido todo… Debería haberlo sabido.

Lo peor era que una parte de ella sí lo sabía. Se había dado cuenta de que estaba ocurriendo algo extraño y lo había ignorado porque la había ayudado a estar más cerca de su objetivo.

Tener a su hermana en casa. Poder controlar algo, maldita sea.

Oyó los pasos de Arick cuando se acercó a ella y notó un cambio en el ambiente cuando estiró la mano. No la tocó, como si supiera que aquello sería ir demasiado lejos, pero Neve sintió que deseaba hacerlo. Que se resistía, a pesar de que se moría de ganas de consolarla.

—¿Y la suma sacerdotisa? —Neve se miró las manos, entrelazadas como enredaderas, apretadas hasta hacerlas palidecer—. ¿A ella también?

—Sí.

No había sido casualidad, ni tampoco una prueba de que tenía razón. Habían sido asesinatos.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo Kiri. —Hizo una pausa—. Ella las mató a las dos.

Kiri, con su sonrisa de desaprobación y su petulancia. Había estado allí desde el principio, orquestando su desgracia.

Oyó cómo Arick tragaba saliva.

—Mi plan no incluía tantas muertes, pero… han tenido un propósito. No te lo había dicho porque no habría cambiado nada. —Movió la mano por fin y la apoyó sobre la de Neve. Estaba fría, pero no se la apartó—. Hacemos lo que tenemos que hacer.

Neve recordó la noche en que había muerto Isla. No había sido la noche en que había cambiado todo, pero sí cuando habían llegado a lo más alto de aquella colina y habían empezado a bajarla corriendo por el otro lado. Neve había puesto en marcha una rueda, y ahora tenía que agarrarse a ella hasta llegar al final.

Respiró hondo. Tenía los labios entumecidos.

—Hacemos lo que tenemos que hacer.

Todas aquellas muertes tenían que servir para algo.

—Eres una mujer extraordinaria, Neve. —Ya casi nunca utilizaba su diminutivo. Cada vez que lo hacía, sonaba como si no estuviera seguro de tener permiso para llamarla así—. Has estado a la altura de cada desafío, has soportado cargas que nadie debería llevar. Eres una reina mucho mejor de lo que merece este lugar. —El pulgar le temblaba ligeramente, como si estuviera deseando pasarlo sobre los nudillos de la chica. No lo hizo—. Eres demasiado buena para esto.

Neve lo miró; la confusión y la incertidumbre la habían dejado paralizada. Bajo la luz plateada que entraba por la ventana, los ojos de Arick casi parecían azules, en lugar de verdes.

Él le dio un apretón en la mano antes de soltarla.

—Todo acabará pronto. —Luego hizo una reverencia y salió de la habitación, hacia la oscuridad.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Se despertó con la espalda torcida en un ángulo extraño y con dolor en el cuello. Red se incorporó con un gruñido malhumorado e hizo girar los hombros. En la cama, la respiración profunda y regular de Eammon sonaba prácticamente como si estuviera roncando.

Esbozó una sonrisa de satisfacción. Tendría que contarle que seguía teniendo ese problema.

La luz de la chimenea lanzaba destellos dorados sobre su pelo negro y suavizaba sus rasgos mientras dormía. Red observó los ángulos de su cara; por una vez, no estaban tensos por el cansancio o por aquel control tan intenso que le hacía rechinar los dientes. Una pequeña cicatriz le atravesaba una ceja oscura. La barba incipiente le cubría la mandíbula y tenía un corte diminuto bajo la barbilla, consecuencia de haber utilizado la cuchilla sin tener cuidado. Red se animó al ver una herida que no se había hecho para el Bosque Salvaje.

Y pensar que antes creía que el Lobo era demasiado serio para ser hermoso…

Red le apartó el pelo de la frente. Eammon suspiró, todavía dormido, y movió la barbilla de forma que sus labios rozaron la palma de la mano de ella. Las raíces retorcidas de la marca de Eammon destacaban sobre su piel pálida, trazando espirales desde la mitad de su antebrazo hasta más arriba del codo. La noche anterior, Red había estado demasiado preocupada salvándolo del bosque como para concentrarse en la forma de su pecho o en la anchura de sus hombros desnudos. Eran cosas en las que ya se había fijado, claro, era imposible no hacerlo, pero no a esa distancia, no desde la noche en que lo

había curado.

La sábana se amontonaba alrededor de la cintura de Eammon, donde la había enviado de una patada durante la noche, y la débil rojez de sus tres cicatrices resplandecía a lo largo de su abdomen. Red estiró la mano hacia ellas para tocarlas, pero la apartó a mitad de camino.

No. No podía. Ninguno de los dos podía.

El comedor estaba vacío cuando Red bajó las escaleras, y también la cocina. Una tetera maltrecha colgaba de un gancho sobre unas brasas a punto de apagarse. Red avivó el fuego y se puso a rebuscar en los armarios en busca de hojas de té. Casi deseaba no encontrarlas, porque sería un motivo más para retrasar lo inevitable.

Red tenía que marcharse. Tenía que ir a Valleyda.

Había sido estúpido retrasarlo tanto como lo habían hecho. Solo había sido un día, pero debería haberse ido en cuanto había sabido lo que estaba ocurriendo. La única razón por la que no lo había hecho era porque no quería abandonar a Eammon. Él mismo había permitido que lo utilizara como distracción para retrasar aquello; estaba postergando lo inevitable tanto como ella. Red no sabía si quería golpearlo o besarlo por ello.

Ambas cosas, probablemente.

La tetera silbó. Red se sobresaltó y la quitó del gancho demasiado rápido. El dolor le recorrió los nudillos allí donde se había abrasado y Red miró la quemadura durante un instante, pensando en Eammon y en cómo insistía siempre en arrebatarle las heridas.

Decidió que no iba a dejar que la viera.

Red iba por la segunda taza de un té poco cargado cuando Lyra cruzó el arco roto del comedor, quitándose unas hojas del pelo. Dejó caer el tor sobre la mesa con gran estruendo y se sentó enfrente de ella, arrugando la nariz hacia la tetera.

—Eso está asqueroso.

—Es lo único que he encontrado. —El filo de la hoja estaba oscuro, manchado con la sangre de Lyra y con algo que parecía savia—. ¿Qué ha pasado?

—Más centinelas desaparecidos. —Lyra se sacó un trozo de tela del bolsillo y lo frotó a lo largo del filo del tor. No sirvió para mucho, aparte de para extender la suciedad por todas partes, así que cesó en su empeño, maldiciendo en voz baja—. Corté en pedazos a un par de criaturas de sombras, pero no pude hacer nada con los agujeros. Ya no aceptan mi sangre. No sirve para nada.

Más agujeros. Eammon los había sanado todos y casi se había sacrificado para hacerlo, solo para que surgieran más apenas unas horas después.

—Eammon cerró todas las brechas anoche. —Red suspiró—. No han tardado mucho en aparecer unas nuevas.

La otra mujer levantó las cejas, con una expresión pensativa en su cara delicada. Lyra dejó a un lado el tor.

—Maldito mártir… —A pesar de su queja de antes, se levantó hacia la tetera y se sirvió una taza. Luego se sentó y miró a Red a través del vapor que le envolvía los rizos oscuros—. ¿Quieres ayudarlo?

—Claro que sí. —La pregunta había sido inesperada, pero su respuesta fue tan automática que no hubo tiempo para que cogiera desprevenida a Red.

Lyra se recolocó en su asiento, con las piernas cruzadas y las manos alrededor de la taza de té, observando a Red como si estuviera sopesando algo en su cabeza. Luego cerró los ojos oscuros y sus largas pestañas le rozaron las mejillas.

—Lo ha mantenido alejado de ti. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sabía. Red vio en su mente la imagen de unos huesos dispuestos alrededor de un árbol, enredados entre la hiedra.

—Lleva haciéndolo mucho tiempo, y no creo que vaya a parar, mucho menos ahora. —Lyra suspiró y dio un sorbo al té—. No sé cómo funciona, no del todo. No entiendo cómo se entrelazan el Lobo y el Bosque Salvaje ni cómo se hacen pedazos, pero sé que si algo va a cambiar, Red, tendrás que ser tú quien lo haga.

«Elección». Red recordó el susurro de las hojas y las ramas rompiéndose, los sonidos del bosque formando una palabra.

—Si supiera lo que tienes que hacer, te lo diría. Aunque Eammon me odiara por ello. Pero no lo sé. —Colocó la taza de té desportillada encima de la mesa, junto a su tor—. Hay algo diferente esta vez, tanto contigo como con el Bosque Salvaje. Algo más, aparte de que Eammon lo esté conteniendo. Y tú eres la única que puede averiguarlo.

Sus miradas se cruzaron a través de la mesa. Ella asintió.

Tras otro segundo de silencio, Red echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—¿Quieres pan?

Lyra sacudió la cabeza. Red cogió dos rebanadas, una para ella y otra para Eammon. Como regalo de despedida era decepcionante, después de que él le hubiera regalado una capa nupcial y el tejido enredado de su propia historia. Subió las escaleras fatigosamente, como si caminara con piedras atadas a los pies.

Eammon estaba sentado en el escritorio. Ya se había vestido y se había limpiado la mayor parte de la sangre y la savia, aunque todavía tenía una mancha de color vino con hilillos verdes detrás de una oreja. Se había recogido el pelo de forma descuidada y estaba absorto en un libro que tenía abierto. Red estiró el cuello para ver lo que estaba leyendo, pero no reconoció el idioma.

—Es de mala educación leer por encima del hombro de alguien —murmuró mientras pasaba la página.

Red quería contestarle en broma, pero lo tenía tan cerca que si se estiraba, podría tocarlo, y aquella idea llenó su mente como una neblina atrapada en un tarro. En lugar de eso, cogió un trozo de pan y lo colocó sobre la página. Eammon le soltó un bufido ofendido y luego lo recogió y le dio un bocado, sin apartar la vista de las palabras.

Ella se sentó en la cama y lo observó, registrando sus movimientos. Eammon movía el dedo de un lado a otro por la esquina de la página mientras la leía, y luego lo metió por detrás para pasarla. Su pie se movía por debajo del escritorio. El pelo le cayó por la frente y se lo apartó hacia atrás, pero volvió a soltarse.

—Me marcho hoy —susurró ella.

La línea de los hombros de Eammon se puso rígida.

Red encerró dentro de su pecho todas las cosas que no era capaz de decirle. Las únicas palabras que parecían adecuadas eran demasiado grandes y profundas. Esas palabras la harían flaquear, y Red no se podía permitir ser débil en aquel momento.

Así que se lo repitió:

—Voy a volver.

Eammon dejó escapar el aire con la respiración entrecortada y cerró el libro.

—Piénsalo bien. No tienes que…

—Para. —Red se puso en pie y se colocó en el pequeño espacio que había entre él y el escritorio—. No vamos a volver a tener esta discusión. Detendré a Neve y conseguiré que deshaga todo el daño que ha hecho. Y luego volveré, Lobo, así que más te vale ir preparándote para contarme lo que tengo que hacer para salvarte de este puñetero bosque.

Él la miró por fin. Sus ojos estaban casi a la misma altura, y había un brillo apasionado en el verde y el ámbar. Soltó un suspiro entrecortado.

—¿Eammon? —Era la voz de Fife, llamándolo desde abajo—. Lyra ha vuelto. Ha desaparecido otro.

Aquello hizo que se quedara paralizado y transformó todo el ardor que había en sus ojos en algo frío y resignado. Apretó las manos sobre las rodillas y apartó la mirada de Red hacia el espacio que había tras ella. Habló sin moverse:

—¿Cuándo te vas?

—Ahora. —No tenía sentido seguir retrasándolo, ni tampoco esperar a que Eammon la tocara. Se mantenía a cierta distancia de ella, incluso después de todo lo que había pasado. Después de dos besos, tres calaveras y las incontables palabras que se habían guardado en la boca.

Eammon asintió.

—No te entretendré, entonces. —Se puso en pie y echó a andar hacia las escaleras, dejándola sola.



Lyra y Fife eran tan escépticos respecto a su plan como Eammon.

—¿Tu hermana es la culpable de que estén desapareciendo los centinelas? ¿Y dices que está decidida a matar al Bosque Salvaje, así que simplemente vas a presentarte allí ante ella? —Fife levantó la ceja—. ¿Soy el único que piensa que esto es una mala idea?

—Lo que está haciendo lo hace por mí. Tengo que averiguar qué es y cómo detenerlo. Está intentando llevarme de vuelta a casa.

—Pues parece que lo ha logrado.

—No me voy a quedar allí. —Sonó casi como un bufido, y cogió por sorpresa a Fife. Este dejó caer los brazos cruzados y frunció el ceño.

Red cerró los ojos y cogió aire.

—Voy a volver, Fife.

La luz tenue iluminó el pelo rojizo del hombre mientras pasaba una mirada incrédula de Red a Eammon.

—¿Y a ti te parece bien?

—No es mi decisión. —Eammon estaba apoyado contra la escalera, fingiendo despreocupación, pero tenía la espalda rígida.

Fife suspiró y dejó caer los hombros.

—Espero que sepas lo que haces. —Pasó la mirada de Eammon a Red—. Los dos.

—¡Fife! —dijo Lyra en tono de advertencia, aunque se notaba su preocupación en la forma en que su boca se curvaba hacia abajo. Miró a Red a los ojos—. Puedo llevarte hasta la frontera. Procura no perderte.

—Dame un momento. —Red echó a correr por las escaleras—. Se me ha olvidado algo.

Cuando llegó a la habitación, estaba sin aliento. Su capa nupcial estaba extendida en el suelo donde había dormido, del mismo color que el fuego de la chimenea. El bordado centelleó cuando la cogió.

Había una pluma en el escritorio junto a un montón de papeles desordenados y libros en idiomas que no entendía.

Comprobó con el dedo que el extremo estaba afilado antes de mojarla en el tintero.

«Tres días», garabateó. «Después, quiero la cama de vuelta».

Eammon echó una ojeada por encima a la capa cuando Red bajó las escaleras y luego detuvo la mirada en su cara. No dijo nada. Red apretó los labios y se colocó la bolsa al hombro.

Lyra les echó un vistazo rápido antes de girarse hacia la puerta.

—Nos vemos en la puerta cuando estés lista.

Fife abrió la boca, pero la cerró sin decir nada. Levantó una mano a modo de despedida torpe y cruzó el arco roto hacia el comedor.

Entonces ella y el Lobo se quedaron solos.

Eammon estaba en silencio. Seguía creyendo a medias que aquella despedida sería para siempre, Red lo notaba en la forma en que se apretaba los brazos, en cómo tragaba saliva.

Había demasiadas palabras pendientes entre ellos, y «adiós» era la única que estaba dispuesto a decirle.

Red no se lo permitió.

—Tres días. —Se giró, cogió su capa escarlata y atravesó la puerta, dejando al Lobo entre las sombras.



El tor relucía en la espalda de Lyra como una media luna. Se movía con habilidad a través del Bosque Salvaje y Red la seguía de cerca.

Llevaban caminando en silencio unos minutos cuando Red lo oyó. Un estallido lejano pero inconfundible que resonó por todo el bosque.

Otra brecha abriéndose.

—Mierda. —Lyra desenfundó el tor y sacó un vial de sangre de la bolsa que llevaba a la cintura con un movimiento entrenado.

—Seguiremos adelante, pero fíjate bien en el suelo.

Red asintió, con las manos dobladas como garras. El hilo de magia de su interior empezó a hacer espirales, preparado para que lo utilizara.

Avanzaron lentamente, hasta llegar al borde oscuro del agujero donde debería haber un centinela alzándose desde un mar de niebla.

Junto al pozo había un diminuto ciclón de hojas y ramitas. Lyra le quitó el tapón al vial y derramó la sangre sobre aquella columna que no paraba de girar. El torbellino se vino abajo con un quejido; las hojas cayeron ondeando al suelo, con los bordes acariciados por las sombras.

—Hemos llegado a tiempo. —Pero Lyra no enfundó el tor—, Eammon tendrá que…

La siguiente tomó forma a toda prisa, como si hubiera aprendido una lección de su compañera más lenta. Un remolino de ramas muertas, hojas y huesos levantados surgió de la tierra, sin ni siquiera molestarse en tomar una forma humanoide, y se lanzó contra ellas.

Las dos actuaron por instinto. Red dobló los dedos para llamar a su magia e hizo que unas enredaderas salieran disparadas desde la maleza. Atravesaron a aquella criatura de sombras a medio formar; fue suficiente para hacerla pedazos y ralentizarla, pero volvió a recomponerse al instante.

Lyra estaba preparada. Le quitó el tapón a otro vial y derramó el contenido sobre el filo de su hoja trazando un arco con un gesto elegante, luego se abalanzó hacia la criatura de sombras.

El brillo curvo del tor atravesó la penumbra y arrojó gotas de sangre y savia al girar. La espada era una extensión de la propia Lyra; la curva de la hoja era como el brazo de una bailarina que giraba en la oscuridad. Las enredaderas de Red seguían azotando a la criatura, rompiéndola en pedazos, y Lyra se ocupaba de cada uno de ellos, cortándolo con su hoja ensangrentada para que los trozos de la criatura cayeran inútilmente al suelo. Unos segundos después, la criatura de sombras murió. Solo quedaron unos restos tirados en la tierra, podridos y tocados por la oscuridad.

Las dos se quedaron inmóviles un instante, sin aliento. Red estiró las manos y las enredaderas volvieron reptando hacia la maleza. Notó el sabor de la tierra en la boca y sus venas pasaron del verde a su color azul habitual. Había sido la vez que mejor había controlado la magia del Bosque Salvaje desde que había ayudado a Eammon a luchar contra aquella bestia con forma de gusano en el viaje de vuelta desde Confín, pero no sentía que fuese un gran logro. No podían cerrar la brecha, y si permanecía abierta, cualquier victoria que lograran sería solo temporal.

Hubo un momento de silencio mientras las dos esperaban a ver si surgía algo más de la brecha. Luego Lyra enfundó su tor sin molestarse en limpiarlo antes.

—Esta brecha es pequeña. A la criatura de sombras no le dará tiempo a revivir antes de que llegue Eammon. O al menos eso espero. —Se dio la vuelta para seguir atravesando el bosque—. Podría echarle mi sangre por encima, pero no quiero gastar lo que me queda. Y tampoco serviría de mucho, de todas formas.

Red se quedó parada un momento más, mirando hacia el pozo de sombras del suelo, oscuro y podrido. Maldijo entre dientes y se giró para seguir a Lyra.

Los árboles eran cada vez más escasos a medida que se acercaban a la frontera. Había una niebla densa que servía casi como una muralla entre el Bosque Salvaje y el mundo exterior, pero unos retazos del cielo azul brillaban a través de aquella neblina. Valleyda estaba tan cerca que casi podía tocarla; las únicas emociones que sentía Red eran temor y una nostalgia preventiva.

Llegaron a la línea de los árboles demasiado rápido.

—Tres días —anunció Red, como ya le había dicho a Eammon, como si el Bosque Salvaje pudiera oírla y llevar la cuenta del tiempo tan bien como ella—. No debería llevarme más de tres días. Luego volveré.

Los rayos de sol que se filtraban entre las ramas lanzaban destellos cobrizos en el pelo rizado de Lyra cuando asintió.

—Tres días. —Se encaminó hacia la niebla, de vuelta a la fortaleza. De vuelta a casa.

—Cuidad de él —murmuró Red—. Por favor.

—Siempre lo hemos hecho. —Lyra la miró sobre su hombro en aquella penumbra, con un brillo de ternura en sus ojos oscuros—. Recuerda lo que te he dicho.

Red asintió. La magia del bosque floreció dentro de su pecho, a la espera.

Cuando Lyra se fue, Red se quedó cara a cara con los árboles que había atravesado en su vigésimo cumpleaños. Respiró hondo y volvió a atravesarlos.

Notaba el peso físico de la luz del día sobre sus hombros y su brillo doloroso en los ojos. Se quedó parada un momento, parpadeando; una mujer vestida de carmesí en el confín del mundo. El otoño pintaba el cielo despejado de un color azul y el viento le llevó el olor del humo de una hoguera.

Tras ella, un murmullo. Red se giró, curioseando entre las sombras del Bosque Salvaje mientras este le hablaba en aquel idioma extraño hecho de hojas y espinas.

Esperaremos a tu elección.

Una rama se separó de un tronco y cayó al suelo, desecada. Un matorral de pequeños arbustos se marchitó y se arrugó como un escarabajo moribundo.

Pero lo devoraremos si es necesario.

Red apretó la mandíbula al oír el traqueteo de aquellas palabras dentro de sus huesos, la astilla afilada del poder del Bosque Salvaje que llevaba dentro le hablaba desde su interior.

—Que te den —murmuró ella.

El bosque no respondió.

Bajó corriendo por la pendiente de hierba hacia la carretera y el pueblo que había más allá. Notaba un silbido en los pulmones, como si el aire del exterior fuese distinto a lo que había estado respirando, y aquello hizo que se sintiera mareada.

Cuando Red llegó a la carretera, se detuvo y entrecerró los ojos. Había un edificio alto y larguirucho a la entrada del pueblo, lo suficientemente cerca de allí como para poder distinguirlo. Una atalaya.

Red solo se permitió un momento para pensar en aquello, tenía la mente demasiado ocupada en otros problemas más prácticos: se tardaba medio día en llegar a la capital en carroza, y no tenía dinero para un caballo. Si iba andando…

Un silbido agudo y claro interrumpió sus pensamientos, tan fuerte que la hizo estremecerse. Oyó unos gritos lejanos alrededor de las colinas y algo que sonaba como el retumbar de cascos de caballos. Una nube de polvo se levantó cerca de la torre.

Sintió una punzada de pánico en el estómago, pero solo duró un segundo. La torre debía de estar vigilando el Bosque Salvaje, porque no había nada más en aquella dirección. Eso significaba que ya la habían visto, así que no tenía sentido esconderse.

En lugar de eso, Red se quedó en un recodo del camino con la barbilla levantada y la capa escarlata sobre los hombros.

No se acobardó cuando el grupo de jinetes la alcanzó, sin aliento y con las espadas desenvainadas.

Uno de ellos apuntó la hoja en su dirección, demasiado brillante bajo aquella luz a la que ya no estaba acostumbrada.

Red levantó las manos en señal de rendición.

—Entiendo vuestra inquietud, pero…

—No te acerques más. —La hoja temblaba, proyectando el nerviosismo del jinete.

—Espera. —Otro guardia, que vestía la banda plateada de comandante cruzándole el hombro, levantó una mano. Se inclinó hacia delante y frunció el ceño delante de la cara de Red—. Yo te conozco.

—Deberías.

El hombre dirigió la mirada hacia los pliegues de su capa y luego abrió los ojos de par en par.

—Segunda hija.

Red no se encontraba en posición de exigir nada. Aun así, abrió la boca y le enseñó los dientes, relucientes bajo aquella luz extraña.

—Loba —lo corrigió.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

Red no protestó cuando le pusieron los grilletes alrededor de las muñecas. Se obligó a mantener una expresión tranquila mientras los guardias se agrupaban y murmuraban, lanzando miradas preocupadas en su dirección.

—Parece humana.

—Claro que lo parece. Pero si piensas que esa criatura es la segunda hija, o como sea que se haya hecho llamar, es que eres imbécil. La segunda hija hace tiempo que murió. En el Bosque Salvaje no hay nada más que monstruos.

Una risa burlona.

—¿Te crees esos cuentos?

El primer guardia señaló a Red con el pulgar.

—Ahora sí.

—Tranquilízate, Coleman. Pareces una doncella en una de las fogatas de la cosecha. —El comandante era guapo de una forma tosca; tenía los pómulos anchos y una barba cobriza. Estaba situado entre Red y el resto de los soldados, y la observaba pensativo—. La reina nos pidió que estuviéramos atentos por si aparecía.

—¿La reina, Noruscan? Está medio chalada…

El líder, Noruscan, le dio un golpe en la boca con el dorso de la mano al guardia que había hablado, casi con indiferencia.

—Ya basta.

El otro hombre lanzó un ruido de sorpresa mientras la sangre le goteaba por el labio. Le lanzó una mirada asesina a Red, como si hubiese sido culpa suya.

Noruscan la examinó con curiosidad de arriba abajo, como si fuese una estatua. Una reliquia. El estómago de Red dio un vuelco al ver aquella mirada. Hacía mucho tiempo que nadie la miraba de aquella forma, y por ello le dolía el doble.

El comandante dirigió su mirada hacia el Bosque Salvaje tras ellos, alto y oscuro, y al verlo pareció dar por finalizado algún debate interno.

—La llevaremos con la suma sacerdotisa.

Red frunció el ceño. La Neve que conocía, la que había visto en el espejo, desesperada por verla regresar, querría que enviaran a su hermana directamente con ella.

—¿Son esas tus órdenes, Noruscan?

Oír su nombre hizo que el comandante retrocediera y diera un paso hacia los soldados agrupados.

—No hables con esa criatura, hermano —le advirtió el guardia con el labio ensangrentado y el brazo de la espada tembloroso.

El capitán la miró para evaluar el nivel de amenaza que suponía y luego la agarró por el brazo. Los grilletes se le clavaron en la piel, pero Red no se defendió. Lo último que necesitaba era inspirar a aquel guardia inestable para que tuviera un momento de valentía.

—Cabalgarás conmigo. —Noruscan la llevó hacia su caballo. Antes de subirla a la silla, estiró la mano hacia el lazo de su capa.

Red se retorció, moviéndose más por instinto que por un pensamiento consciente.

—No.

—¿Cómo crees que reaccionarán en la capital si eres quien dices ser? —Las facciones de su cara eran serias y sus ojos estaban ensombrecidos por algo que no era exactamente miedo, pero se le asemejaba bastante—. Te enviaron con un monstruo y el monstruo te mandó de vuelta. ¿Qué impresión causará eso, segunda hija?

El corazón de Red latía con fuerza contra los grilletes a un ritmo constante. Por mucho que aquello le pusiera los nervios de punta, el hombre tenía razón. No podía permitirse anunciar su presencia delante de todo el reino, y la capa nupcial escarlata llamaría la atención más de lo debido.

—¿Me la devolverás?

El hombre vaciló un instante, con su ceño rojizo fruncido, pero asintió.

Red se quitó la tela pesada de los hombros y tragó saliva con fuerza. Cuando Noruscan se colocó tras ella en la silla, le puso la capa doblada en el regazo, casi con delicadeza. Red enroscó los dedos entre la tela mientras se alejaban galopando.

Después de dos horas cabalgando sin parar, las puertas de la capital aparecieron en el horizonte.

—Guarda eso —dijo Noruscan mientras tiraba de las riendas para hacer

que el caballo girara hacia las puertas. Dio un golpecito con el puño sobre la capa nupcial.

El tono de su voz era de advertencia. «Escóndelo o te lo arrebataremos». Red hizo una bola con la capa lo mejor que pudo y la guardó entre las manos, dejando el bordado en la parte interior.

Cuando llegaron a la atalaya, Noruscan guio al caballo hacia allí y levantó los grilletes de Red para hacerlos brillar al sol.

—Una ladrona de los pueblos fronterizos —gritó.

La mentira hizo que Red torciera la boca, pero no dijo nada. Cooperar parecía la mejor opción, la forma más fácil de llegar hasta Neve.

El guardia hizo un gesto despreocupado con la mano y las puertas se abrieron.

El caballo de Noruscan se dirigió al palacio a medio galope. En cuanto entraron en el patio, desmontó y la ayudó a bajar con cuidado. Una de sus manos rozó la piel desnuda del brazo de Red y se apartó rápidamente, como si fuese a quemarse por tocarla.

Los aterrorizaba. En otro tiempo, aquello la habría hundido, pero ahora Red se preguntaba cómo podría utilizarlo en su favor. Con las manos todavía encadenadas, sacudió la capa y se la ató con torpeza alrededor del cuello.

El batallón la escoltó hasta el templo flanqueándola por ambos lados, con las manos en sus espadas y las miradas apartadas. Entraron en el corredor que llevaba a los jardines del palacio, lleno de marfil y cristal, pero se detuvieron delante de una puerta sencilla de madera, en lugar de continuar hasta el anfiteatro. Noruscan agitó una mano para despedir al resto, pero siguió a Red hasta el interior y cerró la puerta tras ellos.

La pared más alejada era un ventanal que daba a los jardines y dejaba entrar una luz brillante y etérea. Una sacerdotisa solitaria estaba sentada en un escritorio junto a la ventana. Se puso en pie lentamente, juntando las manos por dentro de las mangas. Unas motas de polvo que parecían hechas de luz danzaban perezosamente alrededor de su pelo rojo.

Así que había una nueva suma sacerdotisa. Red frunció el ceño. No debería haber sido una sorpresa, la otra ya se estaba haciendo vieja. Pero este cambio, unido a lo que había visto en el espejo, hizo que se le erizara el vello de la nuca.

El santuario. Fuese lo que fuese que estaban haciendo, lo harían allí.

—Santidad. —Noruscan hizo una reverencia. Red se mantuvo firme—. Asegura que es la segunda hija.

La mujer dirigió sus ojos azules y calculadores hacia Red.

—¿Ah, sí?

—Ha salido del Bosque Salvaje —dijo Noruscan rápidamente—. Pero no ha mostrado ningún signo de… anormalidad.

Red enderezó los hombros e intentó establecer contacto visual, pero la luz

brillante que entraba por la ventana dejaba la cara de la suma sacerdotisa envuelta en sombras.

—¿Cómo queréis que os lo demuestre, santidad? —Después, como la sutileza nunca había sido su fuerte, añadió—: Si me lleváis al santuario para rezar y presentar mis respetos, estoy segura de que podré responder a todas vuestras preguntas.

—No te preocupes. —La sacerdotisa avanzó hacia la luz con las manos en los costados. Llevaba un colgante extraño sobre el pecho, un trozo de madera blanca salpicado por hilillos de oscuridad. Red entrecerró los ojos al verlo.

La sacerdotisa se dio cuenta. Estiró los dedos largos de una mano pálida para coger el fragmento de corteza y lo dejó colgando bajo los rayos del sol.

—Seguro que te resulta familiar. Crece en tu interior igual que la putrefacción en un cadáver.

—No sé a qué os referís. —Pero el fragmento de magia que tenía dentro, aquella astilla del Bosque Salvaje, despertó y se enroscó alrededor de sus huesos.

La suma sacerdotisa —Kiri, Red se acordó del nombre que había oído decir a Neve en el espejo— esbozó una pequeña sonrisa fría y dejó caer el colgante sobre su pecho. Poco a poco se acercó a ella, tanto que Red tuvo que contenerse para no dar un paso atrás. La sacerdotisa la observaba atentamente, como si al concentrarse pudiera ver el interior de Red, el vacío que había entre sus órganos.

—Tu llegada puede desbaratarlo todo… —dijo, hablando casi para sí misma—, pero quizás podamos utilizarte como peón.

Red frunció el ceño. Una confusión real eclipsaba la que ya estaba fingiendo.

—No entiendo qué…

Pero, antes de que pudiera terminar la frase, Kiri levantó las manos y las retorció en unos ángulos dolorosos. Un frío glacial golpeó el cuerpo de Red.

Red levantó también las manos, como si aquella invasión fuese algo de lo que pudiera defenderse, pero el poder que había aprendido a controlar no aparecía por ninguna parte. Lo que fuera que estuviese haciendo la sacerdotisa, cubriendo sus venas de hielo, parecía hacer que su propio poder se marchitara y se escondiera, contrarrestándolo. Red sentía como si la estuvieran aplastando, como si la estuvieran pisoteando con un talón helado. La magia del Bosque Salvaje, de la que se habían apropiado y habían invertido, se arrastraba por su interior como si estuviera buscando algo.

Tenía cierto sentido, de una forma retorcida. Liberar a Red había sido motivo suficiente para que Neve debilitara el bosque, pero no para la Orden. Tenían que tener alguna otra razón, alguna recompensa.

Debía de ser aquella magia fría y terrible.

Cuando la arremetida gélida cesó, Red estaba de rodillas. No recordaba

haber caído. Tenía la respiración entrecortada y sentía la garganta irritada por la escarcha. La nariz le goteaba sangre, que caía en un charco sobre el suelo de mármol.

Por el rabillo del ojo, Red vio cómo Noruscan se estremecía.

Las venas de la muñeca de la suma sacerdotisa eran negras como la tinta y estaban húmedas por los cristales de escarcha que se iban derritiendo. Tocó la sangre del suelo con un dedo largo y lo levantó hacia la luz.

—Escarlata… —susurró la sacerdotisa—. Solo es escarlata. —La luz del sol se reflejaba en sus dientes. Miró al comandante—. Déjanos.

Noruscan pasó la mirada de una a otra, casi arrepentido, y luego se giró hacia la puerta. El ruido que hizo al cerrarse parecía el de un sepulcro.

Cuando Red se limpió la boca, la mano le temblaba.

—Tan solo quiero ver a Neve. —El temblor de su voz no era fingido: sentía como si la hubieran vuelto del revés, como si hubieran expuesto a una luz terrible todos los secretos que ocultaba bajo la piel—. Llevadme al santuario y dejad que la vea.

Tenía que ver lo que había allí. Tenía que ver lo que había hecho su hermana y averiguar cómo arreglarlo.

Sobre todo si había engendrado aquel poder, aquella oscuridad retorcida que la debilitaba, que hacía que el Bosque Salvaje se replegara aún más en su interior. ¿Qué le haría a Eammon, si a ella le había hecho esto?

Kiri miró la sangre en su dedo.

—Podrás ver a la reina cuando considere que es seguro. —Se puso en pie y se limpió en la túnica blanca, dejando una mancha roja sobre ella—. Hay algo más, algún remanente de tu vínculo con el bosque. Lo estás ocultando, pero puedes estar segura de que lo encontraré.

—No lo entiendo. —Red se sentó sobre sus talones—. Ya estoy aquí. Habéis debilitado al Bosque Salvaje por mí. ¿No es esto lo que queríais conseguir?

—Niña estúpida… Esto es mucho más grande que tú y que la necia de tu hermana. —La suma sacerdotisa caminaba alrededor de Red como un ave carroñera—. Has cumplido tu cometido una vez, quizás puedas volver a hacerlo. No soy yo quien debe decidirlo.

Red tragó saliva. Neve y Kiri tenían dos perspectivas distintas de lo que estaba ocurriendo allí, de eso estaba segura. Puede que compartieran los métodos, pero no los objetivos. Al menos, no del todo.

O eso esperaba.

—Neveriah está empezando a comprender —continuó Kiri, pensativa, hablando casi para sí misma—. Sabe que me necesita para desvincularte por completo. —Hizo una pausa, pensativa—. Siempre hay cosas que podrían salir mal, ella nunca se enteraría.

Un escalofrío recorrió la espalda de Red.

—¿Red?

Las manos de la suma sacerdotisa, retorcidas y preparadas para volver a utilizar su magia fría, desaparecieron dentro de sus mangas. Red se puso en pie tambaleándose y se giró hacia la puerta.

Neve. Estaba más delgada de lo que recordaba, con el pelo negro sujeto por una corona de plata. Neve. Corría hacia ella con los brazos abiertos. Neve. Sólida y real.

—Lo he conseguido. —Neve titubeó. Su cara era una mezcla de alegría, asombro y algo que era casi miedo—. Lo he conseguido.

Red se dejó caer en sus brazos como una muñeca de trapo e inhaló el aroma a lluvia y rosas de su hermana, abrazándola como si acabara de volver de entre los muertos.

—Neve —murmuró, y no consiguió decir nada más—. Neve…

—Lo sabía. —Los brazos de su hermana la sujetaban con una fuerza que parecía imposible, dada su delgadez. Sus lágrimas calientes cayeron por la frente de Red—. Sabía que volverías. Sabía que podrías escapar.

La palabra «escapar» le provocó un nudo incómodo en el estómago, pero Red lo ignoró. Atrajo a su hermana hacia sí, haciendo que se encorvara, y dejó que las lágrimas que tenía acumuladas en los ojos cayeran sobre el pelo de Neve.

Aquello casi bastó para que se olvidara de por qué había ido.

Neve se inclinó hacia atrás y le colocó el pelo a Red detrás de la oreja. Entrelazó los dedos con los suyos y se giró hacia la suma sacerdotisa.

—Kiri, espero que le hayas dado la bienvenida a mi hermana como se merece.

Su voz sonaba extraña, como si ocultara algo. La sacerdotisa volvió a esbozar una sonrisa leve.

—Tanto como he podido, con el tiempo que he tenido —respondió—. Seguro que podremos llegar a conocernos mejor.

Neve apretó los dedos de Red con más fuerza.

—Sin duda. —Cambió el peso de un pie a otro—. ¿Avisarás a las demás? ¿Les dirás que nuestros esfuerzos por fin han dado su fruto?

Una expresión indescifrable apareció en el rostro de Kiri.

—Todavía no hemos acabado —dijo en voz baja—. Queda trabajo por hacer…, majestad.

Era evidente que había añadido el título como un adorno, quería expresar más con su tono que con sus palabras. Red levantó una ceja.

—Soy consciente, Kiri —murmuró Neve, con un brillo oscuro en la mirada—. Pero déjame celebrar una victoria antes de ponemos a trabajar en la siguiente, por favor.

El temor mitigó la alegría que había sentido Red al volver a ver a Neve: el motivo por el que había vuelto estaba allí, frente a ella. Era Neve contra el

Bosque Salvaje. Estaba atrapada en una conspiración que Red no comprendía del todo.

Sintió el calor de su hermana junto a ella y el olor familiar y reconfortante de su pelo. Aun así, cuando Red parpadeó, lo único que vio fue la cara sucia de Eammon, sus ojos verdes y ambarinos.

—Ven. —Neve tiró de ella hacia la puerta—. Haré que nos lleven la cena a mis aposentos. Pareces agotada.

Justo antes de que se cerrara la puerta, Red miró sobre su hombro. Kiri tenía una expresión tranquila en el rostro, pero su mandíbula apretada reflejaba algo más profundo que el disgusto. Cruzó una mirada con Red, con unos ojos azules tan fríos que podían quemar, y luego la puerta se cerró de golpe.



CAPÍTULO VEINTISIETE

La capa de Red llamó la atención más aún de lo que había esperado mientras avanzaban por los pasillos. Tanto los sirvientes como los nobles se detenían para echar un vistazo; luego se quedaban mirándola fijamente en cuanto la reconocían. La segunda hija había vuelto del Bosque Salvaje.

Neve no les hizo caso, llevaba a Red cogida de la mano como si fueran las chicas que habían sido antes, y no la reina y la Loba. Le hizo un gesto a una doncella que pasó junto a ellas.

—Llevadme la cena a mis aposentos, por favor. Seremos tres.

La doncella estaba boquiabierta incluso mientras asentía.

—Reina Neveriah… y vuestra…, eh…, Redarys…

—Mi hermana ha regresado. —La voz de Neve era dolorosamente sincera —. Está sana y salva.

«Sana y salva». Red intentó sonreír, pero notaba sobre ella la presión de aquellos pasillos tan familiares como si tuvieran peso físico. El ambiente le provocaba un cosquilleo en la piel, vibraba en una frecuencia que no iba al mismo ritmo que el latido de su corazón, como si la propia Valleyda hubiera aceptado que ya no pertenecía a aquel lugar.

La doncella movió la boca sin articular palabra.

—Es… Es maravilloso. —Podría haber dicho «terrorífico» en lugar de «maravilloso» sin necesidad de cambiar el tono.

Neve no se dio cuenta.

—Decidle a Arick que se reúna con nosotras. —Se dio la vuelta, haciendo girar la falda con una ola de espuma plateada.

—No tengo demasiada hambre —dijo Red, arrastrando los pies tras ella—. Me preguntaba si podríamos ir al santuario antes de cenar.

Aquello hizo que Neve se detuviera. Se giró con el ceño fruncido.

—¿Que tú quieres ir al santuario?

Neve siempre había sido la más astuta de las dos; Red, la más directa. Se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo que no voy.

Su hermana melliza entrecerró sus ojos oscuros y la comisura de sus labios desapareció entre sus dientes. Red se acordó de aquella conversación extraña en el templo. Kiri y Neve unidas en lo que fuera que estuvieran haciéndole al Bosque Salvaje.

Red ya sabía que no iba a ser tan sencillo como hacerle ver a su hermana que estaba bien y pedirle amablemente que parara, pero, ahora que se enfrentaba a la realidad, sentía la columna vertebral como si fuese un retoño enterrado bajo la escarcha.

Neve se quedó mirándola un instante más.

—Ahora no —dijo por fin. Luego se giró y se apresuró a avanzar por el pasillo—. Mañana, quizás.

Red no sabía cómo actuar. No era la primera vez que le ocultaba secretos a su hermana, pero tener que modular con cuidado sus palabras, evitar la verdad con evasivas… No eran cosas que pudiera hacer de forma natural, sobre todo en aquel momento. Una parte de ella quería contarle toda la historia, explicarle con detalle lo que había ocurrido y lo que estaba ocurriendo, decirle por qué tenía que parar. Pero recordó lo que había visto en el espejo, así como las palabras de Kiri apenas unos minutos antes sobre sus planes, los frutos que habían cosechado y cómo Red era solo una parte de todo aquello. El camino que tenía que recorrer era complicado y estaba lleno de trampas: un paso en falso podría hacer que las dos sufrieran.

El mejor plan parecía ser llegar hasta el santuario para ver exactamente lo que había hecho Neve.

Otros cortesanos y sirvientes pasaron a su lado, con los ojos abiertos de par en par y murmurando susurros ininteligibles. Red levantó los hombros hacia las orejas, como si así pudiera hacerse más pequeña.

—Parecen sorprendidos. —Red no estaba segura de qué reacción había esperado obtener. No sabía qué había esperado, en general. Lo único en lo que había pensado era en evitar que siguieran desapareciendo los centinelas y en ayudar a Eammon. Ahora sentía como si tuviera que avanzar a trompicones solo para mantener el ritmo; todo iba demasiado deprisa y se complicaba demasiado rápido como para poder entenderlo.

—Pues claro que lo están. —Neve abrió de un empujón la puerta que daba a la habitación que había utilizado desde que era un bebé—. Creían que estabas muerta. —Hablaba con la voz quebrada—. Pero nosotros sabíamos

que estabas viva. Arick y yo lo sabíamos.

Arick. Oír su nombre debería haber sido un alivio, pero, en vez de eso, Red notó una punzada de inquietud a lo largo de la columna. Cuando intentaba acordarse de su cara, solo veía aquella criatura sombría que había ido a buscarla al portón de la fortaleza, y el recuerdo que tenía de su cuerpo se reducía a la forma posesiva en que le había agarrado las muñecas la noche del baile.

La luz del sol que entraba por la ventana destacaba los hoyuelos en las mejillas de Neve y el relieve de sus clavículas. Se llevó las manos a la diadema de plata y se la quitó, prácticamente arrancándosela del pelo. La dejó en el tocador y se frotó la frente como si le doliera. Las sombras se acumulaban a lo largo de la curva de la diadema y hacían que se distorsionara la habitación que se reflejaba en ella. Era parecida a la que había llevado cuando era la primera hija, pero más ornamentada: estaba adornada con unas filigranas elegantes y llevaba incrustados unos diamantes diminutos. Red se acordó de Isla con ella puesta y el corazón le dio un vuelco.

—Lo siento mucho —murmuró Red—. Neve, siento muchísimo que hayas tenido que pasar por esto sola.

El reflejo distorsionado de Neve en la diadema se puso rígido.

—Ha sido… —Movió la boca como si fuese a decir algo más, pero no salió ninguna palabra. Se colocó un mechón suelto de pelo negro detrás de la oreja y se acomodó en la silla del escritorio—. Ha sido difícil.

Sus aposentos tenían una sala de estar en uno de los lados que Neve nunca utilizaba. Red cogió una de las pesadas sillas brocadas y la colocó en el escritorio junto a Neve. Durante un momento se quedaron sentadas en silencio, dos hermanas y el fantasma de una madre. Neve miró hacia la alfombra, en lugar de a Red. Tenía una pequeña marca en la piel, provocada por el peso de la diadema.

—Me alegro de ser la reina. —Lo dijo como una confesión—. No creo que nunca deje de sentirme culpable por ello. —Neve enderezó la espalda y levantó la vista—. Pero ahora estás aquí. Te he salvado. Eso hace que todo merezca la pena.

Aquello hizo que Red se sintiera muy pequeña, la declaración de que necesitaba que alguien la salvara. «Sabe que me necesita para desvincularte por completo».

—¿Cómo lo has hecho? —Por los dioses, apenas era capaz de fingir que aquello era mera curiosidad, apenas podía evitar el tono acusador de su voz. Allí estaba su hermana, a la que amaba hasta la médula, pero el ambiente estaba cargado de secretos y malentendidos—. ¿Cómo has conseguido debilitar al Bosque Salvaje para que pudiera…? —No fue capaz de acabar la frase. «Escapar» no sonaría igual saliendo de su boca.

Neve levantó la vista de sus manos pálidas entrelazadas, frunciendo el

ceño. Igual que había hecho Kiri antes, la estaba escrutando con la mirada. Parecía que estuviera buscando algo en el interior de Red, alguna anomalía que no se viera a simple vista.

Aquel momento pasó. Neve parpadeó y aquel brillo calculador desapareció, reemplazado por el alivio.

—No importa. —Le dedicó una sonrisa, más radiante aún porque ocultaba lo pálida y demacrada que estaba sin ella—. Ahora estás aquí. No importa lo que tengamos que hacer para asegurarnos de que estés a salvo, lo haremos.

Red cambió de postura, nerviosa.

Neve le apoyó una mano tranquilizadora sobre la rodilla, malinterpretando el motivo de su inquietud.

—No tienes por qué preocuparte, Red. El Lobo no puede alcanzarte aquí, y nos ocuparemos de eliminar al resto de…

—No me voy a quedar. —Lo dijo de forma brusca, y supo que debería haberse tragado las palabras en el momento en que las pronunció. Pero había tan poca sinceridad entre ellas que ya casi no podía soportarlo.

A lo mejor su propia honestidad conseguía despertar la de su hermana.

Neve frunció el ceño, desconcertada.

—Si prefieres ir a alguna de nuestras propiedades, puedo organizarlo. Entiendo que no quieras quedarte en la capital.

—No. —Red se estremeció. Aquello solo podía sonar descortés—. Neve… Voy a volver al Bosque Salvaje.

La incredulidad cubrió a Neve como una sombra y le oscureció la mirada.

—¿Qué?

Red no sabía cómo continuar ni cuánto podría compartir con ella sin ponerse en peligro, y lo odiaba.

—He vuelto porque quería verte. Porque… Porque quería saber lo que estabas haciendo. —No le dijo que quería detenerlo. No estaba segura de si podía admitir eso, ni tampoco de lo que haría Neve—. Pero quiero regresar. Eammon…

—¿Eammon?

—El Lobo. Se llama Eammon. Es el hijo de Gaya y Ciaran. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Neve, hay tantas cosas que son diferentes a lo que…

—Para. —Lo dijo en voz baja, pero con tanta seriedad que Red cerró la boca al instante. Neve tenía la mano levantada entre ellas y le temblaban ligeramente los dedos. Respiró hondo ella también y soltó el aire con los ojos cerrados—. Tenéis buena relación, entonces. Tú y el Lobo. Tú y el Bosque Salvaje.

El frío en su voz hizo que Red sintiera las mejillas calientes, una reacción inversa. Volvió a guardarse la verdad en el fondo de la boca, era evidente que Neve no estaba preparada para oírla en aquel momento.

—Podría decirse que sí —murmuró, agarrando el dobladillo de su capa de

forma nerviosa.

El movimiento llamó la atención de Neve. Por primera vez, su hermana melliza se fijó en la capa y apretó aún más los labios.

—Esa no es la que llevabas cuando te fuiste.

El bordado se apretaba contra la piel de Red como un castigo.

—Técnicamente, no.

Silencio. Un abismo de silencio que no podían llenar. Luego, la voz de Neve, temblorosa:

—¿Qué has hecho, Red?

Ella misma se había hecho esa pregunta más de una vez. Se había casado con el Lobo del Bosque Salvaje. Era algo trascendental y terrorífico, y también algo que volvería a hacer sin dudarlo.

—Nada que no quisiera hacer —respondió en voz baja.

Su hermana apretó las manos con más fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Al otro lado de la habitación, un espejo ornamentado les devolvía sus imágenes. Una dorada y la otra oscura; reflejos la una de la otra.

Neve entrecerró los ojos con fuerza.

—No te preocupes. —Era un susurro, para tranquilizarse a sí misma tanto como a Red—. Habíamos previsto que ocurriría… No esto exactamente, pero algo. Lo solucionaremos.

—¿Qué quieres decir?

Pero cualquiera que fuera la respuesta que iba a darle su hermana se vio interrumpida por la puerta al abrirse.

Unos sirvientes empujaron el carrito con la cena hacia la olvidada sala de estar de Neve. Había suficiente comida para cinco personas y cubiertos para tres. Entraron y salieron en silencio, observando la capa de Red con los ojos abiertos de par en par y evitando mirarla a la cara. Al salir, una figura solitaria ocupó el hueco de la puerta.

—La hija pródiga ha regresado —dijo Arick.

Estaba más erguido que antes, y también un poco más delgado. Había empezado a llevar otro peinado después deque Red se marchara y la melena rizada le caía por encima de los hombros. Red se puso en pie, aunque tenía las piernas agarrotadas, y se obligó a poner una sonrisa y a dejar a un lado el comportamiento extraño de Neve. Ya se ocuparía de ello más tarde.

—Hola, Arick.

Sonriendo, se apartó del marco de la puerta. Se encontró con Red en el centro de la habitación y la estrechó entre sus brazos. Aquel abrazo parecía extrañamente frío, nada comparado con los que habían compartido antes. Arick también olía diferente. Quizás había cambiado de puros, o a lo mejor el criado que se ocupaba de su ropa había dejado de colocar hojas de menta en sus bolsillos. No podía identificar aquel nuevo olor; solo sabía que era algo frío.

—Tienes buen aspecto, Red. —Arick le colocó las manos sobre los hombros, y la parte de ella que recordaba lo que había ocurrido en la habitación quiso escapar de allí. La luz del crepúsculo que entraba por la ventana oscurecía los bordes de las cosas, pero Red pudo percibir cómo la examinaba cuando la miró a los ojos—. ¿O debería llamarte Loba? Es el título con el que te has presentado a Noruscan, según he oído.

Neve no hizo ningún ruido, pero, de todas formas, Red le echó un vistazo sobre su hombro, como si la sacudida que había recorrido la espalda de Neve también la hubiera afectado a ella. Su hermana melliza se quedó paralizada un instante y luego se dirigió a la sala de estar, donde se dejó caer en el sofá.

—Con Red me vale —murmuró ella.

Arick levantó la comisura de la boca para ampliar aún más su sonrisa. Le soltó los hombros y atravesó la habitación para colocarse junto a Neve, que se relajó visiblemente al tenerlo cerca. Le rozó el antebrazo con la mano en un gesto tranquilizador.

Red vaciló y se sentó enfrente de ellos.

—¿Raffe cenará con nosotros?

Al oír su nombre, Neve se puso tensa.

—No.

—Raffe ha vuelto a Meducia. —Arick abrió una de las ollas del carrito. Sus ojos lanzaron un destello cuando miró a Red, y por un momento no parecían verdes—. Faisán, Red. Tu favorito.

El olor hizo que le rugiera el estómago. Había pasado mucho tiempo desde el desayuno en la fortaleza.

—Parece raro que se haya ido en un momento así.

Red no podía imaginarse a Raffe abandonando a Neve tan pronto después de la coronación. No cuando cada parte de su cuerpo gritaba que lo estaba pasando mal, no cuando sus sentimientos eran tan evidentes. Cuando Raffe y Neve estaban en la misma habitación, el único momento en el que se quitaban el ojo de encima era cuando pillaban al otro mirando.

El hecho de que se hubiera ido hizo que la inquietud del estómago de Red subiera arrastrándose hasta su garganta.

Arick le pasó a Neve un plato lleno y ella lo cogió sin energía.

—Hacía mucho tiempo que no volvía a casa —dijo él, con una risa seca y breve—. ¿Puedes culparlo por querer estar allí, en vez de congelarse en Valleyda? —Arick llenó otro plato y se lo pasó a Red.

Lo cogió y lo apoyó sobre su regazo.

—Supongo que no.

—Habéis estado a punto de encontraros —dijo Neve—. Se fue hace tres días.

—Me duele no haber podido despedirme.

Neve cerró los ojos y volvió a concentrarse en su plato. Cogió el tenedor,

pero no se lo llevó o la boca.

Arick observó a Neve con auténtica preocupación, pero, cuando volvió a mirar a Red, sus ojos eran fríos. La miraba como si percibiera su culpa, como si quisiera que sintiera más aún.

Red no sabía cómo comportarse, cómo debía actuar. El marco de aquellas relaciones se había distorsionado en su ausencia, había cambiado sutilmente de alguna forma que no lograba comprender.

Comió rápidamente y sin saborear la comida. Bebió un sorbo de vino. Era meduciano, claro, y se le subiría a la cabeza con un solo trago. Ya se había acostumbrado a aquella bebida aguada que Eammon le compraba a Valdrek.

Eammon. Cada vez que pensaba en él, el recuerdo se le clavaba como una espina.

La noche cayó al otro lado de la ventana y unas velas titilantes proyectaban la única luz que quedaba. Hacía que los ángulos de la cara de Arick se desdibujaran, volviéndolo casi irreconocible.

—Seguro que tienes muchas aventuras con las que entretenernos, Red. —Arick bebió un sorbo de su vino y se reclinó en la silla, haciendo que su cara quedara oculta por las sombras—. ¿Qué cosas terribles te has encontrado en el Bosque Salvaje?

Red bebió un trago largo, de una forma impropia para una dama.

—No todo es terrible.

—Supongo que para ti no. —Lo dijo Neve, todavía inmóvil y callada. Apenas había tocado la comida.

La de Red sabía a ceniza. Apartó el plato.

Arick posó una mano en la rodilla de Neve para tranquilizarla, solo un instante.

—Háblanos de ello, entonces, si no era tan terrible. —La luz de las velas brillaba reflejada en sus dientes—. ¿Es menos aterrador después de que el Bosque Salvaje te atrape?

«Más». Pero Red no podía decir aquello, no delante de Neve. Su hermana había estado asustada y había intentado ayudar, aunque su ayuda solo había servido para afilar una cuchilla peligrosa.

Y había algo extraño en aquella pregunta. Algo malintencionado.

—Allí hay un crepúsculo eterno. —Red dejó que su voz adoptara la cadencia de los cuentos; quería contar la parte bonita y dejar a un lado lo más escabroso—. Las paredes de la fortaleza están cubiertas de musgo. Hay árboles tan altos como una casa. Y niebla, siempre hay niebla.

Neve la miró con los ojos oscuros muy abiertos. Red tuvo un recuerdo agridulce: las dos juntas, cuando eran niñas, cautivadas escuchando un cuento sobre el Bosque Salvaje, ilustrado en el cristal de las ventanas. Sintió que algo se le encogía dentro del pecho.

—¿Y cómo es él? —Arick pasó la mirada por la capa, sonriendo—. No hay

precedentes de que ninguna segunda hija haya regresado. ¿Tanto os odiabais el uno al otro?

—No. —Su voz se quebró. Había sonado demasiado cortante como para parecer despreocupada.

Arick no dijo nada. Seguía teniendo la cara oculta por las sombras, pero Red pudo ver su sonrisa. Junto a él, Neve se mordisqueaba el labio.

El peso del agotamiento aplastaba a Red como si fuesen piedras. Entre el vino y aquel viaje extraño, le costaba mantener los ojos abiertos. Ni siquiera fue capaz de articular las formalidades para excusarse.

—¿Dónde quieres que duerma, Neve? Seguro que habéis utilizado mi habitación para cualquier otra cosa.

—No. —La mirada de Neve era casi tímida—. Está exactamente como la dejaste.

Red se mordisqueó la comisura de la boca.

Como si aquello fuese una señal, Arick se puso en pie.

—Kiri quiere que te reúnas con ella en el santuario, Neve. —Un músculo de su mandíbula se estremeció y su mirada se volvió de piedra por un instante—. Te acompañaré, por supuesto.

Por fin. Red se enderezó, expectante.

—Iré en un momento. —Neve dirigió la mirada hacia Red y luego la apartó, levantándose con ayuda de la mano que le ofrecía Arick—. Primero quiero que Red se acomode.

—Me encantaría ir contigo al santuario. —Había sonado demasiado ansiosa. La cara de Arick se ensombreció. Red se encogió de hombros—. Me da igual lo que tengáis que hacer allí. Así podremos pasar más tiempo juntas.

Lejos de animarse, Neve cerró los ojos en un parpadeo cansado que hizo que hundiera los hombros.

—No. Ahora no. —Se enderezó, sacudiéndose de encima aquella tristeza que la invadía—. Además, seguro que estás agotada.

Red sabía reconocer cuándo había perdido una discusión. Asintió.

—Mañana, entonces.

La reina y el consorte electo se lanzaron una mirada.

—Mañana —aceptó Neve.

Arick se giró y le hizo una reverencia sencilla a Red.

—Loba. —Luego se fue, desapareció entre las fauces oscuras del pasillo.

Neve la guio por el trayecto corto hasta la habitación de al lado. No había cambiado nada desde la mañana en que Red se había ido. Su camisón todavía estaba arrugado en una esquina.

La madera de su viejo armario estaba pintada de blanco y plata; era muy diferente a aquella cosa llena de arañazos que había en la habitación que compartía con Eammon en la fortaleza. Neve hizo un gesto hacia él.

—Tu ropa está ahí, todo lo que puedas necesitar. —Se dirigió a la esquina

y recogió el camisón tirado en el suelo—. Al menos hice que cambiaran las sábanas, así que deberías estar cómoda.

El ambiente parecía pesado, como si hubiera algo pendiente.

—Te he dicho la verdad, Neve —dijo Red por fin, incómoda, de pie en el centro de una habitación que ya no sentía como suya—. He vuelto a Valleyda porque quería verte.

Neve le devolvió un sonido sin ninguna alegría.

—Lo dices como si fuese una gran aventura, en lugar de simplemente regresar a tu hogar.

—Este ya no es mi hogar.

El camisón que tenía Neve en las manos ondeó. Aquella fue la única señal de que le temblaban las manos.

—Ya veo. —Había muchos matices en su voz, una profundidad que esas dos palabras no alcanzaban a reflejar. Pero, cuando alzó la vista para mirar a Red, en sus ojos no había lágrimas, solo un brillo de determinación. Le pasó el camisón—. Te veré por la mañana. Entonces iremos al santuario.

Neve salió de la habitación a toda prisa, casi huyendo de allí, y su falda lanzó destellos al cruzar el marco de la puerta. Red se quedó sola en Valleyda por primera vez desde que había vuelto, y hasta el mismo aire parecía hostil.

El camisón le entraba a la perfección, pero la tela picaba. Su cama olía a rosas, muy diferente al aroma a café y hojas al que ya se había acostumbrado. Red era como una pieza deformada de un rompecabezas: sus cambios eran demasiado sutiles para verlos, pero suficientes para que no pudiera volver a encajar en el lugar que había dejado.

Aun así, se quedó dormida en cuanto cerró los ojos y dejó que el agotamiento la arrastrara hacia la oscuridad.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Red ya conocía los movimientos de Eammon: los había ido registrando en los momentos en que fingía estar dormida, observándolo a través de sus párpados medio cerrados.

Lo que se movía en aquella habitación no era Eammon. El aire olía raro, como a flores, a lluvia. El movimiento se detuvo y Red oyó un susurro femenino y extraño.

Enseñando los dientes, se levantó de golpe del sofá con los dedos doblados como garras.

Vio unas paredes blancas, un destello plateado y las caras aterrorizadas de tres doncellas. No había ningún bosque ni tampoco fortaleza.

Ni Eammon.

La doncella que estaba más cerca de ella se recompuso y se enderezó, con una sonrisa conciliadora. Le hizo una reverencia, pero en sus ojos todavía tenía el brillo de una presa que se sentía acorralada. Tras ella, las otras dos se llevaron las sábanas al pecho y observaron a Red como si las fuera a atacar, como si fuese una criatura rabiosa del Bosque Salvaje.

No se equivocaban del todo.

Red se apartó el pelo enredado de los ojos e intentó sonreír. Eso pareció asustarlas aún más.

La primera de ellas se armó de valor y habló:

—Buenos días, mi señora Loba. La reina ha solicitado que os reunáis con ella cuando estéis preparada.

Por fin había llegado el día en que iría al santuario. Podría ver lo que

estaba haciendo Neve y buscar la forma de arreglarlo.

¿Qué pasaría cuando lo hiciera? ¿Qué quedaría de ellas, qué pedazos podrían recoger y recomponer?

—Tenéis el desayuno en la mesa —dijo una de las otras, como si todas tuviesen una valentía colectiva—. Y ropa en el armario.

—Gracias. —Red estaba de pie, incómoda, con los brazos cruzados sobre el pecho. Las tres la miraban boquiabiertas, como si fuese una leyenda que había cobrado vida, como si no se creyesen del todo que existiera.

No había echado de menos aquel sentimiento.

Su capa estaba sobre el respaldo de la silla alrededor de la que se encontraban las doncellas, y la mirada que le echaron le confirmó que era aquello por lo que susurraban. Sus miradas mantenían una conversación silenciosa. Luego, la primera que había hablado se giró hacia Red.

—Habíamos oído que habíais vuelto con una capa distinta —dijo con voz tranquila, a pesar de que tenía las manos entrelazadas—. Una que estaba bordada. Como una capa nupcial.

Claro que lo habían oído. Se había paseado por el palacio vistiéndola y le había dicho a Noruscan que la llamara Loba. Los expertos en rumores de la corte habrían atado cabos. Red asintió con un movimiento cansado.

Los tres pares de ojos se abrieron más aún, cosa que no creía que fuese posible. Se miraron unas a otras, confundidas, y una de las doncellas que habían estado más calladas dio un pequeño paso adelante.

—Entonces, ¿os… os habéis casado con el Lobo?

«Lobo» y «monstruo» eran palabras intercambiables en aquel tono. Red se puso tensa, aunque ella habría hecho lo mismo no mucho tiempo atrás. ¡Qué injusta era la forma en que se había manipulado la historia!

—Así es. —Red se dirigió al armario. Las doncellas se movieron al unísono, apartándose de ella como un banco de peces.

La más valiente volvió a hablar:

—¿No es malvado?

—No. —Red sacó el primer vestido que agarró. Era del color del bosque, bordado con un hilo blanco que le recordaba a unas cicatrices—. No es más malvado que cualquier otro hombre. Mucho menos que la mayoría.

Silencio. Red no las miró; no quería ver si la expresión de sus caras era de sorpresa, de incredulidad o de algo intermedio.

—Podéis iros. Soy perfectamente capaz de vestirme sin ayuda.

Cruzaron la puerta arrastrando las faldas, pero la más valiente se quedó bajo el dintel.

—¿Os dijo por qué tienen que ir las segundas hijas al Bosque Salvaje? —preguntó—. ¿La verdad?

Algunas cosas eran difíciles de explicar, demasiado pesadas para que pudiera cargar con ellas alguien sin demasiada convicción. Y Red ni siquiera

tenía tiempo para intentarlo.

—Porque los monstruos son reales —respondió—, y a veces incluso el Lobo necesita ayuda.

La doncella abrió los ojos de par en par. Hizo una reverencia rápida y torpe y desapareció al otro lado de la puerta.



La temporada de floración en Valleyda siempre era corta. El verano se veía truncado por el frío del norte, y para cuando llegaba el otoño, las plantas ya estaban por lo general más marrones que verdes. Aun así, era extraño que los jardines estuvieran muertos casi por completo. Los setos no eran más que unos montones de ramitas secas, y en las jardineras solo había hierba seca. Incluso las flores más resistentes, que solían aguantar hasta la primera nevada, colgaban débiles y casi sin color.

Neve la esperaba bajo un arco sin flores. Unas sombras de agotamiento destacaban bajo sus ojos, pero, cuando vio a Red, esbozó una sonrisa.

—Tienes buen aspecto.

Red había utilizado el lavabo que había en la habitación de Neve para limpiarse la suciedad de la mandíbula y para desenredarse el pelo. Era la primera vez en mucho tiempo que Red se había mirado en un espejo con intención de verse a sí misma, y los cambios eran evidentes. No tenía los ojos tan hundidos como antes y su boca no era tan fina. La línea de sus hombros estaba torcida, como si cargara con el peso de algo. Aquello le había recordado a Eammon y había tenido que cerrar los ojos un instante.

Red le hizo una reverencia en broma.

—Hacía mucho que no me ponía un vestido —dijo, jugueteando con el bordado de su manga.

—Es muy propio de ti reaparecer vestida como una cazadora de un cuento de hadas. —Neve sacudió la cabeza, con los labios torcidos en una sonrisa burlona—. Me sorprende que ninguna de las doncellas se haya desmayado ante tanta indecencia.

—Indecente o no, vestirse como una cazadora de un cuento de hadas es mucho más práctico.

La sonrisa de su hermana desapareció.

—Para deambular por el Bosque Salvaje, supongo que sí. —Su voz abrió un frente de batalla. Red perdió el ánimo.

Neve se giró para avanzar por el camino y Red fue tras ella. Caminaban en un silencio tan frío como el aire del otoño. Las ramitas de un seto marchito arañaron el brazo de Red al pasar junto a él. Casi podía ver cómo las hojas se

secaban, meses enteros de descomposición concentrados en apenas unos segundos. Un olor extraño hizo que arrugara la nariz. Era frío y, de alguna manera, familiar. La idea le daba vueltas en la cabeza: era algo que debería poder identificar, pero no lograba atar todos los cabos para llegar a una conclusión.

—¿Qué les pasa?

Los hombros de Neve se tensaron, pero respondió con una voz agradable:

—Ha sido un otoño duro.

El otoño acababa de empezar, pero Red no le dijo nada. Una hoja cayó desde el seto hacia el camino de adoquines. Frunció el ceño y le dio un golpecito con el pie. La hoja se arrugó hasta convertirse en polvo, y solo dejó atrás una estructura frágil recorrida por una especie de encaje muerto.

—Ya sé que los jardines no tienen muy buen aspecto —dijo Neve—. Debería pedirle a alguien que los arreglara. Pero realmente nadie viene por aquí, a no ser que se dirijan al santuario.

Al oír la mención al santuario, algo pareció tirar de las dos, haciendo que se enderezaran y se alejaran la una de la otra. Se hizo el silencio entre ellas, radiante y frágil como el hielo en la primavera.

Cuando Neve se estiró y agarró la mano de Red, su palma estaba resbaladiza por el sudor.

—Mi intención siempre fue salvarte. —Su sinceridad podía cortarla en pedazos—. Todo lo que he hecho ha sido para ayudarte.

—Neve, ya te lo he dicho. —La voz de Red sonaba reconfortante, con una amabilidad fingida, y odiaba que fuese así. ¿Acaso no le había hablado así su hermana una infinidad de veces? ¿Cómo un animal que se retorcía en una trampa y solo conseguía hacerse más daño?—. No necesito que nadie me salve. Eammon es un buen hombre y me necesita. Entiendo por qué lo has hecho, pero si le haces daño al Bosque Salvaje…

—Te lo hago también a ti. —Neve había cerrado los ojos cuando Red había mencionado a Eammon. Los mantuvo así y los apretó con más fuerza—. Si le hago daño al Bosque Salvaje, te lo hago también a ti.

—Sí. —Red no estaba segura de qué más podía decir.

—Debería haber contado con esto. —Neve soltó lentamente la mano de Red, como si estuviera dejando algo sobre una tumba—. Intentaron avisarme de que el bosque no te dejaría ir tan fácilmente. No importa si es el hijo o el padre, el Bosque Salvaje convirtió a los Lobos en monstruos y ahora él te ha atrapado a ti.

—Lo único que ha hecho Eammon es estar vinculado al bosque por culpa de un pacto en el que él no tuvo nada que ver. —Red se cogió la manga y la levantó para que la luz del sol iluminara su marca—. Si eso lo convierte en un monstruo, ¿en qué me convierte a mí?

No hubo respuesta. El ambiente estaba tan tenso que casi vibraba.

Las sombras bajo los ojos de Neve se hicieron más profundas y dejó escapar un suspiro que hizo que se le encorvaran los hombros.

—Querías ver el santuario.

Casi se le había olvidado, con aquel ataque de rabia. Red asintió, pero no se bajó la manga. Los zarcillos de su marca se retorcían bajo su piel, crueles y tan sólidos como la tinta.

—Vamos, pues. —Neve empezó a avanzar por el jardín, deslizándose bajo unos arcos llenos de espinas que en otro tiempo habían tenido flores.

Se detuvo en la entrada de piedra y miró a Red sobre su hombro. El remolino de emociones que se reflejaban en su cara era difícil de interpretar, tristeza, esperanza, miedo y alivio.

—Deberías encender una vela —dijo con voz suave—. Deberías rezar.

—No quiero rezar.

Neve tragó saliva, moviendo visiblemente su estrecha garganta.

—Hazlo por mí, entonces. —Luego desapareció en la oscuridad.

Red cerró los ojos y cogió aire, temblando. Podía encender una vela si Neve se lo pedía. Nadie más sabría que estaría maldiciendo a los reyes mientras la encendía.

Se adentró en el santuario.

No había nada diferente. Quizás había sido estúpido pensar que sería tan sencillo, que lo que tenía que encontrar y revertir iba a estar a simple vista.

Pero, al echar un segundo vistazo, vio algunos cambios sutiles. Unas velas de un color gris oscuro titilaban en los salientes de los altares, junto a los pies de mármol de la estatua de Gaya. Red frunció el ceño; recordaba que antes eran de color carmesí. La oscuridad que había detrás de la estatua, aquella segunda sala con la cortina traslúcida y los fragmentos de centinelas, parecía estar ahora en una zona más profunda, como si la caverna hubiera crecido.

Y no veía a Neve por ninguna parte.

El temor se apoderó de la garganta de Red. Avanzó lentamente entre las estatuas talladas de las segundas hijas y los cinco reyes.

—¿Neve?

—Estoy aquí. —La voz de su hermana provenía de detrás de la estatua, amortiguada por la cortina. Se acordó del día antes de irse: Neve entrando a toda prisa por la puerta iluminada por la luz de la mañana, derramando la cera de la vela y suplicándole por última vez que huyera, con la voz ronca.

Ahora Red tenía ganas de huir.

Con cautela, se adentró más en el santuario. Cogió la cortina, y la luz de la vela titiló por encima de sus manos cuando la apartó.

La caverna que había detrás era enorme, mucho más que antes. Pero aquello no fue lo que hizo que sintiera una sacudida en lo más profundo de sus entrañas, lo que hizo que se quedara con la boca abierta.

Fueron los centinelas.

Sus ramas atravesaban el suelo de piedra mientras las raíces, podridas y cubiertas de sombra, se extendían hacia el techo. Era un bosque que crecía en la dirección equivocada. Unas manchas de color escarlata marcaban la corteza blanquecina: las huellas de unas manos.

Estaban clavados en la piedra y regados con sangre. Eran centinelas, pero invertidos y retorcidos para poder liberar aquella magia que había creado las Tierras Sombrías. Habían atrapado al Bosque Salvaje y lo habían convertido en algo terrible, habían mancillado su poder con la misma oscuridad que debía reprimir. Lo habían hecho pedazos para recolectar sus frutos.

En lo más profundo del pecho de Red, su fragmento de bosque lloraba con un grito silencioso que le sacudía los huesos y le agarrotaba los músculos.

No se dio cuenta de que había caído de rodillas hasta que golpeó la piedra. Sintió un dolor intenso, aunque no era nada comparado con aquel daño que hacía retumbar al Bosque Salvaje. Oyó un lamento agudo que reverberaba alrededor de sus oídos, el de Red y los centinelas protestando al unísono.

—¿Lo ves? —La voz de Kiri era fría e indiferente. Red la vio a través de sus ojos nublados por las lágrimas: una mancha de piel blanca y pelo rojo junto a los árboles enfermos, los mismos colores de la corteza y la sangre—. Sabía que sería más evidente aquí, en nuestra pequeña arboleda. El Bosque Salvaje sigue en su interior, Neveriah, y si la quieres de vuelta, tendremos que arrancárselo. —Sus ojos centellearon, con la mirada fija en Red como la de un depredador—. Eso debilitará aún más la maldición del bosque, destruyendo el vínculo. Podría ser una bendición.

Neve tenía la cara demacrada, pero apretaba la boca con determinación y en sus ojos brillaba un amor atormentado.

Aquello lo hacía todo aún peor, aquel amor.

—No lo hagas. —Red sacudió la cabeza, aunque el movimiento fue una tortura, con aquel hilillo de magia rebelándose y revolviéndose en su interior —. Neve, no hagas esto.

Oyó el susurro de una sombra que goteaba desde las raíces que había por encima de sus cabezas, una putrefacción líquida. Cada vez que caía una gota al suelo, las venas de las muñecas de Kiri y Neve se volvían negras.

Y Neve no respondió.

Red vio un destello plateado: el cuchillo que había sacado Kiri de su manga.

Se lanzó hacia delante con la hoja en alto y lanzó un tajo hacia el antebrazo de Red, que tuvo la suficiente claridad mental como para apartarse rodando. Consiguió evitar que le hiciera un corte profundo, pero el cuchillo la rozó lo suficiente para hacerla sangrar. Se colocó la otra mano sobre la herida mientras la voz de Eammon resonaba en sus oídos: «No derrames tu sangre donde los árboles puedan probarla».

De repente, el lamento de los árboles invertidos se detuvo, como si

hubieran oído el corte.

Como si pudieran oler su sangre.

Kiri apartó con fuerza la mano de Red y observó la herida.

—No puede ser… —murmuró con una cadencia que estaba lejos de la cordura y con una voz cada vez más aguda—. ¡No puede ser! ¡Todas las segundas hijas están vinculadas! —Volvió a levantar el cuchillo.

—¡Kiri! —Neve tenía la voz cansada, como si hubiera tenido que sacarla de algún rincón oculto. Cada línea de su cuerpo reflejaba su indecisión, su mente cambiaba de dirección demasiado rápido para que su cuerpo siguiera el ritmo. Estiró las manos y abrió los ojos de par en par mientras la oscuridad se acumulaba en sus muñecas.

Pero Red no tenía tiempo de averiguar si era aquello lo que había querido Neve o si había escapado a su control, estaba escuchando el silencio de los centinelas invertidos y recordando las palabras de Eammon mientras intentaba trazar un plan a toda prisa.

Kiri siguió gritando, enfurecida:

—¡Si tengo que arrancarte el corazón para encontrar las puñeteras raíces, lo…!

Red estiró la mano hacia arriba y le quitó el cuchillo, demasiado rápido como para que Kiri pudiera reaccionar. Le enseñó los dientes y se pasó la hoja por la palma de la mano, haciéndose un corte tan profundo que casi podía ver el brillo blanco de su hueso. Solo había hecho aquello una vez, y no sabía cuánta sangre iba a necesitar. Entonces, con un gruñido animal, apretó la mano contra el suelo.

—¡Venga! —le gritó al Bosque Salvaje—. ¿No es esto lo que querías? ¡Ven a por mí! ¡Coge todo lo que necesites, maldita sea!

Hubo un momento de indecisión, como si el Bosque Salvaje se estuviera cuestionando a sí mismo, como si tuviera que decidir cómo utilizar la ofrenda que tenía ante él. El fragmento de magia que había en el interior de Red floreció, pero volvió a marchitarse al instante, cargado de incertidumbre.

Y entonces Red supo, de alguna manera, que aquello no era lo único que necesitaba el bosque. Que era más complicado que apoyar una mano cortada sobre unas raíces. Todavía había una pieza que no había logrado encajar, una necesidad más allá de la simple curación. Otro factor más en aquella relación compleja y enredada de los árboles y las segundas hijas. Algo que el bosque no le arrebataría, a no ser que Red entendiera exactamente lo que era y cuál sería su coste, y aun así decidiera ofrecérselo.

«Esperaremos a tu elección», le había dicho cuando había salido de entre los árboles. Era lo que había decidido el bosque aquella noche en el claro. En otro tiempo, el Bosque Salvaje se había llevado cosas que no le pertenecían, y nunca había sido suficiente. Ahora esperaba a que ella decidiera, pero Red debía tomar aquella decisión siendo plenamente consciente de lo que

significaba, no podía hacerlo en un impulso de terror y desesperación.

La semilla de su magia se replegó aún más, alejándose del bosque que había fuera. Esperaría.

Todo aquel conocimiento surgió como un torrente desde aquel fragmento de un poder extraño que había llevado con ella durante cuatro años. Red no lograba comprenderlo, aún no, así que siguió apretando la mano contra el suelo, con tanta fuerza que sintió cómo el polvo de roca se le metía dentro de las venas.

—Blasfemia. —Kiri no intentó coger el cuchillo. Estiró las manos; el frío y la oscuridad se acumulaban en sus venas—. ¡Hereje! ¡Criatura impía!

Red cerró los ojos con fuerza, con la mano aún apretada contra el suelo, y esperó a que la golpeara aquella magia gélida e invertida.

Pero no ocurrió nada. Solo oyó un gorgoteo.

Red miró hacia atrás. Kiri estaba suspendida en el aire y Neve le agarraba la garganta. La misma oscuridad que había visto utilizar a la sacerdotisa se acumulaba en las manos de su hermana, tan fría, que podía helarla.

—¿Neve? —La voz de Red sonaba demasiado pequeña.

La expresión en el rostro de su hermana no era de arrepentimiento. La oscuridad se había apoderado del blanco de sus ojos y había devorado también sus iris. Las venas bajo sus párpados eran negras como la tinta.

—No te voy a abandonar —gruñó ella, enseñando los dientes—. No te voy a dejar con él, Red, pero no puedo… Así no.

Todo se quedó en silencio. Red seguía apretando la mano contra el suelo mientras su sangre brotaba hacia los centinelas retorcidos, y ella y su hermana cruzaron las miradas, con las venas teñidas de negro y de verde.

Luego algo retumbó.

Las raíces del techo vibraron y atravesaron la roca que las mantenía sujetas, dejando caer unas nubes de polvo. Una fosforescencia dorada se arremolinaba bajo la corteza invadida por la plagaoscura y absorbía la oscuridad como un vendaje absorbía la sangre. Los centinelas se hundieron y pasaron de ser aquellos árboles hinchados y deformes a convertirse en las ramas que habían sido antes. Una gota de sombra líquida quedó congelada delante de la cara de Red y se agitó, suspendida en el aire, antes de retroceder hacia las raíces que había más arriba: aquella magia invertida se estaba corrigiendo a sí misma.

El agarre de Neve se debilitó y las venas negras que le recorrían la piel cambiaron de color durante un instante. Dejó caer las manos y la suma sacerdotisa, ahora libre de su agarre gélido, se enfrentó a ella con un chillido.

—¡No vas a detenerlo! —Kiri gritó con la mirada encendida. Lo único que había en sus ojos era locura y vacío—. ¡No nos vas a arrebatar a nuestros dioses!

Levantó la mano para golpearla, reuniendo fragmentos de aquel poder oscuro e inestable, pero entonces una roca cayó desde lo alto. Kiri cayó de

bruces y se perdió de vista. Neve desapareció en una nube de polvo y se desplomó hacia un lado con los ojos en blanco.

Las raíces se soltaron del techo y lo desestabilizaron. El suelo tembló cuando las ramas desnudas que atravesaban la piedra retrocedieron. Sonaba como un terremoto y parecía el apocalipsis. Los bordes de la visión de Red se oscurecieron; tenía la mejilla apoyada sobre la piedra que se hacía pedazos y su mano iba dejando una mancha de sangre en el suelo. Lo único que quería era descansar, quedarse quieta…

Se desprendió otra roca y cayó sobre la mano sana de Red. Soltó un grito cuando se le destrozaron los huesos, pero aquella conmoción fue suficiente para que se pusiera en marcha. La adrenalina la ayudó a apartar la piedra y a ponerse en pie tambaleándose. A trompicones, intentó dirigirse al sitio donde había visto a su hermana por última vez.

—¡Neve!

La única respuesta fue el suelo viniéndose abajo; el único sonido, el de la piedra resquebrajándose.

—¡Neve! —Estaba luchando por contener un llanto tan quebrado como los huesos de su mano destrozada.

El techo no aguantaría mucho más. Cayeron unos trozos más grandes, que se agrietaban al chocar contra el suelo, y el hueco de la puerta se hacía cada vez más pequeño a medida que se apilaban los restos a su alrededor. Conteniendo otro sollozo, Red echó a correr hacia la estrecha salida y pasó junto a las segundas hijas de piedra y las velas encendidas, ensangrentada y rota.

Sus rodillas golpearon los adoquines del exterior del santuario. Intentó ponerse en pie y fracasó. Dejó escapar un grito entre dientes. El dolor le llegaba en oleadas.

—¿Redarys?

Las botas de Arick llenaron su campo de visión cuando se agachó, a la luz del sol del otoño. Su voz era áspera y entrecortada.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está Neve?

Red no respondió. En lugar de eso, se fijó en los adoquines que había tras él. En lo que no estaba allí. El dolor le hizo ver las cosas claras, hizo que su voz dejara al descubierto la realidad:

—No tienes sombra.

Arick se detuvo. Entonces algo la golpeó con fuerza en la sien y el mundo se volvió negro.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Unos ojos ambarinos y una boca suave, un pelo negro que envolvía sus dedos… Red no quería despertarse, ni siquiera cuando unas gotas de agua fría le cayeron en la nuca y las piedras se le clavaron en la espalda. Pero lo hizo. Despegó los párpados y el dolor volvió a aparecer mientras los sueños con Eammon se desvanecían.

Unas paredes húmedas de piedra, barrotes de metal. Era una mazmorra.

Lógicamente, sabía que había mazmorras bajo el palacio de Valleyda, pero no recordaba que se hubieran utilizado nunca. El techo estaba a pocos centímetros de su cabeza y una solitaria antorcha titilante proporcionaba la única luz. En aquella penumbra, apenas podía distinguir la celda que había al otro lado de un pasillo estrecho y húmedo. Un grupo de sombras acechaban desde detrás de los barrotes.

Red se atrevió a mirarse la mano. Estaba hecha un desastre, retorcida en unos ángulos terribles. Todo lo que había bajo su piel estaba doblado de una forma incorrecta. La otra mano, la que se había cortado, tenía un color escarlata y estaba inflamada y pegajosa por la sangre. El dolor se transformó en náuseas: tuvo una arcada, pero no llegó a vomitar.

Apretando los dientes, Red colocó su mano lacerada contra la pared. Tras ella, podía sentir las raíces profundas de las plantas que había más arriba, la hierba y la maleza que se extendían bajo la tierra. Dejó escapar un suspiro entrecortado y dobló los dedos lentamente, en busca del delgado hilo retorcido de magia que tenía en el pecho, para ver si conseguía atraerlas hacia ella; solo era una prueba.

La magia despertó, pero casi sin fuerza. Lo suficiente para que Red la sintiera, pero no para que la utilizara. No bastaba para influir en las plantas que había al otro lado de la pared. Dejó caer la mano.

Cerró los ojos con fuerza, intentando reconstruir aquellos recuerdos que había destrozado el dolor, darles algún sentido para entender el camino que la había llevado hasta allí. Arick le había preguntado por Neve. Luego la había golpeado en la sien con la bota. La había llevado a una mazmorra, donde a nadie se le ocurriría buscarla.

Y no tenía sombra.

Notaba cómo la desesperación se le agolpaba en el fondo de la garganta. Red volvió a doblar los dedos que no tenía rotos, intentando convencer sin éxito al fragmento de su poder.

—Es por las paredes.

Arick avanzó a grandes zancadas por el pasillo lleno de humedad, iluminado por una antorcha titilante, con las manos cruzadas a la espalda. Se movía de forma diferente. Antes, Arick caminaba como si el mundo fuera a esperar por él, despreocupado y lánguido; ahora, su postura era casi militar. La luz tenue no le reveló nada sobre su sombra.

Red tragó saliva con la garganta completamente seca.

—¿Qué?

Arick dio unos golpecitos con los nudillos en la pared que había junto a los barrotes de forma despreocupada.

—Esto atenúa la magia. No estoy seguro de cómo funciona, la verdad. Valchior era un rey cruel y no le gustaba que nadie fuese mejor que él a la hora de utilizar la magia, cuando todavía se podía usar libremente. Y sigue sin gustarle. —Dio otro golpecito y volvió a colocar las manos a la espalda de forma majestuosa, a pesar de la humedad de aquel lugar—. En cualquier caso, no compartió sus secretos con el resto de nosotros.

A Red le dolía la cabeza, y aquel sinsentido hacía que le palpitara con más fuerza.

—Me has dado una patada.

—Sí. —No parecía arrepentido—. Le has hecho daño a Neve.

Neve. Red levantó la mirada, con un brillante y repentino rayo de esperanza en los ojos.

—¿Está viva? ¿Ha conseguido salir?

Arick abrió la boca para responder, pero otra voz se le adelantó:

—No gracias a ti.

Una figura delgada dio un paso hacia aquella luz efímera. Kiri. Tenía dos marcas azuladas a ambos lados del cuello, allí donde la había agarrado Neve, y su voz era un susurro ronco.

—Ya hace tiempo que has dejado de sernos útil, segunda hija. Ahora no eres más que un lastre.

—Kiri. —Los ojos de Arick tenían un brillo aburrido—. Cállate.

Red sentía que todo su cuerpo era un nudo de agonía. Dirigió la mirada hacia la cara de Arick en busca de un rastro de amabilidad, de algún eco del hombre que había conocido. Pero él la observaba como a un animal enjaulado; era consciente de su dolor, pero no sentía nada más que una leve curiosidad.

Tras él, en la celda medio iluminada, la masa hecha de sombras se movió.

Red apretó los ojos al sentir una punzada de dolor en sus manos heridas.

—Neve está viva. —Si no lo formulaba como una pregunta, la respuesta no podía ser «no»—. Está bien.

—Está a salvo. —La voz de Arick tenía un tono extraño, dulce—. Tan a salvo como puedo hacer que esté.

Aquello, al menos, le provocó una sensación de alivio.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué es este lugar?

—Un sitio para las criaturas que conspiran contra nuestros dioses. —Kiri levantó el labio, haciendo una mueca desdeñosa—. Criaturas como tú.

Arick tensó la mandíbula.

—Los salvaremos. —La sacerdotisa levantó la mirada hacia el techo de la mazmorra, lleno de moho y putrefacción, con la mirada de alguien que observaba algo sagrado. Se llevó las manos al pecho como si su corazón fuese algo que podía acunar—. Ahora que estás aquí, ahora que sabemos que estás vacía y que el Lobo se ha quedado solo. Hemos debilitado al Bosque Salvaje; pronto llegará su momento. Nuestros reyes regresarán y nuestra recompensa será grandiosa. —Dirigió su mirada enloquecida hacia el hombre e inclinó la cabeza a modo de reverencia—. Todos y cada uno de nuestros reyes, en carne y hueso.

Arick hizo una mueca de desagrado, pero no dijo nada. Arick, que había insistido en pensar en el Bosque Salvaje y los cinco reyes lo menos posible. Arick, a quien le irritaban todas las cosas que se consideraban sagradas.

—No os conviene que vuelvan los reyes. —Red sacudió la cabeza, que le palpitaba de dolor—. Eammon me contó que…

—Por supuesto. —Arick puso los ojos en blanco—. El chico es igual que su padre, confunde la nobleza con la idiotez. Le dije a Ciaran que las cosas acabarían mal cuando él y Gaya urdieron su estúpido plan. Él tampoco quiso escucharme.

Red no fue capaz de retener la información; el dolor ocupaba el espacio que necesitaba en su mente para darle sentido a todo aquello. Pero la mención a Ciaran se quedó clavada en su mente, un runrún que hizo que entrecerrara los ojos. Era el padre de Eammon, y Arick estaba hablando de él como si fuese su amigo.

O su rival.

—Tienes suerte de que el chico haya mejorado su control —continuó Arick—. Intentó mantener las raíces alejadas de las demás, pero al final el

Bosque Salvaje se salió con la suya. Tú eres la primera que ha podido elegir. —Entrecerró los ojos—. Podrías haberte ido en cualquier momento, podrías haber salvado a tu hermana de una vida con el corazón roto. Nunca hubo ningún pedazo del bosque dentro de ti, al menos no lo suficiente como para que importara. No tienes raíces, Redarys. No eres más que huesos y sangre.

Arick se agachó para ponerse a su altura. Sin duda, era por la luz tenue y por la neblina que tenía en la cabeza, pero sus ojos tenían algo extraño, no parecían tener el color adecuado.

—No ibas a dejar que nadie te salvara. —Buscó su mirada con aquellos ojos que no eran del todo correctos—. Eso fue lo que me dijo. Ni él ni tampoco Neve. Estabas dispuesta a ser una mártir.

—Déjala que lo sea, entonces. —Había fervor en la voz de Kiri, en sus manos dobladas como garras—. Solo nos servía para mantener a la reina a raya, y ni siquiera ha sido capaz de hacer eso. —Señaló hacia las marcas de manos en su garganta—. Se ha rebelado, tenemos que…

—Kiri. —Su nombre resonó como un trueno, y la sacerdotisa dejó caer las manos como un niño acobardado. Sus ojos eran dos esquirlas de hielo—. La dejaremos aquí —añadió Arick. Hizo una pausa y el tono de su voz se relajó—. Neve ya ha perdido demasiado. No dejaré que pierda también a su hermana.

Aquello debería haber tranquilizado a Red, pero el rostro de Arick lo dejaba claro: Neve era el único motivo por el que se iba a salvar. Había cierta ironía en aquello, amarga y dolorosa.

—Además —murmuró, casi para sí mismo—, todavía podría sernos útil. Necesitaré una rendición total por parte del Lobo para que esto funcione. —Sus ojos centellearon a la luz de la antorcha con un brillo frío—. Ya está acostumbrado a negociar.

—Arick. —Era un susurro, una plegaria. Red sintió el sabor a cobre de sus labios agrietados—. No lo entiendo…

Detrás de él, aquella forma hecha de sombras se movió en la otra celda. Soltó un quejido.

Kiri se giró, preparada para golpearla, pero Arick levantó una mano extendida.

—No. —Pasó la mirada de Red a la sacerdotisa, pensativo. Luego se encogió de hombros—. Deja que lo vea. Ya estoy cansado de mantener este engaño.

Arick dejó caer el brazo y las líneas de su cara se transformaron, rezumando sombras como si fuera humo.

Red parpadeó, convencida de que el golpe en la cabeza le había afectado a la vista. Pero aquel goteo y la alteración de la cara de Arick continuaron, era como ver agua derramándose sobre un lienzo mojado. Apareció una mandíbula más afilada que la de Arick, bordeada por una barba corta y oscura;

una melena que le caía por debajo de los hombros, de un color entre marrón y dorado; una piel pálida, unos ojos azules. Era hermoso, pero de una forma cruel.

Aquel hombre que ya no era Arick hizo girar los hombros y levantó la comisura de la boca en una leve sonrisa al ver la expresión horrorizada de Red. Junto a él, los dientes de Kiri brillaban con la fuerza de un depredador.

—Pregúntale su nombre —dijo ella en un susurro feroz—. Pregúntale su nombre y tiembla al escucharlo.

El tipo sonrió a Red.

—Creo que ya lo conoce.

—Solmir. —Salió de su boca con una voz ronca pero segura.

El más joven de los cinco reyes asintió.

—Qué astuta. —Dio un paso hacia un lado e hizo una floritura con la mano hacia los barrotes que tenía detrás—. Pero aquí hay otra persona que solicita una audiencia, segunda hija.

Las sombras se juntaron, como si les hubiera dado permiso, y dieron forma a un cuerpo. Unos ojos familiares parpadearon bajo la luz de la antorcha. La cara también era familiar, aunque estaba sucia y manchada de sangre. Las manos de Arick, llenas de cortes, se cerraron sobre los barrotes.

—¿Red?

Red intentó hacer algún sonido, intentó llamarlo, pero lo único que consiguió emitir fue un sollozo. Se apretó la boca con su mano ensangrentada.

—Arick… —murmuró ella. Las lágrimas le limpiaban las mejillas de la suciedad y el polvo—. Arick, ¿qué has hecho?

—Lo que tenía que hacer. —Solmir estaba de pie como un carcelero, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. Vio una oportunidad y la aprovechó. Todos hacemos cosas estúpidas por amor. Para sentir que tenemos algún propósito. —Asintió con la cabeza en dirección a Kiri, que recogió una copa maltrecha del suelo con los bordes manchados con sangre vieja—. Cuéntaselo, Arick. Seguro que querrá escuchar tu asquerosa historia de principio a fin.

Arick cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre los barrotes.

—Hice un pacto —dijo en voz baja mientras Kiri le cogía la mano y le hacía un corte con una daga diminuta—. Fui al Bosque Salvaje y encontré uno de esos árboles blancos cerca de la frontera. Estaba… inclinado. Torcido, como si estuviera a punto de caer, como si la tierra a su alrededor fuera a hundirse. Por eso lo pude tocar. Solo fue una rama, apenas la rocé. —Sacudió la cabeza lentamente—. Aquel zumbido… dolía; era como si alguien hubiera metido todo un aserradero dentro de mis costillas. Pero conseguí acercarme lo suficiente.

—¿Por qué? —Red sacudió la cabeza y vio un fogonazo detrás de los ojos—. ¿Y cómo? El Bosque Salvaje ya no hace pactos, no es lo suficientemente fuerte.

—Pero las cosas que hay en las Tierras Sombrías sí. —No sonaba como si estuviera alardeando, sino agotado. Solmir apoyó la espalda contra la pared.

—Un sacrificio vivo. —Kiri esbozó una sonrisa beatífica—. Directamente desde las venas.

Un líquido negro y escarlata brotó de la palma de Arick. Las sombras se arremolinaban en su sangre mientras se derramaba dentro de la copa.

—Y una vez que se ha utilizado la sangre para negociar con las Tierras Sombrías —continuó Kiri—, también se puede utilizar para invertir el Bosque Salvaje. La sangre mancillada del chico hizo despertar las ramas del santuario y les dio un propósito más noble. Y todas las que ofrecieron su sangre después pudieron cosechar una parte de su poder, tal como se me prometió en mis largos años de oración. —Kiri parecía estar satisfecha, así que empujó la mano ensangrentada y débil de Arick hacia el otro lado de los barrotes y se enfrentó a Red—. ¿Crees que nos has vencido al profanar nuestra arboleda, criatura maldita? ¡No tienes ni idea! Cinco vidas no son…

—Que las sombras nos lleven, mujer. ¿Es que no te callas nunca? —Solmir se cubrió los ojos con una mano de dedos largos. Kiri cerró la boca.

—Por eso no tienes sombra. —El instinto hizo que Red doblara las manos a pesar de sus heridas, y una nueva oleada de dolor le hizo apretar los dientes —. Tú eres la sombra de Arick. Y él es la tuya, cuando necesitas que lo sea. —Sacudió la cabeza, todavía dolorida—. Después de todo esto, ni siquiera estás aquí.

—Oh, sí que estoy aquí. —Solmir dejó caer la mano. Sus ojos centellearon —. Lo suficiente, al menos.

—El árbol blanco fue fácil de localizar. —Arick hablaba con una voz grave, casi arrastrando las palabras, como si estuviera relatando un sueño. Era como un exorcismo, aquella maldita historia no paraba de salir de su boca ahora que había empezado a contarla—. Era mucho más pálido que el resto, parecía hecho de hueso. —Abría y cerraba la mano que le había cortado Kiri como si tuviera espasmos. La herida profunda que tenía en la palma brillaba con un intenso color escarlata y tenía una mancha de putrefacción negra en el centro, de donde salían unas raíces enfermas que le atravesaban la piel—. Derramé mi sangre sobre él. Un sacrificio vivo, tal como me había dicho ella.

Kiri sonrió.

—Y se… abrió. —Incluso en aquel momento, la voz de Arick sonaba aterrorizada, como si no se creyera lo que había hecho—. La rama se lanzó hacia atrás como… como si estuviera viva, como un caballo sobresaltado. Oí un ruido terrible, de algo desgarrándose, y luego un estallido. Y allí estaba él, de pie junto a la línea de los árboles, con las sombras retorciéndose a su alrededor como cadenas. Me preguntó lo que quería y lo que estaba dispuesto a pagar por ello.

—¿Y qué querías? —Red lo sabía, pero preguntó de todas formas.

Arick no respondió, pero agachó aún más la cabeza.

—Quería encontrar la forma de salvarte. —Solmir lo dijo como si aquello le aburriera—. Y me dijo que me daría todo cuanto tenía.

Ay, Arick… Arick, que le había dicho que la amaba una y otra vez, aunque ella nunca se lo había dicho a él. Arick, que había construido un castillo en el aire en el que podrían tener un final feliz, y lo había cimentado con sangre y promesas vacías.

—Al principio Solmir era solo mi sombra. —Arick contaba su historia mirando al suelo húmedo, como si le doliera mirar a Red—. Pero luego…, cuando las cosas…

—No pudo soportarlo. —Kiri hizo girar la copa llena de la sangre de Arick bajo su nariz, como si fuese vino, y respiró hondo—. No pudo aguantar cuando nos dimos cuenta de que tendría que morir gente, la suma sacerdotisa y la reina. Así que intercambiaron sus papeles: uno sería la sombra, y el otro, el hombre.

—Tengo que recordarte que lo de que alguien tuviera que morir fue solo idea tuya —murmuró Solmir—. Pero, cuando ocurrió, Arick quiso… distanciarse de esa situación.

Red notaba el latido de su corazón en la boca y un nudo en el estómago.

—¿Cómo has podido? —Fue apenas un susurro, una pequeña herida en el aire—. ¿Cómo has podido hacerle eso a Neve?

—Lo hizo por ella. —Solmir se apartó de la pared con un gruñido—. Puede que Kiri se haya sobrepasado, pero esto era lo que quería Neve, aunque no lo admita. Estaba tan desesperada por salvarte como Arick. Haría cualquier cosa por ti, Redarys. No te mereces ni una décima parte de su amor.

Red se inclinó sobre los barrotes y golpeó el metal con la mano que no tenía rota. Reconoció la cordialidad que había en la voz de Solmir y las palabras inexpresadas que se escondían tras ella.

—Si le has hecho algo —dijo ella con voz ronca—, te mataré.

Solmir la miró con una expresión inescrutable. Apretó los puños y luego relajó las manos.

—No le he hecho nada —respondió, en una voz tan baja que podría haber escondido cualquier emoción que hubiera en ella.

Tras él, Arick cogió aire de forma entrecortada.

—Solo queríamos salvarte. —Levantó la mirada, con los ojos oscuros y amoratados—. Sobre todo después de saber lo que se avecinaba. Solo queríamos salvarte, Red.

—Pues ya puedes dejar de humillarte. —Ya recompuesto, Solmir volvió a apoyar el pie contra la pared—. Redarys se ha salvado a sí misma.

Red hizo rechinar los dientes.

—Sigo sin saber de qué narices me estás hablando.

—De las raíces. —Solmir puso los ojos en blanco—. No las has aceptado,

aunque es evidente que te preocupas por el Lobo. Parece que eres una mujer práctica. Has aprendido que el amor no es motivo suficiente para echarlo todo a perder. Has decidido salvarte a ti misma.

«Elección».

Pensó en lo que había ocurrido con el Bosque Salvaje en la caverna, cuando había sido consciente de que necesitaba algo más de ella, algo que ya no se dignaba a arrebatarle. Pensó en Eammon soportando los ataques de los centinelas que intentaban atraparla una y otra vez para acabar algo que había empezado hacía mucho tiempo. Pensó en los huesos al pie de un árbol, testimonio de todas las segundas hijas que habían ido antes que ella, consumidas por un bosque desesperado que todavía no había aprendido la lección. No había aprendido que algo arrebatado se marchitaría, mientras que algo ofrecido podría crecer.

Pensó en raíces.

Solmir torció la boca.

—El Bosque Salvaje caerá. El Lobo morirá. Los reyes serán liberados. —Se encogió de hombros con los ojos entrecerrados, y dijo con voz arrepentida—: Y todos conseguirán lo que querían.

Red lo entendió de repente, como una flor nocturna que se abre de golpe al exponerse a una luz distinta.

Placía falta tomar una decisión, y Red ya lo había hecho.

—Las acepto —susurró.

Tres pares de ojos la miraron, confundidos, pero Red no les prestó atención. Intentó reunir toda su concentración y toda su voluntad y tiró del hilillo verde de poder en su interior, haciéndolo florecer, a pesar de aquellas paredes que atenuaban su magia. Sentía como si aquello fuese a matarla; cada latido que impulsaba la sangre por sus venas suponía un desafío, pero siguió tirando.

Red respiró hondo y apretó el borde de la palma que se había cortado contra el hueso de su cadera. Empujó con fuerza hasta que se le volvió a abrir la herida y empezó a brotar sangre fresca. Con un grito ahogado de dolor, golpeó el suelo de la celda con la mano ensangrentada.

Había derramado su sangre y esperaba con todo su corazón que los árboles pudieran probarla.

—Quiero las raíces —dijo con una voz clara y resonante—. Entiendo lo que significa y las quiero de todas formas, porque yo estoy hecha para el Lobo, y los Lobos pertenecen al Bosque Salvaje.

Durante un segundo, los cuatro se quedaron paralizados y en silencio. Luego sonaron un rugido y un temblor: parecía que un millón de piedras se hubieran dado la vuelta al mismo tiempo, como si algo se acercara a toda velocidad por debajo del suelo como una bestia gigantesca asomando bajo la superficie del mar.

Unas raíces que se acercaban a toda prisa desde el norte para introducirse en la herida que las estaba esperando.

El suelo se agrietó cuando las raíces del Bosque Salvaje lo atravesaron y se lanzaron hacia su mano, kilómetros y kilómetros recorridos en un instante para responder a la llamada de su sangre. La primera vez que se apretaron contra el corte de su piel sintió una punzada de dolor, pero después de eso, cuando las raíces penetraron en su interior y se enroscaron alrededor de sus huesos, Red sintió que aquel era su hogar.

El Bosque Salvaje había aprendido algo por fin aquella noche, cuando Eammon había estado a punto de entregarse a él. Una marca, unas palabras talladas en un árbol y un poco de sangre robada ya no bastarían para alimentarlo. Necesitaba que ella eligiera al bosque.

Y que eligiera al Lobo.

Y lo había hecho, poco a poco, desde el día en el que lo había conocido. Había elegido los rizos negros de su cabello y la textura áspera de sus cicatrices, la forma en que levantaba la comisura de su boca cuando Red decía algo que le parecía gracioso, cómo fruncía ligeramente el ceño cuando leía y cómo dejaba escapar un largo suspiro antes de quedarse dormido. Y bien sabían los reyes que también había elegido el sabor de su boca cuando la besaba y la forma en que se aferraba a ella, como la hiedra que recorría las paredes de piedra de su fortaleza.

Había sido la decisión más fácil de su vida.

La semilla de su interior crecía más y más sin que nada la pudiera retener, porque era suya. Suya, por un vínculo de palabra y de sangre.

Era una tormenta silenciosa de raíces, espinas y ramas. El Bosque Salvaje había ido por fin a por ella como un aluvión, pero no como un depredador, sino como la pieza que le faltaba, agradecido por poder encajar por fin en los bordes afilados que le había dejado. El pequeño hilo de poder que le había dado cuatro años antes fue corriendo a reunirse con el resto de sí mismo, y cuando Red respiró hondo, notó el sabor de la tierra fértil, de las plantas y la miel.

Arick, delgado como una sombra, se cubrió la cara con un brazo. Solmir se alejó de la pared y gruñó, enseñando los dientes.

—¡Que las sombras te…!

Sus palabras se perdieron en medio de aquel ajetreo. El poder del interior de Red se unió al poder que había en el exterior, chocaron y florecieron, llenándola de raíces y ramas. El bosque empezó a crecer en los huecos de sus pulmones y trepó por su columna, cubriendo sus órganos con enredaderas y germinando en su médula.

La oscuridad que había detrás de sus párpados tenía forma de hojas. Y cuando desapareció, vio a Eammon. No solo sus manos, ni tampoco el mundo a través de sus ojos: era él, completo, algo que casi podía tocar si estiraba la

mano.

Eammon se sobresaltó, sentado en el borde de la cama, como si la estuviera viendo con la misma claridad con la que ella lo veía a él. La expresión en sus ojos ambarinos pasó de la conmoción al asombro, y después al miedo, mientras se ponía en pie de un salto, estiraba la mano hacia el aire y abría la boca para pronunciar su nombre…

Luego Eammon desapareció y Red volvió a la mazmorra, con un brillo dorado a su alrededor y las raíces del Bosque Salvaje entre sus huesos.

Estiró las manos hacia delante con los dedos torcidos. Las diminutas raíces de la hierba que crecía sobre ellos se alargaron hacia Red, haciendo añicos el techo y provocando una lluvia de polvo de roca.

Kiri intentó protegerse con el cuerpo de Solmir, pero este la lanzó hacia un lado de un empujón, retorciendo sus dedos como si fuesen garras. Las sombras se reunieron, pero Red cargaba con el poder de un Bosque Salvaje completo y sanado, y lo único que tuvo que hacer fue mover una mano en la dirección del rey. Una luz dorada envolvió los puños de Solmir y le enderezó los dedos. Soltó un grito de agonía hacia el techo de piedra cuando la luz consumió su magia fría y la neutralizó.

—La abandonarás. —Solmir apretó los dientes y sus ojos azules centellearon bajo la luz de Red—. Te quedarás atrapada en el Bosque Salvaje para siempre. Lo estás eligiendo a él antes que a tu hermana.

Aquello hizo que Red sintiera que su corazón era demasiado grande para su pecho; cada latido golpeaba las enredaderas y las flores de su interior con un golpe seco y doloroso.

—Si el Bosque Salvaje cae y las Tierras Sombrías se abren paso, los perderé a los dos.

—Entonces tienes poca fe en ella. —Seguía siendo un gruñido, pero había algo apenado en él—. Neve se ha acostumbrado a las sombras más de lo que crees.

Red enseñó los dientes al oír de nuevo aquella amabilidad en la voz del rey. Apretó el puño y lo sacudió hacia un lado.

La luz que envolvía las manos de Solmir lo lanzó en la dirección que había deseado Red, y se golpeó la cabeza contra una roca que había caído del techo. Cayó junto a Kiri y se quedó inmóvil.

Toda la mazmorra quedó bañada por el brillo de Red, pero ya empezaba a sentir el dolor: las raíces tiraban de ella hacia el Bosque Salvaje, los árboles la atraían como si estuvieran recogiendo la cuerda de una cometa. Cayó más polvo del techo; el ruido de las rocas rompiéndose era una sinfonía disonante.

Arick se había desplomado contra la pared y casi parecía un cadáver. Sus ojos estaban demacrados y tenía los pómulos afilados. Se encogió con un gesto de dolor, como si Red le estuviera haciendo daño en los ojos.

Red estiró la mano.

—¡Ven conmigo!

Una piedra cayó del techo y debería haberlo golpeado; en lugar de eso, cayó al suelo como si Arick estuviera hecho de humo, como si en ese momento él fuese la sombra.

Él sacudió la cabeza.

—No puedo, Red. —Una lágrima le cayó por la mejilla y le limpió la suciedad—. Estoy unido a él. No puedo irme.

—Por favor. —Estiró las manos entre los barrotes como si así pudiera sostener su mano ensangrentada, suplicándole, aun sabiendo que era imposible—. Por favor.

—Vete, Red. —Cayó otra roca, otra lluvia de polvo—. ¡Tienes que irte!

Sollozando por dos tipos distintos de dolor, Red volvió a doblar los dedos. Las raíces de la hierba se enroscaron alrededor de los barrotes con una fuerza imposible, gracias a la magia del Bosque Salvaje. Los rompieron, arrancándolos de la piedra con un ruido terrible. Red atravesó el agujero, apretándose entre la pared y las piedras que ya habían caído, con los pies descalzos y ensangrentados.

Neve. Tenía que encontrar a Neve. Red cerró los ojos y echó a correr a ciegas por el pasillo como si el brillo dorado de las raíces pudiera guiarla hacia su hermana. Sentía punzadas de dolor en los brazos y las piernas, pero apretó los dientes e intentó ignorarlas. Más adelante, una rejilla dejaba pasar la luz de las estrellas, que iluminaba el suelo. Red se abrió paso hacia allí. La mano que no tenía rota goteaba una sangre teñida con unos hilillos verdes, y la otra seguía siendo una ruina lacerante en el extremo de la muñeca. Salió a un callejón vacío junto a los muros del palacio e intentó seguir corriendo para buscar una puerta, algún sitio por donde entrar.

Soltó un grito cuando las raíces le apretaron los huesos con fuerza, tirando de ella en la dirección opuesta. Red intentó luchar contra ellas, esta vez suplicando en voz alta:

—Por favor, necesito al menos despedirme de ella. Por favor…

El Bosque Salvaje no respondió, al menos no con palabras. Pero Red podía sentir sus disculpas: las sentía en la caricia de las enredaderas alrededor de su columna, en las flores que se abrían a lo largo de sus costillas. Crecían cada vez más y tiraban de ella de forma inexorable.

Aun así, Red empezó a avanzar con dificultad. Su visión se oscureció y cayó de rodillas sobre los adoquines, con un sollozo áspero atascado en la garganta. Con todo el cuidado del que fueron capaces, los centinelas alargaron las raíces de su interior y se enredaron alrededor de sus órganos, llamándola de vuelta a casa.

A su hogar.

Neve no estaba muerta. Solmir había dicho que estaba a salvo, y aunque le asqueaba el tono amable que había utilizado para pronunciar el nombre de su

hermana, se lo creyó. Creía que no le haría daño, que la protegería a su manera, aunque fuera retorcida.

Y Red se habría enterado si Neve hubiera muerto.

Tenía la cabeza agachada. Red dejó escapar un último llanto desgarrador. Luego se giró y echó a correr hacia el Bosque Salvaje.



CAPÍTULO TREINTA

Red golpeó el costado del caballo que había robado para mandarlo de vuelta hacia el pueblo. No creía que fuese a llegar hasta la capital: era un buen animal, y si alguien se lo encontraba deambulando sin bridas, probablemente le daría más uso que el que podría darle algún noble borracho.

El bosque que llevaba en los huesos la había guiado a través de la ciudad; la había cruzado descalza y con el vestido lleno de sangre, tan invisible como cualquier niña pobre. Todavía sentía punzadas de dolor en los brazos y las piernas, pero eran soportables, y se habían vuelto más leves a medida que avanzaba hacia el norte. El caballo lo había robado del amarradero de una taberna, donde lo habían atado de forma descuidada. Mientras cabalgaba bajo el azul del cielo y las estrellas, se acordó de su decimosexto cumpleaños y el de Neve y lloró sobre las crines del caballo.

El Bosque Salvaje estaba diferente. Cuando se había ido —el día anterior, solo había pasado un día—, le había parecido que era pleno invierno: las ramas estaban retorcidas y desnudas y había hojas grises en el suelo. Ahora, los destellos del otoño brillaban en tonos dorados y ocres; las estaciones cambiaban en sentido contrario. Las raíces que había dentro de su pecho se alargaron, estirándose a través de los huecos entre sus costillas como si estuviera hecha de agua, aire y sol.

Red sintió un dolor al girarse hacia Valleyda, al tirar de las raíces que crecían, pero lo hizo de todas formas. Se quedó parada en la pequeña colina que había justo antes del límite del bosque, una encrucijada que la llevaba a dos hogares que nunca estarían dispuestos a compartirla.

Cerró los ojos y los surcos de las lágrimas sobre sus mejillas se empezaron a secar. Quizás si se quedaba allí parada el tiempo suficiente, en el confín de su mundo, Neve podría llegar a sentirla. Quizás Red podría legar sus explicaciones a la tierra, tejer su comprensión en un aire que su melliza respiraría en algún momento.

—Te quiero. —Era como la primera vez que había desaparecido entre aquellos mismos árboles. La promesa que le había hecho Neve aquel día se había cumplido: se habían vuelto a ver. Red no había prometido nada, al menos no en voz alta, pero sentía como si estuviera a punto de cumplirse de todas formas. Su sitio siempre había estado en el bosque.

Respiró hondo el aire del exterior una vez más y luego se adentró en el Bosque Salvaje.

Los árboles se alzaban sobre ella, altos y con las ramas extendidas de un modo ceremonioso. El musgo hizo una alfombra para sus pies descalzos. Los centinelas atravesaban la tierra, rectos y orgullosos, sin rastro de putrefacción alrededor de sus raíces.

Por un efecto de la luz, casi parecía que le estuvieran haciendo una reverencia.

El bosque que tenía dentro le provocaba punzadas de dolor mientras crecía, mientras se asentaba. Sobre ella, el cielo pasaba del lavanda a un color ciruela. Red sintió que se quedaba sin aliento.

El Bosque Salvaje la tranquilizó con una voz que provenía del susurro de las hojas. Una enredadera le rozó la parte alta de los hombros a modo de consuelo.

—¿Red?

Lyra se abría paso por el bosque con la habilidad de un cervatillo.

—Creía que habías dicho que serían tres días. —Red notaba cierta aflicción en su voz y en su forma de comportarse.

—Os echaba de menos.

Unas hojas doradas crujieron bajo los pies de Lyra cuando se acercó, con una pregunta en el ceño fruncido de la que ya sabía la respuesta. Vacilando, colocó la mano en el brazo de Red. Una electricidad estática desgarró el aire y sonó un chasquido agudo; parecía el ambiente justo antes de una tormenta. Lyra bufó y retiró la mano, con los ojos oscuros abiertos de par en par.

—Ah —susurró, su comprensión condensada en una única sílaba.

Red sentía las piernas débiles.

—Por fin lo he entendido.

Todo lo que había ocurrido la perseguía y la estaba alcanzando. La adrenalina se le disparó: recordó a Arick y los centinelas retorcidos, el cuchillo de Kiri, la cara de Solmir. Y Neve. Neve, a la que no había podido salvar. Unas manchas aparecieron en su campo de visión.

—¿Dónde está Eammon?

Lyra tenía una expresión inescrutable.

—Te está esperando. —Miró las manos de Red, una de ellas ensangrentada y con un corte; la otra, claramente rota—. Tenemos que ocuparnos de eso, vamos.

Red la siguió en silencio a través de los árboles. El Bosque Salvaje abría un camino para ella, haciendo que retrocedieran las ramas y las espinas. Un montón de hojas cayeron ondeando al suelo.

Una de ellas aterrizó en los rizos de Lyra. La cogió y le dio vueltas en la mano.

—Por los reyes… —murmuró con un tono de sorpresa—. Nunca había sido así. Ni siquiera con… las otras.

—Las otras nunca tuvieron elección. —Red estiró la mano en la que tenía el corte y tocó la corteza de un centinela mientras pasaba a su lado. Notó su calor bajo la palma y cómo le aliviaba el dolor de las heridas—. Yo sí. Eammon se aseguró de que pudiera elegir.

Lyra asintió. Abrió la mano y la hoja bajó ondeando hacia el suelo.

Cuando llegaron al portón, él las estaba esperando. Lo abrió antes de que alcanzaran la verja de hierro y echó a correr por el suelo del bosque, con los ojos abiertos de par en par y la boca apretada. Red notó el calor de sus brazos cuando la rodeó con ellos, con tanta fuerza que la levantó del suelo.

Los dedos de Eammon temblaban mientras le apartaba el pelo de la cara y recorría su mandíbula. Ella apoyó la frente contra su pecho. Algo cálido floreció: el bosque de Eammon le daba la bienvenida al bosque de Red, una pieza perdida que por fin encajaba en su lugar.

—¿Qué has hecho, Red? —El terror teñía la voz del Lobo, y cuando Red lo miró a los ojos, vio que también estaba allí. Eammon apretó su frente contra la de ella y tragó saliva con dificultad—. ¿Qué has hecho?



Fife les llevó comida y vino, pero no se quedó con ellos. Se movía rápidamente, con una mirada indescifrable. Su voz se encontró con la de Lyra cuando volvió a bajar las escaleras; murmuraban algo ininteligible.

Eammon estaba sentado al pie de la cama, con los rasgos de la cara ensombrecidos por el fuego intenso que tenían detrás. Red colocó con cuidado las manos sobre las rodillas: una cortada y con una costra, la otra rota. Tras haber aceptado las raíces, el dolor de ambas casi había desaparecido, pero ahora le costaba mantener una respiración regular.

—Te han hecho daño. —Eammon le miraba las heridas como si estuviera registrándolas todas, unas deudas que necesitaban ser saldadas.

El bosque en el pecho de Red crujió.

—Ya estoy aquí. Estaré bien.

—No lo estás. —Seguía mirando su mano, como si pudiera intimidarla para que se curara, pero la vehemencia de su voz dejaba claro que estaba hablando de algo más que de unos huesos rotos y unos cortes con una daga.

Red le tocó las muñecas, manchándolo con su sangre.

—Eammon…

El Lobo colocó los dedos por encima de los suyos, interrumpiéndola. Red intentó apartarse de él porque sabía lo que quería hacer, pero hubo un fogonazo de una luz cálida y dorada antes de que pudiera hacer nada. Eammon gruñó a través de sus dientes mientras le aparecían los cortes en una mano, pero no se detuvo y le cogió la otra. Con un chasquido, los huesos de Red se recolocaron al mismo tiempo que los de él se rompían; ella sintió aquel movimiento brusco en su piel.

Se estremeció. Miró a Eammon, esperando ver alguna transformación: una nueva altura o el blanco de sus ojos completamente invadido por el verde. Pero, aparte de un tenue brillo esmeralda en las venas, no ocurrió nada. El brazalete de corteza que tenía alrededor de las muñecas permaneció en su sitio, y también los hilillos verdes alrededor de sus iris ambarinos, pero el Bosque Salvaje no le provocó más cambios.

Red había aceptado la mitad de las raíces y había vuelto a equilibrar la balanza: había hecho que Eammon estuviese más cerca de su humanidad que del bosque.

El Lobo abrió los ojos de par en par y la miró fijamente. Luego los cerró de nuevo y apretó la mandíbula al sentir el dolor que había absorbido.

—Maldito mártir… —susurró ella.

Un gruñido fue su única respuesta. Eammon se dirigió al escritorio donde tenía sus papeles desperdigados y se puso a rebuscar con la mano ensangrentada en busca de unas vendas. Cuando las encontró, dirigió su atención a sus dedos rotos. Red se giró y cerró los ojos: no quería ver cómo se recolocaba los huesos. Otro gruñido angustiado, otro crujido que hizo que Red se estremeciera.

Cuando volvió a mirar, tenía las dos manos vendadas. Eammon parecía hablarles a ellas, en vez de a Red.

—No deberías haber hecho esto. Sin las raíces, el Bosque Salvaje te habría dejado marchar.

—Y te habría matado a ti. —La imagen de Eammon casi hundido en el bosque era fácil de recordar, era una pesadilla reciente—. Necesita que seamos dos, Eammon. No puedes cargar tú solo con ello, al menos no para siempre. No podía dejar que…

—Tendrías que haber dejado que me pudriera. —Eammon levantó la mirada, con un brillo feroz en los ojos—. Ya sabes lo que ocurre después. —

Tenía la voz ronca, y la última palabra apenas fue un susurro. Se giró al pronunciarla, como si no quisiera que Red viera cómo se venía abajo.

—Esta vez no va a ocurrir. —Red lo sabía, estaba tan segura de ello como de que conocía la boca de Eammon—. Ahora es diferente. Aceptar las raíces fue mi elección, y lo hice conociendo las consecuencias.

—Eso no importa.

—Sí que importa. —Red se levantó de la cama con delicadeza y cruzó la habitación para colocarse a su lado. No se tocaron, y él tampoco se giró, pero cada línea del cuerpo de Eammon se movía en sintonía con cada línea del cuerpo de Red—. Eammon, acepté las raíces porque te q…

—No. —Fue un susurro, brusco y ronco—. Para.

Red apretó los labios y dejó aquella confesión encerrada tras ellos.

Se quedaron en silencio. La mandíbula de Eammon temblaba por el esfuerzo de mantenerla apretada. Luego se apartó el pelo con los dedos vendados.

—Cuéntame lo que ha ocurrido.

Aquello hizo que todo volviera de golpe, todas las emociones que había derramado con sus lágrimas mientras cabalgaba hacia allí en un caballo robado. Red respiraba con dificultad, con un temblor que empezaba en su voz y se extendía por sus manos.

—Han atrapado a Neve. Tienen a mi hermana y ahora no puedo volver con ella, y fue mi decisión y lo deseaba, pero… ¡Mierda! Y ahora la tienen y…

—Shhh… —Eammon le acarició la cara con las palmas vendadas. Todo el esfuerzo que dedicaba a mantener la distancia con ella se estaba viniendo abajo al verla llorar—. Ya pensaremos en algo, Red, te lo prometo. Encontraremos una solución.

Red se fue tranquilizando poco a poco mientras Eammon le pasaba los dedos por el pelo, respirando su olor a biblioteca cada vez que cogía aire. Notó el momento en que se volvió a poner tenso, cuando la dejó de acariciar y dio un pequeño paso hacia atrás.

Pero no le soltó la mano. Y aquello le dio la suficiente estabilidad como para coger una bocanada del aire del Bosque Salvaje y empezar desde el principio.

Eammon se quedó callado e inmóvil mientras ella le contaba la historia, hasta que llegó a la parte en la que Kiri le había cortado. Entonces apretó los dientes con tanta fuerza que Red podía oírlos rechinar por encima del crepitar de las llamas en la chimenea.

La voz se le quebró cuando llegó a la parte de la mazmorra.

—¿Puedes sentir cuándo se abre una nueva brecha?

Eammon frunció el ceño, confundido.

—Antes sí podía hacerlo, cuando me convertí en el Lobo.

Ya no.

—Arick… Arick creó una brecha. Pero era algo más que una brecha. Derramó su sangre sobre un centinela y abrió la entrada a las Tierras Sombrías. —Hubo una pausa—. Hizo un pacto con Solmir.

Silencio. Incluso el fuego parecía hacer menos ruido que antes al crepitar. Eammon empezó a respirar con dificultad, con un ruido áspero. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron y el vendaje de la mano que agarraba a Red se volvió a teñir con sangre fresca.

Con la voz entrecortada, contó el resto de la historia. Arick y su pacto terrible, cómo su sangre había despertado las ramas de los centinelas del santuario y cómo los habían arrancado del Bosque Salvaje, cómo Solmir había ocupado su lugar. Eammon apenas se movió. No dijo nada. Eso era más perturbador que si se hubiera enfurecido.

—Pensó que yo no había aceptado las raíces porque no las quería. —Red lanzó una mirada a Eammon, incapaz de detener la rabia que le hacía apretar los labios—. Pensó que me lo habías contado todo.

La mueca feroz de la cara de Eammon se transformó en algo más delicado, más triste.

—Temía que si te lo contaba todo, las aceptaras. Que intentaras ayudarme. —Resopló mirando al suelo con los ojos ocultos por el pelo suelto —. Y tenía razón.

—Claro que la tenías. —Su Lobo la conocía demasiado bien—. Eammon… —Red vaciló, recordando cómo había reaccionado antes, cuando había estado a punto de decírselo—. Yo he elegido esto. Te he elegido a ti.

—No deberías haberlo hecho. —Su voz era un susurro—. No fui lo suficientemente fuerte para salvarlas, Red. Incluso cuando el Bosque Salvaje ya las había atrapado, traté de protegerlas de la peor parte, intenté que no tuvieran que cargar con todo el peso. Y aun así las acabó consumiendo, una y otra vez. —Un suspiro entrecortado—. ¿Qué pasará si no puedo salvarte?

—Eso es lo que no entiendes. Soy yo quien te va a salvar a ti. —Vacilando, levantó la mano que no le estaba sujetando Eammon y la colocó sobre su mejilla—. Déjame hacerlo.

Había estado tenso todo el tiempo mientras ella hablaba, pero, cuando Red le tocó la cara, aquella rigidez se desvaneció. Abrió la boca y sus ojos ambarinos centellearon.

—Por los reyes… —Lo dijo como si fuese una súplica, en lugar de una blasfemia. Cerró los ojos cuando Red le acarició el labio inferior con el pulgar —. Por los reyes y por todas las sombras, Redarys.

—Antes no me has dejado terminar, y creo que es importante que te lo diga. —Le clavó los dedos en la mandíbula y se la sujetó con fuerza. Lo dijo en un tono casi severo, como si fuese un desafío, retándolo a volver a contradecirla—: Te quiero, Eammon.

El Lobo dejó escapar una exhalación entrecortada.

—Me gustaría besarte —susurró Red—, pero no lo haré hasta que sepa cómo te sientes respecto a lo que te acabo de decir.

La risa de Eammon sonó más dulce por ser inesperada, aunque era suave y triste. Colocó una mano alrededor de la cintura de la joven y la atrajo hacia sí; la otra la levantó para hundirla en su pelo.

—Claro que te quiero. —Había pasión en sus caricias y también en su mirada, que ardía al clavarse en los ojos de Red—. Por eso estoy tan asustado.

—Ya nos asustaremos mañana —murmuró ella.

Y entonces Eammon cubrió la boca de Red con la suya. Estaba caliente y tenía el dulzor de la miel, y esta vez Eammon no sentía miedo al pasar las manos sobre su piel, ni tampoco cuando ella le agarró el labio entre los dientes. Colocó las manos sobre la mandíbula de Red como si fuese algo que debía proteger, algo sagrado. Apretó su lengua contra la de ella y luego llevó la boca hacia su cuello para cubrir los latidos rápidos de su corazón. Red soltó un gritito ahogado y entrecortado, y acabaron en el suelo mientras sus manos se ocupaban de desatar cordones hasta que no quedó nada entre ellos. Eammon se quedó mirándola un instante: Red yacía sobre el suelo de madera de la habitación de la torre, con el pelo suelto y enredado; el círculo de su marca del vínculo destacaba sobre su piel desnuda y sonrosada.

La marca era ahora más grande, una representación del bosque que crecía en sus huesos. Las raíces delgadas del círculo que tenía justo debajo del codo se extendían en ambas direcciones, enroscándose desde la mitad de su antebrazo hasta la curva de su hombro y adornando su piel como si estuviera hecha de encaje.

Eammon pasó los dedos sobre Red, apenas un roce. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de curiosidad, estaba empapándose de ella.

—Que las sombras me lleven, eres preciosa —murmuró. Luego besó su marca, rozando con los labios el recodo sensible de su brazo, y siguió subiendo hasta llegar a la clavícula.

Red intentó incorporarse para llevarlo de vuelta a sus labios, pero la mano de Eammon encontró su otro hombro y la empujó con delicadeza hacia el suelo.

—No. Llevo demasiado tiempo esperando como para precipitarnos.

—¿Es una orden?

Eammon arqueó una ceja sobre un ojo ambarino que ardía de pasión.

—¿Te gustaría que lo fuese?

—Sí.

Soltó una carcajada y la calidez de su risa se deslizó por la piel de Red.

—Me alegro. —La besó en los hombros, en el esternón y en la curva de su pecho. Luego volvió a su cuello y la dejó casi sin aliento y con el pulso acelerado.

—Lo deseaba —murmuró Red hacia sus labios cuando Eammon volvió a

besarla—. Las raíces, la marca… Lo deseaba todo.

—Te creo. —Otro beso profundo, uno que hizo que la chica se retorciera. Le dedicó una sonrisa juguetona—. Pero dejaré que me lo demuestres.

Red pasó una mano por el relieve de la cadera de Eammon y tiró de él para atraerlo hacia sí, con una sonrisa tan traviesa como la voz del Lobo. Este dejó escapar un suspiro mientras enredaba los dedos en el pelo de Red y le levantaba la barbilla. Le clavó los dientes en el cuello. Aquello debería haberle dolido, pero no fue así: le arrancó un gemido e hizo que moviera las caderas hacia él al tiempo que la boca de Eammon descendía por su cuerpo. El Lobo le dedicó una sonrisa burlona y apretó la boca contra su piel mientras deslizaba las manos sobre ella, con la rodilla apoyada entre sus piernas. Red se arqueó, levantando la espalda del suelo, suplicándole en silencio que le diera más. Más de aquello de lo que habían estado huyendo durante tanto tiempo. Quería sentir hasta la última cicatriz de su cuerpo, llegar a conocerlas de memoria.

Eammon se detuvo. La luz de la chimenea ensombrecía los recovecos de su pecho mientras acunaba la cabeza de Red con el brazo. Ella se liberó y siguió el rastro del calor de su cuerpo, intentando tocar la superficie de su piel tanto como le fuera posible.

El pulgar del Lobo dibujó una media luna sobre la sien de Red.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. —Red recorrió el labio hinchado de Eammon con la punta de su dedo e hizo que se estremeciera—. Siempre lo estoy, si es contigo.

Eammon se abalanzó sobre ella, una ola que se los llevó a los dos por delante. Las raíces del Bosque Salvaje palpitaron; crecían en sitios cada vez más profundos y se entrelazaban, igual que hacían los dos Lobos en el suelo.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

En algún momento habían pasado del suelo a la cama, y aunque a Red le dolían los brazos y las piernas cuando se despertó, era por algo más placentero que por haber estado sobre un suelo duro. Notó el calor de la piel de Eammon bajo su mejilla. Tenía el brazo enroscado detrás del cuello de Red y la palma de su mano descansaba sobre la coronilla de la muchacha. Respiraba profundamente, en calma, pero, cuando ella se giró para darle un beso en el hombro, él le respondió con un suspiro de satisfacción y la atrajo hacia sí.

Red apoyó la barbilla sobre el pecho liso y lleno de cicatrices de Eammon. El cabello del Lobo, demasiado largo, estaba despeinado en unos ángulos extraños, después de que los dedos de Red se lo hubieran alborotado. Las facciones de su cara estaban suavizadas por el sueño, y el ceño que llevaba permanentemente fruncido ahora estaba relajado. Con cuidado de no despertarlo, recorrió el espacio entre sus cejas con un dedo.

El Bosque Salvaje que se enroscaba entre sus huesos se apretó a su alrededor un poco más fuerte. Red se retorció al sentir el dolor. No era nada agradable tener un bosque bajo su piel, sobre todo cuando empezaba a crecer y a asentarse.

Sintió otra punzada, tan fuerte que la hizo estremecerse, y le llegó un sonido lejano a través de las ventanas abiertas. Un suspiro que provenía de las hojas que ondeaban en el aire y de las ramas que se estiraban y florecían.

Frunciendo el ceño, Red se liberó con cuidado del abrazo de Eammon. Refunfuñó, pero no se despertó, y luego hundió la cabeza aún más en la almohada. Red cogió la primera prenda que encontró tirada en el suelo, una

camisa del Lobo, se la pasó por encima de la cabeza y cruzó los brazos por encima del pecho mientras se dirigía a la ventana.

El otoño resplandecía en el Bosque Salvaje. Había una franja de tonos escarlatas y dorados, unos colores del atardecer más intensos que ninguno de los que había visto en Valleyda. La niebla todavía se arremolinaba sobre el suelo, pero ahora parecía algo etéreo, delicado en lugar de siniestro. Las hojas caídas cubrían la tierra del bosque, pero las que todavía se aferraban a los árboles estaban teñidas de verde, como si el otoño estuviera yendo hacia atrás, avanzando lentamente hacia el verano.

Por un momento, Red estaba tan ensimismada que no hizo caso a la llamada. Ella y Eammon habían conseguido que el Bosque Salvaje estuviera completo y le habían devuelto por fin el equilibrio. La belleza de aquello hizo que se quedara sin aliento.

Pero todavía quedaba una cosa por hacer, y el bosque le estaba insistiendo para que lo hiciera.

Red apretó los labios mientras el aire frío que entraba por la ventana le ponía la carne de gallina. Miró sobre su hombro hacia Eammon. Seguía dormido.

«Deja que duerma», pensó ella. «Puedes dar reposo a los huesos tú sola».

Y de alguna forma aquello parecía lo más apropiado. Era justo que fuese Red quien intentara que las otras segundas hijas pudieran descansar en paz, por mucho que la asustara.

Sacó un par de mallas del armario y metió los pies en las botas. Fue a coger su capa escarlata, pero recordó que estaba en Valleyda. Dejó escapar un suspiro nervioso por haberla dejado allí, pero un matrimonio era más valioso que una capa. En cuanto a los otros motivos por los que se la había quedado, reclamar quién era y lo que era… Para eso ya no le hacía falta ninguna capa. Lo sabía en su interior, llevaba aquella reivindicación en la mirada, en lugar de sobre los hombros.

La nota que le había dejado a Eammon para decirle que quería la cama de vuelta estaba todavía sobre el escritorio, como si él la hubiera colocado de nuevo con cuidado en el sitio donde la había encontrado. Red la giró y garabateó otras palabras: «Voy al claro». Luego hizo una mueca burlona y añadió: «A hacer cosas de Lobos».



El cielo pálido tenía un tono lila, en lugar de lavanda, como si se esforzara por llegar al amanecer, y el Bosque Salvaje permanecía en un silencio reverencial mientras Red avanzaba a través de él. El camino hacia el claro

donde había salvado a Eammon serpenteaba a través de los árboles, delineado por unas hojas doradas. El crujido de las botas de Red al pasar por encima de ellas era el único sonido que se oía.

El centinela junto al que yacían los huesos de las segundas hijas, amontonados alrededor de sus raíces, era más alto que los demás, y sus ramas ya estaban cubiertas de hojas verdes. La cicatriz en la corteza seguía allí donde habían arrancado algo. Red ató cabos y lo entendió: aquel era el árbol en el que Gaya y Ciaran habían hecho su pacto, el lugar en el que se habían convertido en Lobos. No estaba segura de si las otras segundas hijas se habrían visto atraídas hacia allí para morir o si sus huesos habrían aparecido allí por alguna magia extraña del Bosque Salvaje, pero parecía apropiado.

Aquel sitio era más sagrado de lo que lo había sido nunca el santuario.

Las tres calaveras estaban colocadas a la misma distancia alrededor del tronco del centinela. Kaldenore, Sayetha y Merra. Tres mujeres a las que el Bosque Salvaje había matado y consumido en su desesperación. Tres mujeres a las que Eammon había intentado salvar.

La vegetación alrededor de las calaveras tenía cierto parecido con unos huesos, como si las segundas hijas se hubieran convertido en parte del bosque mientras yacían allí. Unas raíces se enroscaban alrededor de los huecos entre sus costillas, y había flores creciendo en sus vértebras. Red se apretó la mano contra el estómago, preguntándose si ella misma sería así bajo su piel.

Oyó el susurro de unas hojas, una brisa aislada que envió un remolino dorado que le agitó el cabello. No hubo ninguna palabra por la que el Bosque Salvaje tuviera que pagar un alto precio, pues ya no era necesario, pero Red lo entendió de todas formas.

—El miedo nos hace cometer estupideces —susurró.

Junto a su bota, un tallo delgado surgió de la tierra. Creció lentamente y se abrió, hasta que una gran flor blanca rozó la palma de su mano.

Pasó los dedos por sus pétalos. No dijo nada, pero asintió, y eso pareció ser respuesta suficiente para el bosque.

Sintió su presencia antes de verlo; el cuerpo de Red estaba en sintonía con cada uno de los movimientos de Eammon. Este avanzó lentamente hasta ponerse a su lado y se quedó mirando los huesos que rodeaban el árbol. Pasó un dedo por encima de la flor y le cogió la mano a Red.

—Esto no volverá a ocurrir —dijo en una voz baja y feroz.

Volvieron a ver caer unas hojas y crujió otra ramita. El Bosque Salvaje estaba de acuerdo.

Moviéndose por instinto, Red dio un paso adelante. Eammon le apretó la mano una última vez antes de soltarla. Solo era un doliente silencioso, preparado para presenciar su bendición.

Red colocó la mano sobre la primera calavera. De alguna forma, supo que era Kaldenore. Solo había estado en un puñado de funerales y nunca había

prestado demasiada atención en ninguno de ellos, así que cuando habló, sus palabras fueron sencillas:

—Encuentra la paz —murmuró—. Ya se ha acabado.

Casi sin pensar, llamó a la magia dorada que tenía en su interior. Ahora era mucho más fácil hacerlo, tanto como doblar un dedo o arquear la espalda. Fluyó a través de la palma de su mano hacia lo que quedaba de Kaldenore, borrando aquel terror y bañándola con su luz.

Cuando Red abrió los ojos, su mano estaba tocando la tierra. La calavera se había hundido en el suelo y el Bosque Salvaje había absorbido los últimos restos de la mujer que había sido su sacrificio. Había obedecido la orden de Red de darle por fin descanso a sus huesos.

Red avanzó hacia las siguientes y les dio la misma bendición: primero a Sayetha y luego a Merra. Cuando la calavera de Merra hubo desaparecido, regresó con Eammon y parpadeó para alejar las lágrimas que ardían en sus ojos. Él la rodeó con sus brazos, envolviéndola en aquel aroma a papel, café y hojas, y cuando Red se quedó sin aliento, la abrazó con más fuerza.

—¡Eammon!

Lyra llegó corriendo, atravesando el bosque otoñal, y se detuvo de golpe, con las manos apoyadas en las rodillas. Su respiración era un silbido ronco y la preocupación se reflejaba en su rostro perfecto.

—Me he encontrado con Fife en el portón y me ha pedido que viniera a buscarte. Hay alguien en la fortaleza.

Eammon apretó los dedos alrededor de los de Red.

—¿El bosque ha permitido que alguien cruzara?

—Pues sí. —Hizo un gesto con los dedos, cargado de ironía, hacia el brillo otoñal que los rodeaba—. Ha dicho que se llamaba Raffe.



Raffe y Fife no tenían ni idea de qué hacer el uno con el otro. Cuando Red abrió la puerta, sin aliento tras la carrera a través del bosque, los dos hombres estaban parados cada uno a un lado de la escalera, mirándose con cautela. Fife sujetaba una cuchara de madera delante del pecho como si fuera un escudo; estaba goteando sopa, pero el brillo feroz de su mirada hacía que pareciese amenazador, en lugar de ridículo. Raffe tenía la mano por encima de la empuñadura de la daga que llevaba en el cinturón.

Red levantó una ceja.

—¿Raffe?

Al principio pareció sorprendido de verla; dejó de mirar la cuchara goteante de Fife. Luego Raffe la agarró por los hombros y la estrechó en un

inesperado abrazo.

—¿Te ha hecho daño?

—No, claro que no. —Red se echó hacia atrás, con la frente arrugada por la confusión—. ¿Cómo has…?

—Te agradecería que le quitaras las manos de encima a mi esposa. —Eammon ocupaba todo el hueco de la puerta y tenía los ojos encendidos como ascuas.

—Por las sombras… Estoy perfectamente. Os lo digo a los dos. —Red apartó las manos de Raffe de sus hombros—, Eammon, este es Raffe. Un amigo mío de Valleyda. Raffe, Eammon. —Hizo una pausa—. El Lobo.

—Ya me lo había imaginado. —Los dedos de Raffe temblaban en dirección a la empuñadura de la daga. Cuando habló, fue casi un gruñido—: ¿Qué habéis hecho con Neve?

Red dejó caer los brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Ha desaparecido, Red.

Ella parpadeó. La habitación parecía enfocarse y desenfocarse; los bordes de las cosas estaban borrosos, cubiertos por una neblina.

Neve. El pánico que había sentido la noche anterior, aquella tormenta de emociones que Eammon había ayudado a alejar, volvió de repente. Se les tendría que ocurrir algo. Tenía que creerlo, porque si no, ¿qué iba a hacer? Pero en aquel momento, mientras Raffe la atravesaba con una mirada cansada y preocupada y con cara de impotencia…

Las rodillas de Red flaquearon.

—¿Has venido hasta el Bosque Salvaje solo para lanzar acusaciones? —Eammon colocó una mano tranquilizadora en el hombro de Red, como si supiera que estaba a un paso de ahogarse. En aquella penumbra, su mandíbula era una línea rígida—. La reina no está aquí.

—Eso le he dicho —dijo Fife en tono amenazante. Blandió la cuchara sopera en dirección a Raffe—. Pero no me hace caso.

—No está en Valleyda y tampoco en Floriane. Ha desaparecido, y lo único de lo que hablaba desde que se fue Red era de hacer que volviera. —Raffe dirigió una mirada implacable hacia la mano del Lobo sobre el hombro de Red y torció la boca gruñendo—: ¿No te basta con una sola hermana?

—¡Raffe! —Su propia voz sirvió para despejar la neblina que tenía en la cabeza. Red se irguió bajo la mano de Eammon—. Te prometo que no está aquí. Cuéntame lo que ha ocurrido. —Le temblaba la voz—. Por favor.

Raffe pasó la mirada de Red a Eammon, con las ideas claras.

—Puede que la tenga escondida. —La desconfianza hacía que su voz sonara afilada como una cuchilla—. ¡Es el Lobo, Red! Da igual lo que te haya dicho, no…

—Ya sé quién es, Raffe.

—No es… —Raffe dio un paso adelante con la boca apretada, pero algo detrás de Red llamó su atención. La rabia se convirtió en incredulidad y luego en asombro.

Lyra estaba en la puerta con el tor desenfundado, iluminada por la luz del otoño que hacía que sus rizos oscuros parecieran una corona. Entrecerró los ojos en dirección a Raffe, con la boca torcida en una mueca a medio camino entre una sonrisa de superioridad y un gruñido.

—Continúa, por favor —dijo ella, tan educada como cualquier cortesana—. Si quiero que dejes de hablar, lo sabrás.

Raffe tenía los ojos abiertos como dos lunas. Movió la boca para hablar, pero parecía que se le había olvidado cómo se articulaban las palabras. Lentamente, se llevó el puño a la frente, y Red tardó un instante en recordar dónde había visto aquel gesto: era un saludo tradicional entre los nobles meducianos.

—Sanadora —murmuró Raffe—. Eres… ¡Vaya! Eres idéntica a la estatua.

Fife y Eammon intercambiaron una mirada, los dos con la misma expresión de asentimiento cauteloso en sus rostros.

Lo que acababa de ocurrir con Raffe no había sido ninguna sorpresa para ellos. Pero ahora sus cuerpos tenían una tensión diferente, como si estuvieran preparados para saltar en defensa de Lyra a la menor provocación.

Un segundo después, Lyra enfundó el tor. Cerró la mano y se llevó el puño a la frente un instante. Luego se cruzó de brazos.

—No sabía que todavía contaran esa historia.

Red frunció el ceño. Sanadora… Como la de la leyenda de las Estrellas de la Peste, en la que una constelación entera se había apagado tras una curación milagrosa. La banda de raíces alrededor del brazo de Lyra, la respuesta de Fife cuando le había preguntado por el pacto que había hecho la mujer… «Su historia es más larga y honorable que la mía».

—No la conoce todo el mundo. —Raffe parecía estar casi fascinado—. Pero todavía hay gente en Meducia que te recuerda, que te venera tanto o más que a los reyes. El altar sigue allí, en los acantilados junto al puerto. Te dejan monedas de oro y rezan para sanar de sus enfermedades. —Sacudió la cabeza—. Mi padre llevó algunas una vez, cuando yo era joven. Estaba enfermo, y después de que rezara, mejoré.

Lyra torció los labios, con una expresión inescrutable.

—Dudo que yo haya tenido algo que ver con eso.

—Aun así… —Dio un paso vacilante hacia ella. Agachó la cabeza hacia el suelo, como si fuese a hacerle una reverencia, pero luego se lo pensó mejor—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo detuviste la peste?

Los ojos de Lyra tenían un brillo marrón, como el de la miel a la luz de las velas. Apretó los brazos contra el pecho.

—Hice un pacto —dijo con la voz entrecortada y comedida—. Mi

hermano… —Contuvo la respiración apenas un instante, casi imperceptible. Luego tragó saliva y continuó—: Mi hermano pequeño se infectó, así que hice un pacto. Me vinculé al Bosque Salvaje a cambio de una cura.

El rostro de Raffe era indescifrable. Pasó la mirada de Lyra a Eammon y otra vez hacia ella; luego echó un vistazo alrededor de la fortaleza.

—Y vives aquí —dijo él lentamente—. Con el Lobo. En el Bosque Salvaje.

—Con nosotros. —Fife dio un pequeño paso adelante. La cuchara que llevaba en la mano ya no parecía nada ridícula.

Lyra se encogió de hombros.

—Hay sitios peores en los que estar. —Levantó una ceja fina—. Y ya que preguntas —añadió—, la reina no está aquí.

Raffe miró alternativamente a Lyra y a Eammon. Cerró los ojos un instante y la tensión de sus hombros disminuyó, como si su rabia hubiera sido lo único que lo mantenía erguido.

—Entonces no tengo ni idea de dónde puede estar.

El suelo que había bajo sus pies era sólido, pero Red sintió que estaba cayendo. La mano de Eammon era lo único que la sostenía en pie, un contrapunto al caos que había en su cabeza. Neve había desaparecido. Red la había abandonado, arrastrada por las raíces que había en sus huesos, y ahora ya no estaba. Sentía la garganta como si se hubiera tragado unas agujas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Eammon.

Raffe se dejó caer en el primer escalón, aplastando el musgo.

—Nadie la ha visto en el palacio desde ayer por la mañana. —Su voz sonaba ronca, como si las palabras fuesen demasiado pesadas para poder subir por su garganta—. Desde el incidente en el santuario. Los rumores decían que la segunda hija había estado allí…

—Pensaste que me la había llevado —respondió Red en un tono cortante.

Raffe no asintió, pero la forma en que apretó sus manos entrelazadas era una sentencia.

—No… —Se detuvo y volvió a empezar—. Sabía que Neve estaba haciendo algo que afectaba al Bosque Salvaje. Y también que…

—¿Entonces por qué la dejaste sola? —Red no se dio cuenta de que había avanzado un paso hasta que desapareció el peso de la mano de Eammon—. Si sabías lo que estaba ocurriendo, ¿por qué la abandonaste?

—¿Acaso crees que tuve elección? —Raffe pronunció la última palabra gruñendo, como si pudiera romperla entre sus dientes—. No la tuve. La Orden me alejó de allí.

—¿Y se lo permitiste?

—Arick prácticamente me obligó a irme. —A pesar de lo incisivo de su tono, el rostro de Raffe reflejaba su tristeza. Arick también había sido su amigo—. Me dijo que no tenía nada que ganar enredándome en la política de

Valleyda, y lo dijo como si fuera una amenaza. Alquilé una habitación en la ciudad y seguí vigilando lo mejor que pude. No podía hacer nada más. —Se pasó una mano por el pelo rapado, con gesto de impotencia—. Y no fue suficiente.

Red cogió su propio dolor y lo enterró en lo más profundo de su ser; ya se ocuparía de ello más tarde. En aquel momento, su mente zumbaba analizando las posibilidades, las soluciones.

Una de ellas llamó su atención.

—Sé cómo encontrarla. —Giró sobre sus talones, hacia la puerta trasera—. Venid conmigo.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El espejo estaba apoyado contra la misma pared en la que lo había dejado Eammon la primera vez. Red casi había esperado que el cristal fuese claro, que la sanación del Bosque Salvaje se hubiera reflejado en su reliquia, pero la superficie seguía estando deslucida y gris. Quizás necesitara más tiempo para sanar, o quizás fuese algo que siempre tendría un aspecto fatídico.

Red tragó saliva. No estaba segura de qué opción la desconcertaba más.

—¿Esto… te muestra a Neve? —El temor hacía que la voz de Raffe temblara. Había opuesto cierta resistencia al ver la torre, envuelta en ramas y enredaderas, tan cubierta por aquel brillo dorado del otoño como el resto del Bosque Salvaje. Ahora mantenía la compostura con esfuerzo, con los brazos cruzados para no tocar nada.

—Gaya lo creó para poder ver a Tiernan. —Red se soltó la trenza y sacudió el pelo por encima de sus hombros. Se arrancó un mechón, luego vaciló y se arrancó unos pocos más. Esta vez podría ser más difícil encontrar a Neve.

—¿Y funciona?

Eammon pasó la mirada de Red hacia el espejo, con el mismo nerviosismo que sentía ella reflejado también en su cara.

—Más o menos.

—Es una magia extraña —murmuró Raffe.

—Eso es quedarse corto. —A pesar de que parecía despreocupado, Fife estaba agarrado con fuerza al pasamanos de la escalera. Lyra había ido a Confín a contarle a Valdrek lo que estaba ocurriendo, para que cumpliera por

fin la promesa que les había hecho de acudir en su ayuda cuando lo necesitaran. Red sabía que Fife estaría nervioso hasta que regresara.

Lanzó una última mirada tranquilizadora a Eammon; luego ató sus cabellos al marco del espejo y se sentó sobre sus talones para esperar a que aparecieran el humo y el brillo, para esperar a su hermana.

Cuando llegó por fin la visión, estaba borrosa, más de lo normal. Dondequiera que estuviese Neve, estaba oscuro. Estaba tumbada bocarriba, inmóvil excepto por el movimiento de su pecho al subir y bajar ligeramente. Unas figuras indefinidas se movían a su alrededor, pero Red pudo vislumbrar una trenza rojiza y una túnica blanca, y a alguien alto con una cara que parecía una mancha de pintura que se transformaba sin parar.

Kiri y Solmir.

Red se concentró y la oscuridad que había alrededor de Neve dio paso lentamente al cielo nocturno, azul oscuro y plagado de estrellas. Era el cielo del campo de Valleyda. Una línea de un violeta intenso dividía el horizonte: el límite del Bosque Salvaje.

Lentamente, Red volvió en sí, y la oleada de alivio hizo que su respiración se entrecortara.

—Está viva. En Valleyda, pero cerca de…

Sus palabras se convirtieron en un grito de dolor inesperado. Le recorrió la espalda e hizo que las raíces que había a su alrededor se retorcieran; unas ramas se le clavaron en la parte interior de la piel. Los ojos de Eammon centellearon y estiró la mano hacia ella mientras intentaba alcanzarla, pero las rodillas le fallaron antes de que pudiera lograrlo y cayó al suelo con un quejido amortiguado.

—¿Qué están haciendo? —La voz de Raffe estaba en algún punto intermedio entre la sorpresa y el miedo.

—Son las raíces —susurró Fife, con la cara pálida.

Oyeron un lamento grave que provenía del exterior, junto al soplo del viento y al crujido de unas ramas que caían. Los colores del otoño se apagaron hasta desaparecer, dejando que el invierno volviera a ocupar su lugar.

Eammon estaba de rodillas, con el puño apretado contra el costado. Su mandíbula era una línea dura y agonizante. Intentó moverse, pero otra punzada de dolor los atravesó a los dos e hizo que su avance se convirtiera en un espasmo inútil. Algo se había cortado, se lo habían arrebatado.

Raffe retrocedió hacia la pared con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué ha ocurrido?

—El Bosque Salvaje. —Apretando los dientes por el esfuerzo, Eammon avanzó dando tumbos hacia Red y la ayudó a levantarse con la mano firme, a pesar del dolor. Le pasó las palmas de las manos por los brazos, buscando alguna herida—. Se han llevado más centinelas.

La forma en la que el bosque se escabullía por el interior del pecho de Red

le dolía como si la hubieran atravesado con un centenar de cuchillos, la forma en la que luchaba por cerrarse alrededor de aquella herida inimaginable… Docenas de centinelas arrancados de golpe. Sus venas eran un torrente de savia y el latido de su corazón retumbaba contra las ramas que se extendían; todo aquello era una agonía.

En la parte de abajo de la torre, la puerta se abrió de golpe y oyeron unos pasos que subían las escaleras a toda prisa. Valdrek llegó arriba, seguido por Lyra; los dos estaban sin aliento.

—¿Qué está pasando, Lobo? El Bosque Salvaje estaba abierto cuando hemos entrado, y luego ha habido un terrible…

Se quedó helado, con los ojos abiertos de par en par cuando vio las caras lívidas de Eammon y Red y comprendió lo que significaban.

—Por los reyes y las sombras…

—Muy apropiado. —Eammon tenía los labios blancos. Sujetó a Red contra su cuerpo.

—Lo están haciendo —murmuró Red. Las palabras que había oído en la mazmorra antes de aceptar las raíces: «El Bosque Salvaje caerá. El Lobo morirá. Los reyes serán liberados»—. Solmir está liberando al resto de los reyes de las Tierras Sombrías.



En el exterior, el lamento del bosque había cesado, pero el silencio que había dejado era casi peor. Habían abandonado la torre porque no estaban seguros de cómo se habría visto afectada su capacidad para amplificar la magia tras aquel ataque tan violento al bosque. Red iba apoyada en Eammon, casi cojeando. Él caminaba erguido, pero se notaba el dolor en la línea de su boca.

Raffe abrió la puerta de la fortaleza de un empujón y Red estuvo a punto de desplomarse en el primer peldaño de las escaleras, apretando los dientes por el dolor de haber perdido a tantos centinelas. Eammon se apoyó contra el pasamanos y se agarró con fuerza al poste de la escalera hasta que se le pusieron los nudillos blancos por el esfuerzo.

Lear había acompañado a Valdrek y Lyra. Se colocó cerca de la pared, armado hasta los dientes con unas armas que debían de ser muy antiguas y lanzaban destellos bajo la luz de la enredadera ardiente. Sus ojos azules tenían una expresión triste y cansada.

—Cuando te dije que siempre podrías contar con nuestra ayuda, Lobo, me refería a buscar materiales para reconstruir la fortaleza o a pedirnos consejo sobre la rotación de cultivos, no a que todo el puñetero Bosque Salvaje se viniera abajo.

—Estábamos a mitad de camino cuando ha empezado —dijo Lyra en voz baja, con los dedos sobre la empuñadura del tor—. Todo iba bien hasta que de repente… se ha hecho pedazos.

—Sonaba como si los árboles estuvieran gritando. —Valdrek sacudió la cabeza—. Nunca había oído al bosque hacer un ruido como ese.

—Tenemos que ir hasta la frontera —dijo Raffe desde la sombra de la escalera—. Debemos hacerlo, si es allí donde tiene a Neve.

—El Bosque Salvaje no nos dejará salir. No ahora que yo también tengo las raíces. —Red se puso en pie, aunque el esfuerzo le hizo apretar los dientes —. Tendrás que encontrarla tú, Raffe.

Asintió.

—Eammon, Fife, Lyra y yo solo podemos llegar hasta la línea de árboles —continuó Red—. Raffe irá a buscar a Neve y nosotros repararemos las brechas que haya cerca hasta que la encuentre.

Eammon sacudió la cabeza ligeramente, como si el movimiento le doliera.

—Solmir está allí, Red. No puedes acercarte tanto…

—Mi hermana también está allí. —Fue casi un susurro, aunque una parte de ella quería gritarlo—. No hay tiempo, debemos irnos ya.

Eammon cerró la boca para evitar seguir discutiendo y bajó la barbilla como si el peso de sus hombros se hubiera multiplicado por diez.

Valdrek pasó la mirada entre todos ellos.

—Entonces, de los cinco… —dijo lentamente—, solo uno puede salir de aquí. —Señaló a Raffe—. Imagino que has entrado en el breve periodo de tiempo en el que el bosque parecía tener toda esta mierda bajo control.

—Abrió la frontera —dijo Red en voz baja—. Cuando acepté las raíces. Cuando el Bosque Salvaje se curó, abrió la frontera con Valleyda. —Sintió un dolor en la garganta al pensar en lo cerca que habían estado. Qué poco había durado aquel equilibrio, qué rápido lo habían vuelto a destruir.

Valdrek torció el gesto durante un instante, al sentir una oleada de añoranza.

—Bueno —dijo él, mirando a Lear—, entonces iremos con vosotros y probaremos suerte.

—No os dejará salir —respondió Eammon con voz cansada.

—Puede que no. Pero ahora hay dos personas que cargan con el peso del Bosque Salvaje, es diferente a las otras veces.

—Deberíamos ir solo Raffe y yo —protestó Eammon—. Incluso aunque os dejara cruzar, es demasiado arriesgado…

—Se lo debemos a todo el mundo en Confín, tenemos que intentarlo. Y si el bosque nos deja salir y hay algo que podamos hacer para sanarlo, lo haremos. —Valdrek se encogió de hombros—. Te vamos a ayudar, Lobo, quieras o no.

Red se puso en pie y cubrió la mano de Eammon con la suya. Levantó la

mirada hacia él.

—Se acabó lo de hacerlo todo tú solo —resopló ella—. Imbécil.

La preocupación brillaba en los ojos del Lobo, pero le dio la vuelta a la mano que envolvía Red y entrelazó sus dedos con los de ella.

Lear se rio entre dientes, aunque fue una risa seca.

—A lo mejor hasta nos cargamos a Solmir. Con eso bastaría para que nos dedicaran una balada, ¿eh? Matar a uno de los reyes…

La luz del fuego tiñó de dorado los rizos de Lyra cuando dio un paso adelante.

—Nosotros también vamos.

Por detrás de Lyra, Fife se cruzó de brazos. El relieve de su marca del pacto destacaba en su piel llena de pecas. Asintió una vez, confirmando sus palabras.

Eammon tenía las cuencas de los ojos hundidas y rodeadas de sombras. Miró a Red y ella le apretó la mano.

—Vamos, entonces —murmuró él.



Todos los árboles del Bosque Salvaje estaban cubiertos de espinas y tenían las ramas desnudas. Las hojas del suelo eran grises y esqueléticas, despojadas de los colores del otoño como si hubieran pasado meses en vez de unos minutos. Por encima de sus cabezas, el cielo estaba moteado como si fuera un moratón.

La empuñadura de la daga atada alrededor del muslo de Red le rozaba la muñeca. Unos cuchillos lanzaban destellos en las sombras del abrigo de Eammon. Red se preguntó si llegarían a utilizarlos. Ni siquiera sabía si se podía luchar contra aquello a lo que se iban a enfrentar. Kiri podía morir, y también Solmir cuando estaba en su lado del bosque, o al menos eso suponía Red, pero si el resto de los reyes se abrían paso…

«Reparar las brechas, rescatar a Neve». Lo recitaba como una letanía; eran las dos únicas cosas que sabía que podían hacer.

—¿Tenemos un plan? —murmuró Lyra. Su tor era una luna creciente plateada en la oscuridad. A cada paso que daban, las bolsas que llevaban ella y Fife en la cintura tintineaban, llenas de viales de sangre.

—Detenerlo. —Eammon no se paró, siguió andando con paso infatigable.

—Yo me ocuparé de él. —Era Raffe, que caminaba tras ellos, en silencio hasta aquel momento. Levantó la vista del suelo y miró a Lyra, con unos ojos oscuros que centelleaban—. Si Solmir está allí, incluso si está donde podáis alcanzarlo vosotros, lo mataré yo.

Lyra asintió una vez.

Se hizo el silencio, roto únicamente por el sonido de las botas al pasar por encima de las hojas.

La agonía por los centinelas destrozados había decaído hasta convertirse en un dolor sordo. Aun así, Eammon caminaba con el cuerpo rígido al frente de aquella extraña procesión, como si con cada movimiento estuviera gastando unas reservas de energía limitadas.

Red aceleró el paso hasta que el dorso de su mano rozó la de Eammon. El Lobo no la había tocado desde que habían salido de la fortaleza, cuando habían subido las escaleras a toda prisa en busca de armas. Entonces la había atraído hacia sí y la había besado como si pudiera ofrecerle algún tipo de protección a través de la presión de su boca.

—Haré lo que tenga que hacer —había susurrado él—. Lo que sea para mantenerte a salvo.

Red le había recorrido las cicatrices con los dedos.

—Te quiero. —Había torcido la boca en un amago de sonrisa, pero luego la había borrado—. Estoy hecha para el Lobo.

Eammon le había rozado el labio inferior con el pulgar.

—Y yo estoy hecho para ti.

Ya no quedaba nada de aquella dulzura, como si la hubiera gastado toda en aquel momento. Ahora parecía estar hecho únicamente de ángulos toscos y bordes afilados, y se movía con una intención feroz.

—Estoy segura de que si se lo pides de buenas maneras, Raffe lo arrastrará a este lado de la frontera para que puedas tener tu oportunidad. —Aquellas palabras no tenían ninguna entonación, sonaban vacías. Solo lo dijo porque no tenía nada más que decir. Porque «todo saldrá bien» se parecía demasiado a una mentira.

No había humor en la mirada de Eammon cuando se cruzó con la de Red.

—No dejaré que te ocurra nada.

Red le cogió la mano y él le dejó hacerlo.

Más adelante, los árboles eran cada vez más escasos y crecían retorcidos. El pequeño grupo de guerreros se detuvo y se quedaron paralizados por la conmoción.

La frontera del Bosque Salvaje era un páramo. Los árboles estaban desperdigados y rotos, y aquellos que seguían en pie estaban retorcidos de una forma dolorosa. Unos agujeros de tierra podrida marcaban el terreno: había uno justo delante de ellos, y podían ver el borde de otro en las sombras que había a la izquierda. Una línea dentada dividía el firmamento en dos: el crepúsculo color ciruela chocaba con un cielo índigo, salpicado de estrellas como el cristal de una ventana rota.

Más allá, en la enorme y vacía extensión de tierra del norte de Valleyda, crecía un pequeño bosquecillo con árboles blancos apiñados, a poco menos de

un kilómetro de la frontera. Unas raíces retorcidas se alzaban hacia el cielo, enredándose unas con otras para formar un círculo impenetrable, mientras que las ramas más anchas atravesaban el suelo. Era otra arboleda de aquellos centinelas invertidos que crecían al revés. No se movía nada entre los troncos blanquecinos.

Red dio un paso atrás. El bosque que había en su interior hizo lo mismo.

—Allí. —Raffe estaba a su lado y sus dientes centelleaban en la oscuridad —. Tiene que estar allí. —Echó a trotar por encima de la tierra quemada en dirección a la arboleda, sin vacilar.

Valdrek dio un paso hacia la frontera arrasada, con Lear a su lado. Cuando cruzó con indecisión al otro lado, Red sintió un tirón en el pecho, como si se hubiera roto una cuerda desgastada. El bosque los dejaba marchar, sabía que mantener las fronteras no iba a serle de ayuda.

—Vaya. —Valdrek se giró sorprendido, con una mirada alegre y cansada, teñida por la melancolía—. El mundo parece igual a este lado. Buena suerte, Lobos. —Se dirigió hacia las colinas, detrás de Raffe, y Lear lo siguió.

Lyra llevaba el tor en la mano y tenía el cuerpo relajado pero listo, preparada para reaccionar.

—Todavía no veo criaturas de sombras —dijo, buscando con la mirada a lo largo de la frontera arrasada del bosque—. No sé si eso es tranquilizador o no.

—Las Tierras Sombrías tienen cosas más importantes que liberar. —Eammon hablaba con la voz tranquila, aunque tenía la mandíbula apretada por el dolor. Miró hacia Red—. Voy a explorar el límite del bosque con Lyra. Fife y tú quedaos aquí. No os acerquéis más a la frontera hasta que os llame.

—¿Es una orden? —Red lo dijo medio en broma, intentando aligerar el peso férreo que sentía dentro del pecho.

Eammon resopló, media risa para su media broma, y apretó sus dedos sobre los de ella.

—Lo es si quieres que lo sea.

—Eammon…

El Lobo le colocó el pelo detrás de la oreja y le acarició la mejilla con su mano llena de cicatrices.

—Déjame hacer esto.

Desentrelazó sus dedos con delicadeza y tiró de la mano de Red para acercarla a sus labios. Luego se fue, adentrándose en las ruinas en las que se había convertido el bosque.

Fife se colocó junto a ella mientras Eammon y Lyra se alejaban rápidamente.

—Qué tontos somos —dijo él. Intentó utilizar su habitual tono brusco, pero no lo consiguió.

Red levantó una ceja.

Fife se encogió de hombros.

—Por enamorarnos de unos idiotas imprudentes.

Red agarró los dedos de Fife durante un instante y luego los dejó caer.

Un movimiento repentino llamó su atención en la dirección opuesta a la que habían tomado Eammon y Lyra. Algo blanco, oculto entre las sombras, justo en el borde de la frontera con Valleyda. Red entrecerró los ojos y dio un paso adelante, tambaleándose.

—¿Has visto eso?

—¿El qué?

Otra vez, algo blanco ondeando. En su visión, Neve iba vestida de blanco.

Eso bastó para que echara a correr.

—¡Red!

Pero ella no le prestó atención, se lanzó precipitadamente a por aquel destello entre los árboles ensombrecidos. Quizás Neve había despertado de aquel extraño trance y se había acercado a la frontera del bosque destrozado…

—Ven —dijo alguien desde la oscuridad sin forma que había detrás del árbol. Hablaba en una voz lo suficientemente baja como para no poder identificarla.

—¿Neve? —gritó Red. Cada parte de su cuerpo estaba centrada en salvar a la hermana a la que había abandonado.

No hubo respuesta.

—¡Redarys! —Esta vez fue un grito, tan potente que podría haber desgarrado una garganta. Eammon llamándola. El Bosque Salvaje que tenía dentro de su pecho ardía y la cortaba; era una advertencia por acercarse tanto al borde, pero Red apretó los dientes y siguió adelante. Sus botas resbalaron en la tierra cuando llegó al árbol. Estiró una mano para apoyarse en él y rodearlo.

Desde las sombras, Kiri sonrió.

Red intentó retroceder, pero los pulmones le ardían y el bosque moribundo que se aferraba a ella le hacía demasiado daño. Buscó a tientas la empuñadura de su daga, pero estaba demasiado aterrorizada como para poder agarrarla. Luego Kiri le puso las manos alrededor de la garganta y apretó con fuerza.

—Causas más problemas de lo que vales —bufó la suma sacerdotisa, con la locura centelleando en sus ojos bajo aquella colisión entre las estrellas y el crepúsculo—. No mereces contemplar el regreso de nuestros dioses.

—¡Red! —Sintió cómo unas enredaderas se deslizaban sobre sus tobillos, cómo el Bosque Salvaje le atravesaba el pecho mientras Eammon intentaba convertir sus pedazos rotos en poder.

—Despídete de tu querido Lobo. —Kiri apretó aún más el cuello de Red —. No tardará en reunirse contigo.

Entonces unas manos agarraron los brazos de la sacerdotisa y la obligaron a abrir los dedos, dejando que el aire volviera a entrar en los pulmones de Red.

Solmir maldijo en voz baja, cogió a Red por el brazo con fuerza y la arrastró hacia la línea irregular de los árboles.

A lo lejos, por encima del ruido de sus gritos ahogados, oyó unos pasos que corrían hacia ella, además de los bramidos de Eammon.

—Puede que causes más problemas de lo que vales —murmuró Solmir, tirando de su brazo. Los pies de Red se separaron del suelo y acabó deslizándose sobre las rodillas—, pero eres más útil viva que muerta.

Red abrió la boca para gritar, para llamar a Eammon, pero Solmir la arrastró al otro lado de la frontera, y cada nervio y cada fibra de su cuerpo explotaron en un dolor abrasador que arrasó con todo. Cualquier otro pensamiento desapareció de su mente con aquel fogonazo, y su grito resonó a través del Bosque Salvaje.

Los árboles se agacharon en señal de duelo.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Las rodillas de Red sobrevolaban la hierba muerta de finales del otoño valleydano mientras Solmir la obligaba a avanzar tirando de ella. Sentía como si se hubiera roto una jaula dentro de su pecho y las raíces se estiraran hacia su hogar. Si miraba hacia abajo, seguramente vería cómo las ramas le atravesaban la piel, cubiertas de vísceras, convirtiendo su cuerpo en un sepulcro. Oyó un lamento terrible resonando en su cabeza y no supo de dónde provenía. Sentía demasiado dolor como para saber si tenía la boca abierta o si sus cuerdas vocales se estaban moviendo.

Unas enredaderas intentaron lanzarse a por sus tobillos y a por los de Solmir, pero estaban débiles y se escabulleron; el bosque moribundo las había vuelto frágiles. Unas ramas se apiñaron y se estiraron hasta donde pudieron, antes de retirarse como la cuerda de un arco ya disparado.

—¡Red! —El grito de Eammon le llenó la garganta—. ¡Red! Valdrek y Lear detuvieron su expedición sigilosa por el campo. La voz de Eammon resonó a través del aire tranquilo dela noche. Raffe echó a correr y desapareció dentro de la arboleda retorcida. Valdrek hizo un gesto con la mano para detener a Lear y le indicó que siguiera al otro hombre. Cuando lo perdió de vista entre los árboles, unas figuras vestidas de blanco aparecieron de repente, como si hubieran estado escondidas en el centro del bosquecillo hasta aquel momento.

Sacerdotisas. Había cinco, al menos que pudiera contar Red con aquella extraña sensación de claridad que flotaba por encima de su dolor. Había algo en su número que parecía un mal augurio, terrible de alguna forma que no

llegaba a descifrar del todo.

Se revolvió para librarse del agarre de Solmir, pero este siguió sujetándola con fuerza. Kiri iba caminando a su lado, avanzando con elegancia y sin prisa, con las manos metidas con delicadeza dentro de las mangas.

Sonó un gruñido desesperado: era Eammon, tambaleándose mientras cruzaba la frontera del Bosque Salvaje, con la cara pálida por el dolor y los tendones marcados en el cuello. Lanzó una cuchillada con su daga, pero Solmir la desvió sin esfuerzo. Kiri se apartó hacia un lado con un leve sonido de repulsión, como si Eammon fuese solo una pequeña molestia, un mosquito que había que aplastar.

El Lobo arremetió de nuevo, pero algo tiró de él hacia atrás, como si hubiera golpeado una pared invisible. Se le dobló el cuello hacia el hombro con tanta fuerza que parecía que se lo había roto, y el grito de Red no tenía nada que ver con que Solmir la hubiera arrojado a un lado como una capa que se había cansado de llevar puesta.

—¿Tiene que acabar así? —La voz del rey sonaba casi cansada—. ¿Haciéndote el héroe para nada?

Enseñando los dientes, Eammon se lanzó hacia él. Le dio un puñetazo en la barbilla que hizo que le crujiera la mandíbula y le levantó la cabeza de golpe. Hizo girar hacia un lado la daga que llevaba en el puño y lanzó un tajo, haciéndole un corte en el brazo a Solmir.

Pero el rey se quedó allí parado, como si estuviera esperando.

El Lobo intentó atacar de nuevo, pero un espasmo le recorrió todo el cuerpo. Su columna se quedó agarrotada y se dobló hacia atrás. Hubo un silencio tenso, como si estuviera intentando aguantar, y luego soltó un grito de agonía con los dientes apretados.

Unas enredaderas salieron reptando desde el Bosque Salvaje y se enroscaron alrededor de los brazos y los tobillos de Eammon. Sus botas iban dejando surcos en la tierra conforme lo arrastraban hacia atrás. Llamó a Red a gritos, que sonaban como si tuviera cuchillas en la garganta, y luchó por impulsarse hacia delante, pero el bosque tiraba más y más de su cuerpo mientras se revolvía, hacia la frontera del bosque en ruinas.

Algo que casi parecía pena apareció en el rostro de Solmir.

—Está demasiado enredado en tu interior como para dejarte marchar —dijo en voz baja—. El Bosque Salvaje se protege a sí mismo en primer lugar.

—¿Como lo que le ocurrió a mi madre? —gruñó Eammon, luchando contra la frontera y contra el agarre del bosque. Tenía enredaderas enroscadas alrededor de las piernas y unas ramas dobladas como dedos sobre los hombros. Apretaban con delicadeza, pero era imposible liberarse—. ¿Cuándo intentó abrir las Tierras Sombrías por ti?

Los ojos de Solmir tenían una expresión inescrutable.

—Exacto.

Kiri ya estaba a mitad de camino de la arboleda, era una mancha blanca en mitad de los colores de la noche del campo. Algo brillaba en su mano. Una daga.

Otro destello plateado, más cerca. Valdrek. Caminaba lentamente hacia el Bosque Salvaje, agachado en la oscuridad, entre el bosquecillo retorcido y el límite de los árboles. Llevaba la espada desenvainada, lista para atacar, y tenía la mirada clavada en la espalda de Solmir.

Satisfecho al ver que Eammon estaba atrapado, el rey se giró hacia Red con una mirada de reproche.

—Ya habríamos acabado con todo esto de no haber sido por ti. —Solmir sacudió la cabeza. Su pelo largo se agitaba con la brisa de la noche y la luz de la luna iluminó los relieves de unas pequeñas cicatrices en su frente. Estaban a la misma distancia unas de otras y parecían hechas a propósito—. Si te hubieras quedado en Valleyda, el Lobo ya se habría rendido.

—No lo habría hecho. —Red intentó ponerse en pie, pero su cuerpo no la obedecía—. Nunca se rindió antes de conocerme y no lo habría hecho después.

La expresión de Solmir era una que nunca le había visto antes: ya no era de rabia, aburrimiento ni desprecio, sino que casi parecía pena, y Red lo odió por ello.

Algo pasó volando junto a su cabeza. El tor de Lyra. Ella y Fife se habían unido a Eammon en el límite del Bosque Salvaje; estaban tan atrapados allí como el Lobo. Lyra gruñía enseñando los dientes.

—Esto ha sido una estupidez. —Solmir suspiró—. Cuando vuelvan los reyes, te vendrá bien tener un arma.

Los reyes. Eran cinco, incluyendo a Solmir. Cinco sacerdotisas en la arboleda. Y Kiri se dirigía hacia ellas con un cuchillo en la mano.

—¡No dejéis que las mate! —gritó Red a quienquiera que pudiera escucharla. Giró la cabeza justo a tiempo para ver a Kiri adentrarse entre los árboles invertidos—. ¡Tenéis que pararla antes de que las mate!

Su voz, ronca por el dolor, apenas había sido un susurro, pero fue suficiente para que Solmir se girara para registrar la hierba alta con la mirada. Suficiente para localizar a Valdrek, agachado y esperando su oportunidad.

No dudó en cuanto vio que lo habían descubierto. Los anillos plateados de su cabello brillaron cuando se lanzó hacia delante, rugiendo y blandiendo la espada de forma salvaje.

Casi despreocupado, Solmir levantó su daga y golpeó la sien de Valdrek con la empuñadura.

Eammon arremetió contra el Bosque Salvaje, gritando, pero lo tenía bien amarrado. Red intentó levantarse y avanzar a trompicones hacia Valdrek, pero algo que se sentía como un muro de hielo la volvió a lanzar al suelo de un golpe.

Las lágrimas corrían por su pelo. Tenía la espalda aplastada contra el suelo. Era el mismo frío con el que Kiri la había atacado en Valleyda, el mismo que le había hecho sentir cómo se le congelaban los órganos y cómo se le cubría de escarcha la garganta, pero esta vez era más fuerte y pesado, nacido tras años en la oscuridad, en lugar de tras derramar sangre sobre unas ramas. Era la magia de las Tierras Sombrías; todo el poder que habían utilizado para crear la prisión había ido goteando dentro de Solmir mientras cumplía su condena. Era la misma magia que había intentado utilizar contra ella en la mazmorra, y esta vez Red no tenía suficiente luz dorada para detenerla.

El dolor seguía destrozándola por dentro. Red agonizaba y se le retorcían los músculos mientras el Bosque Salvaje se hundía cada vez más. Soltó un grito, aunque su boca intentó cerrarse para ahogarlo.

—En ella no está tan asentado como en ti —dijo Solmir de manera despreocupada, levantando la voz para que sus palabras recorrieran los metros que había entre Eammon y él, como si estuvieran en una taberna—. El bosque de tu Loba es nuevo y sus raíces son fáciles de arrancar. Ya sabes cómo arreglarlo, cómo acabar con su dolor.

—¡No! —Red se arqueó sobre el suelo, casi doblada por la mitad, y levantó el cuello para poder mirar a Eammon—. ¡No!

Sonó un gran estruendo, una reverberación profunda que hizo que Red apretara los dientes. Intentó enfocar sus ojos borrosos hacia la arboleda, lo suficiente como para ver cómo una figura vestida de blanco caía al suelo y dejaba tras ella un rastro escarlata.

La primera sacerdotisa había muerto. Quedaban cuatro.

—Morirá si no lo haces. —Solmir hizo un gesto hacia el bosquecillo que había tras ellos, hacia la escena de terror que ocurría entre sus raíces, a lo lejos. Mientras lo hacía, otra sacerdotisa cayó.

Dos menos.

—Traerlos de vuelta, traer aquello en lo que se han convertido, matará al Bosque Salvaje y a todos los que estén vinculados a él. Tú eres parte del bosque desde hace demasiado tiempo, Eammon, no hay forma de que te puedas salvar. —La mano de Solmir tocó el pelo de Red con delicadeza, y ella se apartó tanto como pudo, teniendo en cuenta que su cuerpo era un campo de batalla entre las raíces que la desgarraban y el peso frío de la magia de las sombras—. Pero ella sí podría.

Eammon jadeó. Sus ojos centellearon; su boca era un rictus de agonía. Fife había apartado a Lyra y le rodeaba los hombros con un brazo mientras observaban en silencio, horrorizados e indefensos.

—¿Por qué? —La voz de Eammon sonaba rasgada—. ¿Por qué quieres traer de vuelta a los demás? ¡Te arrastraron con ellos! ¡Todo esto es culpa suya!

Los ojos de Solmir eran como esquirlas de hielo. Durante un instante, movió la boca como si fuese a darle una explicación, pero luego sacudió la

cabeza, con una expresión casi derrotada.

—Porque es inevitable. No se puede detener su regreso. —Hizo una pausa y su voz se volvió cortante como una sierra—. Y cuanto más tiempo tengan para prepararse, peor será.

Otro estruendo escalofriante hizo temblar la tierra. Luego otro más, aún más fuerte.

Ya habían caído cuatro.

Desde el otro lado del abismo de la frontera, Eammon clavó su mirada en Red, con una promesa ardiente en sus ojos verdes y ambarinos. «Dejaría arder el mundo entero antes que hacerte daño».

Red leyó la intención en su mirada; siempre sabía lo que estaba pensando. Apretó los dientes e hizo una mueca de rabia.

—¡No…!

Eammon inclinó la cabeza hacia un lado mientras le arrancaba el Bosque Salvaje, tirando de las raíces que llevaba dentro. Lanzó un rugido de agonía hacia el cielo, y entonces Red se dio cuenta de que no se lo había contado todo cuando le había hablado de quemar el mundo entero.

Dejaría que el mundo ardiera, sí, pero Eammon también ardería con él.

Red gritó y clavó los dedos en la tierra.

—¡Devuélvemelas! ¡Maldito seas, devuélvemelas!

El Bosque Salvaje no la escuchó. Red tosió hojas ensangrentadas y raíces anudadas. Desesperada, pensó en volver a metérselas en la boca y tragárselas, pero no habría servido de nada. Volvía a ser solo una humana, hecha únicamente de huesos, órganos y sangre.

Las raíces y las enredaderas que había alrededor del Lobo se tensaron una sola vez, como si fuesen un puño, y luego se abrieron. Eammon sintió un espasmo que le dobló la espalda y cayó de rodillas, jadeando. Los tendones del cuello le sobresalían como si fuesen raíces y sus hombros quedaron al descubierto a través de la tela destrozada de su camisa. Clavó los dedos en el suelo y una luz dorada, tenue pero visible, le atravesó las venas.

—Déjalo, Eammon —murmuró Solmir, sin prestarle ninguna atención a Red. Aquello era entre el rey y el Lobo—. Ríndete.

Un instante después, el Lobo se quedó quieto.

El mundo se paralizó, en un equilibrio que pendía de un hilo. Fife y Lyra estaban inmóviles como estatuas, y unas lágrimas brillaban en las mejillas de la mujer.

Un momento de calma.

Una decisión.

Una oleada.

El bosque se levantó tras Eammon como una ola, una corriente cada vez más fuerte llena de raíces y ramas, de enredaderas y espinas. Los centinelas se arquearon hacia él y estiraron sus dedos blancos y afilados. Le atravesaron la

piel y fluyeron hacia dentro, hacia la luz, llenando sus venas con el resplandor de las estrellas, con un brillo verde y dorado. El Lobo estaba completamente inmóvil, pero todo aquello que formaba el Bosque Salvaje lo golpeaba como la lluvia a un río. Una ola tras otra chocaban contra su espalda, un bosque que se filtraba en su interior en busca de una semilla.

Luego Eammon se puso en pie.

Se irguió en toda su altura y luego aún más: dos metros, dos metros y medio… Sus ojos cambiaron mientras la sombra que proyectaba sobre el suelo se hacía más larga; el blanco de sus ojos ambarinos se volvió de un color esmeralda, intenso y puro. Unas guirnaldas de hiedra aparecieron alrededor de sus muñecas y de su larga melena negra, una armadura de corteza en espiral le recubrió los brazos y unas astas hechas de ramas le crecieron en la frente.

Todos aquellos pequeños cambios… —las astillas que le dejaba el Bosque Salvaje cuando utilizaba la magia sin ayuda, las partes de sí mismo que había sacrificado, todo lo que había intentado evitar ofreciendo su sangre—, todo aquello palidecía en comparación con esto.

Un bosque convertido en un hombre, y este a su vez convertido en un dios.

Eammon —lo que una vez había sido Eammon— se giró hacia ella y la miró con aquellos extraños ojos divinos. Red, asustada en el suelo, lo entendió. Por fin se había rendido. Había renunciado a ser un hombre y un bosque, a aquella dualidad imposible de hueso y rama. Lo había absorbido por completo y la red brillante del Bosque Salvaje había desplazado a todo lo que Eammon había sido antes.

Y esta vez, había dejado que tomara el control. Se había sacrificado para salvarla a ella. Y en aquellos ojos inhumanos no había rastro del hombre al que había amado.

El llanto le sabía a sangre.

Una carcajada grave y triste salió de la boca de Solmir.

—Los Lobos y sus sacrificios…

Un último crujido, como si la tierra se hubiera desgarrado. Con los ojos empañados por las lágrimas, Red vio cómo caía la quinta sacerdotisa. El cuchillo de Kiri lanzó un destello sangriento justo antes de que se adentrara en la arboleda. Al mismo tiempo, Lear salió de un salto de entre los árboles y quedó inmóvil, acurrucado en el suelo. Unas sombras surgieron de la tierra alrededor de los centinelas retorcidos, un círculo de oscuridad que no paraba de retorcerse.

Solmir volvió a hacer aquel gesto extraño con la mano. Las sombras rodaron por la tierra como una ola negra y se amontonaron antes de dirigirse hacia él como una bandada de pájaros, haciendo un ruido atronador al desplazarse. Las tinieblas fortalecieron al rey, hicieron que se volviera más alto y lo envolvieron en la oscuridad.

Sonriendo y borboteando sombras, Solmir le hizo señas al Lobo para que

se acercara.

Y el Bosque Salvaje —Eammon— arremetió contra él con un rugido.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El Bosque Salvaje ya no era un bosque. Se había arrancado sus propias raíces y ahora era algo diferente. Sus fronteras eran los límites del cuerpo de Eammon, cubierto de espinas y enredaderas. Eammon ya no estaba, y el Bosque Salvaje ocupaba su lugar vistiendo el cuerpo de un hombre.

Cuando corrió hacia Solmir, la tierra tembló.

Red se puso en cuclillas; aquella magia fría ya no la aplastaba contra el suelo. Tenía la boca seca por la pena y el terror. Aquel dios del bosque seguía pareciéndose a Eammon, todavía tenía su cara angular y su pelo oscuro, pero la forma en la que se movía era extraña: la niebla se agitaba entre sus ramas y el viento sacudía sus hojas. Era una luz dorada que se enfrentaba a las sombras de Solmir, y los dos eran terribles.

Eammon —lo que había sido Eammon pero ya no lo era, y, por los reyes, Red iba a perder la cabeza— golpeó con el puño la mandíbula de Solmir. Unos trozos de corteza y unas hojas salieron disparados por el impacto, y el rey echó la cabeza hacia un lado mientras sus labios dibujaban una sonrisa amplia y exultante.

—Podrías haber tenido una muerte tranquila. —Solmir se limpió la sangre de la boca con el dorso de la muñeca, envuelta en un guantelete de sombras—. Los lobos son más fáciles de matar que los dioses.

Lyra estaba en la frontera del bosque con los ojos muy abiertos, sin creerse lo que estaba ocurriendo. Entonces, gruñendo, se lanzó hacia delante y recogió su tor del suelo, ahora que no la retenía la frontera de un Bosque Salvaje que ya no estaba allí. Fife la siguió sin dudar un instante. Los árboles seguían

alzándose tras ellos, pero eran diferentes, tenían los colores más apagados; el cielo que había sobre ellos estaba lleno de estrellas y lucía los colores de la noche, en lugar de los del crepúsculo.

Era un bosque normal, como cualquier otro. Todo lo que hacía que fuese el Bosque Salvaje ahora estaba dentro de Eammon.

Los cuerpos de las sacerdotisas yacían entre los centinelas invertidos de la arboleda, con sus túnicas blancas manchadas de escarlata, mientras su sangre se derramaba sobre las raíces. Kiri no estaba por ninguna parte. Lear ya se había recompuesto y se había apartado lentamente de los árboles, con un corte en la frente que goteaba sangre sin parar sobre sus ojos.

El abismo de sombras que rodeaba la arboleda se hacía cada vez mayor y la oscuridad se arremolinaba en el aire como si fuese humo. La tierra que había alrededor temblaba con el traqueteo de una puerta cerrada.

Una puerta que pronto abrirían por la fuerza.

Eammon echó las manos hacia delante y unos troncos afilados surgieron de la tierra. Atravesaron a Solmir como si estuviera hecho de humo; la oscuridad se dispersaba formando volutas y luego volvía a su lugar. El rey dobló los dedos y las sombras atraparon el brazo de Eammon y se lo retorcieron, sujetándoselo a la espalda. Se oyó un rugido, el sonido de unas ramas rompiéndose, de un bosque ardiendo. Cuando el Lobo se liberó del agarre de la sombra, tenía unas quemaduras oscuras en la piel.

A pesar del vacío que había en su pecho, y a pesar de que sabía que el último vestigio del Bosque Salvaje la había abandonado, Red dobló los dedos como si fuesen garras. Se puso en pie y se acercó tambaleándose a los dioses enfrentados.

No fue una sombra lo que la apartó de allí. Fue una enredadera, que floreció y le rodeó la cintura suavemente pero con firmeza para obligarla a quedarse quieta. Unos ojos inhumanos la miraron, colocados en una cara que Red había besado. No había ninguna señal de que la reconociera.

Se quedó allí parada. Cada respiración le dolía como si se hubiera tragado un cuchillo.

Vio una figura delicada que se acercaba rápidamente. Lyra, con el tor en la mano y los dientes lanzando destellos a la luz de la luna. La hoja atravesó la pierna cubierta de sombras de Solmir. Fue un golpe que debería habérsela cercenado, pero el cuerpo del rey se disipó y volvió a formarse de nuevo. Mirándola con desdén, Solmir golpeó a Lyra e hizo que saliera volando. Aterrizó junto a Red y se quedó inmóvil.

—¡Lyra! —Tras ella, Fife gritaba a todo pulmón. Se giró hacia Solmir con la daga en la mano, empequeñecido ante aquella inmensidad cubierta de sombras.

—¡Fife, no! —Red se arrastró hacia Lyra y le colocó unos dedos temblorosos en el cuello. Tenía el pulso débil pero constante; su respiración

era superficial, pero seguía viva—. ¡No servirá de nada!

Red entendió con su gruñido que ya lo sabía y que no le importaba. Solmir le había hecho daño a Lyra, así que él se lo haría a Solmir, era una lógica sencilla. Pero no podría ser en aquel momento. Conteniendo un rugido, Fife envainó la daga y se acercó corriendo a donde estaban ellas.

Tras él, Eammon y Solmir continuaban luchando ajenos a todo, una batalla cósmica en un microcosmos.

—Está viva —dijo Red mientras Fife se dejaba caer junto a ellas. Apartó la mano con la que le estaba tomando el pulso a Lyra para que él pudiera poner la suya—. Todavía respira.

Fife sollozó aliviado al sentir sus latidos y agachó la cabeza lo suficiente como para que sus rizos rojizos rozaran la frente de la mujer. Con torpeza, debido al miedo, se quitó la chaqueta y la colocó alrededor de ella como si pudiera servirle de escudo.

Luego se sentó, paralizado, con la mirada clavada en su propio brazo, ahora desnudo.

En lo que no estaba allí.

—La marca. —Fife se quedo callado y tragó saliva. Luego, con delicadeza, levantó la manga de Lyra. Tenía la piel morena e inmaculada allí donde había estado la marca del vínculo. La luz de las estrellas le daba un brillo dorado, pero no había ningún rastro de raíces.

Miró a Red con los ojos abiertos de par en par por el asombro y también por una buena dosis de miedo.

Red sintió un peso sobre los hombros, una mirada penetrante que se le clavaba en la piel de la nuca. Miró hacia atrás con la garganta cerrada, sabiendo lo que se iba a encontrar.

Eammon —¡no era Eammon!— la observó durante un instante con sus brillantes ojos verdes y ambarinos, casi parecía desconcertado. Luego posó su mirada intensa en Fife. Asintió una vez con seriedad, de forma mecánica.

—Mierda. —Fife se colocó la mano alrededor del antebrazo.

El dios del bosque se dio la vuelta para volver a la batalla, apenas había tenido un segundo de descanso. Unas ramas afiladas crecieron desde sus dedos y cruzaron el aire hacia la cara de Solmir.

El gigante oscuro en el que se había convertido el rey no intentó esquivarlas. Las ramas lo atravesaron como si estuviera hecho de sombras y volvió a recuperar su forma en cuanto se apartaron.

Sombra.

El pensamiento atravesó la mente de Red de manera precipitada; luego se concretó. Cuando había visto a Arick en el exterior del santuario, al Arick que era Solmir, no había ninguna sombra en el suelo tras él. Y las palabras de Kiri en la mazmorra, «Uno sería la sombra, y el otro, el hombre»…

Había cinco sacerdotisas muertas. Cinco vidas para liberar a cinco reyes.

Solmir, que ya estaba más o menos aquí, debería estar volviéndose de carne y hueso, debería estar aprovechando el sacrificio para manifestarse por completo en este mundo. Aun así, seguía aferrado al vínculo que tenía con Arick, manteniéndose como su sombra mientras luchaba contra Eammon.

Mientras Solmir estuviera peleando con Eammon, Arick seguiría siendo su parte humana.

Fife se agachó entre Lyra y aquella guerra entre sombra y bosque, con la daga en la mano. Cuando habló, lo hizo con su brusquedad habitual:

—No sé qué vas a hacer a continuación, pero yo me quedo con Lyra.

—Jamás te pediría otra cosa.

—Lo sé. —Seguía sonando brusco, pero había cierto cariño.

Red sabía lo que tenía que ocurrir, pero sentía un peso demasiado grande en su interior. Era algo a lo que no quería prestar demasiada atención hasta que estuviera claro que no había otra opción.

Tenía que decidirse rápido. Eammon no podría seguir luchando contra una sombra para siempre.

Se puso en pie con las piernas temblorosas.

—Voy a la arboleda.

Fife la miró a los ojos. Asintió.

Red echó a correr.

Lear se encontró con ella cerca del borde de las sombras que se movían en círculos alrededor del bosquecillo; se estaba limpiando la sangre de la cara.

—He intentado detenerlas. —Señaló con su mano manchada de escarlata hacia los cuerpos de las sacerdotisas, prácticamente ocultos entre aquella oscuridad que no paraba de retorcerse—. Les he suplicado que huyeran, una y otra vez. Ninguna me ha hecho caso, y la pelirroja me ha dado un buen porrazo antes de que pudiera intentar sacarlas de allí. —La herida de su frente le goteó sobre los ojos. Se limpió la sangre como si aquello le fastidiara, más que dolerle—. No he podido ir más allá antes de que las sombras aparecieran, pero Raffe sigue ahí dentro.

—Tengo que ir a buscarlo. —Incluso sin tener ni rastro del Bosque Salvaje en su interior, aquella arboleda le parecía repulsiva. Era algo que nunca debería estar bajo el cielo—. Debo encontrar a mi hermana.

Los ojos de Lear tenían un brillo de preocupación.

—Si está allí, no sé qué te vas a encontrar exactamente.

—Yo tampoco. —Red tragó saliva—. Pero es nuestra única oportunidad de detener esto.

Lear asintió. Luego inclinó la cabeza en una leve reverencia.

—Buena suerte, Loba.

Antes de que pudiera perder los nervios, Red echó a correr hacia delante. Saltó por encima del surco de las sombras que seguían creciendo y aterrizó de forma poco elegante junto al cadáver de una sacerdotisa.

La arboleda estaba sumida en el silencio y amortiguaba el estruendo de los rugidos de los dioses. La tierra era oscura, pero seguía siendo sólida, incluso mientras se sacudía. Aun así, Red casi podía sentir cómo se formaban grietas bajo sus pies, unas fisuras por las que algo podría colarse.

Los centinelas estaban doblados hacia dentro, avergonzados. Red colocó la mano sobre un tronco, como si pudiera ofrecerle consuelo. Había más de los que había pensado y crecían a pocos centímetros los unos de los otros, con el color blanco de unos huesos roídos.

Kiri tenía demasiados sitios en los que esconderse.

El crujido de una ramita fue la única advertencia que tuvo Red antes de que la suma sacerdotisa saliera tambaleándose desde detrás de un árbol invertido y le lanzara un tajo feroz con una daga manchada de sangre. Red se agachó para esquivarla y la hoja solo consiguió rozar la tela de su manga.

—Tendría que haberte matado antes. —La voz de Kiri sonaba destrozada, como si llevara horas gritando—. Ya no puedes hacer nada para evitarlo. —Otro tajo brutal, entorpecido por el peso de su túnica empapada en sangre—. Nuestros dioses van a regresar, y entonces…

Un golpe sordo, una empuñadura chocando contra su sien. Con los ojos en blanco, Kiri se desplomó en el suelo.

Tras ella, Raffe envainó su daga.

Tenía las uñas rotas y llenas de sangre. El mango de la daga estaba astillado y lleno de marcas, como si lo hubiera estado golpeando contra una roca una y otra vez.

—Has tardado mucho.

Oyeron un rugido amortiguado que provenía del exterior de la arboleda. Raffe se giró hacia allí con una ceja levantada, sin mostrar demasiado interés, y luego hizo un gesto con la cabeza hacia el cuerpo de la sacerdotisa que se encontraba cerca del límite de los árboles.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho. Eammon… —Su nombre le ardía en la boca, la obligó a tragar saliva a pesar del nudo afilado que tenía en la garganta—. Está manteniendo ocupado a Solmir, pero no aguantará mucho más.

Otro rugido y otro temblor de tierra, como si el suelo fuese la espalda de alguna bestia que se estuviera despertando lentamente. Raffe asintió y atravesó los árboles blanquecinos. En silencio, Red lo siguió.

La arboleda se abría a un claro con dos cosas en el centro. Arick, con una expresión entre vergüenza y resignación.

Y un ataúd.

Parecía hecho de cristal ahumado, como si unas sombras se hubieran congelado dentro del hielo, pero la figura que había en su interior se veía perfectamente. Tenía el pelo negro, los ojos cerrados y la cara del mismo color que los árboles pálidos. Tenía las venas negras alrededor del cuerpo, y aquellos

hilos de oscuridad se extendían más allá de los límites de su piel: bajaban por los lados del sepulcro de piedra y se introducían en aquella tierra podrida mientras las ramas retorcidas que servían de raíces se agitaban bajo el suelo.

Neve estaba vinculada a aquel Bosque Salvaje invertido. El proceso de llevar los centinelas hasta la caverna había durado semanas, pero teniendo un sacrificio dispuesto tan a mano —y, además, inconsciente—. Kiri y su Orden habían tardado apenas unos instantes en hacer que creciera una nueva arboleda.

Y habían utilizado a su hermana para contenerla.

Un lamento grave salió de la garganta de Red. Junto al ataúd, Arick cerró los ojos con fuerza.

—No puedo moverlo. —La voz de Raffe era plana, sin ninguna emoción, como si le hubieran robado toda la energía—. Lo he empujado, pero me daba miedo hacerle daño. —Su voz no se quebró, no exactamente, pero estaba a punto de hacerlo.

El fondo del ataúd de Neve —era un ataúd y Neve estaba dentro; su cabeza era incapaz de procesar aquellas ideas al mismo tiempo— parecía estar unido al suelo, como si creciera directamente en la maraña de ramas blancas que atravesaban la tierra podrida. Poco a poco, con el mismo miedo que había tenido Raffe, Red avanzó, con cuidado de no pisar ninguna de las líneas oscuras que conectaban a su hermana con la arboleda. A esa distancia podía ver las sombras que se movían en su interior, palpitando como un corazón.

Con el estómago revuelto por las náuseas, Red se arrodilló y pasó los dedos por una de aquellas venas negras.

Todo se volvió oscuro, como si le hubieran arrebatado la visión. Una sucesión de imágenes borrosas de pesadilla: un mar enorme y gris, con algo bajo su superficie que mostraba un sinfín de dientes; un cadáver gigante, lleno de escamas, del tamaño de una montaña y tan inmóvil como una; calaveras con formas antinaturales en unas pilas de carroña; una figura delgada hecha de huesos con una guirnalda de flores podridas en la cabeza, encadenada a una roca; cuatro hombres monolíticos sentados en cuatro tronos monolíticos, envueltos en mortajas blancas y coronados con espinas. Junto a ellos había un quinto trono, vacío.

Red apartó la mano. Respiraba con dificultad y tenía la frente cubierta de sudor. Dentro del ataúd, Neve no se movió.

—Me lo prometió. —Los dientes de Red querían romper en pedazos aquellas palabras. Se clavó las uñas en las palmas de las manos mientras se ponía en pie, intentando mantener el equilibrio—. Solmir me prometió que la mantendría a salvo.

—Está viva. —Raffe lo dijo como si se lo hubiera estado repitiendo a sí mismo una y otra vez—. Está… así como la ves, pero viva.

Fuera de la arboleda, otro rugido rompió el silencio. Solmir no tardaría en

cansarse de ser la sombra del cuerpo de Arick, incluso aunque aquello le diera una ventaja contra Eammon. Pronto se manifestaría por completo gracias al sacrificio de las sacerdotisas, y el resto de los reyes regresarían para unirse a él.

Y el Bosque Salvaje —Eammon— moriría.

Era el momento de tomar decisiones, y solo se le ocurría una.

—Arick —dijo ella con voz ronca.

Al oír su nombre, apretó los ojos con fuerza.

—Lo siento mucho —dijo él en voz baja—. Solo intentábamos salvarte.

—Ven aquí. —Las lágrimas la ahogaban—. Por favor.

Tras una pausa, Arick avanzó a trompicones sobre la tierra oscurecida. Red se esforzó para no temblar ante la actitud derrotada de su amor de la infancia y ante la certeza de que había unas cosas enormes y terribles agitándose bajo sus pies.

Estiró la mano cuando Arick se acercó lo suficiente como para poder tocarlo y le pasó los dedos con delicadeza por la cara llena de sangre.

—Sé que no querías que nada de esto ocurriese.

—No. Pero tampoco me importaba lo que pudiera pasar, al principio no. —Lo dijo con un tono casi avergonzado—. Solo quería que estuvieras a salvo.

Red apretó los labios con fuerza. Todos ellos amaban con la pasión del fuego, sin pararse a pensar en las cenizas que dejaban.

—Y lo estoy. —Apartó la mano de su cara y la llevó a la daga. Intentó no pensar en ello, dejar que su cuerpo hiciera todo el trabajo sin seguir las órdenes de su cabeza—. Amo a Eammon y él a mí también. Eso es estar a salvo.

Otro rugido atravesó la arboleda.

—¿También amas aquello en lo que se ha convertido?

—Los dos hemos sido monstruos —susurró Red—. Siempre lo amaré, sea lo que sea.

—A mí también me quisiste una vez. Nunca me lo dijiste, pero me querías. —Arick tragó saliva con la garganta seca y los ojos aún cerrados—. ¿No es verdad?

—Sí. —Fue apenas un susurro, ese tono amable que existía entre la verdad y la mentira. Cerró los dedos sobre la empuñadura de la daga—. No de la forma en la que querías que lo hiciera, pero sí.

Arick abrió los ojos.

—Hazlo rápido, entonces.

Cerca del ataúd de Neve, Raffe estaba en silencio. Cuando Red lo miró, sus ojos centellearon, pero tenía los labios apretados con fuerza.

Arick inclinó la cabeza y un momento después se arrodilló frente a ella. Red quería agarrarlo por los hombros y obligarlo a levantarse, pero se quedó paralizada, con la mano en la daga mientras Arick se postraba como un suplicante delante de un altar.

—Sangre para abrirla —murmuró Arick, un último ritual— y sangre para

cerrarla. Fue mi sangre la que trajo a Solmir, la que invirtió el Bosque Salvaje. Fui un sacrificio vivo. —Levantó los ojos hacia ella. La paz que había en su mirada, el alivio, era de alguna forma peor de lo que habría sido ver su miedo —. Y esto solo acabará cuando el sacrificio deje de estar vivo.

Los dedos de Red temblaban. Estaban cubiertos de sudor y se resbalaban por la empuñadura de la daga. Sabía que aquella era la solución, pero en aquel momento, cuando lo miró a los ojos…

—No puedo.

—Intenté hacerlo yo mismo, en la mazmorra. Nunca lo conseguí. No puedo hacerlo yo solo. —Con delicadeza, estiró la mano y la colocó sobre la de Red. Juntos cogieron la daga. Arick apoyó el filo contra su propia garganta —. Tienes que hacerlo. Deja que te salve esta vez.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Red. La tierra tembló bajo sus pies mientras se arrodillaba para ponerse a su altura.

Arick apretó sus labios contra los de ella. Red se lo permitió.

—Encuentra la forma de traerlo de vuelta —murmuró, pegado a su boca —. Mereces que alguien te ame, Red. Siempre te lo has merecido.

Dejó caer la mano con una súplica en la mirada.

La chica le besó la frente y cerró los ojos. Sostenía la daga con fuerza y sintió cómo Arick se apretaba contra ella. Oyó un leve suspiro y notó su sangre caliente, primero goteando y luego empapándola. Cuando Arick cayó al suelo, Red cayó con él y se obligó a abrir los ojos para poder mirar los de él.

Arick levantó una mano. Le colocó el pelo a Red detrás de la oreja, como solía hacer antes, cuando se tumbaban de aquella forma. Después su luz se apagó, se le relajó la boca y se quedó inmóvil.

Red dejó escapar un último llanto que hizo que se retorciera de dolor.

Las sombras que había en el borde de la arboleda se detuvieron. Los rugidos del exterior guardaron silencio.

En su sepulcro de piedra, bajo el cristal ahumado de su ataúd, Neve dejó escapar un jadeo entrecortado.

Red se puso en pie rápidamente al oírlo, empapada por la sangre de Arick, y echó a correr junto a Raffe. Él usaba la empuñadura de su daga, pero Red golpeaba el cristal con los puños. No se detuvo ni siquiera cuando sintió cómo se le abría un nudillo y el crujido de algo que se le fracturaba bajo la piel.

Pero el cristal resistía. Debajo de él, Neve abrió los ojos.

Miró primero a Raffe y luego a Red. Tenía el rostro inexpresivo, era la cara de una persona que no sabía si estaba despierta o dormida.

—Neve —la llamó Red, con una voz áspera que le destrozaba la garganta. Siguió golpeando el cristal y dejó una mancha de sangre sobre él—. ¡Neve!

No respondió. Lentamente, como si estuviera en un sueño, dirigió la mirada hacia sus propios brazos, hacia las líneas negras que salían de ella como si fuesen unas venas externas. Si aquello la aterrorizó, no dio ninguna señal de

ello. Con una expresión curiosa, estiró una mano hacia el lado opuesto y rozó una de las venas. Palpitó al notar su roce y Neve se estremeció como si estuviera fría al tacto.

Tras un momento que pareció demasiado largo, Neve dejó caer la mano. Cerró los ojos. Entonces, levantando el labio como si estuviera gruñendo, apretó los puños.

Las venas oscuras temblaron. Con un sonido parecido al de un nido de víboras, se… retiraron, alejándose de la arboleda y volviendo al interior de Neve. El aire zumbaba mientras esta reclamaba la magia que le habían arrebatado, la oscuridad que la había utilizado como semilla. Fluyó hacia ella como una ola de sombras y se arremolinó sobre su piel. Hubo un sonido que Red apenas fue capaz de oír, algo que parecía un suspiro.

Y la arboleda se hizo pedazos.

Los centinelas retorcidos cayeron de lado, haciéndose pedazos y derritiéndose mientras el suelo se abría. Las manos de Red resbalaban por los laterales del ataúd de Neve, intentando en vano sacarlo de aquel bosque que se derrumbaba. Raffe empujaba junto a ella, pero ninguno de los dos consiguió hacer que se moviera. El ataúd se hundió en la tierra oscura, que se agitaba como si fuesen arenas movedizas.

Red gritó. Oyó un bramido en respuesta desde el exterior de la arboleda, uno hecho de árboles, hojas y espinas.

—¡Red! —Raffe le cogió la mano y tiró de ella para apartarla del agujero, que crecía rápidamente—. ¡Red, tenemos que salir de aquí!

—¡No podemos abandonarla!

—¡No tenemos elección!

El bosque devoró los laterales del ataúd de Neve y lo cubrió de tierra y oscuridad. Pudieron vislumbrar un mundo en escala de grises con un horizonte engullido por las sombras, y luego Neve desapareció.

Raffe apartó a Red de allí, lejos del círculo de tierra que se agitaba como un huracán excavando el suelo. La única parte sólida que quedaba en lo que había sido la arboleda era el lugar donde descansaba el cuerpo de Arick. Y ahora aquel cuerpo estaba retorciéndose y cambiando, transformándose en algo diferente.

El cuerpo y la sombra reunidos otra vez. Red casi sintió pena cuando aquel cuerpo tomó la apariencia de Solmir, vivo de nuevo, porque aquello significaba que no tendría nada que enterrar.

—¡No lo entendéis! —gritó él, enloquecido, buscando la mirada de Red—. ¡No lo entendéis! Todavía están…

Una sombra se enroscó alrededor de su garganta y se le metió en la boca, silenciándolo. La tumba de la que había escapado lo estaba devorando vivo.

Hubo un gran estallido que hizo que todo temblara. Se levantó una nube de polvo y rocas, y el bosquecillo desapareció. La puerta se había cerrado.

Con Neve en el lado equivocado.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

La hierba alta y marchita atravesaba la ropa sucia de Red y hacía que le picara el cuerpo. Estaba sentada junto a Fife en silencio y los dos observaban a Lyra. El tiempo que había pasado era algo desdibujado e imposible de calcular. Cada vez que parpadeaba, lo único que veía era la tierra cubriendo la cara de Neve.

Lyra respiraba de forma regular y el latido de su corazón era fuerte. Aun así, Fife le acunaba la muñeca en su regazo y la rodeaba con los dedos, contando las señales de que seguía viva aunque no hubiera despertado.

—Neve no está muerta. —Raffe estaba sentado sobre sus rodillas, junto a ellos. Después de que la arboleda desapareciera, él y Red habían ido hacia donde estaban Fife y Lyra. Los cuatro estaban unidos por la pérdida, era como si juntos pudieran afrontarla mejor—. Sé que no lo está.

—Está viva. —Red apenas movió los labios; tenía la mirada fija en la hierba que ondeaba—. Solo está… atrapada.

—Tenemos que traerla de vuelta. —Raffe tenía la cara compungida y apretaba la mandíbula con fuerza. Había apoyado las manos en el suelo, como si pudiera abrirse paso con ellas hacia las Tierras Sombrías—. ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé —respondió Red—. No lo sé…

Silencio. Después Raffe se puso en pie maldiciendo.

—Con eso no me basta, Red. —Se alejó a grandes zancadas a través de la hierba muerta, y lo único que fue capaz de hacer ella fue ver cómo se marchaba.

Cuando la arboleda había desaparecido, se había llevado también los cadáveres de las sacerdotisas. Pero el cuerpo de Kiri, que no estaba muerta, yacía entre la hierba a unos metros de allí. Su pecho subía y bajaba sin mucha energía, y tenía las manos cubiertas de sangre y enroscadas como garras. Red sabía que debía estar enfadada y asqueada, pero lo único que conseguía sentir era lástima.

—Lo siento —dijo Fife en voz baja, sin dejar de observar a Lyra—. Siento lo de tu hermana.

Red abrió la boca para hablar, pero no salió ningún sonido. Había vuelto a abandonar a Neve. La había dejado en un ataúd y había dejado que lo arrastraran hasta las Tierras Sombrías. Le había vuelto a fallar.

Se mordió el labio para que dejara de temblarle.

Red oyó cómo Fife tragaba saliva. Cuando levantó la vista hacia ella, sus ojos brillaban y la determinación se reflejaba en la línea apretada de su boca. Con delicadeza, le colocó la muñeca flácida de Lyra en el regazo.

—Quédate con ella —dijo Fife—. Hay algo que debo hacer.

Se puso en pie y caminó decidido hacia la alta figura astada que se encontraba en el límite del bosque. El instinto de Red era cerrar los ojos y apartarlo de su vista, pero cogió aire con dificultad y se obligó a mirar. Se obligó a ver en qué se había convertido Eammon.

Qué era lo que lo había reemplazado.

La silueta del dios del bosque no había cambiado cuando se giró al ver que se acercaba Fife. Seguía teniendo una cara angular, ensombrecida por su pelo oscuro. Solo observó al otro hombre durante un instante antes de clavar sus nuevos ojos verdes en Red.

No había ningún rastro de amor en ellos. Apenas parecía reconocerla. Cada latido del corazón de Red retumbaba dolorosamente contra sus costillas.

Era demasiado. Volvió a bajar la vista hacia Lyra. Todavía estaba remangada allí donde Fife había buscado su marca, y todavía tenía la piel intacta. Cuando Eammon había absorbido al Bosque Salvaje… Cuando se había convertido en él, los había liberado. Había anulado los pactos que habían hecho.

«Pactos». Aquella palabra retumbaba en su cabeza y envolvía sus pensamientos alrededor de ella.

Pasó la mano por encima de su propia manga, allí donde había estado su marca. Sabía que ya no estaba allí, pero no tenía el valor suficiente para mirar. En vez de eso, siguió a Fife con la mirada. Seguía avanzando a grandes zancadas hacia el dios del bosque, y Red sabía exactamente lo que iba a hacer.

Era el mismo plan que estaba ideando ella, y los dos esperaban que con eso bastara.

Cuando se levantó, sintió un hormigueo en las piernas y le costó mantenerse en pie. Se sentía culpable por dejar sola a Lyra, pero la llanura

estaba tranquila ahora que la arboleda había desaparecido, y no había nada que la pudiera molestar. Tambaleándose, Red se abrió paso a través del campo sin dejar de agarrarse el brazo vacío.

Había dos tipos distintos de dolor dentro en su corazón: Neve y Eammon. Si salvaba a uno, ¿podría salvar también al otro? Recordaba el brillo del Bosque Salvaje dentro de sus huesos, la luz que mantenía a raya las sombras. Las mismas sombras que ahora tenían atrapada a Neve. Las dos personas a las que más quería eran las dos personas a las que tenía que salvar. La luz y la sombra se entrelazaban de una forma horrible y maravillosa, y las dos le habían arrebatado una parte de sí misma.

Si Red también se convertía en algo horrible y maravilloso, ¿podría recuperarlas?

Se detuvo a unos metros de Fife y de lo que antes había sido Eammon. El hombre más pequeño levantó la mirada hacia el dios que era el Bosque Salvaje, con fuego en los ojos. El dios bajó la vista y lo observó por encima de su nariz torcida con una expresión de leve curiosidad.

Seguía teniendo la nariz torcida. Todavía era él. Estaba en algún lugar de su interior, perdido entre toda aquella magia, entre toda aquella luz.

—Una vez aceptaste mi vida, cuando te la ofrecí a cambio de otra. Acéptala de nuevo. —Fife se levantó la manga y le mostró el brazo desnudo —. Ponme la puñetera marca y cura a Lyra. Haz que… —Su voz se fue apagando. Tragó saliva—. Haz que se ponga bien.

El dios ladeó la cabeza.

—Querías ser libre —respondió, pensativo, con una voz que era un eco de las hojas que caían y de las ramas que crujían por culpa del viento.

—Lo único que quiero es a ella.

Hubo una pausa.

—Entiendo. —Había algo parecido al desconcierto en aquella voz polifónica hecha con sonidos del bosque. El dios entendía que Fife estaba desesperado por conseguir aquello, que estaba dispuesto a hacer lo que fuese por alguien a quien amaba, pero no llegaba a comprender del todo el motivo.

Red se mordió el labio.

El bosque estiró una mano con las venas de color esmeralda y rodeó el brazo de Fife con sus dedos. Este dejó escapar un grito ahogado y rechinó los dientes. Cuando el dios apartó la mano, una nueva marca del vínculo apareció en la piel de Fife.

Tras ellos, en el suelo donde la habían dejado tumbada, oyeron cómo Lyra respiraba hondo y se agitaba la hierba.

Sin decir nada, Fife asintió con firmeza. Fuego se dio la vuelta y volvió hacia Lyra, casi corriendo. Por fin había conseguido la libertad que tanto había deseado, y luego había renunciado a ella.

El Bosque Salvaje observó cómo se alejaba. Fuego, dirigió aquellos ojos

ahogados en verde hacia Red:

Se preguntó si debía acercarse a él como una suplicante o si debía arrodillarse. Fife no lo había hecho, pero su pacto había sido mucho más sencillo que el de ella.

No hizo ninguna de las dos cosas. En lugar de eso, dio un paso adelante y lo miró, apretando los dientes con los ojos entrecerrados, con la misma determinación que había tenido aquel día en la biblioteca, cuando había llegado con una capa rota y la mejilla ensangrentada.

La sombra del dios cayó sobre ella, y la forma que proyectaba en el suelo era la de un bosque, con los árboles altos y rectos. Unas astas de alabastro le crecían en la frente y la hiedra se retorcía a lo largo de su entrecejo. Bajó la vista y la miró con aquellos ojos extraños de un color ámbar rodeado de verde, con pequeños destellos de comprensión en la mirada. Como si reconociera su forma, pero no el espacio que debía ocupar.

El Bosque salvaje la había conocido, y Eammon también. Pero cuando los dos se habían unido, se habían vuelto indistinguibles el uno del otro y se habían convertido en algo nuevo.

Algo que no conocía el contexto de las segundas hijas ni tenía recuerdos de capas bordadas o de mechones de pelo enredados alrededor de un trozo de corteza. Aquello fue suficiente para que Red flaqueara por un instante.

Red se irguió. Incluso antes, apenas le había llegado a la altura del hombro; ahora tenía que entornar los ojos para poder verle la cara.

Cuando el dios habló, su voz estaba hecha de enredaderas, ramas y raíces.

—¿Redarys? —Lo dijo como si fuese algo que había olvidado, como si estuviera esforzándose por recordar.

Red intentó hablar en voz alta para que pudiera oírla, pero solo consiguió sacar un hilillo de voz:

—He venido a hacer un pacto con el Bosque Salvaje.

Silencio. Algo le ensombreció la mirada al dios, una pena que había sido estirada hasta tener unas proporciones divinas y volverla extraña.

Con un movimiento que podría haber sido cauteloso, estiró la mano. Red colocó la suya sobre aquella palma con las venas verdes. Sus cicatrices seguían allí.

—¿Qué es lo que deseas? —Su voz resonó e hizo vibrar los huesos de la muchacha.

Deseaba que Eammon no hubiera visto morir a sus padres. Deseaba que se hubiera hecho las cicatrices de las manos trabajando en una granja, en una forja o por alguna imprudencia infantil, y no por hacerse cortes para alimentar a un bosque. Deseaba que se hubieran conocido en otras circunstancias: un hombre y una mujer sin magia ni un gran destino que cumplir, simplemente un amor sencillo.

Y deseaba salvar a Neve. Deseaba que aquel hombre al que había amado y

que se había convertido en un dios desconocido pudiera extender los brazos y rescatar a su hermana de las sombras…, las sombras que Neve había elegido, a fin de cuentas. Deseaba recuperarla, buscar una redención de la que Red no conocía los detalles, pero que, de alguna forma, entendía en el fondo de su corazón.

Aquel entendimiento también le decía que simplemente con hacer un pacto no bastaría para salvar a su hermana. El tiempo que había pasado vinculada al Bosque Salvaje le había bastado para saber instintivamente cuáles eran sus limitaciones, que no era suficiente con desear sacar a alguien de las Tierras Sombrías. Aquella puerta estaba cerrada, y para abrirla necesitaría algo más que un pacto. Tendría que purgar su corazón de formas que no podía ni imaginarse.

No había mucho que pudiera hacer. Pero podría salvar a Eammon. Y quizás juntos podrían encontrar la forma de salvar a Neve.

—Devuélvemelo —susurró Red.

El dios inclinó la cabeza y la miró con aquellos ojos que parecían extraños y familiares al mismo tiempo. Abrió la boca que Red había besado. La mano que había estado sobre su piel se tensó y Red lo sintió todo; una corriente hecha de todo aquello que habían sido recorrió sus cuerpos como la médula recorría el interior de un hueso.

—¿Y qué estás dispuesta a ofrecer? —le preguntó, con una voz que todavía tenía algún rastro de la de Eammon, escondida entre capas y capas de espinas y hojas—. Negociar a cambio de una vida requiere un vínculo.

Red le cogió la mano y la llevó hacia su corazón, que latía acelerado como el de un conejo.

—Ya he estado vinculada antes… Haz que lo esté de nuevo.

El Bosque Salvaje, dorado y brillante, la miró a través de los ojos de Eammon.

—Te quiero, Eammon. —Red apretó su mano con más fuerza, como si pudiera dejarle la huella de aquellas palabras grabada en la piel—. ¿Te acuerdas?

Y cuando las raíces salieron de la mano de él y se introdujeron en su cuerpo, Red vio que sí se acordaba.

Una ráfaga de luz dorada salió de los dedos de Eammon y se aferró al espacio entre las costillas de Red, a los huecos en sus pulmones. La red del Bosque Salvaje se partió en dos con cuidado y las raíces se extendieron por sus venas y empezaron a crecer a lo largo de su columna. Se entregó a Red por completo y la convirtió en su receptáculo, en lugar de utilizarla solo como un pilar sobre el que sostenerse; la mitad del bosque se alojó en sus huesos.

Red soltó un grito ahogado y notó el sabor de las plantas, de Eammon. Oyó su respiración profunda como si fuese un eco, sintió cómo el Bosque Salvaje se desvanecía y dejaba que su Eammon lo reemplazara.

En gran medida, era su Eammon. Y, en gran medida, el Bosque Salvaje se desvaneció; pero aun así todavía quedaba parte de él dentro de Red. Lobos y dioses. Las líneas que los separaban no estaban tan definidas como antes.

Red abrió los ojos y el mundo le pareció diferente. Los colores eran más brillantes, como los de un cuadro recién pintado. Sentía un hormigueo en la piel y, cuando bajó la mirada hacia sus propias manos, soltó un grito de asombro.

Una delicada red hecha de raíces palpitaba visiblemente bajo su piel: iba desde debajo de su codo hasta la mitad de su mano. Se arremolinaban como la tinta. El intenso color verde destacaba sobre su piel blanca. Su marca, alterada para simbolizar tanto el pacto que no había hecho ella como el que sí.

Levantó la mirada hacia Eammon. Seguía siendo más alto que antes. Todavía tenía corteza alrededor de los antebrazos, un fino halo verde alrededor de sus iris ambarinos y dos bultos diminutos que le sobresalían por encima del pelo oscuro. Habían cambiado; los dos lo habían hecho. Habían dejado de ser humanos y se habían convertido en algo distinto, algo que les permitía contener todo el Bosque Salvaje entre ambos, no solo sus raíces.

Pero aquellos ojos la recordaban. Y cuando Red apretó su boca contra la de él, también la reconoció.

Tras ellos, donde solía estar el Bosque Salvaje, solo quedaba un bosque como cualquier otro. Los colores del otoño se filtraban a través de los árboles, coronados por unas hojas rojas y amarillas. Brillaba con el recuerdo de su magia, pero ya no quedaba nada. Todo su poder —los centinelas, la red que mantenía a raya a las sombras— vivía ahora dentro de ella y de Eammon.

Lo volvió a besar y lo rozó con los dedos para sentir su pulso, el pulso del bosque. Sentía que estaba en su hogar.

La voz de Lyra les llegó a través de aquel brillo dorado en el que se habían perdido, una pequeña realidad íntima donde podían ignorar todo lo demás.

—La divinidad os sienta bien, Lobos. ¿O debería llamaros Bosque Salvaje a partir de ahora? A los dos, como un nombre colectivo.

—Por favor, no —protestó Eammon.

Red se giró con una sonrisa avergonzada. Lyra tenía un brazo apoyado sobre la cintura de Fife, que la ayudaba a mantenerse erguida. Les dedicó una sonrisa cansada pero sincera; apenas tenía una cojera leve. Junto a ella, Fife estaba callado y con la mirada cautelosa.

Red se fijó en que se había bajado la manga.

—Tú sabes mucho de divinidad —dijo en tono animado, mirando a Lyra. Dio un paso para apartarse de Eammon, pero siguieron con las manos entrelazadas—. Sanadora.

Lyra hizo una mueca.

—Creo que no es exactamente lo mismo.

—Se parece lo suficiente —rugió Eammon, con un leve rastro de aquella

extraña resonancia en la voz. Dirigió la vista hacia Fife y los dos compartieron una mirada indescifrable.

Lyra se apartó de su compañero y se levantó la manga. Arqueó una ceja y pasó la mirada de Red a Eammon.

—A no ser que haya derramado una cantidad increíble de sangre durante la hora que he estado inconsciente, no creo que esto tuviera que desaparecer. —Había un ligero tono de duda en su voz—. ¿Y qué ocurrirá ahora, si ya no estoy unida al bosque?

Eammon se encogió de hombros y el movimiento hizo que el viento agitara las copas de los árboles.

—Has vivido mucho tiempo dentro del Bosque Salvaje, harás lo mismo fuera de él. La magia no desaparece tan fácilmente de las cosas que una vez estuvieron vinculadas a ella. —Su voz se volvió más amable, como una hoja que ondeaba al caer al suelo—. Ahora puedes recuperar el tiempo perdido.

Lyra levantó los labios en una sonrisa y sus facciones delicadas resplandecieron mientras volvía a bajarse la manga.

—Muy bien. Ten por seguro que lo haré.

Fife la miró de reojo y se quedó callado.

En la colina que había tras ellos, Valdrek estaba despertando. Lear lo ayudó a ponerse en pie con las piernas temblorosas. Su cara era un espanto, llena de sangre por la herida de la cabeza, pero parecía estar de bastante buen humor. Eammon apretó la mano de Red antes de dirigirse a los dos hombres para conversar con ellos en voz baja.

Kiri seguía tumbada sobre la hierba seca, inconsciente e inmóvil, aunque su pecho seguía subiendo y bajando. Junto a ella, Raffe observaba a la sacerdotisa caída sin disimular su desprecio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—La meteré en el primer barco que se dirija a Rylt —dijo cuando Red se acercó—. Que las sombras me lleven, no pienso aparecer con una suma sacerdotisa catatónica y además decirles que su reina ha desaparecido. Me matarían antes de que llegara el invierno.

Red apretó los labios. Las ramas de su brazo brillaron con una tenue luz dorada.

—Si en Floriane se enteran de su desaparición, será un caos. Y Arick… —Raffe sacudió la cabeza, evitando mirar a Red cuando le tembló la voz al pronunciar su nombre—. Está claro que tú tienes otras responsabilidades, al haberte convertido en el receptáculo de todo el puñetero Bosque Salvaje…

—Sigue siendo mi hermana, Raffe. —Lo dijo con más brusquedad de lo que había pretendido. Los bordes de la hierba seca que había alrededor de sus pies se tiñeron de un verde intenso—. La encontraré —susurró—. No sé cómo, pero lo haré, y la traeré de vuelta. Esa es la responsabilidad que tengo.

Raffe la miró con los ojos entrecerrados. Se fijó en su marca y en la hierba

muerta que se había vuelto verde. Asintió lentamente.

Red apuntó con los dedos hacia Kiri. La hierba larga se trenzó para dar forma a unas cuerdas que rodearon los brazos y las piernas de la sacerdotisa con un agarre férreo. Raffe la levantó antes de que Red pudiera preguntarle si necesitaba ayuda y se giró hacia el pueblo cargando su peso muerto sobre los hombros. No miró hacia atrás.

Red vio cómo se alejaba hasta que el brillo del sol lo ocultó; luego volvió a reunirse con los demás.

—Entonces, ¿ya está? —Valdrek hablaba arrastrando un poco las palabras y tenía la mirada ligeramente perdida, pero, aparte de eso, no parecía estar demasiado mal, dadas las circunstancias—. El Bosque Salvaje ya no puede seguir reteniéndonos, porque ahora el Bosque Salvaje… sois vosotros.

Eammon se encogió de hombros.

—Más o menos.

—Así que podemos regresar. —Valdrek esbozó una sonrisa y su mirada pareció centrarse más—. ¡Por los reyes y las sombras!

—No todo el mundo querrá irse. —Lear se pasó la mano con la que no sujetaba a Valdrek por la frente ensangrentada—. Algunos se quedarán. No sabrían cómo volver a vivir en un mundo tan grande.

Valdrek se encogió de hombros y apartó con delicadeza la mano de Lear para sostenerse por sí mismo.

—Creo que eso es algo que podemos aprender a hacer. —Se giró hacia el bosque—. ¡Y ahora es el momento para intentarlo, en cuanto les contemos las buenas noticias!

Lear puso los ojos en blanco, pero fue un gesto amistoso. Asintió y siguió a Valdrek hacia los árboles.

Entonces se quedaron los cuatro solos, igual que cuando estaban en la fortaleza. Ahora se percibía cierta distancia entre ellos, un espacio esculpido por los cambios y la violencia. Se quedaron callados durante un instante.

—Podemos ir a cualquier parte —murmuró Lyra. Fife apretó los labios, pero ella no se dio cuenta. Miró a Red y Eammon y arqueó una ceja—. Y vosotros también. Qué conveniente lo de poder llevar el Bosque Salvaje con vosotros a cualquier parte.

—Creo que «conveniente» es exagerar un poco —murmuró Eammon.

Lyra sonrió.

—Aunque en principio entiendo lo de poder ir donde yo quiera —dijo ella—, me parece que esta noche prefiero dormir en mi propia cama. —Se giró y agarró la manga de Fife—. Venga, vamos a dejar un minuto a solas a los dioses.

Fife la siguió hacia el bosque, todavía callado, y justo antes de llegar a la línea de los árboles le acarició el brazo y entrelazó sus dedos con los de ella.

Luego se quedaron a solas.

Eammon agarró la mano de Red y ella se apoyó en su hombro. El cansancio hacía que los brazos y las piernas le pesaran, y también la preocupación por su hermana y la confusión al pensar en lo que vendría después.

Pero entonces, solo por un momento, Red se permitió sentirse satisfecha. Se permitió estar agotada.

Parecía que su vigésimo cumpleaños había sido hacía una eternidad. Torció los labios en una sonrisa burlona.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos?

Eammon se giró para pasarle los dedos por el pelo, entre los diminutos hilos de hiedra que ahora había entre el dorado oscuro de su cabello.

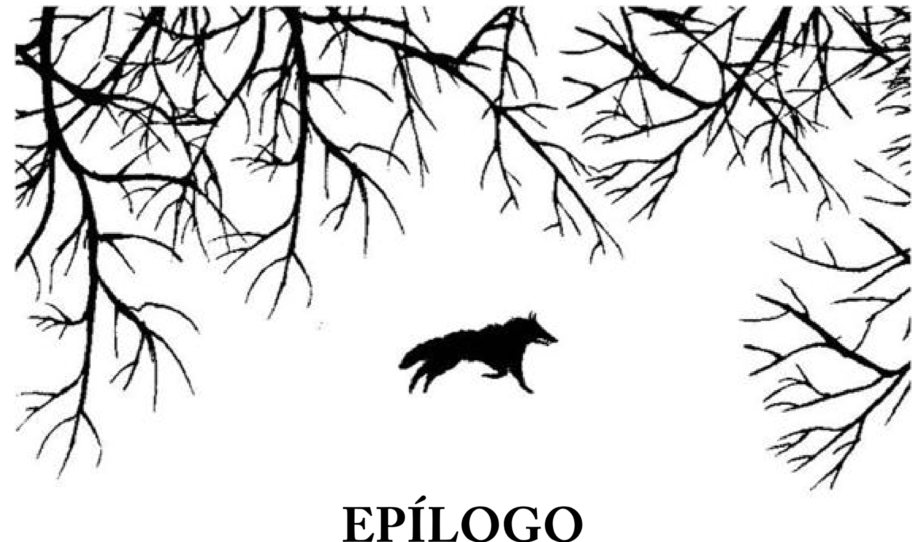
—¿Cuándo derramaste tu sangre en mi bosque? —preguntó él—. ¿O cuando irrumpiste en mi biblioteca?

—Estaba pensando en lo segundo —replicó ella—. Cuando me dijiste que no tenías cuernos. —Estiró la mano y le tocó los pequeños bultos que sobresalían en su pelo oscuro, remanentes de sus astas—. Qué irónico.

Eammon se rio, y su risa sonó como el viento a través de unas ramas. Sus bocas se encontraron, calientes y hambrientas. La levantó en el aire y la hizo girar a su alrededor mientras una estela de hojas de los colores del otoño la perseguía.

Luego la dejó en el suelo y apoyó su frente sobre la de ella. Estaban respirando el mismo aire, la Loba y su Lobo, y en aquel momento era lo único que deseaban.

—Vámonos a casa —murmuró Eammon. Cogidos de la mano, los Guardianes avanzaron a través de su Bosque Salvaje.



EPÍLOGO

Red

Unos mechones de pelo dorado envolvían el espejo como los rayos alrededor del sol. El marco estaba manchado de sangre y el óxido destacaba sobre el baño de oro. Había un montón de uñas cortadas en el suelo de madera delante de él, con los bordes serrados allí donde se las había mordido. Red estaba sentada sobre sus rodillas con las manos entrelazadas en el regazo y los ojos abiertos de par en par, mirando a la superficie negra del espejo, concentrada para intentar devolverle su color plateado.

«Muéstrame a mi hermana. Muéstramela».

Pero el espejo estaba vacío y liso.

Red levantó el puño como si fuese a golpearlo, a hacer añicos la superficie tranquila que se negaba a enseñarle a Neve. Pero, en lugar de eso, estiró los dedos y dejó escapar un gemido de dolor. Dejó caer la mano sobre el regazo y cerró los ojos.

—¿Nada?

Era la voz de Eammon, en un tono amable. Se acercó y se colocó junto a ella, ofreciéndole una copa de vino. Red la cogió y él le apoyó una mano sobre el hombro y se lo apretó.

El ardor del alcohol era un alivio para el nudo que tenía en la garganta.

—Nada —confirmó ella.

Eammon suspiró y miró al espejo como si quisiera hacerlo pedazos tanto

como ella.

—La encontraremos —dijo él. Era el mismo consuelo que llevaba ofreciéndole una semana—. Hallaremos la forma.

Si se lo hubiera dicho cualquier otra persona, habrían sido palabras vacías. Viniendo de Eammon, sabía que no lo decía por cumplir. Haría todo lo que estuviera en su poder para encontrar a Neve.

Pero los días pasaban y no conseguían ningún avance, así que aquello cada vez la consolaba menos.

Cuando Eammon le tendió la mano, Red la cogió. La ayudó a levantarse y la acercó a su pecho. Bajo su mejilla, la chica oyó el susurro de una caída de hojas persiguiendo el latido del corazón de Eammon.

—Vamos —dijo él, rozándole la frente con los labios—. Te vendrá bien pasar un rato fuera de la torre.

Red echó un último vistazo al espejo y dejó que Eammon la guiara escaleras abajo.

Cruzaron el portón y se adentraron entre los árboles, cogidos de la mano. El Bosque Salvaje estaba ahora en su interior, pero las cosas mágicas no abandonan su naturaleza tan fácilmente, y el bosque seguía luciendo los colores del otoño, a pesar de que el resto de Valleyda ya estaba sumida en el invierno. No era exactamente como el verano eterno de los cuentos, pero parecía encajar mejor con ellos.

El bosque estaba en silencio; ya no era necesario pagar un gran precio para poder comunicarse. Pero Red podía sentirlo en su interior: una segunda conciencia ajena a ella, pero que funcionaba de un modo paralelo a la suya. Una parte de sí misma que apenas se mantenía separada de ella. Era como mirarse la mano en un espejo y notar las minúsculas diferencias que había entre sus dimensiones.

La divinidad era algo extraño.

Caminaron en un silencio cómodo hasta atravesar la línea de los árboles. Las murallas de Confín se alzaban a lo lejos. Todavía podían oír los sonidos de la ciudad. Valdrek planeaba guiar a un grupo de aldeanos hacia Valleyda en las próximas semanas, pero tenían que preparar demasiadas cosas antes de partir. Y Lear tenía razón, no todos querían irse.

Red frunció el ceño.

—¿Valdrek necesita ayuda otra vez para organizar el viaje?

—No exactamente. —Eammon se llevó los nudillos de Red a la boca y los besó—. Puede que haya hablado con Asheyla —dijo, apoyando la boca en su piel— sobre reemplazar cierta capa.

No había sonreído mucho en la última semana, pero las pocas veces que lo había hecho, había sido gracias a Eammon. Red torció los labios mientras los apretaba contra los de él y una chispa de esperanza volvió a encenderse dentro de su pecho.

Encontrarían a Neve. Arreglarían todo aquello. Juntos.

Con sus dedos entrelazados con los del Lobo, Red dejó que la guiara.

Neve

Gris. Lo único que veía era gris. Eran diferentes tonalidades: claro y oscuro, gris niebla y carbón… pero siempre grises. Todo era gris.

Salvo algunas veces, que veía algo azul que la observaba.

Era el azul más intenso que había visto jamás, rodeado de una oscuridad que se agitaba como una melena larga. Le gustaba el azul. De alguna forma, era reconfortante.

Poco a poco, empezó a sentir los brazos y las piernas. No recordaba demasiado, solo algo plateado, gritos y árboles que crecían, pero sabía que estar allí, tumbada en medio de un mar de grises y de vez en cuando azul, no era lo que se suponía que debía estar haciendo.

Tardó un buen rato en darse cuenta de que se podía mover. Primero movió los brazos y luego las piernas, pero sintió un hormigueo en los músculos. Sin pensar demasiado en ello, alzó las manos y empujó el cristal que la cubría. Se elevó con facilidad.

Al levantar los brazos, se dio cuenta de que había unas sombras oscuras sobre su piel, como si llevara puestas unas mangas de encaje negro. Frunció el ceño durante un momento. Era como si aquellos hilos de oscuridad estuvieran latiendo, como un segundo conjunto de venas. Le traían algún recuerdo lejano, pero era incapaz de unir todas las piezas para acordarse de qué significaba.

En aquel silencio, parecía que la oscuridad también estaba dentro de su cabeza. Algo agachado en los límites de su mente, unido a ella, pero al mismo tiempo separado.

Pasó las piernas por encima del borde de un bloque de piedra. Se enderezó.

La habitación era circular. Había cuatro ventanas equidistantes, con los alféizares tallados con líneas sinuosas que imitaban unas volutas de humo. Por encima de su cabeza había un cielo nocturno dibujado: las estrellas y las constelaciones estaban pintadas en tonos de gris tras una luna de papel colgada.

Más allá de las ventanas, el mundo también era gris. Había un bosque gris en el que las ramas crecían hacia abajo y las raíces hacia arriba, extendiéndose hacia un cielo cubierto por una niebla densa. Mientras lo observaba, algo se movió entre los árboles invertidos, algo inmensamente grande que reptaba como una serpiente.

Aquello hizo que tuviera ganas de encogerse y volver a cubrirse con el cristal.

—Hola, Neve.

Apartó la mirada rápidamente del bosque invertido y se fijó en el hombre que estaba en la esquina. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y el cabello largo le caía por los hombros. Era tan gris como el resto de aquel lugar, pero si lo miraba de cerca, podía ver algún toque de un castaño dorado.

—Has despertado. —El hombre la miró con unos ojos azules que la dejaron paralizada—. Te estaba esperando.



AGRADECIMIENTOS

Si para educar a un niño hace falta una tribu entera, para crear un libro hace falta toda una metrópolis. Le debo mucho a muchas personas que hicieron posible que Red, Eammon y todo el grupo desastroso del bosque pudieran ver la luz del día.

El primer agradecimiento es para mi marido, Caleb, que me ha aguantado como un valiente y me ha escuchado murmurar «Esto es muy del rollo de Red y Eammon» cada vez que escuchaba una canción emo romántica durante los últimos cinco años, y que además se aseguraba de que siempre tuviera tiempo para trabajar en este libro, incluso cuando era algo a lo que todavía no le prestaba demasiada atención, porque sabía que eso me hacía feliz. Te quiero, te quiero, te quiero.

El primer agradecimiento específico del mundo editorial va para mi indomable agente, Whitney Ross. No solo me has defendido de una forma increíble, sino que también has sido una amiga maravillosa. Gracias por ver lo que esta historia podía llegar a ser y por presionarme hasta conseguirlo.

A mi editora, Brit Hvide: todavía estoy alucinada por haber podido trabajar contigo. Tus consejos y tu entusiasmo —y tu paciencia con mis llamadas para hacer lluvias de ideas, en las que digo muchos «eh…» y muchas palabrotas— han hecho que todo este proceso sea increíble.

Y, como he sido bendecida con una fortuna indecente en lo que a editoras se refiere, ¡muchísimas gracias también a Angeline Rodríguez! Trabajar contigo ha sido una auténtica pasada y estoy encantada de poder decir que eres mi amiga y mi compañera.

De verdad, he tenido una suerte ridícula con mis amigas de escritura, que

se convirtieron en mejores amigas. Erin Craig, eres lo más. Gracias por leer, literalmente, cada borrador de este libro y por no dejar que me rindiese. Bibi Cooper, te quiero muchísimo y eres una fuente constante de alegría. No hay nadie a quien prefiera enviar mis MD absurdos antes que a ti.

A mis compañeras del Pod: Anna Bright, Laura Weymouth, Jen Fulmer, Steph Messa y Joanna Ruth Meyer. No tengo palabras para describir lo que significáis para mí. No estaría aquí sin vosotras.

A Monica Hoffman y Stephanie Eding, las mentoras que rescataron este manuscrito de las pilas de descartes de algún concurso cuando era, sinceramente, un completo desastre. Gracias por enseñarme a revisar el texto y por ver el alma de esta historia mucho antes de que fuese evidente.

Tori Bovalino, Emma Theriault, Claribel Ortega, Kelsey Rodkey, Saint Gibson, Kit Mayquist, Gina Chen, Em Liu, Sierra Elmore, Emma Warner, Meryn Lobb, Kelly Andrew, Suzie Sainwood, Paige Cober, Sadie Blach, Tracy Deonn, Rachel Somer, Jordán Gray, Morgan Ashbaugh, Diana Hurlburt: vuestro apoyo y vuestra amistad lo han sido todo para mí y han hecho que el mundo sea un lugar soportable. A Layne Fargo, Rosearme Brown, Alexis Henderson, Shelby Mahurin e Isabel Cañas, mi grupo de PitchWars: os quiero a todas y estoy muy orgullosa de nosotras. Y a los Guillotines, MK y Harry y Chris: sois absolutamente brillantes y es todo un honor ser vuestra amiga.

A Sarah Gray, Liz O'Connell, Ashley Wright, Chelsea Fitzgerald, Stephanie Sorenson, Leah Looper, Nicole Prieto y Jensie Trail: os quiero desde hace muchísimos años y estoy muy agradecida por vuestro apoyo, vuestra amistad y vuestros memes.

Y, por supuesto, muchísimas gracias a todo el equipo de Orbit, con el que ha sido un placer trabajar en cada momento. Sois geniales.

Por último, gracias a todos los lectores que han estado emocionados por este libro desde el principio. Gracias por dejarme contar historias.



Hannah Whitten lleva escribiendo por diversión desde que fue capaz de sostener un bolígrafo y, en algún momento durante su etapa de instituto, se dio cuenta de que aquello que la divertía a ella podía divertir también a otros. Cuando no está escribiendo, está leyendo, haciendo música o intentando cocinar. Vive en una antigua granja en Tennessee con su marido, sus hijos, dos gatos, un perro y, probablemente, varios fantasmas